

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

**FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y
SOCIOLOGÍA**

**Departamento de Sociología IV (Métodos de la
Investigación y Teoría de la Comunicación)**



**CO-PRODUCCIÓN (Y CUESTIONAMIENTOS) DEL
DISPOSITIVO SECURITARIO EN CARABANCHEL**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

Sergio García García

Bajo la dirección de los doctores
Ana María Rivas Rivas
Mariantonia Rossana Cassigoli Salamon

Madrid, 2012

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA



Departamento de Antropología Social



Co-producción (y cuestionamientos) del dispositivo securitario en Carabanchel

TESIS DOCTORAL

Sergio García García

Bajo la co-dirección de las doctoras

Ana María Rivas Rivas
Mariantonia Rossana Cassigoli Salamon
Madrid, 2011

ÍNDICE

	Agradecimientos.....	5
I Parte Aproximaciones a la inseguridad como objeto de estudio.....		11
1. Inquietudes hechas etnografía: el proceso biográfico de acercamiento al problema.....		13
Aproximándome a la (in)seguridad y el miedo.....		13
Aproximándome a Carabanchel.....		17
2. Etnografías sobre la (in)seguridad y el miedo.....		21
El miedo en su contexto: la misma emoción, diferentes vivencias.....		22
Análisis del fenómeno de la (in)seguridad urbana con perspectiva de género.....		24
‘Gated communities’ para las clases altas y medias.....		26
Población empobrecida: criminalización, victimización y agencialidad.....		29
Transformaciones en Madrid y sus vínculos con la (in)seguridad.....		34
3. Dispositivo securitario en Carabanchel: un acercamiento al objeto de estudio.....		37
¿Por qué en Carabanchel?.....		37
3.1. Puntos de partida.....		39
3.2. Significados de la “seguridad ciudadana” y acciones en el miedo.....		42
Preguntas específicas de investigación.....		42
4. Metodología etnográfica.....		45
Distintos roles en el proceso de investigación.....		46
Espacios de observación.....		49
Entrevistas.....		53
Dificultades y vías para sortearlas.....		55
Otras fuentes.....		59
5. Marcos teóricos para entender las relaciones de poder securitarias.....		61
5.1. Foucault: de los dispositivos disciplinarios a los de seguridad.....		63
El advenimiento de la sociedad disciplinaria.....		64
El nuevo dispositivo de la seguridad.....		66
5.2. Las razones prácticas de Pierre Bourdieu.....		71
El sentido práctico.....		71
Entre la estructura y la acción.....		72
Poder y violencia.....		74
5.3. Las reappropriaciones de Michel de Certeau.....		77
Violencias y delincuencias; discurso y oralidad.....		78
Por debajo de las estructuras.....		81
II Parte. El dispositivo securitario en Carabanchel.....		87
6. Apuntes estadísticos sobre Carabanchel.....		91
Distribución territorial interna.....		93
7. De la perifericidad del barrio culpable a la diferenciación interna del barrio víctima.....		97

7.1. Continuidad histórica de la escasez en Carabanchel en un Madrid cambiante.....	98
7.2. La perifericidad del barrio fordista: el barrio culpable.....	104
<i>La cárcel en el barrio culpable.....</i>	<i>105</i>
7.3. Del barrio culpable al barrio víctima.....	108
<i>El CIE: Ikea por fuera, Guantánamo por dentro.....</i>	<i>109</i>
7.4. Habitando el barrio víctima.....	117
<i>Estetización e individualización para diferenciarse en el viejo Carabanchel.....</i>	<i>117</i>
<i>PAU: hiperbarrio y autogueto.....</i>	<i>122</i>
<i>La gran superficie Islazul: superficialidad y aislamiento en la ciudad azul.....</i>	<i>130</i>
8. Representaciones expertas de Carabanchel en relación a la seguridad.....	135
8.1. La producción mediática de la (in)seguridad en el distrito.....	136
8.1.1. Carabanchel en prensa, televisión y cine.....	137
<i>Antiguo y castizo.....</i>	<i>137</i>
<i>Pauperismo.....</i>	<i>141</i>
<i>Humilde pero con gente luchadora.....</i>	<i>143</i>
<i>Carabanchel en el cine y en las series de TV.....</i>	<i>142</i>
8.1.2. La performatividad de los sucesos en Carabanchel.....	147
<i>Los “sucesos” del barrio culpable.....</i>	<i>148</i>
<i>Carabanchel como barrio víctima.....</i>	<i>151</i>
8.2. La gestión política de Carabanchel.....	161
8.2.1. Carabanchel para los políticos profesionales: un objeto cualquiera de gestión.....	161
<i>Bienvenido, Mister Marshall.....</i>	<i>161</i>
<i>Carabanchel aportando su granito de arena para hacer Madrid.....</i>	<i>162</i>
<i>Escuchar a los vecinos y mostrar cercanía.....</i>	<i>163</i>
<i>En definitiva: gestión de la res pública (o reificación de Carabanchel).....</i>	<i>166</i>
8.2.2. Gestión de la “seguridad ciudadana”.....	167
<i>Diferenciación y prevención situacional en Carabanchel.....</i>	<i>168</i>
<i>De las cuentas a los cuentos: la producción de la “inseguridad ciudadana”.....</i>	<i>175</i>
<i>Capitalizar el problema: negocio, performance securitaria y estetización policial.....</i>	<i>179</i>
8.3. Profesionales: representaciones desde el frente.....	188
8.3.1. Del destino en la colonia al laboratorio urbano.....	188
<i>En el frente.....</i>	<i>189</i>
<i>Carabanchel salvaje y su fauna.....</i>	<i>191</i>
<i>Desorden, miseria, suciedad.....</i>	<i>192</i>
<i>Del destierro al laboratorio social.....</i>	<i>193</i>
8.3.2. Trabajadores securitarios: del lado malo al lado bueno.....	196
<i>La mirada disciplinaria sobre el barrio.....</i>	<i>196</i>
<i>Mundo decadente: del barrio chungo a la pérdida de espacio vital.....</i>	<i>201</i>
<i>Incorporación de la autoridad.....</i>	<i>204</i>
9. Autoconcepto barrial del vecindario de Carabanchel.....	207
9.1. Soy de Carabanchel.....	208
<i>Nominaciones del lugar propio más allá de (o contra) Carabanchel.....</i>	<i>209</i>
<i>Nuevas representaciones procedentes de personas extranjeras en Carabanchel.....</i>	<i>213</i>
9.2. La escasez como marca: Vallecas, no La Moraleja.....	218
<i>Tres momentos en la historia de escasez: del barro al barrio y del barrio a los chinos.....</i>	<i>219</i>
<i>Como en Vallecas (o lo sur).....</i>	<i>222</i>
<i>Frente a La Moraleja (o lo norte).....</i>	<i>225</i>
<i>Competencia individualista por recursos escasos.....</i>	<i>229</i>
9.3. Inferiorización social de Carabanchel.....	235
<i>La incorporación de la culpabilidad y su desplazamiento hacia nuevos sujetos.....</i>	<i>235</i>

III Parte. El privilegio del miedo: significados y usos vecinales del dispositivo securitario.....245

10. Figuras del miedo.....247

¿Quiénes son los sujetos de la inseguridad?.....	247
Adolescentes, bandas latinas y nazis.....	250
Gitanos, Pan Bendito, el CASI y Caño Roto.....	257
Yonquis y locos.....	260
De malos y malotes.....	264
Extranjeros.....	268
Agresores sexuales.....	270

11. Relaciones securitarias.....275

La gente de bien está con la policía.....	275
Poli bueno para gente mejorable.....	286
Presunción de afinidad y decepción policial ante ciudadanos que no les legitiman.....	293
Actuaciones policiales severas con infraciudadanos.....	296
¿Excesos? Relaciones securitarias violentas.....	300

12. Aspectos pragmáticos de los discursos de la inseguridad.....307

12.1. Ciudadanos plenos y discursos securitarios.....308

Discursos visual y lingüístico de la distinción.....	308
Recomponer la autoridad moral.....	313
Matizaciones al discurso securitario.....	317

12.2. Ciudadanizarse mediante el discurso de la inseguridad.....322

Apropiarse del discurso mediático.....	322
Competitividad vehiculada por el discurso de la inseguridad.....	328
Cruzar la última frontera para formar parte de la comunidad de los inseguros.....	336
Sí, somos chungos, ¿pasa algo?.....	340

12.3. Contrapesos al discurso de la inseguridad.....346

Discursos que favorecen el espacio común de quienes lo practican y son segregados.....	346
Discursos de la seguridad.....	348
Discursos militantes sobre la (in)seguridad.....	355

13. Prácticas en torno a la inseguridad y el miedo.....365

13.1. Prácticas de aislamiento e inhibición de la experiencia.....366

13.2. Autogestión individual y comunitaria del miedo.....373

13.3. El habla, la reflexividad y la resignificación de la inseguridad.....381

13.4. Prácticas de subversión del régimen securitario.....390

Microrresistencias al dispositivo securitario.....	391
Prácticas militantes frente al dispositivo securitario.....	395

Conclusiones.....419

Bibliografía.....429

Agradecimientos

Una amiga me contó una vez la historia de un chico que lo primero que escribió de su tesis fueron “los agradecimientos”. Supongo que la sensación especial de escribir un texto en el que plasmar las deudas intelectuales y afectivas a modo de testamento vital le produjo una enorme impaciencia (eso, o un terrible sentimiento de culpa). Sin embargo, “eso que en mí llamo yo” (Vegas *dixit*) es un tipo disciplinado que ha sabido aplazar la satisfacción y ha esperado al final del proceso (siete años) para escribirlos. Agradecer siempre es placentero, pero además, y por tópico que suene, es honesto. ¿Cuál de las ideas de esta investigación es “mía”? La creación colectiva tiene una autoría difusa, por mucho que busquemos individuos e identidades a las que sancionar o laurear. Es justo reconocerlo.

Quiero comenzar agradeciendo al Departamento de Antropología Social de la Facultad de CC. Políticas y Sociología de la UCM por haberme acogido desde 2004. Han sido varias las figuras que me abrieron interrogantes que han resultado claves en mi proceso intelectual, muy especialmente Adela Franzé, quien me guió con entrega durante la elaboración del DEA. También debo agradecer a Débora Betrisey haber dirigido la investigación con dedicación durante un tiempo y a todos aquellos profesores y profesoras –así como a distintos compañeros de doctorado (Fernando, Jesús, Juan Carlos...)- que con sus clases y conversaciones no han hecho sino alimentar mi curiosidad antropológica. Pero sobre todo, estoy en deuda con Ana María Rivas, co-directora de la tesis, quien ha dedicado un esfuerzo considerable a leer multitud de manuscritos –algunos de ellos afortunadamente alejados del resultado final- y a orientarme a nivel práctico en la elaboración. Sin su preocupación y su implicación habría sufrido menos, pero el resultado habría estado a años luz. Gracias.

Quiero agradecer también a los miembros del Instituto Nacional de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, y muy especialmente a Pablo Emilio Angarita, por haberme brindado la oportunidad de conocer durante unos meses sus interesantes aproximaciones a la violencia urbana y a las políticas de seguridad ciudadana en un contexto desgraciadamente especial. Sin sus preguntas y sin sus enfoques no habría sido capaz de reconocer la relatividad del mismo asunto en Madrid y sin su cariño no habría podido introducirme en una ciudad, Medellín, en la que puedo afirmar que fui feliz.

Asimismo, no puedo dejar de señalar la enorme aportación de los seminarios del Programa Universitario de Estudios de Género de la Universidad Nacional Autónoma de México a través de profesoras como Marisa Belausteguigoitia y de compañeras que me ayudaron a tratar como un invento raro eso de la “identidad” y del “sujeto”. Gracias al tambaleo intelectual

que me provocaron esos encuentros se abrieron nuevos y fabulosos paisajes que me hicieron pensar desde entonces mucho más en aquello de las resistencias y en los procesos de subjetivación. Fue precisamente en esa búsqueda de las resistencias en la cual me topé con Michel de Certeau, cuya obra me había despertado enorme interés desde lecturas atrás y que sólo a través de la traducción de Rossana Cassigoli fui capaz de vislumbrar en toda su complejidad. Este flechazo teórico, mediado por Rossana, fue decisivo para que decidiese que ella me acompañara en este proceso de investigación desde la lejanía geográfica, hecha proximidad por su cercana y atenta mirada.

También quiero agradecer al Departamento de Antropología Social de la Universidad de Castilla la Mancha haberme dado la oportunidad de disfrutar de la docencia. El Grupo de Investigación sobre la Cárcel de Carabanchel, dirigido por Carmen Ortiz, también ha constituido un aporte fundamental para pensar la relación entre violencia estatal y mi querido Carabanchel. Un barrio que comenzó siendo mi alteridad infantil –habiendo crecido uno en Aluche–, continuó siendo mi “objeto” de intervención social y me fue cautivando como motor de reflexiones, como lugar de miedos y alegrías y como espacio imaginativo de militancia política. Los vecinos que me prestaron un trozo de su vida cotidiana en la calle o los que me regalaron algún fragmento de discurso, son co-autores de esta investigación, y como tales, espero que de algún modo revierta sobre ellos alguna de las posibles consecuencias positivas –que no me atrevería a aventurar– de la presente investigación.

En casi todos los “agradecimientos”, la madre y el padre suelen figurar como respaldo material y afectivo del proceso de producción. No es mi caso: ellos no me empujaron a meterme en esto, y a falta de becas, fue mi propio salario como trabajador social el que financió la investigación. A mi familia le faltaba algo para serlo, y sin embargo me ha ayudado a sentirme muy orgulloso de ella, de nuestros escandalosos encuentros y de unas relaciones de cooperación cuya base no se encuentra en la sangre, sino en los valores que nos transmitieron con una extraña combinación de disciplina soviética, indulgencia cristiana, descaro chulapo y humildad barrial quienes nos dejaron antes de tiempo: Carlos –luchador al que empezaron a hacer morir en la cárcel de Carabanchel– y Trini –que aún estando yo en el carrito ya me enseñaba a hacer los primeros “análisis” sociales a partir de la observación del periódico que leía la gente por la calle en aquella decepcionante Transición–. Ellos estarían más orgullosos que yo de esto, sobre todo porque era de quien menos lo hubieran esperado. Su presencia me enseñó, pero sobre todo es su ausencia la que me ha hecho relativizar cualquier valor seguro y disfrutar en realidades frágiles. A mis hermanos Carlos, Ricardo, Celia y Ana –así como a sus compañeras Pepa, Sonia, Fernando y Edu– les debo las alegres y teatrales nochebuenas, el

respaldo que me han dado cuando les he necesitado (aunque no se lo hiciera saber) y sobre todo un tremendo agradecimiento por respetar y reconocer mis “diferencias”. A la sobrinada (Vera, Adrián, Sandra, Marcos, Andrés, Miranda, Claudia y Jorge) les agradezco su locura y su espíritu crítico, incluso –o sobre todo- cuando se lo aplican a su tío “el hippie”, devolviéndole confianza y al mismo tiempo señalándole sus incoherencias.

Desde que comencé a hacer etnografía en Carabanchel percibí que la relación de dominación que ejercía sobre mi objeto –justo aquel sobre el cual me había mostrado como experto haciendo intervención social- no podía concluir en una tesis depositada en una estantería o, en el mejor de los casos, en algunos artículos que leerían pocas personas en la academia y muy lejanas al propio barrio. La lucha contra el CIE, que era de Carabanchel, pero que de repente había pasado a formar nominalmente parte de mi barrio, Aluche, me llevó a conocer al colectivo en el que he militado los últimos años. A todxs lxs kandelers les estoy enormemente agradecido por su cariño, por sus ideas, por sus pedagógicos silencios y por enseñarme a luchar: a Bodegas por su lucidez organizativa y su complicidad militante, a Papichulo por su respeto y humildad, a Tabernas por su sabio cuidado colectivo y su valentía inconveniente y desinhibida, a la Cotarelo por su permanente curiosidad y por confiar en mí, al Doctor Huevín por transmitirme su entusiasmo y por estar siempre presente a pesar de estar a 12.000 km, a Chatinov por hacerme reír sin dejar de mostrarme el compromiso, a Mario-Perdicio por escucharme y saber leer las asambleas en medio del carnaval humano, a Mario’36 por su calidez y por traer aluviones de propuestas interesantes, a Chemenka por guiarme éticamente y por alumbrarnos en los túneles con chispazos de lucidez, a Óscar-Perruj por saber medir las fuerzas sin faltar al compromiso, a Parras por poner el contrapunto necesario a los falsos consensos, a Mapicuca por traer aires nuevos al colectivo, a Rafiro por cederme sus experiencias ejemplarizantes con la policía, a Bubata por presumir tan poco, a Santinho por acompañarme en medio de los excesos identitarios y a Bruma por ser tan señora y desvelarme el perro que llevo dentro tirándome palos para que vaya a recogerlos. Churrito, insigne artífice del chemenkismo, os compensará con un puesto en el *politburó*.

Otras personas cercanas a la Biblioteca Popular La Candela también tienen algo o mucho que ver con esta investigación, así como las compañeras y compañeros de Surco a Surco-La Ramona, de la Escuela Popular de Aluche y, en general, de la Casa Autogestionada del Barrio de Aluche, donde estamos volcando nuestras energías para crear un espacio abierto, y no por ello menos rebelde, en nuestro entorno. Pero es del barrio de al lado de lo que se trata aquí, así que no puedo dejar de pensar en las enormes aportaciones de los miembros de la Casa del Barrio de Carabanchel, y en especial de los de la Asociación de Vecinos de

Carabanchel Alto y de los de la Oficina de Derechos Sociales. Me habéis enseñado lo que es resistir a contrapelo, y con vuestros discursos y vuestras prácticas, además de ejemplificar una postura ética me habéis regalado algunas de las interpretaciones que desarrollaré en el texto. A mis compañeras y compañeros del breve experimento A poko (Julia, Nuria, Josu y Pilar) no puedo sino señalaros que me lo pasé tan bien y aprendí tanto que no os imagináis lo que contribuisteis a esta investigación (confirmándose vuestras sospechas de que me estabais haciendo la pinche tesis). Aquellos debates en la Casa del Barrio fueron finalmente una parte valiosa de la etnografía y aquella *performance* en Islazul, no por ingenua deja de ser uno de los momentos más divertidos de mi vida.

Pero si con una intervención sobre el espacio público ha estado interconectada esta investigación es con la que realizan las Brigadas Vecinales de Observación de Derechos Humanos. El proceso de empoderamiento que hemos vivido las decenas de personas que decidimos cuestionar la violencia policial diferencial y devolver a la calle su sentido público ha corrido en paralelo con la elaboración del análisis sobre las prácticas policiales que aquí se efectúa. Los debates de las asambleas, el funcionamiento como un cuerpo colectivo solidario e inteligente –con decenas de ojos, brazos, piernas, manos y bocas- y el aprendizaje y complicidades de la “rueda de emociones” (popularmente designadas como “cañas”), han resultado fundamentales para pensar que la investigación tenía algún sentido práctico. Consciente de que me dejo fuera a mucha gente con la que he brigadeado, quiero reconocer especialmente –aparte de mis compas kandelers brigadistas- a Ana, Bea, Carmen, Christian, Clara, Gema, Harpo, Heisser, Isolda, Jaime, Jordi, Josele, Laura Redal, Laura de Pablos, Laura Sánchez, Luna, Malena, Nerea, Patri, Paula, Perry, Sonso, Teresa...

A Mariana la debo mil agradecimientos por enseñarme tantas cosas sobre el *derecho a la ciudad* y por hacerme buena parte de las fotos que dan frescura visual al texto (junto con Ernesto, Andrea y Pili). A Óscar también le debo algunas de las imágenes que expresan mil veces mejor que mis palabras lo que quiero transmitir. A Ana por haberme transcrito algunas entrevistas. A Inma y María Dolores les agradezco su asesoramiento en el manejo básico de un procesador de textos (encabezados, índices...), no sin por ello lograr su objetivo. A Clara y Elsa Pataky por currarse una portada de cómic mucho más digna que la que iba a ser. A los colegas de toda la vida de La Punta (Lupi, Vinu, Patata, Txesco, Kike...), aquellos que llenábamos de vida (no sin conflictos) un *no lugar* en forma de aparcamiento, resistiendo a la criminalización y dando sentido al barrio como espacio de relaciones, les debo mi interés por convertir aquella práctica de sociabilidad en una acción intelectual y política; a Jorge, Pipe y Cle por esos debates adolescentes en otros aparcamientos y que aún continúan entre cervezas, grasas y otras cosas;

a Gema, Raquel y Arancha por reírse de las hipermasculinidades de la noche de aquella juventud alucheña; a Amanda, Cris y Sergio por conjeturar conmigo sobre lo político que hay en nuestros miedos; a Marta, Laura y Coto por enseñarme tantas tantas tantas cosas y por socializar las ralladas; a Julia, Elena y Mar por formar un “taller de artesanía” en un curro cada vez más burocratizado y por descubrir a mi lado eso de “la subjetividad”; a Jose por darme momentos tan divertidos y descubrirme que mi número es el 6, el del miedo: con él formé la Escola Catalana de Crapulisme en Madrid, con él y con María Solé, que aunque luego decretó su disolución, me ha ayudado a vivir durante los últimos diez años (con Escola o sin ella); a Alberto y María, que me han enseñado a moverme en lo académico –consejos y vehículo mediante- y tanto me han hecho disfrutar de su ingenio; a Nadia por su postura ética, su curiosidad y su calor; a Nora por haberme descubierto que “otro tipo de personas es posible” con su cariño, su transparencia y su honestidad, y jugando como una *crack* con reglas del juego que le son ajenas; a Ariadna, aparte de su amistad, por la sensación placentera de escribir a cuatro manos y por muchas ideas que espero que sean exploradas en próximas investigaciones; a Emanuela por su enorme cariño y por enseñarme tanto italiano hablando en castellano de feminismo; a Lluís por ponerme en órbita cultural y contra-cultural; y a Pilar, de nuevo, por escuchar mis inseguridades tan pacientemente, así como por leerse casi todos mis manuscritos securitarios para darme precisamente seguridad.

Para acabar, quiero señalar que hace unos años leí un texto que me produjo una terrible sensación de admiración. Su atractivo me hizo pensar aquello de “me gustaría haberlo escrito a mí”. Casi fortuitamente conocí –o reconocí- a una de las autoras en una casa de París. No dejé de ser parte de su público, pero sí comencé a ser parte de su crítica, de su círculo de confianza y de las personas que la amaban. Hoy, y sólo hoy, puedo decir que con tu permanente sonrisa y tu tacto me has hecho valorar las invenciones que se dan en las fronteras, aquellas que son fruto del deseo. Buena parte de lo que aquí hay tiene demasiado que ver contigo –contigo o con lo que compones- y ahora que disfruto a la sombra de tu palmera, no me extraña que juzgues que el pequeño oasis es inmensamente más importante que el desierto.

I Parte

Aproximaciones a la inseguridad como objeto de estudio

La presente tesis doctoral aborda los significados de la llamada “(in)seguridad ciudadana”, así como los distintos usos –discursivos y prácticos- a los que se ve sometida por parte de los agentes que intervienen en un espacio barrial del sur de Madrid, Carabanchel. Está dividida en tres partes: una primera –que aquí comienza- tratará de aproximarse al objeto de estudio y a las fuentes personales y teóricas con las que está en deuda la investigación. Una segunda parte intentará situar el contexto social de la etnografía y volcará las primeras conclusiones en cuanto a la producción socio-histórica del *dispositivo securitario* en Carabanchel. La tercera –y última- tratará de mostrar quiénes son construidos como los sujetos de la inseguridad y cómo se producen las *relaciones securitarias* diferenciales para, finalmente, indagar en las apropiaciones vecinales –reproductivas y resistentes- del *dispositivo securitario*.

En esta I Parte comenzaré explicitándome –o mostrando algunas de las marcas personales que puedan dar pistas sobre el posicionamiento de la autoría- para, a continuación, exponer los precedentes etnográficos más relevantes sobre la (in)seguridad urbana. A partir de la combinación de ambos tipos de fuentes –biográficas y bibliográficas-, estaremos en disposición de definir el objeto de la etnografía, así como la metodología empleada. Finalizaré esta I Parte revelando las herramientas teóricas que han allanado la interpretación de la información producida en el trabajo de campo.

1. Inquietudes hechas etnografía: el proceso biográfico de acercamiento al problema

La investigación que aquí se presenta aparece formateada como tesis doctoral, pero, en realidad, constituye una fracción importante de un tiempo biográfico personal y de las preocupaciones particulares y políticas del sujeto que enuncia. Con esto quiero indicar que lo que me he dedicado a estudiar, el fenómeno o la manifestación de la (in)seguridad en un contexto local dado, no es ni mucho menos el contenido de algo zanjado y afianzado. Probablemente seguirá pululando en mis sucesivas vivencias y reflexiones, de la misma manera que lo hacía mucho antes de decidir que me abocaría a concebir una tesis. Parto de la premisa de que la escritura formal constituye un intento más o menos fallido de representación de las experiencias prácticas y reflexivas de un autor y de los sujetos aludidos, por lo que soy consciente del carácter abierto y arbitrario de este texto, pese a todas las vigilancias y cuidados epistemológicos que haya podido implementar¹. Presento el trabajo así y comienzo por presentarme, o mejor dicho, representarme, porque considero conveniente la puesta en práctica de un *conocimiento situado*² que abra puertas a la crítica y des-sacralice la autoría. En el contexto someramente descrito, los siguientes apartados constituyen una descripción autobiográfica –y en cierto modo autoetnográfica (Klahn, 2005)- de las motivaciones que me llevaron a investigar lo consignado en este escrito.

Aproximándome a la (in)seguridad y el miedo

La motivación para elegir el problema de la (in)seguridad como objeto de la investigación viene propiciada por distintos acontecimientos vitales, pero en su constitución como centro de interés fue fundamental el hecho de observar cómo se decidió en una reunión de vecinos, a

¹ Siguiendo a Michel de Certeau, el conocimiento científico que comienza a imponerse en el S. XVIII privilegia la *escritura*, la *temporalidad*, la *identidad* y la *conciencia* frente a la *oralidad*, la *espacialidad*, la *alteridad* y la *inconsciencia* (De Certeau, 2006: 203). La escritura recorre la oralidad y la representa instituyendo una *palabra* “en lugar del otro” y originando así “un espacio de la diferencia” que siempre cuestiona esa palabra en nuestras sociedades escriturarias. La modernidad se caracteriza, según De Certeau, por esa imposición de la escritura que plasma las palabras dichas (que se evaporan en el aire una vez pronunciadas) en textos (fijándolas): esas palabras estaban en los *no lugares* (espacios de nula acumulación), pero el texto las *localiza* (en *lugares*). La oralidad comienza así a exotizarse, a quedarse fuera del lugar de *identidad* que construyen los textos: será la etnología, ciencia de lo exótico, quien la estudie.

² Los saberes situados teorizados por Donna Haraway son aquellos que localizan “el sujeto productor de conocimiento con todas sus marcas históricas, geoculturales e identitarias” (Belausteguigoitia, 2005: 10).

mitad de los años 90 (cuando yo tenía entre 15 y 20 años), levantar una valla alrededor de la finca de viviendas en la que residía con mi familia. El fin era, en principio, impedir que un joven consumidor de heroína (y los que pudiesen seguirle según el imaginario de buena parte del vecindario) pernoctase en el portal. Las preguntas que me suscitó la decisión acerca de las motivaciones de mis vecinos para tomar esa determinación, habitan, junto con otros factores, en el sustrato personal del presente estudio. La propia posición en aquel momento, como adolescente cercano a ciertos valores y prácticas que podríamos designar como contraculturales, era la de sujeto de inseguridad y objeto del miedo al mismo tiempo. Por un lado, la pertenencia a un mundo juvenil portador de ciertos valores críticos me situaba en un lugar amenazante para algunas personas, lo cual me colocaba en una posición de innovación frente al “conservadurismo” de otra gente que se aferraba al control del “exceso de libertades” (las batallas dialécticas mantenidas con mi madre no eran sino el correlato privado de un debate público). Por otro, el hecho de haber sido víctima de varios atracos (sin violencia física) en la “época de los yonquis” (finales de la década de 1980), de alguna agresión física arbitraria con 10 años (sin mediar palabra, sin comprender “por qué me pegaban”), de cierta amenaza de muerte procedente de un chico más mayor a la edad de 5 años y de la repetición en la familia, el colegio y la calle, de discursos sobre la inseguridad en el barrio durante la niñez (por “la banda del Loqui” o “la banda del Plata”), añadía complejidad a la toma de postura por mi parte, ya que el miedo impregnado en el cuerpo permanecía cuando caminaba solo por calles vacías y divisaba una figura “sospechosa”. En la actual reflexión de carácter retrospectivo aquella posición ante el asunto de la valla es reinterpretada como una postura política, discursiva, que perseguía la aplicación de la ideología a la que me adscribía a una situación de la vida cotidiana y que se produjo en pleno proceso de conformación identitaria. Esta problemática reflexión que ahora trato de rescatar de la memoria y reconstruir, contiene en sí misma una de las preguntas que orienta esta investigación: ¿cómo se articulan los discursos sobre la (in)seguridad con las prácticas (corporales) relacionadas con el miedo? Tal y como lo he narrado, se puede vislumbrar cómo habitaba en mí mismo una contradicción entre lo que decía (¡No a la valla!, ¡No a ninguna valla!) y lo que hacía (tomar algunas precauciones, asustarme). Desde aquella perspectiva no era un problema de vallas sino de desigualdades sociales, el cual no podía solucionarse con más segregación o más policía, es decir, con más violencia. Pero las demandas inmediatas de la vida cotidiana se encargaban de situarme en medio del conflicto cuando el corazón palpitaba ligeramente más acelerado ante una situación imaginaria de riesgo (que por otro lado no era distinta, pienso, a la de cualquier otro joven de un barrio autodesignado como “de clase media-baja”).

Tras varios años reflexionando este asunto y algunos haciendo investigación empírica, sólo ahora me siento capaz de interpretar este problema en un entorno epistémico externo al campo de la moral. Legitimar el miedo no es sinónimo de apoyar posturas sociales exclusivistas, de transferir poder al los poderes representativos o de acudir al mercado privado de provisión de servicios securitarios. Siguiendo a Nietzsche, en su reflexión sobre la *pena*, “la causa de la génesis de una cosa y la utilidad final de ésta, su efectiva utilización e inserción en un sistema de finalidades, son hechos *toto coelo* (totalmente) separados entre sí” (Nietzsche, 2006: 99), queriendo significar con ello que los mismos hechos pueden cobrar sentidos distintos en función de los contextos de uso y de los sujetos implicados. Es así como el “miedo” puede interpretarse como un elemento presente en lo humano, fuera del campo moral (bueno-malo), sin necesidad de negar su existencia como inherente a la animalidad y la humanidad (frente a la postura que cuestionaría la condición natural del miedo) por un lado, y sin que por ello podamos deducir que su continua presencia es indicativa de la necesidad de un orden superior que reglamente y vigile para combatir el miedo a otros humanos (uso hobbesiano del miedo), por otro. El miedo es, o mejor dicho, se actúa, pero este hecho no lo sitúa de por sí en un campo ideológico específico. Más bien, todo ocurre como si el miedo se hubiera convertido en un elemento primordial de lo político a modo de inhibidor de la acción crítica, dando lugar a distintos posicionamientos ante este “sentimiento” que encuentran su correspondencia en posturas ideológicas. Bajo estas premisas, es más fácil entrever que “tener miedo” no es alinearse bajo una corriente política, sino que es el modo de tener miedo o la forma de referirlo lo que implica un posicionamiento social dado (*estilos del miedo*).

Un segundo momento en el que apareció con fuerza el problema en mi biografía, y no exento de la fuerte carga moral-política a la que me he referido más arriba, fue mientras ejercía como trabajador social en los servicios sociales –precisamente- de Carabanchel. Inmerso en los mecanismos de “la institución”, “poniendo parches al sistema”, “ejerciendo el disciplinamiento de los pobres” o “participando del control social para que todo siga igual”, me autopercibía en una posición conflictiva, en la bisagra de la disonancia cognitiva en cada decisión que tomaba a lo largo de la jornada laboral. Mientras, las demandas del ambiente, de los usuarios de los servicios sociales en contraposición a las de la propia institución para la que trabajaba, ejercían un apremio continuo para “tomar posición”. Hasta que un tiempo más tarde comprendí que podía aliarme con los usuarios más que con la institución (a modo de *trabajador negativo*, en los términos de Basaglia) (Scheper-Hughes, 1997: 508), transcurrieron varios años de tensión laboral en los que junto a mis compañeras trabajadoras sociales, y en un contexto de excesiva carga de trabajo, falta notable de recursos en relación a la demanda, y condiciones

institucionales jerárquicas, reivindicamos mejoras laborales y profesionales, algunas de ellas relacionadas con nuestra propia seguridad personal. El hecho de hacernos conscientes de –pero no necesariamente críticos con– nuestros roles de control frente a una población excluida, no era suficiente para sentirnos cómodos ante la explosión de violencia verbal, y a veces física, de algunos “usuarios” ante decisiones “nuestras” (decisiones que estábamos apremiados a tomar, más allá de las propias consideraciones morales y profesionales). “Ya que nos obligan a controlar, que nos protejan” es el enunciado que podría resumir mejor la postura que adopté en aquel momento al demandar que hubiese un policía municipal de manera continua en el centro de servicios sociales. Como cabe esperar, la brecha identitaria que se abrió en ese momento (¡yo reivindicando más policía!) alimentó la reflexión, añadiendo un atisbo de la *desmoralización* del problema al que me he referido antes: me legitimé reivindicando algo que en principio iba contra mis posturas identitario-políticas al situar dicha reivindicación en un contexto muy concreto de inseguridad.

Con los años, las condiciones de trabajo variaron, pero sobre todo las “habilidades” y los *habitus* profesionales –entendidos como condiciones sociales hechas cuerpo y actuadas– de quienes allí estábamos mañana tras mañana. Las situaciones de tensión se canalizaban de otra forma, aprendiendo, sobre todo, a convertirnos en otra cosa que no fuera la “diana de los dardos” que procedían de la frustración de los usuarios que no encontraban satisfechas sus demandas en un contexto de fuerte escasez. Esta alianza reconstruida subjetivamente con quienes considero que son los más desposeídos, me devolvió a las posiciones identitarias (“antipoliciales”) en las que me sentía más cómodo (más cercano a la “ayuda” que al “control”). Además, este reacomodo en “mi posición” se vio fortalecido por las consecuencias que tuvo nuestra reivindicación y las respuestas de la institución: ante una demanda de mayor calidad profesional (encuentros con “nuestros usuarios” con más tiempo y ejerciendo mayor autonomía), la medida tomada fue una subida salarial y una verticalización de la estructura jerárquica; ante una demanda de mayor seguridad (más simbólica que material, ya que a muchos nos bastaba la presencia continua de un policía a punto de jubilarse y sin arma), la institución aprovechó para introducir empresas de seguridad privada en los centros con un personal –en ocasiones– más agresivo, menos conocedor del contexto de los servicios sociales y en condiciones más precarizadas, siguiendo así la pauta de externalización de los servicios públicos dominante en tiempos neoliberales. Dadas estas consecuencias no deseadas, la preocupación sobre los distintos usos del miedo por parte de las agencias de mayor poder añadió elementos para la reflexión.

En una última etapa profesional, una vez retomada esa posición identitaria crítica en la que me sentía más cómodo, comencé a percibir cómo esos mismos usuarios que yo concebía como “mis aliados”, eran los que comenzaban a enunciar discursos que solicitaban “más policía”, “leyes más duras” o el “cierre de fronteras para los inmigrantes”. La proliferación mediática del “problema de la inseguridad” en aquellos años (primer lustro del siglo XXI), y su correlato en discursos sobre “la inseguridad en el barrio” con la llegada de población extranjera, sentaron las bases definitivas de la preocupación por la inseguridad de la que ahora me ocupo. Añadir contexto social a las emisiones discursivas, más allá de posturas político-morales, comenzó a ser la nueva estrategia de abordamiento que adopté: parecían existir condiciones sociales y biográficas particulares en la enunciación de discursos de la inseguridad y, sobre todo, al encontrarme en un lugar donde se gestionaban recursos tan escasos, la competencia por los mismos me hacía comprender que más que miedo a la delincuencia, existía miedo a perder derechos.

Aproximándome a Carabanchel

Carabanchel es un distrito del sur de la ciudad que simboliza algunas nociones relacionadas con la “cultura popular” madrileña. Los primeros recuerdos que poseo de Carabanchel, o al menos de su idea, están relacionados con su famosa cárcel. Este edificio, la perfecta plasmación del panóptico benthamiano, cobraba un significado especial en la familia a la que pertenecía: mi padre había estado preso en la misma durante el franquismo a causa de su militancia política. La cárcel de Carabanchel es todo un símbolo de la represión franquista y, al mismo tiempo, de las luchas de resistencia de la época en la que nací (década de 1970). Pero además, su proximidad a la vivienda familiar (en el barrio de Aluche, junto a Carabanchel), el sonido de sus sirenas cuando “algún preso se escapaba” y las referencias espaciales a la misma cárcel (en boca de mi madre, cuando llegaron a vivir a la casa todavía no estaba construido el barrio y podían divisar la prisión a lo lejos desde la ventana), alimentaban todo un imaginario relacionado con el miedo y la mitificación de ese edificio. Pasar cerca de la cárcel de Carabanchel implicaba tensión, aunque supongo que muy diferente para gente que –como mi padre– había sido internado en ella que para mí (que la asociaba con “delincuentes” que podían escapar de ella y hacerme daño en noches de frío invierno, tal y como lo imaginaba). Ese barrio, además de poseer una cárcel, tenía un significado más bien gris entre muchas personas del entorno. En esta representación imaginaria quizás influya el hecho de que Aluche (en pleno crecimiento, “joven”) tuviese un significado muy positivo entre buena parte de sus residentes

(que se sentían partícipes de su “construcción”), que la clase social predominante en Carabanchel fuese representada como “baja” mientras que para referirse a sí mismos la mayoría de los “alucheños” se autodesignaba “de clase media-baja” o “media”, y que los referentes sociales se encontrasen en el centro de la ciudad (en una dirección diferente a donde se situaba “Carabanchel” según la cartografía simbólica con la que me socialicé). Carabanchel era sinónimo de decadencia visto desde Aluche.

Posteriormente, tuve mis primeros contactos con Carabanchel fuera del túnel del metro que pasaba por debajo de sus calles y conducía a otros lugares. La conquista del espacio público que implica la adolescencia me llevó a frecuentar algunos bares y parques en dicho barrio, donde ya conocía a algunas personas. Carabanchel, o algunas zonas, se iba descubriendo como un lugar “de interés” también en esas búsquedas de referentes contraculturales y de lo auténticamente popular. Sin embargo, el significado oscuro de Carabanchel persistía y era reforzado por el acercamiento a una persona que sólo ahora supongo que ha sido más importante de lo que pensaba. Se trata de un amigo que “se empezó a venir” con los grupos de adolescentes de Aluche de los que formaba parte y que aportó heterogeneidad y, quizás por ello, una diana viable sobre la cual construir nuestra identidad por oposición. Rodrigo³ representaba la torpeza, el fracaso, la falta de virtud, el desarraigo y la incorrección social y política, todo lo cual le situaba en la antítesis de nuestros posicionamientos identitarios. Con los años, algunas de las personas de estos grupos que mantenemos el contacto hemos reflexionado sobre la contribución de Rodrigo a nuestra cohesión. Recuerdo que una de las variables explicativas sobre las cualidades especiales de Rodrigo que empleábamos era la de “ser de Carabanchel”, un barrio que nos resultaba un “criadero de personajes” y carente de identidad (reprochábamos a Rodrigo la ausencia de arraigo con respecto a su barrio y su necesidad de venir a Aluche todos los días pese a que él, para diferenciarse, enarbolase la bandera de Carabanchel). Creo que Rodrigo constituyó la principal víctima sacrificial de nuestra construcción grupal e identitaria: el perfecto otro que necesitábamos.

Este proceso de progresivo acercamiento y conocimiento de Carabanchel culminó cuando “no me quedó más remedio” que elegirlo como destino profesional. En el ámbito de los servicios sociales, trabajar en Carabanchel significaba “curtirse”, “aprender el trabajo social”, esto es, una vez más, “lo auténtico”. Carabanchel era “duro”, y por eso no lo elegía nadie como destino preferente (también es cierto que las personas que ejercían como jefas de servicios sociales en el distrito no ayudaban a convertirlo en un destino atractivo). Nuevamente, esa visión “negra” de Carabanchel (que en la película *El día de la bestia* (1995), dirigida por Alex de la

³ Nombre ficticio.

Iglesia, encuentra también sus resonancias y sus contribuciones a la construcción del imaginario sobre el barrio con frases célebres como “Satánico y de Carabanchel”), aparecía en mi subjetividad ante los apremios de la institución, las demandas de los usuarios y la desorientación ante la propia situación laboral-profesional desajustada con “mis ideales” (no exenta, además, de las problematizaciones éticas que he señalado más arriba). Sin embargo, una vez fui legitimándome en la posición y fui relacionándome de otra forma con los habitantes del barrio, comencé un proceso de exploración curiosa acompañada por mis estudios y lecturas de sociología y antropología. Cada día de interacción profesional me brindaba “vida cotidiana en bruto”, “material etnográfico”.

Estos son algunos elementos de la ecuación personal que han afectado a la elección de las unidades de análisis y de observación. Es en ese proceso en el que el interés por los sentimientos (miedo), los discursos (inseguridad), el marco social (marginación y escasez) y la cultura popular (Carabanchel), cristaliza en las sucesivas indagaciones de campo para llevar a cabo la presente investigación. Con un pie dentro y otro fuera, extraño y familiar al distrito, acercándome y alejándome, sin identificarme con el objeto pero rescatando del mismo algunos aspectos muy importantes de mi biografía, con miedo pero sin perder autonomía por ello, fui afrontando el reto de construir un relato sobre la (in)seguridad en Carabanchel.

2. Etnografías sobre la (in)seguridad y el miedo

La antropología urbana de la (in)seguridad y el miedo constituye un acercamiento desde posiciones privilegiadas al núcleo de la modernidad reflexiva, situado en la tensión entre confiabilidad y vulnerabilidad. Rossana Reguillo (2005) ha destacado tres vertientes diferentes en la forma de abordar el *acontecimiento urbano*. La primera es la antropología del desastre como estudio de la emergencia de estructuras y dinámicas sociales imperceptibles bajo la “normalidad” cotidiana. La segunda de las vertientes de estudios la constituye la antropología de las violencias urbanas. Una de las contribuciones más relevantes de la disciplina en este campo ha sido la instauración de una perspectiva que señala la distancia entre la violencia “objetiva” y el conjunto de representaciones y discursos que engendra. Por último, Reguillo señala los estudios sobre sociabilidad, nuevos movimientos sociales y procesos de reconstrucción identitaria en sociedades globalizadas. Estas tres vertientes permiten acceder a lo que denomina como *antropología del acontecimiento*, que posibilita la entrada a ese espacio –la ciudad- que es la intersección entre las estructuras y los procesos, entre los obstáculos y las posibilidades de liberación. En las etnografías a las que hago referencia a continuación podremos observar cómo se presta atención a los tres aspectos que cita Reguillo (estructuras latentes, diferencias entre miedos subjetivos e inseguridad “objetiva” y nuevos lazos sociales que se generan a pesar de todo). Vamos a poder apreciar, además, cómo las cualidades sociales de los actores implicados producen miedos muy diversos y difícilmente homologables.

Frente a la prolija producción latinoamericana (territorio donde la actualización de la temática de la “inseguridad ciudadana” se ha producido con mayor fuerza –junto con los Estados Unidos- al compás de los efectos de las políticas neoliberales que se fueron imponiendo desde la década de 1970), quiero destacar la dificultad para encontrar estudios sobre el miedo y la inseguridad en el Estado español. Salvo las aportaciones de Teresa del Valle (1997) en relación a la ciudad vivida por las mujeres, las reflexiones sobre el espacio público formuladas por Manuel Delgado (1999, 2007) y distintos investigadores ligados a él, algunos acercamientos antropológicos al miedo compilados por Gerardo Fernández Juárez y José Manuel Pedrosa (2008) y ciertos acercamientos laterales desde el estudio de otros objetos, apenas existe material etnográfico efectuado en nuestro campo académico relativo a la (in)seguridad. Ante esta ausencia, en el presente capítulo me propongo, por un lado, exponer los resultados de distintas investigaciones socioantropológicas sobre la temática de la inseguridad urbana y el miedo

realizadas –casi en su totalidad- en otras latitudes y, por otro, exhibir los resultados más fértiles para dicha temática derivados de otras etnografías madrileñas.

El miedo en su contexto: la misma emoción, diferentes vivencias

El miedo encuentra manifestaciones muy diversas en función de su espacio, de su momento de aparición y de los actores implicados. Un recorrido por distintas capitales de Latinoamérica a partir de los estudios de los imaginarios urbanos nos permite detectar rasgos comunes entre todas ellas y manifestaciones particulares dependiendo de la historia local. Así es como un miedo muy generalizado en Caracas a la calle, la nocturnidad y a ciertos barrios, se contrapone a una sensación de seguridad proporcionada por los espacios semipúblicos de los grandes *shopping center*. El miedo a la delincuencia y al caos urbano se corresponde con una realidad de violencia urbana que es de las más contundentes del planeta, y el recinto amurallado del centro comercial constituye el sustituto del espacio público perdido (Hernández, 2007). Por su parte, el miedo se manifiesta en México DF como difuso y deslocalizado: mientras que en el pasado se podía situar la peligrosidad imaginada en barrios concretos (Tepito), en los últimos años el temor se asocia con las comunicaciones y el transporte. Se trata de una amenaza móvil que se constata en el temor al rapto por parte de los taxistas o a la llamada al teléfono celular indicando que algún familiar ha sido secuestrado. Según Miguel Ángel Aguilar (2007) el miedo localizado en alguna zona lograba liberar la tensión, pero al encontrarse difuso, móvil, en el DF se vive con asfixia.

Rossana Reguillo (1998), por su parte, ha incidido en la ciudad dicotómica sobre la que se asienta el discurso de los sectores sociales más conservadores. Una ciudad simple, de buenos y malos, es el marco sobre el cual se legitima la *policialización* de los conflictos y la visión oficialista de los medios de comunicación. Otros discursos, como el de los naturalistas (*new age*, equilibrio cósmico) o el de los activistas (injusticia social), nos permiten ver cómo la homogeneidad del discurso sobre la peligrosidad se va matizando según se profundiza. Los temores son empleados, según Reguillo, para construir las identidades de cada grupo.

En esta línea iniciada por la antropóloga mexicana, Luz Amparo Sánchez Medina, Marta Inés Villa y Ana María Jaramillo (2002; 2003) han buceado en los significados en torno a la inseguridad ciudadana y en los intentos de limpieza de la imagen negativa de la ciudad de cara al flujo de capital económico y de turistas en la ciudad colombiana de Medellín. “Medellín, del miedo a la esperanza” fue la consigna del poder municipal sobre la cual se construyeron una serie de acciones encaminadas a variar el imaginario sobre la ciudad a comienzos del presente

siglo. Las autoras constataron la creación de una comunidad emocional a partir de las marchas contra el secuestro celebradas en 1999. La “esperanza” –como reverso del miedo, en cuanto que ensancha, abre, dibuja horizontes- se erigió en una palabra aglutinadora que, al ser institucionalizada la protesta, pasó a convertirse en un vocablo fetiche. “Los buenos somos más”, lema de las manifestaciones, pretendía aglutinar un nosotros frente al “violento” y el “indiferente”. Pero además de estas marchas ciudadanas, otras iniciativas empresariales, mediáticas y municipales se empeñaron en crear un nuevo discurso sobre Medellín. “Todo será como usted quiere que sea” era un mensaje que se dirigía directamente al combate a la incertidumbre, pues situaba bajo el control ciudadano el futuro. De la misma forma, la reactualización del discurso de la “cultura paisa” (la de los antioqueños, “verracos”, emprendedores, sociables, familiares, optimistas...) para combatir el miedo y añadir elementos de pertenencia y orgullo, no es sino una estrategia de instrumentalización de la identidad regional con fines económicos y políticos. Estas autoras señalaron, además, la reactualización de las prácticas religiosas (en forma de evangelismo y de *new age*) como garantes frente a la incertidumbre, así como la puesta en marcha de estrategias individuales amparándose en “la palabra de Dios” enunciada como forma de autoprotección ante un asalto: “les hablé del amor de Dios, el Señor les ama –les dije-” (2003: 207). Se trata de respuestas parciales, más bien reproductivas, que aunque vayan desde el aislamiento a la adhesión no consiguen constituir una alternativa a las identidades binarias (nosotros-otros) que alimentan un conflicto entendido como guerra (para que yo exista hay que eliminar al otro). Estas adhesiones son fácilmente instrumentalizables por los poderes, pero situar el foco sobre los actores concretos nos permite vislumbrar ciertos actos de creación que pueden tomar otros rumbos. Los actores implicados (temidos y esperanzadores), así como la particularidad de respuestas en Medellín (con una historia local de violencia protagónica del imaginario sobre la ciudad), nos permiten entrever un abanico muy amplio de manifestaciones del miedo y la inseguridad dependiendo de los contextos y las historias locales, más allá de la universalización de la inseguridad en el mundo urbano contemporáneo.

Reduciendo la escala desde ámbitos urbanos gigantescos a contextos barriales concretos, encontramos la valiosa aportación de Ariel Gravano (2003), quien analizó la sensación de amenaza al “barrio de siempre”. Partiendo de los actos de violencia simbólica y estigmatización llevados a cabo por instituciones, medios de comunicación y vecinos relativamente acomodados en Buenos Aires, Gravano llegó a concluir que la inseguridad era el problema que más preocupaba a los vecinos del barrio de Lugano. En general, los adultos percibían más inseguro el barrio que los jóvenes y los espacios más frecuentados por cada persona eran concebidos como los mayores depositarios de confianza, más allá de las

características del espacio en sí. En lo relativo a la (in)seguridad, los vecinos más acomodados y antiguos en el barrio expresaban la necesidad de levantar barreras con el fin de *territorializar* su propio espacio. El criterio para hacerlo provenía de una asunción sustancialista de la realidad: los vecinos nuevos, por sus características, eran proclives a imprimir su violencia en el barrio. Una de las contribuciones más relevantes de la investigación de Gravano es la introducción del factor temporal (edad social) en la percepción de la inseguridad: la memoria de una *época base* en las biografías para asignar identidad de manera metonímica al barrio y a sus habitantes, conllevaba una percepción de lo nuevo, lo emergente, como no barrial y como amenazante.

La sensación de amenaza al orden social es en otros contextos el motor para la reactualización de viejos relatos y mitos. Ana María Portal se ha fijado en las estrategias simbólicas que emplean los habitantes de la colonia de Tlalpan (México DF) para contener el miedo. El “Charro Negro” o “La Llorona” (Malinche), son figuras míticas de origen mesoamericano que siguen operando con fines de control social. Asimismo, los altares y exorcismos son interpretados por la autora como regulaciones del sentimiento de miedo. Todas estas figuras, presentes entre la población obrera de la colonia, siguen cumpliendo funciones de marcaje del territorio. La reproducción de creencias ancestrales, así como la certeza del adentro y el afuera, construyen la pertenencia y la identidad barrial (Portal, 2004).

Análisis del fenómeno de la (in)seguridad urbana con perspectiva de género

Vamos profundizando en el miedo y la (in)seguridad y observamos cómo los significados sociales asociados varían en función del contexto y de los actores en juego. Adoptando una perspectiva de género, algunas autoras han señalado precisamente esas diferencias invisibilizadas por el discurso patriarcal hegemónico. El campo de estudio desde el cual se han analizado las relaciones de género en relación a la (in)seguridad es fundamentalmente el del espacio. Alicia Lindón señala que las teóricas feministas se han acercado desde la geografía a la *agorafobia*. Las ansiedades relativas a los espacios públicos y abiertos entre las mujeres tienen un vínculo evidente con los mandatos de género (Lindón, 2008). Una aportación de enorme interés en este sentido fue la obra de Judith R. Walkowitz *La ciudad de las pasiones terribles*. Si bien no estamos ante una etnografía del presente, he querido incluir aquí sus aportaciones al proporcionar contexto sociohistórico sobre la generación de espacios segregados. En ella, la autora redundó sobre la idea del histórico discurso oportunista de la inseguridad como instrumento de control social de los colectivos dominados, en este caso el de las mujeres. Mediante un análisis de distintos documentos periodísticos y literarios correspondientes al

Londres de las últimas décadas del S. XIX, Walkowitz (2005) nos aproxima a los relatos sobre Jack el Destripador y otros criminales. Los asesinatos del Destripador trajeron consigo discursos diferentes que, aunque confluían en algunos aspectos, proporcionaban un eje de conflicto entre clases sociales y una moraleja aleccionadora para las mujeres. El contexto analizado por la autora es el de un Londres polarizado social y geográficamente en el que las luchas obreras se visibilizaron en los espacios públicos burgueses y en el que se transgredieron los límites simbólicos de los grupos sociales, dando lugar a una imagen de conflicto y desintegración entre los miembros de las clases dominantes. El pánico moral se instaló en las subjetividades gracias a la difusión periodística de un discurso de la degradación y la miseria en los barrios obreros, pánico solo atenuado por los movimientos filantrópicos que crecieron en esta época ante el sentimiento de culpa que se despertó entre algunos miembros de las clases dominantes. Pero además del aumento de la visibilidad de los obreros y de los marginados en ámbitos geográficos que hasta ese momento no frecuentaban (lo cual complejizó la imagen de la ciudad al romper la barrera tradicional entre Oeste rico y Este pobre), también las mujeres de las clases acomodadas adquirieron visibilidad y autonomía en el centro de la ciudad con el surgimiento de las galerías comerciales y la expansión del consumo, transgrediendo, ésta vez, las barreras entre lo público y lo privado. La individualización de las mujeres burguesas llevó a muchas a participar plenamente de los valores dominantes de la modernidad y a romper con los roles de contención y abnegación asignados al género femenino. Esta inmersión en el mundo del consumo provocó una mirada que las hacía sospechosas y un aumento de las conductas masculinas de acoso sexual. Éste ambiente era propicio para el desarrollo de las narraciones sobre los peligros urbanos, especialmente los sexuales. Aunque los efectos fueron de diversa índole (los relatos sobre Jack el Destripador introdujeron los discursos de las mujeres y de los obreros en el debate público, permitiendo, por ejemplo, a muchos hombres empatizar con la sensación de terror que podían experimentar), el más importante en lo concerniente al tema de la presente investigación fue el aumento de la segregación espacial por clase y por género.

En la misma línea socio-espacial de análisis, Teresa del Valle (1997) examinó la gradación entre interior y exterior que realiza el ordenamiento social patriarcal. Esta gradación funciona como marcador de poder y de prestigio a la hora de valorar las actividades de las mujeres y los hombres. Los estereotipos de género son, sin embargo, sólo eso: las mujeres están presentes en el espacio público, en el mundo productivo, aunque hayan sido históricamente invisibilizadas. A la mujer se le ha asignado en las representaciones sociales el

espacio doméstico pese a que ejerza fuera de la casa tanto o más que los hombres¹. El espacio público en la ciudad de Donostia fue siendo conquistado por las mujeres más jóvenes, según comprobó Del Valle, pero muchas seguían considerándolo como un lugar de paso y preocupante al caer la noche. Para ellas, la ciudad deseada era diurna o luminosa y esto tiene que ver con la inseguridad con la que asociaban la noche. Se trata de una inseguridad generizada, ya que no es extrapolable al género masculino (no expuesto a la amenaza de la agresión sexual). Pero éste no es el sentir de todas las mujeres: las lesbianas vivían otro tipo de amenazas y hostilidades en la ciudad que tenían que ver con la percepción de la ciudad como normativista y conservadora y las reacciones que pudiera suscitar su transgresión. Estos análisis de del Valle nos interesan para des-homogeneizar la vivencia de (in)seguridad.

Rossana Reguillo (1998), por su parte, encontró en los discursos de la inseguridad de la ciudad mexicana de Guadalajara un imaginario conservador masculinista que culpabilizaba a las mujeres que trabajaban fuera de casa por abandonar a los menores y jóvenes a su suerte, lo que supuestamente provocaba que éstos fueran violentos. Esta aproximación nos da una idea de la múltiple funcionalidad del discurso de la inseguridad con propósitos de control social, en este caso de acuerdo a lógicas patriarcales de poder. La perspectiva de género ha abierto un campo extenso de análisis sobre el dispositivo securitario como sostenimiento de las normas hegemónicas.

‘Gated communities’ para las clases altas y medias

En el contexto académico norteamericano, Setha Low (2004), partiendo de las obras de Davis y de Sennett, profundizó en las expectativas de las personas que deciden residir en las *comunidades cerradas*². La proliferación espectacular de este tipo de urbanizaciones regidas por principios de seguridad en las décadas de 1980 y 1990 en los Estados Unidos se ha producido de manera paralela al aumento de las desigualdades sociales y al crecimiento de la ansiedad de las clases medias ante la amenaza de pérdida de sus condiciones de existencia tras la crisis económica de los años 70 y el retroceso del Estado del Bienestar. Esta búsqueda de

¹ En la cultura vasca, contexto específico que investigó del Valle, existen dos elementos que marcan esa segregación generizada del espacio: la casa y las sociedades gastronómicas. La casa, a pesar de sus vinculaciones con las mujeres, adapta sus espacios mejor a las necesidades de otros miembros (salvo la cocina). En las sociedades gastronómicas, donde la cocina es revalorizada, masculinizada, las mujeres no tienen acceso (1997: 65-68).

² No se nos puede escapar que estas comunidades cerradas constituyen una reactualización de las ciudades amuralladas propias de otras épocas. María Cátedra ha constatado la función, entre otras, de fortaleza durante la Edad Media de la ciudad amurallada de Ávila, así como la función segregadora de la propia muralla, que establecía las diferencias en el espacio social a través de su trazado (Cátedra, 1997: 97-98.).

diferenciación de las clases medias y altas con respecto al resto de ciudadanos ha encontrado su legitimación en la tradición cultural antiurbana surgida en el S. XIX en los Estados Unidos (favorecedora de la segregación) y ha hallado su materialización en los diseños arquitectónicos de *espacios defendibles*³. Para Low, el elemento subjetivo implicado en esta proliferación de las *gated communities* es la búsqueda de homogeneidad, y esto de manera independiente al aumento o al descenso de las tasas de criminalidad. Partiendo de los planteamientos formulados por Sennett en *Vida urbana e identidad personal* (2001), esta autora observa cómo se desarrolla un anhelo de la simplicidad de la infancia simbolizado por las comunidades cerradas. Pese a que la infancia de los consumidores de viviendas en comunidades cerradas no transcurrió en espacios cerrados, los diseños de estos nuevos conjuntos residenciales consiguen recrear paisajes idealizados como protectores que procuran una identificación inconsciente con la seguridad emocional supuestamente sentida en la niñez bajo el cuidado de los padres. La protección simbólica proporcionada por los muros compensa la incertidumbre provocada por la vida urbana y por la amenaza del deterioro de las condiciones de vida (a causa del desempleo sobrevenido, por ejemplo). Es por ello que muchos miembros de la clase media estadounidense –algo igualmente aplicable a Europa Occidental– comenzó a buscar la *security* (seguridad emocional en lengua inglesa) a través de la *safety* (protección física de las personas y los bienes). La simplificación racional que facilita el establecimiento de barreras físicas refuerza el sentimiento del “nosotros” frente al “otros” en el espacio, proliferando nuevas comunidades segregadas que interactúan menos entre sí. Esto no hizo sino apuntalar los sentimientos de desconfianza que llevaron a los habitantes de las *gated communities* a sus refugios.

Por su parte, Teresa Caldeira (2000) también puso el acento en la relación existente entre las inseguridades provocadas por los cambios sociales de finales del S. XX y el aumento de la percepción de peligrosidad. En la etnografía que llevó a cabo en la ciudad de Sao Paulo, Caldeira constató cómo el aumento de las familias de clase media que residían en condominios cerrados estaba vinculado con la llegada a la ciudad de población rural pobre del norte de Brasil y con los consiguientes cambios en las pautas de sociabilidad. La criminalización de la población pobre inmigrante, asociada con las viejas categorías utilizadas para dirigirse a la población africana en los tiempos en que vivía bajo la esclavitud, ha funcionado como mecanismo de diferenciación social y de legitimación de las desigualdades socioeconómicas. Esta forma de reordenar y de simplificar la realidad compleja cotidiana encontró una eficaz fijación en los

³ Oscar Newman es uno de los representantes más relevantes de esta corriente de la *prevención situacional* que propugna la supeditación del espacio construido a los criterios de protección y defensa mediante el establecimiento de barreras físicas o de espacios ampliamente iluminados (Newman en Low, 2004: 22).

discursos al haberse producido un incremento de la violencia en Brasil durante las últimas décadas. Para esta autora, el crecimiento de la violencia tenía una etiología socioeconómica que procede del aumento de las desigualdades sociales y de la crisis económica, pero además, el aumento de las inversiones en seguridad pública no había logrado frenar el crecimiento de la inseguridad, ya que otros factores, como la deslegitimación del poder judicial como mediador de los conflictos, el amplio umbral de tolerancia hacia la violencia, las concepciones del cuerpo (que legitimarían la intervención violenta), la devaluación de los derechos individuales, las reacciones contra nuevas reglas democráticas por parte de sectores privilegiados y la violencia policial, habían operado durante los años anteriores en la sociedad brasileña y en la ciudad de Sao Paulo. El incremento de las distancias socioeconómicas, paralelo al proceso de democratización política vivido en Brasil tras la caída de la dictadura militar, había provocado la búsqueda de espacios privados, cada vez más segregados, por parte de las clases medias y altas. El retraimiento a los espacios privatizados, así como el aumento de las actitudes racistas, se producía mientras se hacían más visibles en la esfera pública quienes eran significados como “otros” (pobres e inmigrantes). Caldeira sugirió que la *ciudad de los muros* físicos se levanta cuando caen ciertos muros sociales.

Las comunidades cerradas también han protagonizado varios análisis de antropólogas mexicanas. Ángela Giglia (2003) centró su atención sobre el espacio público en disolución con el surgimiento de las nuevas comunidades cerradas, pero intentando introducir el giro al que han aludido autores como Soja (2008), referido a la agencialidad surgida incluso en el contexto de opresión segregacionista. Si bien la privatización del espacio ha supuesto una contribución a la exclusión, Giglia matizó que esta pérdida era la del espacio público de la ciudad moderna burguesa. Centrándose en visiones menos pesimistas que la de la “pérdida” para evitar dejar fuera del análisis lo que queda de ese espacio público y las reconstrucciones del mismo que se producen incluso en los espacios privatizados, esta autora no dejaba de reconocer la creciente segregación socio-espacial a resultas del aumento de la desigualdad social y de la *crisis de identificación* (por la imposibilidad de abarcar la totalidad de la ciudad). Sin embargo, lo más sugerente de su análisis es la identificación de la necesidad de recortar en pedazos la urbe para poder apropiarse de ella y para construir –en esos fragmentos urbanos- ciertos vínculos anhelados.

Quizás sea en este tipo de comunidades en las que se pone de manifiesto de forma más clara la relación entre identidad y seguridad. Esta es una relación que parece presente en todos los grupos sociales (aquí he optado por hacer una diferenciación de las estrategias y tácticas por clases sociales y he comenzado puntualizando algunos vínculos con las relaciones de género),

pero estas comunidades, que constituyen la encarnación material de la fantasía de la derecha ideológica, son las que mejor la ilustran. Un ejemplo de ello, al que le dedicó su atención Armando Silva, es el del “cagón” de Orange County, una ciudad fortificada californiana en la que la homogeneidad es imprescindible para la supervivencia. Esa fantasía encarnada, la de la comunidad blanca cerrada que vive de acuerdo a los preceptos morales del conservadurismo norteamericano, vivió con pánico la aparición de distintas cagadas anónimas en sus pulcras y descorporeizadas calles. La restauración del orden, la sanación de la fantasía de homogeneidad, vino propiciada no por la detención del autor de las cagadas ni por la desaparición de las mismas, sino por los informes científicos que “determinaron” que esas cagadas procedían de un perpetrador de origen asiático (Silva, 2007b; MacCanell, 2007). Este ejemplo revela la importancia de la fantasía de la homogeneidad como imaginario de la identidad. La seguridad procede, en estos casos, de la proyección de lo otro sobre los otros. Pero se trata de una mistificación de la seguridad, ya que es profundamente vulnerable y atacable con la aparición de nuevos restos corporales. Según MacCannell (2007), es el miedo a sus miedos lo que se combate con más miedo. Se trata del miedo al cuestionamiento –y el consecuente desmoronamiento de su fantasía de vida- lo que se trata de ocultar con la escenificación de la firmeza y de la identidad.

Población empobrecida: criminalización, victimización y agencialidad

La (in)seguridad urbana se ha ido conformando como un eje fundamental que estructura la relación entre las clases medias y altas y los sectores más desposeídos. A la hora de tratar este asunto, no podemos olvidarnos de cómo afectan las nuevas políticas securitarias a los sectores más pobres (criminalización) ni de sus vivencias de vulnerabilidad en el entorno urbano (victimización). En una investigación realizada entre la población empobrecida de los ranchitos de Caracas a finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, Yves Pedrazzini y Magaly Sánchez (2001) observaron una *cultura de urgencia* basada en la incertidumbre hacia el futuro y en la creatividad en las formas de supervivencia en un contexto de desestructuración urbana, segregación socioespacial y neoliberalismo económico. Quizás idealizando la ciudad europea e interpretando de una forma involuntariamente funcionalista la “desestructuración” de la metrópoli latinoamericana (que quizás resulte ser una estructura altamente funcional al capitalismo neoliberal), los autores veían en la inseguridad y la violencia proliferante en Caracas, no una patología, sino el desarrollo de una cultura en un contexto opresivo. Cuando el Estado se ha convertido únicamente en fuerza de represión y ya no se encarga del futuro, aunque se

mantengan los protocolos de las viejas funciones (más intervencionistas) vaciadas de contenido, se crea un problema estructural de injusticia social en el que la cultura de urgencia es una estrategia posible. Acudiendo a Michel de Certeau, Pedrazzini y Sánchez conciben la cultura de urgencia como cultura popular. Ésta es negada por los poderes, quienes sólo pueden concebirla muerta, en museos, folklorizada. Sin embargo, la cultura de urgencia es activa, inventa tácticas, lo que Pedrazzini y Sánchez llaman *trampas* (Pedrazzini y Sánchez, 2001: 47). Si la estrategia de los poderosos consiste en hacer sentir culpables de su miseria a los desposeídos por suponer un lastre para la nación, los jóvenes de las bandas, los “malandros” y niños de la calle, no cargan con esa culpa moral. Es esa liberación y su agencialidad la que supone una amenaza para las élites, si bien no se trata de un proceso de innovación política. La *cultura de urgencia* no es entonces ni contracultura (no es un proyecto de oposición a la cultura dominante) ni subcultura (la practica más de la mitad de la población): es “una cultura rebelde pero no revolucionaria, es el rechazo cultural frente a la manipulación, es la desconfianza ordinaria” (Pedrazzini y Sánchez, 2001: 52).

Otra aportación sobre la inseguridad insertada en la cultura nos la mostró Thomas Belmonte (2005) en su etnografía de un barrio empobrecido de Nápoles. En su representación etnográfica, la población en situación de mayor carencia vive bajo esquemas de percepción agónicos y defensivos. Los imperativos de la supervivencia individual en un medio hostil, aunque se combinen de manera contradictoria con los sentimientos de pertenencia comunitaria y el establecimiento de redes de reciprocidad, condicionan la existencia de una subjetividad desconfiada. Una de las formas en que funciona la comunidad, superpuesta a los requerimientos individuales es la de la defensa. Para Belmonte, la comunidad que estudió –Fontana del Re– constituía un ejemplo muy claro de *comunidad defendida*. Precisamente, una de las bases de ese sentimiento comunitario era la protección común ante agentes externos, y todo ello a pesar de la extrema competitividad y desconfianza en su interior. Para Belmonte, la violencia de la que hacían gala los chicos de Fontana del Re no era sino la imitación de una violencia de clase presente en la estructura social. Se puede interpretar la tesis de Belmonte como la del desarrollo del capital físico-corporal por parte de los hombres de este barrio pobre ante la ausencia de otros capitales de los cuales estaban privados. Este capital era vehiculado por una socialización en el ámbito familiar que combinaba la violencia con la indulgencia. Además, la inseguridad económica sufrida por las clases más desfavorecidas de Nápoles promueve un sentimiento de desconfianza hacia el futuro que hace aparecer actitudes competitivas (como robos entre afines) bajo el envoltorio cultural que proporciona la tradición de la picaresca. Belmonte apela a Gramsci o Hobsbawn para concluir que muchos de los actos de supervivencia que realizan los pobres

napolitanos al margen de la norma social constituyen embriones de una conciencia de clase que se expresa, al menos, en una actitud polémica. Esta interpretación del *lumpen proletariado* explica sus comportamientos como el resultado, por un lado de una inseguridad ontológica generada por el sistema de clases y, por otro, de la incidencia de algunas peculiaridades culturales (en la ciudad de Nápoles, la picaresca importada de los españoles y más o menos extendida en el área mediterránea).

Por su parte, Loïc Wacquant (2001) realizó un amplio trabajo de campo en el *guetto* de South Side de Chicago en el que constató cómo el miedo invadía multitud de actividades y decisiones cotidianas. El paso del *guetto* comunitario de la década de 1950 (que generaba orgullo y sentimiento de pertenencia) al *hiperguetto* actual, implica un cambio en las estrategias de supervivencia de sus habitantes. El “rebusque” combina la búsqueda de ayudas de la asistencia social con las actividades alegales e ilegales, como el robo, el tráfico de drogas o la simulación de accidentes para cobrar seguros. Todo ello constituye un mecanismo de reproducción social al estigmatizar aún más a esta población (que así puede ser reprimida en cualquier momento) y al contribuir al mismo tiempo a la desestructuración comunitaria. A falta de otros capitales, el coraje físico y el conocimiento de la calle constituyen las tempranas formas de autoabastecimiento de muchos niños. Wacquant afirma que el ejercicio de la autonomía está ligado en este contexto a la ocupación de algún papel en la *cultura del terror*, exhibiendo la propia violencia como forma de defensa preventiva.

Otra sugerencia para abordar el miedo y la (in)seguridad entre los miembros de las clases más empobrecidas nos la proporcionó Nancy Scheper-Hughes (1997), quien retomó las ideas expuestas por Foucault en *Vigilar y castigar* para analizar la información recogida en su trabajo de campo en una barriada de chabolas de Bon Jesus da Mata (nordeste de Brasil). Para esta autora, las técnicas de disciplinamiento de la modernidad, centradas en el control de la mente (a través de las tecnologías psiquiátricas, educativas, asistenciales...), no estaban lo suficientemente desarrolladas en el Brasil que ella conoció (entre la década de 1960 y de 1980), por lo que persistían la violencia física ejercida por parte del Estado, las acciones de elementos paramilitares y las cuadrillas a sueldo de los terratenientes dirigidas a la población pobre “revoltosa”⁴. Las torturas y muertes efectuadas por las dictaduras latinoamericanas en las últimas décadas del S. XX a personas vinculadas con la izquierda no fueron sino la ampliación del radio

⁴ Talal Asad, apoyándose en las interpretaciones discontinuas de la historia (la guerra y el conflicto, y no el contrato, como telón de fondo), coincide en este análisis al aseverar que la pretensión de los “estados represivos” no es diferente que la de los “estados modernos”. La diferencia estriba, entonces, en la falta de logro, por parte de esos regímenes, de unas infraestructuras de control administrativo y social que penetren en la vida social (Asad, 1992 en Gledhill, 2000: 40-42).

de acción a las clases medias de ese poder represivo que se ejercía desde mucho antes sobre las clases populares. Apoyándose en los argumentos ya citados de Teresa Caldeira, el funcionamiento de la justicia en Brasil carecía de garantías para la población pobre, que además sufría la violencia sistemática de la policía. Las desapariciones de personas en barriadas como en la que trabajó Scheper-Hughes era algo previsto por sus moradores, lo cual convertía en rutinarias las pérdidas de seres queridos y denotaba la devaluación social del cuerpo de los pobres. La inseguridad que sufrían los vecinos de la barriada guardaba correspondencia con el crecimiento de la industria del tráfico de órganos a través de la mercantilización de partes separadas de su cuerpo.

Para finalizar este apartado dedicado a las implicaciones de los dispositivos securitarios sobre la población empobrecida y a las estrategias de los subalternos en los contextos de inseguridad urbana, no puedo dejar de referirme de manera sucinta a la amplia bibliografía producida en Colombia, y específicamente en la ciudad de Medellín⁵. Una de las líneas de investigación abiertas en el campo de la llamada “violentología” –una suerte de subdisciplina netamente colombiana- fue la llevada a cabo por el Grupo de investigación de Conflictos y Violencias del INER (2007), el cual indagó en el impacto subjetivo de la sucesión de actores armados entre los vecinos de un barrio empobrecido, la Comuna 13⁶. Por su parte, Luz Amparo Sánchez Medina, Marta Inés Villa y Ana María Jaramillo (2002; 2003) detallaron las figuras del miedo en la misma ciudad. Las caras del miedo eran las del sicario y atracador, el miliciano, el paramilitar, el guerrillero, el narcotraficante, el político y el drogadicto, mientras que las contracaras eran las del sacerdote, el maestro, la mujer y el o la líder social. Estas últimas figuras eran vividas como protectoras, sujetos de la “esperanza”.

Pilar Riaño (2002) exploró la reactualización y transformación de viejos mitos –como el “Jinete Negro”- en las nuevas experiencias ciudadinas, marcadas por la economía de la droga. A pesar de las condiciones de extrema violencia en las décadas de 1980 y 1990 en la misma ciudad, una agencialidad en los habitantes de los barrios se manifestaba en la capacidad para dotar de sentidos diferentes los acontecimientos. Los viejos fantasmas del campo antioqueño, como el “cura sin cabeza”, reaparecían en la ciudad como estrategia para controlar el miedo. Además, estos fantasmas se insertaban en los relatos orales, funcionando como mecanismo de

⁵ Si una ciudad ha sido objeto del estudio de los imaginarios del miedo en las últimas dos décadas, ésta es Medellín. Durante una estancia académica que disfruté en el INER (Universidad de Antioquia), pude realizar un trabajo de campo de 3 meses de duración y contactar con algunas de las figuras y libros que estaban indagando en el impacto de la violencia, del miedo y de las políticas de seguridad en la ciudad.

⁶ Esta comuna es famosa por ser el objeto de la Operación Orión en 2002, con la que Álvaro Uribe intentó dar un golpe a la guerrilla y estableció un cambio de rumbo en el país. Con esta operación se inauguró oficialmente la política de “seguridad democrática”, pagando sus efectos colaterales 13 personas muertas por el ataque desde helicópteros militares a las infraviviendas del barrio empobrecido.

control social de un orden dado (como en el caso de la maldición que recae sobre quien daña una procesión, o del diablo que se les aparece a los “arrogantes”). Ante el derrumbamiento de las regulaciones comunitarias en la guerra de bandas, la extensión del consumo de drogas y el control por su negocio, nuevos relatos orales, que reactualizaban otros antiguos, intentaban generar una sensación común (sentido común) y reestablecer cierta normatividad de una manera reproductivista. Así, quienes transgredían la norma moral local podían esperar la llegada de uno de estos fantasmas. La *cultura del miedo*, generalizada en Latinoamérica por la presencia de un poder militar y paramilitar en los últimos 500 años, presentaba interpretaciones y manifestaciones locales. Pero si el orden moral local es opresor, también parecen existir formas míticas de justificarlo o de burlarlo⁷.

Por su parte, Elsa Blair (2005), en su análisis sobre la dramatización de la violencia, asignó una enorme relevancia a la agencia y a la corporalidad de los implicados en el miedo en la que fue denominada “la ciudad más peligrosa del mundo”. Según esta autora, el hiperbolismo inscrito en la cultura colombiana provoca que el exceso de violencia no se considere real, sino que forme parte del imaginario (a modo de realismo mágico): al exagerarse en la realidad, se niega. El exceso de muertes y el carácter excesivo de estas muertes (intervenciones en los cuerpos) fue leído por Blair como una teatralización en la que hay actores y espectadores, una suerte de actuación performativa. Es así cómo Blair intentó conjugar cultura y violencia como elementos que van de la mano en Medellín y no como opuestos (tal y como habían relacionado algunos análisis, creyendo que el exceso de violencia se daba por un defecto de “cultura”). Las operaciones de “limpieza” de los escuadrones de la muerte en los barrios pobres de Medellín funcionaban bajo una lógica de cosificación del cuerpo, o al menos de algunos cuerpos: los de los jóvenes pobres. El proceso de conversión de la vida en *nuda vida* hacía posible des-ciudadanizar, primero, y acabar con el tiro en la nuca después. Blair constató cómo en las ciudades colombianas se fue imponiendo un discurso higienista basado en los males morales (se comenzó asesinando homosexuales y prostitutas y se continuó con delincuentes, drogadictos, personas sin hogar, recicladores...). Estas operaciones eran justificadas por sus victimarios como una imposición del “bien” sobre el “mal”. La sensación de inseguridad de los habitantes de Medellín fue propiciando la legitimación de la “limpieza”. La sucesión de actores armados – bandas, milicias, paramilitares y policías- para “garantizar seguridad al barrio” no produjo sino una escalada de violencia (Grupo de Violencias y Conflictos, 2007).

⁷ Así es cómo los jóvenes de una banda barrial le contaban a Pilar Riaño en los talleres de memoria que organizaba, que hubo un tiempo en el que estaban poseídos por los espíritus del brujo, coincidiendo este periodo con un aumento de la violencia y las muertes en el barrio. Es el brujo, y no ellos, el *otro* que se inscribió en sus cuerpos y que fue responsable de la violencia y la trasgresión de normas morales locales.

Transformaciones en Madrid y sus vínculos con la (in)seguridad

Pese a la lejanía de los contextos geográficos y sociales, podemos encontrar en los análisis etnográficos aludidos más arriba importantes hilos a seguir en el estudio de la (in)seguridad y el miedo en Carabanchel, como el de las construcciones identitarias en las estrategias securitarias. Pero existen, además, algunos acercamientos laterales al problema formulados en la propia ciudad de Madrid a partir del análisis de otros objetos de estudio. Las transformaciones históricas –y también las continuidades– que reflejan estos trabajos se relacionan con la llegada y establecimiento de población migrante en los últimos lustros a la región metropolitana madrileña. Ésta ha dado lugar a recombinaciones culturales y ha impreso un nuevo carácter al choque de los sectores populares con los muros de contención de las instituciones, así como a las luchas competitivas en el seno de la población.

El barrio de Lavapiés ha constituido un laboratorio prolijo de los procesos sociales más innovadores de la ciudad de Madrid en los últimos años. El espacio de transición que conformaría, siguiendo la terminología de la Escuela de Chicago, constituye un buen ejemplo de la *glocalidad*. El barrio reestructurado es el resultado híbrido de los movimientos de capital a nivel global y de las reconstrucciones identitarias de los viejos y nuevos habitantes en el barrio (Barañano Cid y otros, 2006). El barrio administrativo de Embajadores, popularmente conocido como Lavapiés, ha constituido en la última década un laboratorio de investigación social. Su carácter “intercultural” es el factor fundamental de la atracción de Lavapiés como objeto de estudio. La presencia durante las últimas tres décadas de activistas sociales que han creado espacios culturales alternativos a la oficialidad ha dado al barrio una impronta característica que se suma al carácter popular de la población originaria, la más cercana al centro de Madrid perteneciente a un proletariado clásico. El efecto es una dinámica compleja que da como resultado un Lavapiés cultural y políticamente muy activo, atractivo para población joven de dentro y fuera de la ciudad y para el mercado especulativo de la vivienda (que ve en él una oportunidad de negocio). Al mismo tiempo, esta complejidad, que no está ausente de conflictos y competencias por la definición y el uso del espacio barrial, también ha propiciado la proliferación de discursos de la inseguridad que han supuesto una oportunidad para el Ayuntamiento para aumentar el control policial⁸ y llevar a cabo actuaciones favorecedoras de quienes pretenden hacer buenos negocios en el barrio.

⁸ En el otoño de 2009 el barrio se llenó de cámaras de videovigilancia disimuladas como farolas que tras una previa campaña mediática de criminalización del barrio consiguen proporcionar a la policía un flujo de información antes

La población magrebí ha sido problematizada en Lavapiés como en ningún otro barrio de Madrid. La delincuencia que se le achacaba en los primeros años del S. XX (simbolizada por la “banda del pegamento”) se imbricaba en el discurso de “el barrio se muere” empleado por la población envejecida autóctona (Baraňano Cid y otros, 2006: 133). Sin embargo, la inseguridad ciudadana se ha erigido en este barrio, como en ninguno, en un eje de conflicto político. Montserrat Caňedo (2005) observó una oposición de discursos acerca del barrio entre alguna asociación de vecinos autóctonos y nuevos colectivos vecinales surgidos a partir de las “okupaciones” y de la transformación de Lavapiés en el barrio “intercultural” y de la “cultura alternativa”. La asociación de vecinos de corte más conservador sostenía, frente a los movimientos sociales asentados en el barrio, un discurso en el que la inmigración, la marginalidad y los propios “okupas” generaban un desorden urbano que requería de intervenciones policiales y educativas por parte del Estado. El uso de los medios de comunicación, así como la interlocución con los gobernantes, daba eco a sus demandas de seguridad ciudadana (la propia asociación había surgido como reacción a los “problemas de droga” que sufría el barrio durante la década de 1980), si bien estos vecinos reconocían que tenían que manejar con cuidado a los medios, ya que su presencia inmediata en los “sucesos” del barrio podía generar una mala imagen que afectaría negativamente a los negocios.

En barrios como San Cristóbal, en el distrito de Villaverde, que curiosamente se ha convertido en un foco de investigación a raíz de convertirse en un espacio de “intervención preferente” por parte de la Administración y de multitud de empresas y asociaciones de “lo social”, se han analizado los efectos de los discursos estigmatizadores sobre el barrio. Cecilia Eserverri (2006) observó cómo la población mayor autóctona, la más vulnerable ante los robos, era además la que intercambiaba mayor información en forma de rumores acerca de sucesos, algunos de ellos de origen mediático. Resulta, sin embargo, especialmente interesante para los propósitos de la presente investigación el trabajo de Débora Ávila y Marta Malo (2007), precisamente centrado en Lavapiés y San Cristóbal. Partiendo de planteamientos foucaultianos, las autoras apuntaron que más que ante un fenómeno de segregación espacial o *guetificación* en la ciudad de Madrid, nos encontrábamos ante un dispositivo de frontera extendido e internalizado que promovían y gestionaban las instituciones bajo una gubernamentalidad basada en la capitalización de las diferencias y su transformación en desigualdades. El señalamiento mediático y la consecuente hiper-presencia policial se convertían en fuertes productores de

inexistente y al mismo tiempo pretenden funcionar como elementos disuasorios. Esta instalación de cámaras ha contado con una fuerte oposición por parte de diversos colectivos y vecinos del barrio, que han llevado a cabo campañas muy creativas de denuncia del “gran hermano” a la madrileña.

inseguridad en ambos barrios, si bien más que ante procesos de segregación espacial nos encontrábamos ante procesos de subjetivación corporal de las diferencias jerarquizadas. Según las autoras, el dispositivo fronterizo es el correlato de las políticas de control de la inmigración llevadas a cabo en los países enriquecidos. La frontera era interpretada por ellas como control selectivo de la movilidad en la ciudad (que tal y como abordaré en la etnografía, se ha ido generalizando en barrios como Carabanchel en forma de “paradas” y redadas), como frontera ciudadana (sistema de legitimidades diferencialmente distribuidas) y como frontera laboral (traducción de la nacionalidad en valor económico de la fuerza de trabajo). El miedo que provocaban estas fronteras era un miedo incorporado por quienes más las sufrían (las personas “sin papeles” y fenotípicamente estigmatizadas como posibles “sin papeles”), quienes a su vez desarrollaban una serie de estrategias de fuga que configuraban movilidades radicalmente diferentes a quienes ni siquiera sabían que existían *check points* en su ciudad.

3. Dispositivo securitario en Carabanchel: un acercamiento al objeto de estudio

Pese a que la de la (in)seguridad es una temática que forma parte del imaginario cotidiano de manera persistente, permanece en un estado impensado desde una perspectiva antropológica en el Estado español. Las investigaciones sobre la escuela o la salud, enfocando la mirada sobre las nuevas configuraciones internas a las que se han visto sujetas con la llegada de sujetos migrantes, han sido el objeto principal del conocimiento académico en las universidades y centros de investigación españoles en los últimos años, logrando revelar distintas relaciones de discontinuidad entre sistemas expertos y clases populares y proponiendo miradas críticas sobre las formas de construir la ciudadanía. Sin embargo, resulta llamativa la escasa atención prestada a la reproducción social a través de los discursos sobre la delincuencia o la violencia y sus consecuencias en forma de aumento del control securitario de la población. Quizás contribuya a ello el consenso político-profesional, mediático y en última instancia académico, mediante el cual la democracia parlamentaria surgida de la Transición tendría superadas las cuestiones sobre la represión de las fuerzas de seguridad o la violencia de Estado, quedando esta temática asignada a historiadores sociales o estudiosos de la memoria histórica. A partir de esta presunción democrática sobre lo político, nuestro objeto de preocupación deberían ser otras formas menos violentas de reproducción social y de relación entre personas e instituciones. Por contraste, éste es uno de los frentes elegidos por las fuerzas ideológicas más reaccionarias, las cuales a través de los medios de comunicación y de los puestos institucionales que detentan, difunden un conjunto de representaciones sociales alarmistas funcionales a la concentración de mayores cuotas de mando y de representación política. Representaciones sociales y representaciones políticas, saber y poder: dos nociones diferenciadas que en el asunto de la (in)seguridad y el miedo explicitan sus vínculos y que me propongo no pasar por obvias. Un estudio etnográfico puede arrojar luz sobre este campo de estudio al analizar cómo se co-produce “arriba” y “abajo” el problema de la “inseguridad ciudadana”, cómo se gestiona y cómo es usado en las relaciones concretas.

¿Por qué en Carabanchel?

El enclave en el cual desarrollo esta investigación tiene unas peculiaridades que conviene explicitar. Podríamos afirmar que Carabanchel no es un sitio especial para investigar el

miedo o la violencia, ya que salvo algunas zonas, no se trata de un distrito especialmente “conflictivo”. Sin embargo, Carabanchel resulta un espacio particular en lo que se refiere a la (in)seguridad y las distintas posiciones de los vecinos en relación a la misma. Carabanchel es asociado en el imaginario social madrileño –incluso estatal- con lo popular. Su origen rural (Carabanchel Alto y Carabanchel Bajo), previo a la anexión a Madrid durante el franquismo, así como el origen igualmente rural de buena parte de sus pobladores en forma de obreros inmigrantes de un barrio periférico, hacen de Carabanchel un espacio situado imaginariamente a medio camino entre el campo y la ciudad, esto es, entre lo antiguo y lo moderno, entre lo salvaje y lo civilizado. Pero si hay un elemento que ha definido durante décadas la identidad carabanchelera, éste ha sido la cárcel. El famoso panóptico, el más importante de España durante 50 años, fue un símbolo arquitectónico y social de la represión franquista y postfranquista. La ubicación de la cárcel de Carabanchel en el barrio lograba derribar los muros de la propia prisión y extender metonímicamente el estigma delincencial a todo el distrito. Esa asociación imaginaria entre Carabanchel y la peligrosidad hace de este espacio un lugar especialmente simbólico para el estudio de la (in)seguridad.

Sin embargo, en los últimos años el distrito ha ido transformándose en su composición interior y ampliando su tamaño y el modelo que encarna. La cárcel dejó de funcionar a finales del siglo veinte y en su lugar apareció otro dispositivo igualmente simbólico, el Centro de Internamiento de Extranjeros (CIE), una bastilla postmoderna, en palabras de Mike Davis (1992) que oculta al exterior su actividad penitenciaria y que estetiza la represión. Además, un gigantesco barrio de corte urbanístico neoliberal, el Plan de Actuación Urbanística (PAU) de Carabanchel, se construye por oposición morfológica, estética, social y simbólica al viejo barrio obrero. Si la cárcel y su panóptico eran una pieza fundamental en el dispositivo disciplinario del fordismo y el viejo Carabanchel era el prototípico barrio obrero “a la española”, tanto el CIE como el PAU de Carabanchel encarnan los nuevos modelos de control social y *gubernamentalidad* que surgen al compás del neoliberalismo. La lógica disciplinaria y la lógica securitaria –aunadas en lo que definiré como *dispositivo securitario*- encuentran entonces en Carabanchel una encarnación *ad hoc* sobre la cual trata de arrojar luz la etnografía.

3.1. Puntos de partida

El acercamiento a la (in)seguridad desde una óptica antropológica parte mi desempeño como trabajador social en distintos centros de servicios sociales de Carabanchel. Como ya he adelantado en el primer apartado, la creciente cantidad de ocasiones en las que escuchaba a los usuarios y compañeros con los que compartía mi actividad laboral hablar sobre el peligro y la violencia en el barrio, así como las variaciones de estos discursos en relación a las décadas anteriores (sobre todo en lo concerniente a los sujetos implicados y al tipo de amenazas que suponía la peligrosidad), fue planteándome a comienzos de la primera década del S. XXI las preguntas que se han materializado en la presente investigación. Las informaciones mediáticas sobre los sucesos en las ciudades españolas y los programas televisivos en los que este tema ocupaba un espacio protagónico (con contertulios que generalmente apostaban por el endurecimiento de las leyes como solución al “grave problema”) parecían estar creando un núcleo fuerte de creencia basado en la “creciente inseguridad ciudadana”. Los grupos encuadrados en categorías sociales, previas o construidas *ad hoc*, que contaban con menor estatus social (gitanos, toxicómanos y adolescentes) parecían haber traicionado las *últimas oportunidades*⁹ concedidas por una sociedad benévola, la del “Estado del Bienestar”, y estaban demostrando lo que ya se intuía: que no se iban a “integrar”. Tras la mano blanda de esa época de “buenismo”, simbolizada por la apertura cultural de la década de 1980, había que retomar valores tradicionales, como el de la disciplina, y tomar medidas de protección policial a los “ciudadanos de bien”. Del discurso de la “integración” –que demandaba expertos en forma de trabajadores sociales, educadores, voluntarios...- parece que se pasó al de la “inseguridad ciudadana” –que requería de policías en las calles- a la hora de hablar de los barrios populares, y todo ello de forma paralela a la aparición en el imaginario de una nueva figura: “el inmigrante”. El caso de los institutos de educación secundaria constituye un buen ejemplo de lo que trato de transmitir: se convirtieron en un nuevo objetivo estigmatizable sobre el cual encontrar las causas a los males que nos aquejaban. Viejos y nuevos pánicos morales (el “botellón”, las “bandas latinas”, etc.) pasaron a ocupar lugares centrales en la comunicación mediática e interpersonal en ciudades como Madrid.

⁹ Con el concepto de *últimas oportunidades* me estoy refiriendo al momento de cambio vivido en ciertas políticas sociales, como las de los servicios sociales en municipios como Madrid. Esas últimas oportunidades consisten en las más recientes medidas de carácter disciplinario en los servicios sociales para los últimos en aprovecharlo, pues el fracaso en ese aprovechamiento (tarea más difícil cada vez, por cierto, dado el estrechamiento de las oportunidades de ascenso social) dará lugar a la caída en el abismo (como las personas “sin papeles”). La relación que el Estado establecerá con esas personas que quedan fuera incluso de los espacios de atención a los excluidos (servicios sociales) será, siguiendo a Alessandro de Giorgi (2006), de control.

Carabanchel, como barrio del sur de la ciudad cargado de significados relacionados con la pobreza relativa, pero también con la cultura barrial, no quedó exento de esta realidad, sino que más bien quedó atrapado en estas representaciones sobre la peligrosidad de los barrios. Noticias sobre sucesos violentos y sobre otros no tan violentos –si bien transformados en tales a través de los mecanismos de los pánicos morales- situaban a Carabanchel (y no sólo a este distrito) en una posición de *barrio culpable* según el concepto elaborado por Ariel Gravano (2003: 25)¹⁰. Sin embargo, lo que más me llamaba la atención en aquel momento era cómo los propios habitantes del barrio solían emitir discursos sobre esta peligrosidad. Estas alocuciones, en las que muchos vecinos se colocaban como víctimas de la inseguridad, me hacían cuestionarme por la lógica que regía las relaciones barriales.

Precisamente, la mayor o menor “credibilidad” que transmitían estos vecinos a la hora de hablar de la violencia en el barrio –a veces sufrida en sus propios cuerpos- me hizo preguntarme por las estrategias discursivas que podían encontrarse en dichas alocuciones. Este fue el eje de mi primera incursión en el campo entre los años 2005 y 2006: las estrategias de poder puestas en juego, no ya por los medios de comunicación, los políticos profesionales y demás personas en posiciones privilegiadas e interesadas en la difusión de dicho discurso, sino por los propios habitantes del barrio (incluidos los que se encontraban en posiciones más desfavorecidas). Las principales conclusiones de aquella primera indagación apuntaban a la idea de que Carabanchel era un barrio asociado a significados negativos (cárcel, escasez, perifericidad, “cutre”, etc.) pese a que funcionasen distintas estrategias de resignificación y de puesta en valor (“auténtico”, obrero”, “como un pueblo”, etc.). La inseguridad encontraba un caldo de cultivo en las distintas condiciones sociales que afectaban a sus habitantes, a saber, la precariedad y la movilidad laboral y residencial, la reestructuración de las relaciones afectivas y familiares y el retroceso de algunos sistemas de protección estatal. Estas condiciones sociales habían generado un aumento de la vulnerabilidad social que había incidido de manera especial en los colectivos más empobrecidos. Las inseguridades surgidas a tenor de este proceso parecían tener consecuencias en la percepción del entorno cotidiano: la confianza en el mismo se perdía, probablemente, en la medida en que se sufría un proceso vital de *desempoderamiento*. Pero la inseguridad no era interpretada en esas primeras conclusiones como algo exclusivo de las personas en mayor situación de vulnerabilidad (como las personas mayores): en aquella incursión etnográfica pude observar cómo hacía acto de aparición en situaciones biográficas

¹⁰ Ariel Gravano emplea el concepto de *barrio culpa* para referirse a aquél que encarna un estigma de “peligroso”. En esta investigación he optado por transformar el concepto en *barrio culpable* con el fin de no determinar el sentido negativo del barrio, sino de informar de las condiciones de posibilidad de su estigmatización y de hacer funcionar dicho concepto como precedente del *barrio víctima*.

marcadas por la consecución de metas nucleares del proyecto vital (como la paternidad, la adquisición de vivienda en propiedad, etc.). Los logros parecían traer una sorpresa inesperada: el miedo a perderlos, que no era sino miedo a perder el poder social obtenido. Lo que parecía entrar en juego era una suerte de competencia por los recursos escasos que daba lugar al discurso estratégico de la inseguridad. Al mismo tiempo, según pude interpretar, los actores que se encontraban en un proceso de creciente influencia social y autonomía en el marco de un proyecto con objetivos más o menos definidos eran los que vertían representaciones más amables sobre el barrio, identificando una continuidad entre el entorno (“Carabanchel va a mejor”) y la propia biografía ascendente.

Aquellas conclusiones constituyeron el punto de partida de una segunda incursión en el campo, si bien ésta fue enriquecida con las reflexiones producidas durante sendas estancias académicas en el Instituto Nacional de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia (Colombia) y en el Programa Universitario de Estudios de Género de la Universidad Nacional Autónoma de México. El contacto con nuevos modelos teóricos sobre la violencia y el miedo, así como las reflexiones acerca de la identidad como el correlato de un discurso estratégico, provocaron que finalmente acabase cuestionando algunas de las citadas conclusiones del Diploma de Estudios Avanzados (DEA). Hasta ese momento no había efectuado una separación entre distintas formas del *decir*, y sin embargo, comenzaba a intuir cómo lo que se expresaba acerca de la inseguridad en el barrio tenía un sentido bien diferente dependiendo del contexto de enunciación o cómo la misma frase podía ser interpretada en sus distintas dimensiones, a saber, referencial –informativa-, expresiva –reflejo de la vida emocional- o pragmática –acción productora de significados y de relaciones- (Jociles, 1999). Esta distinción ha resultado útil a la hora de analizar el material de campo, como también lo ha sido la observación de los cuerpos implicados en las relaciones securitarias y en las situaciones de susto y miedo¹¹. El cuerpo, como remanente indisciplinado, delata las emociones que los discursos –lingüísticos y corporales- quieren ocultar. Al mismo tiempo, el cuerpo actúa el propio miedo, la violencia o la autoridad, y con ello construye la realidad. La observación de los cuerpos comenzó a cobrar mayor importancia en la segunda fase de la etnografía, al mismo tiempo que empecé a prestar atención a las relaciones que se establecen entre las fuerzas de seguridad y las personas que habitan el barrio. Estas relaciones no podrían entenderse sin acudir a los significados alrededor de la “seguridad ciudadana”.

¹¹ Finalmente, por problemas de extensión, he optado por no incluir sendos capítulos dedicados a los “sustos” y a los vínculos entre los miedos corporales y biografía.

3.2. Significados de la “seguridad ciudadana” y acciones en el miedo

La “seguridad ciudadana”, como concepto manejado en la política profesional, el periodismo y el ámbito judicial-policial, ha traspasado esos espacios de enunciación y se ha introducido en el imaginario popular. Una definición de seguridad ciudadana nos la proporcionan Delgado Aguado y Guardia Maduell (en Del Olmo, 2000), que la entienden como “la protección del normal funcionamiento de las instituciones democráticas, la defensa del ciudadano ante la criminalidad en cada una de sus facetas y tipologías, la defensa de los ciudadanos ante la corrupción y otras formas de actuaciones sociales que puedan impedir o dificultar el normal desarrollo y disfrute de los derechos fundamentales de la persona”. Esta definición ejemplifica las visiones que desde el mundo del Derecho se adoptan sobre la seguridad: sitúa a los actores sociales, a los individuos, únicamente en relación a las leyes y al Estado, partiendo de una definición jurídica formal de “ciudadanía”. Pero según parece, el significado de “seguridad ciudadana” no es el mismo entre la población, ya que la (in)seguridad, así como la ciudadanía, parece calibrarse en función de otros elementos más relacionados con las luchas por la legitimidad que con la legalidad. Al conjunto de estructuras, discursos y prácticas relacionadas con la “seguridad ciudadana” las denominaré *dispositivo securitario* y trataré de abordar sus manifestaciones concretas en un entorno local. La cuestión más general, entonces, a la que trata de responder la presente investigación es: *¿Cuáles son los significados de la “inseguridad” en un barrio como Carabanchel? ¿Qué discursos y qué prácticas están implicados en el dispositivo securitario al que da lugar dicha inseguridad?* A raíz de estas primeras preguntas, las cuales proporcionan el marco general de la investigación, paso a describir las cuestiones más específicas.

Preguntas específicas de investigación

Para poder conocer qué significados al rededor del dispositivo securitario y los posicionamientos discursivos y las prácticas a las que da lugar en Carabanchel, considero necesario adentrarme en los propios significados del barrio. *¿Cuáles han sido las intervenciones urbanísticas –efectuadas tanto por agentes estatales como privados– en el distrito que más han contribuido a conformar una cultura securitaria? ¿Qué transmiten los medios de comunicación sobre la inseguridad en Carabanchel? ¿Cómo se manifiestan en el espacio de observación las políticas de “seguridad ciudadana”? ¿Cómo son los discursos acerca de Carabanchel producidos*

por los expertos o profesionales que intervienen sobre el cuerpo social? ¿Cuáles son las coordenadas identitarias de los profesionales de la seguridad? ¿Cuáles son los discursos producidos por los carabancheleros sobre su propio barrio? Estas son distintas preguntas asociadas a la cuestión sobre la producción del *dispositivo securitario*, la cual ocupará los capítulos de la II Parte de la presente tesis doctoral.

El segundo bloque de cuestiones se relaciona con las posiciones discursivas y prácticas concretas de los actores sociales observados y entrevistados. *¿Quiénes son los sujetos que protagonizan los relatos sobre la peligrosidad? ¿Cómo es la relación securitaria –la de los profesionales de la seguridad y los habitantes del barrio–?* Además, me interesa centrarme en el análisis de las acciones sociales de los habitantes de Carabanchel, sus apropiaciones del dispositivo securitario y el miedo vivido en su sentido activo. Trataré de responder a la pregunta sobre *cuáles son los usos estratégicos de los discursos relacionados con la (in)seguridad*, para, posteriormente, tratar de indagar en el repertorio de *prácticas concretas relacionadas con las sensaciones de miedo de los distintos habitantes del barrio*. Sin embargo, las prácticas individuales no son las únicas que me interesan. Dentro de esta cuestión sobre los posicionamientos alrededor del dispositivo securitario intentaré dar cuenta de las *acciones colectivas a las que da lugar la temática de la (in)seguridad* (organizaciones ciudadanas especializadas en el asunto, acciones políticas y culturales...), girando sobre la dinámica predominantemente reproductivista que caracteriza el resto del texto y poniendo la mirada sobre las resistencias que suscitan las intervenciones securitarias.

4. Metodología etnográfica

Me he servido de la metodología etnográfica para adentrarme en el conocimiento de los diferentes significados al rededor del dispositivo securitario en Carabanchel y los discursos y las prácticas relacionadas con la (in)seguridad y el miedo desarrolladas por sus vecinos. Dado que lo que he perseguido no es un acceso a un conocimiento sobre la existencia de seguridad o inseguridad “objetiva” en Carabanchel, sino a la comprensión de los factores subjetivos socialmente contruidos que operan entre los distintos actores a la hora de posicionarse ante el entorno más próximo, la puesta en práctica de técnicas cualitativas para facilitar la comunicación ha protagonizado el presente estudio¹.

El distrito de Carabanchel posee una población cercana a los 250.000 habitantes, por lo que constituye una unidad de observación ciertamente inmanejable para un estudio de comunidad. Sin embargo, su heterogeneidad proporciona al observador tanto zonas de anonimato para el estudio de los espacios públicos, como otras en las que se producen relaciones más cercanas a “lo barrial” o comunitario. Además, los cambios producidos en el distrito, similares a los acaecidos en todos los distritos del tercer anillo periférico de Madrid (entre las autopistas M-30 y M-40) en los últimos quince años (coincidiendo con un ciclo económico expansivo del capitalismo global y regional), informan, por un lado, de la llegada de población migrante procedente de otras regiones del mundo a las viviendas envejecidas del viejo “barrio obrero”, y por otro, de la urbanización y reconversión funcional de todo el espacio que no era residencial hasta la década de 1990 (PAU), todo lo cual, sumado a la permanencia de los viejos habitantes del barrio fordista, da lugar a una cierta heterogeneidad social (y, por ello, a distintas posiciones ante el dispositivo securitario) que resulta interesante observar de cara a los objetivos de la investigación.

Carabanchel es un barrio principalmente residencial, por lo que dispone de multitud de viviendas variopintas en cuanto a sus cualidades (salvo espacios residenciales de alto *standing*, dentro del distrito encontramos desde zonas de infravivienda a peculiares urbanizaciones de unifamiliares pequeño-burguesas, pasando por comunidades cerradas para las clases medias o las predominantes viviendas del barrio obrero). No obstante, en la etnografía figurarán algunas

¹ No obstante, en situaciones puntuales me he apoyado en información estadística sociodemográfica o en datos que manejan y publican las instituciones y los medios de comunicación que más adelante detallaré.

situaciones aisladas que han tenido lugar fuera del distrito y que, debidamente reflexionadas, han proporcionado información relevante². Parto de una consideración del distrito como el lugar *en el cual* realizo la etnografía, y no como aquél *del cual* la efectúo.

Por último, referido al espacio de observación, quiero destacar que mi presencia en los Servicios Sociales del distrito durante diez años me prestó una familiaridad inicial con las divisiones administrativas de su geografía. Es así cómo en la primera fase del trabajo de campo (entre 2005 y 2006) utilicé un criterio de división en la búsqueda de informantes basado en los siete barrios administrativos (San Isidro, Comillas, Opañel, Puerta Bonita, Vista Alegre, Abrantes y Buena Vista). Posteriormente, busqué otros criterios de selección de informantes y de espacios de observación, como los dos sub-barrios estigmatizados y empobrecidos del distrito, espacios públicos de uso y de tránsito intensivo, el contraste entre el Carabanchel obrero y el PAU, o la presencia de nuevos dispositivos comerciales y de control (una megasuperficie comercial o el Centro de Internamiento de Extranjeros), que sólo se podían encontrar en un punto del distrito, así como otros espacios móviles y deslocalizados como el transporte público o Internet. Es así como en esta etnografía he tratado de oscilar entre los espacios de familiaridad intensa (colonias concretas en las que hay conocimiento mutuo entre vecinos) y aquellos en los que predominan las relaciones de anonimato propias de los espacios públicos (como el transporte público).

Distintos roles en el proceso de investigación

El trabajo de campo que da lugar a la presente tesis doctoral se ha realizado en dos fases. La primera incursión etnográfica comenzó en enero de 2005 efectuando las primeras entrevistas. La inserción en el campo vino propiciada por el conocimiento de algunas personas residentes en el distrito y por el rol de trabajador social que detentaba en Carabanchel, si bien progresivamente fui buscando otros espacios de observación e informantes completamente ajenos a mi cotidianeidad y a mi desempeño profesional. Esta etnografía ha sido compuesta a partir de la actuación de una diversidad de roles en el campo, desde aquellos en los que ha primado la observación y mi nivel de participación ha sido mínimo (observación en espacios públicos y semipúblicos) a aquellos otros en los que la observación ha estado condicionada por un alto grado de participación en las interacciones (como trabajador social, como militante y en ocasiones como residente o visitante informal). Estas últimas situaciones son aquellas que han

² Mi presencia en tales barrios me ha aportado situaciones de lo más pertinentes para una etnografía de la (in)seguridad que, sin embargo, podría habérmelas encontrado en el "territorio" de Carabanchel. De hecho, las fronteras del distrito son muy permeables y su población interactúa intensamente con la de los barrios limítrofes.

requerido un mayor esfuerzo de reflexividad al haberse producido actuando roles distintos al del mero etnógrafo, pero me han permitido acceder a multitud de escenas espontáneas que posteriormente se han mostrado reveladoras.

Tal y como se espera de una investigación en antropología social, el grueso del estudio se ha efectuado mediante un trabajo de campo netamente etnográfico a través de las entrevistas a informantes y de la observación participante en diversos ámbitos. Una de las formas de ejercer como etnógrafo ha sido transformando algunos vínculos con personas del distrito en una fuente de información. Así es como mi relación con algunos vecinos y con otras personas que éstos me presentaron, pasó a ser en algunos momentos una relación etnográfica en forma de entrevistas o conversaciones. Algunos de los informantes de la etnografía pertenecen a este grupo de personas a las que conocía previamente. Los encuentros etnográficos, aparte de informar sobre el presente, han proporcionado información relativa a otros espacios-tiempos que forman parte de la memoria biográfica y barrial. Durante el trabajo de campo he podido acceder a algunas “situaciones inseguras” en acción, así como a algún que otro conflicto verbal, agresión o actuación violenta de las fuerzas de seguridad. Sin embargo, apenas he podido ser testigo directo de los acontecimientos que supuestamente daban lugar a las sensaciones asociadas con la inseguridad o el miedo de los informantes con los que he tenido una relación investigadora directa y explícita (robos, agresiones, etc.). Es la huella de sus experiencias la que he podido analizar a través de la observación de ciertas prácticas cotidianas y de la escucha de su habla.

Además, a lo largo de los últimos siete años, pero sobre todo desde septiembre de 2008 hasta junio de 2009, he realizado exploraciones y observaciones puntuales de ciertos espacios públicos o semipúblicos actuando como una suerte de participante pasivo. En las mismas fui observando pautas de interacción en comunidades de vecinos, en parques asociados a ciertos vecindarios, en calles de características muy diversas y en espacios públicos de mero anonimato. Al mismo tiempo, he observado como un usuario más ciertos espacios institucionales. Por otro lado, en el mismo periodo he estado involucrado en ciertos movimientos sociales con base local en Carabanchel o cercanos al distrito, lo cual me ha permitido escuchar, observar y reflexionar en un contexto colectivo informaciones y situaciones relevantes para el estudio del miedo y lo securitario. Si bien no es la única, cabe destacar la participación en las Brigadas Vecinales de Observación de Derechos Humanos, a través de las cuales se realiza un trabajo de observación, documentación y denuncia de las redadas y controles de identidad con criterios racialistas llevados a cabo por la policía en los espacios públicos. La participación como observador en dichas brigadas me ha permitido comprender distintas claves sobre el funcionamiento de los cuerpos de seguridad y sobre los valores e ideología que orientan a sus

miembros. Dado que la información recogida en este contexto está mediada por mi rol altamente participativo, se ha hecho necesaria la aplicación de una vigilancia epistemológica más intensa que en otras situaciones.

Deseo destacar que la presencia en el campo mediante mi empleo en los servicios sociales no ha sido una simple presencia en una institución en el barrio: en función de la posición que adopte el trabajador social (alejándose de roles de control), pueden ser relativamente accesibles al profesional determinados contextos sociales que permanecen ocultos a otras instituciones. Y no sólo eso: precisamente al estar inmerso en roles de intensa participación en el campo en forma de profesional del trabajo social, he podido asistir a multitud de situaciones “vivas” en las que las emociones, la corporalidad y los conflictos aparecían espontáneamente y desvelaban información muy valiosa para esta etnografía. Esta parte del trabajo de campo, también “encubierta”, vino dada no tanto por una intención investigadora como por el encuentro fortuito con multitud de situaciones que se daban en mi desempeño profesional y que resultaban enormemente valiosas para los intereses de mi actividad extraprofesional, la antropología. En cualquier caso, el uso de aquella información siempre ha estado mediado por una reflexión ética sobre las posibles consecuencias negativas sobre las personas que me ayudaban a investigar sin saber que lo hacían. Además, la presencia en los servicios sociales fue la puerta de entrada para la inserción en ciertos espacios de la vida cotidiana del barrio. Las visitas a multitud de domicilios, en los que la relación con el profesional variaba sustancialmente con respecto a la interacción establecida en el despacho de la institución, propiciaban la apertura a la comunicación, el desvelamiento de mi “segunda actividad” (etnógrafo) y la interacción en otro contexto en el que se producía información de interés sobre las visiones, imaginarios y prácticas en el barrio.

Pese al estigma que puedan cargar los usuarios de los servicios sociales, las características sociales de las personas que lo utilizan varían considerablemente. Aunque originalmente, los servicios sociales municipales trataban de cubrir lo que anteriormente hacían las instituciones de beneficencia y asistenciales, han ido evolucionando hacia la gestión de situaciones muy diversas (desde conflictos familiares a la atención a personas mayores, independientemente de su nivel de renta). Es por esta razón que los servicios sociales fueron un marco oportuno para acceder a la visión de la institución (políticos, jefes, etc.), de los expertos (profesionales sociosanitarios, educativos, policías, etc.) y de la población usuaria (desde la muy estigmatizada y empobrecida a otra de nivel socioeconómico medio, desde la autóctona a la migrante, etc.), si bien algunas de las informaciones que se producían en su contexto debían ser filtradas por las características relacionales de la institución (en la cual los profesionales no

actúan de la misma forma que fuera de la misma, sino con una identidad profesional dada, y las personas usuarias tienden a hacer valer un rol inicial victimista como forma factible de ser reconocidas como sujetos de ciertos derechos de ciudadanía). En cualquier caso, mi presencia en esta institución, si bien no permitía realizar entrevistas estructuradas, me facilitaba la práctica de la observación participante en el núcleo de determinados conflictos sociales (entre individuos, entre vecinos, entre categorías sociales, nacionales y étnicas, entre usuarios y profesionales, etc.) y me situaba, en ocasiones, en una posición de escucha de los miedos y malestares que aquejaban a algunas de las personas que atendía.

Espacios de observación

Siendo Carabanchel más complejo de lo que informan los estereotipos, he acudido a diversos escenarios de su vida cotidiana. Estos escenarios pueden dividirse en institucionales (como el de la Policía o los Servicios Sociales) y extra-institucionales (las viviendas, las calles, los comercios, las comunidades de vecinos, los transportes públicos...). En cuanto a los primeros, mi condición de funcionario del distrito me ha proporcionado contactos y cierta confiabilidad que facilita el acceso a información generalmente vetada para el resto de la población. En la investigación he tratado de acceder a las representaciones y a las prácticas de aquellas personas que, como agentes del orden público o de la intervención socioeducativa, ejecutan (con cierto grado de autonomía) las políticas públicas en el distrito, tienen contacto directo con la población en situaciones administrativas (y en otras más informales), contribuyen como intermediarios a construir los significados de la relación de las personas con el Estado, poseen criterios propios sobre la (in)seguridad en el barrio y, a su vez, aunque generalmente no vivan en el mismo, pasan en sus espacios públicos y semipúblicos buena parte de sus jornadas (experimentando en primera persona sensaciones corporales y efectuando prácticas espaciales). Algunas reuniones, sesiones formativas, salas de espera e interacciones en los despachos han resultado reveladoras de discursos e imaginarios.

Al mismo tiempo, los servicios sociales como espacio institucional de observación, jugaron durante una etapa del trabajo de campo un papel relevante en la obtención de información vecinal. Las entrevistas –actuando como trabajador social– en el despacho o en los domicilios de las personas usuarias estaban presididas por el marco de interacción de la institución pública y basados en una relación de ayuda/control en la que mi rol profesional era el de socioterapeuta, orientador, facilitador o gestor. En este contexto, la información relativa a la desconfianza o la confianza hacia el entorno surgió de manera espontánea y enlazada con otros

temas *a priori* no vinculados, permitiéndome relacionar esferas distintas de realidad social. Mi rol de trabajador social permitía que aflorase cierto repertorio de visiones del barrio no solicitadas casi nunca por mí, en las que los actores emitían valoraciones e impresiones que trataba de recopilar una vez finalizaba mi jornada laboral (si bien no siempre era tan paciente). Estas situaciones, las cuales se pueden considerar más propias del ámbito de la observación participante que de la entrevista, me situaban en una posición privilegiada de observación que no interfería en las prácticas discursivas espontáneas (o lo hacía como un agente más de la vida del barrio). Así mismo, la inserción en los servicios sociales de tareas cada vez más burocráticas, entre ellas las relacionadas con funciones de “notaría”, como la realización de los “informes de arraigo” necesarios para que a una persona extranjera se le conceda la “autorización de residencia y trabajo por arraigo social”, han permitido dialogar con muchas víctimas de abusos por parte de la autoridad policial y de la dureza de las medidas represivas hacia la población migrante. Al mismo tiempo, al constituir una esfera de control social blando, los servicios sociales son un escenario donde se juega la legitimidad y el grado de ciudadanía, motivo por el cual resulta ser un espacio en el que afloran discursos estratégicos en los que resulta relevante definir quiénes son los culpables y las víctimas de los conflictos sociales. En estas entrevistas, reuniones o simples observaciones dentro de la institución o en los domicilios de sus usuarios, se ha recogido información relacionada con la presente investigación sin ser buscada intencionalmente. Pese a que resulta imposible cuantificar el número de encuentros en los que se ha producido discurso o he observado prácticas relevantes, he cuantificado más de 80 situaciones concretas.

Otro ejemplo de espacio institucional (fuertemente institucional, podríamos añadir) ha sido el Centro de Internamiento de Extranjeros (CIE), situado en los límites del distrito, por condensar buena parte de las tensiones en las relaciones securitarias que se producen hoy en día en el lugar en el que he investigado. Así mismo, la comisaría y el propio edificio de la Junta Municipal, algún que otro colegio y edificio de un órgano público, han servido para observar ciertas pautas arquitectónicas y corporales. También he prestado atención a los diseños urbanísticos efectuados por las propias Administraciones, tanto los de los espacios públicos de Carabanchel como los de los edificios institucionales, ya que pueden proporcionar una información relevante sobre la planificación de los usos del espacio desde arriba y sus vinculaciones con la (in)seguridad.

En relación a los escenarios extra-institucionales, he intentado alcanzar una muestra significativa de enclaves utilizados por personas pertenecientes a distintos grupos sociales en función de la posición socioeconómica, el género, la etnicidad, la edad y la geografía del distrito.

Estos criterios rigen tanto en la selección de informantes como en la de los espacios de observación, si bien sobre el mismo proceso etnográfico se han privilegiado algunas personas y enclaves por su relevancia informacional. En un momento dado los criterios o variables referidas más arriba comenzaron a ser sustituidas por otras categorías de análisis proporcionadas por la propia población de Carabanchel o por mis propias conclusiones iniciales en el análisis de datos. De este modo, privilegié algunas unidades de observación, como pueden ser los alrededores de algunos edificios institucionales, algunos parques y calles concretas, la puerta de un colegio privado, algunas estaciones y líneas de metro y de autobús, algún bar o alguna unidad residencial.

El constante contraste entre las dinámicas interactivas diferidas entre los nuevos diseños urbanísticos de Carabanchel (PAU) y los más antiguos (barrios de Vista Alegre, Buena Vista, Puerta Bonita y Opañel), ha constituido un elemento privilegiado de observación y análisis. Además, la aparición de un macro-centro comercial en Carabanchel –un sucedáneo de espacio público- ha supuesto una oportunidad para observar el tipo de usos y significaciones que cobra en un barrio tradicionalmente popular. Una vez el PAU ha ido poblándose y habitándose en el sentido social del término, he podido ir observando sus pautas diferenciales con respecto al viejo Carabanchel, así como sus continuidades. Su centro comercial, sus calles, sus parques, sus vías de comunicación, etc., condensan físicamente las diferencias socioculturales con respecto al Carabanchel construido entre 1950 y 1980 (el barrio obrero fordista), así como con respecto al producido entre 1980 y 2000 (vivienda pública de realojo y algunas zonas residenciales de clase media).

Además de las diferencias entre barrios o sub-barrios, en este estudio he intentado abarcar momentos de observación diversos que pueden informar sobre la variación en la forma de usar el espacio por parte de distintos actores en función del momento del día (mañana, tarde, noche o madrugada), de la semana (en días laborables, fines de semana o festivos), del año (en función de la estación), o del clima. Asimismo, existen determinadas situaciones particulares que han condicionado los contextos de observación. Ciertos eventos o sucesos en alguna zona del distrito, su difusión en los medios y mediante el boca a boca, o la presencia de autoridades públicas por alguna razón (actos institucionales o electorales), pueden afectar a la forma de practicarse el espacio por parte de todas las personas presentes de alguna manera.

Otro tipo de *cronotopos* que me han interesado en la última fase del proceso de investigación han sido distintas movilizaciones y actos convocados por algunos movimientos sociales *de* y *en* el barrio. Las manifestaciones contra la construcción de una carretera que atravesaría un parque, la campaña por la construcción de un hospital público y un centro de la

memoria histórica en los terrenos de la antigua cárcel de Carabanchel y las manifestaciones y acciones contra las redadas policiales o contra el Centro de Internamiento de Extranjeros, han constituido una oportunidad para asistir a un momento de cambio crucial en la reformulación de las políticas públicas y securitarias, en la identidad de Carabanchel (derribo de la famosa cárcel) y en las reivindicaciones de los colectivos sociales y vecinales. Por otro lado, durante el trabajo de observación y documentación de las Brigadas Vecinales de Observación de DD.HH., en las que he estado involucrado, se ha podido establecer una intensa comunicación en el espacio público con distintos vecinos del barrio. A través de las conversaciones que se entablan, de la observación de sus reacciones ante la presencia de la policía y de las propias brigadas (que exponen su trabajo y dialogan sobre las redadas con el fin de “desnaturalizarlas”), se accede a una información muy espontánea en la que aflora la fuerte tensión social, contenida bajo una apariencia de normalidad, que generan los discursos xenófobos hegemónicos y los controles policiales a personas de apariencia extranjera y pobre.

Quiero señalar, además, que mientras que durante algunos meses he realizado registros de campo muy extensos y he acudido a Carabanchel a observar expresamente espacios, otros han pasado sin que efectuase registro alguno o sólo observando, grabadora en mano, situaciones que se presentaban en mi vida cotidiana en la ciudad y que guardaban relación con la investigación. El hecho de llevar durante dos años una grabadora de voz conmigo con el fin de no perder ni una sola de las reflexiones que me suscitaba la vida urbana, carabanchelera o no, ha constituido una oportunidad extraordinaria para la recogida sistemática de información sin la necesidad de esperar al momento de la escritura para describir una escena. Hablar con uno mismo permite, además, elaborar la reflexión para verbalizarla en primera instancia, en bruto, y fijarla como tarea reflexiva en la propia mente. Muchas veces, cuando me disponía, días después, a transcribir mis reflexiones sobre un acontecimiento que había presenciado, tuve la sensación de que el pensamiento que me había suscitado había hecho su propio recorrido y se volvía a encontrar con las primeras palabras vertidas en bruto para explicarlas mejor, para complementarlas y enriquecerlas. Si no hubiera realizado dichos registros, además de haber perdido en el fondo de mi memoria buena parte de la información descriptiva de las situaciones, habría llegado al momento de la escritura con la incertidumbre acentuada de si lo que estaba escribiendo “realmente” (me) pasó. Ante todo, la grabación de mi voz y su escucha diferida en el tiempo ha generado la seguridad que da la coherencia interna de la etnografía: lo que analizaba *in situ* no era contradictorio con lo que analizaba en diferido, sino que ambas narraciones se complementaban y enriquecían el análisis.

Mi vinculación a algunos colectivos socio-culturales y políticos de Carabanchel y Aluche me ha proporcionado situaciones en las que, al igual que en los Servicios Sociales, la participación primaba sobre la observación. Si bien, la calidad etnográfica de las situaciones producidas en este contexto no es comparable con otras en las que me he posicionado de manera más cercana a un polo de mera observación (tratando de pasar desapercibido y de “intervenir” lo menos posible en la realidad), su valor estriba en el acceso a situaciones y discursos muy ricos por su contenido reflexivo acerca del espacio público y del control social. Por otro lado, quiero destacar que el hecho de militar vino después del hecho de investigar: el propio estudio, aunque no sólo éste, generó un deseo de vencer la distancia entre observación y participación, entre discurso y práctica, entre reflexión y acción. De hecho, el resultado del encuentro en dichas organizaciones de personas que nos dedicábamos a la etnografía y que al mismo tiempo participábamos en las reflexiones y acciones colectivas, ha sido el ejercicio de cierta antropología aplicada de carácter extraprofesional con resultados muy satisfactorios para todas las personas implicadas. Estas actividades de antropología aplicada (mediante charlas, videoforums, reflexiones colectivas, microinvestigaciones y acciones en el espacio público) han alimentado tanto la acción colectiva como la propia reflexión etnográfica. No obstante, el hecho de formar parte activa, de participar más que observar en estas ocasiones, ha sido sometido a la reflexión posterior necesaria para producir etnografía y no un ensayo político o un panfleto.

Por último, quiero señalar que los espacios domésticos en los que he efectuado entrevistas etnográficas o encuentros de otra índole, han proporcionado claves para interpretar el discurso de los informantes. El estilo de vivienda y de consumo de objetos, así como el orden de prioridades otorgado a los mismos, revela información sobre los posicionamientos estéticos, ideológicos y, en definitiva, sobre las expectativas y valores sociales de las personas informantes. Algunos de estos elementos observados guardaban una relación directa con la temática de la inseguridad y el miedo.

Entrevistas

Las entrevistas abiertas o semiabiertas, individuales y en grupo, conforman la principal fuente de material discursivo de la investigación. El análisis del discurso como técnica que suministra contexto social a lo que se dice opera como metodología que permite acceder a los subtextos. Aunque con niveles de intensidad muy distintos, he dedicado buena parte del análisis a las entrevistas realizadas a distintos informantes. Todas estas entrevistas se han realizado de un modo abierto, aunque he partido de cierta estructura de cara a unos objetivos determinados

planteados con cada informante. Algunos encuentros etnográficos han sido grupales, proporcionando claves sobre la interacción y el juego de posicionamientos y enriqueciendo el debate entre informantes. Así es cómo he efectuado encuentros con grupos de jóvenes, con grupos de personas mayores, con distintos miembros de algunas familias o con militantes de movimientos sociales y vecinales, tratando de crear climas de confianza con el fin de que no fuesen situaciones violentas y de que aflorasen no sólo discursos, sino también cierta oralidad que informase de los propios miedos y demás experiencias corporales. Los debates propiciaban la ruptura de los mensajes estereotipados, ya que obligaban a traer al diálogo argumentos que no se habían preparado a tal fin, y permitían observar conflictos de visiones en acción.

Por otro lado, he realizado entrevistas individuales enfocadas a profundizar en los aspectos biográficos de los informantes o a desentrañar la relación entre su rol concreto en el distrito y su visión del barrio y de la (in)seguridad. Las personas con las que me he relacionado gracias a la red social que generaban mis actividades en el distrito y a la cercanía geográfica y social de mi propio domicilio (la cual favorece el conocimiento de vecinos, profesionales y militantes de este ámbito geográfico), han tratado de representar cierta heterogeneidad social y de ajustarse a lo que Glaser y Strauss denominan “muestra teórica” (Hammersley y Atkinson, 1994: 58-59) (aunque no toda la existente en Carabanchel y a la que habría deseado acceder). En estas entrevistas, semiestructuradas la mayor parte (aunque algunas mucho más flexibles y abiertas), he tratado de incluir cierta heterogeneidad de informantes atendiendo a distintos criterios de clasificación social. Desde niños y adolescentes hasta octogenarios, intenté comprender distintas edades biológicas y sociales (niñez, adolescencia, juventud, adultez, soltería, matrimonio, separación, viudedad) o laborales (en edad prelaboral, laboral o de jubilación).

Ha cobrado especial relevancia la captación de diferencias de género. En total, han participado en entrevistas individuales y grupales un total de 29 hombres y 36 mujeres. En relación a los factores de clase, he perseguido la máxima heterogeneidad posible que proporciona Carabanchel atendiendo al capital económico y cultural (entrevistando a personas con un alto capital en forma de patrimonio e ingresos dentro del distrito, otras situadas en una enorme variedad de situaciones intermedias y algunas en posiciones realmente precarias y de fuerte marginación). Asimismo, he intentado recoger visiones diversas atendiendo a la identificación etno-nacional de los informantes. Aparte de personas de origen autóctono no gitanas, he intentado dar cabida a personas adscritas a la *gitaneidad* y personas de origen extranjero, tanto migrantes económicos (con “papeles” y sin ellos, recientes y estabilizados) como profesionales y estudiantes. Por otro lado, he intentado comprender en el análisis tanto

roles profesionales en el distrito (arquitecta, policías, cura, trabajadora social, vigilantes de seguridad) como personas insertadas vivencialmente (vecinos antiguos y nuevos). También he tratado de incluir personas de sub-barrios muy heterogéneos (no sólo entre barrios antiguos y nuevos, sino atendiendo también a las diferencias dentro del Carabanchel “antiguo”), así como a personas implicadas de muy diferente manera a nivel de capital social (desde sujetos sin apenas relaciones de sociabilidad, a activistas de colectivos o vecinos con sociabilidades no politizadas). Por último, he perseguido la inclusión de la máxima variedad posible a nivel de posicionamiento ideológico-identitario, entrevistando a personas cercanas a la ultraderecha, el centro-derecha parlamentario, la socialdemocracia, la izquierda institucional o las posicionadas en movimientos sociales de la izquierda extraparlamentaria. He utilizado información procedente en total de 57 entrevistas individuales y grupales en las que han participado 65 personas (algunos estuvieron presentes en más de una entrevista).

Otras fuentes propias han sido entrevistas y observaciones realizadas sobre la temática de la (in)seguridad y el miedo en Medellín y México DF, las cuales he utilizado en menor medida y con mayor cautela. En estos casos, el contexto marcaba una difícil traslación de los análisis, si bien este material de campo generó reflexión sobre las cuestiones más generales y teóricas del tema y en algunos casos proporcionó información de contraste para ser comparada con la producida en el trabajo de campo de Carabanchel. En total realicé 33 entrevistas en sendas ciudades y varios meses de observación participante que, si bien es un material analizado superficialmente, al menos generó ideas generales sobre los discursos manejados en ambos contextos alrededor de la inseguridad.

Dificultades y vías para sortearlas

Como ya he indicado, el objetivo de la investigación ha sido la enunciación de discursos de la (in)seguridad, las relaciones securitarias en acción y las prácticas relacionadas con el miedo. Son estas últimas las más difíciles de captar al ser silenciosas y sumamente discretas, precisamente porque el miedo debe ser ocultado (principalmente en la actuación de la masculinidad). En el espacio público el anonimato juega a favor de los viandantes, quienes pueden ocultar su cuerpo bajo ciertos gestos y vestimentas. No obstante, ciertos movimientos, miradas y, en definitiva formas de estar y de moverse, informan sobre la existencia de la mayor o menor confianza en el entorno. El mero hecho de *estar* ya *dice* algo y *las formas de estar* proporcionan elementos valiosos para el análisis. Un cuerpo relajado puede distinguirse – mediante la observación- de un cuerpo tenso “y eso lo saben hasta los perros”: “el miedo se

huele". En este tipo de observaciones sobre las prácticas de espacialización se ha hecho necesaria cierta dosis de inferencia autoetnografía con el fin de alumbrar, aunque fuera mínimamente, qué podía estar ocurriendo en el cuerpo del otro. Lo que he intentado desarrollar es una especie de empatía fina sometida a todo tipo de reflexiones críticas por el riesgo de proyección de mi propia subjetividad sobre otros cuerpos.

El miedo no es un sentimiento socialmente aceptable, lo cual hace que surja una suerte de *metamiedo*, el miedo al miedo. Y sin embargo, hablar de la inseguridad parece ser una vía factible para legitimarse socialmente. ¿Cómo resuelven este problema los hablantes, en este caso los vecinos de Carabanchel? Haciendo de sus alocuciones un *collage* de emociones, intenciones y actuaciones contradictorias entre sí (o al menos si se interpretan desde una perspectiva lógico-racional). ¿Y cómo resuelve un etnógrafo el enigma del sentido de los jeroglíficos cifrados del habla de sus informantes?

En la primera fase del trabajo de campo (2005-2006) otorgué mayor importancia a los discursos que a las prácticas, pero intuyendo que lo que escuchaba de parte de los informantes constituía distintos tipos de enunciaciones incomparables entre sí. Preferí otorgar mayor importancia al potencial estratégico de los discursos con arreglo a fines ante la constatación de la dificultad para acceder a las emociones, si bien era consciente de la pérdida de información relevante en relación al miedo (que quedaba oculto). A partir de 2008, cuando comencé la segunda fase del trabajo de campo, intenté conjugar el análisis de las distintas dimensiones del lenguaje, a saber: informativa, expresiva y pragmática. Más allá del valor informativo de las narraciones, por un lado me encontraba con asertos que afirmaban una determinada posición ante la "inseguridad" y, por otro, relatos que informaban sobre la propia vivencia corporal. Pero lo realmente complicado consistía en desentrañar el sentido de las palabras cuando las enunciaciones aparentemente estratégicas y pragmáticas (discursivas) aparecían intercaladas con narraciones orales sobre los propios miedos, con otros sobre las propias alegrías, o –y esto es lo más complejo– con un lenguaje corporal contradictorio con respecto a lo que afirmaban verbalmente.

Para comprender la diferencia entre los discursos de la inseguridad y las narraciones sobre el miedo pienso que es necesario tener en cuenta el papel legitimador del lenguaje sin, por ello, desdeñar su dimensión expresiva. Hagamos un ejercicio de interpretación del siguiente fragmento de conversación con una informante, Lali:

-E: Pero hace veinte años, que se hablaba mucho en Madrid, de que había mucha delincuencia, en los años ochenta...

-L: Sí pero tenía mejor las piernas para correr [Risas de todas las informantes].

-E: O sea, que te sentías más segura a nivel personal...

-L: Más segura, sí, sí, sí.

-E: ¿Te sientes más vulnerable ahora, con la edad?

-L: Sí, sí, sí... es que ya no puedes hacer nada, te cogen en cuanto... mira la chica esa con 16 años, esa rumana, cómo atracaba a los hombres a la salida de las cajas, de los..., para sacar dinero, no lo haré nunca, tengo cartilla, y no iré nunca a uno.

Yo trataba con ansiedad de que me confirmase una hipótesis de partida (la vejez se asocia con la inseguridad debido al proceso de desempoderamiento), pero Lali jugaba a despistarme con sus chistes, sus autoconfesiones emocionales y con su “discurso de la inseguridad”. Esta entrevista sirvió a las vecinas de excusa para el encuentro, la co-presencia y el habla. Lali hablaba de sus prácticas (“tenía mejor las piernas para correr”, “ya no puedes hacer nada, te cogen en cuanto (...) para sacar dinero, no lo haré nunca, tengo cartilla, y no iré nunca a uno.”), las cuales podían suponer un cierto reflejo de sus emociones en forma de miedo, pero al mismo tiempo se apropiaba del discurso mediático de la inseguridad vinculado con “la inmigración” para actuar un papel como ciudadana legítima (“esa rumana, como atracaba a los hombres a la salida de las cajas”). Además, para complicar la interpretación, Lali hablaba ante un público, en este caso sus tres vecinas (que reían todas sus gracias y aprobaban todas sus valoraciones), por lo que en la entrevista jugaban con un código que yo desconocía y que era el que provocaba las risas y las situaciones de locuacidad lateral (lo que popularmente se designa como “irse por las ramas”). ¿Cómo interpretar sus palabras? Pierre Bourdieu (1985) hizo un tratamiento del habla como acción social en un contexto en el que hay diferentes grados de legitimación en relación a los demás interlocutores. Hablar es, entonces, actuar, una práctica. En una línea similar, uno de los más importantes estudiosos del discurso, Teun A. Van Dijk, ha señalado que los discursos, entendidos como emisiones y no como textos, “se *usan* en contextos de *comunicación* e interacciones sociales, y tienen, por consiguiente, funciones específicas en tales contextos”: las emisiones “se usan para realizar *acciones*” (Van Dijk, 2005: 58). Bebiendo de la pragmática de Austin, la emisión es para Van Dijk un *acto de habla* o *acto ilocutivo*. Se hacen cosas con palabras, por lo que la gramática (sintaxis que organiza la forma y semántica que organiza el significado y los referentes de las oraciones) sólo puede entenderse en relación a la fuerza *ilocutiva* de la emisión, a su función en un contexto en el que también están incluidas las relaciones de poder. Así, en la situación específica de la conversación, Lali estaba actuando su rol de “vecina” legítima cuya voz era respetada y cuyas gracias eran reídas y aplaudidas. Mi presencia no era sino una excusa para reunirse y “cotillear” sobre el vecindario, el barrio... Por mucho que yo tratara de centrar la conversación, de “ir al grano”, sus respuestas se fugaban del tema de la entrevista al mismo tiempo que celebraban el hecho de estar merendando juntas esa

tarde gracias a mi visita. El chiste de Lali no era sino una *táctica* en el sentido decerteano, una forma de actuar el vínculo vecinal, un “hablar por hablar” que permitía “estar por estar” (juntas) en la corp-oralidad a pesar de que un antropólogo insistiese en que hablasen de lo que él demandaba con sus preguntas.

Pero además, todo discurso es una emisión que a su vez es una acción. Así, aseverar “esa rumana, cómo atracaba a los hombres” no es sólo una forma de comunicar una información, sino también una manera de actuar como habitante del barrio (actuación de un posicionamiento). Éste es el carácter *perlocutivo* de la aseveración de Lali: *reproducía* un discurso mediático, lo cual implica que *producía* un discurso vecinal. Partiendo del esquema propuesto por Michel de Certeau (2006), el discurso se corresponde con una emisión *estratégica* efectuada desde un *lugar* de poder. Tal y como lo he encontrado en el campo, el discurso aparece en la expresión en tercera persona de lo infamante del “otro” (“esa rumana, cómo atracaba a los hombres”), efectuando una repetición estereotipada de informaciones que no proceden de la propia experiencia, sino de fuentes situadas en los *lugares* de poder. La acción de la interlocutora al transmitir un discurso –al apropiarse del mismo- consiste en ubicarse en una posición social legítima (cercana a ese *lugar*). Procedente de los medios de comunicación, de sus personajes, o simplemente de rumores, estas aseveraciones en tercera persona sobre “el mal” hablan poco de su emisora (salvo de su necesidad de situarse en ventaja en la competencia en contextos de escasez). Además, tal y como fui constatando, en las emisiones discursivas la primera persona se empleaba como otra forma estereotipada de construir un yo repleto de virtudes, con una trayectoria lógico-racional que da lugar a una *identidad*. Cuando en las alocuciones se pone lo negativo en la tercera persona y lo positivo en la primera, sin dejar espacio para las fisuras, se está jugando de manera *estratégica* con un discurso que persigue la legitimidad en un marco competitivo por la misma.

Sin embargo, a medida que avanzaba la investigación fue emergiendo la necesidad de ir más allá de unos discursos “públicos” condicionados por mi propia presencia cargada de significados para los informantes (como investigador social, como trabajador social, y a veces hasta como imaginado periodista) o por la de otras personas (en el caso de Lali, sus vecinas). El conocimiento que no está en los discursos, sino en los relatos (prácticas orales), informa del mundo de las emociones y de la memoria atávica excluida de la Historia (Cassigoli, 2007: 104). A pesar de hacerlo entre risas, las cuales estaban condicionadas por su acto ilocutivo (situacional), Lali confesó algo importante: antes se sentía más segura en la calle porque “tenía mejor las piernas para correr”. Con esta metáfora, Lali estaba expresando su sensación de declive físico, el cual equivale a un declive social. Según fui descubriendo, cuando los

informantes hablaban de sí mismos incluyendo sus vulnerabilidades, reconociendo sus miedos, estaban huyendo del discurso y proporcionando información sobre sus posiciones emocionales secretas. Aunque Lali, quizás por la presencia de su “público”, no podía manifestar sus emociones de vulnerabilidad si no era haciendo un chiste (“tenía mejor las piernas para correr”) o hablando en segunda persona sobre la propia fragilidad (“es que ya no puedes hacer nada, te cogen en cuanto...”), estaba “desvelando” algo relevante: su sensación íntima de vulnerabilidad.

En otras entrevistas ha resultado más fácil acceder a los propios miedos. En las alocuciones íntimas, en las que se confiesan las propias vulnerabilidades, los informantes no intentaban capitalizar el miedo propio o ajeno para transformarlo en discurso de la inseguridad y ocupar así una posición de sujetos (de derechos y reconocimientos), sino que actuaban como cuerpos con la alteridad “a flor de piel”, situados fuera de cualquier identidad. Estas narraciones se corresponden con un habla tradicionalmente asociado a roles femeninos –a roles subalternos– que, además, se complementa con una actuación corporal expresiva de la tensión “interna” (la forma de mirar, la voz entrecortada, el riego sanguíneo aflorando en la cara, la postura...)³. El habla que se produce desde la corporalidad y las emociones difiere sustancialmente del habla discursiva que repite una información con escasa vinculación con la propia experiencia.

En definitiva, ante la dificultad de glosar el conglomerado verbal y corporal de las alocuciones de los informantes, he tratado de diseccionar las enunciaciones en sus distintas dimensiones, teniendo en cuenta que el mismo enunciado lo podremos interpretar atendiendo tanto a la dimensión pragmática –bien *illocutiva* (el propio acto de hablar y de estar juntas Lali y sus vecinas) o bien *perlocutiva* (“esa rumana, cómo atracaba a los hombres a la salida de las cajas”)– como a la dimensión expresiva de las vivencias emocionales (Lali se acercaba a los ochenta años y se sentía muy insegura a nivel corporal ante su declive físico, lo cual se traducía en una inhibición de sus prácticas al salir a la calle: “no lo haré”).

Otras fuentes

Teniendo en cuenta la globalización de las relaciones sociales, de las pautas culturales, la circulación de mensajes a través de los medios, la intercomunicación personal cotidiana entre personas de Carabanchel y otras que se encuentran a miles de kilómetros, etc., creo que es conveniente no perder la perspectiva desde la cual Carabanchel no forma una comunidad

³ Considero que todos los actos de habla son actuaciones performativas *de superficie* (Butler, 2007: 264) de determinadas posiciones sociales (de clase, género...) y de roles conversacionales. Sin embargo podemos detectar cómo algunos de esos actos y roles están más *incorporados*, sedimentados, naturalizados e impensados que otros, es decir, “mejor” actuados.

aparte, sino que sus habitantes se encuentran en una continua interacción con personas y mensajes que no proceden del distrito. Esto nos acerca en ocasiones a una etnografía multilocal en la que lo que ocurre en Carabanchel no es propio del enclave, sino que nos inicia en la ruta itinerante que recorren los objetos, los mensajes, las biografías, las metáforas, etc. (Aguilar y Winocur, 2005). Las informaciones de los medios de comunicación, los sondeos en Internet, los viajes a otras ciudades de España, Europa y Latinoamérica, así como el rastreo de bibliografía relacionada, han abierto cauces para interpretar Carabanchel saliéndome del mismo, para comparar observaciones y contrastar similitudes y diferencias entre los aspectos securitarios de unos lugares y de otros.

Quiero destacar cómo Internet se ha ido convirtiendo progresivamente en un espacio virtual de fabulosas posibilidades para la observación etnográfica, ya que sobre este espacio se vierten multitud de imaginarios, discursos y prácticas por parte de todo tipo de agentes sociales. Desde las informaciones institucionales y las referencias y noticias de periódicos de todo calado, a los foros de vecinos del barrio o los vídeos de elaboración propia subidos a *Youtube* por muchos de sus habitantes más jóvenes, Internet es un espacio público donde las reglas del anonimato posibilitan que afloren multitud de discursos que se ocultan en la presencialidad por una cuestión de corrección social. Internet se ha convertido también en la nueva pared sobre la que se hacen *graffitis* y escrituras subalternas: un espacio privilegiado sobre el que se encarnan de manera desencarnada (inmaterial) los imaginarios. Las noticias de prensa sobre el distrito o temas securitarios y de control social, los comentarios de los lectores a las mismas, las estadísticas oficiales y científicas, las cadenas de correo electrónico de colectivos y asociaciones del barrio, la bibliografía variopinta, los videos y fotografías de carabancheleros y los foros de vecinos del PAU o de policías, han constituido una fuente nada desdeñable de información.

Por último, he analizado material escrito y visual de carácter publicitario e informativo realizado por la Administración en relación a Carabanchel, la policía y los servicios sociales. Mediante esta publicidad institucional he podido acceder a algunas claves acerca de la concepción de ciudadanía que se induce desde el poder político. Además, la publicidad procedente de empresas privadas de seguridad, de empresas de preparación de oposiciones para policía o de las marcas que se anuncian en los espacios comerciales del distrito, ha resultado valiosa a la hora de comprobar los valores profesionales de los cuerpos de seguridad y cómo contribuyen los distintos agentes a conformar una determinada noción de ciudadanía.

5. Marcos teóricos para entender las relaciones de poder securitarias

En el presente capítulo me propongo comentar las herramientas de análisis de las que me he servido para interpretar las enunciaciones y gesticulaciones asociadas a la inseguridad y al miedo. He empleado un marco teórico que, procedente de la teoría crítica, entronca con las aportaciones del postestructuralismo en sus aplicaciones antropológicas. En el origen de esta corriente encontramos a Antonio Gramsci y su interés por las prácticas culturales, el cual supuso un primer establecimiento de los vínculos entre los procesos materiales y estructurales, por un lado, y los subjetivos y culturales, por otro. El concepto de *hegemonía* fue el empleado por Gramsci (1980) para dar cuenta de esa relación que no está predeterminada⁴. Sin embargo, los subalternos no son esa masa pasiva que los intelectuales suponían como objeto del poder –y también de sus propios discursos–, sino una fuerza activa que puede dar el salto desde la resistencia a la responsabilidad política⁵. El interés por la acción de los estructuralmente dominados va a protagonizar buena parte de esta investigación sobre la (in)seguridad ciudadana. Escapando de concepciones *miserabilistas* (Grignon y Passeron, 1992: 41), necesitamos comprender cómo los subalternos se apropian, en muchas ocasiones, de los mecanismos que “objetivamente” no les favorecen. A partir del citado pensamiento gramsciano sobre la hegemonía, así como de otras aportaciones relevantes, como el concepto althusseriano de ideología⁶ y de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt⁷ (por citar sólo algunas referencias), se fue perfilando en el siglo XX un pensamiento crítico que situaba el mundo del hacer, de las prácticas, en el primer plano para comprender las relaciones de poder. Voy a tratar de efectuar un recorrido por la obra de tres importantes pensadores franceses de la segunda mitad del siglo pasado que beben de esa línea teórica y la profundizan hasta abrir nuevos campos de conocimiento. Dicho recorrido parte de la obra de Michel Foucault –como referencia ineludible a

⁴ La de hegemonía es una figura que permite comprender por qué las clases subalternas no defienden siempre sus intereses. A modo de ideología mistificadora, la hegemonía permite a la burguesía producir un sistema de valores acorde con sus intereses, por lo que la forma de revertir esta situación por parte de los dominados consiste en una toma de conciencia que pasa por conocerse a sí mismos.

⁵ La dominación ideológica puede superarse mediante la construcción de un *bloque histórico* que pasa por el reconocimiento de su propio poder entre los miembros de las clases subalternas, superando así el conocimiento precario que supone el sentido común, y aprovechando la espontaneidad y dirección consciente que ya poseen de por sí (Gramsci, 1980: 309).

⁶ La ideología es definida por Althusser (citado en Ritzer 1999: 179-183) como “concepción del mundo” que guía moral y prácticamente a los individuos de acuerdo a la estructura social de clases.

⁷ La teoría crítica trataba de situar el análisis marxista en el campo del conocimiento y de la cultura al enriquecerlo con la teoría freudiana. La sociedad de masas y la alineación eran las temáticas preferidas por sus autores.

la hora de abordar los dispositivos disciplinarios y securitarios que protagonizarán la etnografía-, continúa con los postulados más relevantes de la obra de Pierre Bourdieu –para comprender las luchas de poder en las que parecen desarrollarse los discursos y las prácticas relacionadas con la (in)seguridad-, y culmina en el pensamiento de Michel de Certeau –y su mirada originalmente “liberadora” sobre los fenómenos de dominación con el fin de atisbar algo más que bloqueo en los dispositivos securitarios y en el miedo-. Si Foucault nos proporciona el marco histórico de las tecnologías de poder y Bourdieu nos permite vislumbrar cómo la estructura se incorpora y se reproduce mediante el *habitus*, De Certeau abre las posibilidades desde las cuales podemos entrever otras formas nunca antes reconocidas de operar prácticamente y de ejercer la agencialidad en la vida cotidiana.

5.1. Foucault: de los dispositivos disciplinarios a los de seguridad

Carece de mérito acudir a una obra tan nombrada y citada en nuestros días como la de Michel Foucault. En cierto modo, las dinámicas de las “modas” del pensamiento han ido situando al filósofo francés en un espacio de saber/poder privilegiado. Sin embargo, una investigación centrada en la (in)seguridad no podía sino acudir a su brillantez teórica para comprender qué tecnologías pueden estar funcionando en una sociedad tan obsesionada con la seguridad como la nuestra.

En la década de 1970 Michel Foucault escribe libros e imparte una serie de cursos en los que desarrolla todo un cuerpo teórico sobre los dispositivos de control social que han operado en las sociedades premodernas y modernas, al mismo tiempo que comienza a intuir cuáles van a ser las tendencias con el advenimiento del neoliberalismo. Soberanía, disciplina y seguridad van a ser tres marcos de poder muy diferentes entre sí, protagonistas cada uno de un tiempo en la historia Occidental de los últimos siglos, pero, sin embargo, coexistentes como tres lógicas culturales reconocibles en nuestro tiempo. Voy a diseccionar el análisis en dos momentos: el paso del poder soberano a los mecanismos disciplinarios y la transformación de la disciplina en el dispositivo de seguridad.

El advenimiento de la sociedad disciplinaria

Foucault (2002) analiza las transformaciones de los espacios de vigilancia y control en el tránsito que va de las sociedades premodernas a las modernas: de un espacio personalizado y arbitrario se pasa al espacio racional y tecnocrático de la sociedad disciplinaria. En dicha sociedad, el poder se ejerce sobre los cuerpos. Al ensamblar un sujeto a un cuerpo surge un individuo: un ser con conciencia de su cuerpo que es el vehículo de la misma disciplina. Ésta ya no necesita ser impuesta, pues el individuo la ha introyectado y ejerce una suerte de autocontrol. Foucault designa como *anatomopolítica* a esta gestión de los cuerpos en el espacio y en el tiempo. El surgimiento de los ejércitos modernos y el nuevo tratamiento de la figura del soldado constituyen el mejor ejemplo de esa nueva microfísica del poder que acaba por generalizarse (en la escuela, en la fábrica, en la ciudad, etc.). Cuanto más dócil sea un cuerpo, más útil en la economía corporal.

La imposición de estos nuevos procedimientos a comienzos de la modernidad no respondía a la intención de unos sujetos de voluntad poderosos, sino a pequeños ardides bajo

lógicas económicas de pequeña escala que finalmente se extendieron. El encierro y la distribución de los cuerpos en un espacio parcelado (en unidades que van desde el pelotón a la vivienda familiar), su emplazamiento funcional, su distribución por rangos, su conversión en objeto intercambiable, etc., eran distintos procedimientos que respondían a dos lógicas: una económica (real) que perseguía el máximo rendimiento de los cuerpos, y otra política (utópica) que buscaba la obediencia. Pero en la sociedad disciplinaria no sólo se trata de efectuar la gestión espacial del cuerpo, sino que también se interviene sobre el tiempo. La creación de ritmos y el fraccionamiento de las actividades tenían como efecto una concepción temporal evolutiva y progresiva que es la que reina durante la modernidad.

Según expone Foucault en *Vigilar y castigar*, en el S. XVIII se produjo un doble proceso por el cual se redujeron los crímenes de sangre y aumentaron los efectuados contra la propiedad, al mismo tiempo que los castigos administrados por la justicia se suavizaron y ganaron en “benignidad”. De los delitos colectivos (realizados por grupos grandes) se pasó a delitos individuales, más profesionalizados y marginales, del mismo modo que de los castigos físicos se pasó a las intervenciones preventivas, utilitarias y correctivas, así como al afinamiento de los aparatos de poder sobre la vida cotidiana. Este proceso histórico, que describe un cambio en ciertos procedimientos, se produce en un contexto de generación de riqueza (y de desigualdades económicas) y de crecimiento del valor moral y jurídico de la propiedad: la creciente intolerancia hacia los ilegalismos se ajustaba a la economía emergente.

Foucault parte de tres tecnologías del poder diferentes que coexistían a finales del S. XVIII y que iban a configurar la pena moderna (donde ve el surgimiento de la sociedad disciplinaria): la del cuerpo objeto del suplicio (el soberano administra justicia en forma de venganza física de manera arbitraria), la del alma cuyas representaciones se manipulan (los castigos físicos ya no resultan funcionales a las intenciones ejemplarizadoras del poder, siendo sustituidos por representaciones de castigos que persiguen sus efectos pedagógicos sobre el conjunto de la población) y la del cuerpo que se domina (modelo disciplinario, higiénico y carcelario). Finalmente fue el tercer modelo el que logró imponerse, operando una nueva forma de control más masiva y capilar que sustituyó a la severidad física de los antiguos castigos y que impidió el avance de los rituales de representación.

El poder capilar disciplinario fue el que consiguió en última instancia tocar los cuerpos. Frente a lo que ocurría con el poder soberano, que Foucault sitúa como precedente, en el poder disciplinario no se trataba de la sustracción de una parte del tiempo, del producto o de un

servicio, sino de una captura total del cuerpo y de su tiempo⁸. El surgimiento de los ejércitos regulares durante los S. XVII y XVIII constituyó el mejor ejemplo de este proceso. La mirada al porvenir y la continuidad mediante el ejercicio se impusieron sobre otra mirada que ritualizaba el pasado de manera discontinua. Como de forma paralela estaban mostrando otros historiadores en la década de 1970 (como Michel de Certeau), la extensión de la escritura se convirtió en uno de los rasgos más sobresalientes de la modernidad. El registro continuo de lo que acontecía posibilitaba la continuidad y la mirada panóptica, la cual codifica, distribuye y centraliza la información (como el sistema de calificaciones escolares), permitiendo así un sistema de investidura escriturario. El mismo sistema, basado en la individualización y la centralización, era el que se aplicaba a la policía, a las bibliotecas y a todos los mecanismos de administración (Foucault, 2007).

La adhesión de los sujetos a los cuerpos, que dará como fruto la individualización en la base de la sociedad disciplinaria, proporcionará un trabajo continuo y omnicompreensivo. Así se crean los “cuerpos sujetos” sobre cuya superficie existirán los individuos y sobre los cuales se proyectará una psique interior que cumple la función de naturalizar un sistema de normalización. El individuo que el poder psiquiátrico sitúa en la psique no es sino un producto de la microfísica del poder que liga la política al cuerpo: el proceso de subjetivización, psicologización y normalización dio lugar al individuo –figura central de la modernidad, del desarrollo capitalista y del proyecto político de la burguesía- y a todo un objeto científico, el de las ciencias del hombre (Foucault, 2007).

Pero este disciplinamiento no podría haberse llevado a acabo sin la vigilancia de los cuerpos. La vigilancia óptica se erigió en el medio de control privilegiado que permitía detectar las situaciones irregulares para enderezarlas, redirigiendo la orientación del foco desde el dominante al dominado (Foucault, 2002). El panóptico⁹, extendido como modelo físico y como metáfora, permitía ejercer el poder sobre las ciudades (poder de normalización y des-normalización). Este es un punto clave de la obra de Foucault para los intereses de la presente investigación: la delincuencia permite la utilización de un sistema de vigilancia que trasciende a

⁸ La posibilidad de control panóptico obtiene su rentabilidad de la prontitud (incluso preventiva) de la reacción del poder. Al aplicarse de manera continua, la disciplina puede intervenir desde el primer “síntoma”. La psicología conductista no fue sino una teorización posterior de un sistema que comenzó a funcionar en los albores de la modernidad. El poder disciplinario no interviene tanto sobre lo hecho en el pasado como sobre lo que se hará en el futuro: no importa tanto la acción como el actor.

⁹ A propósito del panóptico, éste tuvo lugar en medio de la cultura visual que comienza a imperar en el Renacimiento: la de la perspectiva. Como ha apuntado Nicholas Mirzoeff (2003) la perspectiva no tuvo éxito por representar de manera más “realista” las imágenes, sino por su capacidad para dar respuesta a las demandas sociales de un observador en ese contexto histórico. El cuadro renacentista realizado bajo la técnica de la perspectiva respondía a la necesidad de establecer un solo punto de observación, el del príncipe, el rey o cualquier figura autoritaria a la que se dedicaba la obra.

los propios delincuentes y que se aplica sobre el conjunto de la sociedad. El circuito policía-prisión-delincuencia se autoalimenta, legitimando la tecnología del control. La cárcel fracasó en sus propósitos correctivos iniciales pero tuvo un éxito inesperado en lo relativo al ejercicio del poder sobre el exterior de la misma¹⁰.

Podría afirmarse que la sociedad disciplinaria no hubiera podido realizarse sin un Estado encargado de la gestión de la violencia y de la seguridad. Sin embargo, el propio Foucault acabó por restar importancia a la institución estatal, encuadrándola dentro de lo que designaba como *gubernamentalidad*. La obra de Michel Foucault da un pequeño viraje en la segunda mitad de la década de 1970 y pasa a relativizar la importancia de los mecanismos disciplinarios que había descrito hasta ese momento.

El nuevo dispositivo de la seguridad

Si la sociedad disciplinaria se caracterizaba por la puesta en funcionamiento de la *anatomopolítica*, la lógica social que surge con el liberalismo se caracteriza por el protagonismo de la *biopolítica*, entendida como la gestión de poblaciones. Ya en el curso dictado en 1976 (2003) en el College de France, *Hay que defender la sociedad*, Foucault dejaba abierta la puerta a otro tipo de tecnologías que no eran propiamente disciplinarias, pero es en el curso impartido en 1978 (2008), *Seguridad, territorio, población*, en el que desarrolla ampliamente el surgimiento de los dispositivos securitarios. El historiador y filósofo francés encuentra una nueva forma de poder que consiste en la gestión de la población en su conjunto, en su naturalidad biológica y social. Esta nueva tecnología de poder no tratará tanto de erradicar la enfermedad o el crimen como de mantener los peligros dentro de unos límites socialmente aceptables. Un análisis económico de costos y beneficios será el que regirá el dispositivo de seguridad. Si el poder soberano había puesto el énfasis en la pena y el disciplinario en la vigilancia y la corrección, el dispositivo de seguridad se basará en la elaboración de estadísticas, en el cálculo de

¹⁰ Siguiendo la interpretación que hace John Gledhill de la obra de Foucault, el aumento de la delincuencia ligado a las transformaciones sociales de la urbanización en el S. XIX, con ser un hecho, no explicaba de manera suficiente el surgimiento de los temores por parte de la burguesía. Precisamente, las élites europeas percibían algo políticamente amenazador en esta delincuencia, motivo por el cual la “fabricación” del delincuente mediante la cárcel obtuvo un enorme éxito en su efecto disgregador. Al identificar individualmente a los miembros de las clases bárbaras, se podía marginar a estos individuos del resto de la sociedad y recluirllos en una economía de pequeños delitos cuyas víctimas más propicias eran los miembros de las clases populares. Los delincuentes, señalados como tales, eran excluidos así de otras “ilegalidades populares” potencialmente políticas, proporcionando al poder una potestad más cómoda (“ilegalidad controlada”), y prestándose como referente moral negativo. Es de este modo cómo la cárcel fracasaba en su propósito original de *rehabilitar* al delincuente, y conseguía, sin embargo, llevar a cabo otra estrategia de poder basada en la exclusión. John Gledhill encuentra la utilidad del análisis de Foucault en las conexiones que establece entre la subjetividad y el poder, aunque critica el eurocentrismo y la existencia de un persistente análisis de arriba abajo en su obra (Gledhill, 2000: 237-238).

probabilidades y en la intervención puntual atendiendo al análisis económico. Foucault insistió en que cada una de estas forma de abordar el crimen no se correspondió de manera automática con un tiempo histórico. Más bien todo ocurre como si las tres lógicas coexistieran, si bien en cada época gozará de mayor protagonismo una de ellas.

A finales del S. XVIII, al mismo tiempo que se estaban imponiendo los mecanismos disciplinarios sobre las ciudades, surgió un nuevo pensamiento representado por los fisiócratas que pondría el énfasis sobre los mecanismos autorreguladores de la naturaleza y –como continuación de ésta- del mercado. Si en la época del mercantilismo, el objetivo había sido controlar los precios con el fin de mantener los salarios lo suficientemente bajos y al mismo tiempo prevenir las revueltas causadas por la escasez, en el liberalismo propuesto por los fisiócratas éstos mismos objetivos se alcanzaban dejando actuar al mercado y renunciando a imponer restricciones a la circulación de mercancías. La naturaleza (humana) no se podía ya dominar pero sí se podía intervenir sobre el entorno para modificar el rumbo de los acontecimientos. Si la ley prohibía y la disciplina prescribía, el dispositivo de seguridad simplemente regulaba, dejaba hacer. La libertad de movimientos resulta fundamental para entender el liberalismo y su par: la seguridad.

Podemos observar la enorme transformación que esto supuso. Foucault considera a la vacunación como el modelo de intervención que mejor representaba este movimiento: ya no se trataba de erradicar la enfermedad, sino de controlarla. Como el objeto de intervención no eran los cuerpos uno a uno, sino las poblaciones (la totalidad se consideraba mayor que la suma de los cuerpos), Foucault advierte cómo aparecieron las nociones de “caso”, “riesgo”, “peligro” y “crisis”. Así, para controlar una epidemia, se intervendrá sobre los “grupos de riesgo”, y de esta forma se intentará estabilizar su afectación al conjunto de la población. Lo normal y lo anormal ya no estaban marcados por un modelo que había que trasladar a los individuos, sino que venían determinados por las estadísticas. Podemos apreciar la diferencia entre esta biopolítica como forma de operar y la anatomopolítica dirigida y vigilada desde lo alto del panóptico.

A partir del paso de la tecnología disciplinaria a la securitaria, el objeto del poder será la “población”. Bajo el nuevo modelo ya no se busca su obediencia, sino la influencia sobre el medio y las distintas variables (climáticas, culturales...) que afectan al conjunto. Lo que se pone en marcha es una nueva noción utilitarista que trata de instrumentalizar los deseos de las gentes para hacerlos converger hacia el “interés general” en lugar de reprimirlos (lo cual supondría un gasto inútil de energías). Si Hobbes decía “¡No!”, los fisiócratas, y economistas en general, decían “¡Sí!” a los deseos individuales. El giro que supone el pensamiento liberal inventa a la “población” como un nuevo constructo que ya no es “el pueblo” y que será objeto de

intervenciones técnicas por parte de expertos. El surgimiento de las ciencias sociales y humanas hay que situarlo justo en este punto.

Pero estas transformaciones no pueden entenderse sin acudir al concepto que introduce en este curso Foucault, el de *gubernamentalidad*. Este concepto es el que le permite hablar de una racionalidad de las prácticas de gobierno, algo que en su análisis engloba al propio Estado. Si el Estado ya no es tan relevante en su análisis es porque se le considera una consecuencia de las prácticas gubernamentales: lo fundamental es la tecnología de gobierno, no la institución que la encarna. Foucault encuentra los precedentes de esta gubernamentalidad en las artes de gobierno que proceden del pastorado (una relación de poder introducida de manera inédita por el cristianismo) y de la razón de Estado (que sitúa al Estado como fin en sí mismo y que emplea, para ello, el golpe de estado continuo para perpetuar su propia existencia). Si el pastor establecía una relación de dependencia con el rebaño, tratando a cada uno de sus miembros como un individuo y al mismo tiempo como parte de ese conjunto, la razón de Estado cambiaba las coordenadas de la obediencia y las situaba bajo el mandato de una institución. Lo verdaderamente novedoso e importante para Foucault es el surgimiento, no del Estado, sino de su razón. Esta razón de Estado es la que permite conectar a la institución con la vida cotidiana de sus súbditos y dará lugar al mercantilismo como modelo económico y a la disciplina como tecnología de gobierno. Una de las consecuencias derivadas de este arte de gobierno es el surgimiento de la “policía”. La policía surge con un significado distinto al que hoy conocemos, si bien podemos encontrar muchas similitudes en sus contenidos. Se trata de una especie de sistema experto de la administración del Estado que se encargaba de asuntos tan diversos como la instrucción de los niños, el control de la circulación y el comercio, la salud pública, la caridad de los pobres o la moralización de la sociedad en su conjunto. El objetivo de la policía era capitalizar la fuerza excedente de los habitantes de la ciudad al cumplirse uno de sus objetivos: que la población estuviese alimentada. Ya no se trataba sólo de que la gente sobreviviera, sino que de que fuera “feliz”. El surgimiento de la policía no puede desvincularse del de la urbanización, entendida ésta como política de hacer ciudad. Tenemos entonces en esta época mercantilista, precedente inmediato de la sociedad liberal, la imposición del valor de cambio, de la razón de Estado y del surgimiento de la policía. Esta policía, disciplinaria, perpetrará cotidianamente el golpe de estado que se hace necesario para perpetuar la obediencia del súbdito a la institución (más que al soberano). Sin embargo, el pensamiento de los economistas liberales tratará de atenuar las restricciones anteriores y pondrá su énfasis en el *laissez faire*. Bajo una nueva gubernamentalidad que permite las diferencias (dado que permiten la competencia entre individuos y grupos) la policía cambiará su sentido original y, partiendo de su

trabajo disciplinario original, se reducirá a su carácter represivo. Ya no será conveniente dirigir la conducta de los individuos, sino crear las condiciones para que éstos compitan entre sí haciendo avanzar al conjunto de la población.

Como podremos observar, encontramos características de todas estas formas de gobierno en la sociedad contemporánea. Dependiendo del momento histórico y de la historia regional y local particular, se pondrá más énfasis en la lógica disciplinaria o en la securitaria, incluso nos podremos topar con restos del pastorado y de los principios de obediencia al soberano en algunas de las relaciones sociales locales que intentaré mostrar en el análisis etnográfico. Sin embargo, lo que me interesa destacar, por su relevancia para el análisis posterior de las condiciones sociales en las que surgen y se reproducen los discursos de la (in)seguridad y las prácticas relacionadas con el miedo, es la convivencia del decadente –pero aún superviviente– modelo disciplinario-panóptico (que tuvo un desarrollo sobresaliente en el *franco-fordismo* y el origen de la periferia madrileña) y el modelo liberal postfordista de la sociedad de control y securitaria, representado por los nuevos barrios del distrito de Carabanchel (PAU). Pese a que algunos autores han dictado la sentencia de muerte de la sociedad disciplinaria (De Giorgi, 2006), argumentando que la biopolítica (gobierno de poblaciones) se había separado de la anatomopolítica (disciplina sobre los cuerpos) con la definitiva desaparición de esta última, podremos observar cómo perviven prácticas disciplinarias, sobre todo entre las culturas profesionales de “policías” en su sentido más amplio (educadores, profesionales sociosanitarios y los mismos agentes de seguridad). El argumento de Alessandro de Giorgi y los continuadores teóricos de Toni Negri, es el de la existencia de una población *excedente* –en un capitalismo postfordista de continuas crisis– que es gestionada a modo de control preventivo y de mantenimiento a raya. Como ha destacado De Giorgi, en las *sociedades de control* postfordistas las estrategias de disciplinamiento teorizadas por Foucault son abandonadas por otras de seguridad preventiva en las que ya no se trata de producir sujetos disciplinados sino que se aplica el control preventivo sobre la *multitud*. Este control preventivo, policial, se ejerce especialmente sobre colectividades enteras previamente construidas como *otras*, como la de los migrantes. Es la población *excedente*, ni siquiera disciplinable, sobre la cual los poderes ya no quieren *saber*: si el sistema *saber-poder* era el que caracterizaba la sociedad disciplinaria, la de control se rige por la de *no saber-poder*. Sigue profundizándose la biopolítica, pero va desapareciendo la tecnología disciplinaria (De Giorgi, 2006). De Giorgi parte de las ideas desarrolladas por Michael Hardt y Toni Negri en *Imperio*. Para estos autores, el nuevo poder imperial surgido del decaimiento del Estado-nación se caracteriza por un derecho basado en la excepcionalidad, que es en realidad un derecho de policía. La biopolítica es llevada a todos los

rincones de la vida, ya no se ejerce únicamente en las instituciones disciplinarias, y el poder militar y moral ejercido como excepcionalidad es aplicado como regla (Hardt y Negri, 2005). Esto se hace posible gracias a la conversión del miedo en espectáculo: Hobbes incluido en los postulados de Debord. La *sociedad de control* es posible gracias a la extensión de la biopolítica y a su autoejercicio por parte de la población fuera de las instituciones en un marco de capitalismo flexible y móvil. Las nuevas identidades múltiples del postfordismo se autorregulan en el exterior de los muros. Se trata de autorregulaciones que beben de

El temor a la violencia, la pobreza y el desempleo (...) fuerza primaria e inmediata que crea y mantiene estas nuevas segmentaciones. Lo que sustenta las diversas políticas de las nuevas segmentaciones es una política de la comunicación (...). El contenido fundamental de la información que presentan las enormes empresas de comunicación es el miedo (Hardt y Negri, 2005: 360).

A la luz de estas reflexiones –y de sus límites- intentaré contextualizar el material etnográfico en lo relativo al dispositivo de la seguridad. Pero pese a que Foucault y sus seguidores insisten en un poder co-participado (auto-control), finalmente ponen prácticamente todo el énfasis en las formas de gobierno de arriba-abajo. ¿Qué ocurre en el nivel de las prácticas de la vida cotidiana y de las relaciones entre los miembros de las clases populares de un distrito de Madrid? Para aterrizar en el nivel de las prácticas he de repasar los aspectos más relevantes de la obra de Pierre Bourdieu y de Michel de Certeau.

5.2. Las razones prácticas de Pierre Bourdieu

Si bien la historia de las ideas –en forma de tecnologías- realizada por Foucault nos proporciona una genealogía de los dispositivos securitarios del presente, la obra de Bourdieu nos interesa en la medida en que se refiere al mundo de las prácticas entre agentes concretos que incorporan y reproducen las relaciones de poder. Sus planteamientos nos ayudarán a reducir la escala en la cual vamos a formular los análisis. Aunque Bourdieu también aborda procesos de institucionalización dirigidos desde arriba, su verdadera aportación para el presente estudio es su propuesta de examen del poder a través de los *capitales* encarnados y de la *violencia* entendida como dominación (y no como mera fuerza física). Antes de llegar a estas nociones, resulta necesario conocer cuál es la concepción de la acción formulada por el sociólogo francés. Ya conocemos algo sobre las tecnologías que enmarcan los dispositivos de seguridad, pero ¿cómo reciben dichas tecnologías los habitantes de un entorno urbano concreto? ¿Cómo las reproducen? ¿Qué emociones y manifestaciones corporales van ligadas a los procesos de dominación? ¿Es el miedo un reflejo de un yo interior o es la actuación de un agente concreto en un campo dado con unos capitales limitados y en competencia con otros agentes?

El sentido práctico

Para el sociólogo francés el sentido práctico rige todas las acciones humanas, pero éste no es sinónimo de cálculos conscientes en busca de un beneficio (tal y como lo interpretarían las teorías del intercambio), sino que implica impulsos inconscientes procedentes de la energía proclive a participar en la dinámica del campo (*illusio*) mediante unos esquemas cognitivos de visión y división, y unas disposiciones a actuar incorporadas en el cuerpo a modo de *habitus*. Este enfoque, que tiene en cuenta tanto la estructura social como la acción, constituyó un intento de superación tanto del objetivismo positivista como de las corrientes subjetivistas.

Contemplando el análisis de su propio material etnográfico en Argelia, Bourdieu (2008) acabó por cuestionar el método estructural y por introducir la *lógica práctica* a la hora de interpretar las prácticas de la población kabila. Las múltiples contradicciones que encontraba en relación a los esquemas estructurales de pretensiones universalistas, produjeron un giro en sus investigaciones. El cuestionamiento del objetivismo estructuralista no perseguía la renuncia a una ciencia social objetiva, sino más bien una reformulación de la misma que comenzase por entender los modelos teóricos antes como representaciones de la realidad que tratan de explicar

la máxima cantidad de elementos posible que como la realidad en sí. Ésta está gobernada, según Bourdieu, por la lógica práctica, la cual, pese a funcionar de manera similar en diferentes contextos sociales, no está sujeta a leyes universales. Su relativa coherencia se produce como efecto de la “milenaria aplicación de los mismos esquemas de percepción y de acción” (2008: 28) y del aprendizaje práctico de los mismos, por lo que el mundo de las prácticas responde más a tendencias lógicas que a predeterminaciones. Estas tendencias lógicas, observadas por Bourdieu en las prácticas matrimoniales que estudiaba en la sociedad kabila, son el resultado de las estrategias que los distintos agentes ponen en juego dentro de un marco de estrategias posibles, evaluando las diferentes posiciones en el campo por parte de los actores. Más que esquemas que determinan, tenemos, según esta propuesta interpretativa, conjuntos de estrategias prácticas que suelen coincidir (pero no siempre): aparece la acción de un agente social dentro de la estructura que con una lógica económica inconsciente evalúa los costes de la transgresión de las reglas y los beneficios de su acoplamiento a las mismas. Bourdieu intentó conciliar así dos modelos sociológicos, el de Marx –centrado en el materialismo y la estructura- y el de Weber –basado en la cultura y la acción-, que hasta ese momento habían funcionado de manera contradictoria.

Entre la estructura y la acción

El aspecto clave de los postulados de Bourdieu lo constituye la articulación entre estructura y acción contenida en el concepto de *habitus* (2008: 86). Los actores sociales de Bourdieu se adaptan a las condiciones objetivas: no aspiran a lo imposible sino a lo factible, “haciendo de la necesidad virtud”. Pero esta adaptación no es el fruto de un cálculo racional, sino de la experiencia práctica del pasado, tanto propia como grupal. La invención está condicionada: puede desarrollarse en un marco de libertad condicional y aún así producir infinitas posibilidades prácticas (márgenes de autonomía). La única forma de tratar de acceder a su lógica práctica concreta por parte del científico es considerando las condiciones pasadas (historia incorporada) y las condiciones presentes. La historia, objetivada en los cuerpos y en las instituciones, está presente en las prácticas de los agentes, pero al mismo tiempo dichos agentes actualizan esa historia apropiándose de (y dando vida a) las instituciones. Bourdieu afirma que la “comunicación de las conciencias” supone la comunidad de las “inconsciencias”, aludiendo a las competencias lingüísticas y culturales que “se dan por sabidas” entre los miembros de un grupo y que son el fruto de la historia y del aprendizaje práctico de esa historia por parte de sus miembros (que vendrían a poseer una suerte de patrimonio cognoscitivo que, sin vivir de nuevo la experiencia

objetiva que dio lugar a un conocimiento, lo tienen incorporado en su modo de funcionar cotidiano a modo de “sentido común”).

El *habitus* funciona anticipando las consecuencias de la acción, pero no de una manera racional en la que se dispone de toda la información. Esto es lo que le confiere su carácter estratégico, de proyecto: ante una suposición de que las condiciones que rodean a la acción permanecerán iguales que en el pasado, se actuará aplicando un saber incorporado¹¹. Sin embargo, las estrategias no pueden evaluarse sin conocer las condiciones sociales presentes en el campo en el que se operan. La *teoría de los campos* formulada por Pierre Bourdieu hace suponer que existen multitud de campos relativamente autónomos que son el escenario de luchas entre los diferentes agentes implicados, los cuales ocupan distintas posiciones en la estructura según el capital del que gozan (capital económico, cultural y social, y la suma de todos ellos: el capital simbólico). El campo y su estructura no sólo existen de forma abstracta en las cabezas de los agentes, sino que tienen efectos verdaderamente prácticos en la distribución del poder, dividiendo a las personas según múltiples variables como el sexo, la clase social o la edad (Bourdieu, 2003b). El sentido del juego que resulta necesario para que un agente participe en las prácticas coherentes de un campo es lo que Bourdieu llama *illusio*. El interés por participar en el juego requiere de una fe en el campo, una creencia en su necesidad de existencia. Por eso, el sentido práctico se encuentra en un estado naturalizado: “porque los agentes no saben nunca completamente lo que hacen, lo que hacen tiene más sentido del que ellos saben” (2008: 111).

Bourdieu presta una especial atención al cuerpo como espacio del *habitus*. La *hexis corporal* vendría a ser la mitología política incorporada. El autor atribuye una importancia destacable al género como construcción binaria y ordenadora primaria de las formas de estar de los cuerpos, de los *habitus*. El sistema binario de la sociedad kabila –interpretado como refugio de disposiciones culturales que han habitado a lo largo y ancho del Mediterráneo–, funciona como ordenador simbólico a partir del sistema de género masculino/femenino. Su eficacia estriba, precisamente, en la creencia en su naturalidad por la analogía entre las estructuras cognitivas y las estructuras objetivas (2000: 20-21)¹². Bourdieu plantea una interpretación dramática del cuerpo que procede del pensamiento de Erving Goffman. Al afirmar que “el cuerpo

¹¹ Cuando las condiciones objetivas no son las mismas, según Bourdieu podríamos hablar de una situación de *histéresis del habitus* en la que se reciben sanciones.

¹² Pareciera como si la lista de oposiciones binarias que encuentra en la sociedad kabila (masculino/femenino, recto/curvo, fuera/dentro, arriba/abajo...) fuese una de las estructuras universales que critica, sin embargo podemos conceder un crédito a esta teoría del binarismo si lo entendemos como una dialéctica que sólo cobra sentido en las situaciones concretas y que está sujeto a resignificaciones –limitadas– por parte de los agentes en sus contextos (2008: 113-116). Esta lista de binarios puede convertirse en un instrumento de relativa validez a la hora de evaluar las distintas posiciones de los agentes ante el miedo y la (in)seguridad.

llora si imita la tristeza” (2000: 118), está conceptualizando la identidad como una actuación que tiene efectos performativos en cuanto se actúa. No existe el yo previo e interior que postularían el psicoanálisis o el existencialismo, ni estamos ante una psique que posee una imagen corporal: lo que encontramos es una reactualización de la posición social a través de la *actuación* corporal y en esta actuación corporal juega un papel primario el sistema de género¹³.

Poder y violencia

Pero si el cuerpo es el *habitus* encarnado, ¿cuáles son los principios posibles por los que se rige su sentido práctico? Las prácticas no siguen modelos preestablecidos, sino que pueden resultar contradictorias para el observador. La lógica práctica es económica, pero no hay que olvidar que para Bourdieu hay varias clases de economías que trascienden el modelo economicista, lo cual da lugar a distintos tipos de capitales que no son sólo el económico. Una economía simbólica es la que parece guiar la lógica práctica (la del *habitus*).

El asunto del poder en la teoría bourdieana contiene su expresión máxima en el concepto de *capital simbólico*. Éste vendría a suponer un capital económico disfrazado de moral. A través del capital simbólico, noción derivada de las concepciones weberianas del prestigio¹⁴, las relaciones de poder pueden pasar por naturales. El capital simbólico no es el único que reconoce Bourdieu, sino que existen distintos tipos de capitales de los que puede disponer un grupo y sus miembros, que son el económico, el cultural, el físico y el social, fundamentalmente. El simbólico vendría a ser el resultado de la suma y combinación de los demás capitales (Bourdieu, 1997: 107). Ligada a este concepto está la noción de violencia simbólica. Desligándose del cuerpo, la violencia de quienes poseen mayores capitales puede ejercerse de manera disimulada. Esta es la violencia simbólica: aquella que no se ejerce mediante la coacción, sino a través de formas invisibles¹⁵. Quienes se encuentran en una posición relativa de dominación recurren a ella en su proceso de legitimación: su generosidad se convierte en deuda moral. Bourdieu explicita la existencia de dos tipos de dominación (equivalente a violencia en su vocabulario): una material –ejercida a partir de la existencia de una deuda material (y que puede llegar a ejercerse sobre el cuerpo del endeudado)- y otra simbólica –que nace de una deuda

¹³ Judith Butler, sin citar a Bourdieu, interpreta la actuación del género como la que crea la significación de lo que es “ser hombre” o “ser mujer”, poniendo en tela de juicio las nociones esencialistas de la identidad (Butler, 2007a).

¹⁴ En palabras del propio Max Weber, “el fundamento de *toda* dominación, por consiguiente de *toda* obediencia, es una *creencia*: creencia en el “prestigio” del que manda o de los que mandan” (Weber, 2002: 211). El capital simbólico requiere también de una especie de misticismo que funde su legitimidad y que le dote de efectos prácticos sobre la acción social.

¹⁵ La violencia simbólica se ha apoyado históricamente en el uso de mediaciones de representación, como la escritura, la cual separa a los capitales de los cuerpos.

simbólica-. Aunque ambas están relacionadas (como bien muestra Foucault), Bourdieu se centra en la segunda, en la violencia sutil que opera sobre una naturalización más sedimentada¹⁶.

La violencia simbólica constituye el complemento necesario de la violencia económica. Es aquella que se ejerce a través de las virtudes. Esto viene a complejizar los análisis simplistas entre infraestructura y supraestructura. La dominación necesita renovarse, *actuar* continuamente, lo cual genera un estado de incertidumbre continua en los poseedores de capitales. Por eso las instituciones, por eso el Estado: constituyen una garantía de estabilidad en el orden que impide que el dominio tenga que actuar de manera continua. El hobbesianismo en el que se ampara la defensa de las instituciones (que garantizan el “orden”) a través del discurso de la inseguridad (muy actualizado quizás ante la crisis de dichas instituciones) será lateralmente analizado en la etnografía. Pero como señala Bourdieu (2008), no son sólo instituciones políticas las que garantizan esa dominación¹⁷. La ostentación de bienes materiales se convierte en un canje por capital simbólico, en otro tipo de oficialización que da derecho a la visibilidad, otro mecanismo para evitar el empleo menos sutil y más revelador de la fuerza física. La naturalización de la relación de dominación asociada a la violencia simbólica no necesita tanto de una ideología (meramente discursiva) como de “una justificación práctica del orden establecido” a través de un sistema de premios simbólicos –privilegios- que naturalizan la relación. En función de la existencia, o no, de crítica al sistema de dominación en una sociedad dada, podremos observar mayor énfasis en la dominación material o en la simbólica (más disimulada).

Bourdieu aclara que la violencia simbólica no es menos “real” que la física, como si se tratase de una violencia “espiritual” sin efectos prácticos. Por el contrario, frente a las críticas de un materialismo primario, insiste que la violencia simbólica es nuclear para entender su “teoría materialista de la economía de los bienes simbólicos” y para considerar el orden jerárquico de la dominación no como natural y eterno, sino como fruto de un proceso histórico de reproducción llevado a cabo por algunos agentes y por ciertas instituciones (Familia, Iglesia, Escuela y Estado). Ni coacción, ni consentimiento sumiso voluntario y calculado: dominación simbólica incorporada en los *habitus* de forma duradera (y por ello en las categorías de visión y división).

¹⁶ De la misma forma, Nietzsche vio la deuda material en el origen de la moralidad (convertida en legalidad posteriormente), en el origen de la determinación del bien y el mal y por ello de la culpa, (Nietzsche, 2006: 91-95),

¹⁷ Obsérvese que, como Foucault. Bourdieu no pone el énfasis en el Estado, en la institución, sino en la relación práctica (lo que en Foucault era tecnología o arte de gobierno, *gubernamentalidad*). Sin embargo, lo interesante del análisis bourdieano es la recuperación de una suerte de sujeto de poder que está revestido de ciertas cualidades, como la figura del pastor o del soberano que Foucault asignaba sólo a las épocas previas o iniciales de la modernidad y que se perderán en el análisis de tecnologías impersonales. La virtud de Bourdieu es, desde mi punto de vista, la recuperación del cuerpo como agente, y no como mero objeto de la *anatomopolítica*. Un cuerpo hecho *habitus*.

Esa incorporación es una socio-somatización que se manifiesta en las *emociones corporales* (vergüenza, timidez, ansiedad, culpabilidad, miedo...) o en las *pasiones y sentimientos* (amor, respeto, admiración). Cuando estas emociones se visibilizan a través del rubor, el temblor, la ira, la confusión verbal..., se están haciendo explícitos el conocimiento y el reconocimiento prácticos de las fronteras entre los relativamente dominantes y los relativamente dominados (en función de la clase, la “raza”, el género...) (Bourdieu, 2000).

Un último aspecto que quiero destacar de la teoría de Bourdieu en relación a la violencia simbólica es el del des-conocimiento, por parte de los agentes, como condición inevitable del reconocimiento. La magia, la ocultación de los mecanismos de dominación, es precisamente la condición de su supervivencia. La estructura objetiva es incorporada en los *habitus*, pero a la vez es actuada por los mismos a través de prácticas acordes a las circunstancias (objetivas), lo cual contribuye a reproducir, a dar vida, a la estructura. Este es un proceso naturalizado, oculto, que hace de la “toma de conciencia” un proceso de des-naturalización y una re-categorización de la realidad que pueda dar lugar a otro tipo de prácticas. Las luchas no serían, entonces, sino contiendas por las definiciones de la realidad con efectos performativos (consecuencias prácticas). Estas premisas resultarán útiles a la hora de observar qué tipo de acciones intentan resignificar el discurso hegemónico sobre la peligrosidad en el espacio público.

La obra de Pierre Bourdieu resulta clave para entender las estrategias que ponen en juego los distintos agentes de un barrio en su realidad cotidiana jugando con las condiciones de posibilidad que les otorga su posesión de capitales y actuando corporalmente –a través del *habitus*- las relaciones de poder en un entorno jerarquizado. La violencia simbólica parece atravesar los vínculos securitarios y el miedo. Pero si la obra de Foucault finalmente ponía demasiado énfasis en las tecnologías de gobierno y los *habitus* de Bourdieu parecen enclaustrarse en un molde rígido de escayola, la propuesta teórica de Michel de Certeau parece aportar una perspectiva subestimada por los dos anteriores: la del agente como cuerpo concreto que plantea resistencias a las tecnologías de poder y a las relaciones de dominación simbólica.

5.3. Las reapropiaciones de Michel de Certeau

Para Michel de Certeau, el panóptico no puede ser omnisciente. Al verlo todo, aprehende poco. Lo inasible, lo íntimo, lo ágrafo, escapa muchas veces por las sombras, por las áreas ciegas que el propio foco propicia. En otras ocasiones, el foco alumbra tanto que su reflejo ciega al propio vigilante. En ese instante se producen movimientos, se avanza en la construcción de los túneles y hasta se producen abrazos. Los cuerpos que se abrazan no se ven, sino que se transmiten un saber que no puede ser capturado. Tal y como señaló el filósofo francés, “el conocimiento ciego del cuerpo a cuerpo amoroso” (De Certeau, 1996: 105) constituye una práctica de *espacialización*. Voy a tratar de relacionar esas prácticas de *espacialización*, y otras vinculadas a la práctica de la oralidad, con el miedo urbano y los discursos de la inseguridad.

Si la obra de Foucault prepara el análisis apuntando a las lógicas de gobierno y a las tecnologías a partir de las cuales surge el problema de la (in)seguridad, y la de Bourdieu nos informa de las prácticas sociales atravesadas por relaciones de dominación, la escritura de De Certeau nos avisa de lo que quizás había quedado invisibilizado, a saber: las tácticas de resistencia jugadas por esos mismos agentes en sus prácticas cuando carecen de poder de gobierno y de poder en forma de capitales. Es posible trazar una línea de pensamiento que – desde Goffman a De Certeau, pasando por Foucault y Bourdieu – se interesa por comprender las prácticas culturales no articuladas a discursos, aquellas que tradicionalmente no habían sido objeto de análisis (Cassigoli, 2005). Son esas prácticas “insignificantes” e inadvertidas de la vida cotidiana las que estos autores descubrieron como decisivas en la producción sociocultural. Quizás sea Michel de Certeau el que finalmente se internó con mayor profundidad en el universo de la vida cotidiana y de las transmisiones culturales que se producen de cuerpo a cuerpo. Si bien, al igual que Foucault y Bourdieu también analizó estrategias de dominación puestas en marcha desde las instituciones (principalmente en el plano cultural, como la escritura), De Certeau logró bajar hasta el suelo los análisis y complementar la producción teórica de los otros dos autores al considerar en mayor profundidad las prácticas concretas de apropiación (y muchas veces de resistencia) de los agentes. En la obra de De Certeau, la capacidad de maniobra de los “anónimos” cobra mucho mayor protagonismo y consigue burlar las rigideces estructurales que finalmente habían erigido los análisis de Bourdieu y Foucault. Al igual que Bourdieu, analizó la cultura¹⁸ como un campo de luchas desde el punto de vista de la recepción,

¹⁸ En *La cultura en plural* (1999), De Certeau renunció a las concepciones de la cultura como patrimonio, como algo fijo, como cultura culta, e inició un camino que comienza a reconocer la democratización de hecho del mundo de la cultura, de la creación, de la invención, más allá de los mecanismos de legitimación que consagrarán unos tipos

pero poniendo mayor énfasis en la apropiación. Esta *apropiación* implica ya un acto de creación, no es mera pasividad. Analizar el miedo desde la perspectiva decerteana supone el reto de renunciar a las categorías culturales establecidas, aquellas que lo asocian con la pasividad.

En *La cultura en plural* (1999) De Certeau dedica su atención a la vieja temática de la alienación, sin apostar aún de manera clara por la indagación en las apropiaciones. Según apunta, en la sociedad de consumo y del espectáculo lo que se *ve* no se *hace*: el espectador *imagina*, pero otros serán los actores. Citando a David Riesman, afirma que lo que no se encuentra en la vida cotidiana es lo ofrecido por las novelas, por las series de televisión o por las revistas. “El lenguaje da en espectáculo la acción que la sociedad ya no permite. Lo que pierde el sujeto se le vende en objetos de consumo” (1999: 165). A modo de *simulacro* (Baudrillard, 1998), la ficción (en la revolución, en el sexo, en la droga) reemplaza al original. Según De Certeau, en la sociedad publicitaria los mitos retornan con fuerza: los carteles publicitarios ocultan el trabajo que hay tras las paredes. La terapia, el ocio, las vacaciones..., actividades imaginarias que sustituyen el tiempo del trabajo material. Si lo político es imposible en las palabras, al menos hay utopía en las imágenes. Mientras que en tiempos premodernos las creencias se basaban en lo que no se podía *ver*, en la modernidad sólo se puede creer en lo que se *ve*. Pero no sólo eso: lo que se *hace ver* no es lo *real*, sino lo *hiperreal*, tal y como postulara Baudrillard (citado en De Certeau, 2007: 203). No se trata entonces de lo que se *ve*, sino de lo que se muestra y de lo que se debe creer, constituyendo el discurso de la inseguridad, probablemente, uno de los mejores ejemplos de hiperrealidad en las sociedades mediáticas contemporáneas.

Violencias y delincuencias; discurso y oralidad

Desde la perspectiva decerteana, varios elementos surgen asociados a comienzos de la modernidad: escritura, razón de Estado, identidad y representación. Todo aquello que no se someta a sus principios, que permanezca en una alteridad irrepresentable, será el objeto de las intervenciones disciplinarias que aparecerán en esa época. A través de la incursión que efectúa De Certeau el historiador, De Certeau el filósofo-antropólogo de su época encuentra cómo la violencia está incorporada al lenguaje. El autor se refiere a la perversión de la palabra por parte de los poderes políticos y a su apropiación para la mercantilización por parte de los poderes

culturales determinados, como ya indicara Bourdieu. Tal y como comenta Luce Girard, prologando la obra de De Certeau, éste se dedicó a “abrir los posibles” (Giard en De Certeau, 1999: 12), a hacer caminos transitables, pensables, en el análisis y en la intervención política. Y esto era posible al resignificar la “cultura popular” y despojarla de las concepciones miserabilistas (Grignon y Passeron, 1992).

económicos. Por eso, el debate sobre la violencia es tramposo: se realiza con un lenguaje que ya es el resultado de esa misma violencia. La manifestación más elocuente de esta violencia oculta es la creciente distorsión entre “lo que se dice” y “lo que se hace” a partir del Siglo de las Luces. De Certeau (1999) ve una puerta abierta a la hora de conocer “lo que se hace”: explorar en la insignificancia de “lo que se dice”. La crítica a la modernidad de este autor pivota sobre el lenguaje entendido como escritura, como discurso. La pérdida de la relación en presencia a partir de su carácter representativo traiciona el mundo de las prácticas de la vida cotidiana. Más que reflejar, *hace*. En el pensamiento decerteano, escritura y Estado van de la mano, son aliados naturales que se apoyan mutuamente. Es así cómo el Estado no sólo es prohibitivo, sino que también es permisivo: “el poder compensa lo que prohíbe hacer con lo que permite creer” (1999: 74). Este análisis encaja con el formulado por Foucault referido a la sociedad disciplinaria, la cual se basa sobre todo en la prescripción de conductas. Los más poderosos ocultan la violencia mediante la universalización de su lenguaje (algo que ya hemos tratado con Bourdieu): este es el “crimen perfecto”, el que no deja huella (naturalización). De Certeau denomina a este régimen “poder sin autoridad”, “tiranía sin tirano”, ya que no hay a quien reclamar: el poder es anónimo en la burocracia.

Ante esta situación, De Certeau ve en la reintroducción de la alteridad negada por los procesos de homogeneización del discurso y del Estado las posibilidades de supervivencia. *La cultura en plural* fue escrita en plena década de 1970, lo cual explica la huella de este pensamiento anti-alienación “sesentayochista”. Sin embargo De Certeau ya intuía que la pluralidad comenzaba a suplantar la homogeneidad en el mundo cultural como resultado de ese mismo pensamiento, no sin dejar de alertar sobre la *evicción*, la apropiación que el mercado podía hacer de la liberación –algo que muestran muy lúcidamente dos décadas después Boltanski y Chiapello (2002)–. El carácter libertario del pensamiento de De Certeau es el que puede ser apropiado de manera descontextualizada por las agencias del neoliberalismo, pero el propio filósofo francés nos advierte de estas apropiaciones inversas efectuadas desde los *lugares* de poder. Frente a ellas, sin embargo, persisten inagotables las invenciones realizadas por los anónimos en sus *no lugares*.

Es en esta crítica de la representación que impuso la modernidad sobre la que De Certeau asienta sus análisis de las prácticas espaciales. Las ciudades diseñadas por el urbanismo son finalmente quebradas por sus practicantes. Tanto los espacios domésticos como los públicos son el escenario de la “supervivencia” de la cultura de la vida cotidiana. Este “resto”, la cultura popular (identificada con la vida cotidiana), es el objeto del neocolonialismo del S. XX, que trata de capitalizar y mercantilizar esas creaciones populares. Lo duro trata de imponerse

sobre lo blando, y así, “cuanto más lenguaje *hay*, menos se habla” (1999: 194). Para De Certeau, la policía en las calles representa el mismo papel que las obras cultas suministradas al pueblo, de ahí su interés por los “delincuentes” culturales. Pero no sólo la policía está en las calles: De Certeau (2006) entrevistó cómo el sacerdocio se transformó en el S. XVIII en un regulador de las prácticas que invocaba una moral al servicio de las elites, lo que De Certeau señala como una suerte de “policía de las prácticas” que posteriormente han ocupado otras figuras (como los profesores, los trabajadores sociales o los periodistas). Más arriba hemos pensado en la genealogía del término “policía” con Foucault, aquella que dependiente del Estado velaba por la educación, la caridad, el comercio, etc. La policía es disciplinaria y en cierto modo, lo que De Certeau detecta mediante su conocimiento de la historia de la Iglesia (era jesuita), es cómo esas prácticas eclesiásticas policiales de la vida cotidiana juegan dentro de la misma lógica que la de los policías estatales, o mejor dicho, a su servicio. A propósito de la delincuencia, y el empleo polisémico del término –bien como transgresión de la Ley (con su correspondencia en una policía armada), bien como transgresión de la norma (complemento de una policía moral, educativa, de las prácticas)-, De Certeau veía en los inicios de la modernidad –con la dispersión de la homogeneidad de la cristiandad anterior (protestantismo y catolicismo)- el empeño por parte de los Estados (que comenzaban a suplantarse a lo religioso en el centro del poder) por crear identidades nacionales distintas (bien católicas, bien reformistas) basadas en un conocimiento que sustituyese a las creencias. Con la imprenta (difusión del sistema escriturario) y la escolarización, se generaba un sistema de unificación y de diferenciación simultáneamente: el cuerpo social debía unificarse identitariamente, pero al mismo tiempo, lo que quedaba fuera de ese conocimiento, la ignorancia, se iba a asociar con la delincuencia. He aquí una de las pistas que voy a seguir en el estudio de la (in)seguridad: más allá de la legalidad, la seguridad se vincula con la normalidad social.

A pesar de siglos de dominación, la oralidad resiste por debajo de los sistemas escriturarios. Ambos se afectan mutuamente por lo que no podemos hablar de una dicotomía entre escritura y habla, pero sí podemos entrever diferencias entre ambos órdenes. La escritura en su forma más perfeccionada, el Derecho, se inscribe sobre los cuerpos: la Ley requiere de cuerpos hechos texto, y más cuando el papel no es suficiente para hacer recibir el mensaje (la imposición de las esposas, hacer sentarse en el banquillo de los acusados, las agresiones en las comisarías, etc.). Es un cuerpo individual, disciplinable, sobre el que se escribe ese texto, no ya un cuerpo social. “Dame tu cuerpo y te doy sentido, te nombro” (2006: 161-162). Sin embargo, los ruidos en forma de gemidos, de llantos, de gritos, de lapsus... recuerdan la presencia del *otro*, del cuerpo negado de voces sin lenguaje. “Lo oral, lo operativo y lo ordinario” son para De

Certeau y Giard los elementos que sostienen la cultura, contrariamente a lo que privilegian los poderes (la representación oficial o la política económica)¹⁹. Lo oral es el habla corp-oral, el que se acompaña del tono de voz, de la expresión de la cara, de la mirada, del movimiento de manos²⁰... Lo ilocutorio, el contexto de una comunicación con actores concretos, rebasa la literalidad de las palabras. La “materialidad sonora” es una forma de intercambio corporal, más que transmisión de un mensaje entre un emisor y un receptor racionales que emplean el mismo código (De Certeau, Giard y Mayol, 2006: 262).

Por debajo de las estructuras

Además de la corp-oralidad resistente, se producen apropiaciones del discurso que siempre añaden algo nuevo y que tuercen su sentido. En los dos volúmenes de *La invención de lo cotidiano*, escritos en colaboración con Luce Giard y Pierre Mayol, Michel de Certeau desarrolla su reflexión más elaborada sobre los márgenes de libertad. El estudio de la vida cotidiana en la década de 1970 en Francia supone un reto que consiste en prescindir de las encuestas (que sólo se encargan de indagar en el uso) y centrarse, mediante una metodología etnográfica, en las reapropiaciones (en los estilos de uso). Lo que De Certeau y sus colaboradores ven en estas prácticas cotidianas son intersticios que escapan de los mecanismos de disciplinamiento y que por ello constituyen microresistencias (Giard en De Certeau, 2007). El objetivo de su estudio era observar la heterogeneidad donde los demás veían disciplina: “allí donde (el aparato científico) llega a suponer a las multitudes transformadas por las conquistas y las victorias de una producción expansionista, siempre es bueno recordar que a la gente no debe juzgársele como idiota” (De Certeau, 2007: 189). Esta es una actitud ética y epistemológica que implica la elevación simbólica de las prácticas como objeto de estudio.

¹⁹ Rossana Cassigoli, analizando el pensamiento decerteano, afirma que “el binomio tradicional entre práctica y teoría cede su lugar preponderante a la distinción entre prácticas articuladas por el discurso y prácticas que no lo están” (Cassigoli, 2006: 146). Este conocimiento práctico se ignora a sí mismo: se hace sin pensarse. Las formas de hablar, de caminar, de producir, de cocinar, etc., escapan de todo discurso racionalizador. Pero el relato y las prácticas se constituyen mutuamente. Las experiencias comunitarias (de miedo y de confianza) se presentan disfrazadas de discurso (de inseguridad y de seguridad): aquí, generalmente traducción significa traición. Este discurso se presenta de manera naturalizada. Entonces, “es deseable una politización de la pertenencia en la que una tradición aceptada, (...) se transforme en historia por hacer” (Cassigoli, 2006: 146). Inmigrantes, miembros de minorías y extranjeros de todo tipo representan el retorno de nuestro propio inconsciente cohibido. Las formas de practicar la ciudad constituyen un ejemplo de expansión de las ilegitimidades frente a la ciudad planificada.

²⁰ Estos autores señalan que tras la carta tuvo que inventarse el teléfono (2006: 261) (tras el correo electrónico y el *chat* también tuvo que inventarse la llamada telefónica vía Internet). Observan cómo la televisión se escucha más que se ve, lo cual pone en tela de juicio el imperio de la imagen en nuestro tiempo: la cultura visual es cultura audiovisual.

El decir es una forma de hacer que consiste en la actualización y reapropiación de la lengua por parte de un hablante. Así mismo, el consumo es una forma de producción que consiste en trazar “trayectorias” difícilmente legibles. Se trata de atajos heterogéneos que marcan la *differance*²¹ derridiana entre lo recibido (*estrategia*) y lo creado (*táctica*). Las estrategias, siguiendo postulados foucaultianos, son la articulación de un conocimiento que desarrolla un poder: el poder crea un campo de conocimiento (y además, el modelo fue militar antes que científico). Pero las tácticas, que no habitan ningún lugar de poder propio, viven en las sorpresas, en la astucia del débil. “Ya no hay ninguna otra parte”, esto es, el poder ya ha colonizado todo el espacio, pero quedan las tácticas en su interior. Estamos ante una de las nociones más interesantes de De Certeau, a saber, la diferencia entre estrategia y táctica: la estrategia es “el cálculo (o la manipulación) de las relaciones de fuerzas que se hace posible desde que un sujeto de voluntad y de poder (una empresa, un ejército, una ciudad, una institución científica) resulta aislable”, esto es, se instala en un *lugar, algo propio*, desde el cual maneja las relaciones con *una exterioridad* de metas o de amenazas que es posible a partir de la vista panóptica. En contraposición, táctica es definida por De Certeau como “la acción calculada que determina la ausencia de un lugar propio” y que se efectúa en el lugar del otro, bajo su lenguaje, su ley, sin acumular nada pero aprovechando las “ocasiones” y llevando a cabo escamoteos, estratagemas, trampillas, sorpresas (De Certeau, 2007: 40-47)²².

Lo táctico se desarrolla en las prácticas cotidianas. El estudio de las *maneras de hacer* trata de abrir vías de acercamiento a las prácticas. Estas prácticas, aún siendo puestas en escena por individuos, no son el resultado de la acción de unos sujetos (tal y como pretendió el paradigma de las Luces que tanto cuestiona De Certeau), sino de las relaciones sociales. Y estas prácticas individuales relacionales guardan un vínculo de continuidad con las tácticas de supervivencia de todos los seres vivos desde que existen (De Certeau, 2007: XXLI-XXLII). Para De Certeau y Giard, las operaciones son las que componen una cultura, y no sus objetos. Frente

²¹ Jacques Derrida se refería a la *differance* como aquello que no se puede simbolizar porque desborda la representación.

²² *Vigilar y castigar*, de Michel Foucault constituye la obra clave sobre la que De Certeau contrasta sus investigaciones: aún reconociendo su enorme valor por el descubrimiento de los procedimientos técnicos minúsculos “dispositivos” que van “vampirizando” las instituciones y que hacen de la extensión de la sociedad disciplinaria y de la vigilancia una obra compartida por todos los agentes sociales y no una obra de “el poder”, De Certeau discute finalmente las conclusiones foucaultianas al privilegiar la producción y, así, olvidar que las cuadrículas de la disciplina no reducen a la sociedad entera. Las “maneras de hacer” son los espacios de reapropiación, las *tácticas*, los *ardides*, que hacen que la disciplina nunca triunfe por completo (De Certeau, 2007: XLIV-XLV). Esta poética (*poiesis*), es arte y es política: supone una “politización de las prácticas cotidianas” porque remite a las formas de sacar ventaja por parte de los dominados (minorías mayoritarias) con las reglas de juego impuestas por los dominantes (las del lenguaje, las de el urbanismo) (2007: XLVIII). Las *estrategias* que se desarrollan desde los *lugares* (los del panoptismo) encuentran su respuesta en las *tácticas* que se efectúan desde los *no lugares* (o en el lugar del otro): el *discurso* se enfrenta entonces a las decisiones de la vida cotidiana (que dislocan dicho discurso) (2007: XLIX-LI).

a los pronósticos pesimistas de su época sobre la alienación que acompañaría a la proliferación de cachivaches electrónicos sustitutivos de los cuerpos en las operaciones, estos autores no ven en ello nada peor: la inventiva práctica para “arreglárselas” con los nuevos artilugios puede incluso aumentar. Si las prácticas orales resistieron a la era escrituraria, ¿por qué no lo iban a hacer en la era informática? Definitivamente, el medio no parece ser el mensaje. “La cultura no es la información, sino su tratamiento” (De Certeau, Giard y Mayol, 2006: 263). Poder hacer es resistencia, es apropiación y es autonomía. Se trata de prácticas que son estéticas (creativas) y polémicas (políticas). El conocimiento práctico de las maneras de hacer habita en la *memoria*, entendida como la “presencia en una pluralidad de tiempos” (De Certeau, 2007: 92). Esta memoria sólo aflora en la interacción, mientras que se atrofia cuando hay ausencia de relación y encierro en *lugares* propios, lugares de fuerte identidad en los que sus habitantes apenas se exponen a interactuar con lo diferente. La memoria colectiva se trata de enterrar (sin lograr borrarla) en los espacios altamente segregados, como los de las políticas securitarias, que impiden “disfrutar del miedo” (o exponerse a esa diferencia). La memoria permite, entonces, “aprovechar las ocasiones” que se presentan de manera imprevista y *hacer* en un mundo en el que nada ocurre tal y como se imaginó y se proyectó: las prácticas son arte, invención, asombro, y su situación natural es la espontaneidad.

A los estudios del *uso*, entonces, habrá que añadir los del *consumo* (o el *estilo* de uso): además de analizar las imágenes difundidas por la televisión (representaciones) y la cantidad de tiempo que los teleespectadores pasan ante ellas, habría que indagar en “lo que el consumidor cultural *fabrica* durante estas horas y con estas imágenes” (2007: XLII). Esta diferencia entre el significado de la representación para su productor (un medio de comunicación, por ejemplo, desde su *lugar* de producción) y para su consumidor, es el campo de estudio en el que me propongo ingresar para explorar las diferencias entre la inseguridad de los productores y el miedo de los consumidores (2007: XXLIII-XLIV).

Finalizo esta I Parte aclarando que el recurso a los postulados de los tres referentes teóricos citados –Foucault, Bourdieu y De Certeau– no ha sido simultáneo, si bien he intentado combinarlos a lo largo del proceso sin dejar de cuestionarme su articulación y coherencia. En la primera fase del trabajo de campo centré mi atención sobre los discursos como posicionamientos del *habitus*: la estructura incorporada estructuraba también el mundo social (barrial). Sin embargo, la teoría bourdieana, aún siendo tremendamente útil para afrontar los vínculos entre posiciones sociales y posiciones subjetivas, no era capaz de arrojar suficiente luz sobre las contradicciones en el seno de esas mismas condiciones subjetivas. El hecho de distinguir,

entonces, en lo que se dice el “cómo se dice” –cómo acompaña el cuerpo al habla- fue posibilitado por la distinción de De Certeau entre el discurso –y sus asociados: identidad, estrategia, lugar, consciencia- y la corp-oralidad –y sus respectivos: alteridad, táctica, no lugar, inconsciencia-.

Hemos podido apreciar cómo la obra de De Certeau, además de dialogar con la de Bourdieu, establece en cierto modo una correspondencia con *Vigilar y castigar* que ha resultado fértil a la hora de acercarme a las prácticas de los carabancheleros. Sin embargo, la profundización en los postulados de Foucault posteriores a esa obra, más centrados en la biopolítica, en la *gubernamentalidad* y en el dispositivo de la seguridad, ha contribuido a ampliar la mirada sobre el fenómeno según iba avanzando la elaboración de la investigación. Cabe, entonces, interrogarse: ¿soporta el enfoque decerteano, basado en las resistencias a la anatomopolítica disciplinaria, los posteriores desarrollos teóricos centrados en la biopolítica en la sociedad liberal-securitaria? ¿Gozan de vigencia sus análisis en una realidad cultural protagonizada por la imagen y ya no tanto por la escritura en su sentido alfabético? La parcial superación de las tesis disciplinarias continuará dialogando a lo largo de los capítulos con las resistencias prácticas decerteanas. Las aportaciones de Michel de Certeau constituyen, ante todo, una puerta abierta para pensar en las resistencias a la representación, sea ésta política –y la biopolítica (neo)liberal no hace sino profundizar en la representación- o simbólica –escritura e imagen-. Si pensamos dicha representación como una forma de violencia, podemos comprender qué tiene que ver todo esto con los discursos de la inseguridad –supuestamente representativos de los miedos de los ciudadanos- y las prácticas vinculadas al miedo –donde encontramos miedo a la violencia como dominación, pero donde también podemos toparnos con la *violencia* como resignificación y creación-. La teoría decerteana puede complementar lo que Foucault sólo llegaba a apuntar: la dominación surge a la par que las resistencias, se construyen mutuamente. Dichas resistencias, cuyo hábitat natural es la vida cotidiana, no implican que una revolución esté en ciernes, pues como podremos observar, buena parte de estas prácticas creativas son reproductivas del orden social. Sin embargo, la observación de dichas prácticas y su puesta en valor puede conducirnos a considerar que, más allá (o mejor, más acá) de la representación política, funcionan lógicas prácticas nunca domeñables. El propio miedo, sinónimo de sujeción, no determina el comportamiento social, sino que puede estar abierto a distintas resignificaciones, algunas de ellas liberadoras.

II Parte

El *dispositivo securitario* en Carabanchel

Comienza aquí la etnografía con un primer grupo de capítulos dedicados a la unidad de observación. Tal y como ha sido concebida la presente investigación, se trata de un estudio sobre un fenómeno social *en* Carabanchel y no *de* Carabanchel. Una premisa de la que parto es que no existe una identidad barrial sustancial, sino una serie de construcciones identitario-barriales diversas en los contextos de interacción de sus habitantes con personas del barrio y con otras completamente ajenas al mismo. Como recuerda Eduardo Nivón, “debido a que la identidad no es una cosa, sino una relación, este concepto nos permite sobrepasar el entorno físico del barrio, y acceder a la dinámica sociopolítica de dichas unidades urbanas en el marco de la ciudad en su conjunto” (Nivón en Portal y Safa Barraza, 2005: 41). El objeto de la etnografía podría haber sido explorado en cualquier otro sitio. Si acaso, Carabanchel presenta determinadas características imaginarias que hacen de él un lugar oportuno (barrio relativamente construido como “culpable” en el pasado, el paso de la cárcel al CIE, etc.), pero probablemente, muchos barrios de la periferia madrileña presenten otras características sociales que los harían igualmente oportunos para investigar una tendencia global, como es el crecimiento del *dispositivo securitario*, y una conmoción universal, como es el miedo.

Voy a intentar poner de relieve las peculiaridades locales de dicho dispositivo securitario, entendiendo por tal el conjunto de instituciones, arquitecturas, discursos y prácticas que conforman la “seguridad ciudadana” como uno de los problemas político-culturales fundamentales de nuestro tiempo. Cabe matizar que el concepto de *dispositivo securitario* que voy a utilizar no es exactamente el mismo que manejase Michel Foucault (2007), si bien está en deuda con él. El filósofo francés encuadraba dentro de dicho dispositivo un conjunto de formas de *gubernamentalidad* que en cierto modo superaban a las tecnologías de gestión de cuerpos de la sociedad disciplinaria, sin embargo, en la presente etnografía observaremos cómo las lógicas neoliberales de gestión de poblaciones –que tienen tanta relevancia en Carabanchel como en otras áreas urbanas centrales del planeta–, coexisten con otras lógicas de gobierno más desfasadas aunque aún actuales, como las tecnologías disciplinarias que ponen en juego buena parte de los profesionales que intervienen sobre el espacio público y el campo de lo social en el distrito (desde trabajadores sociales, profesores o curas a, por supuesto, policías), o las

pervivientes maneras de poder disciplinario. Nos encontramos por lo tanto ante distintos momentos, distintas lógicas sociales protagónicas, cada una, de proyectos civilizatorios y modelos de gestión política diferentes. Si el poder soberano trataba de dejar claro que cualquier transgresión de la Ley era un ataque directo al Rey y el disciplinamiento se constituía en el objeto de las tecnologías de poder en las primeras etapas del capitalismo industrial (siendo el fordismo su apoteosis), en las sociedades occidentales han ido ganando peso otros regímenes de subjetividad. Éstos consisten en el control preventivo por parte de las autoridades de los cuerpos no consumidores (no ciudadanos) y no disciplinables (excedentes humanos), por un lado, y en el autocontrol por medio del consumo entre aquellos que disponen de cierto poder adquisitivo y ciudadanía, por otro. Algunos autores vienen describiendo el tránsito desde las sociedades disciplinarias a las *sociedades de control* (Hardt y Negri 2005; De Giorgi 2006). Estas sociedades surgidas al compás del neoliberalismo necesitan ejercer un control preventivo sobre los cuerpos previamente excluidos de la posibilidad de disfrutar de los mismos derechos que los cuerpos ciudadanos. Pero como ya he adelantado, este esquema conceptual únicamente nos guiará a la hora de interpretar los datos etnográficos, porque en realidad observaremos pautas contradictorias, superposiciones de las distintas lógicas de poder y control social en un barrio como Carabanchel.

Intentaré mostrar, así mismo, cómo el dispositivo no consiste únicamente en políticas desde arriba, sino que conforma lógicas de poder socialmente extendidas. Su extraordinaria emergencia y presencia de manera descontextualizada en los medios de comunicación y en las agendas de los políticos profesionales, ha acabado calando en el imaginario social. No obstante, abordaré las resignificaciones que sobre su entorno efectúan los carabancheleros como fruto de una agencialidad que en ocasiones escapa de las hetero-representaciones. El objetivo será responder a las siguientes preguntas: ¿Cómo se produce en el contexto específico el dispositivo securitario? ¿Qué papel juegan los medios de comunicación, los urbanistas, los políticos profesionales y los expertos en la producción simbólica de Carabanchel y su (in)seguridad? ¿Qué relación guarda la construcción identitaria barrial con dicha temática?

Como en una etnografía sobre un lejano, colonizado y misterioso enclave que no espera la visita de un blanco, metropolitano y torpe visitante, en esta segunda parte de la presente tesis doctoral voy a efectuar un recorrido que parte de la descripción de Carabanchel tal y como es visto desde el cielo antes de llegar (desde un satélite o desde un centro de recopilación de datos estadísticos). El vértigo de esta primera vista panóptica, la cual poco nos revelará sobre el sitio en cuestión, nos obligará a saber cuál es el pasado del lugar en el que queremos aterrizar, un enclave con su propia historia local insertada en la historia de la ciudad de Madrid. Llegados a

este punto, pediremos pista para aterrizar: les escucharemos hablar y les observaremos a ras del suelo en su vida cotidiana, tanto en sus casas como en sus calles, tratando de comprobar cuáles son las razones que motivan sus palabras. Atenderemos a los relatos de vecinos y vecinas sobre los significados de su sitio (y de otros parecidos y distintos) que habitan en su imaginario y que enuncian en sus discursos. De este modo estaremos en mejores condiciones para conocer su “identidad”, mezcla de lo que pueden y de lo que quieren “ser”. ¿Qué pueden ser? Probablemente lo que su ecosistema les permite, pero también lo que sus gobernantes les dejan: me detendré en las representaciones efectuadas por la prensa de la villa y corte de Madrid, las de los gobernantes capitalinos y sus emisarios en Carabanchel, y la de los funcionarios que pasan allí su destierro forzoso o voluntario. ¿Qué quieren ser? Casi siempre lo que no son, poderosos, pero algunos han descubierto que no queriendo ser lo que no son, acaban pudiendo ser –juntándose- lo que no podían ser, o sea, influyentes.

Esperando que este vuelo, aterrizaje y toma de contacto con la población nativa nos proporcione información suficiente para entender cómo temen y cómo dicen que temen, emprendemos el viaje¹.

¹ En mi caso, el viaje comenzó en el barrio de al lado, Aluche (distrito de Latina). Las lectoras y lectores de esta etnografía partirán de otros lugares. Considero necesario solicitarles que reflexionen ése punto de partida en relación a Carabanchel, ya que condicionará su mirada y los posibles choques culturales con la población nativa.

6. Apuntes estadísticos sobre Carabanchel

El primer objetivo de este capítulo es aclarar qué es Carabanchel. Sin embargo, esta primera cuestión meramente descriptiva e introductoria ya nos plantea un primer problema de análisis, ya que estamos dando por supuesto que Carabanchel “es”. Esta uniformidad cerrada e incuestionable sobre la identidad de Carabanchel se quiebra desde el momento en que descubrimos que, por un lado, se trata de un “distrito” de los veintiuno que conforman la organización territorial del Ayuntamiento de Madrid y, al mismo tiempo, de un “barrio” –“su barrio”- para buena parte de la población que vive en el mismo (no toda, como se verá) y fuera de él. Esta diferencia inicial de significados de “arriba” y de “abajo” ya nos está indicando la senda que trataré de abrir en la presente etnografía.

La unidad de observación de la presente investigación vino dada en un inicio por la distribución territorial que realiza la Administración municipal y por mi familiaridad con la misma al ser empleado adscrito a la Junta Municipal de Distrito de Carabanchel. Se trata de una unidad social más o menos artificial, constituida en realidad a partir de un proceso de legitimación de las fronteras territoriales tanto externas como internas (en forma de barrios), que resulta cómoda al investigador al fijar sus límites y proveer de un cierto orden a la información (Informante “X”; barrio “Y”). No obstante, más adelante, cuando nos veamos inmersos en las visiones “desde abajo”, observaremos cómo estas fronteras se fueron desmoronando en el proceso del trabajo de campo.

En este apartado voy a adoptar la perspectiva que considera a Carabanchel como un “distrito” en el que vive una “población”. Según el padrón municipal de habitantes¹, Carabanchel contaba en la fecha de 1 de enero de 2009 con 256.973 habitantes² (el segundo distrito más poblado del municipio de Madrid tras Latina, habiendo superado en los últimos años a Puente de Vallecas), de los cuales el 52,52% no había nacido en el propio municipio según datos de 2005³. Casi una quinta parte (19,72%) de la población tiene 65 o más años (proporción ligeramente más elevada que en todo el municipio de Madrid, que es de un 18.62%)⁴. La misma proporción de

¹ La presente toma de datos la realicé durante el mes de Septiembre de 2009.

² <http://www.munimadrid.es/UnidadesDescentralizadas/UDCEstadistica/Publicaciones/DemograPobla/PadronMunHabitantes/1Enero2009/AccessoPubl/11.%20Carabanchel%20117%20a%20124.pdf>

³ <http://www.munimadrid.es/portal/site/munimadrid/menuitem.199479e61b01b0aa7d245f019fc08a0c/?vgnextoid=08607a7f271ce010VgnVCM1000000b205a0aRCRD&vgnextchannel=dfd9ef637004a010VgnVCM100000d90ca8c0RCRD>

⁴ Los datos que aquí presento corresponden al año 2005, ya que en la nueva búsqueda realizada en 2009 no he podido encontrar los mismos indicadores facilitados por la web del Ayuntamiento de Madrid. A modo de observación rápida, he podido detectar cómo de 2005 a 2009 han desaparecido los datos que señalaban el origen no madrileño

población del distrito es extranjera (19,4%), convirtiéndose Carabanchel en los últimos años en el distrito madrileño que acoge más población inmigrante en términos absolutos y el segundo en términos relativos (tras el Distrito Centro, en el que vive un 28,5% de extranjeros sobre su población total).

Estos datos, escogidos arbitrariamente, nos sirven para significar el incesante crecimiento de Carabanchel en las últimas décadas con la llegada sucesiva de población a Madrid. El primer incremento relevante de la población inmigrante lo conforma el grueso de personas mayores de 65 años que arribó al distrito entre las décadas de 1950 y 1970 procedente de las zonas rurales del país (aunque muchas veces, la llegada a Carabanchel se produjo en el momento de estabilizar la residencia con la adquisición de la propiedad de la vivienda). El segundo crecimiento fuerte de población inmigrante se ha producido en la última década, y lo componen personas procedentes de zonas económicamente periféricas del globo, especialmente Ecuador, Rumanía, Bolivia, Perú, Colombia, China, Brasil y Marruecos⁵. Este fuerte crecimiento de la población extranjera no ha sido el único factor que ha contribuido al incremento poblacional del distrito en los últimos años: la construcción de un nuevo barrio (el PAU⁶) destinado a jóvenes de clase obrera y media, la sustitución de los usos industriales del interior del distrito por viviendas privadas y la creación de zonas de absorción de población chabolista, han ayudado a sostener el crecimiento y a atenuar el impacto demográfico de los fallecimientos de buena parte de la primera hornada de inmigrantes.

Tanto los datos de población, como las estadísticas económicas, nos resultan útiles para contextualizar socioespacialmente Carabanchel. Sin ser un dato que refleje con exactitud su realidad material, el conocimiento de la Renta Disponible Bruta *per cápita* nos puede ayudar a situar al distrito en la jerarquía socioeconómica de la ciudad⁷. Mientras que la cifra para el año 2000 era en el distrito que nos ocupa de 9.664 euros, en el municipio de Madrid se situaba en 12.768, siendo en el Distrito de Chamartín de 19.678 euros. Sin embargo, una nueva inmersión en la búsqueda del mismo dato en los últimos años, apuntaba una sorprendente igualación en la Renta Disponible Bruta *per cápita*, según la cual, Carabanchel se situaba en el año 2006 en 17.749, el municipio de Madrid en 20.229 y el distrito que más destacaba en este año, Chamberí,

de los habitantes empadronados (donde se englobaba toda la población inmigrante en la ciudad, nacional o extranjera) y, sin embargo, buena parte de los nuevos indicadores visibilizados son los referidos a la población extranjera (proporciones, evolución, desglose por nacionalidades...).

⁵<http://www.munimadrid.es/UnidadesDescentralizadas/UDCEstadistica/Publicaciones/DemograPobla/PadronMunHabitantes/1Enero2009/AccessoPubl/11.%20Carabanchel%20117%20a%20124.pdf>

⁶ Plan de Actuación Urbanística de Carabanchel. Nuevo barrio que termina de urbanizar el suelo del distrito por el sur, llegando hasta la autopista M-40.

⁷ Según un avance realizado por los servicios de estadística del Ayuntamiento de Madrid a partir de los datos del Instituto de Estadística de la Comunidad de Madrid, disponible en: <http://www.munimadrid.es/estadistica/economia/renta/documentos/BRC1998-2000.xls>.

en 23.862⁸. Pese a que la llegada de los nuevos asentamientos del PAU de Carabanchel había podido elevar su nivel de renta, parece que esta igualación se debía más a los cambios producidos en las metodologías estadísticas que a la prosperidad económica del distrito en relación al resto de la ciudad. Aún así, Carabanchel se presenta en el puesto número 18 (de 21 distritos en Madrid) en el *ranking* de renta de la ciudad, sólo por delante de Villaverde, Usera y Puente de Vallecas, dato que nos sirve para situarlo en términos relativos dentro de la ciudad. En el contexto de la creciente desigualdad social producida en la región metropolitana madrileña, Carabanchel se sitúa cercana a uno de los polos, el de la mayor pobreza material. Pese a que este hecho no está reflejado en las estadísticas, las situaciones de precariedad extrema caracterizan a una parte de los habitantes del distrito, principalmente a la población migrante femenina “sin papeles” que, tal y como he podido observar en mi trabajo en los servicios sociales del distrito, sobrevive en una cantidad no desdeñable hacinada en habitaciones realquiladas con salarios, cuando hay empleo, habitualmente no superiores a los 500 euros mensuales (de los que viven en muchos casos hasta 3 hijos y con los que se pagan 300 euros de alquiler de la habitación). Aunque las situaciones de precariedad y extrema precariedad son habituales en todo el distrito, existen diferencias internas dentro del mismo que paso a detallar con una breve descripción de los barrios administrativos.

Distribución territorial interna

La distribución interna del distrito se realiza a través de los llamados “barrios administrativos”. Se trata de unidades más pequeñas que engloban varias decenas de miles de habitantes cada uno y que sirven, por ejemplo, para la distribución de recursos públicos en el territorio. Aunque no sean internamente homogéneos, estos barrios sí presentan ciertas características que, a grandes rasgos, van marcando las diferencias sociales internas dentro de Carabanchel.

Los siete barrios que componen el distrito, de sur a norte, son:

⁸<http://www.munimadrid.es/UnidadesDescentralizadas/UDCEstadistica/Publicaciones/AnuEstadistico/Municipio/cap5/Ficheros/0540109.xls>



Imagen aérea de Carabanchel con sus barrios administrativos delimitados⁹.

-*Buena Vista*: compuesto por el antiguo casco viejo de Carabanchel Alto, se trata de una zona cuyo desarrollo urbanístico se produjo en los años 70 y 80 y que contaba con un área industrial. La presencia de barrios relativamente nuevos y de la mencionada área se explica por su lejanía relativa del centro de la ciudad. En la última década, el barrio ha vivido una transformación considerable con el progresivo desmantelamiento industrial, el derribo de los poblados chabolistas y la construcción del PAU, si bien existe un proyecto de distribución territorial municipal que extraería este nuevo barrio del Distrito de Carabanchel. Con las cifras del año 2000, Buena Vista es el barrio con menor Renta Disponible Bruta *per cápita* junto con Puerta Bonita, pero con los de 2006, su nivel económico se eleva en términos relativos al incluir el PAU.

-*Puerta Bonita*: barrio amplio y socialmente heterogéneo que contiene en su interior el casco viejo del antiguo Carabanchel Bajo, donde se ubica la Junta Municipal de Distrito, y buena parte de los dispositivos públicos de formación, policía, servicios sociales, etc., la mayor parte de ellos en la Finca de Vista Alegre (antigua residencia vacacional de la Familia Real). Junto con barrios de predominante tipología obrera, conviven, por un lado Pan Bendito (antiguo núcleo chabolista transformado en polígono de viviendas públicas para personas con renta muy baja y

⁹<http://www.madrid.es/UnidadesDescentralizadas/UDCEstadistica/Nuevaweb/Territorio,%20Clima%20y%20Medio%20Ambiente/Territorio/Cartograf%C3%ADa/Mapas%20de%20dist%20y%20bar/11%20Carabanchel.pdf>

probablemente el causante de que Puerta Bonita sea el barrio más empobrecido en cuanto a Renta Disponible Bruta *per cápita* de Carabanchel), y por otro la Colonia de la Prensa (zona de viviendas unifamiliares originada en la década de 1920 para dar cabida a profesionales liberales, hoy en día transformada, pero con un perfil social coherente con la posición de sus primeros pobladores).

-*Vista Alegre*: centro simbólico del barrio, contenía en su interior los edificios más emblemáticos de Carabanchel, todos ellos pertenecientes a la segunda mitad del S. XX, como son la cárcel de Carabanchel (perfecto ejemplo de panóptico, derribada en octubre de 2008), el hospital militar (el edificio más elevado del sur de Madrid) o el Palacio de Vista Alegre (construido sobre la antigua plaza de toros que llevaba el nombre del barrio y que en la actualidad alberga un centro comercial y un recinto para eventos deportivos y musicales). El trazado de la línea 5 de metro por su interior ha influido fuertemente para que esta zona sea una de las más activas comercial y económicamente del distrito. Además, Vista Alegre presenta un desarrollo urbanístico correspondiente a los años 70 y 80 caracterizado por la construcción de vivienda privada de gama media.

-*Abrantes*: el barrio menos poblado de Carabanchel, contiene en su interior una buena proporción de vivienda pública y obrera. Al igual que en Buena Vista (PAU), se desarrolla una transformación importante que fracciona el barrio con la construcción de nuevas viviendas privadas con estructura de manzana a un lado de la Vía Lusitana (despoblada hasta hace pocos años) y la permanencia de las viviendas sociales de renta baja al otro.

-*Opañel*: junto con Comillas, el barrio con más Renta Disponible Bruta *per cápita* del distrito. Sufre una transformación parecida a la descrita para Buena Vista: se sustituye su tejido industrial y sus zonas chabolistas por viviendas, aunque en este caso la práctica totalidad de estas viviendas son realizadas por iniciativa del sector privado. El asentamiento de población obrera estabilizada caracterizó su crecimiento desde la década de los 60, aunque en su interior contiene la antiguamente denominada Colonia del Comercio, con viviendas unifamiliares habitadas por personas de posición socioeconómica más elevada que el resto del barrio.

-*Comillas*: el barrio que presenta mayores niveles de renta y que ha vivido las mismas transformaciones que Opañel (sustitución de industria y poblados chabolistas por viviendas privadas). Su cercanía al centro de la capital (cruzando el Río Manzanares), acrecienta su nivel

económico relativo en forma de valor patrimonial de los inmuebles. En su origen dio lugar al arrabal que creció alrededor de la Calle del General Ricardos (una de las vías radiales que se alejaban del centro de la ciudad).

-*San Isidro*: junto con Comillas, el barrio más cercano al centro. Elevándose desde el río, contiene en su interior la ermita del patrón de la ciudad y las praderas donde se celebran las fiestas de San Isidro, lo cual contribuye a identificar a buena parte de sus vecinos más con Madrid que con Carabanchel. Su heterogeneidad social se manifiesta en la presencia de viviendas cercanas al río de rentas relativamente elevadas (si las comparamos con el resto del distrito) junto con una de las zonas de realojo de población chabolista más grandes de Carabanchel.

Esta distribución territorial en barrios identifica ocasionalmente a sus vecinos, pero en general no se corresponde con la pertenencia sentida por éstos. “Carabanchel” es la designación que aglutina buena parte de los discursos sobre la pertenencia, si bien la nomenclatura de las estaciones de metro o de sub-barrios actúa como potencial identificador espacial. En cualquier caso, la identificación con una designación u otra es móvil, dependiendo de la situación discursiva (según las características sociales y geográficas de los otros interlocutores reales o imaginados). Si he partido de esta distribución es para dar cuenta de cuál es la visión de Carabanchel como población objeto de escrutinios estadísticos, que son los que van a guiar la intervención de la Administración. La función de esta categorización es la mera contextualización geográfica, ya que como hemos podido deducir de la anterior descripción de los barrios, la heterogeneidad social no entiende de barreras administrativas (aunque puede verse condicionada por ellas). En el apartado dedicado a las hetero- y auto-representaciones de Carabanchel observaremos algunas continuidades con dicha distribución, pero sobre todo podremos apreciar la existencia de una toponimia distinta. Tras la vista elevada a través de la demografía, los indicadores económicos y la territorialidad administrativa, paso a exponer brevemente un recorrido histórico que puede ayudarnos a comprender el contexto de la etnografía.

7. De la perifericidad del *barrio culpable* a la diferenciación interna del *barrio víctima*

La historia de Carabanchel no puede desligarse de la historia de Madrid y sus dinámicas de centralización y periferización. Las teorías de la dependencia y del imperialismo fueron las primeras en dar cuenta de estos procesos desde perspectivas marxistas y desde la teoría de sistemas. Sin embargo, en los últimos años asistimos a un cuestionamiento de la dicotomía centro *versus* periferia a nivel urbano¹⁰. Sectores sociales privilegiados sacan sus residencias a lugares periféricos, nueva población migrante empobrecida recalca en el centro de las ciudades y en muchos barrios coexisten grupos muy lejanos socialmente –aunque sea de manera completamente segregada por las barreras físicas y simbólicas que encierran a las comunidades de vecinos-, dando lugar a un caleidoscopio (Nivón, 2005: 154-155). En Madrid parecen haber convivido las dinámicas de crecimiento por conurbación (absorción de pequeñas localidades antiguamente rurales) y las de producción de suburbios periféricos (lo que en la década de 1980 se llamaba “ciudades dormitorio”), dando lugar a una periferia geográfica muy heterogénea, si bien inicialmente dividida entre un noroeste enriquecido y un sureste empobrecido. Carabanchel, como barrio originalmente periférico desde una perspectiva geográfica, se ha visto afectado por sendas dinámicas de crecimiento. En un primer momento fue anexo a Madrid, convirtiéndose en parte de su creciente periferia –como barrio fordista- hasta que, posteriormente, con el aumento de la región metropolitana madrileña se acercó al centro. Esta reciente centralización geográfica no ha tenido su reflejo, sin embargo, en una centralización socioeconómica: el distrito sigue jugando un papel subalterno en el sistema metropolitano madrileño. Sin embargo, en los últimos lustros se aprecia la renovación estética de algunas partes del distrito, la cual no pueden desligarse del crecimiento del *dispositivo securitario*. Vamos a efectuar un breve recorrido por la historia social de Carabanchel con el fin de comprender cómo se ha generado la escasez material y la *perifericidad* simbólica que dan lugar a su *inferiorización* social, y cómo en los últimos años algunos cambios han venido a fragmentar la unidad social del barrio y a acrecentar las desigualdades en su interior.

¹⁰ Pueden existir procesos de *periferización* en el centro de la ciudad y de *centralización* en zonas lejanas del centro histórico y geográfico (Signorelli, 1999: 229). En el caso que nos ocupa, parece existir correspondencia entre lo geográfico y lo social si nos atenemos a las imágenes del barrio fordista, si bien en los últimos años Carabanchel se ha centrado ligeramente con el colosal crecimiento de la región metropolitana madrileña.

7.1. Continuidad histórica de la escasez en Carabanchel en un Madrid cambiante

El contexto socio-espacial de este distrito es el resultado del proceso histórico acaecido en la ciudad de Madrid, cuya evolución en su periferia no puede ser desligada de los cambios producidos en el centro. La unión de los municipios de Carabanchel Alto y Carabanchel Bajo al de Madrid en 1948 (Sánchez Molledo, 1998: 149), coincidió con el inicio de una tendencia que conducía, a través de la acción interconectada del capital económico, las políticas estatales y los movimientos sociales, a la configuración de la ciudad fordista¹¹. Esta ciudad fordista, caracterizada por la segregación espacial de las actividades de gestión, dirección y control, por un lado, y de las de producción industrial, por otro, se manifestaba también en una localización diferenciada de la población por sectores socioeconómicos, dando lugar al fuerte crecimiento de Carabanchel en las décadas de 1950 y 1960 como barrio que daba acogida tanto a actividades industriales como a población de clase obrera más o menos homogénea. En una primera etapa inmigratoria, Carabanchel recogió población rebotada del centro de la ciudad (incapaz de absorber más habitantes), a donde había llegado tras su entrada en la ciudad. En la siguiente descripción biográfica de una informante podemos apreciar cómo el centro del Madrid de posguerra acumulaba una enorme precariedad que acabó expulsando y dando lugar al extraordinario crecimiento de los barrios externos al tercer cinturón (como Vallecas o Carabanchel). En los comienzos, esos nuevos barrios de fango resultaban extraños, no estaban territorializados por sus habitantes, pero tras décadas *haciendo* barrio, Carabanchel se convertía en el espacio propio:

Maruja¹² (75 años de edad) vive en el barrio de Opañel desde hace 40 años aproximadamente. Sin buscar en ella un discurso acerca de su vivencia del barrio, realiza un relato espontáneo socio-espacial de enorme interés. Nacida en Madrid, la historia residencial de su familia describe la trayectoria tipificada de progresivo alejamiento del centro. Cuando se casó, tuvo que abandonar el barrio (Rivera de Curtidores), llegando a Carabanchel. Recuerda cómo en los primeros tiempos iba andando hasta su antiguo barrio, “el Rastro”, para hacer la compra: la familiaridad de los comercios y los vecinos seguía teniendo una enorme relevancia antes de realizar la reterritorialización en su nuevo espacio. Posteriormente, sus hijos tuvieron que sufrir el mismo proceso de expulsión, primero a Aluche, posteriormente a Móstoles y por último a Navalcarnero, aunque en este caso como opción de mejora residencial con la consolidación de la carrera

¹¹ Castells, M., 1991: “El auge de la ciudad dual”. En *Alfoz* nº80 y Martínez Veiga, U., 1991: “Organización y percepción del espacio”, en Prat, Martínez, Contreras y Moreno (Eds.): *Antropología de los pueblos de España*. Madrid, Taurus, citado en Franzé, A., 2002: *Lo que Sabía no Valía. Escuela, Diversidad e Inmigración*. Madrid, Consejo Económico y Social (Comunidad de Madrid), pp. 71-76.

¹² Todos los nombres de informantes que aparecen en el texto son pseudónimos. Además, las expresiones entrecomilladas corresponden a frases o palabras literales enunciadas por dichos informantes. En las transcripciones literales de fragmentos de entrevista, las voces aparecerán distinguidas con la primera letra del nombre del informante (“Jaime” será “J”), salvo cuando se trate de mi voz, que irá precedida de una “E” de “Entrevistador”.

laboral. Se identifica con el estilo castizo y rememora los lugares. Afirma que de vez en cuando se daba paseos (en épocas no muy lejanas) por el Mercado de la Cebada y otros lugares que para ella ya no lo son. Habla de la soledad en su casa en relación al barrio donde pasó sus primeras décadas. Hace comentarios sobre los extranjeros como extrañamiento, pero parece que comprende que se trata de un proceso de adaptación y no lo vive como amenaza (Cuaderno de campo: conversación sobre su propia biografía con Maruja realizada el 16/03/2005).

El itinerario residencial de la familia a través de las generaciones, indica un siguiente paso en la periferización (mediante una línea centrífuga hacia el suroeste) al tener que buscar sus hijos viviendas cada vez más alejadas del centro de la ciudad según se iban incorporando al mercado inmobiliario: la trayectoria residencial familiar encuentra sus correspondencias con la evolución socio-material de Madrid en los últimos cincuenta años. Emmanuel Rodríguez López (2007b) identifica cuatro etapas en el desarrollo capitalista de Madrid acaecido en las últimas décadas. En una primera etapa, correspondiente al desarrollismo franquista, Madrid dejó de ser la mera capital administrativa para convertirse en la segunda ciudad industrial del Estado tras Barcelona. El sur de la capital concentró en buena medida la industria y empleó al 40% de la población trabajadora, gran parte de la misma formada por inmigrantes rurales que dieron lugar al enorme crecimiento de los barrios de la periferia. Una porción de la población que llegó a Carabanchel entre 1950 y 1970 se alojó en chabolas hasta que las condiciones precarias de existencia y la escasa dotación de infraestructuras pusieron en riesgo el orden social y político en pleno régimen franquista, dando lugar al Plan de Estabilización y a una política de vivienda social para transformar el paisaje de precariedad residencial que acechaba en las grandes ciudades¹³. El resultado de las intervenciones públicas fue la consolidación de los barrios obreros en la periferia. Además, a partir de la década de 1960, la transformación de los espacios del centro de la ciudad para dar lugar a las actividades terciarias en auge produjo una expulsión acentuada de población hacia barrios periféricos como Carabanchel. Esta población, desplazada como consecuencia de la especulación inmobiliaria y de los derribos y realojos producidos para renovar el interior de la ciudad y, así, dar cabida a las actividades comerciales y de gestión, se unió a la población directamente procedente de las áreas rurales que se instalaba en barrios como el que nos ocupa.

Una segunda etapa corresponde al estancamiento, tanto a nivel económico como demográfico, de la anterior fase expansionista. La crisis económica de la década de 1970 dio lugar al paro y a la reconversión industrial, que finalmente actuaron como factores desmovilizadores de las resistencias que habían crecido en un periodo de fuerte conflictividad

¹³ El Plan de Urgencia Social de 1957 se inspiró en unos postulados que priorizaban la delegación en el sector privado para cubrir el acceso a la vivienda y la propiedad como forma de acceso con el fin de des-proletarizar a este proletariado madrileño (Carmona Pascual y Rodríguez López, 2007).

sociopolítica. Los barrios periféricos se convirtieron en un hervidero político-cultural que entró en decadencia mediante una suerte de colonización del movimiento vecinal por parte de las lógicas institucionales y electorales, por un lado, y por la llegada de la heroína como “arma de destrucción masiva” de buena parte de una generación de jóvenes y de las relaciones vecinales de confianza, por otro. Carabanchel se consolida, al mismo tiempo, como distrito que aloja en vivienda pública y privada a familias de clase trabajadora, si bien en las décadas de 1970 y 1980 se realizan algunos desarrollos urbanísticos destinados a las clases medias profesionales.

La tercera etapa se corresponde con otro ciclo expansivo de la economía y el empleo en el que Madrid se “terciariza” y en el que se expanden los servicios públicos acordes con el “Estado del Bienestar” (educación, sanidad y servicios sociales). Esta etapa expansionista sentó las bases para un cuarto momento que Rodríguez López designa como el “Madrid global”. Madrid se ha erigido en los últimos años en una *global city* o nodo de comunicación y centro de mando en el flujo de capitales configurado por la globalización¹⁴. Entrando a formar parte de los espacios centrales que acumulan la toma de decisiones a nivel mundial gracias a la expansión del nuevo capitalismo corporativo español, la ciudad es actualmente la sede de algunas de las grandes transnacionales que en los últimos años han hecho grandes negocios¹⁵. La ubicación física de los centros de mando ha configurado un Madrid que ocupa una posición privilegiada en la nueva división internacional del trabajo y que ha mutado en una ciudad de servicios (Rodríguez López, 2007a).

Este proceso económico ha ido ligado a una renovación de la imagen de un Madrid que tiene que dar cabida a eventos de la *global class* (ferias y congresos), que debe transmitir una idea de grandeza (nuevos rascacielos) y que se postula como una gran capital cultural europea que acoge turismo internacional en su centro renovado y comercializado. Madrid ha entrado con fuerza en la competición por la atención mediática global y por la atracción de capitales en los últimos años. Sus intentos de ser ciudad olímpica (siguiendo la senda de Barcelona) se acompañan de una serie de intervenciones urbanas encaminadas a mostrar una imagen *moderna, culta y cosmopolita*. Para ello, recurre a grandes proyectos firmados por prestigiosas marcas de arquitectura en su intento de convertirse a sí misma en una *marca*. La ampliación del Museo Reina Sofía, la espectacularización mediática del Real Madrid o la mega-obra civil de la

¹⁴ Si algo caracteriza a este proceso acaecido dentro del capitalismo es la deslocalización y la automatización de los procesos productivos, la financiarización de la economía y la adopción de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación como elemento imprescindible de la dinámica económica.

¹⁵ Según el autor citado, podemos observar cómo algunas de estas grandes corporaciones tienen un origen público y son el resultado de la privatización del patrimonio estatal y de la flexibilización de las condiciones laborales y de movilidad de capitales a nivel global. Otras, sin embargo, son las grandes entidades financieras surgidas de la fusión de los bancos más importantes y de la expansión en los mercados liberalizados de, sobre todo, Latinoamérica.

remodelación de la autopista M-30, entran dentro de esta misma lógica consistente en la generación de capital privado a partir de esfuerzos públicos, por un lado, y en la creación de una imagen de marca de cara al exterior, por otro. La marca Madrid (“¡Madrid!”), que el ayuntamiento ha promovido, ha adoptado el color azul como seña que trata de introducir a la ciudad como cercana a un cielo imaginariamente “limpio”. Sobrevolándose, ¡Madrid! ha cambiado el color de sus autobuses, de la publicidad y documentación institucional y de sus nuevas infraestructuras: Madrid se ha ido azulando, recogiendo el “ochentero” lema “de Madrid al cielo” para adoptar una imagen que lo aleje del rojo de su cinturón periférico de ladrillo visto y de otros colores más cálidos. El grandioso, elevado, limpio y aséptico nuevo Madrid es azul.

Mientras tanto, en su interior se produce una dinámica socioeconómica de acrecentamiento de las desigualdades y de *periferización*. Tal y como apunta Emmanuel Rodríguez López (2007b), este aumento de las desigualdades no hay que buscarlo tanto en las diferencias salariales, como en otros factores de acumulación de capital y estructuradores de diferencias sociales en las sociedades contemporáneas, como son la posesión de patrimonios y activos financieros y la desprotección social a través del empobrecimiento de algunos recursos públicos y de la escasez relativa en las prestaciones ligadas al desempleo o los servicios sociales. De este modo, una nueva estructura social se configura en Madrid con la emergencia de una *global class* ocupada en las tareas de gestión del flujo de capitales (dirección, consultoría, etc.), el retroceso de los sectores medios ligados al empleo público con la creciente externalización de los servicios sociales, sanitarios, educativos, etc., y el crecimiento del nuevo *servo proletariado metropolitano*. Este proletariado de los servicios, empleado en la economía de los cuidados, de la construcción, de la hostelería, de la seguridad, del mantenimiento y limpieza o de los servicios administrativos de las empresas y el Estado, está atravesado por una creciente precarización en sus condiciones de vida y por una minorización social ligada a la etnización y feminización de la fuerza de trabajo. El Estado ha jugado un papel fundamental al servicio de los intereses de las corporaciones privadas. La privatización de los servicios públicos va ligada a la degradación de los mismos. Es así como su calidad se ha deteriorado, especializándose en la atención y gestión de la población más empobrecida, en su mayoría migrante, y generando la desertión de las clases medias autóctonas de su uso, lo cual implica una etnización y un consecuente aumento de las actitudes segregacionistas y securitarias. Esta degradación de los sistemas ligados al Estado del Bienestar supone una progresiva eliminación de las alternativas al empleo hiperprecario, lo cual ha supuesto finalmente condiciones laborales muy deterioradas (jornadas extensas y salarios minúsculos) en relación a necesidades como la vivienda. Por otro lado, la patrimonialización de las economías domésticas ha configurado un mapa social de

propietarios inmobiliarios frente a no propietarios como factor cada vez más relevante en las diferencias de clase.

En este contexto, pese a profundizarse las transformaciones urbanas que conducen al modelo post-fordista de *ciudad marca* que compite en el mercado mundial de las ciudades por una cuota de flujo de capital a través de la publicidad de su imagen y de sus símbolos (desde las zonas monumentales a los equipos de fútbol) (Verdú, 2003), Carabanchel no ha dejado de detentar su rol subalterno. La llegada de población inmigrante procedente de otros países ha provocado el retorno de situaciones de precariedad residencial que no se producían desde los años 50 y 60 (hacinamiento y subarriendo). El rápido crecimiento poblacional, junto con el agravamiento de la crónica infradotación de recursos educativos, sanitarios y de servicios sociales como consecuencia de la presión de la demanda, han dado lugar a una diferenciación entre la población recién llegada (no sólo inmigrante, también población realojada procedente de núcleos chabolistas cercanos a la ciudad) y aquella que ya había estabilizado su situación residencial en Carabanchel y se mueve entre distintos niveles del *servo proletariado*. Esta diferenciación tiene una especial manifestación en el consumo de servicios educativos privados por parte de la población autóctona (más autóctona que antes) y la ocupación de las plazas escolares públicas principalmente por los hijos de los inmigrantes, de las familias realojadas y de la bolsa de población precarizada por generaciones cuya fuerza de trabajo es empleada intermitentemente en el sector servicios y sobrevive con ínfimas ayudas públicas.

Por último, destacar el crecimiento y transformación de la morfología urbana con la construcción de un nuevo barrio al sur del distrito, el PAU de Carabanchel, que rellena el espacio no urbanizado que quedaba vacío hasta el cuarto cinturón de Madrid (itinerario de la autopista M-40) y sustituye con viviendas parte del tejido industrial que existía en esta zona. Este nuevo barrio responde a los criterios de construcción urbana imperantes en todo el área metropolitana de Madrid, consumiendo una ingente cantidad de suelo y recursos naturales¹⁶, recuperando la estructura de manzanas, facilitando la movilidad en transporte privado¹⁷ y promoviendo pautas segregadas de utilización del espacio (parques en los interiores de las manzanas). El efecto son espacios públicos gigantescos pero despoblados que, sin embargo, lejos de reactualizar el modelo de ciudad liberal del S. XIX, tal y como se podría deducir por la morfología urbana,

¹⁶ Entre 1993 y 2003, Madrid creció un 12% en su población, mientras que el suelo ocupado se incrementó un 47% (Laboratorio Urbano, 2007). Reduciendo la escala, en Carabanchel se ha producido un fenómeno proporcionalmente similar con la construcción del PAU, que más que aumentar población, incrementa el espacio urbanizado ocupado por el distrito.

¹⁷ El modelo edificatorio que se impone en los últimos años recupera los conceptos de la ciudad burguesa decimonónica: la calle corredor y el edificio en forma de manzana. Sin embargo, la escasa densidad poblacional debido al enorme consumo de suelo, promueve, a diferencia de la ciudad *hausmanniana*, una disociación de la ciudad (Laboratorio Urbano, 2007).

genera una ciudad y un barrio consumistas con multitud de islas separadas por grandes avenidas y espacios construidos pero socialmente vacíos.



Límite entre el barrio obrero construido entre las décadas de 1950 y 1970 y el PAU. A la izquierda de la imagen puede apreciarse uno de los característicos edificios de ladrillo visto rojo, mientras que a la derecha emerge uno de los sofisticados edificios de diseños innovadores del PAU.

El paisaje resultante es el de un barrio con una creciente fragmentación en su interior, en una ciudad también crecientemente fragmentada que no es sino la resonancia local de una realidad global en la que se incrementa la desigualdad escalonada en el marco del capitalismo postcolonial. Tras haberse consagrado como “barrio obrero” durante el proceso de crecimiento de la ciudad fordista entre las décadas de 1950 y 1970, Carabanchel ha ido adaptándose a las nuevas necesidades del sistema urbano en los últimos diez años, transformando parcialmente los usos de su suelo (de industrial o no edificable a comercial y residencial) y acogiendo, como ya he señalado, a nuevos pobladores procedentes de regiones periféricas del planeta. Estos nuevos pobladores, como encarnación simbólica de la reactualizada escasez del distrito, vienen a renovar la *perifericidad* de Carabanchel en Madrid. La *perifericidad* ocupa un papel en el imaginario como límite de la ciudad legítima, como amenaza que se cierne sobre aquel que se sale de dicha legitimidad: la *perifericidad* es el mal (barrio), el hábitat natural de la inseguridad. Vamos a detenernos en esta *perifericidad* de Carabanchel.

7.2. La *perifericidad* del barrio fordista: el *barrio culpable*

Si en el anterior apartado hemos abordado la variable histórico-temporal en la producción de Carabanchel, en el que sigue nos centraremos en la socio-espacial. El espacio y su valor social constituyen un elemento altamente relevante en la significación de sus habitantes¹⁸. Según Pierre Bourdieu (1999), la traducción en el espacio físico de las luchas de fuerzas y los consecuentes posicionamientos diferenciales de los agentes implicados, tiene un efecto de naturalización de las diferencias que deriva en un determinismo espacial. Pero, tanto el espacio físico como el social solamente pueden ser interpretados relacionándolos con otros espacios a la luz de las relaciones de dominación jugadas con los distintos capitales de los que gozan los agentes, lo cual tiene como resultado el establecimiento de *centros* y *periferias* relacionalmente construidas. Los lugares, como apuestas de luchas, pueden presentarse en forma de beneficios que, según Bourdieu, se traducen en *ganancias de localización* (situación en el espacio junto a agentes y bienes escasos y deseados, y posición elevada dentro de ese espacio) y *ganancias de ocupación* (la posesión de localizaciones de grandes dimensiones físicas, que permite mantener a distancia los elementos no deseados). El disfrute de estas ganancias va a venir dado por la posesión de los capitales económico, social o cultural que le den acceso, y va a tener un efecto reproductor sobre los propios capitales. Vivir en un lugar privilegiado procura mayores condiciones de posibilidad de encuentro con otras personas privilegiadas, con información privilegiada, de aprendizaje, en definitiva, del *habitus* privilegiado, a la vez que vivir alejado de lo desvalorizado va a permitir evitar ser asociado con ello. La construcción de espacios socialmente homogéneos en los que se trata de evitar a toda costa la promiscuidad con el fin de reproducir el orden social establecido, explica que los barrios populares asuman la carga de realojos masivos de población chabolista o los recursos sociosanitarios y penitenciarios no deseados, y que los barrios más favorecidos de antemano por la historia socioeconómica del lugar se vean nuevamente beneficiados por el tipo de inversiones que el Estado hace en ellos.

Las operaciones políticas de inclusión y exclusión, de centralización y periferización, podemos detectarlas en la construcción histórica de Carabanchel en el contexto de Madrid como un lugar socialmente *periférico* y atravesado por la *escasez*. Estos rasgos se manifiestan, por ejemplo, en la anexión de los *Carabancheles* (Alto y Bajo) a la capital a mitad del S. XX, pasando

¹⁸ Sin recurrir a un determinismo espacial que situaría a los lugares como elementos causales de las condiciones sociales que en él se dan, podemos afirmar que la dimensión espacial tiene un carácter tan fundamental como la temporal en la teoría social (Soja, 2008).

a depender más aún de un *centro*; en su designación, en la misma época, como lugar que acogerá una gran cárcel; o en la configuración, durante décadas, como un barrio de viviendas para las clases más desposeídas y relativamente infradotado de recursos públicos. Este tratamiento históricamente desventajoso de Carabanchel por parte de los poderes públicos, de acuerdo a las lógicas capitalistas de la forma de producir ciudad¹⁹, ha contribuido fuertemente a generar una imagen devaluada en relación al conjunto de la ciudad, imagen reforzada por la visión transmitida por otras agencias, como los medios de comunicación (que centran su atención, principalmente, en los “sucesos” y miserias del distrito) o los propios habitantes de Madrid (a los que el barrio les evoca, generalmente, imágenes negativas).

Podríamos afirmar que la *perifericidad* es la manifestación espacial de la alteridad. Lo periférico es siempre en relación a un centro: un límite constitutivo que se convierte al mismo tiempo en objeto de conquista y de perdición (Serret, 2004). Como lo femenino en el binario simbólico de sexo/género, como lo salvaje en la narrativa colonial, lo periférico cumple una función identitaria para el centro (lo que no es): es un contraste negativo para saber lo que no se quiere “ser”. Carabanchel y otros barrios juegan ese papel fundamental para entender Madrid. La historia oculta –no oficial- de la capital habita en barrios como Carabanchel, barrios opinados desde fuera y cuyas propias opiniones son silenciadas e invisibilizadas cuando son distintas a las hegemónicas.

La cárcel en el barrio culpable

Podemos comenzar a entrever las correspondencias entre la *perifericidad* y la inseguridad. La cárcel de Carabanchel fue la mayor responsable durante décadas de que el nombre del distrito se asociase a “delincuencia” o “peligro”. Su arquitectura de ladrillo rojo dando forma al panóptico radiocéntrico, guarda cierta continuidad formal con las viviendas obreras del barrio²⁰. Esta continuidad arquitectónica entre la cárcel de Carabanchel y el barrio que le rodeaba era el correlato de una continuidad social entre los presos y la población del distrito: miembros de las clases populares en ambos casos, unas en el lado del “bien” y otras en el del “mal”. La

¹⁹ David Harvey (1992) sugirió, partiendo de nociones marxistas, la idea de que lo urbano no sigue una dinámica propia, sino que es un reflejo de las relaciones de producción. Así, el urbanismo que dibuja la ciudad se rige por la creciente concentración de inversiones de capital fijo (industrias e infraestructuras), la creación de nuevas necesidades y demandas, y la circulación del plusvalor sobre la base de la apropiación y de la explotación, todo lo cual resulta, a modo de reproducción, funcional a la dinámica del capitalismo industrial en la que hay que encuadrar el crecimiento del barrio fordista de Carabanchel.

²⁰ Esta idea ha sido sugerida por Alfredo González-Ruibal, miembro del grupo de investigación “La cárcel de Carabanchel: un modelo de espacio para la represión” (Grupo de Investigación sobre Patrimonio y Culturas Populares, Instituto de Lengua, Literatura y Antropología-CSIC).

perifericidad material y simbólica del barrio –“del sur”, “al otro lado” del río Manzanares- quedaba enfatizada por esta pieza clave del franco-fordismo. Una vez liberados sus presos políticos en la Transición, dentro quedaron hacinados los presos sociales, protagonistas de los “sucesos” de los medios de comunicación y de las conversaciones que éstos generaban. Pero los muros de la prisión eran porosos: los rateros, quinquis, “presos comunes” que sobrepoblaron las celdas a partir de la Transición, eran “de barrio”, y en muchos casos, “del barrio”. Leyre²¹ se refería así a su entorno:

Mucha gente vivía cerca de la cárcel, dentro tenía a su familiar (...). Veías a alguien que no tenía muy buenas pintas y era familia del preso, que era una forma de verlo más...

Por otro lado, a partir de la década de 1980, el encierro arquitectónico se acompañó de un progresivo aislamiento mediático y social de los presos que contribuyó a extirparlos del cuerpo social. La heroína –dentro y fuera de la prisión- y sus usos discursivos, comenzaron a minar las relaciones vecinales al mismo tiempo que los “delincuentes” fueron extrayéndose de manera paulatina del propio universo vecinal. Para Francisca²², el hijo de Mari “ya” estaba perdido “por la droga”:

El chico ese Javier, que vive ahí a la vuelta, el hijo de Mari, con lo rico que era de pequeño (...), pues también se droga, y viene y amenaza a los vecinos. Pues su madre una perfecta persona, encantadora, que les ha tratado a los hijos tan cariñosamente, y a ese le dio por la droga y ya...



Vista del panóptico de la cárcel de Carabanchel. De fondo puede observarse el barrio de Carabanchel Alto (Buena Vista) y su continuidad arquitectónica con la prisión²³.

²¹ Leyre, 28 años: residía junto a la prisión.

²² Francisca, que rondaba los 80 años, vivía en la Colonia del Comercio.

²³ Imagen extraída de http://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Carcel_de_carabanchel.jpg

En el imaginario madrileño el “barrio-cárcel” englobaba a la prisión y al distrito en una unidad social que hacía de Carabanchel, en términos de Ariel Gravano (2003), un *barrio culpa*. El estigma de la cárcel ha connotado una identidad heteroconstruida y una reactiva necesidad de autoconstrucción de lo que es “ser de Carabanchel”²⁴. Pero el estigma carcelero y “barriobajero” connotó, además de una identidad inferiorizada, una reactiva necesidad de redefinir lo que era “ser de Carabanchel”. Se producían distintas estrategias de resignificación, como la de salirse del foco que estigmatiza (“yo a veces digo que vivo en Aluche”), la de valorizar la propia individualidad en medio de un ambiente difícil (ser “de clase media” en un “barrio obrero”), la de hacer del “lado malo” una virtud social (“Satánico y de Carabanchel”²⁵) o la de valorizar el propio entorno (el orgullo barrial militante). Los vecinos de Carabanchel conjugaban estas estrategias ante la renovación de las definiciones negativas mediante los relatos de los medios de comunicación referidos a los “sucesos”, así como los de los vecinos de dentro y fuera del distrito. En la cárcel y en la inseguridad a la que iba ligada –formando una unidad con el barrio– se condensaban la escasez y la *perifericidad* que dan lugar a la *interiorización* de Carabanchel.

²⁴ Pese a que la (in)seguridad sólo pueda ser comprendida bajo un marco social más amplio, algunas figuras (cuerpos, colectivos, lugares) juegan el rol de “chivo expiatorio” fundamental para naturalizar las diferencias sociales y ocultar la génesis de las violencias. En cierto modo, ya lo apuntó Foucault y la tradición de pensamiento libertario antirrepresivo: la cárcel cumplía esa función, pero en este caso, además, nos encontramos con que la vida de la cárcel está estrechamente ligada a la vida de un barrio, lo cual hace que éste (pero no sólo éste) se convierta en un objeto preferente de informaciones referidas a la inseguridad. Cada barrio periférico de cierta entidad tiene asociadas una serie de metáforas y de metonimias que lo *inferiorizan*. En el caso de Carabanchel, la cárcel funcionó durante décadas como sinécdoque generalizadora.

²⁵ Memorable frase emitida por Santiago Segura en la película *El día de la bestia* que condensa el discurso sobre la pertenencia al “lado malo” de la ciudad con el que siguen alardeando algunos adolescentes de los entornos más desposeídos del distrito.

7.3. Del *barrio culpable* al *barrio víctima*

Sin embargo, no podemos seguir pensando en la perifericidad como una fiel correspondencia entre lo social y lo espacial. Existen zonas periféricas habitadas por personas que ocupan lugares centrales de poder al mismo tiempo que ciertas áreas céntricas urbanas acumulan todos los síntomas de la *perifericidad* social. La ciudad, como el sistema-mundo, tiene una forma caleidoscópica que escapa de las formas duales (como norte *versus* sur) al mismo tiempo que continúan acentuándose las desigualdades sociales en forma de un extenso gradiente que también hace difícil hablar de dicotomías de clase. Las viejas divisiones urbanísticas producidas en la ciudad fordista, que atribuían al sur de Madrid las funciones de espacio industrial y residencial para la clase trabajadora, han ido transformándose en un modelo espacial fractal en el que las desigualdades sociales no desaparecen –incluso se profundizan-. Siguiendo a Edward Soja (2008: 375), a la hora de interpretar esta creciente desigualdad y su reflejo en la segregación urbana, las viejas dicotomías de clase deben ser complejizadas y abordadas a la luz de *nuevas metropolaridades* a partir de la etnia, el origen, el género, etc. Carabanchel, sin abandonar su posición subalterna, es hoy un barrio distante del estereotipo de barrio obrero, acumulando en su interior diferencias sedimentadas por los distintos procesos urbanos de cada época y presentando un paisaje social heterogéneo en el que coexisten los ya envejecidos migrantes rurales “autóctonos”, algunos de sus hijos (los que no han prosperado o los que habiéndolo hecho han ido a parar lugares como el PAU), los migrantes de las periferias del planeta y los jóvenes cosmopolitas universitarios o profesionales precarios.

En Madrid una parte de la población se ha ido convirtiendo progresivamente en la nueva perifericidad urbana independientemente del barrio en el que habite, como es el caso de la población “inmigrante”. Se trata de una periferia no excluida, sino *incluida diferencialmente* (Ávila y Malo, 2008), que está dentro, aunque en los márgenes. Un sistema de diferenciaciones sociales opera contra lo común en el Madrid contemporáneo: la población de las zonas periféricas del planeta, construida pertinazmente como otra, hace de barrios como Carabanchel un “barrio con muchos inmigrantes”. Más que describir un proceso demográfico, esta categorización señala al espacio como un barrio *alter-ado*. Si la inmigración va asociada hoy en día a inseguridad, ya no es necesaria una cárcel para construir el estigma. El inmigrante es “culpable” de haber modificado el barrio, de haberlo des-esencializado. “La heroína y sus yonquis”, “los gitanos y sus robos”, estaban dentro y fuera de la cárcel, pero todos pertenecían, al menos en origen, a Carabanchel (como “el hijo de Mari”), aportando identidad al barrio. Ya no

es el barrio el que encarna la *perifericidad*, sino una serie de (no)sujetos interiores sobre los cuales se deposita la carga de la perifericidad. Observamos entonces cómo la resignificación de la perifericidad va liberando tenuemente al concepto de “Carabanchel” de su culpabilidad (*barrio culpable*) y va introduciendo nuevos (no)sujetos culpables y periféricos (“extranjeros”), al tiempo que “los vecinos de aquí de toda la vida” –“del barrio”– se convierten en víctimas. Pero para los nuevos culpables se levantó en 2005 el nuevo dispositivo de encierro del barrio: el Centro de Internamiento de Extranjeros (CIE).

El CIE: Ikea por fuera, Guantánamo por dentro

El paso de la cárcel de Carabanchel –símbolo de la sociedad disciplinaria en su apoteosis fordista– al Centro de Internamiento de Extranjeros (CIE) de Aluche –símbolo de la arquitectura de la *sociedad de control* (De Giorgi, 2006)–, se da sobre el mismo suelo²⁶. Sin embargo, algo ha variado en sus formas: mientras que la cárcel era visible, aleccionadora, rotunda en su arquitectura, el CIE (pese a que se encuentra en los mismos terrenos) es nominalmente de Aluche –lo cual responde a una estrategia de desmemoria sobre la continuidad entre un espacio y otro– y no es visible como cárcel desde el exterior, siendo percibido, incluso, como un “Centro de Integración de Extranjeros” entre algunos vecinos que, además, se indignan por “el trato de favor que reciben en las ayudas sociales”. Su estetización arquitectónica, el hecho de que sea un “centro” y no una cárcel y que sea “usado” por población hipervisibilizada negativamente en el exterior e invisibilizada en su interior, hacen que no cuente con el mismo significado que la cárcel²⁷.

El CIE fue inaugurado en 2005 en una parte de los terrenos de la cárcel de Carabanchel. Las reivindicaciones vecinales durante años estuvieron centradas en la construcción de un hospital público para dar servicio a los habitantes de los distritos de Latina y Carabanchel. Sin embargo, los terrenos destinados por las autoridades para “finés sociales” tras el cierre de la

²⁶ Los inmensos terrenos de la cárcel han estado destinados en las últimas seis décadas a estas instituciones. Además de la cárcel y del CIE, otros espacios penitenciarios como dos centros de menores (denunciados como “cárceles de niños”) han tenido su ubicación en el mismo sitio.

²⁷ En el CIE ingresan personas procedentes de las periferias mundiales por el hecho de carecer de autorización de residencia y de tener abierta una orden de expulsión. No tener “papeles” es una falta administrativa, no un delito. Lo que para una persona autóctona o con papeles acarrea la sanción de una multa (como aparcar en doble fila el coche), para las personas sin papeles que ingresan en el CIE supone un internamiento que pasa, en su tope máximo, de 40 a 60 días con la reforma de la “ley de extranjería” aprobada en 2009. A la espera de una deportación (que rara vez se produce por el alto coste económico y la falta de convenios de extradición con muchos países) o de la salida en libertad (con una etiqueta legal que imposibilita conseguir el permiso de residencia y trabajo), el CIE no persigue “reorientar” las trayectorias vitales de los detenidos, sino transmitir un mensaje *neodisciplinario* diferencial para el conjunto de la población extranjera (que por su condición de migrante debe asumir que tiene menos derechos y que está en España de paso y por gracia de otros sujetos más poderosos).

prisión, han acabado dando lugar a una nueva comisaría de policía (que aglutina buena parte de los trámites de extranjería en Madrid y las colas de sus forzosos usuarios, produciendo una curiosa asociación entre inmigración y policía²⁸) y al citado CIE (cuya fachada y estructura, pintadas con “divertidos” colores, disimulan la actividad interior). Según denuncian distintos colectivos de defensa de los derechos humanos, de los trabajadores migrantes y de asociaciones vecinales, “parece un Ikea, pero es una cárcel”²⁹.



En la primera imagen puede apreciarse la fachada exterior del CIE vista desde la Av. de los Poblados. Observamos cómo los barrotos de las ventanas quedan disimulados por unas mamparas azules. Podemos observar, además, la eufemización del dispositivo carcelario con la introducción de elementos arquitectónicos extraídos de otros contextos, como una valla de madera que bien podría delimitar una ruta de senderismo en un parque natural. La imagen de la derecha corresponde a una vista de las oficinas de Trámites de Extranjería desde el acceso principal de la cárcel de Carabanchel justo antes de su demolición. El alegre cono con los colores de las selecciones deportivas españolas una vez más recontextualiza elementos estéticos para tapar aspectos “feos” de la gestión política.

En el informe *Voces desde y contra los Centros de Internamiento de Extranjeros*, se puede leer la siguiente descripción del edificio:

Si yo no supiera que es una cárcel, a lo mejor pensaba que era un instituto o algo parecido. Se lo he preguntado a un amigo enseñándole un par de fotos (él nunca ha visto el CIE de Aluche, así que como experimento...) y lo primero que me ha preguntado es si la cúpula multicolor y las casetitas de fuera eran provisionales porque estuvieran montando una fiesta. Después se ha fijado en las vallas y me ha dicho que tal vez fuera un correccional o una escuela o algo parecido. Lo de la fiesta me ha dejado perpleja,

²⁸ Tal y como me sugirió un abogado especializado en temas de inmigración que trabajaba para el Ayuntamiento de Madrid, estos trámites se habían realizado tradicionalmente en las oficinas de la calle General Pardiñas, en pleno Distrito de Salamanca, rodeadas de viviendas de lujo y vecinos de alto poder adquisitivo y, por ello, político. El desplazamiento de los trámites y las colas a este espacio “trasero” de la ciudad respondía a la necesidad de asociar la presencia de la población migrante a espacios con menor capital simbólico.

²⁹ Si Ikea es uno de los símbolos de la sociedad de consumo madrileña del primer decenio del siglo XXI, representando el empleo de mano de obra –deslocalizada e hiperexplotada en países empobrecidos y precaria en sus establecimientos madrileños– completamente invisibilizada bajo la estética “moderna” de la mercancía, así como el poder del individualismo, la domesticación de las energías y la construcción de identidades nacional-caseras (la “República Independiente de Mi Casa” era el mensaje publicitario de la transnacional sueca de mobiliario doméstico), el CIE guardaba para estos militantes algunas similitudes estéticas y, no por casualidad, simbólicas.

pero, claro, las casetas son igual que cuando montan el mercadillo medieval (Ferrocarriil Clandestino *et. al.*, 2009).

El CIE aparece ante los paseantes como un edificio con un tono amarillo pastel. Por contraste a la fachada de ladrillo rojo de las galerías de la vieja cárcel, que ostentaba de cara al exterior las rejas, en el CIE las ventanas poseen unas cubiertas metálicas abombadas de color azul (con pequeños agujeros que permiten que entre la luz pero no se pueda ver desde el exterior qué ocurre dentro) que se alejan del icono de los barrotes (éstos están detrás de las propias cubiertas) asociado con las prisiones. Además, en la zona de la oficina de trámites de extranjería, un “atrevido” y visible cono con los colores de la selección española de fútbol puede llegar a confundir este recinto con un centro comercial o de esparcimiento. Las cúpulas cónicas azules y blancas o el amarillo y el azul de su fachada no hacen pensar que ahí se encuentre uno de los regímenes de privación de libertad más duros de Europa, denunciado continuamente por distintas organizaciones por la práctica de malos tratos y por sus condiciones higiénico-sanitarias extremadamente deficientes. El teórico de la militarización del espacio urbano en EEUU, Mike Davis, ya detectaba una estrategia iniciada por las autoridades de Los Angeles en los años ochenta que hacía compatibles los intereses comerciales de la ciudad (salvaguardando la imagen) y los del aumento de las instituciones carcelarias (ante la creciente criminalización de diversos colectivos). El cambio de imagen de las prisiones (estetizadas con diseños de arquitectos de prestigio que incorporaban elementos propios de otro tipo de edificios, como salas de recepción de estilo hotelero, colores pasteles, etc.) permitía aplacar las actitudes NIMBY³⁰ y reorientar la visión sobre estos edificios (*bastillas postmodernas*) (Davis, 1992).



Imagen del control de acceso a las oficinas de extranjería y la comisaría del distrito de Latina con la cúpula de la cárcel a punto de ser derribada.

³⁰ En inglés “not in my back-yard”.

La estetización de las prácticas penales supone un uso del lenguaje cargado de eufemismos. En la siguiente noticia, podemos observar la complicidad entre medios e instituciones en el vocabulario empleado. El “centro” (como un centro cultural, un centro comercial) es de “internamiento” (no de detención o encarcelamiento) y en el mismo se “alberga” (como si fuesen acogidas) a 240 personas. Las oficinas de trámites de extranjería dan servicio a “1.000 usuarios al día” –como si de una cuestión voluntaria y de gusto se tratase- para hacer los complicados y caros trámites burocráticos que dan lugar a obtener algunos derechos de ciudadanía:

El Ministerio del Interior cuenta desde hoy en los terrenos del hospital penitenciario de la antigua cárcel de Carabanchel con un Centro de Internamiento de Extranjeros (CIE) que podrá albergar a 240 personas, lo que cuadruplica la capacidad actual de las instalaciones de este tipo que existen en Madrid, y estará preparado para que 550 funcionarios gestionen los trámites burocráticos de 1.000 usuarios al día (...).

Camacho y Méndez, que recorrieron las instalaciones tras pronunciar un breve discurso en el vestíbulo del edificio, destacaron que el Centro de Internamiento de Extranjeros contará, por primera vez en España, con dos módulos familiares con baño y cocina, mientras que el resto del espacio se organizará en estancias preparadas para entre cuatro y seis personas, todas ellas habilitadas con servicio.

Las reformadas instalaciones del hospital penitenciario, que ha ampliado su superficie en 1.769 metros cuadrados, también albergarán, entre otras dependencias, dos patios por los que podrán pasear los internos, dos comedores, una capilla multiconfesional, una sala de locutorio, una lavandería y una cafetería. “Es un edificio ecológico, con una cubierta que se levanta y se baja y que recuerda que la palabra policía significa transparencia”, explicó Adolfo Morán, el arquitecto que ha diseñado el edificio.³¹

Como se puede observar en la noticia, más que ante una cárcel estamos ante la inauguración de un balneario en el que los internos dispondrán de distintos servicios, contando incluso con “dos patios por los que podrán pasear”³². Aunque la puesta de sol no se puede atisbar en el interior de esos patios, sus internos pueden sentirse satisfechos de encontrarse en un edificio “ecológico” y en una institución “transparente”³³.

La coincidencia en el mismo edificio del CIE de la comisaría del distrito de Latina y de las oficinas de trámites de extranjería produce una asociación continua entre inseguridad y

³¹ <http://www.lukor.com/not-esp/nacional/0506/28124450.htm> (noticia proporcionada por Europa Press el 28/06/2005).

³² Las rejas del CIE, enmascaradas con coberturas azules, pueden observarse fácilmente desde el exterior cuando es de noche y las luces interiores están encendidas. La cubierta “de quita y pon” del techo, símbolo de la “transparencia” según el arquitecto, constituirá un simple discurso eufemístico alejado de la realidad práctica de los “ciudadanos” y vecinos del barrio, que no tienen oportunidad –al contrario que la policía- de divisar la ciudad desde un helicóptero.

³³ Lo “ecológico” se asocia a “limpieza”, “natural”. Las instituciones y entidades que más riesgo corren de ser consideradas “sucias” y “opacas” recurren a su utilización publicitaria. Asimismo, son los gobiernos socialdemócratas aquellos que bajo el régimen neoliberal pueden permitirse –al contrario que los de la derecha más explícita- desarrollar las políticas más represivas sin ser acusados de “fascistas”. Lo que algunas organizaciones han denominado “guantánamos europeos” son obra, en el caso español, de un gobierno socialdemócrata cuyo electorado, al menos una parte, no podría ver, saber o querer saber lo que se denuncia que ocurre en el CIE.

migración. Algunas personas de origen autóctono han manifestado al hablar de este espacio su extrañeza ante las enormes colas y la sobrepresencia de personas extranjeras y de policías. En una ocasión, mostrando una foto del CIE, expliqué a unas mujeres octogenarias, Paula y Marcelina, que se trataba de un lugar en el que se internaba a personas inmigrantes “en situación irregular”. Tras un silencio, Paula aseveró: “pues ahí debe haber mucha gente, porque anda que no ha entrado gente en España sin papeles”. La normalización de estas medidas excepcionales, que encuentran continuidad con las políticas de control de la propia dictadura franquista que vivieron las personas más mayores, se hace posible gracias a la continua criminalización de la inmigración en el estado de opinión y la rebaja de los cuerpos de los migrantes a *nuda vida*³⁴.

Las únicas personas autóctonas que pasan por este espacio son los propios policías y quienes acuden a la comisaría de policía a interponer una denuncia. Al llegar, lo que encontrarán será un enorme dispositivo de seguridad y enormes filas de personas migrantes. Por su parte, quienes ocupan estas largas filas tendrán ante sí el CIE, el cual trabajará como recordatorio continuo del comportamiento a seguir en España (“allí donde fueras haz lo que vieras” es un refrán que se ha reactualizado a la hora de opinar sobre la “integración” de los inmigrantes). El significado diferencial del dispositivo de encierro del barrio está indicando una jerarquización social que opera en las relaciones vecinales. Las agresiones que se producen en el interior del CIE, las filas ordenadoras de cuerpos formadas desde la noche anterior en las oficinas de trámites de extranjería, el sinuoso y caro trámite burocrático, las enormes esperas, el trato “duro” de algunos policías, etc., conforman en su conjunto una forma de neodisciplinarismo que transmite el mensaje de que la tarjeta de residencia es un don costoso para la sociedad española al que se debe corresponder con sobreesfuerzos y con una extraordinaria autocontención en el futuro. Se trata de una suerte de itinerario de ritos de paso burocráticos en los que se avanza lentamente en grados de reconocimiento de derechos mínimos.

El sobreesfuerzo reactualiza el disciplinamiento entre una porción de la población migrante que acaba incorporando esa asociación entre migración e inseguridad como una faceta más en la adquisición de las condiciones subjetivas de ciudadanía: ser ciudadano implica suscribir individualmente discursos hegemónicos, aunque éstos vayan contra los propios intereses a nivel colectivo (“ha entrado demasiada gente” o “muchos vienen a portarse mal” son fragmentos de discursos que he escuchado en conversaciones informales entre personas

³⁴ El Ministerio del Interior es el que gestiona los asuntos migratorios y los de “seguridad ciudadana” al mismo tiempo, confundiendo cada vez más en el mismo objeto con las políticas de controles sistemáticos de identidad en el espacio público.

migrantes). Pero por otro lado, quienes se encuentren en situación más vulnerable, serán objeto de vigilancia y control sistemático. Podemos observar la continuidad con los propósitos de la cárcel de Carabanchel, a saber, la lógica disciplinaria para la población que está fuera, sólo que en el caso del CIE, los “españoles” no deben darse por aludidos. Por otro lado, aparte de la lógica disciplinaria, el CIE materializa la lógica securitaria de control social preventivo en el sentido de que funciona como dispositivo de apoyo a las políticas de gestión de poblaciones³⁵. La fuerte introducción de las categorías nacionales en esta gestión, en función de los países con los que hay convenio, de aquellos a los que es más barato deportar, etc., acabarán condicionando la fijación de la policía por algunos colectivos en especial, el trato diferencial según nacionalidades y fenotipos y la extensión de un racismo social de génesis institucional. Es así como el CIE parece lanzar otro mensaje para quienes han tenido experiencia directa o indirecta de su funcionamiento. En una conversación en mi rol de trabajador social sugerí a una mujer boliviana que fuese a las oficinas de extranjería contiguas para pedir la cita para “meter los papeles por arraigo”: su respuesta fue un “¡No!” largo, acompañado de una movilización corporal y una sonrisa que querían significar que estar tan cerca de ese espacio sin tener papeles era una actividad de alto riesgo.

¿Pero qué ocurre dentro del CIE para que tenga un efecto diferencial de terror en el exterior? El CIE abre un espacio “de excepción” que permite tomar medidas extraordinarias que suspenden el propio derecho para hacer factible su supervivencia (Agamben, 2004). El estricto control de visitas –mucho más duro que en cualquier prisión del régimen penitenciario “normal”- hace que la transparencia a la que aludían el arquitecto y el Ministerio del Interior sea fácilmente cuestionable. Los escasos miembros de organizaciones sociales que han podido entrar en el CIE han denunciado los malos tratos o la violación de derechos básicos, como la asistencia médica.

³⁵ El migrante -como sujeto sobre el que se cruza la crisis de la opulencia y la crisis identitaria del Estado nación- constituye un creciente objeto de intervención securitaria sobre el que se ensayan técnicas de gestión del excedente que en cualquier momento se pueden extender a otros sectores. En *El gobierno de la excedencia. Postfordismo y control de la multitud* (2006), De Giorgi examina la *sociedad de control*. Los postulados penales de la sociedad disciplinaria buscaban un *saber/poder* sobre el cuerpo del individuo, pero la sociedad de control se basa en un *no saber/poder*. Tal y como señalan José Ángel Brandáriz y Patricia Faraldo en la introducción al libro de De Giorgi, éste insiste en la pérdida de interés de los poderes en conocer al reo para cambiarle: de la disciplina de la *carencia* (de fuerza de trabajo) se pasa al control de la *excedencia*. El excedente de la sociedad postfordista no debe ser modificado porque en realidad sobra. Las políticas de control ya no se focalizan sobre individuos, sino sobre sujetos colectivos en su totalidad. Así es como el sujeto árabe o el colectivo migrante pasan a ser en Occidente objetos de control a mantener a raya mediante tecnologías de vigilancia extendidas -fuera de las instituciones de encierro- por toda la ciudad. Asumido el excedente y el fracaso de las políticas de reinserción, lo que se pone en marcha es un modelo actuarial aplicado a la gestión securitaria de poblaciones que no persigue reducir el riesgo, sino redistribuirlo. No obstante, si la población migrante se encuentra en ciudades como Madrid es porque su fuerza de trabajo devaluada ofrece un mayor margen de plusvalía. El propio De Giorgi reconoce cierta lógica *neodisciplinaria* que afecta a esta población necesaria para la profundización en la extracción de beneficio en los sectores tradicionales industriales, en la construcción y en las economías inmateriales emergentes (entre las que destaca la de la extracción de plusvalía de la vida cotidiana mediante la economía de los cuidados).

Además, muchas personas que han salido del CIE han puesto en conocimiento de dichas organizaciones lo que se pretende negar e invisibilizar desde la institución de la policía y el ministerio. En un foro público celebrado en el Colegio de Abogados de Madrid, los miembros de estas organizaciones cuestionaron al director del CIE sobre la sistemática violación de los Derechos Humanos que se producía en su interior y éste, que no esperaba esa indeseable pregunta y que había comenzado su alocución presentando con un tono benevolente el espacio que dirigía, acabó por transmitir –en tono considerado “de amenaza” por parte uno de los destinatarios³⁶–: “van por el mal camino, han elegido el camino equivocado, y eso no es bueno para nadie, ni para vosotros, ni tampoco para quienes están detenidos”.

Además de las organizaciones de Derechos Humanos y de defensa de derechos sociales generalizados, las asociaciones vecinales de Carabanchel y Aluche denuncian la existencia de este espacio de excepción en la intersección entre sus barrios. Una de las estrategias de comunicación elegidas por todas estas organizaciones es la de poner voz a las experiencias de las personas afectadas. En su web, una de estas organizaciones publicaba un relato en primera persona por parte de una mujer detenida en el CIE:

Estuve el año pasado 39 días. Me llevaron a las 11 de la noche a un lugar lleno de rejas, con cámaras. Cuando llegué había mujeres en el suelo con colchonetas. No había camas, ya que no cabían para todas. Pedí, por favor, llamar por teléfono y me dijeron que no se podía usar el teléfono. Yo tenía que avisar a mi hermano que me habían traído a este lugar (...).

Abusos sí hay, había chicas que trabajaban en la prostitución y los policías las llamaban y ellas se iban con ellos, no se a dónde, luego volvían (...). He visto cómo el director pegaba a un chico y yo, impotente, sin querer, me salió el decirle que así no debía ser la ley, ¿por qué le pegan? Estuve un día entero encerrada en una celda (...).

En la parte de las chicas está el calabozo de los chicos. Por eso nosotras escuchábamos cómo les pegaban. Escuchábamos sus gritos. Era tremendo, era para volverse loca³⁷.

En este relato podemos apreciar cuál es la tecnología aplicada a los cuerpos. Se trata de una anatomopolítica que no persigue tanto la corrección disciplinaria como la imposición de un poder soberano como medio para un fin biopolítico. La violencia física, la negligencia en las condiciones higiénico-sanitarias³⁸, el control sobre el cuerpo del reo, etc., conforman un conjunto

³⁶ Quien me contó lo sucedido en dicho foro es un miembro de un colectivo del barrio que ha denunciado continuamente la violación sistemática de derechos básicos en el CIE.

³⁷ <http://www.avaluche.com/spip.php?article488>

³⁸ Este maltrato en forma de condiciones higiénico-sanitarias deficientes para los internos contrasta con una anécdota acaecida a finales de 2009, cuando un brote de “Gripe A” fue el pretexto para decretar el aislamiento de los internos, sin poder, ni siquiera, hablar por teléfono (probablemente por riesgo de “contagio informativo”). Por otro lado, los policías llevaban mascarillas (pese a que quienes las deberían llevar eran quienes estaban infectados). En el contexto de esta institución tan cerrada, tan “total”, y con sus miembros tan polarizados, el imaginario policial puede convertirse fácilmente en paranoia.

de prácticas que no pueden ser visibilizadas en un Estado democrático. Se trata, por lo tanto, de un espacio creado para el castigo de la otredad en cada momento histórico: el represaliado político durante el franquismo, “delincuente común”, “toxicómano”, “ratero” o “traficante” durante el postfranquismo y “el inmigrante ilegal” en los últimos años. También en el CIE, como en la vieja cárcel, existe cierta porosidad que permite a los internos establecer comunicación con algunos familiares mediante la elevación de su voz, transgrediendo así uno de los propósitos mayores de la técnica carcelaria: la segregación espacial y la incomunicación. Hay, pues, una continuidad en el uso de este sitio, si bien el CIE, al ser invisible, no conforma un estigma para el barrio. Más arriba nos referimos a cómo el barrio era un estigma en sí asociado a la cárcel, pero en la *sociedad de control*, es un no-sujeto colectivo, “los inmigrantes”, quien carga con el peso de la culpa. El barrio de Carabanchel expía su culpa y queda liberado de la asociación con la prisión. Al mismo tiempo, el espacio penitenciario deja de ser una “cárcel” para pasar a ser un “centro de internamiento”, dejando de pertenecer, al mismo tiempo, a ese barrio (ahora el CIE es de Aluche). El CIE separa a los culpables del barrio víctima.

7.4. Habitando el barrio víctima

Carabanchel ha vivido transformaciones estéticas en los últimos años que afectan a la escena urbana del viejo barrio fordista y se manifiestan, muy especialmente, en el surgimiento del PAU. Al mismo tiempo que las operaciones de embellecimiento permiten a los poderes mejorar el control sobre el espacio público, el vecindario –incluido el movimiento vecinal– suele aplaudir estas transformaciones por el mensaje de “dignificación” que transmiten –dotando a los proyectos individuales de ascenso social de elementos para la diferenciación–. La ciudadanía (de bien) se representa en términos de superioridad con respecto a la nueva población migrante y constituye un pilar clientelar fundamental para el dispositivo securitario. Si más arriba he hablado de disciplinamiento –para quienes pretenden ingresar en la ciudadanía– y de control –para quienes no tienen posibilidades de hacerlo–, en este apartado me centraré en el autocontrol, que es el que afecta principalmente a los “ciudadanos de bien”. El PAU e Islazul, como realidades materiales y como símbolos, serán su sede, pero antes efectuaré un breve recorrido por las transformaciones del viejo Carabanchel.

Estetización e individualización para diferenciarse en el viejo Carabanchel

A través de las intervenciones de los poderes económicos y políticos se ha ido introduciendo una nueva lógica que puede interpretarse como una suerte de estetización urbana con efectos segregadores que profundiza la vieja lógica higienista. Por un lado, la construcción de nuevas viviendas para rentas más altas que la media del barrio, rellenando los huecos no edificadas o sustituyendo los viejos edificios residenciales e industriales como consecuencia de las dinámicas especulativas, ha dado lugar al arribo al mismo corazón del “barrio obrero” de “singulares” habitantes y viviendas con piscina, pista de pádel y estilos de vida propios del nuevo Madrid consumista y estetizado. Por otro, la Administración ha seguido una línea de combate a “lo feo” y “lo viejo”: si la lógica de las políticas de espectacularización y ennoblecimiento en el centro de la ciudad es la de la transformación de lo antiguo para resignificarlo y revalorizarlo económicamente, en barrios populares, como el casco viejo de Carabanchel, lo antiguo sobra, ni siquiera es revalorizable³⁹. La estetización aquí no consiste en la refuncionalización de los viejos

³⁹ Carabanchel no se ha visto, de momento, sometido a los procesos de *gentrificación* del centro de Madrid. Únicamente una zona de viejas viviendas unifamiliares obreras construidas cinco décadas atrás (inspiradas en un modelo rural de vivienda), el Tercio Terol, está viéndose renovado en cuanto al capital de sus habitantes con la llegada de jóvenes pertenecientes al mundo del teatro y la televisión, dando lugar a lo que uno de ellos designó en un programa de televisión como “Beberly Urgel”.

edificios, sino en su destrucción y sustitución. Con estas actuaciones se borra la memoria popular de los restos pre-fordistas y fordistas, lo cual quedó de manifiesto en el apresurado derribo de la cárcel en 2008. Las políticas de ciudad en Carabanchel muestran continuamente un deseo por dejar de parecer lo que era (“obrero”, “con cárcel”, etc.). Así lo expresaba el concejal del distrito en una entrevista en prensa en la que le consultaban por la iniciativa de algunos vecinos de construir un recinto por la memoria histórica en la antigua prisión:

Mal, porque eso no ayuda a resolver los problemas de los vecinos, ni tampoco a ir suprimiendo las carencias y necesidades del distrito. Más bien con ese centro perderíamos unas parcelas muy importantes para el futuro de Carabanchel.⁴⁰

La regla general es la renovación estética discontinua con su pasado, acorde con los intereses de los habitantes que se piensan en términos de “clase media”. Pero si en algo se manifiesta la nueva gestión urbanística es en la construcción de espacios públicos controlables. Aparte de la prevención situacional presente en las reformas de plazas como la de Oporto (en la que prima el hormigón, la iluminación o la dificultad para permanecer en ella), en los parques se ha llevado a cabo una homogeneización que combate los restos de vida orgánica y toda expresión de espontaneidad no mediada por los poderes (desde las hojas caídas a los “botellones”⁴¹). Así es como en parques como el de la calle Muñoz Grandes se ha producido un embellecimiento (una fuente) y se ha acotado el espacio de juego infantil con mobiliario urbano *ad hoc*. Esta medida, favorecedora de la recuperación de estos espacios públicos por parte de las familias con niños pequeños, ha supuesto, sin embargo, una forma de delimitar quién es legítimo y quién no en esos lugares. Mientras conversan los adultos, los niños pueden jugar en la zona de columpios acotada entre vallas de madera. Este dentro/fuera de las coloridas vallas excluye de su uso a otras personas, como los grupos de adolescentes⁴². Según mi observación, los parques más visibles del distrito son disfrutados fundamentalmente actuando roles de

⁴⁰ <http://www.madriario.es/carlos-izquierdo/377/chat.html>

⁴¹ Los restos orgánicos, como las hojas de los árboles caídas en el otoño, o los restos orgánicos de vida social, como los encuentros espontáneos o autogestionados entre adolescentes, deben ser recogidos (los servicios de higiene municipales se apresuran a dejar el asfalto limpio de materia natural y espontánea) o asimilados (como el programa “La noche más joven” dirigido a adolescentes y jóvenes para integrar su ocio en un recinto controlable y dirigido).

⁴² Con este tipo de zonas se impide la promiscuidad: los niños quedan a salvo de la interacción con otros niños más mayores, adolescentes, jóvenes, esto es, fuentes de malas enseñanzas. La pediatría, la pedagogía y la psicología del desarrollo se han empeñado en delimitar las capacidades y posibilidades de los niños a cada edad con el fin de delimitar lo que es “adecuado” y lo que no en cada momento para un “óptimo desarrollo” (“parque infantil de 0 a 6 años”). Se objetivan así una serie de prescripciones morales asociadas a determinados tipos sociales. Por eso ni el juego ni la crianza de los niños ya son dejadas a la espontaneidad, sino que los expertos y los medios de comunicación (y el mercado y el Estado) entran a intervenir más aún en la vida social, conquistando y regulando áreas vitales nuevas. Todo lo que esté fuera de esa regulación es sinónimo de inseguridad, alteridad, extrañeza. Cada vez más, los niños interactúan en espacios fuertemente planificados desde arriba y bajo la vigilancia de los padres.

parentesco (hijos, padres, abuelos) en detrimento de otros, como los de amistad (aunque los niños y los adultos se sociabilizan en el parque, estas relaciones rara vez trascienden ese cronotopo). El descubrimiento espontáneo y colectivo del espacio público que realizaban los niños del barrio fordista es algo cada vez más atípico en Carabanchel: hoy, más que nunca, señalar que un niño “está todo el día en la calle” y sin sus padres es un acto de estigmatización.



En la primera imagen se puede apreciar la intervención sobre un espacio con el fin de delimitar las actividades infantiles. En la segunda, los adultos ocupan el espacio asignado por el planificador divisando la actividad infantil.

El combate a la espontaneidad –a lo no planificado desde un *lugar* de poder- se traduce en acciones muy diversas. Así es como se le negaban las salas de un “Centro Juvenil” a un colectivo de jóvenes arraigado en Carabanchel Alto y se le concedía una licencia de gestión del propio centro a una empresa privada (que sobra decir, no tenía ninguna vinculación con el entorno). En otras ocasiones, los tradicionales carnavales en forma de pasacalles organizados por una asociación de vecinos eran prohibidos, o el “día de la bicicleta”, igualmente gestionado por colectivos del barrio, quedaba reducido a un recorrido legalizado de 600 metros⁴³. A través de la regulación normativa de nuevas áreas de la vida cotidiana y la subcontratación de empresas privadas que gestionan el nuevo objeto, aparecen el Estado y la generación de negocio donde había autoorganización vecinal. Se puede afirmar que el objeto de las políticas de ciudad es la progresiva *desresponsabilización* de las personas con su entorno y la *sobrerresponsabilización* de los expertos. Esto se produce a través de la mediatización y la burocratización ligadas a las operaciones de higienización y estetización. Estas formas de profundización de la re-presentación constituyen políticas contra el cuerpo, o al menos contra el contacto corp-oral en roles relativamente igualitarios: contra el hecho de estar juntos, del sentido de lo común.

⁴³ La participación ciudadana, sin embargo, se realiza a través de una consulta popular titulada “Carabanchel participa” en la que los vecinos podían opinar sobre las actuaciones municipales, esto es, sobre lo que la Administración quiere que se opine planteando los temas *a priori*.

Las autoridades reconocen al ciudadano consumidor (de productos, de votos, de imágenes, de discursos) y, cada vez más, víctima (de inseguridad ciudadana, de ruidos, de olores o de vida social en general). Actuando esa posición legitimada de víctima, se puede ejercer un cierto control activo informal sin escapar de la posición desresponsabilizada, ya que se cuenta con el respaldo de la autoridad que vela por la norma legal o simplemente moral. En una ocasión pude asistir a un conflicto entre los miembros de la Casa del Barrio⁴⁴ y una mujer que vivía sobre el mismo espacio, la cual había escrito un correo electrónico en el que expresaba su malestar por los ruidos. La asamblea del espacio cultural en cuestión decidió, a raíz de esa misiva, enviar una convocatoria a todos los vecinos de viviendas cercanas para, según sus palabras, explicarles en qué consistía “el proyecto”, “invitarles a participar” y abordar las “posibles molestias” que se pudieran haber producido. El resultado fue que ningún vecino acudió a dicho encuentro ni excusó su ausencia. Lo más llamativo, quizás, es que tampoco lo hiciera la mujer que había escrito su queja electrónica (residiendo, según decía, justo arriba del espacio). Dicha vecina envió, sin embargo, un segundo correo electrónico la noche siguiente quejándose nuevamente de los ruidos y de “la burla” que había supuesto que se la convocara a una reunión. La carta, redactada de manera muy afinada y cuidada, señalaba: “cuando hayáis resuelto esto [los problemas de ruido] me llamáis”. Para esta vecina parecía preferible el uso de Internet para expresar contenidos antes que la co-presencia espacio-temporal. La desresponsabilización expresada en la queja, que no se pone a prueba, parece indicar más un enfado con quien rompe las reglas del juego de la mediatización que con el ruido. Esta mujer, residente junto a una carretera por la que pasaban multitud de coches y autobuses a diario y a todas horas, se quejaba del ruido producido hasta la media noche en un local gestionado por vecinos. El ruido se manifestaba más probablemente en forma de desidentificación social que de decibelios. Al ser interpelada y convocada se sintió profundamente cuestionada, por lo que respondió con cierta hostilidad por la vía que más podía afectar a los autores de la invitación: señalándoles sus incoherencias (“si vosotros queréis derechos, que sepáis que el mío es el descanso, el derecho a estar tranquila en mi casa con mi familia”). Apelando a sus derechos individuales –liberales– señaló que ella estaba en el lado bueno, el de la norma: lo individual y familiar está por encima de lo colectivo en la escala de valores hegemónica. El derecho a una vida privada, en familia, a “lo normal”, tal y como señaló, no es negociable y está protegido por los poderes⁴⁵. La postura

⁴⁴ Espacio social autogestionado por organizaciones sociales y vecinales muy heterogéneas.

⁴⁵ Todo ocurre como si existiese el convencimiento cultural generalizado de que la presencia corporal es violenta. Por eso los policías, los trabajadores sociales, los psicólogos, los abogados, las compañías de seguros, los juzgados y toda una multitud de expertos, son los sujetos *sobrerresponsabilizados* de gestionar la comunicación de los *desresponsabilizados*: interviniendo en la resolución de los conflictos, pero al mismo tiempo abonándolos. El

de la vecina muestra cómo la agencialidad en la construcción de un espacio barrial individualizado y controlable no se encuentra únicamente en los poderes políticos (ayuntamiento) o económicos (sector inmobiliario): desde su punto de vista, la acción colectiva desde abajo era ruido, y como tal era objeto de su control y sanción, sabiendo que contaría con el respaldo de las autoridades en forma de, si no de sanciones, al menos de visitas de agentes de policía municipal al espacio social con su consecuente efecto de estigmatización.

El rechazo a la sociabilidad fuera de los cauces familiares e institucionales tiene su reflejo también en las “mejoras estéticas” que algunas comunidades de vecinos han ido efectuando en sus fincas, las cuales nos indican que la producción del dispositivo securitario no tiene como fuente exclusiva los lugares de poder. Las más llamativas son la interposición de nuevas puertas de acceso en los portales (con rejas o con doble puerta) o el cercamiento de las comunidades para impedir su uso por parte de personas no propietarias.



La imagen de la izquierda corresponde a un cercamiento reciente en un bloque en el barrio de Puerta Bonita, imitando el modelo seguido en barrios como el PAU, a donde pertenece la segunda imagen.

Estas vallas proporcionan símbolos de distinción que imitan los cercamientos de las fincas de habitantes de mayor *standing*⁴⁶. Además de levantar las vallas alrededor de las fincas frente a los intrusos, algunas comunidades han optado por remozar la fachada tapando el ladrillo visto propio del barrio obrero (y de su cárcel). La sensación de cese de la escasez en los años expansivos del ciclo económico, junto con los signos estéticos de distinción, producirán efectos

miedo a hablar en público, la timidez incorporada, el temor a mostrar la voz, a dar la cara, es el resultado de una cultura de la *desresponsabilización* incorporada que, aunque nada novedosa, se reactualiza a través de la profundización de la mediatización capitalizada (la cual se sirve de la escritura y la imagen como códigos de comunicación).

⁴⁶ Si bien, en ocasiones recurren a graffiteros para garantizar un decorado original que sea respetado por los otros graffiteros, apropiándose, así, de los códigos de comportamiento de la contracultura urbana.

diferenciadores sobre sus habitantes además de la revalorización económica de los inmuebles. Su ascenso relativo debe ser protegido.



En la primera imagen puede apreciarse cómo los vecinos del bloque situado a la derecha han “mejorado” la fachada tapando el ladrillo visto que pervive en el bloque aledaño. En la segunda fotografía podemos observar cómo los valores de la estetización, cómo símbolo de diferenciación social, avanzan en forma de nuevo mercado incluso en el viejo barrio fordista, si bien influidos por los símbolos que ha hecho aterrizar en el distrito el PAU: en la tercera imagen, tomada a menos de 50 metros de las dos anteriores, un negocio de seguridad privada en un bloque del barrio fordista, pero junto a otro nuevo del PAU, indica la correlación entre estetización diferenciadora y dispositivo securitario.

Ciudad contra el cuerpo; política contra la responsabilidad. La condición de ciudadanía en el barrio se va asemejando al hecho de huir de la co-presencia, de establecer escaso contacto corporal y de acudir a los poderes (Estado, mercado, expertos) para resolver los conflictos. Observamos cómo el *dispositivo securitario*, de la mano de las operaciones estéticas de la cultura consumista y de la *deseresponsabilización* generalizada, consigue realizar un efecto de gobierno fundamental: la segregación social en forma de separación de cuerpos.

PAU: hiperbarrio y autogueto

En el borde sur del distrito, en la zona no urbanizada o de uso industrial que separaba el barrio fordista de los municipios del segundo cinturón obrero (Alcorcón, Leganés, Getafe, etc.), se ha erigido en los últimos años un nuevo barrio, el PAU de Carabanchel. Pese a que el PAU posee en su interior distintas promociones de vivienda pública, subvencionada o cooperativa, en su suelo predomina la vivienda de promoción privada. Se trata de la mejor encarnación en Carabanchel de una tercera fase en la construcción del distrito que tras las décadas fordistas y la construcción de vivienda pública en forma de realojo (cuyo resultado fueron los barrios guetificados de Pan Bendito y Camino Alto de San Isidro), es el reflejo del Madrid del neoliberalismo y de los nuevos valores que lleva adheridos, como los de la cultura securitaria. La manzana cerrada, el autogueto –como forma residencial del autocontrol- puede estar

permitiendo a los nuevos vecinos vivir en la ilusión de la ausencia de conflicto al no tener que convivir con “inmigrantes” y otras personas que simbolizan su pasado “obrero”⁴⁷.

En el modelo disciplinario del barrio fordista la lógica cultural que regía era centrípeta, pero el crecimiento de Madrid en los últimos lustros –origen del PAU– ha seguido un modelo centrífugo y de máxima expansión⁴⁸. En los nuevos espacios no son tanto las prohibiciones las que indican qué se puede hacer y qué no, como la forma de construir el entorno, la cual, teniendo en cuenta el “natural” comportamiento de la población gestionada, trata de influir, incidir y condicionar sus prácticas. Son en buena medida los propios vecinos quienes ejercen un *autocontrol*, un autoencierro, a través del *autogueto* en forma, por ejemplo, de residencia cerrada.



Ambas imágenes corresponden a la misma comunidad cerrada junto a la Av. de la Peseta.

En el *hiperbarrio* todo es inmenso. Madrid ha crecido en su tamaño de manera espectacular gracias a estos nuevos barrios que consumen una enorme cantidad de espacio⁴⁹.

⁴⁷ Este barrio, construido según criterios *neodesarrollistas*, alberga en su interior a muchas nuevas familias hijas de los barrios obreros fordistas que, gracias a la inversión en capital escolar de sus padres, hoy se mueven entre la precariedad semicualificada y el empleo cualificado estable, viniendo a elevar el poder adquisitivo del distrito en su conjunto.

⁴⁸ Michel Foucault señalaba en *Seguridad, territorio, población* que la disciplina “concentra, centra, encierra”, actúa aislando un espacio, segmentándolo. Por el contrario, “los dispositivos de seguridad (...) tienen una tendencia constante a ampliarse: son centrífugos”. Mientras que bajo la disciplina se reglamenta todo, bajo el paradigma securitario se “deja hacer” (Foucault, 2008: 57).

⁴⁹ El PAU es hijo de la “economía del ladrillo” que ha sustentado el desarrollo de la economía española y madrileña en los últimos años. Los miembros del Laboratorio Urbano (2007) han analizado el espectacular consumo de suelo en Madrid como el resultado de los cambios legislativos bajo una nueva orientación neoliberal. La liberalización del suelo, convirtiendo en urbanizable el rústico, ha enriquecido aún más a los grandes propietarios de tierras, al mismo tiempo que los municipios, quienes deciden finalmente cuánto se construye, obtienen buena parte de su financiación de estos desarrollos. Sumado a estos cambios legislativos y al crecimiento de la demanda de vivienda con la llegada al mercado de la generación del *boom* demográfico del desarrollismo franquista, Madrid ha crecido espectacularmente. La *des-densificación* de población, frente a los criterios maximalistas, se inició como tendencia a finales de la década de 1970 hasta ir reduciendo progresivamente el número de viviendas por hectárea (entre 30 y 35 en los PAUs frente a las más de 100 por hectárea en las décadas del crecimiento fordista) (Laboratorio Urbano, 2007: 236).

El PAU es un conjunto de avenidas y calles amplias en las que los coches poseen el privilegio de evitar las aglomeraciones. ¿En detrimento de los peatones? Lo cierto es que no: las aceras son igualmente amplias (en algunos puntos pueden llegar a ser de hasta 12 metros de anchura) y buena parte de ellas contienen en su interior un “carril-bici” que, al contrario que en otros lugares, no compite con el espacio peatonal. Estos espacios inmensos –y como tales mucho más silenciosos- tienen su correlato en la estación de metro del nuevo barrio, La Peseta. En esta estación, que por lo demás no difiere en tamaño y estética de las construidas en los últimos diez años con el espectacular crecimiento de la red de Metro de Madrid, también podemos observar cómo bajo suelo se ha removido tierra hasta construir una catedral subterránea donde la amplitud hace a los cuerpos minúsculos⁵⁰. Una primera impresión puede llevarnos a la conclusión de que los espacios de estos nuevos barrios están abandonados por sus habitantes, encerrados en lugares privatizados o en sus coches⁵¹. Sin embargo, el PAU de Carabanchel, a diferencia de los desarrollos urbanísticos del norte de la ciudad (Sanchinarro, Las Tablas, etc., pensados para una población con mayor poder adquisitivo y diseñados con grandes avenidas), posee ciertas características sociales que le hacen resultar no tan discontinuo con respecto al barrio fordista (en este caso el casco antiguo de Carabanchel Alto, al cual está pegado). En el PAU, buena parte de la población usa la calle, aunque los espacios privados y semiprivados (el interior de las manzanas comunitarias) compitan con el espacio público. Más bien todo ocurre como si, además del limitado uso del espacio común, la enorme extensión de esos espacios dificultase el con-tacto e hiciese a los cuerpos diminutos.

⁵⁰ Las taquillas ya no son cabinas que encierran a los vendedores, sino que un jefe de estación liberado de responsabilidades recaudatorias estará allí para asegurar que todo funcione correctamente junto con los vigilantes de seguridad, mientras que las máquinas son las encargadas de proporcionar los títulos de viaje. Podemos percibir también cómo los nuevos modelos de convoy ya no segregan a las personas por vagones, sino que permiten el movimiento a lo largo de todo el tren. La hiperluminosidad, las cámaras y la hiperpresencia de vigilantes de seguridad son suficientes para ejercer un control preventivo (el cual se acentúa cuando los revisores piden los billetes a los pasajeros, algo cada vez más común). Para los “ciudadanos”, quienes no tienen nada que temer de la policía, porque viven de acuerdo a la normatividad y la normalidad, este control pasa desapercibido.

⁵¹ Aunque no se produzca de manera tan acentuada como en los nuevos barrios (o *no barrios*) del norte, los nuevos estilos de vida y de consumo en el PAU de Carabanchel también inciden en el empobrecimiento del espacio público. Las enormes distancias y la facilidad para moverse en coche hacen que el trayecto escolar sea para muchas familias un viaje en automóvil –al cual se accede en el garaje privado, sin siquiera pisar la calle-, y que se busquen centros escolares lejanos, lo cual actúa como inhibidor de uno de los momentos de mayor copresencia en el espacio público, el cronotopo de entrada y salida del colegio.



Avenida de la Peseta: en los márgenes de la carretera, con tres carriles en cada sentido, las anchas aceras albergan espacio para peatones, ciclistas, personas que esperan el autobús...

Pero aparte del enorme tamaño, otra característica del PAU que atenta contra la vitalidad de sus espacios comunes es la fragmentación funcional. La mayor discontinuidad entre el espacio público y privado, en cuyo umbral surge además otro espacio segregado intermedio – la manzana de la comunidad de vecinos –, dificulta las situaciones que en el barrio fordista –como continuación de la vida rural y del barrio de autoconstrucción– eran facilitadoras de la creación de vínculos comunitarios⁵². La fragmentación funcional que impide la confluencia en la calle de personas y actividades heterogéneas se expresa, además, en la escasez de “tiendas de barrio”. La ausencia relativa de pequeño comercio (concentrado en la gran superficie comercial Islazul) y la existencia de una sola entrada en muchas manzanas, convierte el perímetro de las fincas en inmensos muros. Tal y como reconocía Carmen, una arquitecta municipal adscrita a un discurso liberal⁵³, éste es el resultado de un modelo basado en la rentabilidad de las grandes empresas:

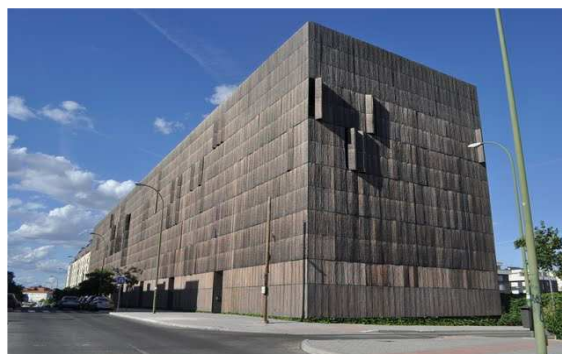
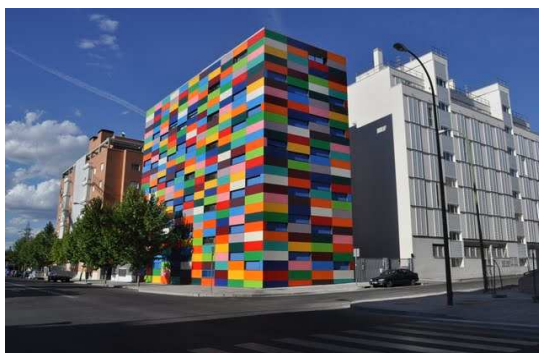
No es que sea yo muy de izquierdas (...), pero sí creo que en el urbanismo, ponerse en manos de los privados, a veces es un error (...). Los PAUs nacieron como iniciativa pública y al final sucumbieron en las manos de los privados (...). ¿Qué ha pasado en Sanchinarro? Pues que toda la concentración de suelo comercial se la ha llevado El Corte Inglés y entonces se han quedado calles anchísimas sin bajos comerciales, y sin bajos comerciales quiere decir sin vida de calle, donde la gente se mueve en coche, avenidas demasiado grandes, sobredimensionadas para el tráfico rodado. Carabanchel a lo mejor está menos acentuado, pero también sucede, no es una estructura, el PAU, que permita la vida en la calle. [Viajando en su coche por el viejo barrio fordista] Vamos ahora mismo por General Ricardos, que esto es cochambroso, un poco cutre, pues es verdad, pero los barrios tienen vida, tienen vida porque se ha generado de otra forma distinta, menos artificial que el PAU y entonces hay más comercio, más gente entremezclada”.

⁵² La co-presencia de miembros de distintas generaciones, así como de distintas actividades (juego y “recados”), hacían de la calle, tal y como lo narran algunos informantes, un espacio denso. La incorporación de la inmensa mayoría de mujeres al trabajo asalariado ha provocado su desaparición del espacio público como creadoras de cuidados comunitarios y de oralidad barrial. Evidentemente, esta incorporación al mundo asalariado ha producido una relativa igualación de género, pero a costa de la masculinización parcial de las trabajadoras para competir en el mercado laboral, y su sobreexplotación mediante las “dobles jornadas” (trabajan fuera y dentro de casa).

⁵³ Carmen no tenía responsabilidades urbanísticas, pero tenía formada una opinión sobre el desarrollo del barrio.

El PAU supone un modelo dirigido y planificado desde arriba, dejando poco espacio para la espontaneidad y la construcción desde abajo: todo está previsto en este urbanismo que se publicita como social. Además de los intereses económicos de este urbanismo, esta forma de hacer ciudad propone un modelo político y cultural. La estetización ligada al consumismo –como sucesora neoliberal de la higienización disciplinaria-, actúa como una suerte de goma de borrar la memoria histórica, una desterritorialización dirigida que niega el conflicto social. Esta estetización plantea un nacimiento artificial, como si anunciase “PAU, año cero”. El efecto es un barrio nuevo, desligado de su antecesor, que esconde detrás de sus paneles publicitarios y del enfoscado de las fachadas, el ladrillo, el trabajo, el cuerpo y el conflicto. La estetización discontinua del PAU se manifiesta en algunos diseños singulares de edificios de vivienda pública que evitan, precisamente, el viejo ladrillo visto rojo. Algunos vecinos procedentes de un barrio fordista, como Joaquín y Bea⁵⁴, extrañaban esta nueva estética:

A mí personalmente me gusta más el acabado en ladrillo que el enfoscado (...). Tienen muchas innovaciones, pero quien va a vivir aquí no va a aprovechar esas innovaciones y sin embargo hay gente que sí le gustaría (...). Unos arquitectos guays que trabajan para la EMV (...). Te impone un formato de vida que igual no te interesa (Joaquín, 35 años).



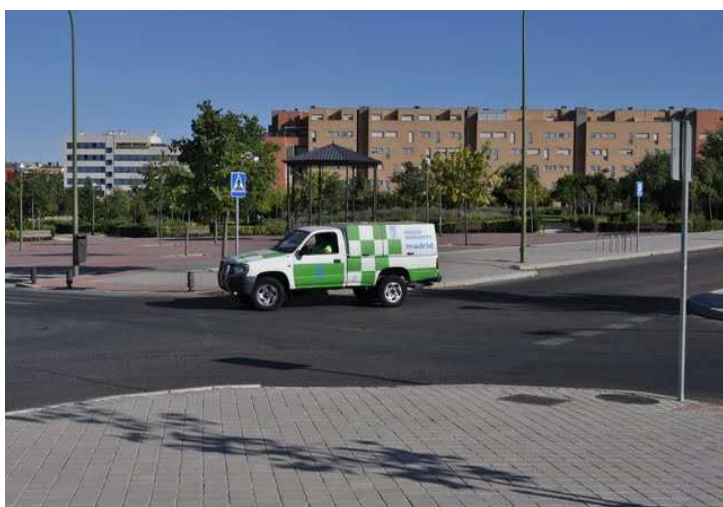
Bloques de edificios de protección oficial con diseños innovadores, algunos de ellos premiados.

La sobre-limpieza del PAU constituye otra forma de estetización, más que de higienización. Barrenderos con un traje visible limpian en cuadrillas lo que apenas hay. Jaime y María, que vivían en unos edificios nuevos del PAU, pero muy cerca de Pan Bendito, destacaban las diferentes sensaciones que les despertaban una y otra zona. Es un secreto a voces que la Administración aporta más servicios y más visibles a los que más tienen (más “ciudadanos” en el gradiente). A estos informantes parecía satisfacerles esta gestión municipal, la cual corroboraba su posición social:

⁵⁴ Treintañeros participantes del movimiento vecinal del barrio.

- J: Cuando hace alguna actuación el ayuntamiento, se gasta mucho más en este parque que en la zona de... ¿En Pan Bendito tú no tienes la sensación de que las farolas lucen poco? (...).
- M: Sí, mucha mierda [en Pan Bendito]. Por aquí, en este parque, diariamente hay seis jardineros.
- J: Ahí había unos adoquines levantados que ni sé cuánto llevan; aquí [en el PAU], en seguida...
- M: Vino el Ayuntamiento, estuvieron cribando toda la arena, pusieron la arena nueva, ¡bueno! Pero porque empezaron la gente a dar quejas, a dar quejas...

Joaquín también afirmaba, señalándome a una cuadrilla de barrenderos, que “el PAU tiene un tratamiento que no tienen otros barrios, en limpieza, por ejemplo, comparando con el casco histórico”. La higiene y cada vez más la estetización, crean sensación de “urbanidad” y contribuyen a alimentar el deseo de distinción de sus habitantes. Joaquín ya intuía la exageración de esta estética como performance política: “las brigadas haciendo el numerito”.



En la primera imagen una furgoneta con dos barrenderos que en pleno fin de semana se afanan por dejar limpio el parque. En la segunda puede apreciarse el contraste entre un parque público y un descampado cuya titularidad es privada y se encuentra a la espera de su definitiva urbanización. El descampado, símbolo negativo de la ideología progresista del barrio fordista, resiste en algunas zonas del PAU como consecuencia de las lógicas especulativas, afeando un paisaje que se querría impoluto.

Si dejamos las calles y nos adentramos en una de las fincas de manzana cerrada, tendremos que atravesar una frontera en la que un vigilante de seguridad sustituye al viejo portero de las viviendas burguesas. Esta *privatopía*⁵⁵, con nombres que imitan lugares social y ecológicamente idílicos (“Residencial Santa Bárbara”), permite a los vecinos sociabilizarse en su utopía de homogeneidad de propietarios. Los símbolos de distinción se vinculan aquí como en ningún sitio con los símbolos securitarios. Pese a que el viejo “sereno” e incluso el portero ya eran figuras de seguridad privada presentes en décadas anteriores –con cierto papel de control moral capilar durante la dictadura por parte del sereno, y vigilancia por parte del portero de las fincas de clase media-alta-, los vigilantes de seguridad privada son el nuevo personal de portería

⁵⁵ Edward Soja cita el concepto de *privatopía* construido por Evan MacKenzie para referirse a las comunidades cerradas de propietarios de Estados Unidos y su progresivo empoderamiento como células de autogobierno. Una especie de “socialismo de derechas” define esa *privatopía* en la que se gestiona lo común a nivel hiper-local, pero al mismo tiempo de una forma extremadamente excluyente (Soja, 2008: 437-450).

—aunque ya no tengan funciones disciplinarias, sino de meros vigilantes y gestores de la “población” que entra y sale—. Su presencia es disuasoria y exhibicionista al mismo tiempo: inhibe teóricamente la comisión de delitos pero paralelamente indica que hay algo valioso que proteger. Llama la atención cómo la seguridad se ostenta también en forma de placas y de cámaras que sirven más para ser vistas que para ver. Esta *performance* securitaria permite a los residentes “sentirse seguros”, pero sobre todo “diferentes”. La hiper-territorialización que supone establecer mayores barreras entre el espacio público y el privado se acompaña en algún caso de símbolos nacionalistas españoles usados por la empresa de seguridad en cuestión: la bandera nacional —profundamente ideologizada— estaba presente en forma de cruz en las placas, como queriendo significar un paralelismo entre las fronteras nacionales y las de la propiedad, entre los “buenos” (españoles, víctimas) y los “malos” (extranjeros, delincuentes).



El ladrillo rojo de las nuevas promociones privadas no desaparece pero queda resignificado bajo distintos símbolos estéticos y diferenciadores, entre los que destacan los securitarios (vallas, cámaras, placas...). En la primera imagen, la puerta de acceso nombra el espacio, convirtiéndolo en un lugar con identidad propia. En la segunda, podemos apreciar cómo la empresa de seguridad ha buscado la ostentación de la bandera española produciendo la asociación entre seguridad (nacional) e inseguridad (no nacional).

El prerrequisito de la propiedad privada de estas “comunidades” hace que sean espacios sumatorios de intereses individuales, más que de un interés colectivo⁵⁶. María y Jaime tenían claro de quiénes no se fiaban en su propia comunidad: de quienes vivían de alquiler. No obstante, muchos vecinos entablan nuevas relaciones a través, sobre todo, del vínculo más espontáneo que establecen los niños entre sí. El uso del interior cerrado de la comunidad depende de la época del año y de la hora, pero en general, constituye un espacio intermedio entre las esferas pública y privada, un umbral de tránsito en el que los niños y sus padres se

⁵⁶ Esto no es exclusivo de las viviendas del PAU. La abrumadora imposición de la propiedad como forma de tenencia de la vivienda en España ha contribuido a generar una cultura de “comunidades de propietarios” más que de co-habitantes.

entretienen tras pasar un rato en el parque antes de subir definitivamente a la vivienda. Existe una vinculación estrecha entre infancia y modelo residencial: los niños son el proyecto encarnado del ascenso social y de las inseguridades urbanas, causas ambas de la construcción de los *autoguetos* en el que surgen nuevas comunidades. Sin embargo, en relación a los vínculos que se establecían en el barrio fordista, en las manzanas cerradas del PAU existe la premisa de la autosuficiencia material y un mayor enclaustramiento del ámbito privado (en “comunidades” de más de 400 vecinos que no se conocen entre sí en su mayor parte). La observación en una reunión de una comunidad de propietarios en la que se debatían normas de convivencia en la manzana interior me permitió detectar un clima de alta tensión entre insultos y silbidos en el que se hacía muy difícil la cooperación. En un momento dado pregunté a uno de ellos si habían decidido algo:

Bueno, es que las reuniones de vecinos son así, sí hombre, algo hemos avanzado. Javi siempre comenta que en las reuniones de vecinos siempre la gente saca lo peor de sí misma, en el coche y en las reuniones de vecinos (Óscar, 37 años).

El símil entre el conductor y el vecino propietario no es baladí: en ambas situaciones un espacio común es usado como escenario de competitividad entre intereses individuales en el que cada cual “saca lo peor”.

Si abandonamos los espacios comunes y “subimos” a las casas, observaremos cómo el mobiliario de diseño popularizado y las nuevas tecnologías protagonizarán el espacio privado simbólicamente central: “el salón”. Muchos vecinos recalcan que el PAU ofrece “un salón grande”. Una vez conseguida una habitación individual para cada uno de los hijos, las mejoras sociales se miden por el número de metros cuadrados del salón, el cual será, además, la sede de las reuniones con la familia extensa. Pero además, el espacio doméstico se convierte, incluso, en la sede material del presunto espacio público que constituyen los foros de Internet. En el foro “Nuevos vecinos”, algunos habitantes del PAU debaten sobre distintos aspectos del barrio de una forma muy distinta a como lo hacían los otrora nuevos vecinos de los barrios obreros. Tal y como relataba María, estos foros han servido para poner en común algún problema y conjugar alguna acción conjunta: quejas individualizadas en los términos burocráticos y mediatizados que propone la Administración:

En seguida estamos que si Internet (...). Aquí, es eso, que a la mínima, o por ejemplo, que están los niños con las palas, salen alambres, pues de las construcciones que habían dejado la arena allí, pues vino el Ayuntamiento, estuvieron cribando toda la arena, pusieron la arena nueva, ¡bueno! Pero porque empezaron la gente a dar quejas, a dar quejas...

Se trata de formas de reivindicación adaptadas a su condición de propietarios, consumidores, electores, contribuyentes, motorizados y usuarios de nuevas tecnologías. Se huye de los viejos modos de reivindicación del barrio obrero, lo cual se puede entrever en la afirmación que hizo uno de los familiares de alumnos de un centro privado que se quejaban de la instalación de una gasolinera junto al recinto escolar: cuando Joaquín, miembro de la asociación de vecinos, les propuso organizar una concentración, uno de los padres afirmó que “manifestarse es de pobres”. Uno de los temas protagónicos de los foros es el referido a la seguridad –en ocasiones titulada como “ola de inseguridad en el PAU”- la cual se demanda como un derecho siempre y cuando no interfiera en otros roles ciudadanos (como el de conductor de un vehículo).

La gran superficie Islazul: superficialidad y aislamiento en la ciudad azul

Desde los púlpitos publicitarios de las nuevas catedrales postmodernas se transmite continuamente que hay prácticas más estéticas, limpias y seguras de vivir. El centro comercial “Islazul”, el más grande de la ciudad⁵⁷, propone a los vecinos un espacio sustitutivo del inseguro, antihigiénico y “feo” espacio público. Vamos a recorrer sus “calles” y sus “plazas”.

Una nueva megasuperficie comercial en los límites de Carabanchel (que son los de la ciudad), trata de individualizar, de *estetizar* y de *erotizar* las experiencias de los cuerpos que lo visitan. “Bienvenidos a Islazul, tu isla en Madrid”⁵⁸ reza su publicidad. Se trata de un lugar donde la moda seduce, donde las palmeras siempre están radiantes (son de plástico), donde la temperatura siempre es agradable, donde nunca llueve, donde no se hace de noche y donde absolutamente todos son iguales: un sitio verdaderamente azul. En esta isla no importa el color, la religión, la edad, el género y ni siquiera la clase social: en Islazul no hay inequidades sociales. El neoliberalismo, encarnado en el centro comercial como en ningún sitio, es intercultural: reconoce las diferencias, no trata de asimilar a los diferentes para que sean “normales”, sino que dispone para todos los públicos –siempre y cuando demuestren capacidad de consumo-. Por eso muchas familias “gitanas” de Carabanchel acuden a Islazul a pasar la tarde: aquí se respetan sus diferencias a la vez que se igualan a los “payos” (pese a que a muchos “payos” les moleste verles en este espacio de pretendida homogeneidad)⁵⁹.

⁵⁷ Una constante publicitaria de los centros comerciales consiste en ostentar su grandiosidad, soliendo ser el “más grande de” una ciudad, un país o un continente.

⁵⁸ <http://www.islazul.com/v2/index.php>

⁵⁹ El centro comercial está dispuesto para la separación de cuerpos mediante la individualización de los deseos, la mercantilización de las frustraciones (de cuerpos que se sienten insuficientes) y la mediatización de los contactos (el



Imagen paradójica en la que el muro del cementerio alledaño no logra ocultar las tumbas, contaminando a Islazul con los símbolos negativos de Carabanchel.

A Islazul se llega principalmente en coche, sin necesidad de coincidir con otros cuerpos. Una vez dentro, el enorme tamaño hace pequeños a las materias de carne y hueso. Sus 180 tiendas y restaurantes procuran todo lo necesario. Islazul es una isla rodeada de nada: autopistas, descampados y un cementerio. Sus carteles luminosos se divisan por la noche mucho antes de llegar. Un espacio interior que rompe por completo con el exterior se postula como un paréntesis en las preocupaciones de la vida cotidiana, aislado de las calles sucias llenas de gente “otra”. La mayor parte de los visitantes del centro comercial lo hacen solos, con la pareja o “en familia”. La evasión mediante el “auto-capricho bien merecido tras soportar al jefe” constituye una suerte de medicina de simplicidad frente a los conflictos y frente a la continua generación de insuficiencias individuales (Bauman, 2003). Islazul cuenta con que sus maniquís y escaparates sean los propios clientes, quienes estetizados, ejerciendo el autocontrol, son la mejor publicidad de sus tiendas. Tiendas de salud y dietética a la entrada recuerdan que el propio cuerpo merece ser reducido (“Si te sobra cuerpo, entra aquí y te ayudamos” rezaba el cartel de una tienda de productos dietéticos). Se adelgaza para caber en la ropa que ofrecen las otras tiendas, se adelgaza hasta que desaparezca el propio cuerpo: un mundo descorporeizado,

tacto desaparece, no hacen falta manos que abran puertas y grifos, ya las detecta un sensor electrónico). Se trata de un espacio que promueve una sensación de amplitud, de horizonte, de libertad, en la que no se ve lo otro (presente en el cercano Pan Bendito o en el cementerio alledaño), lo que molesta, lo que recuerda que el mundo es heterogéneo e injusto y que puede frenar el impulso de consumir al generar cuestionamiento. El centro comercial es, quizás, el paradigma del espacio antihistórico y sucedáneo de una sociedad de consumo y de control: trata de producir una ilusión de completud y de seguridad personal. Su protección es identitaria.

sin tacto, es el que propone el centro comercial (ver pero no tocar). “Cuerpo libre”, ligero, sin olor (sólo el de los perfumes): estetización máxima⁶⁰.

En Islazul todo está controlado y nada queda en manos de la incertidumbre: los niños jugarán tranquilos sin estar expuestos a los peligros de los parques. Nadie indeseable entrará, y si lo hace, las cámaras y los vigilantes le detectarán y procederán a alejarlo. La forma panóptica del centro, la videovigilancia y la hiperpresencia de fuerzas de seguridad privadas mantendrán el espacio en un sutil estado de excepción. Sin embargo, a pesar de la sensación de seguridad que se trata de transmitir en todo momento para no interrumpir el ciclo de consumo, su espacio es propenso a que se produzcan delitos. La fuerte seguridad que acompaña a la existencia de cosas deseadas produce en ocasiones una escalada de violencia entre quienes quieren acceder ilegalmente a los objetos o el dinero y quienes se lo tratan de impedir, lo cual se plasmó en un tiroteo producido en el propio Islazul en la primavera de 2009⁶¹. La seguridad en el centro comercial no corre a cargo sólo de las empresas privadas contratadas para ello, sino que los recursos públicos en forma de policía tienen también un papel decisivo. La complicidad entre vigilantes privados y policías públicos pude observarla cuando los primeros interceptaron a dos chicas que estaban robando en una perfumería y tuvieron que esperar mientras las retenían a que llegasen los policías nacionales para llevárselas detenidas. Las bromas entre ellos, las conversaciones como continuación de otras anteriores, revelaban una intensa colaboración. En el Consejo de Seguridad del Distrito⁶², un responsable del Cuerpo Nacional de Policía en Carabanchel reconocía que “Islazul es una prioridad”, declarando que mantenía reuniones frecuentemente con la gerencia del centro comercial. El poder negociador de esta entidad privada no lo posee ningún grupo de vecinos en Carabanchel.

⁶⁰ Como decía una chica con reciente poder adquisitivo, en el centro comercial podía hacer operaciones de “chapa y pintura” sobre su cuerpo objetualizado: se trata de un sitio que promueve una ilusión, un imaginario de empoderamiento, en el que no se es cuestionado. El reconocimiento narcisista externo y la ilusión temporal de auto-completud son el resultado de las nuevas adquisiciones. Éstas se acoplan al cuerpo o a las proyecciones del propio cuerpo en función del género: de la publicidad se deduce que ellas buscarán ropa y productos de decoración para la casa y ellos productos para lucir o disfrutar individualmente cual juguetes (asociados con el coche o con aparatos electrónicos). Bajo esta lógica, se acentúa el imperio visual que instauró la modernidad Occidental (Mirzoeff, 2003). Sin embargo, una escena hace que me replantee si el centro comercial promueve sólo una estética basada en el ver, contra el tacto. Dos agentes comerciales con un aparato especial tocan la espalda de los viandantes por las calles del centro comercial. El placentero masaje que reciben tiene como fin vender un aparato eléctrico para dar placer al cuerpo. Otros sillones también promueven el efecto de masaje sobre los derrotados e individualizados cuerpos. El placer táctil, el contacto, está, sin embargo, una vez más mediatizado por una máquina y capitalizado por una empresa.

⁶¹ http://www.elpais.com/articulo/espana/Tiroteo/heridos/centro/comercial/Madrid/elpepuesp/20090525elpepunac_10/Tes.

⁶² Reunión semestral en la que los representantes de la Junta Municipal, de la Policía Municipal, del Cuerpo Nacional de Policía y de la Delegación de Gobierno rinden cuentas de su labor en materia de seguridad ciudadana a los representantes de partidos de la oposición y de las asociaciones y entidades del distrito legalmente reconocidas.

La fuerte seguridad de Islazul revela el sucedáneo de espacio público que conforman las calles y las plazas del centro comercial: imitando lugares evocadores propios de unas vacaciones en el Caribe, sin estrés ni preocupaciones. Quizás, el espacio postule una relajación ante la seguridad de que nada va a ocurrir, ya que la alteridad se quedará a las puertas (como el hombre de origen africano que vendía el periódico La Farola y al que los vigilantes no le permitían traspasar la puerta del centro comercial).

8. Representaciones expertas de Carabanchel en relación a la seguridad

En el viaje al remoto Carabanchel se hace necesario pertrecharse de la prensa, libros y demás referencias al distrito. Así podremos saber algo más, todavía desde posiciones elevadas, sobre esta tierra y sus gentes. Pero esta información habrá de ser complementada con la de sus personajes ilustres, gobernantes y emisarios que prestan sus servicios en este lugar sin pertenecer al mismo. En el presente capítulo voy a tratar de sintetizar los distintos significados que ha ido adquiriendo Carabanchel en altas instancias –y en otras menos altas- con el fin de aportar notas de contexto que ayuden a comprender los discursos y prácticas securitarias. La *escasez* y la *perifericidad*, más allá de representar realidades materiales y geográficas del distrito, son componentes fundamentales del imaginario sobre Carabanchel que van a contribuir a reforzar el rol subalterno, si bien progresivamente dicha escasez y perifericidad centradas en el barrio han ido desplazándose a los (no)sujetos concretos que encarnan la problemática urbana actual (“inmigrantes”). ¿Cómo se construyen estos imaginarios?

8.1. La producción mediática de la (in)seguridad en el distrito

El *complejo mediático* podría ser definido como el conjunto de representaciones sociales procedentes de los medios de comunicación y sus agentes, que no son únicamente los periodistas, sino también los políticos profesionales, empresarios y demás personas relevantes en la producción de opinión. Sin los medios de comunicación no podría llevarse a cabo la gestión de poblaciones que se realiza a través de la representación política. La política profesional representa al ciudadano, como los medios re-presentan la realidad: un juego de representaciones se elabora en lugares alejados de esos ciudadanos y esas realidades. Michel de Certeau estableció una diferencia entre dos órdenes del lenguaje: el orden *escriturario* y el de la *oralidad*. Según De Certeau, la escritura es, quizás, aquello que proporcionó a la modernidad su distinción de otras sociedades previas o lejanas. Separando el significante del significado, la escritura no hizo sino provocar la separación espacio-temporal que permitía coordinarse a distintos cuerpos lejanos. El cuerpo (y la oralidad es *corp-oralidad*, movimiento de la boca y los brazos, mirada y expresión facial) fue dejando de ser la medida de las cosas, el referente próximo “en presencia”. El lenguaje escrito ha sido el empleado preferentemente por los sistemas expertos, si bien hoy en día la sociedad informacional y de la imagen, más que sustituir la escritura y la representación, las profundiza. La “escritura que invade el espacio y capitaliza el tiempo” (De Certeau, 1993: 212), lo hace en función de su carácter re-presentativo. Quiero llamar la atención sobre el papel del *complejo mediático*, como forma de representación, en el *dispositivo securitario*. Re-presentar implica una posposición del instante en detrimento de la espontaneidad con el fin de que el tiempo sea capitalizado por un poder capaz, así, de planificar y elaborar un discurso⁶³. Podemos encontrar la raíz de muchos miedos e inseguridades contemporáneas precisamente en la relativa pérdida de control sobre la información, la propia vida y el propio cuerpo: la representación, podemos afirmar, resta autonomía a los cuerpos al hacerlos dependientes de otros poderes (empresarios, políticos, expertos)⁶⁴.

El sistema experto que gestiona la información es quien mayor agencialidad ostenta en el *complejo mediático*. Aunque no es el único actor, este sistema experto es el responsable de crear lo que se ha llamado “opinión pública”, un tipo de saber que orienta las fuerzas que en una

⁶³ Aunque la inmediatez de las noticias, las retransmisiones “en directo” de los acontecimientos, generen la ilusión de la ausencia de una agencia mediadora y de un tiempo de posposición capitalizador del acontecimiento.

⁶⁴ La competitividad entre individuos es la mejor garantía para la producción de temores: la soledad y la *sobrerresponsabilidad* individual a la hora de afrontar problemas generados socialmente, funcionan como garantía para la capitalización del nexo de unión social por parte de los poderes mediadores.

sociedad mediatizada y representativa producen la toma de decisiones, la gestión y el gobierno. Esta opinión no se queda en esferas elevadas, sino que debe validarse entre la población. Así es como la intertextualidad de las imágenes y discursos de la inseguridad fluye a través de distintas fuentes secundarias (medios de comunicación, vecinos, familiares, etc.) y, gracias a la repetición del mensaje, éste se legitima (complementándose un saber técnico y otro carismático)⁶⁵. La “opinión pública” producida en el *complejo mediático* está demandando “seguridad ciudadana”, el fortalecimiento del *dispositivo securitario*. Voy a detenerme en los “sucesos” de Carabanchel tal y como son transmitidos por los medios con el fin de explorar los significados a los que van asociados y su influencia en la conformación del *dispositivo securitario*, no sin antes mostrar las imágenes de “populosidad” que constituyen las bases de la “peligrosidad”.

8.1.1. Carabanchel en prensa, televisión y cine

La economía lingüística de los medios de comunicación provocaba que el vocablo “Carabanchel” se emplease durante décadas tanto para hablar del barrio como de la cárcel, sedimentando un imaginario sobre la unidad social de ambas. Con el cierre de la prisión en 1998, fueron tomando protagonismo otras referencias al enclave que guardan continuidad con la tradicional asociación del barrio con lo negativo. Voy a detenerme en algunas de las que he identificado en los últimos años.

Antiguo y castizo

Así se define Carabanchel en la web del Ayuntamiento de Madrid:

Este populoso Distrito, al sur de la aglomeración madrileña, en la orilla derecha del Manzanares, tuvo su origen en dos pequeños pueblos, cuyos campos suministraban los garbanzos indispensables en el cotidiano cocido de los madrileños: Carabanchel de Abajo y Carabanchel de Arriba, que con el tiempo fueron rebautizados como Bajo y Alto. Se anexionaron al municipio de Madrid en 1948.

⁶⁵ La legitimidad del mensaje no viene dada simplemente por su repetición, sino por la legitimidad de las fuentes. La teoría de la transmisión de la información y la opinión en dos tiempos, formulada en el campo de la psicología social por Elihu Katz, postulaba la complejidad del circuito de la información. Ésta no llegaba, según el autor, a todo el público de la misma manera, ni el público, en forma de individuos aislados, era un mero receptor de la misma, sino que existía un filtro intermedio compuesto por los líderes de opinión situacionales (en función de las cualidades atribuidas según el tema del cual se tratase) que hacían de correa de transmisión entre los medios de comunicación y el resto del público (Katz, 1957, citado en Bourdieu, Chambredon y Passeron, 2003).

Sus condiciones medioambientales favorecieron la construcción de villas y palacios donde la más encumbrada sociedad madrileña gustaba de pasar sus periodos de descanso. Entre ellos merece mención aparte el desaparecido Palacio de los Condes de Montijo.

Su historia se remonta a tiempos de los romanos y árabes, de estas épocas perduran algunos testimonios que se exponen en el Museo Municipal y en el Museo Arqueológico de San Isidro.

Un interesante paraje carabanchelero es la Colonia de la Prensa, levantada a iniciativa de un grupo de periodistas entorno a 1920. A finales del Siglo XIX y principios del XX surgirán en la zona gran número de asilos, hospitales y otras fundaciones de carácter benéfico que, en su mayor parte, han permanecido dedicados a sus actividades asistenciales hasta la actualidad.

En 1908 se inauguró la Plaza de Toros de Vista Alegre, "La Chata". Los cuatro kilómetros que la separaban del centro eran recorridos por un tranvía que cruzaba el río por el Puente de Toledo, a ambos lados de sus vías no tardaron en aparecer las edificaciones que terminarían de conformar la actual calle de General Ricardos.

El monumento arquitectónico más importante es la ermita mudéjar de Santa María la Antigua⁶⁶.

El "populoso distrito" es descrito por la web oficial del Ayuntamiento acudiendo al estilo del "cronista de la Villa". En esta presentación de Carabanchel se muestra la historia oficial de corte conservador desde una posición "encumbrada". No hay personas, ni siquiera población, hay un "populoso distrito" al que hay que sacar brillo para que no ensucie la imagen de Madrid. Por eso se recurre a la Historia, al pasado ilustre de esta villa vecina del otro lado del Manzanares que por su "populosidad" ha perdido las buenas maneras. Ésta es la versión tradicional de la "memoria histórica" de las instituciones más conservadoras: la Historia de construcciones y personajes ilustres que proporcionan la verdadera "identidad" al lugar. San Isidro, sus campos y sus milagros; los Condes de Montijo y sus fincas y palacios de veraneo; "La Chata" o "Plaza de toros de Vista Alegre" como una de las sedes más importantes de la fiesta nacional (pero siempre a la sombra de la relevancia de Madrid y su Plaza de las Ventas); la Colonia de la Prensa como ejemplo de que Carabanchel seguía teniendo estilo (modernista y burgués) justo antes de su anexión a Madrid para hacer a la capital más "grande" y de su propio desastre cultural con la llegada de sus verdaderos vecinos. La narración del escenario sin personas ni relaciones sociales resulta indicativa de la visión oficialista de Carabanchel: lo único que tiene valor son tres o cuatro edificios y ruinas aisladas y el resto... mejor ni nombrarlo. No se menciona tampoco la cárcel de Carabanchel, que *a priori* sería lo más conocido del barrio. ¿Qué estrategia hay en estos altos discursos?

En 1998 y 2008 se editaron sendos libros recordando el aniversario de la anexión de Carabanchel Alto y Bajo a Madrid en 1948. La financiación de estas ediciones a cargo de los

⁶⁶[http://www.munimadrid.es/portal/site/munimadrid/menuitem.caa04aab4751b0aa7d245f019fc08a0c/?vgnnextoid=42665969e83b8010VgnVCM100000dc0ca8c0RCRD&vgnnextchannel=a48aca5d5fb96010VgnVCM100000dc0ca8c0RCRD \(18-9-09\).](http://www.munimadrid.es/portal/site/munimadrid/menuitem.caa04aab4751b0aa7d245f019fc08a0c/?vgnnextoid=42665969e83b8010VgnVCM100000dc0ca8c0RCRD&vgnnextchannel=a48aca5d5fb96010VgnVCM100000dc0ca8c0RCRD (18-9-09).)

fondos públicos constituye una operación de embellecimiento de uno de los “puntos negros” de Madrid. El relato sobre otras áreas de la capital difiere de éstos: mientras que para referirse a Madrid generalmente se enfatiza la imagen de modernidad, desarrollo y prosperidad, esto es, una temporalidad orientada al futuro, a la hora de hablar de Carabanchel se recurre al folclore más tradicionalista. En la obra *Carabanchel, sesenta años Madrid* (2008), Ángel del Río, “Cronista de la Villa de Madrid”, representa la cultura popular de Carabanchel como San Isidro, el domingo de los toros en Vista Alegre y los piropos de los mozos a sus mozas. El contexto social, la memoria, desaparecen, sacando brillo al envoltorio y embalsamando al muerto. La cultura popular deja de ser peligrosa cuando se la folcloriza (De Certeau, 1999): es a partir de ese momento que ya se puede hablar de cierta belleza de Carabanchel. Resulta curioso que el cronista no mencione la cárcel en su obra: edificios y episodios históricos de todo tipo, que pasan completamente desapercibidos para los carabancheleros, sustituyen a lo feo e impresentable para embellecer el concepto de Carabanchel. Más que un descuido del autor, podemos hablar de una cierta intencionalidad estratégica: en el momento en el que se edita el libro se produce con más intensidad que nunca el debate sobre la memoria histórica asociada a la conservación del edificio de la vieja cárcel y a la reivindicación del movimiento vecinal contra la especulación en sus terrenos. La invisibilización en estos relatos de la cárcel, que proporcionó una identidad negativa a Carabanchel durante décadas antes de que fuese resignificada para convertirse en un símbolo de lucha vecinal, no es ninguna casualidad. Sin embargo, esta ausencia se ve compensada con un *excursus* en forma de nuevo libro editado por el autor en 2009, *Cárcel de Carabanchel: Condena Cumplida*. En este libro, tal y como comenta en una entrevista, reconoce la importancia negativa de la prisión –y otros recursos no deseados, como los cementerios- para el barrio. Con el fin de hacer justicia, lo que se empeña en recalcar es la necesidad del olvido de la cárcel de Carabanchel para no asociarla nunca más al barrio. La condena se ha cumplido y ahora hay que mirar hacia delante:

Cuando se tiró la cárcel, surgió de nuevo la reivindicación vecinal para que se conservara parte del inmueble como monumento a la memoria histórica. Eso es una contradicción porque se estaba borrando una huella negativa del distrito y se pretendía conservar una cúpula sin demasiado valor arquitectónico cuando ya se había reservado un hueco para su recuerdo. En todo caso, esta cárcel fue una condena para el pueblo de Madrid y, en particular, para Carabanchel.⁶⁷

Esta obra, dedicada en exclusiva a la cárcel, pretendía llevar a cabo una clausura final para cerrar la polémica, despolitizando la memoria de la misma y desmintiendo las “mentiras y

⁶⁷ <http://www.madridiario.es/2009/Marzo/distrito/carabanchel/133433/angel-del-rio-carcel-de-carabanchel-condena-cumplida.html>

medias verdades” que se habían vertido sobre ella. Efectuando un discurso comprensivo con las reivindicaciones vecinales más cercanas a los valores individualistas (vivir como buenos ciudadanos que aspiran a su ascenso social sin conflictos sociales), se sitúa a su lado cuando se trataba de sacar la cárcel del barrio por el estigma que suponía para el mismo, pero sin entender el proceso de resignificación de la cárcel. Se trata de una situación en la que se invierten los papeles: es ahora el discurso más derechista el que trata de desvincular a la prisión del barrio (en contraposición a los discursos más izquierdistas que empeñan su esfuerzo en unir las ideas del barrio y la cárcel). Por eso Ángel del Río consagra un libro a la prisión y otro al distrito, como realidades que hay que diferenciar.

En el prólogo de *Carabanchel, sesenta años Madrid*, Pilar Cisneros, periodista compañera del “cronista” en un medio de comunicación católico y conservador, COPE, recalca lo que Ángel del Río va a transmitir en la obra: desde su visión, la vida del distrito estaría más vinculada a San Isidro que a la cárcel. El campesino milagrero ayuda precisamente a incluir a Carabanchel en Madrid (San Isidro es el patrón de Madrid y Carabanchel tendría el casual privilegio de haberle dado campo y vida) y borrar toda su alteridad para que no ensucie Madrid (algo que evidentemente no lograría el símbolo de la cárcel). Las palabras vacías de intensidad vivencial y llenas de lugares comunes discursivos de esta periodista, que poco o nada conocerá de Carabanchel salvo el citado libro y el patrón capitalino, nos hablan de “uno de los distritos más tradicionales y a la vez más dinámicos y con mayor proyección de Madrid” (Cisneros en Del Río, 2008: 10). Las únicas voces de carabancheleros (esto es, no procedentes de las traducciones historiográficas y mediáticas) que recoge el autor son los piropos que los mozos lanzaban a las mozas en sus calles y algunas estrofas del cancionero popular referidas a lugares de Carabanchel (o de Madrid, ya que es “cronista de la villa” y ante la ausencia de fuentes, el autor rellena muchos espacios vacíos con imágenes y textos sobre la capital). Aún así, el propio Del Río reconoce que:

Ser carabanchelero imprime un carácter parecido al que presume de ser hijo de cualquier pueblo con raigambre, porque en el fondo, en su casco antiguo, en las señas de su patrimonio histórico, todavía conserva el sabor de lo que fue, de lo que fueron: pueblos con solera, convertidos en una parte de una ciudad que no les ha hecho perder sus señas de identidad (Del Río, 2008: 17).

Curiosa identificación de Carabanchel con lo pre-urbano, con la belleza del campesino, de lo muerto, para evitar hablar del barrio del capitalismo industrial fordista, incluido en Madrid pero en su margen, con una identidad infamante heteroconstruida y una autoconstrucción identitaria a partir del estigma.

Pauperismo

Este tipo de costumbrismo constituye un ejemplo extremo de las representaciones sobre Carabanchel: su lectura probablemente extrañaría hasta a los carabancheleros más conservadores. Las referencias más comunes al distrito se producen en las secciones locales de los medios de comunicación de Madrid. Se podría afirmar que Carabanchel es en los medios de comunicación un barrio “pobre”. La pobreza de Carabanchel es abordada de un modo miserabilista como estrategia discursiva para jugar en otros escenarios de la arena mediático-política. Para dar cuenta del retorno de situaciones “tercermundistas” en la ciudad que se pensaban superadas, la *Cadena SER* se refería en su noticiero de la mañana⁶⁸ a los grupos de jornaleros extranjeros que esperaban en la Plaza Elíptica la llegada de empleadores. Se trata de una escena habitual desde hace años pero en la que se fijan los medios ocasionalmente con el fin de apoyar argumentos en las luchas de poder de la política profesional. El pauperismo de barrios como Carabanchel se representa también en lo referido al consumo. Los informativos de la cadena de televisión Telecinco se fijaban una tarde de 2005, a través de unas cámaras ocultas, en la recogida de los desperdicios de un supermercado por parte de un numeroso grupo de vecinos. El espectáculo en que se convertía la escena mostraba la alteridad salvaje de los pobres-inmigrantes-en Carabanchel. El tono miserabilista sobre el barrio se reafirmaba en otra noticia producida por la *Cadena SER*⁶⁹ en la que, para dar cuenta de la precariedad asociada a la crisis económica, se mostraba cómo una frutería del barrio ofertaba sus productos “hasta tres veces más baratos”. El truco consistía en que vendían los productos ya pasados y los reporteros del medio se acercaron al lugar para recoger distintas voces de vecinos: quienes compraban porque era “muy barato” y quienes no lo hacían porque “está malo”. La falta de higiene asociada a la pobreza, a lo otro, suele funcionar más como un elemento estigmatizador que como objeto de reflexión sobre las desigualdades. Los medios no hablarán de estos vecinos como ecológicos practicantes del reciclaje, pues esos papeles les corresponden a personas que consumen muchos más recursos materiales y energéticos pero que hacen ostentación discursiva de la ecología. Sus tácticas de supervivencia en la precariedad, sus ingenios cotidianos, serán reflejados como competitivamente salvajes desde una mirada panóptica del medio y una óptica desarrollista, de la misma forma que se hace en los espectaculares documentales sobre animales comiéndose a su presa y compitiendo por el mejor trozo de carne.

⁶⁸ *Cadena SER*, programa “Hoy por hoy”, 07-10-2008.

⁶⁹ *Cadena SER*, programa “Hoy por hoy”, 05-11-2008.

Humilde pero con gente luchadora

Si Carabanchel es miserable, otro lugar común es destacar el valor de sus individualidades. A modo de paradoja, se muestra cómo algunos personajes de Carabanchel saltan al éxito profesional. El mérito individual se reconoce aplicando una lógica cultural disciplinaria-fordista. Estos mitos individuales de ascenso social, de los cuales están superpoblados hoy en día los reportajes sobre futbolistas, tenían su versión fordista en personalidades del mundo de la cultura y otros campos profesionales. Mientras que en multitud de personajes pasa desapercibido el origen, la “barrialidad” de los carabancheleros famosos es destacada por los medios en colusión con el propio discurso del “famoso” que, mostrando que “viene de” Carabanchel, manifiesta que “el camino hacia el éxito no ha sido fácil”. “Nacido y criado en Carabanchel”: así es como el diario *El País* se refería al coordinador del servicio de emergencias sociales del Ayuntamiento de Madrid con el fin de dar cuenta de su éxito individual y de su sensibilidad social al ocuparse de las personas sin hogar del municipio.

En general, las noticias positivas del distrito son gestos individuales que brillan en la oscuridad, si bien ocasionalmente se han visibilizado ciertas luchas colectivas, como la de las asociaciones de vecinos contra los parquímetros, contra la destrucción de algunos parques o por la construcción de un centro para la memoria en la vieja cárcel. En los últimos años la presión de estas asociaciones y colectivos ha conseguido que se visibilizasen sus reivindicaciones y que el tratamiento informativo no fuese negativo: lo contrario habría supuesto al medio pertinente una imagen impopular puesto que los “vecinos” son la encarnación popular de la “ciudadanía”, sujetos legitimados políticamente que sostienen el régimen electoral y la llamada “opinión pública”⁷⁰. Síntoma de esta legitimidad otorgada por los medios al movimiento vecinal, principalmente los que tratan de ocupar el espacio social progresista, es el sopeso continuo de algunos militantes de la repercusión mediática de sus acciones (“vinieron los de Telemadrid y fue digno, había gente”⁷¹).

⁷⁰ Un ejemplo de tratamiento mediático respetuoso con las reivindicaciones vecinales lo tenemos en http://www.elpais.com/articulo/espana/Gobierno/prepara/derribo/carcel/Carabanchel/elpepuesp/20081021elpepunac_5/Tes

⁷¹ Conversación informal con un militante vecinal refiriéndose a una manifestación en contra del derribo de la cárcel y por la construcción de un centro por la memoria histórica.

Carabanchel en el cine y en las series de TV

Prueba del sentido de pertenencia de aquellos carabancheleros que han triunfado individualmente y han encontrado reconocimiento social y fama, es que no pierden la oportunidad de hablar del barrio, filmar en el mismo o convertirlo en escenario imprescindible para comprender a sus personajes. La reafirmación de la cultura popular del enclave como elemento compensatorio a su devaluación en el imaginario madrileño, encuentra una de sus manifestaciones más célebres en la frase enunciada por el actor Santiago Segura en la película *El día de la bestia*, en la que se declaraba “satánico y de Carabanchel”. Esta afirmación identitaria condensa el significado “malo” del barrio, a la vez que ensalza su maldad como una virtud que se convierte en el elemento diferenciador con respecto a la “corrección social” que representan otros barrios en el imaginario madrileño. El propio actor es de origen *carabanchelero*, una identidad que enarboló en diferentes espectáculos televisivos a finales de la década de los 90 como una muestra más de su incorrección en relación a esos ámbitos del éxito en el cine y la televisión. La identidad *carabanchelera* como provocación, iba acompañada de una estética fronteriza entre lo *heavy* y lo *cutre* que le hacían destacar entre la “gente guapa”. Se trata de la incursión en el mundo del espectáculo de una suerte de folclore barrial que expresa el valor de la autenticidad. El caso de Santiago Segura juega un papel referencial con respecto a esta autenticidad: el hecho de que el actor haya proclamado su origen carabanchelero puede tener un efecto legitimador del propio barrio (éxito profesional y fama de alguien salido de Carabanchel), a la vez que refuerza viejos estereotipos sobre lo que es ser carabanchelero (expresado en su habla, en su incorrección estética, en su expresividad del anhelo de la atención de las “chicas guapas”, etc.). La imagen pública del famoso de Carabanchel difunde y fija una imagen de su barrio en el imaginario, y esa imagen regresa al propio barrio hablando de “lo que son”: independientemente de la identificación con el personaje, las referencias al territorio barrial son suficientes para que algunas personas se sientan representadas en los medios por el actor y su imagen⁷².

Aunque no sea originaria del barrio, la escritora Elvira Lindo ha contribuido a producir y reproducir una idea de Carabanchel muy extendida a través de su *Manolito Gafotas*. La serie que tiene como protagonista a este niño puede considerarse como una especie de costumbrismo del barrio fordista en el que destacan los lugares comunes de la dureza del entorno y de la

⁷² Es preferible ser representado por alguien “feo” y “satánico”, pero *de Carabanchel*, que no encontrar ninguna referencia al propio lugar en los medios. De ahí que algunos habitantes de Carabanchel sean los encargados de difundir las visiones negativas del barrio, como las referidas a la inseguridad, como una forma de hacer existir su lugar, de “salir en la foto”.

amabilidad de-conflictuada propias de cierto realismo social español. La película que lleva su nombre representa el barrio de Carabanchel Alto. Manolito siempre remarca “Alto”, reproduciendo la diferencia presente en los discursos barriales más identitarios de Carabanchel Alto y reforzando esa división anacrónica como estrategia para una territorialización más accesible por parte del pequeño. En el “Carabanchel Alto” de Manolito Gafotas existen relaciones comunitarias donde todos los vecinos se conocen, como en un pueblo. Pese a que Elvira Lindo representa la infancia de un niño que crece supuestamente en la década de 1990, en realidad recrea –idealmente- el barrio de su propia infancia y juventud (entre 1960 y 1980)⁷³. Manolito tiene amigos con los que siempre hace lo mismo y la profesora se lo recuerda: “siempre me hacéis la misma redacción”. El barrio es rutinario, repetitivo, en él no pasa nada y lo que pasa se rememora: es el espacio natural de la vida cotidiana de los antihéroes anónimos.

Esta profesora parece externa al barrio y llama a los chavales “delincuentes”. Asocia la rebeldía infantil con la delincuencia, pero quien sale mal parada es ella. Precisamente, el hermano de uno de los amigos de Manolito está en la cárcel por “delincuente” (“por haber robado el bolso a una vieja”). Narrado por su hermano, su acto delictivo y la violencia física con la que lo hizo son dulcificadas. Pero en esa ausencia de conflicto, la cárcel, el edificio más emblemático del barrio, también es amansada. Parece que no hay discontinuidad entre la misma y el barrio: los hermanos se saludan a través de los muros, pues la cárcel está cerca de un parque, y como el preso tiene el tercer grado, va a comer a casa. Los niños son potenciales delincuentes en ese entorno hostil, pero a la vez la cárcel y la guardia civil, tal y como se presentan, son amables. El discurso fílmico emociona a muchos carabancheleros que se sienten reconocidos en la película y encaja perfectamente con los valores disciplinarios –y sus opuestos complementarios- del barrio fordista⁷⁴.

El cine, en general, ha tratado de dignificar a Carabanchel. El barrio ha sido el más representado explícitamente en el cine social sobre Madrid, junto con Vallecas (*La estanquera de Vallecas*). Se trata de visiones estereotipadas sobre lo popular, pero que generalmente presentan la subjetividad de sus siempre peculiares personajes. Una segunda película del género realista social que muestra el barrio que nos ocupa –esta vez de manera menos explícita-

⁷³ La familia obrera de Manolito la compone un padre camionero, una madre ama de casa, un abuelo del barrio de toda la vida (que juega al dominó en el bar de la esquina), Manolito y su hermano (designado por Manolito como “el Imbécil”).

⁷⁴ El discurso de fondo es la paz social: una representación socialdemócrata de los barrios populares que en su intento de dignificar su imagen lo que hace es borrar el conflicto. La estrategia es familiar e individual: ascenso social. Las guardias civiles, no por casualidad dos figuras femeninas (una de ellas la propia Elvira Lindo), comen con la familia de Manolito, dialogan, les cuidan. La rebeldía es travesura: ahí se acaba el conflicto social, lo cual hace figurar a Carabanchel como un barrio simpático, pobre pero alegre. Esa es su autenticidad: podría rebelarse y ser más violento y sin embargo sólo busca dignificarse sin cuestionar el orden jerárquico.

es *El Bola*, cuyo director, Achero Mañas, es de origen carabanchelero. En esta película podemos observar un acercamiento menos idealizado al Carabanchel de la década de 1990, aunque también se dejan entrever elementos más propios de la niñez y adolescencia del director (años setenta y ochenta) que de los noventa⁷⁵. Dos familias representan cada una dos épocas, dos capitalismos, dos barrios: la familia disciplinaria de *El Bola* –cuyo padre dueño de un viejo comercio en decadencia le vigila y le castiga y cuya madre es una sumisa ama de casa-, y la familia “progre” neoliberal de su amigo –joven, moderna, heredera de la “Movida Madrileña”, cuyo padre se dedica a hacer *tatoos* y cuya madre puede ser definida como un poco *hippie*, comprensiva y dialogante. El encuentro entre ambos mundos por mediación de los chavales depara un conflicto previsible en el que *El Bola* descubre que “otro mundo es posible” cuando visita a su amigo: “Mola mazo la habitación, y la casa está guay”. “La feria de la Oca es una mierda, prefiero ir al Parque de Atracciones”. Los padres del amigo y su entorno son “enrollados”, mientras que su padre le recrimina que “está todo el día en la puta calle” (su concepto de familia tradicional es el del recogimiento doméstico).

Un aspecto curioso en la forma de tratar la barrialidad en la película es que Carabanchel representa la tradición, la inmovilidad, el encierro (el barrio-cárcel), mientras que otros lugares externos compartidos con el amigo y su entorno (el Parque de Atracciones, la sierra de Madrid) constituyen los soplos de libertad⁷⁶. Pero si un espacio es privilegiado a la hora de presentar las alternativas al viejo barrio tradicional y disciplinario, éste es el centro de la ciudad modernizado y rejuvenecido, que es el hábitat natural del padre del amigo. En el centro, *El Bola* descubre otros mundos sociales, la profesión moderna de tatuador del “otro” padre, al amigo del mismo que muere a causa del VIH, los gays: en definitiva, el capital simbólico. Esa dicotomía encarnada por

⁷⁵ El cine social de los ochenta y noventa tiene en bastantes ocasiones como protagonistas privilegiados a niños y adolescentes por encarnarse en ellos los conflictos sociales. La película que mejor representa este género es *Barrio* (1998), de Fernando León, cuyas escenas transcurren en diversos barrios de la periferia madrileña sin hacer referencia explícita a ninguno, persiguiendo así la identificación con parámetros puros de clase y edad y no de territorialidad. Sin embargo, *Barrio* adolece, al igual que *El Bola*, del mismo recurso al descampado, a las vías del tren que atraviesan la periferia: unos *no lugares* que ya no eran el escenario natural de los niños de los noventa, sino de otros pertenecientes al barrio fordista de la propia infancia de los directores (idea sugerida por Pablo Carmona).

⁷⁶ El Parque de Atracciones, símbolo como ninguno de la sociedad de los sobreestímulos (que permite experimentar el riesgo sin los peligros de las vías del tren de las infancias “descampadas” de estímulos propias del fordismo), y el día en la sierra de Madrid como el espacio para tomar distancia y encontrarse relajada y afectivamente con los miembros de la familia socialmente abierta (en la que entran los amigos también, sin criterios biológicos de clasificación), son los lugares externos a Carabanchel en los que *El Bola* descubre que no todo es violencia patriarcal. Mientras que en la excursión a la sierra todos ríen, se emocionan, juegan, interactúan continuamente rompiendo barreras generacionales, en su familia y su casa oscura reina el poder totalitario de su padre, que gobierna gracias a los estigmas que dejan sus palizas sobre la piel de *El Bola*.

las dos familias se localiza, entonces, en dos espacios: la periferia y el centro⁷⁷. La representación del ascenso social simbolizada por los dos espacios deja a Carabanchel en un lugar sin salida y a los carabancheleros en la necesidad de ascender (fugarse) individualmente cruzando el Puente de Toledo⁷⁸. Es precisamente en este puente, en este intersticio entre los dos mundos, en el que El Bola realiza con su amigo ciertas reflexiones y conversaciones trascendentes que le ayudan a “cruzar” al otro mundo y cuestionarse finalmente a su padre disciplinario⁷⁹.

El Bola constituye uno de los últimos coletazos del cine social de niños y adolescentes periféricos, y como indica el discurso de la película, el género acaba porque el mundo disciplinario que les parió está en profunda decadencia. De *El Bola* se espera que cruce definitivamente el río y se instaure en la sociedad del bienestar y el consumo en su versión más “progre”: que abandone el barrio⁸⁰. Desaparecido el género, las series de televisión y los *reality shows* se convierten en las nuevas y potentes fábricas de imaginarios sobre barrios como Carabanchel. El programa *Callejeros*, de Cuatro Televisión, ha mostrado la vida de la cárcel de Carabanchel tras su desalojo y reocupación por parte de seres liminares. A través de sus imágenes, el público “vive” en la seguridad de su salón el riesgo de la calle que no está pisando. Evidentemente, esa calle es ficticia desde el momento que pasa por el filtro del medio: es realidad social mediatizada. Otra representación que no persigue el reflejo de la realidad social, sino el “entretenimiento”, y que tiene como telón de fondo a Carabanchel, es la serie de televisión *Aída* (producida por Globomedia para Telecinco). *Aída* es la “chacha”, la mujer a medio

⁷⁷ Pese a que los padres del amigo viven en el barrio, lo hacen de manera más desarraigada -en un edificio moderno-. Su sociabilidad no es local, sino más bien cercana al cosmopolitismo de barrios como Chueca o Malasaña.

⁷⁸ Puente que sobrepasa el río Manzanares y que une a Carabanchel con el centro de la ciudad.

⁷⁹ El Bola y sus amigos, como muchos de los protagonistas del cine social español, tratan de conquistar la calle actuando su masculinidad y por ello son vigilados. Pero pese a esta vigilancia, ya no son objeto de represión dura pues se deja entrever la presencia de otros dispositivos de control blando (encarnados por la trabajadora social). La policía les detiene por jugar en las vías (la policía “les protege”) y el padre del amigo, que les recoge en comisaría, en lugar de propinar la paliza que esperaría El Bola de su padre, le comunica a su hijo: “Te voy a decir una cosa: si algún día te matas haciendo el gilipollas en las vías nos vas a hacer polvo a mí, a tu madre y a tu hermano”. Un enfoque progresista y moderno representado por la familia del amigo es el que va seduciendo a El Bola hasta que se empodera y se enfrenta al padre. Recibiendo una paliza brutal huye a la calle, pero en la calle ya no está la solución a los problemas sociales, sino en la calidez de las casas decoradas con muebles modernos, como la del amigo.

⁸⁰ En este género agotado, quienes tenían voz eran las víctimas que la sociedad trataba como culpables (*El Vaquilla*, *El Torete*, etc.), los cuerpos que encarnaban el conflicto social (al igual que en el cine social de los setenta y ochenta), permitiendo así pensar en ellos de manera comprensiva sin recurrir al discurso de la inseguridad. No es casual que este cine haya ido desapareciendo en la primera década del siglo XXI a medida que han ido proliferando otros imaginarios menos “progresistas” a la hora de pensar las propias ciudades, imaginarios en los que desaparece el barrio como espacio de sociabilidad y de referencias culturales. La alternativa al barrio ha sido el ámbito doméstico, la sobreestimulación asociada al consumo y, en su versión más amable, las interacciones “liberales” en las que los padres no obligan, sino que seducen y convencen a sus hijos. Esa es la alternativa que muestra “El Bola” al viejo barrio periférico.

camino entre lo rural y lo urbano que precisamente, por no pertenecer a ninguno de esos mundos, puede permitirse la espontaneidad. Ese espacio de la espontaneidad es el barrio. Así se describe el barrio de la serie en una *web*:

El barrio donde está ambientada la serie, Esperanza Sur, es ficticio, pero las imágenes mostradas en la cabecera pertenecen a los distritos madrileños de Carabanchel y su distrito vecino Usera. El distrito de Carabanchel siempre ha sido conocido por ser un distrito de mayoría obrera, de familias con salarios humildes, mucha «vida de barrio», y cierta delincuencia «barriobajera». Es por ello que los productores vieron en Carabanchel un marco visual idóneo para la ambientación de la serie.⁸¹

Carabanchel ya está definido y queda encerrado en ese estereotipo de ropa tendida y macarras barriobajeros. El viejo barrio fordista es nuevamente recreado como un viejo escenario que sigue siendo actual en el imaginario de los escritores, productores y directores que hace décadas que no viven en Carabanchel. Esta es la visión de Carabanchel por parte de los mayores creadores de imaginarios sociales. Para muchos vecinos del barrio, las representaciones sociales de estas películas y series no resultan lesivas. Por un lado, para quienes no piensan en clave barrial su identidad, suponen una representación sobre una realidad ajena (aunque viven en Carabanchel, ven con la misma óptica el barrio que los productores de imaginarios, a través de los múltiples filtros de los expertos). Por otro, para quienes reivindican la identidad barrial carabanchelera, mejor la visibilidad que la ignorancia asociada al “abandono”. Una informante, Paula⁸², a la que entrevistó una reportera de televisión comprando en la carnicería, no cesó durante días de buscar en la programación su propia imagen: “me quería ver”. El *sinóptico*, en el que todos quieren ser visibles, es el reverso del panóptico (en el que lo ideal es esconderse) (Mathiesen en Bauman, 2006: 71). En contadas ocasiones he escuchado entre los informantes voces críticas con el tratamiento mediático del barrio –sólo la de un cura ultraconservador y la de los militantes izquierdistas del movimiento vecinal-.

8.1.2. La performatividad de los sucesos en Carabanchel

Rossana Reguillo (2002), analizando el discurso sobre la violencia en los medios de comunicación, concluye que aunque no sea determinante, posee un peso importante a la hora de construir socialmente el problema de la inseguridad. Los medios contribuyen desde su punto de vista a re-encantar el mundo bajo control burocrático que había dibujado Weber. La violencia

⁸¹ http://wapedia.mobi/es/A%C3%ADDa_%28serie_de_TV_de_Espa%C3%B1a%29 (23/04/2010).

⁸² Paula tenía alrededor de 80 años y vivía en una vivienda obrera de Opañel.

nos trae a través de la televisión, la radio y los periódicos un imaginario del “más allá de la institucionalidad”. Pero además de cubrir la necesidad de relatos encantados, los sucesos juegan un papel relevante en las estrategias de poder de “los Poderes”. Un suceso puede ser definido como todo aquel acontecimiento que lleva implícita cierta violencia y que, en un momento dado, puede ser capitalizado mediante una estrategia de poder securitaria formulada desde un *lugar* por un agente de gobierno. Vamos a poder apreciar en este sucinto recorrido por los sucesos del distrito, aparecidos principalmente en la prensa escrita, cómo este género de noticias, más allá de su contenido, plantea la existencia de una realidad presente, la “inseguridad ciudadana”, que necesita ser combatida a través de medidas policiales. Aunque no voy a detenerme demasiado en este aspecto, podremos observar cómo interactúan dos lógicas en la producción mediática de los sucesos: una neoliberal, en la que una empresa o un gobierno o unos técnicos gestionan la información en función de unos intereses, y otra disciplinaria, en la que periodistas, opinadores y lectores plantean más que “lo que es”, “lo que debería ser” la realidad en relación a la “seguridad ciudadana”.

Los “sucesos” del barrio culpable

En 1978, en plena Transición política, aparecía el siguiente titular en el diario *El País*⁸³: “El recluso muerto en Carabanchel fue enterrado ayer en Cataluña”⁸⁴. Un preso del sindicato anarquista CNT había sido asesinado en la prisión y el fuerte centralismo presente aún en el imaginario, tras cuatro décadas de franquismo, situaba el topónimo “Carabanchel” en la misma categoría que “Cataluña”. La asociación del distrito a la cárcel procede, en buena medida, de esa sinécdoque simplificadora para los madrileños y los gobernantes, por lo que para el resto de lectores del periódico de distribución estatal, el nombre “Carabanchel” equivale a una cárcel. En aquel periodo, la cárcel de Carabanchel vivió su momento de mayor visibilización mediática. Algunos medios de comunicación presentaban una mirada aperturista en el marco de la construcción de un nuevo régimen institucional adaptado a los requerimientos de las democracias representativas modernas. Además, dada la relevancia pública que estaban cobrando algunos de los que habían sido sus internos con la amnistía para los presos políticos,

⁸³ Todos los periódicos tienen su correspondiente edición digital desde hace algunos años, por lo que es fácil encontrar las noticias buscadas a partir de palabras clave. Por otro lado, algunos medios de comunicación han puesto en la red su hemeroteca, pudiéndose recoger noticias de más de tres décadas de antigüedad.

⁸⁴http://www.elpais.com/articulo/sociedad/MARTIN_VILLA/RODOLFO/MADRID/MADRID/MUNICIPIO/CATALUNA/MINISTERIO_DE_INTERIOR/CONFEDERACION_NACIONAL_DEL_TRABAJO/CARCEL_DE_CARABANCHEL/PODER_EJECUTIVO/_GOBIERNO_UCD/_1977-1979/elpepisoc/19780319elpepisoc_10/Tes

por un lado, y a consecuencia de las luchas de la Coordinadora de Presos en Lucha (COPEL)⁸⁵, que reivindicaba el carácter igualmente político de los presos sociales, por otro, en los medios de comunicación de masas de estilo más progresista se insistía en los factores sociales que daban lugar a las cárceles y a la delincuencia⁸⁶.

Las noticias con el vocablo “Carabanchel” continuaron en la década de 1980 referidas metonímicamente a la prisión con el nombre de todo un distrito de más de doscientos mil habitantes. Sin embargo, el interior de la cárcel se tornó progresivamente en un espacio más oscuro en el que sus presos –buena parte de ellos víctimas de la ola de desempleo y heroína de las décadas de 1970 y 1980- ya no tenían voz. En una noticia titulada “Dos presos se fugan del Centro de Observación de Carabanchel”⁸⁷, los reclusos eran representados como sujetos peligrosos⁸⁸ que al estar fugados podían estar merodeando por el barrio. El sindicato UGT, en su rama de funcionarios de prisiones, denunciaba la ausencia de medidas de seguridad. El nuevo régimen parlamentario ya estaba estabilizado y la Transición había finalizado, por lo que la prisión era representada como un mal menor para encerrar a sujetos peligrosos en sí (culpables), sin que su presencia en su interior tuviera ya algo que ver con el contexto político, aunque sí con el social (barrios culpables y heroína). La cárcel, cada vez más cerrada en sí misma, más incomunicada, fue alimentando un mayor misterio a su alrededor. Así es como Leyre, informante cuya infancia transcurrió en esa década junto a la cárcel, recordaba cómo las fantasías se desataban cuando sonaban las sirenas y se transmitía en los medios que unos presos se habían fugado.

La cárcel como escenario de noticias fue invisibilizándose progresivamente y el encierro ahora comenzaba a ser informativo. En las décadas de 1980 y 1990, Carabanchel y algunos de sus sub-barrios son un foco relevante de noticias relativas a sucesos en Madrid: son los *barrios*

⁸⁵ La COPEL encontró apoyo fuera de las prisiones entre intelectuales que denunciaban la situación de los presos. El propio Michel Foucault, impulsor en Francia del Grupo de Información sobre las Prisiones (GIP), apoyó este movimiento (Galván, 2010).

⁸⁶ Así es como en un reportaje realizado en aquella época por el mismo periódico se aborda la investigación sobre lo sucedido en el asesinato de Agustín Rueda, quien pertenecía a la misma COPEL: el preso había muerto tras ser torturado por los funcionarios bajo la orden del director de la prisión al haberse descubierto que, junto con otros compañeros, cavaba un túnel de 40 metros para fugarse (http://www.elpais.com/articulo/espana/MADRID/MADRID_/MUNICIPIO/CaRCEL_DE_CARABANCHEL/extrana/muerte/Agustin/Rueda/elpepiesp/19800127elpepinac_7/Tes/#).

En contraste con esta noticia, en la actualidad predomina la invisibilización del interior de las prisiones y de otros dispositivos de encierro. Las torturas que denuncian distintas organizaciones en centros penitenciarios o afines (CIEs o centros de menores) apenas tienen hueco en los espacios informativos, y cuando lo hacen son abordados como excesos puntuales que escapan de la regla y que se emplean en el juego de posicionamientos de la política profesional.

⁸⁷http://www.elpais.com/articulo/madrid/MADRID/MADRID_/MUNICIPIO/CaRCEL_DE_CARABANCHEL/presos/fuga_n/Centro/Observacion/Carabanchel/elpepautmad/19880124elpmad_7/Tes/

⁸⁸ El “Centro de Observación” de la prisión se dedicaba a valorar el grado de peligrosidad de los presos para acertar en su derivación a unas prisiones u otras.

culpables, que concentran en su interior muchos conflictos o cargan con la responsabilidad de los que ocurren en otros lugares. La culpabilidad de Carabanchel pasaba de la cárcel a sus calles inundadas de heroína. Sin embargo, además de la culpabilización simbólica del entorno como germen de la delincuencia –lógica propia de una cultura disciplinaria en la que se pone el peso en las reformas educativas necesarias para evitar los males sociales-, una nueva lógica parecía asomar la cabeza en un contexto que comenzaría a estar marcado por el espectáculo mediático a la hora de representar la inseguridad. Esta es la razón por la cual algunos informantes entrevistados en 2005 eran críticos con el tradicional tratamiento informativo con el que habían crecido –fruto de ese imaginario sobre el mal de los “barrios bajos”- y que se reactualizaba en algunos medios con parámetros distintos –bajo los que ya no se buscaban las “causas sociales”, sino el entretenimiento televisivo empleando un análisis de costos y beneficios a la hora de producir noticias-. Leyre, Bárbara y Samuel⁸⁹ apuntaban fundamentalmente a la cercanía física de la cadena autonómica Telemadrid, de marcado carácter sensacionalista, sin dejar de ofenderse ante la reactualización de la “tralla” –procedente de la época de la cárcel y reconvertida en la de los yonquis- de la que eran objeto como barrio:

-E: ¿Y creéis que los medios tratan peor a Carabanchel que a otros barrios?

-L: Sí, y mucho Telemadrid. Como, pienso que simplemente por tenerlo al lado, les cuesta mucho menos venir a grabar un atraco, un asesinato, y siempre están por Aluche y por Carabanchel, siempre, si lo ves, y siempre sale Carabanchel, y casi siempre por cosas malas, porque claro, es lo que llama más la atención y...

-B: (...) Decía cuando pondré Telemadrid y no veré que hablan mal de Carabanchel, (...) los policías. Yo también coincidía con eso el otro día, que estaba hablando con mi marido [se para al decirlo y sonríe, denotando sentimiento de vergüenza], y me decía de que Telemadrid, pues como que mencionaba mucho Carabanchel, pero yo no sabía.

-S: Estoy bastante de acuerdo, sí, además es eso, o sea, yo muchas veces veo las noticias del teletexto, por aquello de que son un poquillo más recientes, y por no decir todas, la mayoría son sucesos, o sea, son atracos, son violencia, son robos. (...) Nos dan bastante tralla negativamente.

Aunque Carabanchel va desapareciendo del imaginario como barrio culpable, algún medio, como el diario *La Razón*, ha rescatado en los últimos tiempos el argumento ante la impotencia para explicar la violencia que se da en el espacio social de los profesionales de dicho diario. Refiriéndose a los disturbios producidos la noche del 6 de septiembre de 2009 en Pozuelo (el municipio más rico de España), el periódico utilizó en su titular la frase de un vecino: «Aquí vinieron a pegarse los de Aluche y Carabanchel». Muchos lectores reaccionaron frente al

⁸⁹ Entrevista efectuada en 2005 con jóvenes de la zona de “Fátima”. Leyre, alumna de Trabajo Social a punto de finalizar la carrera en ese momento, me presentó a algunos de sus amigos. Bárbara tenía entonces 23 años y era la primera del grupo en haberse insertado en el mundo laboral y en llevar una “vida adulta” (vivía con su pareja, un chico chileno al que había conocido viviendo en Perú). Por su parte, Samuel, de 25 años, había finalizado la carrera recientemente y vivía en casa de sus padres. Samuel era el que efectuaba discursos más elaborados, optimistas e identitarios sobre el barrio.

discurso del barrio culpable que pretendía reactualizar el medio para liberar de mala conciencia a las clases pudientes que habitan municipios como Pozuelo⁹⁰.

Carabanchel como barrio víctima

Tanto la emergencia de nuevos barrios culpables –sub-barrios dentro de Carabanchel, como Pan Bendito, u otros distritos o municipios, como Villaverde y Alcorcón- como una violencia más deslocalizada y dispersa, harán que paulatinamente “Carabanchel” vaya desapareciendo como espacio imaginario causante del peligro. Pero además de la resituación y la deslocalización de las causas de la violencia en las representaciones mediáticas, con la llegada de la década de 2000 variarán las estrategias y los significados alrededor de los sucesos. Llama la atención cómo se aviva en el Estado español, y especialmente en Madrid, el asunto de la inseguridad con más fuerza que nunca. Aparte de un incremento real recogido en las estadísticas, la prolijidad mediática sobre noticias de sucesos enlaza con un nuevo sujeto mediático: el “extranjero”⁹¹. La inmigración aparecerá indisolublemente ligada a las noticias de sucesos al reflejar la nacionalidad de las víctimas y victimarios de los delitos siempre y cuando éstos no fueran españoles.

El año 2002 marcó un punto de inflexión. Los medios de comunicación situados más a la derecha política interpretaron los sucesos como una “ola de violencia”, pero todo indica que la verdadera diferencia con respecto a los sucesos de años anteriores era que ahora se veían

⁹⁰ La revuelta juvenil en el municipio con mayor renta *per cápita* de España, Pozuelo de Alarcón, sorprendió a la clase política y a todos los medios de comunicación. Los jóvenes llegaron a atacar una comisaría de policía tras haberse intentado desalojarles del recinto ferial en plenas fiestas del municipio con el “combate al botellón” como pretexto. La violenta respuesta de estos adolescentes y jóvenes generó un enorme desasosiego entre políticos y profesionales mediáticos, los cuales sentían que los vándalos podrían haber sido sus propios hijos -esto es, que observaban la alteridad aflorando en su propio espacio social en forma de “kale borroka”. Se puso en marcha, entonces, una estrategia discursiva consistente en extirpar el mal y exteriorizarlo. La cercanía geográfica de Aluche y Carabanchel a Pozuelo se convertía en el pretexto para ostentar la lejanía social. Precisamente Pozuelo es uno de los municipios del extrarradio madrileño que mejor representa el mito del ascenso social en forma de urbanización cerrada y vivienda unifamiliar. Muchos carabancheleros y alucheños que “trunfaron” viven en municipios como Pozuelo, por lo que la aparición de sucesos como los de las fiestas no hacían sino recordar el retorno de la alteridad salvaje de la que escapaban con la afirmación de su nueva identidad: era el retorno de la *anterioridad*, de Aluche y Carabanchel. (<http://www.larazon.es/noticia/aqui-vinieron-a-pegarse-los-de-aluche-y-carabanchel>).

⁹¹ Nada se dice sobre el aumento de la desigualdad social en esa época. Hay ejemplos que atestiguan agresiones sociales a determinados barrios *opinados* por parte de los que ocupan la posición de *opinados*, que combinan la estigmatización de un barrio con la estigmatización de la población inmigrante. En 2005 una pelea entre adolescentes en el Distrito de Villaverde -distrito “obrero”, física y socialmente más periférico que Carabanchel y donde también ha crecido el número de personas extranjeras de manera intensa durante los últimos años- en la que resultó muerto uno de ellos (el fallecido era de origen autóctono y su verdugo de origen dominicano), desató un estallido de prolijidad mediática referida a la violencia callejera en dicho distrito y a la violencia específica de los adolescentes inmigrantes -que ven cruzarse en su persona dos de las categorías más estigmatizadas-. Si bien ese mismo fin de semana se produjeron otras muertes violentas en el Estado español, la de Villaverde fue objeto de una atención inusitada por las condiciones sociales, o mejor dicho, sólo nacionales, de los padres de la víctima y del verdugo.

implicadas personas extranjeras. El por aquel entonces Ministro del Interior, Ángel Acebes, no dudó en vincular inmigración y delincuencia⁹². El resultado fue la generación de un imaginario en el que los “culpables” eran extranjeros, al igual que algunas víctimas (aunque estas víctimas extranjeras siempre eran sospechosas por suscitar “ajustes de cuentas”). En contraste, cuando ciudadanos españoles eran victimarios, su nacionalidad se omitía en las noticias, mientras que cuando eran víctimas, se producía un revuelo sensacionalista que derivaba en brotes de xenofobia discursiva. El diario *ABC* hacía este recuento de crímenes con extranjeros implicados que venían a sumarse a los tradicionales “toxicómanos”:

ESCALADA DE VIOLENCIA EN LAS CALLES

Con el de ayer son ya 40 los fallecidos por asesinato durante 2002 en Madrid.

13 01 02. Un rumano apuñalado en Santa María de la Cabeza.

18 01 02. Una pareja de toxicómanos acuchillados en Usera.

19 01 02. Apuñalado otro toxicómano en Collado Villalba.

1 02 02. Un hombre apuñalado en las Barranquillas.

3 02 02. En Alcobendas, una ecuatoriana arrojó a su bebé a un contenedor. Un hombre moría acuchillado en el Centro.

9 02 02. Un colombiano fue asesinado en Ciudad Lineal. 22 02 02 (...) ⁹³.

Centrándonos en los sucesos del barrio, aun cuando no se manifestasen las nacionalidades por ocasionales situaciones de pudor ético periodístico, estas noticias suponían una continuidad con las que se empeñaban en nacionalizar los sucesos: en el imaginario había quedado fijada la asociación entre culpabilidad y extranjería. De ahí que en una noticia nacionalmente neutra, como la siguiente, uno de los comentarios de los lectores culpara a “los inmigrantes” sin que se mencionase la autoría del delito:

[Noticia] Muerto un hombre por un tiroteo en el parque María de Austria

El fallecido, de unos 40 años de edad, presentaba un disparo en la cabeza cuando los servicios de emergencias llegaron al lugar del suceso, cerca de la Vía Lusitana, en Carabanchel.

[Comentario] No todos seran iguales, vale, pero aqui hace 6 o 8 años era raro que hubiera tiroteos y navajazos en las calles, y ahora los hay por doquier y en el 90% de los casos los implicados son inmigrantes⁹⁴.

⁹² La violencia producida por mafias encuentra en el Estado español un espacio propicio para realizar negocios en los que participan personas de nacionalidades muy diversas (incluida la española). Su traducción mediática, sin embargo, es la asociación de extranjería y crimen (Wagman, 2002), como si una invasión bárbara acechase las calles del país. Los medios apenas aportaban contexto social para comprender cuáles eran las características del espacio económico que daba lugar a los negocios ilícitos, destacando únicamente los sucesos. Por otro lado, esta violencia mafiosa era asociada a la inmigración y a la delincuencia “baja” que se produce en los espacios de precariedad (pequeños delitos).

⁹³ <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/2002/08/13/030.html>

⁹⁴ <http://www.20minutos.es/noticia/38089/1/>

Lo que no dicen los periodistas lo delatan los lectores. Un legendario pasado pacífico y un mítico “90%” –una cuenta hecha cuento (Ibáñez, 1985)- sirven para liberarse de la propia alteridad y exteriorizar el mal. Los sujetos “culpables” son definidos a partir de categorías de nacionalidad y, ocasionalmente, de otras formas minorizantes, como la gitaneidad⁹⁵ o el consumo de drogas, produciendo la ilusión de cerrar la explicación sobre la violencia⁹⁶. La insistencia en la nacionalidad, más allá de que se señale la culpabilidad o la inocencia, la convierte en relevante frente a otras categorías identitarias. Pero no sólo eso, convierte en relevante las propias categorías identitarias como variables explicativas del crimen: intranquilizan y dan seguridad al mismo tiempo. Estamos ante la estructura discursiva predominante en el género de los sucesos durante la última década: se narra de forma descontextualizada el resultado de la interacción violenta (y únicamente ésta, ya que el transcurrir cotidiano y la cooperación no son noticia), lo cual genera un enorme desasosiego al no proporcionarse claves que permitan humanizar el “suceso”. La única nota de contexto la proporciona la categoría social que define a los sujetos: la condición nacional⁹⁷ o la de personas ilegítimas (toxicómanos, prostitutas, etc.), todas ellas englobadas dentro del “mal” moral, de la culpabilidad. Así es como en los últimos años se ha ido construyendo un imaginario sobre “víctimas” y “culpables” que coloca a los “españoles” (a los “de bien”) en el “lado bueno” y a los “extranjeros” (y demás violadores esenciales o situacionales de un cierto orden socio-moral) en el “lado malo”, dando así lugar a una ciudadanía diferencial: unos serán ciudadanos –para quienes se harán las políticas de “seguridad ciudadana”- y los otros serán intrusos tratando de camuflarse entre la “gente de bien” –inmigrantes, toxicómanos, adolescentes, “violentos”, etc.- (Naredo, 2010). No obstante, en multitud de situaciones prácticas esta construcción dicotómica se verá sometida a matizaciones –como cuando se presenta a una víctima extranjera-, dando lugar a una

⁹⁵ En ocasiones la gitaneidad se explicita y en otras, aunque no aparezca, se deja deducir a través de palabras clave asociadas con el colectivo, como “reyerta”. Así es como en un titular versaba “Un muerto y un herido en un tiroteo tras una reyerta en Carabanchel” (<http://www.20minutos.es/noticia/38131/0/muerto/herido/tiroteo/>).

⁹⁶ Separar a los sujetos mediante estas categorías identitarias es una forma de ordenar la realidad que consigue como efecto la capitalización por parte de distintos poderes de las luchas competitivas de pequeña escala en la ciudad. Estas diferenciaciones pueden llegar a extremos aún no alcanzados en los medios españoles, como el de una cadena de televisión argentina dedicada a propagar noticias sensacionalistas, Crónica TV, que produjo el titular “Accidente fatal en Flores. Mueren dos personas y un boliviano”.

⁹⁷ La simbología nacionalista posee un fuerte carácter emocional. Los medios de comunicación son una de las principales agencias de socialización del nacionalismo a través de su incidencia en las categorías identitarias nacionales, las cuales se expresan tanto en las noticias de sucesos como en el fútbol. La ilusión identitaria es el resultado de la asociación entre los sucesos públicos y privados (Rosa, Bellelli y Bakhurst, 2000). La teoría psicosociológica de las llamadas “memorias en flash” ha dado buena cuenta de esta relación, la cual consigue producir *incorporaciones* identitarias de una profundidad inusitada (como cuando un himno nacional consigue que se ponga “la piel de gallina”). De ahí que la deconstrucción identitaria resulte tan dificultosa: es un trabajo de desnaturalización.

construcción escalonadamente diferencial de categorías ciudadanas en función de otros factores –como los capitales de los que gozan los sujetos referidos–.

¿Pero cuál es el origen de las informaciones que sitúan el origen, la nacionalidad o la “raza” como factores determinantes del delito? Hasta bien avanzada la investigación no otorgué la importancia debida al circuito informativo y al peso de los distintos agentes del *complejo mediático*. Una noticia que aparecía subtitulada como “Mata a un indigente a golpes en Carabanchel porque le molestaba que bebiera en la calle”⁹⁸ indignó a los familiares y amigos de la víctima. En la conversación que mantuve con ellos manifestaron que “no era indigente”, que “incluso mandaba dinero a su familia”, en Ecuador. Según referían, fueron a la comisaría y presionaron hasta que la policía cambió la nota de prensa que publicaba en su web (aunque el “mal” ya estaba hecho y los periódicos no se harían eco de las variaciones). Buena parte de la información de sucesos viene ya elaborada desde los gabinetes de prensa policiales, por lo que las categorías sociales que se usan se ajustan a la visión del mundo de los policías y a los intereses de la institución. Si a esto sumamos que los medios se limitan a reproducir acríticamente estas informaciones, podemos deducir que una buena proporción del discurso de la inseguridad es generado por la propia institución policial. En este caso, los familiares se quejaban de que “tergiversaban los hechos” cuando era un compatriota suyo la víctima de “un español”, intuyendo que al rebajar socialmente a la categoría de “mendigo” a la víctima la estaban des-ciudadanizando para hacer más digerible socialmente su muerte.

El proceso de elaboración de las noticias no responde a una intención maquiavélica para desprestigiar al barrio, sino que está fuertemente condicionado por las categorías de visión y división presentes en el *habitus* policial y periodístico. Una mañana de un mes de agosto me encontraba visitando a una mujer en su domicilio (en el contexto de la relación profesional como trabajador social), cuando inesperadamente sonó el timbre. La mujer a la que visitaba abrió la puerta y apareció una mujer joven que se presentó como periodista de Telemadrid (probablemente becaria) y que con cierta desgana –justificándose– transmitió que el jefe de redacción la había mandado allí para hablar con los vecinos y averiguar si sabían algo sobre “un rumano que se hacía pasar por fontanero y asaltaba las casas”. Al parecer, la primera piedra la había lanzado el diario La Razón publicando este hecho y el jefe redactor de Telemadrid, ante la ausencia de noticias en plena canícula madrileña, buscaba en el barrio algún testimonio directo de sus víctimas. Los peligrosos inmigrantes *alteran* la tranquilidad del barrio y para demostrarlo hacen falta testimonios vivos que lo hagan creíble.

⁹⁸ <http://www.abc.es/20101013/madrid/pateo-mortal-parque-20101013.html>

A partir de la introducción de ciertos códigos éticos en la profesión periodística, el ligero matiz de la nacionalidad ha dejado de explicitarse sensiblemente en las noticias, pero “todo el mundo sabe” ya quiénes son los culpables⁹⁹ y dónde realizan sus fechorías. “Carabanchel fue el distrito con más homicidios el año pasado” era el título de un artículo del diario *El País* a comienzos de 2005¹⁰⁰. Entre 2001 y 2003, los casos de muertes violentas se habían disparado en las estadísticas de la policía a consecuencia de los “ajustes de cuentas” producidos por las mafias alrededor de distintos negocios¹⁰¹. La transformación en *barrio víctima* –escenario pasivo, y no ya causante de la delincuencia- no ha restado presencia a Carabanchel en las noticias de sucesos, sino que ha focalizado en unos sujetos concretos la culpabilidad (liberando a los “vecinos”). Un titular de *20 minutos* rezaba en 2007: “Asesinan a tiros a un hombre de nacionalidad colombiana en Carabanchel”¹⁰². La misma noticia era presentada así por *El País*:

Muere un hombre en Carabanchel tras recibir cuatro disparos

Las primeras investigaciones apuntan a un ajuste de cuentas. Testigos del tiroteo vieron correr a dos hombres extranjeros (...).

Un distrito en el que pasa "mucho de todo"

(...) Aurora y su hermana, aseguran haber visto a dos personas "correr por la calle para abajo". "Los que corrían eran jóvenes con cara de extranjeros, uno más alto y otro más bajo, pero no puedo decir de donde eran", matiza Aurora (...). Aurora cree que se trataba de "un asunto de drogas" y apunta que la presencia policial es habitual en el barrio, ya que suele haber muchos incidentes, "muchas riñas y mucho de todo". Carabanchel es un distrito obrero de unos 250.000 habitantes situado al sur de Madrid, donde actualmente viven y trabajan numerosos inmigrantes, especialmente de origen árabe y latinoamericano¹⁰³.

Podemos observar el cambio que ha operado en el imaginario alrededor de los sucesos: los “culpables” ya no forman parte de los barrios, sino que utilizan sus calles y sus casas como escenario de sus crímenes. Carabanchel figurará como el espacio de los vecinos carabancheleros, no incluyendo en esa categoría a una persona, por ejemplo, “ecuatoriana”. Se ha realizado el tránsito desde el *barrio culpable* al *barrio víctima*, como si en él se hubiese vivido

⁹⁹ En los últimos tiempos se puede observar una tendencia por la cual se señala la nacionalidad española en algunas noticias precisamente ante las críticas realizadas a los medios por distintas organizaciones y por los propios gobiernos de países, sobre todo, latinoamericanos. La gestión informativa neoliberal requiere de cierta “manga ancha”, de respuestas a las presiones sociales. Sin embargo, este gesto no resuelve el problema de la criminalización de ciertos sectores “nacionales”, ya que es la propia visibilización de la nacionalidad -su inclusión como categoría explicativa- la que supuestamente añade información relevante.

¹⁰⁰ http://www.elpais.com/articulo/madrid/Carabanchel/fue/distrito/homicidios/ano/pasado/elpepautmad/20050124elpmad_13/Tes/

¹⁰¹ Si bien, la tasa de homicidios estaba aún muy lejos de la de otras capitales europeas. En 2004 descendía fuertemente dicha tasa (de 99 muertes en 2003 a 61 en 2004) gracias a la intervención de la policía, según manifestaban los distintos medios. No he podido acceder a los datos desglosados por distritos.

¹⁰² <http://www.20minutos.es/noticia/322007/0/hombre/muere/carabanchel/>

¹⁰³ http://www.elpais.com/articulo/espana/Muere/hombre/Carabanchel/recibir/disparos/elpepuesp/20071214elpunac_1/Tes

en la paz de la cotidianeidad “toda la vida” hasta que irrumpieron los “delincuentes extranjeros”. En el *complejo mediático*, en el que cada vez más participan los propios lectores en forma de comentarios a las noticias, la voz de los “vecinos” suele emplearse como *verbatim*. ¿Pero qué vecinos? En la noticia recientemente referida aparece la voz de los familiares de la víctima, quienes declaraban, según el periodista, que se dedicaba a la compraventa de coches, pero es la voz de Aurora, vecina “auténtica”, la que tiene peso y se visibilizará con frases entrecomilladas que demuestran el respeto a su alocución¹⁰⁴. El continuo martilleo que reconstruye las identidades nacionales es usado por grupos de ultraderecha que, apropiándose de símbolos originalmente ajenos, crean espacios de difusión como el “Observatorio de la Delincuencia Inmigrante”, imitando nominalmente a algunas organizaciones de Derechos Humanos. Esta “Agencia de noticias independiente y temática sobre la delincuencia inmigrante en España” visibiliza y retoca los titulares de los medios para evidenciar, ante los que “esconden la cabeza”, quiénes son las víctimas y quiénes los culpables¹⁰⁵. En la página de este “observatorio” podemos consultar su recopilación de titulares del periódico *20 minutos*, un diario gratuito repartido en los espacios públicos caracterizado por dar poco más que titulares y profundizar en la confusión de la descontextualización social de la violencia¹⁰⁶:

59 muertes violentas en 2006 en Madrid

1 de enero. Leonardo Murán, un rumano de 23 años, muere de un disparo en el hemitórax izquierdo tras asomarse a la ventana de un quinto piso durante las celebraciones de Nochevieja (...).

(...) Tres horas más tarde, en una vivienda de Carabanchel, Ana Velarde, peruana de 39 años, moría estrangulada por su compañero sentimental, Luis Gonzalo Barragán. Los dos trabajaban en el periódico *Latino*.

¹⁰⁴ Patrick Champagne reflexionaba sobre la visión mediática de los barrios populares en un artículo presentado en el libro *La miseria del mundo*. Para Champagne, la construcción del “acontecimiento” (selección de aquello que es noticia) por parte de los medios responde a la competencia en el campo periodístico (en estrecha interacción con el de la política profesional) y a los criterios de búsqueda de información que guían las investigaciones policiales. El contexto de violencia estructural y simbólica que hace posibles esos “acontecimientos” queda oculto y los vecinos de las barriadas populares donde desembarcan los periodistas ven cómo los efectos de su aparición en los medios no son positivos para ellos. El poder mediático tiene una capacidad de dominación mayor cuando aborda a las poblaciones desfavorecidas, dada la mayor distancia entre los códigos culturales, y cuando aparecen los dominados en los medios, lo hacen con un discurso prestado (del noticiario del día anterior) que encaja perfectamente en las expectativas de los periodistas (que seleccionan, además, las entrevistas con ese criterio) (Champagne, 1999a).

¹⁰⁵ La simplificación nacionalista como explicación social, pese a no formar parte de una lógica neoliberal cultural (mucho más respetuosa con “las diferencias”), juega un papel muy relevante como contrapeso en forma de *opinión* de cara a que el complejo mediático prepare el terreno para medidas restrictivas de libertades individuales y colectivas.

¹⁰⁶ Resulta curioso cómo este “observatorio” incluye noticias en las que las personas implicadas son de nacionalidad y origen español, pero de este modo aumenta el listado en el que, por otro lado, probablemente el único objetivo sea su aparición en los buscadores con el fin de “visibilizar” lo que supuestamente está oculto (recurriendo a los titulares de prensa, que nada tienen de oculto). La estrategia es la de “agrupar” todas esas noticias por si alguien no se había dado cuenta de la relación entre delincuencia e inmigración.

(...) 30 de marzo. José Julián Aldeanueva Ortiz-Villajos, de 66 años, degolló a su esposa, Dionisia Serrano Gómez, también de 66 años, de la que se hallaba en trámites de separación y de la que tenía una orden de alejamiento. El homicidio se produjo en el piso de la víctima, en el barrio madrileño de Carabanchel.¹⁰⁷

Mientras que al contrario que en la época de los barrios culpables, las instituciones y políticos profesionales tratan de transmitir una imagen de homogeneidad sobre sus objetos de gestión, los medios de comunicación desvelan las diferencias al presentar la variable territorial de los delitos más violentos. En este sentido, Carabanchel está sobre-representado en las noticias de sucesos, mientras que no se hacen públicos los datos concretos sobre tasas de delincuencia que manejan las propias instituciones. Este desajuste dentro del propio complejo mediático produce un curioso efecto: organizaciones e individuos adscritos ideológicamente a la ultraderecha ven en ello una suerte de conspiración por la cual se oculta a los ciudadanos la verdad, queriendo significar que distritos como Carabanchel están continuamente teñidos de sangre y que los culpables de este reguero son los inmigrantes. Estos ciudadanos “ven a diario” que son inmigrantes los delincuentes, y sin embargo esto “se oculta”. Así es como en una web llamada *Madrid habitable* se da el título a un artículo “Carabanchel: reyertas, drogas, bandas. Ocho de cada diez detenidos son extranjeros”¹⁰⁸. En el mismo se afirma lo siguiente:

Hablar de la alta incidencia de la población extranjera en la tasa de delitos no es políticamente correcto, pero, en algunos casos y con las cifras en las manos, el debate no es baladí. Carabanchel es el segundo distrito más poblado de la capital, por detrás de su vecino de Latina. De sus aproximados 260.000 habitantes, entre el 25% y el 30% son de origen extranjero, siempre hablando de personas en situación legal en España.

Según las estadísticas policiales, alrededor del 80 por ciento de las detenciones practicadas en el distrito son de personas de origen extranjero. Una cantidad muy alta; sobre todo, si la comparamos con el porcentaje de población de este tipo con que cuenta el barrio.

Observamos que al escribir sobre lo que no es “políticamente correcto”, el autor del artículo está desarrollando esa especie de subgénero discursivo que podríamos titular “versión derechista de la teoría de la conspiración”¹⁰⁹. El contexto que analiza el artículo finaliza al aportar el dato sobre la proporción de población extranjera, confiando en que éste lo explique todo. Sin

¹⁰⁷ <http://sosinvasion.wordpress.com/2007/10/10/59-muertes-violentas-en-2006-en-madrid/>

¹⁰⁸ <http://www.madridhabitable.org/digital/modules.php?name=News&file=article&sid=320>

¹⁰⁹ De hecho, como lo que en su web se desvelan son verdades ocultadas por intereses espurios, en su portada aparecen una mujer y dos hombres blancamente ciudadanos, con vestimenta que denota una amplitud de clases sociales, unidas por tener en común la cabeza tapada, esto es, por “esconder la cabeza”, como si no quisieran afrontar la realidad: que la inmigración equivale a delincuencia. El color verde con algún gráfico evocador de la naturaleza, acompañado de la palabra “habitable”, indica una apropiación de los símbolos ecológicos para asimilarlos a la limpieza, la pureza y, en este caso, la habitabilidad. Durante una estancia académica en México DF tuve oportunidad de conocer algunas organizaciones similares a ésta, como “México seguro”, transmisoras de valores tradicionalistas, que basaban su estrategia en denunciar la inseguridad, en rescatar el buen trabajo de las fuerzas de seguridad y en demandar mayor represión.

embargo, el artículo no parece haber sido escrito por un vecino del barrio, sino más bien por una suerte de “analista”, un sujeto relativamente exterior que ha tenido contacto, al menos, con varios policías. Probablemente periodista, por el estilo escriturario, quien relata se identifica con lo que manifiestan los agentes de policía, confundiéndose incluso en algún pasaje con ellos:

Aquí, en Carabanchel, el barrio que durante años estuvo prohibido prohibir, «la delincuencia, como la energía, se transforma, pero nunca desaparece». Lo dicen los oficiales J. L. A. G. y R. A. S., dos de los mejores referentes de una Policía, la del distrito, que está casi de vuelta de todo. Por ello, cuando llegan a la puerta de la franquicia de comida rápida que hace esquina junto al Metro de Abrantes, poco les sorprende el sangriento panorama. La Noche de Reyes le ha traído a uno de los vecinos de la zona una paliza a manos de un grupo de suramericanos, como él mismo asegura.

Referido al tema de las drogas, los policías de Carabanchel que han proporcionado la información al articulista afirman que ya no es un foco fundamental de tráfico. Los yonquis, que eran españoles, de la tierra de la “piel de toro”, eran víctimas y aquella inseguridad puede ser tolerada, justificada, veinte años después, pero la delincuencia de ahora, a pesar de suponer una continuidad con la del pasado en el distrito, es mucho más ilegítima, sucia, impura:

Muy diferente, dicen los oficiales de Policía, era la situación cuando existía el penal que hizo tristemente famoso a Carabanchel por toda la «piel de toro» en los años 80, cuando el «caballo» galopaba sin descanso sobre la vida de muchísimos jóvenes.

Frente a la limpieza ecológica y natural y la pureza (nacional, racial...), se coloca como contraste una descripción sobre la sangre, sobre el cuerpo sucio e impuro de las víctimas y victimarios de reyertas en el distrito: los “suramericanos”:

Tiene la cara cubierta de sangre. También las manos. Y un fuerte golpe en la cabeza. Tras de sí deja un reguero malva, espeso, tan pegajoso como el odio que pueden llegar a escupir las noches destiladas (...). La violencia de menor edad viste pantalones anchos, gorras bombeadas, y lleva colgados todo tipo de rosarios y collares. La más numerosa de las bandas latinas que se han asentado en la capital, la de los «latin kings», plantó su bandera hace un par de años en el distrito.

Precisamente allí se han producido dos de las cuatro muertes violentas que estos grupos de pandilleros se han echado a los hombros en poco más de un año (...).

El acoso policial está llevando a estos chavales a cambiar su indumentaria, para no resultar tan evidente su pertenencia a estos grupúsculos. Es así como se ve aparecer por una de las calles del barrio a cuatro adolescentes ecuatorianos, a quienes se les da el alto a efectos de identificación. Al menos dos de ellos son viejos conocidos de los agentes. Pertenecen, según indica la Policía, a los «latin kings».

El “acoso policial” valorado de forma positiva deja entrever que quien formula el discurso no gestiona (pues de lo contrario tendría que eufemizar sus acciones con palabras más

asépticas)¹¹⁰. Este artículo, cuyos contenidos suscribirían numerosos miembros de las fuerzas de seguridad a tenor de lo que he podido observar en el trabajo de campo, transmite una idea de fondo: hay desorden, falta de disciplina, descontrol en las fronteras. Por eso, el remedio es orden, disciplina y control. Estamos ante un discurso que se re-encuentra con la lógica disciplinaria en su versión más derechista. Quienes suscriben este discurso se sienten incomodados ante “el libertinaje” de la gestión neoliberal de la información y de la seguridad. Si la derecha económica –gestora- gobierna, y la ultraderecha social interpreta la gestión como política “de izquierdas” en la que el gobierno “discrimina a los españoles”, “les engaña”, “les oculta la verdad”, el resultado es un estado de opinión más o menos generalizado por el cual los inmigrantes son los beneficiados de las ayudas, las becas, los medicamentos, etc. y, sin embargo, no pagan impuestos: “¡y encima vienen y nos matan!”. El efecto es un escoramiento a la derecha del debate político característico de la gestión neoliberal –que alternativamente maneja un discurso intercultural y toma medidas restrictivas demandadas por los sectores de opinión *neodisciplinarios*-.

Apreciamos, pues, cómo en el seno del *complejo mediático* operan distintas lógicas culturales. La *lógica neoliberal* es la que condiciona en mayor medida la producción informativa como un instrumento de gestión más en medio de un complejo de gestión del capital más amplio. Las justas dosis de racismo y xenofobia por un lado, o de interculturalidad por otro, se administrarán como se administran otros muchos aspectos de la vida¹¹¹. El orden cultural neoliberal no es explícitamente racista en su proyecto, pero en su aplicación práctica la discriminación le resulta funcional; tampoco es intercultural en sí mismo, pero la interculturalidad en ocasiones genera negocio y un clima político apropiado –sobre todo si las diferencias toleradas se imbrican en desigualdades sociales-. Por contraste, la *lógica disciplinaria*, aquella que persigue corregir la realidad a base de violencia directa –física o verbal- con el fin de normalizarla, sin ser la que rige la gestión política continúa siendo la empleada por muchos sujetos socializados bajo sus valores del “palo y la zanahoria”, algunos de ellos periodistas, políticos profesionales (aunque casi nunca en público) y lectores que dejan sus comentarios en el hiperespacio y ponen en relación lo que es evidente tras ver las noticias: que “el noventa por

¹¹⁰ El acoso es una realidad aprobada por el autor, lo cual no le lleva a plantearse la razón del elevado número de extranjeros detenidos (teniendo en cuenta que es a quienes más se “acosa”).

¹¹¹ Manuel Delgado (2007: 215-223) ha analizado estos dos discursos –los únicos en el sistema dicotómico de opinión del complejo mediático- como las dos caras de la misma moneda. En ambos se requiere un poder: para los tolerantes, el poder debe permitir (neoliberalismo) y para los intolerantes, el poder debe prohibir (disciplina). Los tolerantes tendrán en los racistas (*skin heads*, partidos de ultraderecha, etc.) el chivo expiatorio que cargará con la culpa de sus propias medidas cuando éstas son instrumentalmente discriminatorias. Como afirma Delgado, para los tolerantes “los racistas son los otros”, sirviéndose del racista como otra suerte de alteridad que sirve para construir el propio discurso identitario. Por el contrario, para los disciplinarios los tolerantes dejarían de serlo si vivieran de verdad con el problema: “que metan un moro en su casa si son tan solidarios”.

ciento de los inmigrantes son delincuentes” o que “el noventa por ciento de los delitos los cometen extranjeros”, según convenga la cuenta al cuento. Observamos cómo las dos lógicas presentes en el género de “sucesos”, a pesar de que compitan están produciendo un estado en la “opinión pública”, una realidad social que requiere la aplicación de políticas de “seguridad ciudadana”.

8.2. La gestión política de Carabanchel

Mientras que los medios de comunicación son más proclives a producir significados diferenciales sobre los barrios, el discurso de los políticos profesionales se caracteriza por la indiferenciación. Observaremos cómo su asepsia no está precisamente exenta de intensos significados: intentaremos saber lo que dicen fijándonos más en lo que callan que en sus enunciaciones. Sin embargo, a partir de los discursos de los responsables de la gestión securitaria del distrito podremos conocer cuáles son los saberes que orientan las prácticas de estos poderes, así como la *performance* securitaria que tratan de poner en funcionamiento en las calles.

8.2.1. Carabanchel para los políticos profesionales: un objeto cualquiera de gestión

En los discursos de los políticos profesionales apenas existen diferencias semánticas entre barrios. Sin embargo, me interesa destacar cuáles son las distancias con respecto a las representaciones de “abajo”. Dados su hermetismo y su fetichización, en contadas ocasiones se profundiza en la antropología social en las concepciones de los agentes de mayor poder. A continuación voy a presentar algunas breves aproximaciones a las prácticas de políticos profesionales ejerciendo públicamente como tales (ya que las otras no han sido accesibles).

Bienvenido, Mister Marshall

La movilización de recursos materiales y humanos que conlleva la visita de un político importante al distrito indica ciertas pautas acerca de las artes de gobierno, de las concepciones de la población y de sus intereses sobre la misma. Tal y como he podido presenciar en primera persona o escuchar en boca de varios testigos, la llegada a Carabanchel del alcalde o de una concejala estrella (Ana Botella, esposa del ex-presidente del gobierno) con el fin de inaugurar algún nuevo dispositivo, supone la puesta en marcha de todos los mecanismos higiénico-estéticos, securitarios y de imagen que se puedan imaginar. Desde dos días antes de la visita hasta el momento de la llegada, como emulando el argumento de la mítica película *Bienvenido, Mister Marshall*, un ejército de barrenderos que sacan brillo a las aceras, de limpiacristales que dejan pulcra la transparente materia, de operarios que asfaltan sobre los viejos baches, de

limpiadores de *graffitis*, de jardineros que plantan rosas, de policías secretas que vigilan e interpelan a las figuras sospechosas, de jefes nerviosos que piden datos a sus subordinados y de responsables de protocolo que organizan la *performance*, arrasan con todos los restos de alteridad del barrio. La situación más reveladora ocurrió cuando una responsable de los servicios sociales llegó a exigir a una educadora que se fuese con la familia que estaba en la sala de espera aguardándola porque su visible alteridad (gitana y pobre) no era presentable ante el Alcalde. Estos preparativos constituyen la antesala de la esperada y fugaz visita, en la que la estrella aparecerá rodeada de decenas de policías, guardaespaldas y un séquito de políticos, afiliados a su partido y periodistas. Le recibirán los jefes en sus 30 segundos de gloria. Pese a que un simple análisis economicista de costes y beneficios para la Administración pública aconsejaría a los políticos que no se moviesen de su despacho, este tipo de puestas en escena se juegan sobre las coordenadas de otro mercado, el electoral. El lavado de cara del barrio sucio (higiénica y socialmente), así como la puesta en escena (el político que se acerca al barrio está completamente separado del mismo) produce un sucedáneo de barrio –un distrito- para que resulte más complaciente a la mirada del poderoso. Ese embellecimiento producido a su alrededor es finalmente su obra: un escenario brillante que oculta el barrio sucio. Sin embargo, este tipo de actuaciones no parecen aumentar la popularidad: se trata de operaciones de mantenimiento para conservar la figura del gobernante y el fetichismo del Estado (Taussig, 1995).

Carabanchel aportando su granito de arena para hacer Madrid

La comunicación en la política profesional se rige por una lógica en la que la “opinión pública” producida por los medios debe ser favorable para que en los mercados electorales la propia opción más que ganar no pierda. Esto supone el establecimiento de una reserva comunicativa que hace de las declaraciones de los políticos estereotipadas alocuciones comedidas y aparentemente asépticas. Los políticos profesionales deben mostrar planteamientos que respondan a las expectativas de un supuesto centro político en el que la moderación lingüística hace, precisamente, de pantalla para ocultar la verdadera actividad político profesional¹¹². Este tono descafeinado, lleno de lugares comunes, en el que no se dice

¹¹² Esta actividad política es pragmática y no por ello menos ideológica, puesto que el pragmatismo responde a un posicionamiento político concreto en el liberalismo, que es el de gestionar las cosas dentro de los límites que impidan el riesgo del propio sistema. Bajo esta pragmática, los políticos de uno y otro partido pueden decir y hacer cosas muy parecidas entre sí, si bien deberán actualizar en cada momento una *performance* sobre lo que es ser “de izquierdas” o “de derechas” que recuerda a las rivalidades del mercado futbolístico. No obstante, esas ostentaciones

nada de tanto repetirlo, es el que emplea por ejemplo el alcalde de la ciudad, Alberto Ruiz-Gallardón, en el prólogo del ya mencionado libro *Carabanchel, sesenta años Madrid* (Del Río, 2008). En este texto, el alcalde se vanagloria de la presencia de Carabanchel en Madrid para pasar a desarrollar su discurso habitual sobre el desarrollo de la ciudad y su entrada en el paraninfo de las grandes capitales mundiales¹¹³. Carabanchel no es más que una parte de Madrid, lo que importa es la capital. Este discurso estereotipado, en el que no se pueden dejar entrever diferencias entre barrios, transmite una idea de Madrid como ciudad grandiosa y homogénea, como un concepto hecho desde arriba, elevado. Desde arriba, desde el avión o desde la cuadragésima planta de los nuevos rascacielos, no se palpan las diferencias sociales encarnadas en cuerpos. Madrid es uniforme y Carabanchel es una parte más del todo, como los distritos más ricos. Este mensaje es muy diferente al de los medios, como hemos apreciado en el apartado anterior. Para el megalómano alcalde de Madrid, la ciudad es una y sin fisuras.

Escuchar a los vecinos y mostrar cercanía

Otro rol distinto tenía el concejal presidente del distrito, Carlos Izquierdo. En su parte del prólogo del libro de Del Río (2008), recalcaba la “identidad” de los carabancheros, la cual procedía, según él, de las “raíces” de los viejos carabancheles Alto y Bajo. Esta identidad de los vecinos del barrio, los cuales en su inmensa mayoría no proceden de ese Carabanchel previo a la anexión a Madrid, hay que crearla para compensar otras identidades menos esenciales y más socio-históricas, como la de los vecinos obreros de un barrio periférico. El “barrionalismo” de derechas que se deja entrever en este discurso encuentra un símil con el que maneja su mismo partido en las naciones periféricas del Estado español: “identidad regional y no por ello orgullo de pertenecer al conjunto”. El orgullo de ser españoles y madrileños no es incompatible con la identidad carabanchelera. Carlos Izquierdo reconoce que existían “antiguos tópicos que estigmatizaban a sus gentes”, pero “Carabanchel es uno de los distritos que mejor encara el futuro”. Añadiendo palabras huecas semánticamente, el distrito es “un espacio de creación, innovación, vitalidad y ganas de hacer Madrid”. Desarrollo y trabajo en una misma dirección para hacer “grande” Madrid. Al concejal le corresponde un cierto discurso diferenciador para hacer valer el hecho de que lo es “de Carabanchel”, pero el discurso de fondo es el del desarrollo de la ciudad bajo parámetros desarrollistas –que se hacen pasar por universales- sin por ello dejar de

de estilos estéticos -de cara a captar el voto de unas identidades o de otras- oculta un consenso sobre lo que se debe hablar y lo que no.

¹¹³ Este discurso triunfalista era el habitual antes de su “depresión” política provocada por el fracaso olímpico y las primeras consecuencias del enorme endeudamiento municipal.

lado la cultura, considerada como una “identidad” que otorga un pasado no vivido, sino reconstruido por expertos y debidamente higienizado y estetizado (sin cuerpos).

Resulta interesante un *chat*¹¹⁴ en el que Carlos Izquierdo, el concejal, responde por escrito a los lectores de un periódico local. Se trata de un medio moderno en el que “da la cara” sin darla. En esta dramatización de la participación ciudadana, el concejal –el padre de los carabancheleros- escucha (como escuchaba el padre del amigo de El Bola). Sin embargo, esta cierta feminización estilística de la comunicación política, que trata de enarbolar el valor de la flexibilidad frente a la rigidez de los políticos del pasado, es actuada de manera muy superficial por este concejal. Como si de un guión preestablecido se tratase, los lectores interesados en lo que opina preguntan lo que éste sabe/puede contestar. El concejal no tiene que responder sino con datos estadísticos proporcionados *ad hoc* en los que se sacan a relucir los logros de la gestión y se transmite una idea de Carabanchel como un distrito más, “en la media”, del municipio de Madrid (ocultando, por ejemplo, la distancia económica con respecto a los distritos habitados por las clases más pudientes).

Al mismo tiempo, al igual que hacía el cronista de la villa, Ángel del Río, lo destacable para enseñar a un turista son los viejos vestigios históricos de una época más noble, previa a la catástrofe cultural producida por el crecimiento del barrio obrero. La negación del Carabanchel oscuro y a la vez rebelde, es decir, de la alteridad representada por la cárcel, se justifica por la necesidad de dotar al distrito de recursos “importantes para el futuro” en lugar de “reabrir heridas” con centros para la memoria histórica. En la siguiente respuesta, el concejal arriesga más e ironiza con uno de los personajes más simbólicos de Carabanchel, Rosendo. Se trata de una forma elegante de transmitir que éste no es representativo del distrito, porque sólo la alteridad verdaderamente muerta deja de hacer daño y Rosendo, como la cárcel, está vivo:

¿Para cuándo una calle a Rosendo?

Espero que dentro de mucho, pues solo ponemos nombres de calles a personas fallecidas.

Por último, la inseguridad debe ser un pilar fundamental de las políticas de cualquier Administración que busque legitimarse, pero cuando se es el responsable político, hay que transmitir un discurso ambiguo de éxito y al mismo tiempo de inversión de mayores esfuerzos. La estadística, una vez más, es la herramienta de gestión, pero no sólo eso, sino una herramienta discursiva que tiene efectos de realidad, si bien el concejal no habla de ningún dato que tranquilice al vecino que pregunta:

¹¹⁴ <http://www.madriario.es/carlos-izquierdo/377/chat.html> (16/07/2009).

¿Qué opina de la seguridad en el distrito? Porque hay zonas en las que es mejor no ir de noche
No estamos con unos índices de inseguridad especialmente malos.

Negación del presente: pasado o futuro; negación de los cuerpos: estadísticas; negación del conflicto: el centro político. El representante de Carabanchel tiene que negociar en sus palabras con las consignas de arriba (al fin y al cabo, en la cadena de mando es un principiante situado una posición muy rebajada) y las presiones de abajo (que a veces le demandan lo que quiere que le demanden, pero en otras ocasiones hacen preguntas incómodas). El resultado es un discurso medido, cuidadosamente elaborado, protagonizado por la moderación y en el que el único valor que se afirma descaradamente, porque está profundamente naturalizado, es el del “desarrollo”. No importan tanto sus palabras (por eso no hay que hacer exabruptos) como la dramatización del padre que escucha, que deja participar.

Podemos interpretar esta actuación de la cercanía y la participación ciudadana como un intento de re-legitimación de los representantes ante la erosión que produce el poder. Es así como el concejal “salió” del despacho y acudió en una ocasión al PAU convocando a sus vecinos en un colegio para “definir las actuaciones” a realizar al ser ellos quienes mejor conocen “las necesidades y carencias”¹¹⁵. Dado que la participación de los vecinos es considerada como mera opinión, útil en los temas que previamente se consideran susceptibles de intervención (como la seguridad ciudadana, cuyas demandas vecinales de mayor vigilancia serán recibidas con los brazos abiertos) y canalizable mediante los cauces normalizados (burocracia), toda aquella acción política al margen, autogestionada, no sólo no se tiene en cuenta, sino que es considerada como peligrosa. Así es como la organización de los carnavales o del “día de la bicicleta” por parte de colectivos y asociaciones del distrito son duramente restringidos, e incluso prohibidos, al constituir un verdadero peligro: los vecinos se organizan sin las mediaciones de los técnicos del Ayuntamiento.

Los representantes políticos más cercanos al distrito reproducen a pequeña escala los debates nacionales que ocupan a los grandes partidos y llenan los espacios informativos. Pero también reproducen a esa escala, la del gobierno de Carabanchel, los consensos políticos alrededor de algunos temas, como la seguridad. En el Consejo de Seguridad del distrito, un concejal del PSOE, que acudía en representación de una asociación de vecinos, felicitaba a la policía nacional por haber detenido a unas bandas, proseguía señalando que en las fiestas más importantes del barrio no debería haber elementos de atracciones que redujesen el espacio (lo

¹¹⁵ No es objeto de análisis la performance de la representación política con participación, pero quiero llamar la atención sobre la apropiación de los discursos críticos con el mercado electoral cuando el propio concejal refiere “a mi entender, la política es algo más que solicitar un voto cada cuatro años”.

cual repercutiría en problemas de seguridad) y finalizaba su alocución mostrando un discurso de igualdad de clase: los vecinos de Carabanchel tienen el mismo derecho que los del Barrio de Salamanca a tener policía (en ese barrio de la burguesía refería que él veía “una pareja de policías municipales cada 50 metros”). Los barrios empobrecidos tienen derecho a tener seguridad, por lo que interpelaba al concejal presidente del distrito: “Estará de acuerdo con nosotros en que cuantos más efectivos tengamos en el distrito, mejor”. Finalizó su alocución felicitando a la Policía Municipal, la cual no hacía más porque no tenía medios. Este discurso, que encaja con las demandas de los policías, es el que “toca” en la oposición, independientemente del partido que la ocupe, mientras que el de sumarse a las felicitaciones y mostrar las mejorías gracias a la mayor inversión de recursos en el barrio y en policía, corresponde al partido que dramatice el gobierno. Se trata de un juego previsible en la política profesional en el que se debate sobre un guión y unos roles preestablecidos en la gestión de la realidad. Carabanchel no importa como especificidad: es un conjunto de datos económicos, de votantes y de población, a pesar de que algunos de estos políticos se hayan “criado en el barrio”. Un responsable de Delegación del Gobierno comenzaba su alocución señalando que sentía mucho arraigo hacia el distrito y que le gustaba mucho Carabanchel, donde acudía asiduamente a visitar a unos familiares. Con ello estaba indicando nuevamente que era una de esas personas que “procedía” del distrito y que “había prosperado”. Carabanchel es tratado entonces como el pasado, como una criatura a la que hay que mejorar mediante el propio gobierno. Sitúa al barrio, “con cariño”, abajo y en la anterioridad: ¿quién está más legitimado para tomar decisiones sobre los carabancheleros que alguien que procede del barrio y ha triunfado?

En definitiva: gestión de la res pública (o reificación de Carabanchel)

Carabanchel no es un barrio especial para los políticos profesionales. Es un conjunto de cifras estadísticas indiferenciado del resto de la ciudad. El gobierno gobierna sobre todos los barrios, céntricos y periféricos, ricos y pobres, y Carabanchel es una porción de la gestión subordinada al “interés general”. Este objeto de gestión es dibujado ocasionalmente con algunas peculiaridades por parte de los gobernantes de cara a la conexión con un público que aún siente las rémoras identitarias de los tiempos fordistas, pero Carabanchel no es más que un conjunto de datos gestionables por parte de unos actores políticos que harán, probablemente, que sea su trampolín para acceder a otras plazas más importantes de la gestión pública. La forma de gobierno liberal, actualizadamente neoliberal, se traduce en esa distancia creciente entre sujeto y objeto. La distancia técnica –lo político se presenta como tecnología- requiere distancia física o

encuentros con lo otro protocolizados bajo extraordinarias medidas de seguridad. Así es como para entrar en la Junta de Distrito, edificio del gobierno de Carabanchel, han ido proliferando los detectores de metales o los vigilantes de seguridad. Cuanto más hermético se hace el poder político, más necesita aparentar lo contrario (“participación ciudadana”). Esta lógica se impone y se contagia a los propios técnicos, que van alejándose también de su “objeto” de intervención.

8.2.2. Gestión de la “seguridad ciudadana”

La función policial no presenta ninguna novedad en nuestro tiempo, pero quizás sí su construcción mediática como garante de la democracia. La continua adulación de su trabajo realizada en el *complejo mediático* ha ido legitimando a la policía en los últimos años hasta colocarla en el “top” de *opinión* y buena imagen de las instituciones públicas. La razón de la alta legitimidad de los cuerpos de seguridad encuentra sus raíces en el *populismo punitivo* (OSPDH, 2005), el más eficaz cemento social entre las instituciones y las clases populares hoy en día. Existen en la actualidad pocos elementos, como la condición de “víctima” de la inseguridad real o potencial de la pequeña delincuencia, que permitan a las personas sentirse ciudadanas, lo cual convierte a la policía en un cuerpo profesional que contribuye a ciudadanizar –o todo lo contrario- a las personas con las que interviene¹¹⁶. El “derecho a la seguridad” parece haberse consolidado frente a la “seguridad de los derechos” (Baratta, 2001), si bien a nivel discursivo se ha querido adherir a la “seguridad ciudadana” conceptos como “libertad”, “participación” o “transparencia”. La relación securitaria se apoya en un triángulo imaginario y discursivo: los culpables serán fundamentalmente sujetos simbólicamente externos al cuerpo social (extranjeros y otros sujetos liminares), las víctimas serán sujetos ciudadanos (“españoles de bien”, lo cual excluye también a jóvenes practicando “botellón”), y el sujeto protector lo constituirá la policía. Malos, buenos y protectores; un mal que causa miedo al bien y un bien que necesita seguridad experta.

La gestión neoliberal de la seguridad requiere de un conjunto de medidas muy diversas entre sí con un triple objetivo: en primer lugar gestionar y redistribuir los riesgos –que se asume que no van a ser eliminados en un contexto de crecientes desigualdades- mediante las técnicas de la *diferenciación* y la *prevención situacional*; en segundo lugar, crear el problema de la “inseguridad ciudadana” en el imaginario social y establecer, así, una demanda que constituirá el

¹¹⁶ Esta condición de víctima como prerrequisito para el reconocimiento social como ciudadano encuentra su correlato en la insistencia en la condición de héroes y de víctimas (del terrorismo o de las acciones de “exaltados”) de los miembros de las fuerzas de seguridad en el *complejo mediático*.

sentido del monopolio estatal (o privado) de la violencia física y dejará abonado un nuevo campo para los negocios privados y la centralización de poder político; y en tercer, y último lugar, capitalizar dicho campo, el de la “inseguridad ciudadana”, con el fin de que se transforme en fuente de recursos y de poder (dinero, votos, reconocimiento). Voy a desarrollar cada uno de estos tres aspectos.

Diferenciación y prevención situacional en Carabanchel

Con el fin de abordar un determinado problema “real” de “inseguridad ciudadana” (desde un brote de robos en una zona a la práctica del botellón), se puede intervenir a través de la presencia policial (persecución y prevención), de programas especiales de intervención social o de campañas de sensibilización ciudadana. El objetivo no es erradicar el problema, sino mantenerlo dentro de unos límites con el fin de que no perturbe otras esferas económicas –perjudicando el comercio de una zona, por ejemplo- y políticas –poniendo en riesgo el orden social-. De este modo, podemos encontrar incoherencia en las medidas tomadas para atajar un asunto, lo cual suele generar la sensación de gestión chapucera (“una semana se indica una cosa y a la semana siguiente la contraria”), tanto en la opinión pública como entre los propios agentes de seguridad.

Sin embargo, si comenzamos a pensar este tipo de gestión como una serie de respuestas fragmentadas que no intentan acabar con el problema en sí, sino de redistribuir los riesgos que conlleva –partiendo de la noción de que los problemas se manejan, no se solucionan, ya que tienen una existencia y un movimiento natural (Foucault, 2008)-, estaremos en mejor disposición de entender la gestión securitaria. El objetivo no es utópico (“acabar con la delincuencia”), sino pragmático (“gestionarla”). Así lo explicaba la vocal del partido gobernante en el Ayuntamiento de Madrid en el Consejo de Seguridad del distrito de Carabanchel:

Siendo conscientes de que siguen cometiéndose delitos en todos los órdenes, sin embargo (...) tengo que destacar el trabajo y enorme esfuerzo de los cuerpos de seguridad (...). Los accidentes no van a desaparecer; la delincuencia no va a desaparecer (...). El compromiso es intentar hacer lo más posible con los medios de que disponemos (...). Hacia la utopía tenemos que tender, pero que no podemos reducir a cero lo que es imposible. Delitos va a haber siempre. Vamos a intentar controlarlo lo mejor posible y esa es la línea que estamos pretendiendo seguir en Policía Municipal.

El cálculo de costes y beneficios de la gestión tiene como resultado la instrumentalización de la técnica de la *diferenciación social* de los cuerpos en categorías identitarias. Esta diferenciación no es original, sino que procede de una cultura disciplinaria en la

que a los cuerpos se les adhieren categorías de sujetos para dar lugar a individuos. Sin embargo, en la gestión biopolítica de la realidad, donde no se incide tanto en los individuos como en las poblaciones, estas diferencias son usadas, más que nunca, para establecer jerarquías y competencia entre sí. No sólo se respeta la diferencia, sino que se potencia (Ávila y Malo, 2007). El objetivo no es la asimilación de los individuos a una disciplina común, sino la división de la población en grupos escalonadamente diferenciados. La diferencia a la hora de otorgar derechos en función de la situación administrativa (basada en tener DNI, NIE o estar en situación “irregular”) no se apoya –al menos aparentemente- sobre esencias basadas en el origen, el fenotipo, la lengua, etc. Desde esta perspectiva, el pensamiento racista y etnocentrista no forma parte del programa neoliberal del Estado. Sin embargo, esta jerarquía de situaciones administrativas –que atraviesa otras jerarquías tradicionales basadas en aspectos de clase y de género- tiene su correlato en una aplicación diferencial de la “seguridad ciudadana” en función del grado de ciudadanía. Son finalmente los agentes a pie de calle quienes aplican con los “criterios” de los que disponen –criterios finalmente visuales-culturales- las medidas de persecución de delincuentes e identificación preventiva. Sin este saber a la hora de diferenciar (para no “parar” a todo el mundo y así no entorpecer el funcionamiento social del barrio) entre los “malos” y los “buenos”, no se podrían aplicar las políticas de gestión neoliberal del espacio público.

Desde el punto de vista de la gestión securitaria, además de indicar a quién hay que mantener bajo vigilancia preventiva, la diferencia es un valor que debidamente reconocido puede facilitar el trabajo. Los nuevos saberes securitarios son incorporados por los propios profesionales, como en el caso de Roberto¹¹⁷, que narra cómo en el centro de reforma de menores en el que trabajaba se les daba a los chicos originarios de Marruecos comida sin cerdo tras haber vivido algunos conflictos por ese motivo:

¡Fíjate, con el ramadán de los marroquíes hemos tenido unas movidas! (...). Cuando empezó todo el rollo, los españoles no sabían mucho del marroquí, y menos del ramadán, entonces claro: comidas con chorizo, comidas al suelo, así [Gesticula simulando tirar un plato al suelo], con la correspondiente historia. Tanto

¹¹⁷ Los profesionales de la seguridad aludidos pertenecen tanto a cuerpos públicos como privados de seguridad. Si bien existen enormes diferencias entre unos perfiles profesionales y otros (incluso entre los profesionales de los distintos cuerpos de policía o en el seno de las distintas empresas de seguridad podremos encontrar matices que des-homogeneizan su cultura profesional), aquí se analiza el funcionamiento del dispositivo securitario en un entorno concreto, no se centrándose exclusivamente en la policía, lo cual justifica la introducción de la agencialidad de todos los profesionales implicados (vigilantes y demás profesionales relacionados de un modo u otro con tareas securitarias). Roberto, con 33 años de edad, había pasado por las filas del ejército (estuvo destinado como casco azul en la guerra de los Balcanes “defendiendo a los musulmanes” según sus propias palabras) y había intentado ingresar, sin éxito, en la Policía Municipal de Madrid, cuerpo en el que había trabajado durante décadas su padre. En el momento de la entrevista era uno de los responsables de la seguridad privada de un “centro de menores” sito dentro de los terrenos de la propia cárcel de Carabanchel.

educadores como vigilantes marroquíes, que han sido muy importantes, gente normalizada, más mayor, ha sido muy importante para enseñarnos a nosotros y para controlar el percal, porque realmente es que claro, llega un chaval que te está hablando, que quitando cuatro palabras que son las que sabe todo el mundo, las palabrotas de cualquier idioma, no sabes lo que te está diciendo –era bonito, claro, desde luego-, y comidas al suelo, cuchillos en medio, ¿sabes?, por haberse encontrado un cacho de chorizo en la boca (...). Ha mejorado pero por conocimiento nuestro, pero para que veas que al final nos estamos acoplando nosotros a su cultura en nuestras ciudades, en nuestro país, cuando realmente debería ser ellos los que deberían acoplarse, con su cultura, pero ellos a nosotros, no imponiendo.

Podemos observar cómo el conflicto se gestionó reconociendo la singularidad de los chicos marroquíes para prevenir disturbios. Esta entrevista ilustra el tránsito de una lógica asimilacionista a otra centrada en la gestión de poblaciones encarnado en un vigilante cuya experiencia profesional le ha ido enseñando a actuar con mayor pragmatismo. Roberto se rendía ante la evidencia y renunciaba a la propia cultura disciplinaria de origen ante la constatación de que resultaba utópica. La externalización de los dispositivos de frontera (que sea Marruecos quien se encarga del control del tránsito a Europa) y su correlato en la creación de dispositivos de reforma de menores en suelo marroquí, acabó constituyéndose en el argumentario de este vigilante:

Hombre, controlar la emigración desde el principio, regularizar a la gente que realmente valga la pena que esté aquí trabajando, y a los demás mandarlos a sus lugares de origen, obviamente (...). Incluso yo he oído alguna vez, con la gente extranjera, los chavales marroquíes, que había tantos, que de 14 chavales que tenía (...), he llegado a tener 11 marroquíes, tela, 11 marroquíes, 2 vigilantes marroquíes y 1 educador, o sea, imagínate, más de la mitad de la plantilla del centro era marroquí, o sea, esto ya es importante, el nivel que hay Pues se estaba hablando de que España pagara en Marruecos centros de menores para hacerlos allí (...). Lo vería muy bien, porque aunque España aporte y ayude, estarían allí, aunque haya que mandar ayuda, allí, y se enseña a los marroquíes a ser vigilantes y a estar en sus cárceles con su propia gente.

Además del reconocimiento de la idiosincrasia de determinados sujetos, la Administración reconoce el hecho diferencial de algunos espacios físicos, como Pan Bendito. Si nos guiamos por las palabras de Kike¹¹⁸ –dinamizador vecinal-, así como de buena parte de los vecinos, en este barrio la propia policía elevaba el umbral soportable de conflicto, tal y como se muestra en la cierta “tolerancia” al tráfico de drogas ilegales: intervenir supondría un elevado coste por la resistencia de los afectados, al mismo tiempo que perturbaría un equilibrio en la zona, haría aumentar los conflictos en otros sub-barrios “tranquilos” y conllevaría un nuevo trabajo de localización de los puntos de venta y de sus actores. Se asume que el tráfico de droga no va a terminar, porque hay demanda (y es funcional económica y políticamente), por lo que el único propósito es mantenerlo bajo los márgenes aceptables aún a costa del sacrificio de la “seguridad” de otros habitantes de Pan Bendito.

¹¹⁸ Kike tenía alrededor de 30 años en el momento de la entrevista.

En el otro extremo está el tratamiento que recibe Islazul, la flamante gran superficie comercial, que debe ser tratada como el jarrón de porcelana china del distrito. Ya mencioné que según afirmaba el responsable del CNP en el Consejo de Seguridad del distrito, “Islazul es una prioridad”, manteniendo reuniones periódicas con la gerencia del centro comercial. La aparición en 2008 de esta megasuperficie supuso una nueva demanda de seguridad cuya cobertura era innegociable: el objetivo era mantener el propio centro comercial y sus alrededores limpios de amenazas que pudieran interrumpir el flujo de consumo y disminuir los beneficios privados. El empleo de recursos públicos (sobre-cobertura policial) con el fin de aumentar el margen de beneficio privado supone el perfecto cumplimiento del programa neoliberal en cuanto a gestión securitaria, para lo cual la Administración hace distinguos entre unos espacios y otros en el propio distrito.

Una realidad fragmentada en categorías diferenciales también permite el tratamiento compartimentado del cuerpo social mediante la segregación numérica de los acontecimientos. Así es como, según afirmaba el responsable de Policía Municipal de Carabanchel en el Consejo distrital de Seguridad, se construyen “mapas de puntos negros” que vienen a reactualizar el panóptico en forma de gestión estadística de la realidad (cifras en lugar de cuerpos). Las técnicas policiales de gestión no difieren en este sentido demasiado de otras formas de gestión de la población. La policía tiene sus propias cartografías de “zonas conflictivas”. La propia ubicación de las comisarías, muy cercanas a la Av. de los Poblados, parece el resultado de un cálculo entre la velocidad de intervención (ubicación dentro del distrito, vías de comunicación rápida) y su función simbólico-preventiva (la más reciente, la de Policía Municipal, se ubica justo en la intersección entre uno de los barrios guetificados, Pan Bendito, y el “clasemediero” PAU de Carabanchel, reforzando la frontera simbólica que marca la Av. de los Poblados).

El saber de la gestión policial es el fruto de la acumulación tanto de datos objetivos como de impresiones subjetivas: se trata de diferenciar para prevenir. En el Consejo de Seguridad del Distrito, el responsable de uno de los cuerpos de policía proporcionaba estadísticas sobre delitos y técnicas usadas por los delincuentes, así como contribuía –partiendo de su visión disciplinaria– a producir las categorías sociales de las víctimas (sobre todo personas mayores, pero también vecinos que se quejaban del “botellón”) y de los culpables (atracadores y jóvenes que hacían “botellón”). Como gestor de la seguridad en el distrito, informaba sobre técnicas delictivas (la del “resbalón”, la del “alunizaje”, la de los “cogoteros”), sobre las causas que las facilitaban (la “insensibilidad” de los ciudadanos al no tomar medidas de seguridad suficientes) y sobre las

soluciones preventivas (echar la llave, ir acompañado al banco...) ¹¹⁹. Pero llama la atención cómo esta técnica “se enseña” a la ciudadanía (“de bien”) para que colabore en la gestión de la seguridad. El jefe de policía que informaba sobre el incremento del “resbalón” (apertura de una cerradura con una lámina flexible), se quejaba de “la falta de sensibilidad del ciudadano a la hora de salir de casa y tomar [no] unas medidas de seguridad”: las víctimas no son las únicas víctimas, sino que su imprudencia está poniendo en riesgo a toda la población (ya que lo que gestiona son poblaciones, no individuos). Desde esta visión, la participación ciudadana consiste en no facilitar el trabajo a los malhechores y en colaborar con la policía. El policía prosiguió analizando el acto de irresponsabilidad ciudadana que finalmente consigue empeorar los datos de su gestión:

Es extraño ver cómo la gente tiene una puerta blindada y a la hora de la verdad, cierra y no le da dos vueltas, el gasto que han hecho en medidas de seguridad no se corresponde con la actuación que tienen.

Se trata de un señalamiento de esa falta de coherencia y responsabilidad ciudadana con el fin securitario y de un llamamiento preventivo a partir del discurso a que la ciudadanía no se relaje. Otra de las recomendaciones preventivas que sugería señalaba:

Otro tema que estamos detectando y se refiere especialmente a personas mayores, es que abren la puerta con cierta facilidad a personas desconocidas: aconsejar la cadenita que se ponía, como medida de seguridad, y se utilice.

Infantilizando a “los mayores”, pues son ingenuamente confiados y “abren la puerta con cierta facilidad”, este agente empleaba una estrategia discursiva que contribuye a atraparles en una categoría desempoderada que les convertía en dependientes de la autoridad y alimentaba la estructura securitaria. En relación a los cajeros automáticos, hablaba de unos “jóvenes” que robaban entreteniendo a quienes sacaban dinero, sin fuerza física. Por eso, los familiares debían tomar conciencia una vez más: acompañando a sus mayores al cajero y no dejándoles solos, igual que se hace con los niños. Lo que importa es la gestión, y en ésta ayudan los propios ciudadanos (los familiares). El discurso de la inseguridad encuentra su origen, en muchas ocasiones, en una comisaría y circula por los medios y entre el vecindario con efectos performativos consistentes en la mayor “sensibilidad” de los ciudadanos al tener más conciencia de los peligros y al actuar en consecuencia. En este caso, aprovechando la presencia de

¹¹⁹ La nominación de las técnicas cumple la función de categorizar y ordenar el contenido de su trabajo, al igual que la clasificación de las víctimas y los victimarios, pero además, esa nominación permite tecnificar su trabajo y dotarle de una especificidad experta que les legitima como profesionales. De ahí que muchas de sus nominaciones de actos delictivos –o no delictivos (“cama caliente”, “pisos patera”)- trasciendan a la prensa y se transformen en realidad en el imaginario.

representantes de asociaciones de vecinos en el consejo, este responsable policial sugirió que difundiesen el mensaje en el barrio¹²⁰.

El cálculo diferenciador en la gestión securitaria también puede dar lugar a decisiones de repliegue o de inhibición. El jefe de policía municipal del distrito respondía a las críticas que recibió por la pasividad de sus subordinados ante un “macrobotellón” el día 15 de Mayo, festividad de San Isidro, en la pradera que lleva el nombre del mismo patrón. Este responsable de policía esgrimió que eran sólo “setenta efectivos para el millón o dos millones de personas que habría”, por lo que no podían hacer nada “ni era aconsejable”. Más allá de la imprecisión y exageración de las cifras del “macrobotellón” (se trataba de la tradicional concurrencia al recinto de las fiestas patronales de Madrid, pero desde la visión de la gestión securitaria aquello era un “macrobotellón”), este responsable informaba de las cifras de ambos bandos, poniendo a funcionar un cálculo estratégico de corte militar.

Aparte de la diferenciación de cuerpos, de espacios, de delitos y de situaciones, en la que “toma cuerpo” la gestión securitaria de la población, la segunda técnica que ha ido cobrando relevancia mediante la hiper-presencia de policía y de elementos securitarios en las calles, es la llamada *prevención situacional*, la cual no persigue acabar con el delito, sino redistribuirlo y mantenerlo bajo unos márgenes controlables. Ante la constatación de que el propio sistema socioeconómico no va a “integrar” a todas las personas en la “ciudadanía”, se hace necesaria una gestión preventiva del excedente humano que colocará a colectivos enteros bajo sospecha (De Giorgi, 2006). En los controles identitarios en busca de personas sin papeles se aplica la *diferenciación* –basada en apariencias fenotípicas y estéticas-, pero fundamentalmente la *prevención* –anticipándose a los conflictos (o más bien produciéndolos en el imaginario)-. Estos controles no responden a la búsqueda de delincuentes cuyas acciones causen alarma social y se aplican de forma discriminatoria según las apariencias de los cuerpos que transitan o permanecen en la vía pública, motivo por el cual están siendo denunciados como ilegales e ilegítimos por diversas organizaciones (BVODH, 2011). Su objetivo no consiste tanto en la expulsión de las personas extranjeras (una de las justificaciones populistas que se emplean) como en su control demográfico y social¹²¹ de cara a un control más general de la población. Si

¹²⁰ No estar fuera de casa a ciertas horas, acompañarse de familiares o clausurar el recinto doméstico con “la cadenita” son consejos que procedían de sus propios valores culturales moralistas y sus saberes extra-técnicos, sin embargo, le seguían resultando útiles para el proyecto de gestión poblacional.

¹²¹ Instrucciones como la circular 1/2010 de la Comisaría general de Extranjería y Fronteras han sido denunciadas por distintas organizaciones, entre ellas el Sindicato Unificado de Policía. Éste mismo sindicato señalaba que en 2009 se habían producido en Madrid 445.000 identificaciones y 22.000 detenciones (<http://www.elmundo.es/elmundo/2010/02/09/espana/1265725220.html>). De esas 22.000 detenciones, que se

nos centramos en su dimensión económica, los costes de esta política para el Estado son muy elevados, si bien en términos de lógica económica neoliberal (socialización de los costes y privatización de los beneficios), el efecto es beneficioso para el mercado privado de trabajo¹²². Por otro lado, si atendemos a una lógica de control político, la identificación de las personas que se encuentran en el territorio (uno de los propósitos mínimos de todo Estado) y la prevención de la disrupción del orden socio-moral, son los criterios lógicos que orientan esta (bio)política¹²³. Pero además, en lo referente a la prevención, estos controles permiten, en materia de “seguridad ciudadana”, recordar a una parte de la población, la que se siente extranjera, que su libertad de movimiento es condicional y que es objeto de una mirada especial, algo que a su vez tiene efectos disciplinarios sobre sus cuerpos (que tienen que condicionar muchas de sus prácticas cotidianas: itinerarios, ocio, sociabilidad, expresividad en el espacio público, relaciones vecinales, resolución de conflictos, etc.). Las identificaciones en la vía pública producen una alta proporción entre las detenciones que efectúa la policía, pese a que no tener “papeles” sea una simple falta administrativa (equivalente a una multa de tráfico). En una ocasión pregunté a un agente de la oficina de extranjería de la comisaría sita junto al CIE encargado de “detenciones”, si tenía mucho trabajo. Su respuesta fue la siguiente: “Tenemos mucho tema de extranjeros. Según, algunos días nos traen muchos”¹²⁴.

Ante el fin de las utopías disciplinarias, seguridad a base de diferenciación y prevención. La policialización de los problemas sociales se convierte en la forma de regular el problema –ya que atajarlo supondría redistribuir poder y recursos- y al mismo tiempo de reproducirlo, ya que si no hubiera delincuencia –esto es, la fuente del flujo de poder sobre el Estado, sus expertos y el mercado proveedor de seguridad- habría que inventarla.

producen por una falta administrativa -no tener residencia legal en España-, y no por la comisión de un delito punible, se expulsa a una mínima parte (cada expulsión tiene un coste aproximado de 5.000 euros).

¹²² A nivel demográfico se controla una masa de población que, así, se mantiene dentro de unos márgenes razonables: el mercado de trabajo requiere personas sin papeles que “tiren” hacia abajo del resto de los salarios. Frente a la supuesta libre venta de la fuerza de trabajo en el mercado laboral que caracterizaría al capitalismo como modo de producción, Sandro Mezzadra (2009) ha puesto el énfasis en *embridamiento* que supone la nacionalidad para regular dicho movimiento desde el Estado y, en último término, para establecer diferencias en el valor de dicha fuerza de trabajo. Al mismo tiempo, un exceso de personas sin papeles podría desestabilizar el orden económico al restar poder a ciertos sectores que explotan trabajo legalmente (por el surgimiento de mercados informales), de ahí que se requiera mantener entre unos límites inferiores y superiores el número de personas “ilegales” a través del control de flujos y de las actuaciones de la policía en materia de extranjería.

¹²³ El cálculo político en la labor policial, aunque abstracto, resulta tan relevante como el económico. Diego Palacios (2007) ha analizado la progresiva adopción de prácticas policiales antidisturbios de carácter no letal como tecnología de gobierno que se fue extendiendo a partir de 1820 desde Inglaterra al resto de países europeos y EEUU. La tesis de Palacios se apoya en el cálculo del coste en términos políticos en las democracias parlamentarias occidentales.

¹²⁴ De su afirmación puede deducirse que no hablaba de detención de personas que supuestamente hubieran cometido un delito –algo que, *a priori* guardaría ciertas regularidades y que daría como resultado cifras parecidas de detenidos cada día- sino de personas en situación irregular en España, cuya detención se basa en criterios dictados por el Ministerio del Interior en función de las plazas disponibles en el CIE, del presupuesto y disponibilidad de vuelos para deportaciones, etc.



Imagen de una redada tomada en la Plaza Elíptica –espacio habitual de contratación de jornaleros sin papeles- extraída de la exposición Fronteras Invisibles (Olmo Calvo y Edu León)¹²⁵.

De las cuentas a los cuentos: la producción de la “inseguridad ciudadana”

El dispositivo securitario no se caracteriza únicamente por estar apegado a la realidad material, sino también por insistir en la producción de una realidad imaginaria: la “inseguridad ciudadana”. Como decía la vocal del partido gobernante antes aludida, “la delincuencia no se va a acabar, pero hay que regularla, y las fuerzas de seguridad llevan a cabo un gran esfuerzo”: escalada simétrica securitaria. En la misma reunión en la que fueron pronunciadas esas palabras, el Consejo de Seguridad, el responsable técnico de la Policía Municipal destacaba la actuación positiva del cuerpo, “tanto a nivel cuantitativo como cualitativo”, y proporcionaba el número de detenciones, intervenciones (contra la venta ambulante), auxilios, identificaciones, cacheos, registros de vehículos... En definitiva, se vanagloriaba de esa intervención. Sin embargo, y ésta es la segunda parte que siempre sigue al discurso institucional sobre (in)seguridad, recalcabá que esta intervención no era suficiente, por lo que se necesitaba más presencia policial.

La más visible de las manifestaciones del *dispositivo securitario* es el fuerte crecimiento de dicha presencia en las calles de la ciudad de Madrid y en el propio barrio de Carabanchel¹²⁶.

¹²⁵ <http://www.fronteras invisibles.org/Fotos-de-madrid.html>

¹²⁶ Patrick Hebberecht y Dominique Duprez (2001) ya destacaron el aumento del recurso policial a nivel europeo durante la década de 1990. Amadeu Recasens i Brunet (2001) obtuvo conclusiones parecidas para el caso del Estado español. Esta tendencia no ha hecho sino profundizarse a medida que se implementaban las políticas

El incremento de las plantillas de policía, muy superior al del número de habitantes, hay que compararlo con la tasa de criminalidad en la ciudad, que en el periodo 2003-2010 pasó de 94,7 a 90,5 delitos y faltas por cada 1.000 habitantes¹²⁷. Sin embargo, la seguridad no se gestiona sólo a partir del frío análisis de esos datos, sino a través del juego de interpretaciones sobre los mismos¹²⁸. Estas estadísticas, más que informarnos objetivamente sobre lo que ocurre en las calles, producen la realidad que demanda la intervención de las fuerzas de seguridad. Las estadísticas policiales han sido fuertemente criticadas por sus sesgos: contabilizan lo que la policía ve, pero las gafas de los agentes son muy particulares y las órdenes de los responsables responden a demandas políticas concretas, como en el caso de los cupos de detención por países para los miembros del Cuerpo Nacional de Policía (CNP)¹²⁹.

Ana Huesca y Elena Ortega (2007) sitúan en Carabanchel una de las mayores tasas de delincuencia de la ciudad de Madrid, sólo tras los distritos Centro y Puente de Vallecas. Las razones que esgrimen las autoras para explicar este fenómeno es la combinación de tasas de rentas bajas y la alta densidad comercial en el distrito. Resulta fácil deducir que esta combinación dé lugar a mayor número de robos y de violencia: pobreza y generación de deseo en el mismo espacio. Pero al mismo tiempo, podemos preguntarnos qué persigue específicamente la policía en Carabanchel, cuyo resultado son esas cifras: por un lado, la Ley

neoliberales en la primera década de 2000. Según el Ministro del Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba, en el mes de Mayo de 2010 sólo en la Comunidad de Madrid ejercían 11.346 agentes del Cuerpo Nacional de Policía, un 46% más que en 2003 (<http://www.adn.es/local/madrid/20100330/NWS-1417-Policia-Madrid-plantilla-ciento-crece.html>). Entre los años 2003 y 2007, la ciudad de Madrid pasó de 5.632 policías nacionales a tener 7.235 (aunque otras fuentes de prensa hablan de una plantilla cercana a los 9.000 policías actualmente). Al mismo tiempo, la plantilla de policías municipales de la ciudad es de otros 7.000 efectivos, habiéndose incrementado en un 25% desde 2003 a 2009 (Nota de prensa del Ayuntamiento de Madrid del 24-06-2009: <http://www.munimadrid.es/portal/site/munimadrid/menuitem.116d686253124a44c72f26e69fc08a0c/?vgn36c948112210VgnVCM2000000c205a0aRCRD&vgnextchannel=6091317d3d2a7010VgnVCM100000dc0ca8c0RCRD&vgnextfmt=pda>).

A este incremento de los efectivos de los cuerpos de seguridad públicos, hay que sumarle el fuerte crecimiento de vigilantes de seguridad privada vivida en los últimos años (superando los 27.000 efectivos a finales de 2008 en toda la Comunidad de Madrid) (<http://www.adn.es/local/madrid/20090429/NWS-2423-Policia-vigilantes-arriesgar-seguridad-homenajea.html>).

¹²⁷ En España según los datos del Ministerio del Interior (19-09-2009) es de 47,6 infracciones penales por cada 1000 habitantes, muy inferiores a las de países como Suecia (120,4) o Reino Unido (101,6). Los datos referidos a la Comunidad de Madrid indican que dicha tasa es de 69,2, similar a la media de la Unión Europea (http://www.mir.es/DGRIS/Notas_Prensa/Ministerio_Interior/2009/np031706.html). No ha resultado posible el acceso a la información desglosada por distritos que maneja el CNP.

¹²⁸ Probablemente, entre los gestores políticos se manejen estadísticas sensiblemente distintas a las que se publican.

¹²⁹ Algunos colectivos que denuncian la continua criminalización de la inmigración coinciden en señalar que tras las relativamente altas tasas de detenidos y encarcelados extranjeros se encuentra un trato marcadamente diferencial al que recibe la población autóctona. Un ejemplo de este trato diferencial se produce cuando un juez criminaliza la pobreza al dictar prisión preventiva para una persona extranjera con escasos recursos, deduciendo que estos bajos recursos producirán en el futuro nuevos actos delictivos, mientras que los mayores capitales mostrables por alguien autóctono le salvarán con mucha mayor probabilidad de la prisión hasta la llegada del juicio. El resultado será el sesgo en la proporción de población extranjera en las prisiones y la retroalimentación del circuito cárcel-estigmatización-delincuencia.

dictamina qué es delito y qué no¹³⁰, y por otro, las intervenciones varían por distritos en función del rol de los mismos en el conjunto metropolitano¹³¹. Así es como la Policía Municipal en Carabanchel tiene puesta la mirada sobre los robos y los delitos contra las personas y prácticamente considera al barrio una “zona de tolerancia” en cuanto al consumo de alcohol y de sustancias ilegales, lo cual no significa que la proporción de robos o ataques hacia personas sea tan alta ni el consumo de drogas y alcohol tan reducido en relación a otras zonas de Madrid. Las actuaciones policiales y sus estadísticas responden a una demanda clientelar concreta que tiene que ver con “realidades objetivas”, pero que también guarda una estrecha relación con el tipo de apremios que recibe cada comisaría por parte de las autoridades y del *complejo mediático* (como eco de la clientela ciudadana).

No es mi propósito negar que pueda existir más delincuencia de “abajo” en Carabanchel o en algunas de sus zonas, sino analizar el papel de los discursos y las imágenes en la producción del *dispositivo securitario* para constatar cómo no existe una relación entre inseguridad objetiva y subjetiva, o mejor dicho, para disolver esta dicotomía y señalar que toda inseguridad es subjetiva. A la hora de hablar de “inseguridad ciudadana”, los responsables políticos suelen lanzar un discurso que se refiere a la eficacia de las medidas policiales, pero cuando surgen “sucesos”, se pone mucho mayor énfasis en la emergencia de la situación excepcional que se debe combatir con mayor número de efectivos y medidas más duras. Esta espiral discursiva ha hecho que las plantillas de policía se incrementen sin que este crecimiento responda a un aumento “real” y proporcional de los delitos (ni de los leves ni de los graves) tal y como están codificados en la ley¹³². Más bien, todo ocurre como si el cometido de los gestores securitarios consistiese en complacer la demanda cautiva del *derecho a la seguridad* (Baratta, 2001).

¹³⁰ Pagar 650 euros al mes por un empleo a jornada completa o cobrar 700 euros por alquilar un piso de 60 metros en Carabanchel no es un delito, pero sustraer una cartera en el metro sí.

¹³¹ En un boletín sobre las actuaciones de Policía Municipal de Agosto de 2010 se observan en relación al consumo de alcohol en la vía pública un total de 481 adultos denunciados en el distrito Centro por tan solo 4 en Carabanchel. Esta enorme desproporción entre un dato y otro tiene menos que ver con que Centro sea el distrito fundamental del ocio nocturno juvenil que con aquello que específicamente se persigue en cada espacio en función de los intereses en juego (Centro es el distrito que más está sometido a los procesos de *gentrificación*). Proporciones similares se producen en las denuncias por tenencia de drogas (197 a 6), lo cual no significa que en el distrito Centro se consuma treinta y tres veces más droga que en Carabanchel sino que en ese distrito la mirada de la Policía Municipal tiene unos objetivos determinados de gestión generados en el *complejo mediático* por las distintas demandas e intereses. Carabanchel aparece en el primer puesto en estas estadísticas en el número de denuncias relacionadas con las personas (227) y el patrimonio (122) según la Ley de Seguridad Ciudadana (<http://test-www.munimadrid.es/UnidadesDescentralizadas/UDCMedios/noticias/2010/09Septiembre/01Miercoles/DatosPoliciaAgosto2010/ficheros/PM%20Munimadrid%20agosto%202010.pdf>).

¹³² La lógica del *emergencialismo* consiste en el uso de los acontecimientos mediante la generación de alarma a través de los medios de comunicación para legitimar decisiones encaminadas a la restricción de derechos y libertades, el incremento de plantillas policiales, la implementación de planes especiales, etc.: el acontecimiento que las dio lugar se retira, pero las medidas excepcionales que se crearon para afrontarlo continúan (Grupo de trabajo sobre inmigración y racismo de la IAP de Lavapiés, 2002). El superávit de efectivos permite a la policía llevar a cabo las prácticas de prevención propias de la sociedad de control, que consisten en la presencia en el espacio público –

El enviado de Delegación del Gobierno al Consejo de Seguridad afirmó que “no se puede esconder que hay ciertos delitos que se han incrementado”, pero que al mismo tiempo resultaba indudable cómo había crecido la eficacia policial. El responsable refería, además, que “en la Comunidad de Madrid se han incorporado recientemente mil cuatrocientos nuevos policías”¹³³. En el caso que atañe a su audiencia, afirmaba que “el catálogo de policía de Carabanchel está al noventa por ciento”. En realidad, este discurso conserva la estructura más común de los discursos de la inseguridad emitidos desde instancias de poder: el mal sube, la eficacia y el número de las fuerzas de seguridad también, y lo que hace falta es más “colaboración ciudadana”. Lejos de cuestionar que a mayor eficacia policial y a mayor número de policías parece que aumenta la delincuencia, este discurso introduce una lógica espiral legitimadora de las instituciones en la que el aumento de la delincuencia es necesario para el aumento de la autoridad policial. La “colaboración ciudadana” se hace necesaria frente a una creciente cualificación de los delincuentes (“los cacos cada día saben más”) que tiene su correspondencia en una creciente cualificación de los policías. Hasta el infinito.

Las distintas formas de medir la “inseguridad ciudadana” nos permiten deducir que más que los datos, es la presencia de la propia temática de la inseguridad ciudadana en los espacios de visibilidad (prensa, televisión, espacio público, etc.) la que tiene efectos performativos. Así es como en distintas conversaciones he podido escuchar en boca de vecinos del barrio afirmaciones como “el noventa por ciento de los robos los hacen extranjeros”. A pesar del interés que tendrían muchos en difundir este dato, es bastante improbable que ningún medio lo haya aportado por su elocuente falsedad estadística¹³⁴. No es el cálculo matemático lo que guía a quienes se apropian de este tipo de informaciones, sino los efectos de verdad de su presencia visible. “Noventa por ciento” no significa un frío cálculo, y más cuando no se lo compara con

restringiendo diferencialmente su uso- y la persecución de todo aquel que resulte “sospechoso” por su juventud, sus rasgos fenotípicos o sus conductas no normalizadas.

¹³³ Si creemos que las cifras no están manipuladas y atendemos al creciente endurecimiento penal, podríamos deducir que nos encontramos en un país y en una ciudad bastante más seguros si lo comparamos con la década de 1990, ya que buena parte de las actuaciones de las fuerzas de seguridad no van dirigidas contra comportamientos que dañen directamente a nivel “físico y moral” a los vecinos, sino a conductas como el consumo de drogas o la presencia en España de personas “sin papeles”, que se producen sin generar ese daño directo (violencia física o verbal). Mientras que los delitos apenas aumentan o incluso algunos años disminuyen, la población penitenciaria, así como la población que se encuentra en centros de reclusión sin ser considerada población carcelaria, aumenta continuamente (hallándose en la actualidad entre las 70.000 y las 80.000 personas, según las fuentes, en todo el Estado español, cifra mayor que la del número de habitantes de una capital de provincia como Toledo o Guadalajara). Distintos movimientos sociales señalan que más que ante una ola delincencial, estamos ante una ola represiva alrededor de ciertos pánicos morales —el uso libre del espacio público-, de sucesos puntuales —como el de los secuestros y muertes violentas entre jóvenes (“caso Marta del Castillo”) (Slepoy, 2008)- y de ciertos colectivos vulnerables formados por una población situada en el grado de ciudadanía más bajo —como es la población migrante-.

¹³⁴ La percepción social de que la inmigración ha incrementado la inseguridad ciudadana no se corresponde con la realidad: entre 2002 y 2006 la inmigración creció en un 86% mientras el número de delitos por habitante descendió en un 22,7% (CEDEHU, 2008).

otros, sino que es el instrumento lingüístico para problematizar un asunto, en este caso la presencia de población migrante en el barrio en el contexto de precariedad y competencia individualista por recursos escasos. Las cuentas convertidas en cuentos (Ibáñez, 1985) producen la demanda en el imaginario, ¿pero cuál es la oferta?

Capitalizar el problema: negocio, performance securitaria y estetización policial

El de la seguridad constituye un nicho de negocio relevante en el que se mercantilizan aspectos de la vida que antes eran gestionados por la propia población y se externaliza una parte de la gestión estatal securitaria¹³⁵. El resultado es un campo emergente de empresas y empleos precarios¹³⁶. Pero además, en barrios con alto nivel de consumo –como el PAU- la proliferación de objetos en propiedad, ligada a la extensión del deseo de posesión en un contexto de desigualdades, genera la necesidad de conservar lo que se tiene frente a la amenaza de unos “otros” que quieren arrebatarlo. Esa necesidad es la que se cubre, cada vez más, contratando un servicio (vigilancia) o comprando un elemento de protección (puertas blindadas, alarmas, videocámaras). En el propio distrito han aparecido en los últimos años algunos pequeños negocios que venden artículos de seguridad personal o residencial (si bien, tal y como me decía uno de los propietarios de estos negocios, su clientela era fundamentalmente externa al distrito por cuestiones de renta)¹³⁷. Al mismo tiempo, algunos de los servicios securitarios que antes prestaba directamente el Estado han sido externalizados, como en el caso de los centros de reforma de menores. Algunos de los propietarios de estas empresas son viejos miembros de las fuerzas públicas de seguridad que, atisbando un negocio floreciente, se pasan

¹³⁵ El volumen de negocio en la Comunidad de Madrid de las empresas de seguridad privada ronda los 1.000 millones de euros de facturación anual (Diario adn.es: <http://www.adn.es/local/madrid/20090429/NWS-2423-Policia-vigilantes-arriesgar-seguridad-homenajea.html>).

¹³⁶ Si hay un sector económico dinámico en los últimos 30 años en España, este es el de la seguridad privada. Tal y como han analizado Torrente *et. al.* (2005), en España las empresas privadas de seguridad se han insertado perfectamente en un nuevo modelo de gestión securitaria más centrado en la regulación que en la provisión. Las empresas, venden, sobre todo, prevención situacional a otras corporaciones (incluido el propio Estado) como un servicio más que abarata costes (al evitar robos, vandalismo, etc.) o aumenta el margen de beneficios. Sin embargo, sin estar dedicadas generalmente a tareas de seguridad ciudadana en España (el monopolio de la fuerza física está en manos del Estado), estas empresas participan indirectamente en esta labor al estar sus empleados de cara al público. Estos autores hablan de un enraizamiento en España de un sistema mixto de seguridad. Es en ese contexto en el que buena parte de los hombres de la clase trabajadora (y cada vez más mujeres) trabajan en seguridad privada en condiciones muy precarizadas.

¹³⁷ El conjunto de prácticas motivadas por la búsqueda de seguridad –en forma no sólo de alarmas, sino también de contratación de seguros y de otras formas de cobertura de necesidades relativamente costosas- conforma un motor nada desdeñable de la economía privada. La seguridad, además, condiciona multitud de elecciones de consumo hoy en día, desde los elementos ligados a un coche o a una vivienda a diversos servicios. Como si de una multitud de pequeños “leviatanes” privados se tratase, todo ocurre como si se delegase en el mercado la propia seguridad mediante prácticas tan cotidianas como la de coger un taxi por la noche en lugar de caminar o tomar el transporte colectivo.

al sector privado aprovechando su experiencia y capital social adquiridos en la policía pública. Así lo constataba Roberto, vigilante de seguridad, hablando de sus empleadores:

Hasta el año pasado estaba en una empresa que estaba formada por policía municipal. Se habían apuntado unos pocos, un oficial y tres más, y habían montado una empresa de seguridad privada, y con contactos que esta gente tiene en todos los lados, pues habían cogido unos centros de menores a través de esta asociación que se llama Respuesta Social S. XXI, es la que lleva él, uno de los cotarros.

Más allá de la dimensión económica de la seguridad, quiero centrarme en la dimensión política. La inseguridad ciudadana puede ser rentabilizada en forma de votos o legitimidad profesional, y para ello es necesario codificarla en datos y actuar una *performance* que dé muestras de eficacia y, cada vez más, de belleza (en un proceso de asimilación entre lo bueno y lo limpio-bello). Este escaparate de la propia gestión consigue eliminar todos los restos corporales de la intervención policial¹³⁸, de ahí que los propios agentes de policía se vean cada vez más inmersos en la lógica de codificación de todo su trabajo. Cada acción que realizan debe tener su reflejo en plantillas bajo la amenaza de que no se les reconocerá su mérito o de que se les cargará con más trabajo. Esta codificación de datos se realiza de manera competitiva entre las distintas dependencias, ya que el reconocimiento de las instancias superiores se efectuará sobre la base estadística. Así es como esta lógica –al mismo tiempo de gestión y estética-, que responde a la necesidad de mostrar números acordes a las demandas del *complejo mediático*, produce en ocasiones el efecto perverso de la producción de identificaciones, detenciones, registros, etc., sin que exista ningún acontecimiento concreto que motive su realización¹³⁹. Un caso paradigmático es el de los “Latin King”. Esta “banda latina” hizo correr ríos de tinta en el momento en que se comenzaba a problematizar la inmigración y a atribuírsele las causas de la inseguridad en Madrid a principios de la primera década del S. XXI. La intervención policial y judicial contra la banda fue el resultado de algunas muertes producidas por sus miembros, una de ellas de amplia resonancia mediática y acaecida en la Plaza Elíptica (Carabanchel)¹⁴⁰. Tras acaparar la primera plana mediática, y con buena parte de sus componentes en prisión,

¹³⁸ La estadística constituye una pantalla simbólica mediante la cual los cuerpos se transforman en números, constituyendo una forma de descorporeizar las relaciones sociales y, en este caso, la violencia.

¹³⁹ El Sindicato Unificado de Policía (SUP) ha denunciado cómo se somete a los agentes a una presión continua con la política de cupos que establece que cada comisaría de Madrid del Cuerpo Nacional de Policía (CNP) debe efectuar semanalmente un número de identificaciones y detenciones basados en la nacionalidad de las personas (“15 bolivianos, 12 ecuatorianos”, etc.). Evidentemente, la forma de producir estos datos, es decir, de llegar a las cifras de gestión finales, no será pública (en este caso el SUP visibilizó este hecho como forma de presión en el marco de sus reivindicaciones laborales), pero los resultados finales sí lo serán en una eventual competición electoral para mostrar qué partido es más “anti-inmigración”. Además de contribuir a la redistribución de los riesgos gestionando la realidad de este modo (interviniendo sobre poblaciones, como “los bolivianos”, y no sobre delinquentes probados), se consigue llegar a unas cifras finales que sí serán presentables a la opinión pública (como el número de expulsiones de extranjeros, de denuncias resueltas, de detenidos, etc.).

¹⁴⁰ <http://www.elmundo.es/elmundo/2005/12/23/madrid/1135339490.html>

comenzó un programa de intervención social¹⁴¹ que durante dos años mantuvo interlocución directa con los líderes del grupo. Una vez caída en el olvido la banda bajo los parámetros de la “alarma social”, dejó de financiarse dicho programa y al poco tiempo reapareció la intervención policial para “descabezar” de nuevo al grupo y darle amplia difusión mediática. Según denuncian los propios coordinadores del programa de intervención, éste era el cuarto descabezamiento y todos los anteriores, lejos de prevenir los actos delictivos de “los Latin”, no habían sino retroalimentado el prestigio como “malos” de sus miembros¹⁴². ¿Qué lógica podemos encontrar en este tipo de intervenciones, mucho más costosas a nivel de gestión económica y mucho menos “rentables” a nivel de “intervención social”? La respuesta podemos buscarla en una gestión pública de la realidad que, lejos de proponerse la verdadera eliminación de la violencia, trata de administrarla de manera fragmentada para así capitalizarla. Más que una interpretación maquiavélica sobre un cerebro organizando un plan, quiero plantear que todo ocurre como si existiesen multitud de agentes dentro del Estado que tratan de atesorar los problemas de acuerdo a una lógica competitiva por el reconocimiento, dando lugar a múltiples intervenciones, las cuales, eso sí, juegan en su conjunto a favor del sostenimiento del dispositivo securitario. A través de la intervención social se “tolera” la existencia de las bandas como grupo con sus “diferencias”, lo cual permite mostrar a la opinión pública una respuesta cualificada y “tolerante”; a través de la respuesta policial se efectúa una demostración de fuerza mediática (“tolerancia cero con las bandas latinas”) en la que se transmite que se actúa con “mano dura” contra el crimen: dos tendencias contradictorias que sin embargo hay que combinar hábilmente para escenificar –en un contexto *emergencialista*- que se actúa dando respuesta a la alarma social¹⁴³.

Podemos imaginar, entonces, que para los gestores el significado de la inseguridad difiere del que le asigna el vecindario. En una ocasión consulté ingenuamente a Pérez¹⁴⁴, uno de

¹⁴¹ Programa coordinado por Bárbara Scandroglio y Jorge S. López, profesores del Departamento de Psicología Social y Metodología de la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Madrid. La información que aquí presento procede de la nota de prensa que sendos responsables hicieron circular por Internet.

¹⁴² Además, la nueva intervención no se basaba en ningún acto delictivo reciente y criminalizaba a todos los asistentes a una reunión sin que pudiese probarse delito alguno.

¹⁴³ La lógica del *emergencialismo* consiste en el uso de los acontecimientos mediante la generación de alarma a través de los medios de comunicación para legitimar decisiones encaminadas a la restricción de derechos y libertades, el incremento de plantillas policiales, la implementación de planes especiales, etc.: el acontecimiento que las dio lugar se retira, pero las medidas excepcionales que se crearon para afrontarlo continúan (Grupo de trabajo sobre inmigración y racismo de la IAP de Lavapiés, 2002). Si se interrumpen procesos de intervención iniciados, echando por tierra el trabajo de dos años, poco importa, ya que el objetivo es la capitalización de las intervenciones desde arriba y el mantenimiento dentro de unos límites tolerables del problema, algo conseguido con unas y otras medidas de manera combinada.

¹⁴⁴ Tuve la oportunidad de entrevistar a Pérez en dos ocasiones a lo largo de 2005, una en unos billares que eligió él y en los que alternó su confianza en el entorno (conocía a buena parte de los que allí estaban) con un exhaustivo control de la situación (evitando estar de espaldas a la puerta para controlar quién entraba, por ejemplo). De unos 50 años de edad, Pérez había crecido en el Carabanchel fordista y ahora ejercía en el distrito con un cargo intermedio. Ya no hacía apenas trabajo de calle, sino de organización. Se había formado en los últimos años para ir

los responsables de la comisaría del CNP, si creía que había aumentado la inseguridad en Carabanchel. Refiriéndome a la “inseguridad” como experiencia subjetiva de los vecinos, mi pregunta, sin embargo, le remitió automáticamente a otra realidad: a su responsabilidad profesional como gestor. Adoptando una posición defensiva, relacionó directamente “seguridad” con “policía”, y sacó a relucir una argumentación en favor de la labor de los profesionales, destacando la falta de medios y la falta de respaldo de los jueces. Pérez se vanagloriaba de los éxitos profesionales: “El tema de bandas lo tenemos todo controlado”. Para él, los problemas de inseguridad existían, eran graves y estaban creciendo, pero no en su feudo: “Somos la tercera comisaría en eficacia (...). La gente colabora, la gente nos ve bien, porque ve que se están haciendo cosas”¹⁴⁵.

En el Consejo de Seguridad del Distrito los responsables políticos y policiales no cesaban de “vender” su propia actuación y de agradecer a los asistentes –miembros de entidades sociales del distrito- su presencia. El jefe de Policía Municipal presentó a la audiencia el programa “Madrid seguro”, el cual aunaba, según él, “seguridad ciudadana” y “atención al ciudadano”. Se trataba –ahora sí- de incidir en la “seguridad subjetiva” mediante una atención propia de los entornos comerciales. Los propios asistentes al Consejo eran situados en esa posición de clientes:

En los cuatro primeros meses de 2009 se han incrementado un 55% las intervenciones en agresiones y reyertas (7 reyertas por día). Se ha incrementado su intervención un 10% en delitos contra la propiedad.

Las detenciones: 347 personas en esos primeros 4 meses del año. Se ha incrementado bastante en delitos contra la seguridad del tráfico. En robos y violencia doméstica también se ha incrementado mucho (...).

El jefe de Policía Municipal indicaba también que tenían una “Unidad de Atención y Protección a la Familia”. La “protección a la familia” supone un buen ejemplo de resignificación de un problema para enmarcarlo en categorías manejables –la violencia de género se transforma en un problema de las familias- y capitalizarlo políticamente, tanto a nivel ideológico como de publicidad institucional. Nuevamente, el discurso de la escalada simétrica apareció en boca de

ascendiendo y en los cursos había descubierto ciertos vínculos entre estructura social, droga y delincuencia que no cesaba de citar.

¹⁴⁵ Pérez se refería al trabajo de su equipo en Carabanchel, atribuyendo los problemas de bandas de jóvenes de origen latinoamericano a otras zonas de la ciudad, a otras comisarías. En el imaginario de la gestión, el mundo está dividido en fronteras rígidas, por lo que si un apuñalamiento se produce en otro distrito de la ciudad (aunque sea a escasos metros del propio), no es un problema, de ahí que se cree la ilusión condensada en la frase “lo tenemos todo controlado”: el control policial, pese a los dispositivos preventivos de seguridad, no tiene más remedio que ir detrás de los acontecimientos, de ahí que mientras un hecho no ocurra en el suelo administrado (y sobre todo, no tenga repercusión mediática), no comienza a ser un problema.

este policía: “somos el distrito que más expedientes hemos recibido para su seguimiento” (casos de violencia intrafamiliar), pero al mismo tiempo, “aunque haya bajado el número de casos, hemos hecho más detenciones, por lo que ha subido nuestra eficacia”¹⁴⁶. Por su parte, el responsable de policía nacional (CNP), insistía en el mismo discurso de la escalada simétrica, manifestando que “se han incrementado un 16% los robos con intimidación, así como el número de detenciones por ese motivo (un 115%)”, aunque reconocía que los robos con fuerza habían disminuido, al igual que los producidos sobre locales. Pero a diferencia del jefe de Policía Municipal, un cuerpo que tiene que poner más énfasis en la *performance* policial de cara a los “ciudadanos de bien”, este responsable del CNP era más dado, como también pude comprobar en las entrevistas con Pérez, a destacar algún comentario victimista sobre las limitaciones que tienen (escasez de recursos, decisiones superiores contradictorias con su tarea, etc.) y la, sin embargo, eficacia de sus resultados. Llama la atención, además, cómo en la construcción de estos datos se incurría en contradicciones poco creíbles que, o bien indicaban el puro invento de las cifras, o bien disfrazaban las intervenciones más “feas” para transformarlas en “bonitas” o legítimas: así es como refería que los “robos a domicilio” habían disminuido mientras que, sin embargo, habían detenido a “un 41% más” de sus autores. Detener no significa capturar a los culpables, sino llevar a comisaría y privar de libertad a sospechosos, y es probable que los controles de identidad a las personas extranjeras, en situación de indefensión jurídica, estuvieran sirviendo para disparar las cifras de eficacia del CNP en muchos ámbitos. En el mismo Consejo de Seguridad, la vocal del principal partido de la oposición actuaba un papel previsible dentro del discurso de la escalada simétrica. Adulando a los policías, los que están en el frente, reforzaba el discurso de las limitaciones de los agentes (por falta de recursos):

No hay ninguna animadversión contra la policía municipal (...). El problema es la falta de efectivos, y es lo que percibimos los ciudadanos, la falta de Policía Municipal por las calles (...). Si es cierto que vamos mejorando, que hemos bajado, pero todavía quedan unos índices muy altos.

Los “índices altos” lo eran porque ella estaba en la oposición, pero no existía ninguna referencia comparativa para conocer cuándo es alto o bajo un índice. Otro concejal del mismo partido, el PSOE, empleaba la misma estrategia discursiva felicitando a los miembros del CNP por la detención de unas bandas de criminales y destacando la ausencia de recursos con los que trabajan los agentes. Pero lo que más llamaba la atención de su discurso era su apelación a una

¹⁴⁶ El asunto de la violencia doméstica es un buen ejemplo de la *emergencia* de un problema en el imaginario. Su visibilización consigue des-normalizar ciertas prácticas machistas, pero al mismo tiempo, al abordarse de manera descontextualizada, como un problema aislado que poco tiene que ver con el contexto patriarcal-jerárquico, se convierte en una fuente más de legitimidad del propio Estado en su abordaje.

especie de “conciencia de clase securitaria” que en lugar de demandar otro tipo de recursos públicos, solicitaba más policía para el pueblo. En esta ocasión eran los políticos de la oposición municipal (PSOE) los que trataban de cortejar a los policías –en competencia con el partido gobernante- reconociendo su trabajo y las dificultades a las que debían hacer frente para ejercerlo, justo lo que los agentes demandaban cuando presentaban las cifras relucientes. Por su parte, el representante de Delegación del Gobierno (del PSOE) manifestaba que la seguridad “no es una cuestión política”: “Nunca lo va a ser, porque el pensar, en un momento dado, que alguien pueda entrar en mi casa por las noches no es una cuestión política, es una cuestión de seguridad”. Estas autoconfesiones de los miedos enmarcadas en un discurso de la inseguridad fueron seguidas de unas declaraciones del concejal (PP) sobre el gobierno central (PSOE): “Es verdad que es muy eficaz con la policía nacional, pero por otro lado está generando esa mayor inseguridad a través de la crisis económica”. Esta trifulca tiene sentido en el marco de las competencias (un partido gobierna en el Ayuntamiento y por tanto es responsable de la Policía Municipal y el otro en el Gobierno central, y por tanto maneja la policía nacional) y de las *performance* de la política profesional, pero naturalizan el resultado de su consenso, a saber: que la seguridad tiene que ver con el aumento de la policía.

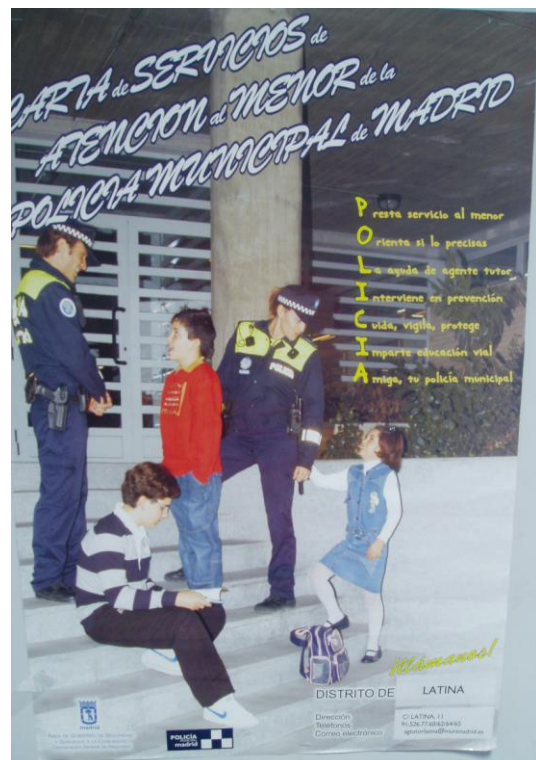
La última característica especial de las *performances securitarias* que quiero destacar es su intento de asimilar “lo bello” con “el bien”, la estética con la moral. La estetización policial implica, principalmente, la necesidad de mostrar una cara “amable” por parte de sus miembros que logre la invisibilización de su violencia. Las políticas de policía han ido refinándose en las últimas décadas al construir otros roles distintos del meramente represivo de las décadas anteriores. La policía no trata sólo de dar miedo, sino que busca una suerte de respaldo social de sus prácticas. Algunos ejemplos de nuevos roles que tratan de asociarse a las fuerzas de seguridad los constituyen los “policías de proximidad”, las oficinas de denuncia ciudadana, etc. La Policía Municipal es la que más se ha visibilizado en el espacio público con un nuevo estilo centrado en la comunicación con el ciudadano: “Quiero informarles que se han iniciado visitas a un conjunto de establecimientos que se pudieran considerar especialmente sensibles (...), joyerías, peleterías y perfumerías”. Los “ciudadanos de bien” deben saber que la policía está presente, y por eso el Ayuntamiento ha creado una serie de oficinas móviles de atención al ciudadano donde se reciben denuncias sin necesidad de ir a las siempre desagradables comisarías. Además, la Policía Municipal de Madrid inventó en la última década la figura del “agente-tutor”. Así se le define en un documento de trabajo de los Servicios Sociales¹⁴⁷:

¹⁴⁷ Tuve acceso al documento a través de un correo electrónico enviado por una de mis jefas en un centro de Servicios Sociales.

Es un policía municipal en cada distrito con funciones específicas en el ámbito escolar, que va de paisano y no se le debe identificar frente a los chicos, debe actuar en los casos de violencia en los institutos, absentismo, en temas de tráfico de drogas en los alrededores de los colegios y cualquier otra intervención que tenga connotaciones policiales y esté relacionada con los colegios. El contacto con los Servicios Sociales distritales es frecuente debido a ser una fuente de detección de menores en riesgo social, participa en las ETMFs¹⁴⁸ de casos donde ha intervenido. También trabaja estrechamente con la educadora de absentismo de la Junta Municipal y los equipos de orientación de los institutos de educación secundaria.



En la primera imagen se aprecia la primera puerta de la comisaría de Policía Municipal de Carabanchel. Una pequeña carta de servicios eufemiza la labor policial, así como lo hace el cartel de la segunda imagen. La situación estructural describe un respeto por parte de los niños y una autoridad de los policías que viene dada por su elevación simbólica en los peldaños de la escalera. Al mismo tiempo, los agentes ostentan una voluntad por resultar cercanos (a pesar de la estructura)¹⁴⁹.



¹⁴⁸ Equipo de Trabajo con Menores y Familias: órgano colegiado en el que se reúnen los responsables de “los casos” de los servicios sociales generales y especializados, así como de aquellos que participan en la intervención.

¹⁴⁹ Por cuestiones prácticas, la imagen fue tomada en un centro público del distrito Latina, pero se trata de una publicidad que también se difundió en Carabanchel.

La asociación de la labor policial con la intervención social, mucho más legitimada en principio, no es sino una respuesta a las críticas a la policialización de los problemas sociales. Como si los servicios sociales fuesen esa especie de varita mágica que resuelve problemas sociales (cuando en realidad funciona bajo lógicas de diferenciación, prevención, individualización y descontextualización del conflicto social muy parecidas a la propia policía), la policía inventa una nueva figura blanda que permite su asimilación con el cuidado, la prevención y la protección más que la represión. En una publicidad del Ayuntamiento de Madrid se anunciaba la “Carta de servicios de la Policía Municipal en relación a los menores”. En ella se señalaba “Tu policía amiga” “cuida, vigila y protege”.

Pero aunque esa imagen “bondadosa” sea más fácil de construir alrededor de la Policía Municipal (cuyos agentes suelen disponer de mayor capital cultural por los requisitos de acceso), los organismos dependientes del Ministerio del Interior, como el propio CNP, han intentado mostrar otra imagen distinta de la meramente represiva. Si el objetivo único de las fuerzas de seguridad fuese atemorizar, no negaría sistemáticamente las acusaciones de violencia que recibe (por agresiones y torturas en comisaría, por uso desproporcionado de la fuerza o por criterios discriminatorios en la selección de sospechosos). Así es como un colectivo vecinal que denunciaba mediante un escrito al Defensor del Pueblo el control de identidad sistemático de la población extranjera, era respondido por la Adjunta Primera del Defensor del Pueblo que cerraba la denuncia tras consultar a la Dirección General de Policía, la cual señalaba que sus actuaciones se enmarcan en el “Plan de Actuación Antiterrorista, Plan Contra el Consumo de Drogas en Colegios y Lugares de Ocio y el Plan Contra la Violencia Juvenil Organizada” y que “estas actuaciones se aplican indistintamente a españoles y extranjeros”. Para los verdaderos ciudadanos –consumidores, electores y contribuyentes-, que no son víctimas casi nunca de esas acciones policiales, se prepara otro tipo de discurso en el que se transmite que se vela por su seguridad respetando escrupulosamente la legalidad y los derechos humanos.

En el marco de una estetización de cara a cuidar la imagen ante un tipo de ciudadanos, los más legitimados, las instituciones securitarias han incorporado un discurso que incide sobre los aspectos subjetivos de la seguridad, reconociendo la importancia de la comunicación simbólica con la ciudadanía¹⁵⁰. Pero no sólo las instituciones securitarias se embellecen. Los

¹⁵⁰ Estas instituciones saben adaptar a cada realidad local una determinada política de imagen. Así es como en barrios como Lavapiés, caracterizado por una buena proporción de población migrante, por la presencia de muchos jóvenes “alternativos”, y al mismo tiempo señalado por un sector ideológico como inseguro, la forma de legitimarse ante el vecindario se realiza por medio de un refinado “Programa comunitario de seguridad ciudadana” llamado

propios miembros de las fuerzas de seguridad han ido encarnando en sus cuerpos la transformación del modelo de policía inducido desde la gestión política. Podemos observar una suerte de “cristiano-ronaldización” de la policía, una especie de embellecimiento “metrosexual” de los agentes consistente en sus nuevos trajes negros, sus cuerpos jóvenes y atléticos y sus flotas renovadas de potentes vehículos¹⁵¹.

“Seguridad en diversidad” (Iniciativa cofinanciada por el Programa de Prevención y lucha contra el Crimen de la Dirección General de Justicia, Libertad y Seguridad de la Comisión Europea).

¹⁵¹ El Ministerio del Interior anunciaba en marzo de 2010 la elaboración de un decreto para dar prioridad a los deportistas profesionales en las pruebas de acceso al Cuerpo Nacional de Policía y a la Guardia Civil. Con el fin de mejorar la eficacia policial, declaraba el decreto, se trataba de enriquecer la plantilla con "efectivos dotados de un componente físico y de sacrificio personal al más alto nivel, produciéndose una sinergia entre el fomento del deporte y la mejora de los recursos humanos de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado" (<http://www.publico.es/deportes/302018/rubalcaba/ficha/deportistas>).

8.3. Profesionales: representaciones desde el frente

Vamos acercándonos a nuestro destino, las calles de Carabanchel, pero necesitamos unos últimos consejos por parte de los funcionarios y demás personal remitido a este remoto e inhóspito lugar. A continuación muestro un repertorio de algunos discursos sobre Carabanchel formulados por profesionales que ejercen en él. Pese a las formas de la gestión neoliberal – respetuosas con las diferencias de los objetos mientras resulten funcionales-, los técnicos conservan aún parte de los saberes y posicionamientos propios de la cultura disciplinaria que dio lugar a sus profesiones. Estos técnicos, mucho más cercanos por obligación al objeto de intervención –el otro-, acuden a Carabanchel pertrechados con herramientas y estrategias diferentes de las de los políticos y gestores: estar todos los días en Carabanchel, “en el frente”, no es lo mismo que una fugaz visita rodeado de guardaespaldas.

8.3.1. Del destino en la colonia al laboratorio urbano

La homogeneidad de Madrid que transmite su alcalde no es creíble por nadie, pero quienes mejor lo saben, por estar a caballo entre dos mundos, son sus funcionarios. Carabanchel, al igual que otros distritos, es un destino forzado, el lugar en el que se podrá hacer de la necesidad virtud –“curtiéndose”- para finalmente retornar a un puesto más cómodo y reconocido en la metrópoli. El enfoque neoliberal de gestión de datos, de simples números encarnados en cuerpos, no es lo que caracterizaba a estos funcionarios que tenían que vérselas cara a cara con los obstinados habitantes de Carabanchel. Cuerpos de carne y hueso que demandaban de ellos otras actuaciones, mayor implicación, hacían que tuvieran que echar mano de otras herramientas y habilidades realmente más antiguas que las de la mera gestión biopolítica. Los funcionarios y demás empleados en la transformación de Carabanchel en un lugar civilizado tenían que dar respuesta a la demanda de cifras desde arriba, pero también tenían que responder a sus autoexigencias morales. La disciplina descrita por Foucault consistía en un conjunto de prácticas de saber/poder que permitían a los funcionarios, militares, capataces, profesores, etc., transformar al otro, asignarle una identidad de acuerdo a una función y establecer un programa de entrenamiento para que en el futuro fuese lo que se esperaba de él. El Carabanchel salvaje al que dio lugar el crecimiento fordista ha necesitado multitud de

profesionales implicados en su transformación. Este arduo trabajo civilizatorio regido por la lógica disciplinaria es lo que algunos profesionales designaban “estar el frente”.

El frente

Carmen era una arquitecta funcionaria con una relativa responsabilidad que trabajaba en el distrito desde hacía varios años¹⁵². Su labor consistía en “cuidar” con un presupuesto “muy escaso” una gran cantidad de edificios públicos de Carabanchel. Carmen se posicionaba en una visión del mundo liberal y tecnócrata que confía en el saber técnico y actualizado (“moderno”) frente a la “caspa” que seguía imperando en la Administración (se refería al libro *Carabanchel, sesenta años Madrid*, que ella misma me regaló, precisamente en esos términos). No tardó en emitir una valoración sobre el barrio: el “infierno”. Carmen bajó al infierno, mucho más abajo de su categoría social:

Entré porque me interesaba la universidad y el ayuntamiento me parecía de lo más casposo, y luego cuando entré vi que en el Ayuntamiento también hacían cosas interesantes y demás. Estaba en un departamento de gerencia que gestionaba los grandes proyectos de inversión pública y me parecía muy interesante, y por las ventajas de ser funcionario, y demás, total, que me preparé la oposición, y cuando aprobé me tocó esta plaza y me vine como si me viniera al infierno, vamos, no sabía ni dónde estaba en el mapa.

Carmen sólo conocía una zona del distrito –la más cercana al centro de Madrid-, ocupada por algunas familias de la pequeña burguesía. Residía en un lugar socialmente muy lejano: en una de las localidades repletas de viviendas unifamiliares destinadas a las clases medias y altas que escalan por autopistas hacia la sierra de Madrid. Carabanchel, que le resultaba “totalmente ajeno”, era ese infierno que no sabía ubicar en el mapa. Como haciendo de la necesidad virtud, se percató de que era un distrito donde estaba “todo por hacer”. Carabanchel es una anterioridad: una alteridad que siempre es anterior, y por eso incompleta. Necesitaba que alguien capacitado con saberes legítimos lo completase, lo terminase de hacer:

Era una zona que antes me resultaba totalmente ajena. Total, que me vine aquí y descubrí un trabajo muy interesante, un ambiente de trabajo muy agradable y un distrito con todo por hacer.

En Carabanchel se empieza: es un rito de paso en la carrera profesional. Ir a Carabanchel supone un reto que recordaba, en su narración, a aquél al que se enfrentaban los funcionarios de las metrópolis al acudir a las colonias a desempeñar su trabajo. Las dificultades

¹⁵² Carmen era la arquitecta encargada del mantenimiento de edificios públicos de la Junta Municipal de Carabanchel desde 2005. Tenía 35 años, residía en una vivienda unifamiliar y procedía de un entorno socio-familiar con un estatus bastante elevado con respecto a la población de Carabanchel.

no venían dadas únicamente por el lugar salvaje que supone este distrito del sur, sino también por el evidente reparto desigual de recursos en relación a sus necesidades y en relación a los distritos más ricos de la ciudad. La Administración no sólo no compensa el desequilibrio territorial, según narraba Carmen, sino que lo acentúa con el no reconocimiento de las desigualdades dentro de la ciudad. Carmen había tomado conciencia de esta desigualdad, lo cual confería mayor mérito a su trabajo:

Era un reto, vamos, pocos medios, porque la Administración da pocos medios, pocos técnicos, porque precisamente esta imagen que tenía yo de que esto es el destierro lo debía compartir la gente, porque a nivel de departamento técnico, que es donde yo estoy (...). Por comparación, por ejemplo, para que te sirva de orientación, el número de técnicos que somos en esta sección con relación al número de edificios, pues no tiene nada que ver los que somos con los que hay en el Barrio de Salamanca, Chamberí (...). Yo creo que se intenta distribuir los dineros como si todos los distritos fueran iguales y seguramente no sean iguales, este distrito tiene necesidades que otros no tienen. El dinero que nos dan va en relación a los metros cuadrados a mantener claro, no es lo mismo tener un edificio cochambroso que tener un bombón como tienen en el Barrio de Salamanca. Como va por metro cuadrado, a mí me parece que la inversión es similar.

Carabanchel es el destierro: es “casposo”¹⁵³ y “cutre” y por eso “está todo por hacer”. Sin embargo, a Carabanchel se le acaba cogiendo cariño: los pocos medios, cuando son afrontados en un equipo cooperativo, acaban por generar una sensación de realización personal:

Vine y encontré pocos medios, mucho por hacer, porque los edificios públicos, que es lo que yo llevo, sobre todo colegios, pues colegios construidos en la posguerra, con malos materiales, de manera muy sencilla y donde además nunca se ha invertido mucho, con lo cual, un poco casposo, todo como muy cutre, pero por otra parte, un reto, un reto el distribuir el dinero que nos dan para gastar en todas las obras de los edificios, pues el intentar estirarlo todo lo posible, una pelea con las contratas para intentar sacar el máximo partido posible para mejorar las cosas (...). Puestos a estar en un distrito, me gusta éste. El equipo que hemos montado, pues compartimos sentimientos y criterios y vamos todos en una línea de ir haciendo inversiones, y tal, y esas cosas da pena dejarlas, entonces, si me quedo en una junta, será aquí. Bien es cierto que es un trabajo que quema mucho, que a veces es muy desalentador, porque lo mismo que a mí me interesa a veces me desanima, pues eso, pocos medios...

El distrito, o mejor dicho, su puesto de trabajo en el mismo (su “plaza”), acabó resultando un lugar entrañable en el que reduciendo la escala de aspiraciones se podía lucir con mayor facilidad. Estas retóricas funcionariales del “me quedo aquí, que al menos tengo contacto con la gente”, son comunes cuando las vías de ascenso están bloqueadas y la oferta no es más que un puesto muy subordinado en un lugar más central. Carmen designaba “trabajo directo con la gente” al contacto con otros profesionales (de menor rango, pero profesionales), no con los habitantes del barrio. El contacto es “bueno” pero “desgasta”:

¹⁵³ Palabra que designa el poco gusto de las clases populares de orientación ideológica conservadora, machista, franquista... Se asocia a “Torrente”, un personaje de ficción en forma de policía creado e interpretado por un actor de Carabanchel, Santiago Segura.

El trabajo directo con la gente. Yo estaba acostumbrada a gerencia, que claro, trabajas sobre el papel, no ves la realidad. Aquí, yo estoy constantemente yendo a los colegios y hablando con los directores, con los profesores, viendo a los niños cómo están jugando en un patio que tiene muchos charcos, entonces esa relación tan directa es muy buena, pero desgasta mucho (...).

Carabanchel salvaje y su fauna

Los funcionarios de Carabanchel inventan una jerga parecida a la de los funcionarios de las colonias en medio de tensiones bélicas. Carabanchel significa “estar en el frente”, “curtirse”, “ser la infantería”: son términos comunes entre arquitectos, trabajadores sociales, profesores, policías, etc. Este desgaste de la primera línea procede en muchas ocasiones de las negociaciones con los otros profesionales y los habitantes del distrito, quienes jugarán continuamente un rol de víctimas ante ellos como única forma de ser reconocidos en sus necesidades y de obtener beneficios. Según la arquitecta, los profesores y directores de colegios exageraban lo mal que estaban sus instalaciones, lo cual fatigaba (“el contacto es muy cansado, aquí lo llaman estar en el frente”).

En estas negociaciones se apela en muchas ocasiones a la sobrevaloración de la inseguridad (robos, vandalismo, etc.) con el fin de obtener ciertos beneficios en un contexto de competitividad por recursos escasos. Ella es la que tenía que gestionar esas migajas –al igual que trabajadores sociales y otras figuras gestoras-, por lo que no cesaba de escuchar historias truculentas en boca de personajes que tenían que victimizarse ante ella (la que otorgaba recursos). Buena parte de los trabajadores sociales, educadores y sanitarios del distrito transmiten un discurso de Carabanchel como un lugar hostil. Los excesos de alteridad y las “resistencias al cambio” generan en muchas ocasiones el síndrome de filiación cultural designado como *burn out*. La dureza del contacto acaba produciendo en los profesionales una visión de los carabancheleros como una “fauna” (metáfora de lo salvaje). Desde esa visión, éstos eran representados como meros consumidores pasivos –en todo caso resistentes- de recursos. Carabanchel era ese sitio inexplorado, hiperpoblado por salvajes (y por eso “no descubierto”). La avenida, General Ricardos, se asimilaba en el discurso de la arquitecta a los ríos que en las representaciones cartográficas coloniales se adentraban en la jungla y cuyos únicos puntos de civilización (nominados) se apostaban a sus orillas e iban disminuyendo según se iba adentrando el viajero imaginario en su cauce:

No existía en el mapa (...). Mi percepción urbanística del distrito era la Plaza de Marqués de Vadillo y una avenida, que era General Ricardos, que se perdía en el final del universo.

Desorden, miseria, suciedad

Desde el punto de vista profesional de esta misma arquitecta, en Carabanchel hay desorden. Carmen señalaba el poco cuidado estético y de calidades de las construcciones del barrio. Se posicionaba del lado de las víctimas: los vecinos del barrio que sufren el proceso de inferiorización mediante los desequilibrios de la ciudad encarnados en sus ladrillos. Pero por otro lado, reproducía mediante el discurso esa inferiorización al no atribuir ningún valor a lo que los vecinos hacen con ese espacio perjudicial: adaptarse, transformarlo, resignificarlo y finalmente valorarlo como propio. Los vecinos son las víctimas de la especulación inmobiliaria y por eso tienen ese espacio tan “cutre”, sin reparar en el significado que para ellos pueda tener esa heterogeneidad estética. Para ella, que cada edificio fuera diferente al de al lado implicaba una falta de orden, de higiene, de visión experta, de gobierno:

-C: A mí me parece un distrito muy desordenado, muy descuidado, en general, y, pues eso, muy cutre, esa es la palabra que yo más utilizaría (...). Mi sensación es que no ha habido ningún cuidado ni estético ni urbanístico, se ha ido construyendo como se ha podido (...). Son todos muy recientes, todos contruidos de una forma bastante simple y todos, no sé..., como un barrio muy obrero, muy poco cuidado, no hay un edificio igual al siguiente, cada uno de su padre y de su madre (...).

-E: ¿Y cuándo dices “cutre”, a qué te refieres?

-C: Pues mira, construido sin cuidado, sin gusto estético, con pocos medios económicos, con poca sensibilidad, pues eso, lo que ven mis ojos en este momento que la grabadora no ve: un ladrillo feo, poco gusto, una carpintería de aluminio corredera... Donde un edificio no es igual al de al lado ni dialoga con nada y por supuesto el edificio no dialoga con la plaza que tiene delante ni con los edificios que tiene al lado, eso es lo que me parece como sórdido, como cutre.

Esa heterogeneidad física es trasladable a la realidad humana. La heterogeneidad de las gentes que se juntan en el espacio público era también vista como un problema, ya que escapaba de la planificación. El carácter humilde del barrio hacía que tuviera una visión de los autóctonos “obreros” como “sencillos”. Desde su visión ilustrada miserabilista, lo que necesitaban los pobres es una educación que proporcionará gente como ella, procedente de otros estratos sociales. Suscribiendo lo que le contaban los directores y profesores de los colegios, Carabanchel se había colocado en un “buen nivel” (ascenso social por medio de la adquisición de capital cultural de los hijos del barrio fordista), pero la “avalancha” de inmigrantes había vuelto a rebajarlo. Era como empezar de cero, tal y como se lo transmitían los profesores: su mito ilustrado del progreso y el ascenso social individualizado siempre se volvía a complicar. Por eso ella empatizaba con estos profesionales con los que se podía identificar. Le habían contado que había vuelto el “hambre”, una figura fantasmal procedente de otros (no) lugares y otros tiempos

(recordemos que su visión se asemejaba a la de una funcionaria de la metrópoli enviada a la colonia):

A mí me sigue llamando la atención que hay muchos inmigrantes [Mira la grabadora, corrige lo que iba a decir y prosigue], mi sensación es que era un distrito originalmente obrero, de gente sencilla, y demás, que en algunas cosas había ido mejorando, que yo qué sé, los hijos de los obreros de los años cincuenta han ido a la universidad y han mejorado un poco la calidad sociocultural de la zona y, eso lo percibo mucho a través de los colegios, porque hablo con los directores y demás, pues muchos directores se sienten muy frustrados porque a lo mejor habían luchado mucho y ya son muy mayores, habían luchado mucho por mejorar el nivel educativo de enseñanza de los colegios y habían conseguido, pues lo que te estoy diciendo, aquí había mucha gente que venía de, inmigrantes españoles, que venían de Extremadura y no sé qué, que acabaron aquí, que sus hijos, que han hecho un esfuerzo económico importante, han conseguido que sus hijos estudiaran, y entonces el nivel educativo de los colegios era bastante bueno y demás, y ahora se han encontrado con una avalancha de inmigración que, digamos, han vuelto a bajar el nivel educativo y de aspiraciones de los colegios. Por eso los directores, a veces me conmueve hablar con ellos por lo que están pasando, y que por ejemplo yo recuerdo a una directora de un colegio que me decía, me decía que hay hambre en el distrito de Carabanchel, es que parece mentira (...). Y por ejemplo, en muchos colegios, en lo que afecta a mi trabajo, muchos colegios nos han pedido cambiar la cocina, que tenían cocina de catering (...), los directores y la comunidad educativa se ha dado cuenta de que la única comida fuerte del día que hacían era, muchos niños, es la que hacen en el cole.

Las palabras de los profesionales de la enseñanza, además de reflejar ciertas realidades materiales del distrito, producían y reproducían una visión de los nuevos habitantes como víctimas pasivas. Carmen no tenía contacto directo con ellas: acudía en coche al trabajo. Su representación de Carabanchel procedía de otras representaciones expertas, por lo que se iba produciendo un alejamiento, copia de la copia del original que ella acabaría transmitiendo a otros técnicos superiores, políticos profesionales y medios de comunicación. Su relación con el barrio era meramente profesional y siempre jerárquica: como voluntaria de una asociación –con cierto poder sobre las familias y las personas con discapacidad- y como trabajadora insertada en la jerarquía institucional –en un lugar relativamente elevado-.

Del destierro al laboratorio social

Carabanchel suele tener funcionarios más jóvenes que otros distritos que acaban, en muchos casos, abandonándolo. Los funcionarios y demás profesionales consideran el barrio como su lugar y objeto de trabajo, estando por lo general muy desvinculados de su vida cotidiana y de sus organizaciones vecinales, a pesar de que algunos de estos profesionales procedan del mismo barrio o de otras zonas populares. Todo ocurre como si el proceso de formación académica y de aspiración (oposición, formación de postgrado...) funcionasen como elementos que alejaran identitariamente a estas personas de los entornos socioculturales populares, algo

muy visible entre trabajadores sociales¹⁵⁴. “A Carabanchel se le acaba cogiendo cariño”, como al territorio colonizado, y quienes hace tiempo terminaron su destierro lo recuerdan como el lugar en el que adquirieron su identidad profesional, en el que más aprendieron, en el que más lucharon y en el que se curtieron.

La dureza de las condiciones de trabajo en Carabanchel para los funcionarios de mayor cualificación procede del diferencial entre sus propias condiciones sociales y las de la población con la que trabajan, todo ello en relación a otros distritos en los que el estatus socioprofesional de los funcionarios se iguala al de la población. La discontinuidad entre categorías culturales es conflictiva y acaba por imponer un cliché al distrito como “difícil”. Sin embargo, entre profesionales no funcionarios, cuyas condiciones laborales son mucho más precarias –como los trabajadores externalizados de empresas del campo de la intervención social-, Carabanchel no significa una dificultad tan extrema, sino un espacio que presenta oportunidades para ensayar innovaciones sociales¹⁵⁵. Un estudio sobre empleo en el distrito utilizaba una técnica DAFO entre profesionales de asociaciones y entidades del distrito en el que al mismo tiempo que señalaban que las “zonas marginales” suponían un *handicap* y que “la inmigración” era tanto un problema como “una oportunidad”, “el sentimiento de pertenencia” junto con el “movimiento asociativo y vecinal” aparecían como fortalezas¹⁵⁶. La visión de algunos de los profesionales de estos programas de trabajo comunitario es la de un barrio que puede convertirse en laboratorio de nuevas experiencias sociales. Esta era la perspectiva de un “dinamizador vecinal”, Kike¹⁵⁷, que entre la intervención social y la militancia política, actuaba en Pan Bendito. Su origen popular (de otro barrio periférico) y su conocimiento previo en el distrito de un bar afín (“del rollo”), le convertían en alguien *a priori* no muy alejado de los códigos culturales del lugar. De Carabanchel conocía:

Rosendo [Risas]. Sí, es decir, barrio periférico típico, años ochenta, con todos los problemas clásicos de esos barrios, o sea, barrios de currelas, trabajadores, clase media-baja que va intentando tirar pa'lante, y

¹⁵⁴ Alrededor de los edificios públicos existen bares que presentan un aspecto más embellecido que los que predominan en el distrito. Estos bares, a los que asisten a desayunar los funcionarios, están diferenciados y en cierto modo segregados del entorno, por lo que tampoco dan lugar a una interacción en el espacio público.

¹⁵⁵ En los últimos 25 años, los sub-barrios de Carabanchel han acogido diferentes propuestas profesionalizadas de trabajo social comunitario que partían de asociaciones locales y que en la mayor parte de los casos han acabado transformándose en proyectos externalizados y subcontratados por la Administración para gestionar programas sociales, perdiendo el carácter participativo y abaratando costes laborales.

¹⁵⁶ “Estudio territorial del distrito de Carabanchel” (2007), enmarcado en el proyecto comunitario “Carabanchel se mueve” (http://www.carabanchelsemueve.org/upload/60/71/Microsoft_Word_-_ESTUDIO_TERRITORIAL_CARABANCHEL_1_.pdf).

¹⁵⁷ Kike, con unos 30 años de edad, trabajaba como “dinamizador vecinal” en una asociación de vecinos de Pan Bendito desde 2008. El programa de dinamización vecinal es el resultado de un convenio entre la Federación Regional de Asociaciones de Vecinos de Madrid (FRAVM) y la Administración. Consiste en la intervención de profesionales a modo de trabajadores sociales comunitarios en asociaciones de vecinos en proceso de decadencia.

poquito más. Creo que como todos, con problema de drogas en su época determinada, con sus pisos feos de ladrillo y en principio con un espacio que se mueve bastante en su época, y con la feria de San Isidro

Kike realizaba un retrato clásico del barrio popular madrileño de los años setenta y ochenta procedente del discurso del movimiento vecinal de la época. Incorporaba como contenido fundamental la “clase obrera”, lo “periférico” y “los problemas”. Incidir en los problemas del barrio como vía para aglutinar y crear reivindicación era eficaz en esa época, pero al mismo tiempo reproducía el significado del barrio. En su propósito profesional actual, la parte de Carabanchel en la que trabajaba debía ser resemantizada por sus propios vecinos, quienes debían ser los protagonistas de su propio proceso: él sólo estaba para impulsar y “dinamizar”:

Yo lo trabajaba como un hito vecinal, es decir, si el espacio intermedio del barrio es creado por los propios vecinos, el nivel de identificación con el propio parque, con el propio espacio, y desarrollo personal con el propio barrio, a nivel colectivo, el salto cualitativo es muy grande, como un hito, ¿no?, “lo hemos hecho nosotros, mirar lo que somos capaces de hacer”.

Frente al modelo fuertemente dirigista de la Administración y de sus funcionarios (tal y como hemos apreciado al analizar el discurso de la arquitecta), el modelo ideal de este profesional, al menos discursivamente, era el de la autogestión de los vecinos de su propio espacio con el apoyo de los presupuestos de la Administración y la dinamización de algunos profesionales¹⁵⁸. Pese a que criticase a otras entidades que habían trabajado en el barrio que fueron reduciendo sus objetivos ante las dificultades –contagiándose de la “depresión comunitaria” y “devolviendo a la gente que no valía”-, él mismo asumía que su trabajo estaba más cercano a la intervención social que a lo político al aceptar que los objetivos eran muy poco ambiciosos. Refería que su forma de trabajar era “metiéndose poco” porque la implicación debía ser de los vecinos: lo que había que hacer era responsabilizarles y decirles “esta mierda es vuestra” con el fin de que vieran que en ellos había posibilidades de cambio:

Y entonces ahora se está empezando a abrir ese nuevo espectro, que se cree confianza en el propio barrio y que sea el propio barrio el que se mueva. Porque aquí estamos demasiados técnicos opinando cómo se debe solucionar el barrio y poco barrio opinando sobre cómo se debe solucionar a sí mismo (...). A nivel interno, creo que estamos en un momento de posibilidad de cambio. Yo creo que se están recuperando valores, se está tejiendo una nueva red, muy flojita todavía, muy flojita, pero a base de proyectos entre gente del barrio de entre veinte y veintitantos años, actividades deportivas, música, fútbol... El *hip hop*, aparte de manejarlo La Excepción lo manejan pocos más. Bueno, aquí en la asociación hay un estudio de grabación que lo han montado los chavales del barrio (...). Yo cuando he hablado de barrio deprimido, lo que hemos intentado crear es vías de escape, o sea, no grandes salidas ni grandes cambios, sino salidas donde la gente en un momento dado pueda salir hacia delante. Y confiar en el propio barrio.

¹⁵⁸ Sin embargo Kike pensaba, al modo de una teoría de la conspiración, que por parte de la Administración existía un interés en que el barrio en el que trabajaba siguiera siendo un “gueto”, en colusión con otras “fuerzas internas”.

Podemos interpretar las palabras de Kike como el resultado de un interés por poner en valor el barrio en el imaginario social a través de la sinergia generada por el contacto en espacios de encuentro que no existían. Su visión coincidía con algunos activistas que consideraban que tras décadas de derrota de lo colectivo se podía comenzar a construir “el común” desde cero. De ahí que el sub-barrio dentro del barrio fuera un espacio propicio para esa experimentación, una especie de laboratorio social en el que se renunciase a los estereotipos identitarios del pasado y se considerasen como oportunidades todas las formas de sociabilidad existentes, incluso la que se producían alrededor de la iglesia evangélica del barrio (“el culto, que tiene un tejido impresionante y nunca se tiene en cuenta”).

8.3.2. Trabajadores securitarios: del lado malo al lado bueno

La cultura disciplinaria de muchos miembros de las fuerzas de seguridad contiene una bipolaridad de posiciones enfrentadas, aunque fácilmente intercambiables: “el bueno” *versus* “el malo”. La negación mutua es meramente discursiva, una afirmación identitaria para diferenciarse en un mundo social compartido: una parte no desdeñable de los miembros de las familias más humildes del barrio venden su fuerza de trabajo en la provisión de servicios securitarios, tanto en el mercado formal –militares, policías, vigilantes de seguridad privada, escoltas, etc.- como en el informal –“gitano cuidando obra”, “machaca”, etc.-. Al mismo tiempo, los agentes que ejercen en la seguridad pública y privada en el distrito proceden –de Carabanchel o no- de entornos populares. El tránsito entre el lado malo –barrio culpable- y el lado bueno –protección del barrio víctima- suele estar mediado por la adquisición de una cosmovisión disciplinaria.

La mirada disciplinaria sobre el barrio

Ejercer en la seguridad supone una de las vías más factibles para pasar del lado malo al lado bueno. Así es como en un centro de reforma de menores infractores uno de los responsables se vanagloriaba de los resultados educativos, consistentes en que algunos de los chavales habían iniciado una relación de “simbiosis con el barrio” consistente en ejercer de vigilantes en el aparcamiento cercano a dicho centro. En otra ocasión, tras el desalojo de un edificio ocupado por unos jóvenes de origen senegalés, el propietario dejó el inmueble en manos de dos “gitanos” que ofrecían sus servicios cuidando el lugar para que no se produjese una

nueva ocupación¹⁵⁹. Ante la exclusión de otras fuentes de obtención de reconocimiento, algunos miembros de las clases populares ven factible el uso de su capital físico para venderlo en el mercado laboral securitario. Este es el caso de Javi, escolta de “un famosote”, cuyo cuerpo trabajado en el gimnasio se acompañaba del lenguaje hipermasculinista procedente de sus años de “malote”. Así, Javi hablaba de “romper el cuello”, “dar un buen golpe”, “cortar los brazos”, “partir las piernas” o “dejar la cara como un tomate”¹⁶⁰. Estas expresiones, que aluden casi siempre a partes del cuerpo, forman parte de una actuación estratégica de la masculinidad intimidatoria. Familiarizados con estas categorías desde mucho antes de ejercer profesionalmente la fuerza corporal (probablemente desde sus adolescencias callejeras), existe continuidad entre cierto lenguaje “barriobajero” y el que emplean en su trabajo muchos profesionales de la seguridad. Su vocabulario procede del “lado malo” y ahora ejercen en el “lado bueno”.

El origen de clase condiciona entre buena parte de los trabajadores securitarios un respeto añadido por aquello que simboliza la pertenencia a clases más elevadas, especialmente el capital cultural. Así, un día en el que realizaba fotografías en distintos puntos del distrito, me encontré con el mismo tipo de respuesta en un vigilante de una comunidad de vecinos y un agente de policía municipal:

En un portal de una comunidad cerrada del PAU estoy fotografiando la garita. No veo que hubiera nadie dentro pero de repente sale el vigilante en actitud agresiva y como si estuviera sorprendido del desafío a su autoridad que estaba llevando a cabo: “¿Qué haces?”; “Estoy tirando unas fotos para una investigación sobre el barrio”; “Ah, bueno [Cambia el tono radicalmente, se ha tranquilizado], pero la garita no la saques”; “Ya, es que la investigación es sobre la seguridad en el barrio, entonces quería fotografiarla”; “Ah bueno, bueno”.

En la nueva comisaría de policía municipal le pregunto al agente del control de acceso si puedo tirar fotos, ya que “estoy haciendo una investigación para la tesis doctoral en la Universidad Complutense”, y me dice: “Yo no te puedo decir que sí, porque eso depende de los mandos y ahora no hay ninguno”. En tono muy amable, como queriendo ayudar, me dice que venga cualquier mañana e intente hablar con un mando, que seguro que no habría problema y que además seguro que me dejaría entrar dentro. Le digo que tengo prisa por tirarlas hoy y le pregunto si puedo al menos fotografiar el cartel de entrada (por la publicidad institucional implícita que contiene). Me dice “¡Sí hombre, eso sí!”. Lo curioso es que acabo tirando fotos de la fachada porque es inevitable al sacar el cartel, pero todo apunta a que se ha quedado más tranquilo tras mis palabras de “investigador” (Cuaderno de campo: observación efectuada el 07-08-2011).

¹⁵⁹ Los propietarios recurrieron tanto a la institucionalidad –policía y juzgados– como a la informalidad –gitanos cuidando obra– en su objetivo de salvaguardar el derecho a la propiedad.

¹⁶⁰ Tal y como pude apreciar conversando con él, el propio lenguaje descriptivo de las agresiones forma parte del envoltorio discursivo que todo acto de violencia física necesita: amenazar con “romper el cuello” es dar el primer golpe, infundiéndole miedo a sufrir una agresión o un golpe mortal o que puede provocar una paraplejía.

Tanto el vigilante como el policía se tranquilizaron tras mi breve explicación: fue el capital cultural exhibido (“investigación”, “Universidad Complutense”) lo que les dio seguridad y les hizo confiar en mi pertenencia al “lado bueno”, no mis precarios argumentos.

En las últimas tres décadas muchos trabajadores han encontrado en la seguridad su nicho de empleo en condiciones precarias como vigilantes de seguridad¹⁶¹. A través de distintas conversaciones y observaciones realizadas con diversos vigilantes de seguridad privada, he podido encontrar cómo tienen en común las peores condiciones del mercado para la fuerza de trabajo masculina (lo cual está haciendo que entren a trabajar muchas personas migrantes y mujeres), un nulo reconocimiento social (en relación a los policías, por ejemplo)¹⁶² y unos trabajos que, si bien suelen consistir en la mera presencia a modo de prevención situacional del delito o del incivismo, les deja largas horas en soledad y sin la posibilidad de construir sociabilidades de ningún tipo.

Salvo algunos vigilantes, que son antiguos aspirantes a policías que no han pasado las pruebas de acceso, la mayoría reconoce que trabaja en seguridad como lo podría hacer en cualquier otro empleo no cualificado. Así lo explicaba Ramón¹⁶³, vigilante en un centro de servicios sociales de Carabanchel:

La gente que entra o es por necesidad (...), gente que se ha quedado en paro de otro sector que intentan entrar (...). Por regla general es gente que viene de barrios muy conflictivos y con pocos estudios (...). Yo soy un proletario duro y puro, vamos, vendo mi trabajo por un salario, vamos, y encima salario bajo (...). Si me sale un trabajo mejor que este, que gane más dinero, como proletario vendo mi trabajo (...).

Los argumentos que suelen manejar los vigilantes de seguridad del metro a la hora de intervenir frente a conductas prohibidas en las instalaciones (“top manta”, reparto de panfletos o publicidad, etc.) discurren por senderos relativos a cierta conciencia de clase (“luego va a ser la mujer de la limpieza a quien le toque trabajar doble”) y de subalternidad (“su trabajo choca con el mío (...), a mí me da igual que venda CDs, lo que digo es que las cámaras me están grabando y

¹⁶¹ Entre los sectores populares desarticulados tras la reconversión industrial de las décadas de 1970 y 1980 comenzó a florecer un nuevo proletariado de los servicios, un *servoproletariado* (Rodríguez López, 2007b) que emplea a muchos de sus miembros en la seguridad.

¹⁶² Asociado a bajos costes laborales, los vigilantes están de cara al público pero carecen de “autoridad” jurídica (algo que reivindican los sindicatos). En el contexto de externalización de servicios públicos, precisamente cumplen el rol de chivo expiatorio: liberan a la policía de labores de desgaste de legitimidad y en caso de conflicto, el responsable es un agente individualizado que trabaja para una empresa externalizada el responsable, no la institución.

¹⁶³ Ramón, de 40 años de edad, era vigilante de seguridad privada en un Centro de Servicios Sociales del distrito.

si yo le dejo ponerse, a quien se le cae el pelo es a mí”¹⁶⁴. No se sentían legitimados para indicar a los demás cómo debían orientar su conducta, sino que “cumplían órdenes”.



Vigilante de Metro en la estación de Carabanchel.

Sin embargo, el empleo en las fuerzas de seguridad del Estado permite escapar de esa precariedad y dar el salto definitivo al “lado bueno”, lo que se traduce también en un papel más activo a nivel disciplinario-moral. Pérez, miembro del Cuerpo Nacional de Policía (CNP), recorría su biografía carabanchelera de este modo:

Entonces, mi padre es ebanista, estaba trabajando en una empresa y le dieron un piso ahí y vinimos a vivir ahí, y ahí me crié. Yo, fíjate, ahí si te puedo hablar que era una zona que era muy marginal. Ahí empezó el mundo de la heroína, empezó, pues, en la época mía, y de toda la panda que éramos nosotros quedamos cuatro, uno es abogado, yo que soy policía y dos que están en fase terminal de SIDA por la heroína, los demás todos han muerto de lo mismo, ¡todos! Es más, yo estuve, yo antes de venir a Carabanchel y antes de ascender a subinspector, estuve de oficial, y estuve en la Brigada (...), y allí me encontré a un compañero del colegio detenido. Allí estaban las dos partes (...). Las dos caras de la moneda.

Las dos partes: “el lado bueno” y “el lado malo”, la cara y la cruz. Quienes se emplean en la policía pública suelen identificarse de manera consistente con su trabajo y con los objetivos de la institución para la que trabajan. Su identidad profesional, al contrario que entre los vigilantes de seguridad, parece superponerse a su identidad laboral. Esta identidad profesional se apoya sobre ciertos saberes especializados incorporados en las oposiciones y las academias que dan acceso al puesto, pero además, y esto es lo más llamativo, los agentes cuentan con el margen de autonomía suficiente para incorporar la visión del mundo moral adquirida en su proceso de socialización barrial. Sus saberes barriales se transforman en saberes profesionales.

¹⁶⁴ Comentarios recogidos durante sesiones de observación en las instalaciones del metro. Algunos de ellos son la respuesta a mi interpelación.

En el juego de identificaciones y contra-identificaciones –propias de un proyecto civilizatorio disciplinario en el que la construcción de identidades resulta fundamental y dicotómica-, se producen respuestas muy distintas ante las personas con las que intervienen que convierten a los policías en figuras que otorgan o deniegan en su interacción la condición de ciudadanía. Así es como un policía que acudió a comunicar la orden de desahucio a una mujer que vivía “de patada” (ocupación ilegal de una vivienda vacía) “se extralimitó” de sus funciones y transmitió con cierto espíritu de revancha:

¿Te gustaría que viniera yo y echase la puerta de tu casa abajo y me quedase a vivir? Yo tengo que vivir con mi madre y tú quieres casa gratis (Agente de policía nacional, entre 25 y 30 años)¹⁶⁵.

Estar en el “lado bueno” frente al “lado malo” (encarnado en este caso por “gitanos vagos”), esto es, pagar la hipoteca al banco y respetar la propiedad privada, hace de estos proletarios securitarios “policías de las prácticas”, esto es, agentes morales que no han abandonado el sentido original de la policía (Foucault, 2008; De Certeau, 2006)¹⁶⁶.

Palacios (2003) señala que, dado el origen de clase de los agentes, los poderes del Estado tradicionalmente han tendido a generar diferencias entre ellos y el pueblo (mediante los continuos cambios de destino o el encierro, por ejemplo, en casas cuartel de los guardias civiles con el fin de cortar lazos con el cuerpo social). Sin embargo, hoy en día el obrerismo identitario de los policías no parece estar en disputa con los poderes, sino que más bien todo ocurre como si nuevos (y viejos) lazos identitario-ideológicos, fundamentalmente basados en elementos nacionalistas y xenófobos postcoloniales, generasen entre buena parte de ellos un sentimiento de comunión con un pueblo que se siente amenazado en la competencia por recursos escasos. Esto hace innecesaria su separación del cuerpo social de los barrios, lo cual se expresaba en una comisaría de policía de Carabanchel: una placa recordaba a los policías caídos en acto de servicio con el lema “Somos el pueblo. Trabajamos para el pueblo”. Buena parte de los agentes ha encontrado un sentido a su trabajo más allá del salario y las condiciones laborales funcionariales. Su sensación de servicio “pueblo español” se colma cada día en sus intervenciones, las cuales son aplaudidas en el *complejo mediático*. En medio de una discusión con unas “brigadistas vecinales” que observaban la existencia –o no- de controles de identidad

¹⁶⁵ Reproducción aproximada efectuada por la persona afectada que vivía “de patada”.

¹⁶⁶ Frente a un modelo de gestión securitaria neoliberal, en el que se trata de prevenir situacionalmente el delito y redistribuir el riesgo, la mayor parte de los agentes siguen encarnando los valores de la sociedad disciplinaria, mucho más intolerante con las diferencias, orientados por una visión del mundo rígida y un modelo de intervención asimilacionista que trata de cambiar al otro (incivilizado) para que se normalice y sea “gente de bien”. Ahora bien, esta distancia entre sendas lógicas –la disciplinaria, que predomina en lo profesional, y la neoliberal, que rige en la gestión securitaria-, se salva cuando ambas cooperan de forma superpuesta en las prácticas policiales cotidianas.

racistas una noche en el metro Oporto, un agente que fue cuestionado en su labor respondió: “Señorita, cómo que quién soy yo. ¡Yo represento al Estado es-pa-ñol!”. Mientras pronunciaba “es-pa-ñol”, en un tono de voz elevado, con el riego sanguíneo enrojeciendo su cara, enfatizando la palabra con la separación por sílabas y acompañando cada una de estas sílabas con golpecitos de su mano derecha en el escudo nacional que llevaba en la manga izquierda del uniforme, pude percatarme de su alta identificación con la labor que llevaba a cabo. Razón profesional y emoción van unidas al construirse como soldados en guerra. La camaradería interna, el trabajo en equipo (aunque jerarquizado), el necesario imaginario de que “representan” a todo un pueblo que les apoya y el logro de la identificación de un enemigo –en ese caso, el “inmigrante”–, generan un fuerte sentido y motivación por su trabajo¹⁶⁷. Este “obrerismo conservador”, con amplia repercusión entre la población de barrios como Carabanchel, es el caldo de cultivo para la expansión de posiciones en el discurso de la inseguridad como la del populismo punitivo. Los policías de hoy en día se sienten plenamente integrados en la comunidad.

Mundo decadente: del barrio chungo a la pérdida de espacio vital

En contacto con desastres, violencia y conflictos en su emergencia, la visión binaria víctimas vs. culpables es la herramienta cognoscitiva fundamental para valorar su experiencia. Esa visión de la realidad encaja con la información simplificada de los medios de comunicación, la cual –incuestionada– viene a reforzar su mirada catastrofista. En una ocasión los vigilantes de seguridad suspendieron la conversación que mantenían cuando el canal de televisión de Metro de Madrid comenzó a verter por las pantallas de la estación una batería de noticias de sucesos. Otro vigilante de seguridad de un centro de servicios sociales, Felipe¹⁶⁸, no perdía la oportunidad, en cuanto me veía, de contarme las noticias más trágicas y sangrientas de un diario de noticias cortas (emergentes, sin contexto). Su conclusión, en muchas ocasiones, era que “cada vez está esto peor”. Pero el catastrofismo referente al “mundo” es aplicado también al espacio en el que trabajan, el barrio. La idea de otro vigilante, Ramón, sobre el distrito era –reactualizando la mitología del barrio culpa– que se trataba de “un barrio muy chungo”. La cárcel, muy presente en su visión, ampliaba sus dominios hasta los límites del propio distrito. Si la cárcel

¹⁶⁷ En el *Foro Policía*, un foro de Internet para miembros de las fuerzas de seguridad, se vertían comentarios frente a un grupo que denunciaba los controles de identidad con perfil fenotípico. “Vamos cantando cara el mañana, la alegría de ser **español**...” era una de las proclamas (<http://www.foropolicia.es/foros/viewtopic.php?f=1&t=59056>).

¹⁶⁸ Felipe, con 45 años de edad, procedía de un pueblo y era vigilante de seguridad. Al tiempo de trabajar con él, fue dado de baja –presumiblemente– psiquiátrica.

encerraba lo que la sociedad no podía admitir públicamente como constituyente de sí misma (violencia, tráfico de drogas, etc.), todo esto se daba cita en el barrio de Carabanchel:

Lo que oía de pequeño, que era uno de los barrios más chungos que había, que estaba lleno de gente muy violenta, de traficantes, y lo que menos pensaba es que había tanto gitano, así que fíjate (...). Para mí Carabanchel era la zona de la cárcel y todo eso, es el concepto que yo tenía de Carabanchel.

Este vigilante no encontraba ningún comentario positivo para referirse a Carabanchel. Le parecía “sucio”, simbolizando esta suciedad ausencia de orden, complejidad, dificultad para mantenerlo bajo control. Ramón proyectaba sobre el barrio su *habitus* profesional y su momento biográfico y laboral: Carabanchel era el sitio donde trabajaba y esto, en continuidad con esa visión en la que asociaba el barrio a la violencia, lo convertía en un espacio “chungo”. Sus condiciones laborales precarias y la escasez de reconocimiento social de su profesión le hacían sentirse sobrerresponsabilizado en el control de su objeto de trabajo (en este caso un edificio público). No parecía el único: en un foro para opositores de Internet, en el que un agente consultaba qué destinos eran aceptables a la hora de comenzar a hacer prácticas, otro más veterano respondía:

TETUAN-LATINA-CARABANCHEL. Si por un nexo están unidos estos tres distritos, es por los problemas de convivencia que está generando la inmigración, que no hacen más que reproducir los esquemas ya señalados de bandas juveniles latinas, reyertas y, en el caso de Carabanchel, un alto índice de asesinatos con respecto al resto de distritos. En el caso de Latina, en la zona de Empalme, se están sucediendo agresiones a vecinos por parte de grupos de suramericanos que, sin mediar palabra, blanden armas blancas para intimidar¹⁶⁹

Podemos observar cómo la obsoleta representación del barrio culpable de Ramón (“chungo”) pasa en el anterior texto a referirse a un barrio víctima con culpables diferenciados. Las metáforas bélicas representan al barrio. Un policía municipal del distrito daba su visión en un foro público “desde la infantería”¹⁷⁰ para señalar, cuidando la corrección política de su lenguaje, que se identificaba con el desasosiego de los “ciudadanos madrileños que ya estaban”, entendiendo por tales, los autóctonos de edad social adulta. Ante el discurso neoliberal sobre la riqueza de las diferencias, sostenía¹⁷¹:

¹⁶⁹ <http://www.buscaoposiciones.com/foro/Oposiciones-Cuerpos-y-Fuerzas-de-Seguridad-fmen-33-3182260.htm>. Casualmente, otro día encontré que esta descripción no era sino un “corta y pega” de otra noticia publicada en el diario conservador ABC (http://www.abc.es/hemeroteca/historico-12-08-2005/abc/Madrid/los-diez-barrios-de-la-lista-negra-_21128765256.html).

¹⁷⁰ Jornada de sensibilización sobre inmigración para funcionarios del Ayuntamiento de Madrid realizada en Mayo de 2005.

¹⁷¹ En dicho foro, Tomás Vera, del ala liberal del partido gobernante, presentaba el “Plan de Inmigración del Ayuntamiento de Madrid”. Este político dio una visión intercultural de la inmigración: “Madrid no está acabada”, “en la medida en que se conoce la ciudad, se participa en ella...”, “si dotas de igualdad, hay responsabilidad compartida,

Todo eso está muy bien, pero la situación en los parques es insostenible (...). ¿Desde la infantería, qué soluciones podemos aportar a esta población inmigrante? Lo que percibimos en Carabanchel es que el ciudadano, pues inmigrante, a la hora de tratarle se trata como ciudadano, sin distinguir de dentro y de fuera (...). [Pero] Hay vecinos de los madrileños que ya estaban, que sienten que pierden espacio vital.

El policía prosiguió indicando que la inmigración suponía un aumento de trabajo¹⁷². En una realidad social como la que perciben estos agentes, cada tipología de delito se asocia a una categoría de “culpable”, de *otro*. Pérez aportaba ciertas metonimias que simplificaban en forma de rasgos étnicos y nacionales a los delincuentes:

Los gitanos (...) acabaron haciéndose con el mercado de la droga, y ahora se están pegando con los colombianos, por la droga, ¿sabes? Y entonces pasaron a Pan Bendito, de ahí a Jauja, y las chabolas que había aquí, en lo que es el Alto de San Isidro.

Además que lo estoy viendo todos los días, la mayoría de lo que se coge son todos... Ahora, también, lo hacen mucho, hay mucho, hay un aumento muy grande de sudamericanos (...). La mayoría son juveniles, la mayoría de los palos son chavalillos jóvenes, ha aumentado mucho la delincuencia juvenil, y en, lo, yo no soy racista (...), y son cada vez más jóvenes, desde los 12 o 13 años empiezan a meterse en el ambiente, es más, los van enseñando, los van enseñando unos a otros.

Hay más [inseguridad] porque ha subido el número de inmigrantes, yo no soy racista, eh, hay mucho que viene a trabajar, yo no tengo ningún problema con él, trabajan, se dedican a su trabajo, se van a su casa y tal, pero hay una serie de elementos que han venido, que ya vienen directamente, se organizan para robar pisos, para pegar sirlas en la calle, para atracar, o sea, que vienen ya a delinquir.

“Viene a trabajar, se dedican a su trabajo, se van a su casa”: aquellos inmigrantes que cumplan con el estereotipo de “buen currante” bajo la ética del trabajo meritocrática están camino de asimilarse a “lo normal”, de entrar a formar parte de la ciudadanía, pero aquellos que se visibilizan en actividades extralaborales, en el espacio público, y no se van a su casa cuando termina la jornada laboral o escolar, son los “elementos”. En el paisaje dibujado por Pérez, el análisis del contexto que como gestor intermedio de la seguridad (subinspector) poseía gracias a “su experiencia” en el cuerpo, se detenía en “la droga” (como si en las sustancias habitase el mal) y en la etno-nacionalidad (esencias conductuales y tradiciones culturales trasladadas desde los países de origen y nunca generadas en el propio contexto) como causas sociales del conflicto¹⁷³. Los conflictos sociales se presentan en su emergencia: esa es su materia prima profesional.

no hay objetos pasivos a los que cuidar”, “el objetivo filosófico del plan es articular la convivencia en la ciudad”. Posteriormente, el antropólogo Carlos Jiménez presentaba un panorama amable sobre la aportación de los inmigrantes a nivel económico, cultural...

¹⁷² Estas conclusiones resultan similares a las producidas por Daniel Wagman en el informe sobre el “perfil racial” en España (2006).

¹⁷³ Algunas de las cadenas de correo electrónico que circulan entre miembros de las fuerzas de seguridad están estrechamente relacionadas con el esquema binario-disciplinario en el que existen culpables (“pedófilos”,

Incorporación de la autoridad

¿Pero cómo afrontar esa realidad catastrofista sin trabajar con el contexto, sino sólo con la emergencia? El verticalismo como forma de entender las relaciones sociales forma parte del propio *ethos* militar-policial-vigilante. Su eficacia viene a demostrar que la “mano dura” funciona. Pérez afirmaba cómo gracias a la labor de la comisaría en la que trabajaba habían conseguido reducir los conflictos relacionados con el tráfico de drogas en Carabanchel, aunque el propio mérito en relación a “los menores” no resultaba suficiente cuando “se amparan en la ley del menor y no se les puede meter caña como se debería”¹⁷⁴. La supuesta impunidad generaría inseguridad en la gente, según este policía: “la gente ven que roba y que al día siguiente de haberle detenido, está en la calle”. Para acabar con la “impunidad” de los menores habría que endurecer las leyes y tendría que funcionar adecuadamente el sistema judicial¹⁷⁵. Esta estrategia discursiva consistía en situarse, como policía, cerca de “la gente” (“ellos ven que nosotros trabajamos”). El agente afirmaba que la visión que la población del distrito tenía de ellos era muy positiva, y muestra de ello era que había “mucha colaboración ciudadana”.

Frente al supuesto exceso de libertades, se hace necesario recomponer la autoridad. Esto significa saber obedecer y saber mandar. El mérito se va a medir en estas cualidades según Roberto:

He ido ascendiendo, y por mis condiciones, por ser policía, por haber sido militar, y porque lo mismo sé obedecer que mandar, porque para mandar también hay que saber obedecer, entonces yo mando a la gente (...). Pero vamos, que lo de los chavales me mola, me ha pillado un poquillo, les acabo echando de menos de vacaciones a algunos, no todos, “joder, como estará este cabronazo”.

Las relaciones verticales producen una suerte de adicción, pero son justificadas por la propia visión del mundo. En una conversación acerca de la existencia de Dios captada entre varios vigilantes de seguridad del metro en el exterior de una estación mientras fumaban un cigarro, uno de ellos, el más convincente, afirmaba para zanjar el debate: “Tiene que haber Dios, porque si no sería una anarquía, sin leyes, y hace falta una moral, ley y orden”. El debate

“violadores”, “ladrones”, “*hackers* que despeluchan las cuentas corrientes”, etc.) y víctimas (“niños o menores”, “mujeres”, “ancianas”, “ciudadanos”, etc.).

¹⁷⁴ Pérez titubeaba en su voz al hacer esta afirmación: creía que, quizás, estaba siendo políticamente incorrecto ante mí, un antropólogo que para él era sinónimo de periodista.

¹⁷⁵ Las luchas de poder en el campo de la justicia entre grupos corporativos (magistrados, policías...), así como en el seno de la propia policía, son traducidos, en muchas ocasiones, en problemas sociales más generales, como el de la “inseguridad ciudadana”. Remi Lenoir mostró como las diferencias en capital cultural y académico social entre jueces y policías han inducido a muchos comisarios a formarse y a exhibir propiedades sociales, culturales y escolares cercanas a las de los magistrados, como en el caso de este informante (Lenoir, 1999).

teológico se justificaba por la realidad social terrenal, la cual demostraría que un orden jerárquico es natural y cósmicamente necesario. Así vistos, los conflictos no pueden resolverse si no es mediante la imposición de una autoridad. En una ocasión un vecino vino a quejarse tras haber dejado mi casa para que otras personas celebrasen una fiesta¹⁷⁶. Los ruidos y suciedad generados por los asistentes a la fiesta molestaron a este vecino, el cual manifestó al día siguiente ante la puerta de mi casa, junto con su hija (de unos cinco años de edad):

Vamos a ver, ayer hubo una fiesta aquí. Bueno, ¡pues que sea la última vez que ocurre! [En un aspaviento brusco golpea involuntariamente con las llaves la cara de su hija] (...). La niña está mala y no ha podido dormir con los ruidos que había. Y te voy a decir una cosa, estuve a punto de llamar a mis compañeros, porque yo soy policía.¹⁷⁷

La actuación de masculinidad tradicional –con un tono de voz elevado y una postura corporal rígida- no dejaba de ser la de un vecino cualquiera, pero a partir de la cuarta frase el vecino se invistió de la autoridad que le otorga su puesto de trabajo para pasar a dirimir el conflicto en el terreno en el que más cómodo se sentía. Sus razones –que por lo que pude observar en cuanto a restos de suciedad en el portal no le faltaban- se acompañaban de una especie de amenaza velada emitida desde una posición superior en una línea vertical. De cuerpo a cuerpo corría riesgos, el resultado era más incierto, pero transformándose en agente del Estado conseguía asegurar su posición. Sin embargo, inmediatamente albergó dudas sobre la eficacia de la orden, por lo que necesitó suavizar el discurso, ablandar la comunicación, para asegurarse de que me había convencido. Su autoridad no era gratuita, sino que tenía un sentido, una razón moral de ser: “¿Pero lo entiendes o no lo entiendes?”. La dinámica relacional disciplinaria genera una resistencia proporcional a la fuerza que se ejerce, por lo que la inseguridad de quien detenta la posición autoritaria está asegurada.

La autoridad se actúa con el cuerpo y con el lenguaje. Como complemento del uso de un lenguaje burocrático-jurídico (que hace que un acto de imposición de poder se pueda transformar en una “multa”, en una “falta administrativa”, en una “imputación penal”...), los agentes suelen expresarse con un lenguaje coloquial procedente de su cultura popular disciplinaria. Pese a que las series de televisión (*Los hombres de Paco*) y el ingreso de otros perfiles de profesionales han suavizado la imagen de dureza de los agentes, persiste un habla masculinista popular, tanto entre los más veteranos (“le suda los cojones al jefe”) como entre los más jóvenes (“señorita, me importa un bledo lo que me cuente, he dicho que saque el DNI”). Algunas mujeres policías hacen

¹⁷⁶ Incluyo esta situación pese a que no se haya producido en Carabanchel. Considero que no hay razones para pensar que esta situación no se hubiese dado en Carabanchel. Este agente ejercía en el distrito de Latina, el mismo en el que ambos residíamos (contiguo a Carabanchel y con muchas similitudes sociales).

¹⁷⁷ Reproducción aproximada de su alocución.

ostentación de esta dureza como forma de autolegitimación en su medio profesional, tal y como he podido comprobar en alguna observación.

Pérez, policía veterano que se autoidentificaba discursivamente con un estilo "respetuoso" en contraposición a los "jóvenes prepotentes" (reconociendo que él había sido uno de ellos), exponía dramáticamente cómo es el guión que le conduce a la hora de intervenir. Con respeto –asimilando respeto a la fórmula “de usted”–, pero sin dudar y sin dar oportunidad a la negociación. Se trata, “en teoría”, de no aplicar antes de empezar los esquemas prejuiciosos que guían las intervenciones diferenciales y abordar a todo el mundo por igual, como “personas”. No obstante, su actuación ideal consistía en ser firme –imponerse “sin perder los papeles”– sin abandonar el rol aséptico y técnico que debía caracterizar el quehacer policial –según los discursos de la gestión que él había aprendido en los cursos de subinspector y que traducía con su lenguaje barrial–:

En teoría, yo te digo una cosa, yo no he tenido problemas nunca con nadie, hay de todo, porque algunas veces hay algunos que se pican (...), que van en plan muy prepotentes, y yo la experiencia que tengo, con un señor en la calle no puedes ir en ese plan porque no sabes con quien vas a tener la intervención. Entonces yo tengo un lema: si quiero que me respeten, tengo que respetar. Por muy delincuente que sea un señor, es una persona. Si tú le tratas como a una persona, aunque ese señor haya pegado un navajazo o haya pegado una sirla, y tú le hablas con respeto, y le haces ver que tú le vas respetar, ese señor se portará bien. Ahora, si vas poniéndote a su altura y encima, poniéndole tú debajo, ese tío se rebotará, y montará el follón (...). Yo eso lo tengo claro, comprobado por experiencia, porque yo también he sido joven y he sido principiante, y también lo he hecho, pero me he dado cuenta de que no (...). Mira, yo, mi lema: yo cuando voy con, lo primero que lo llamo es de usted, “Usted por aquí, usted por allí”, y ya ellos ya ven que tú marcas una pauta, ahora en vez de usted o tratarle con respeto, decir “¡Que te voy a sacudir!” (tampoco es “Oiga, por favor, ¿me puede usted enseñar la documentación?”). Por muy chorizo que sea y tú le hayas visto abriendo un coche: “Queda usted detenido por este motivo, por este y por este, haga usted el favor y póngase aquí”. Hombre, si se te revuelca ya cambia, pero si tú de momento él ve que le tratas con educación, normalmente la gente no se rebota, a no ser que vayan un poco tomaditos, como dicen ahora por ahí, un poco colacaos, o tomaos de alcohol o colacaos de otra cosa, entonces ya, ya cambia.

Su viejo saber había madurado sin salirse del paradigma disciplinario –aunque el mismo se combinaba con lo adquirido en los cursos “de sociología” y demás aprendizajes biopolíticos que le conminaba a realizar el puesto de cierta responsabilidad que detentaba-. La droga era el principal problema, y sin embargo, como ya hizo notar, el barrio tenía un nuevo objeto de intervención especial: quienes van “un poco tomaditos”¹⁷⁸. El objeto de la intervención policial estaba cambiando ante la transformación del barrio en un espacio víctima de nuevos sujetos culpables. ¿Cómo lo vivirían sus vecinos?

¹⁷⁸ La expresión “ir tomado” se usa en algunos países latinoamericanos para significar el estado de embriaguez.

9. Autoconcepto barrial del vecindario de Carabanchel

En el capítulo anterior hemos podido observar cómo existen ciertas hetero-atribuciones dominantes sobre Carabanchel que parecen clausurar su significación. En el presente capítulo me interesa conocer, sin embargo, cuáles son las auto-imágenes de los carabancheleros. Discursos y prácticas vecinales parecen estar afectadas por el significado predominantemente negativo de Carabanchel en el imaginario social de los poderes y de los demás madrileños – tanto en su versión de culpabilidad como de victimización-. ¿Qué estrategias discursivas emplean las personas vinculadas al barrio ante la devolución de esa imagen negativa? ¿Qué relación guardan con la (in)seguridad?

9.1. Soy de Carabanchel

La cultura popular madrileña, formada por el mestizaje resultante del encuentro –a la vez cooperativo y conflictivo- entre miembros de la clase trabajadora –nativos, inmigrantes devenidos autóctonos y nuevos inmigrantes-, encuentra una fiel representación en Carabanchel, pero no vamos a descubrir una cultura distintivamente carabanchelera ni tampoco vamos a encontrarnos en Carabanchel la encarnación de *la cultura obrera*, ni siquiera una sola cultura. Como recuerda Raúl Nieto, la cultura obrera no es una, ni estática, o mejor dicho, no es en un sentido ontológico, sino que existe una enorme heterogeneidad y complejidad de culturas obreras (Nieto, 2005: 108). Sin embargo, Carabanchel encarna como pocos el barrio obrero fordista en su versión madrileña o incluso española. Pese a que no todos sus vecinos se identifiquen con el apelativo “obrero” (y ciertamente, cada vez menos), es el surgimiento del barrio en la época obrerista lo que ha generado buena parte de los significados actuales del distrito.

“Carabanchel” tiene un significado denso. No es un simple topónimo, sino que es además un *sociónimo*. La organización imaginaria del espacio es el resultado de una actividad histórica repleta de estrategias y tácticas puestas en juego por los distintos agentes situados en posiciones jerárquicamente diferentes. Carabanchel constituye un espacio relativamente diferenciado dentro de Madrid para la mayoría de sus habitantes. Mientras que la nominación de muchos enclaves periféricos de la ciudad carece de potencia semántica a la hora de convocar asociaciones con sujetos o imágenes, el de Carabanchel es un nombre que remite rápidamente a varios significados. En las entrevistas llevadas a cabo he podido apreciar lo generalizado de la respuesta “soy de Carabanchel” ante la pregunta “¿de dónde eres?” o “¿cuál es tu barrio?”. Los informantes señalaban que ésta era su tarjeta de presentación ante otros interlocutores madrileños o incluso de otras zonas del Estado español (“de Madrid, de Carabanchel”). Este fenómeno merece algún comentario: el de Carabanchel, al igual que el de Vallecas –el otro distrito popular emblemático del sur de Madrid-, es un nombre aglutinador con el que se identifican personas relativamente distantes entre sí (en el espacio) y que, debido a la fortaleza simbólica que presenta, anula el potencial nominador de otras unidades o sub-barrios internos:

- E: ¿Si te preguntan, por ejemplo fuera, de dónde eres, dónde vives?
- M: De Carabanchel.
- E: ¿Nunca dices de Vía Lusitana...?
- M: No, siempre digo Carabanchel (...). Es como con Vallecas.

Armando Silva teoriza los imaginarios urbanos como la plasmación en imágenes mentales de los propios deseos (Silva, 2007a; 2007b). El imaginario urbano equivale al “punto de

vista” ciudadano y desde el mismo –el deseo en forma de imagen-, Carabanchel es un *lugar* en los términos en los que los define Marc Augé, un espacio cargado de identidad, historia y experiencia (Augé, 2004). Imaginariamente, a Carabanchel se pertenece. El sentido de pertenencia constituye un conjunto de estrategias y tácticas muy diferentes entre sí (desde la necesidad de recortar las dimensiones de la gran urbe para sentir que se tiene bajo control, al hecho de crear un entorno identitario con el fin de oponerlo a otros significados e instituciones hegemónicas en determinadas luchas), pero que tienen en común un “sentido (de lo) común”: un elemento aglutinador que atraviesa otro tipo de diferencias identitarias (de clase, género, edad, origen, etc.) y que parte de la idea de un barrio especial que hace especiales a sus habitantes (unos habitantes que, por otro lado, son considerados habitualmente como “no especiales” o como “especialmente negativos”). Así es como la entrada en *Wikipedia* de “Carabanchel”¹⁷⁹ es un relato muy extenso (en relación a las entradas de otros barrios, incluso Vallecas) que indica que alguien desde su interior tiene un deseo intenso de dar a conocer –visibilizándolo con imágenes- el distrito. En dicha entrada se encarnan buena parte de los imaginarios actuales de los carabancheleros. Se informa de multitud de los aspectos de la vida del distrito, desde su geografía a sus famosos, desde el clima a sus transportes, desde sus centros comerciales a sus asociaciones de vecinos. No importan las contradicciones ideológicas entre todos los elementos contenidos: Carabanchel y su poder aglutinador está por encima de todas esas diferencias. Por si quedase alguna duda al respecto de la importancia del sentido de pertenencia, en la página se alude a cómo los famosos del barrio siempre contestan cuando les preguntan “soy de Carabanchel”.

Esta defensa de la pertenencia es conocida en toda la ciudad. Así es como en una conversación captada entre funcionarias de un organismo situado en el centro de Madrid, una de ellas interpelaba a su compañera: “¡Qué pesados los de Carabanchel, siempre con que lo suyo es lo mejor!”. Pero “Carabanchel” no proporciona toda la información a la pregunta “¿de dónde eres?”, teniendo en cuenta que en el distrito vive un cuarto de millón de habitantes. Además, en ocasiones, decir “soy de Carabanchel” puede resultar inapropiado.

Nominaciones del lugar propio más allá de (o contra) Carabanchel

Aunque “Carabanchel” predomine como respuesta, cuando se pregunta concretamente “¿cuál es tu barrio?” o “¿dónde vives?” se responde con designaciones de zonas, estaciones de metro o barrios administrativos. Según he podido observar en el trabajo de campo, el concepto

¹⁷⁹ Escrita probablemente por algunos vecinos del barrio (<http://es.wikipedia.org/wiki/Carabanchel>).

de “barrio” como lugar propio varía entre los actores locales en función, sobre todo, del contexto de la conversación y del lugar de quien pregunta, pero también del grado de movilidad del interlocutor. Para los jóvenes, cuyos desplazamientos por la ciudad y por lugares ajenos a la misma son mucho mayores que entre los miembros de otras generaciones (como la generación obrera del trabajo fijo y otras “fijaciones” vitales), el barrio es algo de mayores dimensiones (todo el distrito puede llegar a ser su barrio), mientras que para los más inmóviles y locales, el barrio es un segmento espacial relativamente pequeño dentro del distrito. Para una mujer mayor del barrio de Opañel, Paula, el Tercio Terol (una colonia de viviendas a unos cientos de metros de su casa) era otro barrio muy ajeno y lejano (“cuando yo me vine aquí” desde el Terol). Como vamos a apreciar en el siguiente *verbatim*, el barrio no lo constituyen tanto las calles y sus edificios como las relaciones (pese a que este hecho permanezca oculto la mayoría de las veces). El barrio propio lo es a partir de las referencias personales, aunque a la hora de señalar a un interlocutor cuál es su barrio, designará lugares que simbolicen metonímicamente su zona vital. En muchas ocasiones, los lugares son señalados en función del comercio y las personas a las que van asociados. Por eso el barrio para Marcelina¹⁸⁰ es “no estar sola”. Del barrio, a Marcelina le gusta “todo” porque es suyo: es una visión totalizante procedente de alguien muy “local” que no puede separar lo que le gusta de lo que no, si piensa en “el barrio”. El barrio es todo su universo (y el resto es lo que ve en la televisión):

- P: A mí me gusta todo porque como es el barrio conocido. Oye, me pasó también cuando me vine a este barrio, el barrio donde vivía recién casada, el barrio del Terol. Oye, hasta que yo me acostumbré aquí, me acordaba de aquél barrio.
- L: Es que aquél barrio...
- P: Ahora, si me tuviera que ir yo de aquí, claro que lo sentiría, de este barrio. Como el otro día cuando me llamó la Maruja, me dice, “pues no creas que no me acuerdo de vosotras, que me acuerdo”, dice “porque aquí estoy sola”, dice, “yo me acuerdo”.
- E ¿Dónde está Maruja?
- P: Se ha ido con el hijo. A Valdemorillo...
- E: Marcelina, ¿y a ti qué es lo que más te gusta del barrio?
- M: A mí yo creo que me gusta todo.
- P: La Marce, bueno, la Marce lleva muchos más años que yo.
- M: Me vine con 19 años.
- E: Si os preguntan, ¿qué barrio decís que es el vuestro?
- P: ¡Carabanchel!
- M: Carabanchel. Yo suelo decir Carabanchel, digo “Mataderos”, es que esto se llamaba Mataderos.
- P: Es que muchas personas, sin que lo digas, tienes que dar explicaciones, porque dice, y es verdad, “por donde iba yo”, si yo he dado explicaciones, que dicen “oye, y tú por donde vives”, -¿os acordáis que daba la vuelta el tranvía? Pues esa calle tirando para arriba, a las dos o tres calles viene mi calle”.
- M: Donde daba la vuelta el tranvía que iba a la Plaza Mayor, se metía por la calle Radio y en el Camino Viejo daba la vuelta.
- P: Y hace poco que han tapado los raíles, eh...

¹⁸⁰ Marcelina, de 83 años de edad, vivía en un bloque obrero construido en la década de 1960 en el barrio de Opañel. La situación en la que enunció lo que se cita se produjo en una entrevista grupal con ella y tres vecinos más de similar edad: Lali, Paula y Luis.

Cuando reducen la escala y el interlocutor imaginario es del barrio, refieren “Mataderos”¹⁸¹ o bien hacen el trayecto con el tranvía de antaño para indicar desde la corporalidad –y no desde la visión panóptica y representativa del mapa- cómo se va a su casa. Como ya he señalado, los topónimos alternativos a “Carabanchel” son excepcionales. Un matrimonio, que especificaba ligeramente en su respuesta anacrónica (“Carabanchel Bajo”), añadía la designación “General Ricardos” (la “arteria del distrito” en sus palabras) para indicar dónde vivían. Así es como entre los carabancheleros proliferan las designaciones de “su barrio” en función de la escala en la que se da el contexto de conversación. Reduciendo esta escala, aparecen multitud de designaciones, como “Carabanchel Alto”, “Comillas”, “Pan Bendito”, “Oporto”, “Plaza Elíptica” o “Fátima”. Bea, una vecina “del barrio de toda la vida” y militante vecinal, explicaba que en su barrio, sin dejar de ser carabancheleros, existe un fuerte sentimiento de pertenencia incomparable con el resto del distrito. Se sentía “de Carabanchel Alto, no de Carabanchel”, pero Carabanchel Alto es una forma de llevar al extremo Carabanchel. “Carabanchel cada vez más alto” era la consigna de su colectivo en las fiestas del barrio. Implica una revalorización, una elevación del barrio (que parte de posiciones inferiorizadas) y una conciencia de pertenencia cada vez mayor. “Cada vez más alto” significa cada vez más Carabanchel (resignificado como auténtico, popular, obrero, luchador, en crecimiento). Además de esa estrategia colectiva, con fuerte densidad política al reclamar una conciencia de clase intrínseca al concepto “Carabanchel”, existen otras estrategias más individualistas de vecinos que, sin dejar de reclamarse como carabancheleros, especifican que su sub-barrio es una excepción en el distrito. Este es el caso de una vecina del Tercio Terol¹⁸² que llevaba en el barrio varias décadas y que cuando la preguntaban dónde vivía respondía “en Carabanchel”, para luego especificar “en la colonia del Tercio”. En esta misma colonia Fernando y Natalia¹⁸³, una pareja joven con hijos pequeños dedicada a profesiones liberales y artísticas y procedentes de otras zonas de Madrid más prestigiosas, insistían en las ventajas de la colonia: “verde”,

¹⁸¹ El recuerdo de las viejas calles, del tranvía y de los topónimos en desuso (“Mataderos”) sigue vigente a la hora de hablar con las vecinas de su generación. Como se ha podido observar, a mi pregunta “¿cuál es tu barrio?” han respondido “Carabanchel” en tono de evidencia. Sin embargo, el significado de Carabanchel es muy diferente para ellas que para otros actores del barrio. Carabanchel es su barrio, pero está asociado a su pequeña parcela de interacción diaria (mientras que para otros más jóvenes su concepto de “Carabanchel” es más amplio).

¹⁸² Colonia experimental inicialmente ocupada por miembros de la clase obrera de las décadas de 1950 y 1960, que constituyó una rareza en el distrito por sus viviendas en forma de unifamiliares adosados con patio trasero que pretendían mantener cierta continuidad entre el origen rural de sus habitantes y su nueva realidad de inmigrantes urbanos. Hoy en día, las viviendas de la colonia, situadas en una zona alta con “vistas privilegiadas de Madrid”, junto a una zona verde cercana al centro pero alejada de “lo urbano” (casas bajas y trazado de calles del mismo estilo que en los pueblos), se han revalorizado simbólicamente y económicamente.

¹⁸³ Fernando era actor y Natalia abogada. Rondando los 35 años, tenían un hijo de 2 años y otro que estaba de camino en el momento de la entrevista (marzo de 2009). Ambos procedían de barrios del norte de Madrid.

“tranquilo”, “como un pueblo”, sin dejar de ser Carabanchel, pero diferenciado del resto del barrio. Un nuevo topónimo, puesto de moda por uno de los múltiples personajes famosos del teatro, el cine y la televisión que ha recalado en la colonia, Nancho Novo, es el de “*Beverly Urgel*”. La alusión al barrio de esta forma, indicando el paralelismo con el lugar de residencia “*hollywoodiense*” (“*Beberly*”) –pero dejando claro que no se trata de una zona residencial lujosa de otro tipo de estrellas, sino del descubrimiento de lo popular por parte de la progresía artística (“*Urgel*”)–, constituye el inicio de un proceso de elevación social del barrio y, quien sabe si de su *gentrificación*. Una de estas nuevas vecinas no ocultaba que vivía en Carabanchel, aunque sí especificaba lo excepcional de su “colonia” en el distrito y, en general, en “el sur”. Para las personas de otras “latitudes urbanas”, como ella, Carabanchel estaba fuertemente asociado con “el sur”, o mejor dicho, con “lo sur”¹⁸⁴.

Prácticamente todas las personas del distrito se identifican con la nomenclatura “Carabanchel”, pero llama la atención cómo algunas, queriendo no ser asociadas con el estigma del barrio, inventan otras pertenencias próximas ligeramente más prestigiosas (“debo confesar que alguna vez he dicho que vivo en Aluche”, señalaba Leyre¹⁸⁵) u ocultan su pertenencia al distrito tratando de no nombrarlo nunca. Es el caso de muchos vecinos cercanos al Río Manzanares (el cual separa a Carabanchel de los distritos céntricos), que afirman vivir “en Marques de Vadillo”. En el programa “Madrileños por el mundo”¹⁸⁶ de la cadena de televisión autonómica *Telemadrid*, una joven profesional cualificada afincada en Milán (alejada por tanto de los estereotipos carabancheleros) respondía que era de “Marqués de Vadillo” (si bien los realizadores del programa hicieron una traducción “traidora” en sus subtítulos indicando “es de Carabanchel”). Marqués de Vadillo –la zona más próxima a la almendra central de Madrid–, que constituyó el punto de partida del arrabal que creció alrededor de la calle de General Ricardos, posee desde décadas atrás una población de origen social más elevado que el resto del distrito (profesionales liberales, militares, etc.). En una entrevista realizada en esta misma zona a un habitante prácticamente recién llegado al barrio, Kevin¹⁸⁷, éste desveló que se enteró de que vivía en Carabanchel porque yo le había transmitido que realizaba una investigación sobre dicho distrito. Antes de conocerme, solamente tenía conocimiento de vivir en Marqués de Vadillo.

¹⁸⁴ La profesora Rossana Cassigoli tituló a uno de los seminarios que ofrecía el PUEG de la UNAM “Ética y política: lo Sur”, queriendo indicar con ello la marca de lo salvaje, lo inexplorado, desde el punto de vista hegemónico colonial.

¹⁸⁵ Leyre vivía una tensión: por un lado residía muy cerca de la cárcel, pero por otro, su sub-barrio (“Fátima”) era considerado “de clase media”, más cercano socialmente a Aluche.

¹⁸⁶ Emitido el día 28/04/2010.

¹⁸⁷ Kevin, de 35 años de edad, era de origen norirlandés y trabajaba como informático en una ONG.

La misma situación se da en el otro extremo del distrito, en el PAU de Carabanchel: cuando son interrogados, sus habitantes contestan generalmente que viven “en el PAU (de Carabanchel)” –dando por sentado que los PAUs poco tienen que ver con los barrios que amplían- o en el “metro de la Peseta” –apelando a los mapas panópticos visibles por todos los madrileños que viajan en metro-, pero no responden “Carabanchel” o “Carabanchel Alto”. Además, el PAU y su energía renovadora (aunque sea más individualista que colectiva) ha generado una nueva identidad diferenciada entre sus vecinos, quienes no se sienten de Carabanchel –asimilado con “lo antiguo”- y reclaman el PAU como su lugar –“el mejor PAU de todo Madrid” en infraestructuras y calidad humana frente a los PAUs del norte, más impersonales y “pijos”-. Su exterioridad con respecto a Carabanchel y Madrid, así como la simbología del barrio –asociado a la década de prosperidad desarrollista en forma de especulación inmobiliaria, pero también de ascenso social de sus habitantes-, hacen del PAU algo que trata de distinguirse de Carabanchel¹⁸⁸.

Nuevas representaciones procedentes de personas extranjeras en Carabanchel

Para finalizar el presente apartado, dedicado al imaginario de pertenencia, debemos atender a las transformaciones que va experimentando el significado de Carabanchel y el hecho de ser parte del mismo. Vamos a poder apreciar cómo entre los nuevos habitantes se rompen ciertas uniformidades con respecto a las imágenes sobre Carabanchel que procedían de la población autóctona (sobre todo las vinculadas con los símbolos de la escasez y la perifericidad). Entre esta población autóctona, bien afirmando que pertenecían a Carabanchel, bien ocultándolo o bien negándolo, estaban transmitiendo una idea más o menos consensuada de los significados problematizados del barrio. Sin embargo, entre los nuevos vecinos, migrantes económicos de otras partes del planeta la mayoría, pero también estudiantes o profesionales de origen europeo y latinoamericano, los significados del enclave se multiplican. El grado de implicación en el barrio, entendiendo implicación como asentamiento del proyecto vital, la estabilidad residencial pero, sobre todo, la intensidad de relaciones sociales y la “calidad” de las mismas (entendiendo calidad como el capital simbólico de las personas con las que se establecen vínculos), será lo que más condicionará el sentimiento de mayor o menor pertenencia a Carabanchel o a algunos de sus barrios, algo igualmente aplicable a la población autóctona pero que multiplicará sus

¹⁸⁸ Sin embargo, muchos de sus vecinos, hijos de las clases populares que tienen cierta conciencia de clase, tampoco quieren asimilarse al nuevo barrio hiper-consumista, por lo que se tratan de mantener identitariamente entre medias de lo popular y lo “pijo”.

efectos de diversidad de discursos entre los nuevos vecinos migrantes. Nos encontramos ante un caleidoscopio de representaciones que resultaría simplista aglutinar, pero cuya exposición a través de la presentación de cinco casos puede darnos pistas sobre la complejidad del Carabanchel contemporáneo en las subjetividades vecinales.

Las transformaciones en las representaciones de Carabanchel son palpables si prestamos atención al punto de vista de los migrantes económicos que arriban al distrito. Su elección de Carabanchel por razones meramente materiales, por un lado, y por la existencia de redes sociales previas, por otro, produce una visión del barrio diferente de la de las personas que llevan décadas en el distrito. La mayor parte de estos nuevos vecinos desconocen la antigua densidad semántica de Carabanchel. Cuando han llegado ya no funcionaba la cárcel y sin embargo ellos han pasado a ser el principal foco de la estigmatización del entorno: han quedado fuera de la categoría “vecinos *del* barrio” y son considerados por buena parte de la población autóctona como “inmigrantes *en* el barrio”. Carabanchel es un “barrio *con* muchos inmigrantes” en el imaginario madrileño (lo cual constituirá la nueva fuente de inspiración de los discursos de la inseguridad), pero repentinamente se han borrado en los relatos muchas otras marcas negativas. Para la población migrante, Carabanchel es, sin embargo, un barrio más, como Usera, Villaverde, Aluche o Alcorcón. Muchos de estos nuevos pobladores carecen de acceso a la memoria del distrito. Entre buena parte de la población migrante, la historia de los significados de Carabanchel como barrio-cárcel¹⁸⁹, como barrio obrero, como barrio periférico, etc., no existe en su imaginario. Sólo cuando estas personas entablan relaciones de pareja o de amistad con otras de origen madrileño, comienzan a utilizar los códigos semánticos que categorizan Carabanchel como un espacio social determinado. Este era el caso de Luci –brasileña cuyo proyecto migratorio estaba muy asentado en Madrid y cuya pareja y amigos eran de origen autóctono-, que se refería a Carabanchel en idénticos términos que ellos. Al mismo tiempo, cuanto menor grado de ciudadanía y de contacto con personas “ciudadanas” (habitantes legítimos de la ciudad), parece que se participa en un menor grado de las categorías históricas. Esta exclusión de los derechos de ciudadanía más básicos –la memoria común- obliga a construir nuevas cartografías mentales. En un caso extremo de inferiorización, Ibrahim –joven de origen senegalés “sin papeles” que se dedicaba al “top manta” y que tenía que huir continuamente de la policía¹⁹⁰- no mencionaba Carabanchel, donde residía, sino que vivía “en Madrid”. Ibrahim no encontraba diferencias en la ciudad con respecto a Valencia, donde había

¹⁸⁹ Conocen y temen el Centro de Internamiento de Extranjeros pero éste se llama “CIE de Aluche” y la estación de metro más cercana es Aluche, por lo que no lo relacionan con Carabanchel.

¹⁹⁰ Procedente de un pueblo de pescadores senegalés y de la ciudad de Valencia, llevaba dos años en Madrid.

residido antes. La imposibilidad de arraigarse –su clandestinidad forzada– le impedía “hacer barrio”, siquiera “hacer ciudad” de manera legítima (*ciudadanizarse*), lo cual se manifestaba en lo generalizante de su mirada, una mirada aún muy externa, muy poco incluida (o incluida diferencialmente) (Ávila y Malo, 2008).

Pero no parece que sea tanto el grado de precariedad lo que condicione la categorización más general o más específica, como el grado de movilidad y de arraigo a los espacios de la ciudad y del barrio. Buena parte de la población migrante ha reinventado una diversidad de imágenes sobre Carabanchel. Los más acostumbrados a moverse entre la periferia, quienes voluntaria o forzadamente tienen que desarrollar más movilidad, tienen en cuenta topónimos más englobantes. Así es como Petra, una mujer de origen rumano que vivía en el municipio de Leganés pero que anteriormente había residido en Carabanchel y trabajaba en distintos puntos lejanos de la ciudad, se refería al distrito donde residía anteriormente como Madrid (“cuando vivía en Madrid”, “cuando voy a Madrid”). Además, en su imaginario no existía el mismo mapa estructurador centro-periferia de la población autóctona y de hecho, durante años no había pisado el centro de la ciudad (sus relaciones predominantes, con personas de origen rumano, eran periféricas). En su imaginario, Carabanchel era Madrid y el centro..., “la verdad es que yo no conozco bien el centro”. En sus siete años de madrileña, probablemente conociera menos el Madrid de las postales que los turistas de fin de semana. Esto nos informa de formas alternativas de vivir Madrid (“no tuve la ocasión o las ganas de ir a ver el Palacio”).

La llegada de nueva población al distrito y a Madrid libre de las preconcepciones sobre Carabanchel también se refleja en los medios de comunicación orientados a migrantes. Así es como una emisora local de radio dedicada a la música latina refería en sus cuñas publicitarias “Discoteca La Factoría. En la frontera entre Aluche y Carabanchel” o “Bar El Parcero, en el centro de Carabanchel”. Este imaginario espacial resulta completamente innovador con respecto al existente hasta hace unos años. Revela, por parte de los creadores de las cuñas y del pequeño empresariado “étnico”, una concepción de los barrios como entidades propias, independientes de Madrid, al estilo de los viejos miembros de la clase obrera fordista carabanchelera. Los medios de comunicación orientados a esta población también producen nuevas toponimias, nuevas fronteras, nuevos centros y, en definitiva, nuevos significados de los barrios. En los creadores de estos anuncios y en los dueños de estos negocios podemos observar cómo la estabilización del proyecto migratorio tras años en España, el inicio de actividades por cuenta propia y el asentamiento en el barrio a través de la vivienda en propiedad, producen una concepción de Carabanchel más autosuficiente. Según este imaginario, la periferia no necesita del centro de Madrid y por eso se inventan nuevas fronteras (entre Carabanchel y

Aluche) y nuevos centros (el de Carabanchel): si Carabanchel y Aluche dependen de un centro, como en el imaginario prácticamente unívoco de la población autóctona, no existen fronteras territoriales tan explícitas entre sí, pero si los municipios, los distritos y los barrios pasan a ser autosuficientes, necesitan de un centro propio que los sitúe y una frontera que los diferencie. Podríamos considerar a este nuevo trazado cartográfico como una suerte de *reterritorialización* (García Canclini, 2001).

Un último caso de representación novedosa de Carabanchel lo constituye el de una joven francesa, Monique, que llegó a Madrid no por razones laborales, sino con el fin de estudiar en una escuela de circo. Con sólo tres meses residiendo en Carabanchel, Monique opinaba que el barrio (que designaba “Oporto”, siendo “Carabanchel” una estación de metro) “tiene mucho ambiente” por los bares y las salas de conciertos y de teatro. En su casa había una “fiesta de salsa” esa noche y por eso regresaba de los bares del centro a las tres de la madrugada para encontrarse con personas de una diversidad internacional de orígenes. En su visión, el centro existía, pero su barrio semi-periférico, pese a que sólo llevase tres meses en él (y probablemente tardase lo mismo en marcharse a otro barrio, a otra ciudad o a otro país), también tenía relevancia imaginaria. Su capital cultural la permitía vivir intensamente tanto Madrid como su barrio, ya que las redes sociales funcionan entre este colectivo de jóvenes proporcionando continuamente “contactos”, encuentros, fiestas, etc. Se sentía legitimada para hacer uso del barrio, donde además sería valorada por otros vecinos por su condición de joven europea blanca.

En definitiva: para Ibrahim Carabanchel no existía y Madrid era como Valencia; para Petra Carabanchel era asimilable a Madrid y el centro de la ciudad no existía como referencia; para el anunciante de la emisora de música latina lo que no existían era Madrid y su centro, sino Carabanchel y su propio centro; para Luci, Carabanchel era un barrio obrero con muchos inmigrantes y “típico” de Madrid; para Monique el centro de Madrid existía, Carabanchel era una parada de metro y su barrio, vivido intensamente igual que el centro, se llamaba Oporto. Como observamos, nos podemos topar con una diversidad de visiones y mapas en función de las condiciones sociales, del grado de legitimidad y de las relaciones, pero todas ellas tienen en común que parten de un desconocimiento del contenido semántico previo de Carabanchel (algo que no ocurre entre la población autóctona, la cual asocia rápidamente “Carabanchel” a “cárcel” o a “barrio obrero”). Podemos apreciar cómo existe un cierto gradiente de reconocimiento de Carabanchel y sus barrios específicos que va desde su consideración como *no lugar*, en los términos de Augé (2004), a la de *lugar* (o espacio de experiencia vivido como propio). No son el capital económico o cultural –como erróneamente pensé al comienzo del trabajo de campo– los

que determinan la mayor o menor intensidad de lo local en el imaginario, sino las relaciones sociales que se establecen con el entorno. Las ilusiones identitarias se generan relacionamente, en colectivo, y por eso Ibrahim probablemente desconozca que vive “en Carabanchel”, Luci, con mucho más capital social¹⁹¹ (sólo se relaciona con un novio español y sus amigos), reproduce el discurso histórico hegemónico sobre Carabanchel, y Monique, cuando viva a miles de kilómetros dentro de unos años recordará aquél barrio en el que vivió tan intensamente por unos meses (“¿Opogto?, ¿Cagabanchel?”). La pertenencia relacional es la que parece dar lugar a la imaginación espacial.

De las formas de “ser de Carabanchel” y de los intentos por “no ser de Carabanchel”, hemos pasado a otros modos menos identitarios de pertenecer al barrio, a las formas de “estar en Carabanchel”, si bien hemos apreciado algunos tímidos intentos de reterritorialización y de construcción de un lugar y una identidad (como en el caso citado de los restaurantes latinos). Pese a esta diversidad novedosa de representaciones, me interesa ahora retornar a las concepciones clásicas que vinculan al barrio con lo escaso y lo periférico para conocer cómo se asumen estas categorías y cómo se resignifican.

¹⁹¹ Entendido no como el número de personas con las que se relaciona, sino el grado de legitimidad de éstas.

9.2. La escasez como marca: Vallecas, no La Moraleja

Entre la población de origen autóctono continúa existiendo conciencia de que económicamente Carabanchel es un distrito marcado por la escasez. Dicha escasez hace referencia a la *falta de* elementos deseados¹⁹². Carabanchel, como muchos de los distritos y poblaciones de la periferia sur de la región metropolitana madrileña, tiene conciencia de escasez en relación a los distritos más ricos, si bien en los últimos años ha proliferado una visión por la cual la causa de la escasez es interna (“muchos inmigrantes”). El distrito creció en pleno desarrollo industrial fordista madrileño y fue espacio de reproducción para la fuerza de trabajo procedente de las áreas rurales de España que expulsaban a su población más pobre. Además, la dotación de servicios públicos del distrito siempre fue escasa en relación a los barrios más ricos de Madrid y hoy Carabanchel se repuebla gracias a la llegada de una nueva hornada de inmigrantes procedentes de regiones mundiales más empobrecidas. Carabanchel sigue siendo un distrito materialmente subordinado, pero lo que me interesa ahondar en el presente apartado es la *conciencia de escasez* de los carabancheleros. Esta escasez subjetiva, que no guarda una correspondencia con el clásico concepto marxista de la conciencia de clase, se mantiene a caballo entre la *clase en sí* y la *clase para sí*. Como la inmensa mayoría de los carabancheleros no ha leído a Marx, eligen otras formas más elípticas de referirse a la escasez relativa del barrio. Las más destacadas son la del símil con respecto a otros barrios escasos, fundamentalmente Vallecas, y la de la oposición polarizada a otros entornos caracterizados por su alto capital económico, especialmente La Moraleja. Vamos a adentrarnos en estas comparaciones y sus significados, pero no sin antes atender a esa forma de conciencia de la propia escasez con la perspectiva de la memoria entre quienes llevan en el barrio desde los comienzos de su desarrollo como periferia obrera madrileña. Voy a mostrar a través del relato de Luisa y Julia – madre e hija– cómo la escasez constituía una constante compartida que en ocasiones suscitaba relaciones de competencia mediante la distinción, y en otras sensaciones comunitarias por el hecho de compartir el contexto de escasez. Siendo las figuras femeninas las encargadas de la reproducción social y el consumo familiar, eran las que más tiempo pasaban en el barrio y

¹⁹² La economía capitalista basa su funcionamiento en el principio de escasez, el cual atraviesa todas las clases sociales (es la *ilussio* o energía para participar en el juego del mercado motivada por la sensación de escasez la que produce que tanto miembros de las clases elevadas como de las más empobrecidas hagan funcionar la economía), por lo que se puede afirmar que la sensación de escasez es connatural a su funcionamiento y universal entre quienes, aparte de estar inmersos en sus relaciones, no se la cuestionan. La escasez, eso sí, debe solventarse de forma competitiva y mediante pequeñas prácticas de cooperación en pequeños grupos (familias) para que los principios del mercado continúen rigiendo las relaciones capitalistas. Sin embargo, al definirse de manera siempre relacional, la conciencia de escasez viene determinada por el contexto. Carabanchel no puede desligarse de un contexto más amplio, Madrid, y es en este marco en el que los carabancheleros asumen su insuficiencia material.

quienes más actuaban las relaciones de cooperación y de competencia vecinal (a través de símbolos como el hecho de comprar jamón).

Tres momentos en la historia de escasez: del barro al barrio y del barrio a los chinos

Luisa, una pensionista viuda de 83 años de edad, reside en una colonia construida por Hermandades del Trabajo en el barrio de Opañel¹⁹³. Junto con su hija, Julia¹⁹⁴, recordaba la impresión negativa que les generó el barrio cuando comenzaron a vivir en el mismo. Esta impresión negativa guardaba una amplia relación con los valores pro-urbanos que habían adquirido en su proceso migratorio (procedían de una zona rural) y con su paso residencial y ocupacional por otras zonas de la ciudad más céntricas y enriquecidas en las que vivían personas que gozaban de ciertos capitales. En este caso, el hecho periférico estaba cargado de una valoración negativa por su posición relativamente cercana a lo rural (los valores rurales tradicionales de los que trataban de diferenciarse):

-L: Yo lloré muchísimo de venir aquí, porque no me gustaba (...). Yo venía del Paseo de Extremadura, pero yo había vivido ya en Viriato, en Quevedo, y en el Paseo de Extremadura. A mí ese paseo me gustó siempre, me gustaba más. Pero cuando vinimos a ver la casa, que ya estaban, cuando vinimos ya estaban medio hechas, casi me echo a llorar. Pues entramos por ahí, por donde están esos pisos, ahí era los patios, o sea, campo (...). Por eso yo no quería nada el piso.

-E: ¿Pero qué significaba para ti el barrio?

-L: ¿El barrio?, pues que no me ha gustado de nunca, el tiempo que llevaba en Madrid, ni esto ni Vallecas me ha gustado, sin saber por qué, porque yo no había vivido en ello, pero, al lado del sitio del que venía, el Paseo de Extremadura, que tenía la Casa de Campo (...). Yo voy a decir las cosas como son, yo encontraba, por lo menos entonces, mejor gente, otra clase, no lo sé, no sé por qué pero yo (...).

-E: ¿Y qué gente creéis que vivía en Carabanchel cuando llegasteis?

-J: Cuando llegamos aquí yo no salía a la calle, porque es que a pedrada limpia, horroroso (...). No, pero aquí cuando vinimos el nivel era muy bajo.

-E: Porque la gente que venía por Hermandades era gente...

-J: Humilde. ¡Es que es tontería, esto lo daban por lo pobre, qué bobada! (...). Yo estudiaba en un colegio en el Paseo de Extremadura que era bilingüe, francés y español, yo aprendí más palabras en francés que en español, un colegio... Llego aquí, me mete mi madre en las Clarisas, yo creí morirme, yo recuerdo que lo pasé..., pero mal, mal, mal. Al final me tuvo que sacar de ahí y llevarme a la Puerta de Toledo porque en el otro lado era imposible, y era de monjas, a Nuestra Señora del Carmen, ahí en Puerta de Toledo, y yo no he convivido más en el barrio, porque yo tenía allí mis clases y mis amigas todas por las Vistillas y por ahí, y aquí no pisaba, pero es que ya te digo, bueno, yo era jovencilla y ya empezaban a llevarse las faldas largas o la minifalda, a mí me han apedreado en la calle por llevar falda larga los chicos, o sea, que por eso te digo...

-E: ¿De esta colonia?

¹⁹³ Viviendas destinadas a personas con escasos recursos durante los años 50 cuya gestión estaba vinculada a la Iglesia Católica.

¹⁹⁴ Tuve acceso a Luisa y Julia a través de mi trabajo en un Centro de Servicios Sociales del distrito. Julia acudió al mismo solicitando el servicio de ayuda a domicilio para su madre. Ambas vivían en el distrito. Mientras que Luisa había sido "ama de casa" toda su vida, su hija había estudiado y presumía de haber sido "moderna" con respecto a las otras chicas de su edad del barrio cuando era joven. Actualmente no trabajaba y su esposo estaba prejubilado, ocupando su tiempo libre en diversas actividades del centro cultural (como los bailes de salón). Madre e hija reflejan bien dos generaciones de carabancheleras ligadas a su vida cotidiana obrera.

-J: Sí, sí, sí, de esta plaza (...). A mi hermano le decían que si era el hijo del Marqués de Villaverde, o sea, que con eso te digo todo, porque se había arreglado, mi madre ha tenido gusto para vestarnos o lo que sea, que éste era el hijo del Marqués de Villaverde, que qué..., bueno (...).

-L: Sí, mira, yo iba a la Plaza de la Cebada a comprar porque yo de aquí no quería nada, yo me he ido a comprar, me he ido a ver los vestidos, porque yo no he sido modista, yo he ido a los comercios, los veía y después los hacía, y de venía aquí, yo salía al centro, yo muchas cosas, pero yo aquí no quería nada, aquí las vecinas alguna se iba al campo y se llevaban a los niños, decían “¿Por qué no se viene usted?”, y a mí nunca me han gustado las juntas, que a mí las juntas no me gustan porque luego he venido y las he oído hablar a las unas de las otras...

Los valores pro-urbanos, relativamente “modernos” para la clase obrera madrileña de las décadas de los 50 y 60, no parece que fueran patrimonio exclusivo de esta familia. Precisamente las dos informantes, madre e hija, rememoraban cómo los vecinos que entraron al mismo tiempo en aquellas viviendas pobres también invirtieron energías en adquirir símbolos de distinción social que ocultasen, precisamente, su condición pauperizada:

-L: ¿Sabe aquí lo que pasó? Pues que aquí veníamos todas como, como dicen en mi pueblo, la porra, el trompo y los albañales, pero de la noche a la mañana todos eran ministros, porque todo el mundo tenía mucho, y las que decíamos la verdad, pues no nos creían, porque teníamos un poco más de vista que las que tenían tanto (...). Luego nos llevábamos muy bien, pero aquí hay, que todavía no sé ni como tienen la casa.

-E: ¿Que no has entrado?

-J: No, no, no. No porque..., a una la tengo puesta la ministra desde el primer día que la conocí, porque como era tanto, tan alto, tan alto y yo nunca tenía nada... Ésta se enfadaba, porque me iba yo al mercado y si venía ella “¡Ay, yo ya vengo!”, “¡Pues, que suerte!” (...), “Pues he traído jamón...”, en aquellos tiempos... Pero fíjate la mentira que me está echando, si luego trabajaba fregando escaleras.

Como se puede deducir de este fragmento de entrevista, la eficacia de la manifestación de símbolos de prestigio era muy limitada. Funcionaba como mecanismo de establecimiento de las jerarquías en el interior del barrio, pero aquellos vecinos eran conscientes de su condición homogéneamente subalterna, la que les había situado en aquellas pequeñas viviendas periféricas. La exposición de señas de identidad valoradas, utilizadas en ese establecimiento de la jerarquía vecinal, no era sino una estrategia inicial de integración que fue tomando en vínculos instrumentales y afectivos más estrechos. El sentimiento de comunidad fue apareciendo en esas nuevas viviendas obreras que proliferaron en Carabanchel entre las décadas de 1950 y 1960, simbolizado en el siguiente fragmento de relato en el hecho de compartir la comida o de llorar ante las desgracias ajenas:

-L: Ya con la vecina aquélla, que eran personas, eran personas que se podía fiar una, hablar, hablaban y ya tomamos amistad, sobre todo con dos empezamos a hacer amistad “¡Pues anda, ánimo...!” y ya empezamos a tutearnos, “¡Vente a las vecinas!”, si yo comía carne, comían ellos, si ellas hacían tortilla, comía yo, o sea, que ahí no había ni mío ni tuyo.

-J: No, la verdad es que todo fue muy bien, al principio no, pero todo fue muy bien.

-L: Aquí se ha muerto una vecina, de parto, y lloramos, hasta mi hijo mayor yo creí que daba algo, llorando al morirse, porque nos llevábamos de miedo. Y luego se murió un vecino, que se ha muerto de joven, (...).

-J: Y Julio te bajó a pintar el recibidor (...). Todos, todos. Ya cambió por completo.

De sus palabras se deduce la dialéctica entre la cooperación y la competencia en la vida cotidiana de aquella clase trabajadora. Al rememorar el pasado como una realidad heterogénea (en la que ellas estaban en una posición ligeramente superior al resto de los vecinos, según su propio discurso), trataban de reactualizar esa diferenciación (para que yo no me equivocase y lo viera todo igual), pero al destacar la evolución de las relaciones vecinales hacia la solidaridad, estaban intentando consolidar una visión de pertenencia a algo más amplio, la clase encarnada por los vecinos del barrio. Existe una suerte de dialéctica generalizada entre la autovaloración individual encuadrada en los valores y rasgos de la clase media y la consideración del contexto colectivo como perteneciente a la clase obrera.

Del relato de éstas y de otros informantes de mediana o avanzada edad llegados a Carabanchel en las décadas de los años 50 y 60, se puede deducir la construcción de una narración histórica que divide el tiempo de Carabanchel en tres etapas: una primera en la que primaba la escasez extrema en forma de símbolos como el barro o el campo limítrofe, y en la que se empezaba prácticamente de cero; una segunda de prosperidad material y relaciones comunitarias; y una última etapa de decadencia y “pérdida de identidad”, cuyo principal síntoma es la llegada de personas extranjeras. En el siguiente fragmento de entrevista, los pequeños comercios y los establecimientos hosteleros se asociaban con esa segunda etapa de prosperidad, mientras que el envejecimiento de los vecinos y su sustitución por población inmigrante –junto con la aparición de cadenas de distribución, así como de pequeños comercios regentados por personas de origen chino– ponían de manifiesto el retorno a un tiempo peor:

-J: Y se puso de barro hasta las rodillas.

-L: Se le metió el coche ahí y no lo podían sacar, porque esto era, era horrible.

-J: Pero ahora ha evolucionado mucho, mucho.

-E: Lo veis mejor.

-J: Sí, hombre, yo sí lo veo bastante mejor (...). Aunque fijate, ahora estamos volviendo otra vez a invertir [la situación]. La galería en la que compramos, que es aquí, en Hermandades, esa están cerrando todos los puestos, porque dicen que hay mucha gente mayor, que no compran, que tal, se vienen abajo, bueno, ¿qué vamos a hacer? Porque no entra nadie. También es verdad que han puesto un Ahorra Más aquí, con lo cual le han hecho polvo.

-L: Y los chinos tienen de todo.

-J: No, pero yo los chinos paso de ellos.

-L: Pero no, pero también hace, porque como tienen de todo, menos mal que el Ahorra Más no cierra al mediodía, y cierra a las nueve de la noche, que eso hace mucho, pero antes, como los chinos no cierran, y hay un montón, porque por aquí yo no se los que hay, yo porque si paso a lo mejor a por un plumero, paso a por alguna cosa de estas, pero las de comidas al lado de las galerías tienen pan, tienen de todo, así que se están haciendo de todos los barrios y la galería esta media cerrada (...).

-J: Pues se está perdiendo, cierran Reguero, han cerrado esto, han cerrado el de ahí, los comercios buenos, eran los que te venden morralla, como digo yo. Ahora sí se ha degradado un poco también, porque aquí por ejemplo que han metido sudamericanos, y no tengo nada en contra de ellos [Eleva el tono de voz], quitando cuando se emborrachan, que los odio, se han metido en muchos pisos de estos y lo

están degradando muchísimo. El asunto de limpieza, que eso es lo que yo digo, ¡jelines, yo me iba al campo, o sea, al parque, al Retiro, íbamos al Retiro, que íbamos a montar en bicicleta muchas veces y pisabas el césped y enseguida tenías un guarda que te ponía una multa, y ahora les ves, porque he ido yo, con las barbacoas y todo eso, y nadie se mete con ellos! Yo a mi no me importa lo que hagan, pero que vayan a la Casa de Campo o donde sea, pero no a un parque como ese, y con lo que cuesta mantener el césped aquí.

“Ahorra Más” no es una amenaza para el pequeño comercio pero “los chinos” sí (que ni siquiera entran en la categoría de “pequeño comercio”). Por otro lado, la visibilización en el espacio público de “los sudamericanos” es otro símbolo de decadencia que tiene que ver con el recordatorio de su pasado como ocupantes de los parques, con la memoria de la propia precariedad. Observamos cómo las fronteras nacionales atraviesan continuamente las valoraciones y cómo la jerarquía socioeconómica en el sistema-mundo es trasladada al barrio para significar ciertas presencias como malos augurios que traen lo que se pensaba olvidado: la escasez. La diferenciación identitaria en el interior de Carabanchel ha ido sustituyendo la relativa homogeneidad sentida por los habitantes del barrio obrero fordista. Hemos podido apreciar una tensión continua entre cooperación y competencia en el contexto de escasez desde los comienzos de dicho barrio, pero la competencia –al menos en los discursos- parece ir imponiéndose en los últimos años. Aún así, los símbolos de homogeneidad barrial persisten en el imaginario. A continuación vamos a detenernos en las dos principales metáforas espaciales utilizadas para significar la conciencia común de escasez –al menos entre los autóctonos-: la similitud con Vallecas (lo sur) y la diferencia con La Moraleja (lo norte).

Como en Vallecas (o lo sur)

Es una tarde de otoño en el Paseo de Muñoz Grandes y en dirección a la boca del metro “Carabanchel” camina un chaval con una bufanda del Rayo Vallecano, equipo de fútbol que representa la identidad barrial como ningún otro. ¿Y por qué un joven de Carabanchel es aficionado del “Rayito”? Las afinidades entre ambos barrios parten de un proceso histórico paralelo: tanto Vallecas como Carabanchel constituyen dos distritos¹⁹⁵ cuyo origen eran pequeños núcleos independientes que, tras la victoria franquista y el centralismo que imprimió a la organización del Estado, fueron anexados a Madrid. De forma paralela, ambos distritos constituyeron sendos arrabales (alrededor de la Av. de la Albufera en el caso de Vallecas y de la calle General Ricardos en el de Carabanchel) a partir de los cuales se nuclearon los barrios de viviendas autoconstruidas que caracterizaron el enorme flujo migratorio acaecido entre las

¹⁹⁵ “Distrito” es una designación administrativa que contiene varios barrios en su interior, pero para los habitantes de los distritos, la palabra más adecuada es “barrio”, la cual hace referencia a las relaciones que se dan “abajo”.

décadas de 1950 y 1970. Por último, ambos barrios representaron el fuerte empuje del movimiento vecinal del tardo-franquismo justo antes de su fagocitación por parte de los partidos políticos recién legalizados en la Transición, de su decaimiento como consecuencia del modelo de vida individualista que acarrearón los realojos y de la ola de heroína, delincuencia y desconfianza que se cernió sobre los espacios públicos de ambos barrios. Pese a que en Vallecas la fuerza del movimiento vecinal y de los movimientos contraculturales de la década de 1980 tuvo mayor organización y presencia que en Carabanchel, logrando articular una suerte de identidad barrial que se mostró como una herramienta muy valiosa de lucha (“Vallecas por la kara”), Carabanchel siempre ha figurado en el imaginario de los carabancheleros, vallecanos y madrileños en general, como un barrio hermano por su composición de clase. De ahí que no extrañe la afición de un joven carabanchelero de estilo e ideología izquierdista al Rayo, pese a que Carabanchel sea fundamentalmente “un barrio del Atleti”¹⁹⁶. El “barrionalismo” es una suerte de construcción identitaria que consigue adherir un componente concreto, el “espacio común”, el de la vida cotidiana, a la conciencia de clase post-obrerista¹⁹⁷. Carabanchel no vivió un proceso de luchas tan intenso como Vallecas, pero su movimiento vecinal fue de los más fuertes a finales del franquismo y en la Transición. Hoy en día, dicho movimiento sobrevive e incluso resurge con ciertas luchas que vienen a reafirmar el carácter barrial como encarnación de la clase social.

La historia paralela entre Carabanchel y Vallecas es reconocida incluso por personas recientes en la ciudad que mantienen relaciones intensas con autóctonos. Gilberto¹⁹⁸, un joven de origen brasileño que vivía en uno de los distritos más caros de Madrid, me hablaba de sus impresiones sobre Carabanchel. Tras detallarme su recorrido y sus sensaciones sobre la identidad barrial, descubrimos que en realidad estaba hablando de Vallecas: la confusión no era ninguna casualidad, sino que en su mapa cognitivo ambos barrios tenían significados idénticos.

¹⁹⁶ Si un barrio es del Atleti, ése es Carabanchel. La cercanía al estadio (al otro lado del río Manzanares) y el carácter relativamente humilde del club, producen una fuerte identificación. Aunque probablemente el Real Madrid tenga más aficionados en Carabanchel, el Atlético de Madrid es el que mejor representa el “ser” carabanchelero. Aunque no es el más pobre, es el pobre (en relación al Real Madrid, en relación a la Castellana o La Moraleja). Entre el rojo (de clase trabajadora) y el blanco (de la pureza y limpieza del siempre “favorecido por el régimen” Real Madrid), procede de abajo y aspira a ser poderoso, ganador, pero es “el pupas”: su destino (de clase) se cierra finalmente sobre sus intentos de éxito. El máximo enemigo es el rico, el poderoso, el Real Madrid, pero nunca se le vence porque no hay una crítica bien articulada, sólo envidia por sus éxitos, por representar la parte ganadora de la ciudad, la de aquellos a los que les va bien, los que no tienen complejos, los del norte de la ciudad. Ambos clubes construyen narrativas masculinas de una ideología derechista, pero una es la del triunfador y otra la del fracasado. En ambos estadios se pueden escuchar cánticos racistas y ver símbolos fascistas, pero en el Vicente Calderón se trata de un derechismo defensivo, de la derrota, no conquistador, como en el Santiago Bernabeu.

¹⁹⁷ En el declive del fordismo, con la llegada del paro masivo y a partir de la emergencia de nuevos sujetos protagónicos a partir de 1968 (de los obreros a los jóvenes; del obrerismo al ecologismo y el feminismo; del espacio masculino fabril al espacio más feminizado barrial), la antropóloga Elisabeth Lorenzi (2007) ha detallado el proceso de emergencia de la identidad vallecana como actuación performativa de la lucha de clases en un espacio concreto.

¹⁹⁸ Entrevisté a Gilberto en el contexto de otra investigación pero incluyo el discurso que espontáneamente emitió sobre Carabanchel refiriéndose a Vallecas.

Para Gilberto, tanto en un caso como en el otro, estábamos ante “un barrio bastante madrileño”. Estaba asimilando el casticismo a sendos barrios populares, indicando con ello que son los que mejor encarnan el “ser” madrileño. Encadenando esa imagen con tradicional con otra más contemporánea, la presencia e hipervisibilización mediática de la inmigración global volvía a trazar el camino afín de ambos barrios:

-G: Cuando preguntas “¿Y tú de dónde eres”, “Ah, yo soy de Carabanchel”, es muy madrileño (...). También creo que es un barrio bastante obrero, yo trabajaba en Entrevías, yo daba un taller en la parroquia de Entrevías, entonces pasaba por Carabanchel, están bastante pegadas, entre comillas.

-E: Eso es Vallecas.

-G: Ah, es verdad, estoy flipando, claro, no, Carabanchel está por otro lado. (...) Oporto, sí, es verdad, pero lo que he hablado sigue en pie, vamos. Y esa es la sensación que tengo, de que es un barrio bastante madrileño, por supuesto obrero, y que por la zona, Oporto, Usera y todo esto, hay una gran concentración de inmigrantes.

La “concentración de inmigrantes” supone la reactualización de la asimilación de sendos espacios a lo popular para las personas ajenas a estos enclaves, si bien en su interior esta nueva hornada de carabancheleros y vallecanos no es vivida como una renovación de las identidades “barrionalistas”.

Ambos entornos han necesitado construir identidades barriales con las que contrarrestar el peso del estigma. Así es como Viki¹⁹⁹, una residente del PAU procedente de otro barrio del norte de la capital, tuvo que dar más explicaciones de la cuenta a sus amigas cuando les comunicó que se iba a vivir a Carabanchel, algo que no le ocurrió con sus compañeros vallecanos de trabajo:

La gente de mi barrio decía “¿Adónde?”, “Pues a Carabanchel”, “¡Qué lejos!”, “¿Dónde?”, “Pues al PAU y tal, prolongación”. Y luego la gente del curro, pues sí, gente que vive en Vallecas y eso.

La fractura en la imaginación geográfica entre el norte y el sur de Madrid procede de una marcada fractura social. La distancia física de Carabanchel a Vallecas es considerable en relación con otros barrios, pero los vecinos de uno y otro se identifican como parte de lo mismo: “el sur”. El sur, considerado como *lo sur*, implica lo periféricamente lejano, lo otro. Viki y Lucas, recién casados, dialogaban sobre lo que imaginaban antes de irse a vivir al PAU de Carabanchel. Para ella estaba más presente Vallecas que Carabanchel como espacio legendario, pero no obstante, el significado estigmatizador de uno era atribuible al otro:

-L: No, al principio, cuando le dije que era Carabanchel, yo creo que sí era un poco reticente, hasta que lo vio.

-V: Porque estaba donde Cristo...

¹⁹⁹ Viki, de 32 años de edad, vivía con su pareja en el PAU.

- L: Donde Cristo perdió el mechero. Aparte era “en los alrededores de Carabanchel”. Siempre ha tenido algún tipo de leyenda.
- E: ¿Conocías algún tipo de leyenda sobre Carabanchel?
- L: No sé, a lo mejor yo, que vivía más cerca...
- V: Así, tipo Vallecas había oído, pero Carabanchel no. (...) Así como en Vallecas oyes que hay alguna zona así más chungu que otra...

Por otro lado, en una investigación que tuve la oportunidad de llevar a cabo en el distrito de Vallecas²⁰⁰, pude apreciar cómo se reproducía el mismo tipo de discursos y la afinidad sentida con Carabanchel –con la única diferencia de la mayor conciencia vallecana de la existencia de una historia de reivindicaciones vecinales-. Podemos observar entonces cómo Vallecas y Carabanchel se hermanan imaginariamente como encarnaciones espaciales de las clases populares madrileñas. Más adelante indagaremos en la acción performativa que supone autocalificarse como “obrero”. Por el momento vamos a continuar aproximándonos a la autodefinición que emplean los carabancheleros, esta vez en oposición a un barrio prototípico de “lo norte” o lo “pijo”: La Moraleja.

Frente a La Moraleja (o lo norte)

La Moraleja no es un barrio si atendemos a un concepto del mismo como espacio intermedio entre lo rural y lo urbano en el que tienen lugar relaciones semicomunitarias que contribuyen a crear identidad colectiva. La Moraleja, sin embargo, es otro espacio pretendidamente intermedio entre el campo y la ciudad en el que se embellecen y exageran los valores positivos del primero –jardines como encarnación de la naturaleza, escasa densidad poblacional, casa familiar alejada de las demás, etc.- y se lleva al extremo una de las máximas aspiraciones individualistas de la burguesía urbana. La Moraleja, como arquetipo de urbanización de las clases dominantes, es sin embargo un referente negativo en Carabanchel que por su visibilización mediática en la década de 1990 ha sido utilizado como contraste sobre el cual construir el discurso sobre lo que se “es”. Pese a que ya no esté de moda en los medios ni los famosos busquen en sus lujosas viviendas la exhibición de sus símbolos de distinción, La Moraleja aparece en las entrevistas como “lo que no es Carabanchel” y como “lo que no es Carabanchel dentro de Carabanchel”²⁰¹. La Moraleja, como ostentoso espacio del norte de

²⁰⁰ “Estudio cualitativo sobre el grado de satisfacción con las figuras profesionales de la intervención social por parte de las familias usuarias de los SS.SS. del distrito de Puente de Vallecas”, realizado junto con Ariadna Ayala Rubio para EMES y JMD de Puente de Vallecas, 2009.

²⁰¹ En realidad, se podría afirmar que La Moraleja es un constructo mediático del que tienen poca experiencia directa el resto de madrileños, pero un simple paseo por este lujoso entorno permite atisbar por qué muchos carabancheleros sienten que se trata de sus antípodas. Calles vacías, sin habla, lujosos coches, desplazamientos mediatizados (coches, GPSs, etc.), sin personas o carteles que orienten, los escasos cuerpos hiperestetizados

Madrid, es citada para referirse a lo rico, pero esto no implica que se considere un dechado de virtudes. Bajo una especie de conciencia de clase de corte moralista-católico, que sitúa en el lujo lo inmoral, algún informante, como Javi²⁰², “escolta de un famosete”, hacía la siguiente reflexión sobre los dos espacios:

La Moraleja es igual de malo que Carabanchel (...), hay igual de gente mala que Carabanchel. Se equipara a lo mejor el hecho de que una persona no tiene estudios a una persona que ha estudiado en Cambridge, en Oxford, en todas estas universidades, o en la Complutense, me da lo mismo, se equipara el que a lo mejor ese chaval no tiene estudios, que tiene una familia problemática... No tío, a lo mejor ese chaval, de ver toda esa problemática, a lo mejor ese tío quiere tirar para adelante más que otro tío que ha tenido todo y le da igual todo y se mete a la delincuencia. Yo he conocido gente, he conocido a un tío que su padre era no sé qué de Galerías y todo esto, y éste era un tío que cogía tres kilos de cocaína, y qué pasa, que tenía dinero para aburrir y ahora le están buscando para matarle, tío. Igual que te digo de gente de aquí que sus padres han sido yonquis y el chaval, ¡chapó!, veinticuatro años, trabajando... Eso de que hay gente más mala en Carabanchel, o en Vallecas. (...) A mí me dan por culo los políticos y toda esta gente cuando dicen “No, es que en los barrios de pobreza y eso se tiran más a la delincuencia”. ¡Pero bueno, cacho cabrón! Si sabes tú mismo que los banqueros están traficando, y tú sabes que cuarenta mil policías, que el noventa por ciento de la policía son traficantes todos, y están más que comprados, qué me estás contando. Tú te vas a Algeciras y vas a pasar la aduana y ves a los guardias civiles con Rolex, ¿qué me estás contando?, es todo superlativo (...). Ahora, te digo una cosa, cuando no tienes nada, tú tiendes a robar cosas, mira ahora los bancos, si tú tienes que pagar una hipoteca...

En este fragmento de entrevista, Javi desarrolla un discurso clásicamente disciplinario que tiene como objeto la inversión de la asociación entre pobreza y delincuencia. Bajo esta incipiente conciencia de clase meritocrática se reconoce en los lugares de poder, como La Moraleja o la Guardia Civil, la misma lógica que se achaca al barrio, aunque menos justificada porque su “maldad” no parte de la necesidad. El hijo de yonquis que trabaja es el contraste positivo (“¡chapó!”) de un barrio como Carabanchel. Esta vieja ética del trabajo fordista sigue vigente en muchas personas de Carabanchel que hacen de la necesidad virtud. Además, Javi identificaba en el mismo espacio social a las personas con capital económico y cultural, mientras que en Carabanchel o Vallecas, la gente como él podría ser mala (por unas condiciones objetivas) y sin embargo no lo era. Esta especie de salvación moral meritocrática de origen ideológico cristiano es un discurso de autolegitimación a partir de elementos dispersos de una conciencia de clase. Como observamos, no se habla en términos sociológicos de esa clase, sino a través del símil (con Vallecas) y el contraste (con La Moraleja). Sin embargo, en el discurso de

(salvo los de las empleadas domésticas y limpiadoras), barreras y personal de seguridad que fragmentan el entorno, etc. Todo ello da como resultado un espacio público inhabilitado en el que prima la vista y no existe el contacto. Este entorno descorporeizado en el que las relaciones están hipermediatizadas (entre los cuerpos hay máquinas, expertos, dinero o reglas escritas), representa en el imaginario lo opuesto al barrio de cuerpos no estetizados, ruidos, interacciones densas en un espacio reducido, etc.

²⁰² Javi, con 31 años de edad, residía en la colonia del Tercio Terol. En su narración, durante su adolescencia y juventud había sido “un pieza”, queriendo significar que había sido “malo”. Sus continuas peleas y sus “malas amistades” le situaban en un espacio ilegítimo. Con el tiempo, había “madurado” y sus aspiraciones eran las de formar una familia junto con su novia. Trabajaba como escolta de “un famosete” que no quiso nombrar y pasaba varias horas al día en el gimnasio, ostentando una corporalidad y un discurso hipermasculinos.

Javi se puede entrever cómo esa conciencia de clase es fácilmente transformable en otra suerte de conciencia de clase, la de los más pudientes, en caso de que tuviese acceso a bienes materiales o reconocimiento social. Sus valores individualistas no difieren de los que emplean muchos miembros de las clases dominantes que realizan relatos autobiográficos que muestran su esfuerzo personal en un contexto difícil. El orgullo barrial de Javi quizás no resistiría una “oferta atractiva”: se trata de un discurso identitario que trata de ocultar al máximo su propia vulnerabilidad. El hecho de afirmar que no cambiaría el barrio (“que me saluden por la calle”) “ni por 10 millones de euros”, indica que la cuestión está presente (en la misma entrevista no cesó de hablar de aspectos materiales y de su aspiración a formar un negocio). Ello indica que más que ante una conciencia de clase colectiva, estamos ante un discurso obrerista de corte individualista que se utiliza, en ocasiones, como estrategia de autolegitimación moral por parte de quien detenta un rol subordinado en el campo socioeconómico. No cuestionaba las reglas de juego, sino que aspiraba a tener más poder con esas reglas, pero justificando su posición económica subordinada actual con contrapesos morales:

[Los niños pijos] Me alegro de que tengan dinero, pero nunca van a tener lo que tenemos nosotros, que es esto de los vecinos, de “Hola qué tal”, eso no lo tienen. A mí el que me saluden por la calle “Hola Javi, qué tal todo”, o que me llamen después de un año, “Qué tal, Javi”, eso no lo cambio ni por un millón de euros, o que te vean por la calle “Qué tal, tío, ¿te ha pasado algo?”, yo eso no lo cambio ni por 10 millones de euros, es lo más bonito del mundo, poder invitar a la gente a comer, no sé, tío.

La moraleja de “La Moraleja”: el no-barrio de las antípodas sociales representa el éxito económico inmoral, no un objeto de crítica social. Así es como La Moraleja no es tanto un espacio concreto de Madrid como un concepto. La relatividad del concepto se pone de manifiesto cuando dentro del propio Carabanchel se habla de sus “Moralejas”. Los habitantes de las zonas nuevas del distrito, fundamentalmente el PAU, consideran que residen en “La Moraleja de Carabanchel” o en “La Moraleja de Pan Bendito”. Esta irónica estrategia de distinción responde a la necesidad de poner tierra de por medio con respecto al Carabanchel “antiguo” y estigmatizado. Jaime, residente en un nuevo edificio cercano a Pan Bendito, poseía una visión estereotipada sobre el distrito que ahora necesitaba matizar y des-estereotipar: “Creen que es un barrio más callejero de lo que es, pero Carabanchel ha cambiado mucho (...), ya no hay tanta delincuencia, ahora hay más gente trabajando”. La proximidad de su nueva casa en propiedad (encarnación material del proyecto de familia nuclear clásico) a la zona más estigmatizada de Carabanchel, generaba disonancia a la hora de responder dónde vivía:

Yo también, [digo que vivo en] Pan Bendito. Pero por ejemplo antes, cuando no sabía qué era esto, decía, ¿en la zona buena de Pan Bendito?, ¿qué decía? Es que no me acuerdo. Yo no tengo ningún problema en

decir Pan Bendito, o en la zona..., es que en realidad es eso, o Carabanchel. Esto más bien es Pan Bendito, aunque corte aquí la Vía Lusitana y no se sepa, porque todavía estamos aquí como un poco sitiados, todavía no se sabe lo que es esto, ni lo que no es, pero es Pan Bendito.

Pan Bendito es la nominación a falta de un nombre, de una identidad. “Cuando se sepa lo que es...”: de momento tenía que decir, aunque le pesase, que vivía en Pan Bendito. Cuando María, su esposa²⁰³, refería “yo no tengo ningún problema”, parecía que algún problema existía, si no en ella, en sus vecinos. “Todavía estamos aquí como un poco sitiados” expresaba una sensación de encierro social. Quizás la parada de metro llamada Pan Bendito hubiera legitimado esa nominación en cierta manera, ya que su designación quedaba igualada en un mapa a estaciones como Nuevos Ministerios o Sol (sitios de enorme prestigio). Si no fuera por el metro, Jaime “a lo mejor diría Tanatorio Sur, pero no creo que nadie más se identificase con este nombre”. María probaba con nuevas identidades, como “Plaza Elíptica”, pero las desechaba (“no, pero Plaza Elíptica está a un kilómetro”). Finalmente reprodujo el topónimo que se le ocurrió en una conversación vecinal:

Por distrito, es el distrito de Carabanchel, pero nosotros decimos Pan Bendito. Es como en el parque, que empiezan a decir “Porque ¿aquí cómo nos llaman?”, y dije, yo, “Pues La Moraleja de Pan Bendito será” [Ríe]. Pero este bloque de pisos es el más sencillo, te vas todo para allá y es todo combis, videovigilancia, con tal, te relacionas con esa gente y uf.

La Moraleja puede apropiarse como significado para expresar la diferencia con respecto a Pan Bendito. Este matrimonio, que expresaba sus angustias ante el barrio, ante los inmigrantes, ante los gitanos, ante los colegios públicos, etc., iba encontrando cómo su sueño de ascenso social familiar, enclaustrado en la primera etapa de su proyecto de familia nuclear en un bloque junto a la absoluta alteridad, iba desarrollándose, viendo luz al final del túnel (“la zona se va revalorizando, con el centro comercial ahí”). María consideraba que su barrio iba adquiriendo valor. Los parques y las vistas representaban espacios abiertos que permitían salir de la “boca del lobo”, del “submundo” que le parecía el barrio cuando llegó. El metro posibilitaba escapar al centro, la autovía a casa de sus padres: se trataba de salidas del encierro. El centro comercial Islazul, cercano a su casa, permitía, además, entrar en ese mundo de la cultura del consumo global (en una cápsula imaginaria de realidad social homogénea ante las diferencias internas de su barrio). Lo único que empañaba este imaginario de evasiones era el cementerio, ese lugar de

²⁰³ María y Jaime fueron entrevistados a principios de 2005 (cuando, recién llegados a su piso nuevo tenían 30 años de edad y una hija) y a finales de 2008 (ya con otro hijo). Jaime trabajaba como administrativo en una empresa de seguros y María alternaba la vida laboral como auxiliar de geriatría en residencias de mayores con periodos de desempleo forzado o voluntario (para centrarse en la maternidad). Su piso estaba situado en una zona nueva de fincas cerradas con seguridad privada en la que, como ellos decían, todos eran, o simulaban ser, abogados y médicos, lo cual les sometía a una cierta presión por sentir que no tenían símbolos de distinción con los que competir.

muerte que estigmatiza a Carabanchel (como la cárcel) y que recordaba lo otro, lo que no se quería ver ni admitir. La desubicación geográfica de este matrimonio, entre la designación “Pan Bendito” y “La Moraleja de Pan Bendito”, era una desubicación social. Durante la entrevista se quejaban de los aires de distinción de sus vecinos, de su discurso competitivo, lo cual les llevaba a sentirse más relajados cuando se juntaban, ella con “una señora mayor de Orcasitas que viene aquí con su nieto”, y él “con un vecino mayor con el que hablo del Atleti”. No querían ser de Pan Bendito, pero sentían cierta carencia de capitales (“aquí son médicos, abogados...”) con respecto a sus vecinos, por lo que finalmente se relacionaban con personas con las que no era posible la competitividad. Su aislamiento social y su cierto “complejo de inferioridad”, les hacía aspirar a la consecución de metas individualistas consistentes en la reafirmación del proyecto familiar doméstico, cuyo símbolo era “un salón más grande”. La desubicación social de este matrimonio –administrativo y auxiliar de geriatría-, que no se consideraba ni “obrero” ni “profesional”, ni de Pan Bendito –o Carabanchel- ni de “La Moraleja de Pan Bendito”, se ponía de manifiesto finalmente al obligarles a poner una categoría de clase a su situación social:

- E: ¿Hablando de la clase, vosotros de qué clase social os consideráis?
- J: Media [Contestación rápida, sin dudar].
- M: ¡Uy, media! ¿Clase media de qué, de *standing*? Clase media yo creo que es algo más superior.
- J: Es que hay alta, media-alta, baja y media.
- M: Nosotros seremos media-baja, yo pienso, no sé.
- J: Clase media. Tampoco soy pobre, y tampoco soy alta ni media-alta.
- M: Pero tampoco eres rico.
- J: A ver, te repito, está la clase alta, la media-alta...
- M: Vale, pues muy bien, lo que tú quieras.

Competencia individualista por recursos escasos

Hemos observado cómo María y Jaime –así como buena parte de los habitantes de Carabanchel, y ya no sólo de sus “Moralejas”-, consideraban que el aumento de algún tipo de capital les situaba en la clase media. Partiendo de una imagen estereotipada de la clase trabajadora –la del obrero de origen rural de la época del desarrollo fordista-, los cambios habían supuesto un ascenso social. Así es como dos jóvenes universitarias, Leyre y Mamen, lo expresaban:

- L: El esfuerzo que he hecho para estudiar, (...) yo no aprobaba fácilmente (...), a veces he pensado en dejarlo y he continuado, he repetido un curso y no lo he dejado, (...) que valoren mi trabajo (...).
- M: (...) Afán de superación, si algo no sé, aprendo, informarme de lo que hago (...). Prefiero que me conozcan por haber sido bióloga que por “la mujer de Paquirrín”.

Ambas se consideraban de clase media, lo cual, en este contexto, significa “estar en el medio”, vivir en la moderación: no aspirar a grandes cosas que se sabe que no se van a conseguir, pero tampoco ser (ya) como los de abajo (que equivalen a la alteridad y anterioridad en una ideología del progreso). Sin embargo, esos méritos se situaban en el pasado, en la carrera de sacrificios (individuales y familiares) para llegar a su situación actual, la cual ya no era la propia de la clase trabajadora: Leyre, trabajadora social, expresaba “No me considero obrera, yo no me estoy matando a trabajar”. En general, con excepción de los jóvenes pertenecientes a una militancia o subcultura de izquierdas, el autoconcepto social es el de la llegada a la clase media fruto de los sacrificios meritocráticos en un contexto de origen obrero y una cultura disciplinaria. Este ascenso tiene más mérito, si cabe, por producirse en un entorno que no lo facilita.

En general, podría afirmarse que el PAU encarna como ninguna otra zona del barrio esta conciencia de ascenso social. Uno de sus habitantes reconocía la metáfora de “La Moraleja” para clasificar su entorno: “[En el PAU] la gente está satisfecha de donde vive, se sienten..., este barrio es, pues como en cualquier ensanche en relación a la zona antigua, pues somos como La Moraleja del barrio, La Moraleja de Carabanchel”. La metáfora es curiosamente empleada por los propios habitantes de estas “moralejas”, no así por los vecinos de las zonas antiguas de Carabanchel. Antonio, residente del PAU pero militante vecinal en el Carabanchel Alto antiguo, dejaba traslucir que se trataba de una autodesignación distintiva de sus vecinos: “El hecho de vivir en estas casas les hace sentir marqueses, se creen que son alguien, y van muy puestos, como señoritos”.

Tanto La Moraleja como las “Moralejas” internas de Carabanchel están indicando una conciencia de escasez generalizada del barrio. Un hombre ajeno a Carabanchel mencionaba que tras haber hecho todo el anillo ciclista de Madrid (un carril bici de circunvalación de más de setenta kilómetros), el que le había parecido el tramo más feo era el que pasaba por esta zona (distritos del sur). La fealdad paisajística es un efecto de la “fealdad social” que da sentido al barrio. Algunos de sus habitantes más ancianos, hijos del descampado y las calles sin asfaltar, consideran, sin embargo, que el barrio está “muy bonito” en la actualidad. La mejoría en forma de asfalto –que entierra el barro- y de fuentes –como ornamento, y no ya como origen del agua que consumían²⁰⁴-, son indicadores de que el barrio está mejor, de que ya no es feo. Así lo expresaban María y Paquita, octogenarias que llevaban cinco décadas en su vivienda obrera:

²⁰⁴ A principios de la década de 2000 un plan del Ayuntamiento llenó de fuentes el distrito (cerca de cincuenta nuevas). Este embellecimiento, con monumentos relativamente baratos que en realidad no guardaban ningún vínculo con el barrio, fue, sin embargo, muy bien recibido por buena parte de la población mayor. Las fuentes son de

-M: Yo aquí, esta calle, porque te metías hasta aquí. Ibas a por agua a la fuente...

-P: Yo cuando me vine recién casada al barrio del Terol, estaba sin arreglar ni nada: yo tuve que comprar botas katiuskas, porque nos metíamos, ¡buuf! Y se tiraba todo lo de los orinales y todo a la calle, ¿entiendes? Aunque estamos comiendo, pero bueno. Pero que ha cambiado muchísimo, ¿dónde va a parar!

Pese a que las relaciones vecinales ya no fueran tan intensas –desde que el agua sale del grifo de sus casas y las únicas fuentes de las calles están para adornar-, en el imaginario de los carabancheleros existe la conciencia de mejoría. Esta mejoría corresponde a la confección de metas sociales factibles. Uno de los indicadores que manejaba un joven, Samuel²⁰⁵, para evaluar el grado de “desarrollo” del barrio era el de las dotaciones sanitarias, señaladas como insuficientes. La incorporación de los conceptos geo-económicos del desarrollo al discurso de esta persona, hace pensar en la imaginación de una línea ascendente y única en la que Carabanchel se encontraría en una posición media: ha mejorado pero sigue siendo mejorable. El elemento que había facilitado esta visión era la historia de reivindicaciones vecinales vivida en Carabanchel para presionar a las administraciones por la ausencia de recursos hospitalarios suficientes y adecuados en esta zona de Madrid²⁰⁶. Este informante, Samuel, que no participaba activamente en este movimiento vecinal, incorporaba a su discurso cierta sensibilidad social (además, su padre fue un párroco implicado en la atención a personas desfavorecidas del barrio) y un análisis de los contrastes de clase dentro de la ciudad, reconociendo la diferencia económica entre los barrios del sur y “los ricos”. En su necesidad de transmitir una idea de Carabanchel como “medio”, buscaba elementos compensatorios para atenuar la imagen devaluada por su pobreza. La pobreza se situaba fundamentalmente en el pasado, por una falta “de evolución” (en la línea desarrollista que se ha reflejado anteriormente). En su imaginario, mientras que el Carabanchel del pasado se asociaba a pobreza y chabolos, el Carabanchel actual tenía transportes, centros comerciales, gente de clase media y hasta “algunos ricos” que él había visto comiendo en algún restaurante del barrio. Nos encontramos ante una visión del

los escasos elementos de la escena urbana meramente ornamentales (y no por ello menos funcionales en el plano simbólico).

²⁰⁵ Samuel fue entrevistado junto con otros jóvenes estudiantes universitarios en 2005. En sus intervenciones mostraba un discurso identitario y optimista sobre el barrio como una realidad que había ido a mejor gracias a su “desarrollo” en forma de infraestructuras y ciertos símbolos de distinción visibles entre algunos habitantes.

²⁰⁶ La lucha de las asociaciones de vecinos de Aluche y Carabanchel Alto por la construcción de un hospital en los terrenos de la desmantelada cárcel de Carabanchel arrancó alguna que otra promesa electoral incumplida. Por otro lado, se produjo una clara división entre estas asociaciones y las de Carabanchel Bajo, las cuales reivindicaban las plazas civiles del Hospital Militar Gómez Ulla. El enorme edificio que alberga esta instalación, el más alto del distrito y del sur de Madrid -lo que en la terminología empleada por Lynch (2004) constituiría un mojón identificable desde una larga distancia-, se erige sobre una zona del barrio administrativo de Vista Alegre envejecida y relativamente pobre (con respecto a otras zonas de Madrid), lo cual ha facilitado la asociación entre las propias carencias y la ostentación de una construcción infrautilizada.

relativo aumento del poder económico del barrio, pero sin abandonar una posición desfavorecida en el conjunto urbano.

Llama poderosamente la atención cómo en bastantes de estos discursos, cuya estrategia es la revalorización social del barrio bajo los esquemas desarrollistas, lo que se destaca es el escenario y cuando se habla de actores que ponen en valor a Carabanchel se trata de personas ajenas socialmente al entorno. Los vecinos del barrio no son los que aportan valor al mismo, sino las actuaciones urbanísticas (medios de transporte, fuentes, centros comerciales, etc.) o la presencia y la mirada de ciertas personas influyentes (desde Eugenia de Montijo a Nancho Novo). Un grupo de personas octogenarias, que transmitía un discurso pesimista sobre la inseguridad, destacaba cómo el entorno “está mucho mejor” al asociar mi pregunta con lo urbanístico (ellos llegaron cuando las calles eran de barro). Lo mismo parecían transmitir algunas personas migrantes que destacaban una visión optimista de Carabanchel al querer identificarse con una ciudad “en desarrollo”. La cantidad de obras públicas (que entre 2005 y 2009 estaban en boga en Madrid y Carabanchel por sus enormes dimensiones en relación al pasado y las molestias que causaban) eran el síntoma de estar en un centro de poder global. El desarrollismo parecía seducir precisamente a aquellos que sentían que carecían de ese “desarrollo” construido hegemonícamente²⁰⁷. Y es que las relaciones vecinales únicamente son valoradas en esta tipología de discursos cuando pertenecen al pasado. José no cesó de transmitir en toda la entrevista un discurso catastrofista sobre el barrio, sobre la inmigración y sobre la delincuencia²⁰⁸. Lo único positivo que formuló en relación al vecindario, sin embargo, formaba parte del pasado. “Yo he visto el trigo en Carabanchel, cebada” era una frase que afirmaba su antigüedad –leída como legitimidad– en el barrio. Describía, tal y como hacen muchas personas de más avanzada edad, lugares del barrio que ya no existen o se han transformado:

No había transporte, ni había metro (...), yo lo he pasado muy bien en Carabanchel, de fábula, vamos. (...) Todo el día en la calle, tenía que salir mi madre a llamarme. (...) Me acuerdo yo de Santiago Segura, que

²⁰⁷ Las marcas culturales de clase como migrantes económicos hacen que varíen las valoraciones de la ciudad con respecto a la población autóctona, lo cual hace que la periferia salga ganando con respecto al centro. Así es como Willian, de origen boliviano, destacaba como lo más bello de Madrid algunas infraestructuras recientes en la periferia, cercanas a Carabanchel, que dotaban a su vida en Madrid de la sensación de estar en uno de los centros de poder del planeta. El desarrollismo en forma de infraestructuras actuales, y no el casco antiguo, era lo más valorado por Willian. Se podría afirmar que las trayectorias urbanas de las personas del *servo proletariado* actual se asimilan a las del proletariado de hace dos o tres décadas (centradas en una parte de la periferia muy local, viviendo Madrid como un lugar ajeno y realizando, en todo caso, trayectos radiales), sin embargo, personas como Willian no reducen sus movimientos a su barrio, sino que se mueven más de periferia a periferia y apenas frecuentan el centro. Sus relaciones son locales y muy marcadas por el origen nacional, pero también se mueven a otros lugares periféricos para visitar a familiares y amigos.

²⁰⁸ Pese a que José tenía 50 años, sus perspectivas sociales de futuro eran muy inciertas al padecer un cáncer que finalmente acabó con su vida y al llevar varios años excluido del mundo laboral y dependiendo de recursos asistenciales.

vivía ahí.

José expresaba un pasado feliz, barrial, callejero, donde existían conflictos, pero éstos eran recordados de manera dulcificada, sin tensión emocional, transformados en anécdotas (al contrario que los conflictos del presente). La evocación de Santiago Segura –así como otros evocan a Rosendo o a “Manolito Gafotas” como fieles representantes del barrio- indicaba que el pasado –fordista, disciplinario, meritocrático- era comunitario y había dado como resultado ciertas individualidades destacadas. Desde esta perspectiva, antes existía más escasez, pero había más “humanidad”, mientras que en el presente lo positivo era todo lo que combatía la escasez (calles bonitas, centros comerciales).

Dada la escasez relativa de Carabanchel se podría pensar que para las personas que más participan en el distrito de valores individualistas materiales, “La Moraleja” supone un referente, una aspiración. Sin embargo, pese a compartir valores con empresarios y otras personas de éxito económico, estos habitantes se conforman con el siguiente escalón, mostrando sus *razones prácticas* en sus elecciones (Bourdieu, 2008). Hemos observado cómo Aluche o el PAU pueden suponer ese siguiente escalón para algunos vecinos, sin embargo, para los que proceden de entornos más desposeídos, la aspiración es pertenecer a la “clase media” (“lo normal en el barrio”, decía una informante). En una entrevista con tres adolescentes procedentes de familias con condiciones socioeconómicas muy desfavorables, Yonattan, Jenni y Silvia, llamaba la atención cómo el discurso sobre lo enormemente transgresor de sus prácticas (el orgullo de ser “malos, de Carabanchel”) iba seguido de otro discurso sobre las propias aspiraciones en el que las metas vitales no eran sino las que habían conseguido los carabancheleros medios (y no las de los habitantes de La Moraleja). Silvia expresaba “yo de momento me estoy sacando el graduado” y que le gustaría ser profesora de FP: “si puedo llegar a eso y si no ya con el graduado me buscaría un buen trabajo, yo quiero tener mi trabajo, mi carnet, mi coche, ¿sabes?”. Por su parte, Jenni aspiraba a acabar “el graduado escolar, hacer el bachillerato y ser abogada o psicóloga”. Se trata de aspiraciones factibles en su entorno, ajustadas a las posibilidades de la mayor parte de los carabancheleros (pero no tanto en ellas, que partían de mayor desventaja por ser hijas de toxicómanos víctimas del *boom* de la heroína y por haber pasado años en centros de menores), que vienen a poner en tela de juicio su discurso transgresor. Como en el caso de Javi, estos adolescentes ocupaban el espacio subordinado en las relaciones de poder del campo, pero estaban adheridos a los mismos valores meritocráticos de los que detentaban posiciones dominantes. Por su parte, Yonattan refería que lo que le gustaría en unos años es “tener una grabadora así, como tú, y hablar con los chavales”, una

broma que permitía atisbar que no formaba parte de sus expectativas un empleo cualificado. Finalmente expresó su aspiración: sacarse el carnet de conducir, presentarse al campeonato de España de boxeo y ser profesor de dicho deporte. Se trata del triunfo en las áreas reservadas a las clases populares. No aspiran a un ascenso de clase, pero sí a encontrar el máximo éxito en su mundo social, donde el coche es un símbolo de éxito junto con el trabajo. Estas aspiraciones nos informan sobre su adhesión a los valores que originan su subordinación sin cuestionarlos: si consiguen llegar a dichas metas (“curro, coche y piba [o pibe]”) dejarán de detentar y de ostentar el rol de “malos” del que como adolescentes rebeldes se vanagloriaban. La norma social está incorporada y funciona como autocontrol individualizado, limitando lo que “no se puede hacer” y prescribiendo “a lo que se puede aspirar”: a “ser de clase media en un barrio obrero”.

Nos encontramos ante una conciencia de escasez generalizada más que ante una conciencia de clase, si bien, al contrario que los adolescentes recientemente aludidos y que aquellos habitantes del viejo barrio fordista, la escasez ha pasado a representarse de manera generalizada como la amenaza a lo adquirido y no tanto como el motivo de las aspiraciones comunes. Esta posición defensiva, que encuentra en las diferencias internas en el barrio –con lo migrante cruzando buena parte de los juicios sociales- la causa de los conflictos, no es sino una nueva versión de los discursos de la escasez. Es quizás el triunfo de los valores más competitivos e individualistas entre las clases populares el origen de los modernos discursos de la inseguridad y de ciertas vivencias de temor.

9.3. Inferiorización social de Carabanchel

A lo largo de este recorrido que comenzamos en los despachos y que hemos ido caminando hasta poder escuchar qué dicen los carabancheleros de sí mismos, hemos podido ir apreciando cómo la imagen global de Carabanchel es negativa (“lado malo”). La escasez y la perifericidad vividas en la época del barrio obrero fordista –barrio-cárcel- fueron fundamentales en la construcción de su inferiorización. Esta inferiorización cristaliza en una suerte de naturalización de las desigualdades sociales que legitima el orden social material y cuyo resultado es la incorporación en un primer momento de la culpa (*barrio culpable*) y su redención posterior mediante la diferenciación con respecto a otros sub-barrios internos (como Pan Bendito) o la proyección a otros sujetos considerados externos y que amenazan al barrio de toda la vida (*barrio víctima*).

La incorporación de la culpabilidad y su desplazamiento hacia nuevos sujetos

Aún permanece –herencia del imaginario urbano fordista- una cierta idea residual de Carabanchel como barrio periférico que lleva implícita la culpa. La inferiorización social de un entorno se produce cuando los relatos sobre su escasez y sus faltas carecen de análisis sobre el contexto social que genera las condiciones de posibilidad de dicha escasez. La naturalización de la inferioridad se produce cuando se atribuye a los colectivos o a los individuos que la sufren la responsabilidad y las causas de su propio malestar. Esta suerte de segregación del barrio del contexto social más amplio a la hora de explicar sus males, es asimilable a la práctica de un cirujano que escudriña el tumor de manera aislada del resto del cuerpo (social). El tumor es el culpable endógeno de sus males y de otros que aquejan al resto del organismo. Muchos carabancheleros arrastran aún una especie de culpa generada durante la época del barrio periférico en la ciudad fordista que se acentúa en sus barrios más estigmatizados²⁰⁹.

²⁰⁹ Ariel Gravano (2003) ha analizado los procesos de construcción de los *barrios culpa* en Buenos Aires mediante los discursos mediáticos, policiales y político-profesionales, y su poder de categorización. Según este antropólogo, la producción del *nosotros* barrial se realiza a costa de la construcción de un *otros* moralmente devaluado, simbolizado en su ciudad por las villas. Precisamente, el proceso de naturalización de la desigualdad viene condicionado por la relevancia que cobra la violencia en los discursos, pero solamente de un tipo de violencia, la delincuencia, dejando exentas de la opinión su relación con la violencia simbólica que ejercen las instituciones políticas y económicas mediante la segregación y la estigmatización. En Madrid, cabe aclarar, los desequilibrios sociales entre barrios no son tan fuertes como en Buenos Aires, por lo que la producción de imágenes extremadamente negativas de determinadas zonas de la ciudad es menos común.

Partiendo de la incorporación del sentimiento de culpa que ocasionalmente promueve la ilegitimidad, muchos carabancheleros actúan como si tuvieran que pedir permiso en determinados contextos. La culpa que se carga por pertenecer a un entorno supone una suerte de naturalización e individualización de los problemas colectivos. En función del marco de interacción en el que se vean envueltos los habitantes de Carabanchel, será más o menos conveniente mostrar su origen. En general, se podría afirmar que Carabanchel encarna perfectamente lo madrileño (Madrid es asociado a inmigración y clases populares desde el desarrollismo fordista y muchas veces se ha dicho que es “un pueblo de tres millones de habitantes”), por lo que no supone un estigma, pero en algunas entrevistas realizadas a jóvenes de entre 20 y 35 años, quienes crecieron durante la decadencia del barrio fordista y cuyos focos de interés se encontraban en otros lugares sociales más elevados, surgía algún relato sobre interacciones en las que sí ocultaban su origen. Bárbara se avergonzaba en su trabajo de decir dónde vivía y Leyre y Samuel²¹⁰ reconocían haber proclamado ser de Aluche para no pasar por carabancheleros²¹¹:

-B: No, pero en el trabajo sí, en el trabajo siempre, “¿Y dónde vives?”, “En Carabanchel”, “¡Joé, por Pan Bendito”. Trabajaba en una tienda de buceo, pero eran todos, todos clientes españoles, todos muy..., pues el buceo es un deporte muy caro, y todos eran los típicos “¿Y tú por donde vives?”, (...) “¡Ah, en Carabanchel, por Pan Bendito, por la cárcel!”, o sea, cosas muy marcadas por las cuales, Carabanchel, sinónimo de cárcel, Pan Bendito y poco más, o sea, a ver, ¿qué más tenemos por aquí? [Risas]. Entonces, siempre lleva una cosa a la otra, es como un enganche, y no es positivo, es negativo (...). Está mal, pero lamentablemente es así, el mundo es así.

-E: ¿Y habéis utilizado alguna vez alguna táctica o algo?, por ejemplo, cuando os preguntan de dónde sois, para contestar de alguna forma distinta a la que el otro espera que, o despistar o dar una imagen...

-L: Yo sí que alguna vez, pocas (...), sí más o menos me han hablado de la persona y sé que es de los que miran mucho a las personas por primeras apariencias, sí que he dicho que vivo en Aluche, porque justo la calle paralela es la que separa Carabanchel de Aluche, y sí que he dicho “No, no, yo soy de Aluche” (...).

-S: Yo también lo he hecho, y es porque Aluche se conoce hasta menos, o sea, dices Aluche y donde está, en cambio Carabanchel saben donde está y saben la fama.

Estas estrategias camaleónicas estaban asociadas con un sentimiento de culpa por vivir donde vivían. Jaime y María, un joven matrimonio residente en el PAU, expresaban cierto pesar al considerar que no le iban a dar a su hija “un buen barrio”, lo cual iban a compensar con su inclusión, al menos, en un colegio privado. Otra mujer guardaba rencor a su cuñada, quien le

²¹⁰ Se hace referencia a la entrevista realizada en 2005 a un grupo de cinco jóvenes residentes en la zona de “Fátima” (construida entre finales de las décadas de 1970 y la de 1980, con un perfil social más joven y socioeconómicamente más elevado que el resto del distrito), cercana a la cárcel y también al barrio de Aluche. Cuatro de ellos eran estudiantes universitarios o recién titulados.

²¹¹ Aluche representaba en su imaginario un peldaño más elevado en la escala social, un barrio de una supuesta clase media más creíble que la suya al otro lado de la cárcel, al otro lado del cementerio, al otro lado del Hospital Militar (estos tres espacios, aunque separan los dos barrios, tenían en el momento de la entrevista acceso público únicamente desde Carabanchel, lo cual fortalecía la asociación) y al otro lado de la vía del metro.

había dicho: “No deberíais dejarles salir a la calle en ese barrio”²¹². Esta mujer no enfrentaba la acusación dirigida hacia su barrio y hacia ellos, como responsables de la educación de sus hijos, mediante una defensa del entorno frente al discurso clasista, sino que respondía reproduciendo la inferioridad: “Pues si me dieras dinero, me iba a vivir a la Castellana”. Ella misma manifestaba que se sentía culpable de haberle dado ese entorno a su hijo. Como se puede apreciar, a la hora de hablar de los opuestos a Carabanchel desde una evaluación moral, y no ya materialista, desaparece La Moraleja como contraste negativo (ya que La Moraleja es señalada como el barrio de los nuevos ricos, los que ostentan, y eso conlleva cierta culpabilidad también por su rápido ascenso, una sospecha de que “no son trigo limpio”) y aparecen nuevos barrios considerados en el imaginario como más nobles, cuya riqueza va ligada a cierta clase y distinción arraigada por generaciones. Ella ha citado “la Castellana”, la avenida rica de Madrid, mientras que Bárbara se refería al barrio burgués por excelencia, el Barrio de Salamanca²¹³:

-B: Creo que fue un momento en el que me di cuenta de que Carabanchel no era un buen barrio. ¡Esta es gitana! [Decían en su colegio del Barrio de Salamanca].

-S: (...) Tu vas a lo mejor a una empresa o un grupo de personas y te dicen “Anda, el de Carabanchel” [En tono de murmullo], y entonces ahí te pongan una etiqueta de no admitido, o cuidado con este, ¿sabes?

-P: Tú no te das cuenta de que el barrio es malo hasta que saliste, hasta que empezaste a salir y hablas con otras personas...

De las palabras de Bárbara se deduce que la definición legítima de Carabanchel se elaboraba en el exterior, “en el mundo” (simbolizado por las zonas céntricas de la ciudad), mientras que los habitantes de su barrio, incluida ella misma antes de salir del barrio para “asumir responsabilidades” y “darse cuenta”, eran inconscientes en su propio mundo, un mal reflejo del verdadero mundo²¹⁴. Pan Bendito, los cementerios, la cárcel y hasta los colegios públicos, se asocian a modo de sinécdoque a Carabanchel²¹⁵.

Probablemente, más que en el Barrio de Salamanca es en los barrios más próximos geográfica y socialmente en los que se producen representaciones más negativas con el fin de

²¹² Conversación mantenida con el matrimonio en un contexto profesional como trabajador social.

²¹³ Bárbara, con 23 años, había vivido los últimos en Perú, donde había conocido a su marido chileno. De nuevo en Madrid, había vuelto al barrio de su infancia tras vivir, antes de marchar a Perú, en el Barrio de Salamanca. Entre los cinco informantes, era la que menor arraigo barrial mostraba y la que menos cuestionaba el discurso estigmatizador de Carabanchel. Más bien, su discurso se orientaba a pertenecer a ese mundo “pijo” que la excluía. Sus empleos de cara a un público de mayor estatus socioeconómico condicionaban la existencia de otros referentes sociales distintos al resto de informantes de la entrevista.

²¹⁴ Esta visión se corresponde con una postura de emigrante potencial: le gustaría ascender socialmente y marcharse al Barrio de Salamanca (su trayectoria escolar ya dio este salto y espera que la trayectoria residencial haga lo propio).

²¹⁵ Existen en Carabanchel varias construcciones que simbolizan aspectos negativos y excluidos de la noción positiva de vida: la cárcel y los cementerios. Samuel bromeaba sobre su biografía “junto a la cárcel y el cementerio” y su asistencia a “colegios públicos”, todo ello “sin haberme pasado nada” (“aquí me veis”). Cabe destacar que los colegios públicos ya forman parte, en el imaginario social, de esos elementos estigmatizables.

diferenciarse (ya que el contacto es más fluido). Una amiga de Leyre originaria de Aluche refería: “En el colegio siempre decían Carabanchel tal, cual (...). La idea que tenía es que era barriobajero y que era así muy marginal”²¹⁶. Detestando el concepto de barrio, inmersa en la cultura individualista meritocrática, otra amiga, Sara, manifestaba que no le gustaba la nueva gran superficie comercial del barrio, Islazul. Precisamente, los centros comerciales tratan de aislarse del espacio que les da acogida, produciendo un entorno artificial similar entre Honolulu y Carabanchel, pero la estrategia comercial consistente en borrar la alteridad no funcionaba con esta consumidora que pensaba que es un centro comercial con la esencia de Carabanchel, o sea, con “gitanos”:

Ahí sí que se ve la esencia de Carabanchel (...). Está la gente más representativa de Carabanchel. En Islazul, a las 6 de la tarde, está lleno de gitanos (...) y no puedes comprar en paz la ropa, hay un montón de colas (...). No sé, que si vas a Príncipe Pío no ves a la misma gente.

Las estrategias de evasión y de ocultamiento del origen barrial se manifiestan también en los lugares de Madrid a los que atribuyen valor, ninguno de los cuales es su propio barrio. Una mujer de avanzada edad, Lali, paseaba con su marido –con la enfermedad de alzheimer– por el pasillo de su casa mientras le narraba un recorrido imaginario que pasaba por el Palacio Real y llegaba a El Escorial, lugares de valor en las narrativas franquistas de la época en la que llegaron al barrio de barro. Por su parte, otras jóvenes referían que si viniese algún amigo del extranjero a Madrid, le enseñarían la zona de Huertas y otros espacios céntricos de la ciudad y por su barrio sólo algunos restaurantes concretos y algún que otro pub. El resto de su entorno no era mostrable: carecía de interés o era desagradable. Sus propios capitales, desde esta perspectiva interesada en el ascenso social, correrían el peligro de devaluarse ante las evaluaciones externas.

Buena parte de habitantes de Carabanchel aplican a Pan Bendito o al Camino Alto de San Isidro (CASI) la misma estrategia discursiva que se le aplica a Carabanchel desde fuera: nos encontramos ante un imaginario fractal que busca diferenciarse de los puntos negros según se va reduciendo la escala (de la ciudad, del distrito, del barrio, de la calle o del portal propio). A Graciela, socióloga de origen argentino (exiliada política) que llegó a Madrid para vivir su jubilación con una pensión sueca, la advirtieron sobre Pan Bendito cuando estaba buscando casa en Carabanchel: estaba “lleno de gitanos”. Inicialmente respondió que no era racista: “Pero luego he visto que realmente hay diferencias culturales”. Más que la *gitaneidad*, las diferencias a

²¹⁶ Precisamente era amiga de Leyre, la carabanchelera que decía ocasionalmente “vivo en Aluche”.

las que se refería Graciela se corresponden con la existencia de un barrio *guetificado* dentro del distrito.



En la primera imagen un bloque de realojo construido con criterios maximalistas característico de Pan Bendito. En la segunda, se puede apreciar el contundente muro que expresa la discontinuidad establecida entre el colegio público –con “muy mala fama”- y el barrio.

Pan Bendito es un barrio mítico por su miseria, por su autoconstrucción, por su lucha, por su remodelación de forma *guetificada* (mediante las políticas de realojo con criterios maximalistas de la década de 1980) y por la consecuente conflictividad que se produjo. Es un entorno para muchos de sus habitantes del que “huir”. Al hablar del resto del distrito, observábamos cómo en general se consideraba que “Carabanchel había ido a mejor”, sin embargo, este sub-barrio simboliza la desesperanza. Las ideas negativas a nivel externo se retroalimentan continuamente con las estrategias y tácticas de supervivencia de algunos de sus vecinos. Así es como quienes quieren formar parte de “los buenos”, de los que prosperan (ciudadanos), tienen que salir del barrio. Una mujer que creció junto a Pan Bendito, y en cuyo capital cultural invirtieron sus padres buena parte de sus sacrificios, residía ya fuera de dicho barrio. Recientemente había tenido una hija sobre la cual proyectaba su propia biografía: “Mi mayor temor es que mi hija repita lo que yo”. Con esta expresión, Marta²¹⁷ quería significar que su infancia había sido dura en un contexto que no favorecía el empeño de sus padres por su ascenso social (colegio concertado, estudios universitarios, etc.), motivo por el cual apenas bajaba a la calle de pequeña y buscaba sus amistades en otros entornos completamente ajenos

²¹⁷ Marta, de 35 años de edad, vivía con su pareja y su hija de un año de edad. Vivió en una calle aledaña a Pan Bendito que no pertenece a la zona de realojo pero frente a la cual construyeron los bloques polémicos del barrio guetificado en la década de 1980. Su barrio cambió en apenas unos meses, pasando a ser habitado por cientos de familias chabolistas realojadas en el mismo espacio. La fuerte discontinuidad entre las propias familias, con respecto a su pasado y con respecto al nuevo barrio, hicieron que no tardasen en llegar los celos y los conflictos. La familia nuclear de perfil obrero de Marta (padre asalariado, madre ama de casa e hijos sobre los que se invierte en capital académico) sentía peligrar su proyecto de ascenso social individual en ese contexto. Al estudiar en colegios externos al barrio, Marta había aprendido desde pequeña a percibir “la diferencia”. Tras estudiar derecho, y pese a frustrarse en el intento de encontrar un hueco en el mercado laboral acorde con su formación, salió del barrio para ir a vivir con su pareja al distrito de Latina. En su discurso, Carabanchel, y sobre todo Pan Bendito, constituían un pasado que no quería repetir.

al barrio (colegio, instituto y universidad). El barrio culpable se transforma en una culpa individual: mediante su expresión parecía *sobrerresponsabilizarse* individualmente de su origen. Sus padres transmitieron en su programa que el objetivo era salir del barrio, obtener lo suficiente a nivel académico y laboral para escapar. Esta estrategia individual es el fruto de un entorno construido desde arriba en el que se acumulaban, como en ningún otro lugar, situaciones de absoluta precariedad y miseria material y simbólica. Los años de la heroína arrasaron con una generación de jóvenes de Pan Bendito al mismo tiempo que unas pocas familias se hacían con una buena parte del negocio de su distribución. El resultado fue un barrio sin apenas espacios públicos ni comunitarios, de relaciones hipercompetitivas, masculinistas y jerárquicas, imbuido en la dinámica negativa de la hetero- y auto-imagen estigmatizadora. Las únicas estrategias factibles en este contexto eran de carácter individual: ascenso social en forma de “huída” o apropiación de los valores violentos del entorno. Marta no sentía ninguna necesidad de mejorar el barrio ni de identificarse con él. Al pensar en su hija (en la cual se encarnaba la idea de futuro) sentía temor a que el pasado se repitiera, al retorno de la alteridad-anterioridad de la que procedía, rechazando en su discurso su origen popular.

La desesperanza sobre lo colectivo va ligada a actitudes cotidianas cuyo objetivo es ostentar su diferenciación. Así es como la convivencia con la violencia cotidiana, la obligación de dar continuamente respuestas individuales sumamente dificultosas ante problemas sociales (*sobre-responsabilización* individual en un marco de *des-responsabilización* política colectiva), acaba por generar en muchas de estas personas que proceden del sub-barrio culpable –o que viven junto al mismo– un racismo que se manifiesta en la profunda incorporación de las fronteras nacionales y étnicas y en la elección de opciones políticas de derecha o ultraderecha cuyo valor más enarbolado es el de la seguridad. La culpa y el miedo suelen aflorar juntas. La culpa individual –carente de contexto social– es tan sumamente insoportable que se necesita extrapolar a otros agentes para liberarse de su peso. Culpa por proceder de donde se procede una vez los relatos sociales colectivos han desaparecido del imaginario; auto-odio que promueve la generación de una fuerte identidad para tratar de ocultar la alteridad que constituye su biografía. Loïc Wacquant analizaba el gueto norteamericano y la *cit  * francesa como las encarnaciones contemporáneas de lo paria. Para Wacquant, hoy en día ser pobre:

Además de estar privado de condiciones y medios de vida adecuados (...), en una sociedad rica entraña tener el estatus de una *anomalía social* y carecer de control sobre la representación e identidad colectivas propias: el análisis de la mancha pública en el gueto norteamericano y la periferia urbana francesa sirve para destacar la *desposesión simbólica* que transforma a sus habitantes en verdaderos parias sociales (Wacquant, 2001: 129).

La inferiorización social constituye esa ausencia de control sobre la representación que en el caso madrileño afecta a barrios como Pan Bendito. De ahí que algunas iniciativas de trabajo comunitario en dicho barrio vayan encaminadas, fundamentalmente, al meollo simbólico de la cuestión: reconstruir un imaginario y un discurso sobre el propio barrio (“Pan Bendito mola”) a través de herramientas como el *hip-hop*, que no niegue el estigma (“Pan Bendito, Pan Bendito: lo que no me das te lo quito”), pero que rompa con la parálisis que promueve²¹⁸. Sin embargo, la dificultad de estas estrategias de resignificación para abrirse paso, estriba en lo profundamente arraigado del estigma, el cual en ocasiones obliga a no desvelar el “verdadero” barrio en una entrevista de trabajo o ligando en un bar. Las respuestas individuales de reproducción de la violencia o de huida van precedidas de esa culpa, finalmente individualizada, por vivir donde se vive.

Pan Bendito era hace 40 años un barrio de miseria material pero con un orgullo barrial basamentado sobre lo colectivo. Hoy en día, sin tanta miseria material, es la miseria simbólica del estigma opresor la que sólo puede ser combatida con esa evasión o con la apropiación del estigma para “hacerse valer” provocando miedo. Un joven de una vivienda de realojo se refería a la búsqueda en su barrio, por parte del etnógrafo que yo representaba o de periodistas, del “Bronx” –prototipo del gueto negro neoyorquino en el cine de la década de 1980 que quedó impregnado en el imaginario-, pero no renunciaba a espectacularizar de manera sensacionalista sus relatos de la vida cotidiana: antes que el abandono total, mejor existir; antes que la ignorancia, “ser malos” para infundir miedo.

En el contexto que nos ocupa, en general el vocablo “barrio” se ha ido asociando con lo negativo (y sentir orgullo barrial es sentir orgullo de ser “malo”). Cuando se evoca “el barrio” afloran comentarios sobre todo “lo malo” que tiene lugar en el mismo. En un encuentro con diversos niños de familias migrantes en situación de precariedad que acudían a un taller extra-escolar en una parroquia, todos ellos residentes en los barrios de Opañel y San Isidro, mencioné que me gustaría que hablaran “del barrio, vuestro barrio”, levantando la mano uno de ellos y preguntando: “¿Lo que no nos gusta?”. Hablar del barrio es hablar de problemas en el imaginario. Los continuos mensajes familiares, mediáticos y escolares sobre la problematicidad

²¹⁸ El dinamizador vecinal del barrio, Kike, promovió un concurso de *hip-hop*. Este estilo se ha encontrado con el flamenco en Pan Bendito a través del grupo La Excepción, de enorme éxito comercial y referente de Kike en el diseño de este concurso para lograr resignificar el autoconcepto negativo de los habitantes del entorno.

de la calle, derivan en una visión de la misma negativa y en un refuerzo de las actitudes defensivas y violentas cuando se las pisa. Abdel²¹⁹ elaboró la siguiente redacción:

Mi barrio es grande tiene mucha basura hay muchos gitanos y a veces rompen los cristales del coche hay muchas peleas hay un campo de fútbol y al lado hay un parque grandísimo y se llama San Isidro. al lado de mi casa hay chinos , al lado de los chinos hay una iglesia donde aprendo informática

al norte de la iglesia hay un parque que se llama el parque de la verdad, al lado de la iglesia hay una parque pequeño al frente de la iglesia hay un telepizza hay una clínica al lado de mi casa hay una clínica dental al lado del parque pequeño hay una tienda de helados mas adelante de la heladería

esta Antonio lopéz. lo que mas me gusta es la heladería , el campo de fútbol , la telepizza , el parque san Isidro y el parque de la verdad.

lo que no me gusta es que gane el Madrid y el colegio. me gustaría que tuviera el campo del Barcelona y ser el rey de España.

Después de esta redacción pregunté a Abdel por la impresión que nos teníamos que llevar acerca de si le gustaba el barrio: “Al principio que no, luego que sí”. Esta expresión es reveladora: en la primera y rápida reflexión, el barrio es conflicto, es mezcla entre lo que no se puede mezclar, es robo, etc., pero luego va apareciendo otra realidad, los lugares a los que va (no por los que pasa) encarnados en los comercios y los parques, y finalmente aflora una fantasía de éxito social muy desajustada con las condiciones de posibilidad, pero adecuada a su realidad: el campo del F.C. Barcelona en Carabanchel y ser el Rey de España sin salir del barrio. El triunfo social está fuera, pero es traído a su entorno para combatir al Real Madrid (que equivale a Madrid, ciudad que le rechaza) y a su profesora (su autoridad actual más o menos deslegitimada). Su relato es negativo inicialmente pero luego se transforma en algo más positivo al aparecer la fantasía de ascenso y el discurso identitario (sobre lo que “es”): la identidad sirve para combatir sentimientos de *inferiorización*. La *inferiorización* social del barrio presente en la conciencia de estos niños estaba muy ligada al hecho migratorio que formaba parte de su estigma. Al haber crecido en Carabanchel (sus colegios, sus calles, sus parques, etc.), estos niños tenían más conciencia barrial que sus padres (que no diferencian apenas Carabanchel del resto de Madrid), pero la conciencia de la diferencia étnico-nacional pesaba tanto o más a la hora de pensar sus pertenencias infamantes: son de Carabanchel porque son “inmigrantes” y Carabanchel es un “barrio con muchos inmigrantes” en el imaginario. Aarón²²⁰, al ver una imagen

²¹⁹ Abdel, de 11 años de edad, procede de una familia de origen marroquí. El contexto de su redacción fue mi presencia durante una tarde en el grupo de apoyo escolar y familiarización con la informática al que acudían él y otros niños de familias inmigrantes y precarias. Abdel acudía a un colegio público y era considerado por sus monitores un “chico listo” y reflexivo.

²²⁰ Aaron, al igual que Abdel, tenía 11 años y acudía varias tardes a la semana al mismo espacio (apoyo escolar). Hijo de migrantes peruanos, uno de sus monitores me transmitió que la semana anterior Aaron contó con cierto

que les mostré sobre un edificio moderno del PAU, dijo de forma reactiva: “¡Mentira, eso no es Carabanchel!”. Al tratarse de una foto aérea, la imagen resultaba disonante con la forma de mirar su barrio a la que estaba habituado, esto es, desde abajo: se trataba de una imagen limpia, ordenada, luminosa, transmisora de modernidad, sin cuerpos, etc., todo lo cual resulta incompatible con la imaginería sobre Carabanchel. Ni esa forma de ver el entorno (panóptica, desde arriba), ni el objeto de la imagen (un edificio moderno del PAU que probablemente habrá ganado algún premio de arquitectura) son Carabanchel para Aarón, pero otra imagen sí fue identificada con su entorno: una mujer y una niña con fenotipo “latino” asomadas a una pequeña ventana rodeada de ladrillos rojos (lo cual desvelaba que se trataba de una familia humilde). Aaron quiso que la pasase rápido, ya que lo que quería encontrar en la pantalla es lo que se espera que muestre una pantalla (que nunca es su barrio si no es para exhibir un suceso negativo): “Un coche buga rojo descapotable lleno de tías buenas”. Doble culpa: estos niños, hijos de migrantes, parecen reactualizar cierto arraigo barrial que sus padres no sentían, pero al mismo tiempo han heredado de ellos la culpabilidad social del hecho migratorio. Su barrio es malo, pero ahora lo es principalmente porque hay “muchos inmigrantes” como ellos: su sensación de devaluación social viene dada por la conjugación del hecho barrial –al igual que la población autóctona de generaciones anteriores- y del hecho migratorio –como entre sus padres, migrantes de primera generación-. Ya forman parte del binario moral sobre el que se sustenta el *dispositivo securitario*. Están en el “lado malo” y de ellos depende quedarse en ese lugar social o pasarse al otro lado, al de las víctimas –al *barrio víctima*- para ser buenos ciudadanos.

sentimiento de vergüenza que su padre a veces conducía borracho. Junto con otros dos chavales, continuamente trataba de llamar la atención actuando una especie de hiper-masculinidad discursiva sobre “tías buenas” y “bugas”.

III Parte

El privilegio del miedo: significados y usos vecinales del dispositivo securitario

En el tránsito desde el barrio culpable al barrio víctima el vecindario de Carabanchel ha ido apropiándose del discurso de la inseguridad como condición de ciudadanía. Más que resignarse ante los significados negativos de su entorno, los carabancheleros han reproducido de manera fractal las fronteras entre el bien y el mal según han aparecido nuevos vecinos. En esta III Parte voy a prestar atención sobre las representaciones de la inseguridad encarnada en sujetos, proseguiré dando cuenta del repertorio de relaciones securitarias diferenciales en función del grado de ciudadanía y avanzaré sobre los discursos en torno a la inseguridad para observar la progresiva acumulación semántica que se produce sobre el asunto –la cual parece irse alejando de los miedos corporales y de la dimensión expresiva de la comunicación para centrarse en la dimensión pragmática con arreglo a fines estratégicos en las distintas luchas de poder local y de construcción identitaria-. Finalizaré intentando mostrar las prácticas corporales – así como las de carácter más elaborado y subversivo- que efectúan los distintos vecinos del barrio apropiándose de la temática de la inseguridad. Es aquí donde podremos observar cómo se producen resistencias al dispositivo securitario que tratan de impugnar el régimen segregador.

10. Figuras del miedo

Mediante la técnica de la diferenciación los agentes securitarios pueden economizar su labor preventiva discriminando (o produciendo) los sujetos peligrosos de los que no lo son. Parecen existir más encuentros que desencuentros entre los sujetos peligrosos contruidos por las instituciones y los considerados como tales por el vecindario, lo cual nos informa sobre la co-producción del dispositivo securitario. Podremos observar cómo en los *verbatim* que presento van sedimentándose significados sobre los miedos, en este caso los derivados de la construcción social de sujetos sociales. No obstante, en el presente capítulo analizaremos la dimensión expresiva de las alocuciones, prestando más atención sobre los miedos vividos que sobre la construcción de discursos estratégicos de la inseguridad a partir de esos miedos.

¿Quiénes son los sujetos de la inseguridad?

El concepto jurídico de “inseguridad ciudadana” no siempre se corresponde con la noción de inseguridad utilizada por los vecinos de un barrio como Carabanchel. Sin embargo, no es el concepto jurídico lo que contribuye a producir el “lado malo” que justifica el dispositivo securitario –culpables-, sino las jerarquías identitarias. Los sujetos cuyas acciones desafían el orden socio-moral suelen ser colocados en una posición amenazante. Este posicionamiento en el lado malo excede el marco jurídico, o mejor dicho, lo complementa para sancionar –cual mecanismo higienizador- aquello que no está explicitado en la ley (Douglas, 2002). Más allá de las leyes, medios de comunicación, técnicos, políticos profesionales y –como no- vecinos, son quienes categorizan a determinados sujetos como peligrosos. En una entrevista efectuada con habitantes septuagenarios de la Colonia del Comercio, Francisca, Paco y Amparo²²¹ se sorprendieron de que les preguntase si actualmente creían que había más inseguridad, cuando resultaba evidente que la respuesta era afirmativa: “¡Hombre, por favor, por favor!”. Esta evidencia contrastaba, sin embargo, con una “anécdota” que surgió al hilo de la conversación: una muerte violenta que se produjo cerca de su casa unos 50 años atrás y cuya gravedad no se había vuelto a repetir (o al menos no rememoraban un acontecimiento similar):

²²¹ Colonia de viviendas que junto a la Colonia de la Prensa conforma uno de los escasos espacios pequeño-burgueses del distrito previos al barrio fordista (primera mitad del S. XX). La entrevista, realizada en enero de 2005, fue acordada con Francisca y Paco (matrimonio sin hijos en el que sólo Paco trabajaba fuera de casa como ingeniero), pero a mi llegada, su vecina Amparo (ex-farmacéutica) estaba tomando café con ellos, motivo por el cual se sumó a la conversación.

Te voy a contar una anécdota (...). En Alejandro Sánchez al principio, había una taberna, y el tabernero pegó con unos mazos que tenían de madera, para romper el hielo... Pues llegó uno borracho que venía de los toros o no se qué, se metió con él, y le dio en la cabeza y lo mató, de estos golpes que se dan de suerte, y lo mató. Yo no sé si vosotros os acordáis de eso, tu no te acuerdas, bueno pues nosotros, tardaba la muchacha y nos asomábamos allí a la puerta, entonces se podía salir uno a las dos de la mañana allí a la puerta tranquilamente, cosa que ahora no te atreves, y pasaba, sí porque le mató (...), como nosotros estábamos recién llegados aquí, me acuerdo que nos mirábamos mi marido y yo y decíamos: ¡Dónde nos hemos metido! [Risas].

Todo ocurre como si la lejanía en el tiempo y el hecho de que tanto el homicida como la víctima fueran conocidos en el barrio, impidieran que el suceso fuera más allá de una simple “anécdota” y formase parte de la categoría “inseguridad”. La inseguridad parece estar significada para estos vecinos como la que infunden personajes desconocidos –pero revestidos de categorías identitarias- en un tiempo presente. No es tanto el acto lo que sirve para definir la inseguridad, como las cualidades de los actores implicados –víctimas y culpables- en relación a las propias coordenadas identitarias.

La identificación con el culpable parece desculpabilizar; la identificación con la víctima, parece revictimizar. ¿Pero a qué nos referimos al hablar de identificación? Identificación significa en este contexto empatía con alguien que forma parte del propio barrio en una diversidad de roles según la edad, el género, la clase o el estilo subcultural. La identificación se produce con personas de un tiempo presente, pero llama la atención cómo personajes del pasado –de un tiempo de construcción de los núcleos identitarios del presente- como los aludidos en el anterior *verbatim*, tienen la misma capacidad para evocar identificación y, por tanto, para ser excluidas de los actos encuadrados bajo la categoría de “inseguridad”. Para vecinos como los citados anteriormente, resultaba, por ejemplo, más difícil incluir sujetos de distinto origen étnico-nacional en la categoría de vecinos. En la entrevista realizada a un grupo de jóvenes de sectores sociales intermedios residentes en la zona de “Fátima” (Samuel, Bárbara, Leyre y Pilar) se enumeraron los actores necesarios, tanto víctimas como culpables, para que un acontecimiento fuera considerado peligroso. Samuel señaló que el parque junto al cual vivían era un espacio de riesgo fundamentalmente para “niños”, “mayores” y “gente sola” (es decir, personas “del barrio” que tendrían razones para sentirse inseguras por su pérdida o por la ausencia, aún, de suficiente poder social). Llama la atención cómo también empleó un genérico, “la gente”, para referirse a las tácticas securitarias de inhibición (camino alternativo al parque cuando se hace de noche). En cuanto a los sujetos causantes de ciertos temores, narraba la aparición de “grupos de diez o quince chavales” o “malotes” que exhibían su poder intimidatorio sólo “para asustar” o “tocar las narices”. Se trataba de una narración en primera persona basada en la propia experiencia en la

que los sujetos culpables eran concebidos como “del barrio”, estaban familiarizados (“chavales”). Sin embargo, los verdaderos peligros –por el grado de violencia de sus acciones- eran causados por sujetos anónimos (“grupos de diez, veinte personas”) que parecían ajenos al barrio, y por otros cuya pertenencia es más global que local (“Latin King”, “Ñetas”). En este caso, las situaciones no habían sido experimentadas directamente, sino que habían sido observadas desde cierta exterioridad o escuchadas en boca de terceras personas:

-E: ¿Y lo vivís como un espacio inseguro el parque?

-S: Sí, sí, yo, yo vivo al lado, yo subo al parque y bajo al parque cuando voy al metro y sí es un espacio inseguro, o sea, sobre todo a lo mejor niños y a lo mejor gente un poco así más mayor también o gente que vaya sola muy a menudo es un espacio inseguro, porque, bueno, como la gente también va allí a hacer botellón [Sonríe, queriendo significar que se incluye entre quienes lo hacen] y a pasárselo bien, pues va en pequeños grupos, entonces siempre hay grupos de malotes, digámoslo así, que, aunque sea para asustar, pues te fastidian. Yo sí que recuerdo haber celebrado allí algún cumpleaños, o alguna fiesta de fin de curso del instituto, que pilla al lado, y sí que te vienen, pues a lo mejor diez, quince chavales, pues a tocar las narices, porque te vienen a tocar las narices. Y es eso, a partir de las diez de la noche, que está oscuro, que no hay suficiente alumbrado, pues entonces la gente prefiere rodear y bajar por la acera a bajar el parque (...).

-E: Y, por ejemplo, así, situaciones que más te hayan podido acojonar, y tal, es sobre todo, eso, algún grupo de chavales que se te ha acercado...

-S: Sí, y muchas peleas que ha habido por aquí, o sea, yo recuerdo a lo mejor dos grupos de chavales que, a lo mejor diez, veinte personas cada uno, pegarse a, con palos de billar, o con palos de baseball a las doce de la noche, o eso, o cuatro o cinco personas que ven a lo mejor a una chica joven, o a un señor mayor que está yendo hacia su casa y pegarle un susto, o intimidarle, no sé que, yo sí que, no lo he vivido directamente, pero sí que lo he visto.

-E: O te lo han contado...

-S: Sí, o me lo han contado.

-B: Y no, intento de coger y prefiero tomar el metro hasta Carabanchel y de Carabanchel coger el autobús y ya está (...). Había una bandita de estos así, ya no sé ni quienes son los “Ñetas” [Risas], los “King”, y claro, con música, algo que no ves generalmente. Por ejemplo, en Sudamérica [Bárbara vivió en Perú y Chile], lo que es Latinoamérica se ven mucho lo que es las bandas esas, ¿no?, pero en ciertos sectores. Lamentablemente, aquí, en Madrid, o en España, se han juntado los sectores, porque son personas que vienen a trabajar y ganan o casi igual que los españoles o casi menos, entonces, están repartidos en zonas con un poco de más dinero, o en zonas como marginadas, entonces, allí yo no les veía mucho a estos, ni a los Ñetas, ni a los King, y ahora sí, el verlos, pues me da miedo, sí que he visto a unos cuantos sentados con unos palos (...), pero escuchar de que alguien ha sido intimidado, o algo, no, la verdad es que no tengo muchos amigos, sólo dos o tres (...).

Ninguno de los participantes en esta entrevista, que manifestaban sentir miedo en determinadas situaciones del parque (de noche o cuando había presencia de los causantes de miedo), habían experimentado directamente algún robo o agresión física (únicamente lo destacado por uno de ellos al señalar que un grupo de chavales fue “a fastidiar”). Progresivamente fueron apareciendo distintos actores. Las evaluaciones del riesgo, centradas en los sujetos más que en las conductas, nos informan de las fronteras sociales que van a categorizar en un lado a las víctimas y en otro a los culpables. Sin embargo, estas construcciones dicotómicas sufren multitud de matizaciones en función de la situación concreta y

según se va profundizando en las conversaciones, lo cual hace que surjan personajes liminares situados en espacios intermedios, como los “grupos de chavales”.

Las categorizaciones varían en función de los cambios en la propia posición social. Jaime, recién casado, padre de su primer bebé y en cuyo discurso aparecía de manera recurrente la inseguridad, señalaba en 2005 cómo poco tiempo atrás él podía ser considerado como temible, algo que corroboraba su pareja. Reconocía en su antigua estética y conducta signos de maldad que le situaban al otro lado del binario:

-J: Yo cuando era joven no, pero hasta hace poco, sí, corrígeme si me equivoco, quizás por mis pintas, no sé, mi coche, no sé. Yo tenía esa sensación, no sé por qué [Silencio] (...).

-E: ¿Y has notado a gente, por ejemplo, que se haya apartado o que haya cambiado de acera, por la noche, o algo así?

-J: No, pero, no sé, no sé, no.

-M: Tú también has cambiado mucho tu forma de vestir. Antes iba con un pantalón, un cinturón de tachuelas y una camiseta negra, antes iba así.

-J: Y con botas, botas negras. Y no sé, pero, una vez estaba borracho, con amigos y tal, y me dio por darle una patada a un cubata que estaba en el suelo, y les cayó a cuatro personas, a cuatro chavales, y se me quedaron mirando, y yo me levanté, les miré y volví la cabeza, como diciendo “¡Qué!”. Yo eso, ahora mismo, a lo mejor no lo haría, o sí, no lo sé. Cambias mucho, miras ya que no te pase nada, antes era soltero y...

Este relato nos sirve para ilustrar la variabilidad de las percepciones sobre quiénes conforman una amenaza para la propia seguridad. Vamos a detenernos en los sujetos contruidos como amenazantes que más han aparecido en las entrevistas y otros contextos de enunciación en función de las propiedades sociales de los informantes y de lo que está en juego en sus vidas.

Adolescentes, bandas latinas y nazis

Samuel, que tenía 24 años y seguía usando el parque para “hacer botellón” con sus amigos, situaba en una posición intermedia a ciertos “grupos de chavales”: son “malotes”, pero son del propio mundo social. Aunque asusten, su intimidación es interpretada como una forma de negociación de poder en el contexto de los jóvenes y adolescentes del barrio. Sin embargo, para otras personas alejadas de la sociabilidad juvenil, no existe siquiera cierta identificación con esos “chavales”, siendo éstos situados directamente en el lado de la culpabilidad del binario securitario. Las reuniones callejeras de estos grupos, cuando se estabilizan en lugares cercanos a viviendas, son fuente de desasosiego. Para Luisa, octogenaria residente en un bloque obrero, su mera presencia –en un espacio que aunque público, conformaba una estructura semi-cerrada (plazoleta)- suscitaba intranquilidad pese a que nunca hubiera tenido un conflicto explícito con

ellos. Las prácticas de consumo (presumiblemente de porros), de contacto físico-sexual y de realización de necesidades fisiológicas, generaban su rechazo por las huellas que dejaban (restos de orina, colillas...) en un espacio sentido como propio, lo cual inducía a la categorización de esas prácticas como amenazantes. Pero además, al ser desconocidos y distantes en la cultura generacionalmente establecida, y al existir comentarios en la escalera del vecindario que hacían realidad el problema, su presencia pasaba a ser fuente de desasosiego:

-L: Ha habido una temporada que se juntaban ahí tres o cuatro chicos jovencillos y tres o cuatro chicas, yo no he visto nada porque yo paso, yo no paso, pero mi vecina, una vecina, vamos, Carmen, del segundo piso, me ha dicho que sí, que hacen de todo, de todo, sus necesidades, sus apetencias y, si llega, a pincharse. Digo –¡Jolín!-, en ese momento, ¿cómo vas a llamar a la policía?

-E: Pero eso recientemente.

-L: Sí, sí, sí.

-E: ¿Y se metían con alguien?

-L: No, no, no, no, no, que yo sepa no se han metido con nadie.

-E: Pero eran de aquí, de la propia comunidad.

-L: No, no, no, no. Es gente que viene y no sé, no sé si es que tendrán algún colegio cerca.

Los jóvenes son representados, de manera especial por parte de las personas mayores entrevistadas, como agresivos y “mal educados”. Sus prácticas se encuentran sometidas a un sobre-control²²². El tradicional “conflicto generacional”²²³ se agrava cuando los chavales son etiquetados como “conflictivos”. Trini²²⁴ hablaba de uno de los elementos que mayor inseguridad la generaban en su colonia del Tercio Terol: un colegio de “chavales conflictivos”. Estos chavales conflictivos eran desvinculados de cualquier contexto social, representados como esencialmente “malos”. Elegían “viejitas” y “gatitos” –víctimas re-victimizadas por los diminutivos de Trini- para dar cuenta de su salvajismo esencial. Contó cómo ella nunca se callaba ante estas situaciones y

²²² Conclusiones parecidas alcanza Ariel Gravano en su etnografía barrial de Lugano (Buenos Aires) cuando recoge los discursos de las personas mayores del barrio. Estos evaluaban de manera diferente las actividades ilegales de su juventud (*época base* y *“acá”*) con respecto a las practicadas por los jóvenes en la actualidad (*“el robo es de ahora”* y *“está y no está en el barrio”*) (Gravano, 2003: 151-152).

²²³ Para comprender mejor la idea que estoy tratando de esbozar acerca de la sensación de seguridad sentida por distintos actores, conviene recordar la teoría de los campos formulada por Pierre Bourdieu (Bourdieu, 2003b: 142-153). Para el sociólogo francés existen multitud de campos relativamente autónomos que son el escenario de luchas entre los diferentes agentes implicados, los cuales ocupan distintas posiciones en la estructura según el capital del que gozan (capital económico, cultural, social...). El campo, como unidad de análisis, y su estructura, no solo existen de forma abstracta en las cabezas de los agentes, sino que tienen efectos verdaderamente prácticos en la distribución del poder, dividiendo a las personas según múltiples variables, como el sexo, la clase social o la edad, que es la división que nos ocupa. La vinculación con el conflicto generacional viene dada por el desfase entre adultos y jóvenes en la distribución de bienes (materiales y simbólicos) y de las posibilidades de acceso a dichos bienes. Las clases en declive, como los pequeños comerciantes o, simplemente, los pertenecientes a la “tercera edad” (la vejez supone un declive social), desarrollan frecuentemente un discurso “anti-joven” ante la pujanza de unas generaciones que parten de posibilidades de acceso superiores y que les sustraen poder social. De la misma forma, los jóvenes desarrollan una serie de estrategias destinadas a cuestionar el poder de los “adultos”, entre los cuales los miembros de la “tercera edad” serían el blanco más fácil de atacar, precisamente por un declive que les iguala a los jóvenes, a la par que por un mayor desfase cultural-estilístico.

²²⁴ Vecina de unos 55 años de la colonia del Tercio Terol.

cómo les “llamó la atención” (sin especificar el modo de hacerlo) acompañada de su imponente perra y respaldada simbólicamente por su hijo²²⁵ (quien posteriormente amenazó al propio director del colegio). Las “viejitas”, los “gatitos” y los “parquecitos de los niños” pertenecían a la propia colonia –el propio universo local de identificaciones–, pero los “chavales conflictivos” procedían de un mundo ajeno. Su hijo, que en sus propias palabras había sido “un pieza” y que al parecer seguía empleando estrategias intimidatorias en los conflictos, era un tercer elemento completamente normalizado a pesar de la violencia que podía ejercer:

Los chavales deben ser chavales conflictivos, y es verdad que han dado muchos problemas, al principio con las viejecitas se metían, quemaban a los contenedores, quemaban a los gatitos vivos, a mí me rompieron la puerta porque estaban rompiendo los parquecitos de los niños, los columpios, porque les llamé la atención, gracias a Rufa [Perra], porque vinieron a pegarme, entonces rompieron la..., se conoce que me siguieron o yo qué sé, y a los tres días me rompieron la puerta a patadas. Lo que pasa es que no se dieron cuenta que estaba mi hijo, entonces Javi se fue al colegio y solamente le dijo al director que la próxima vez que pasara no iba a ir a por los chicos, sino que iba a ir a por él (...). En esta calle no han vuelto a darnos la lata.

Trini narraba el conflicto como si estuviese objetivado en forma de víctimas y culpables organizados de forma binaria en función del grado de identificación con ellos. Aparecía un tercer elemento, el agente securitario informal (su hijo) que se posicionaba con las víctimas, y otra figura, el director del colegio, al cual se le colocaba en un lado, el de los malos, al ser amenazado. Según esta narración objetivada, la inseguridad estaba sólo de un lado del binario, pero podemos interpretar cómo se trataba de una estrategia discursiva mediante la cual una de las partes, Trini y su hijo, se situaban en una posición neutra.

Los adolescentes son una de las mayores fuentes de inseguridad en los discursos del barrio y protagonizan los pánicos morales que sienten muchos adultos ante la pérdida de control sobre sus cuerpos y el peligro de ruptura con el propio universo cultural que representan. Resultan ser una amenaza para los propios “menores” (por su mala influencia y la violencia presente en sus relaciones) y para los adultos. Domingo, cura de una parroquia, señalaba alarmado que había muchos jóvenes “en violencia”, algo puesto de manifiesto en el “*bullying* en los institutos”: según Domingo, había institutos en los que se pedía el “impuesto revolucionario” en los recreos. Domingo, cura procedente de una familia de la burguesía vasca, empleaba el mismo término que se popularizó para nombrar las formas de recaudación de ETA. En la retórica que empleaba, las acciones de estos jóvenes estaban desprovistas de sentido –si algo hacía la parroquia, según su discurso, era dotar de sentido–, respondiendo únicamente a la necesidad de hacer el mal por el mal, al igual que los terroristas (categorizados mediáticamente como “los

²²⁵ Javi, escolta de profesión y profesor de autodefensa en un gimnasio.

violentos”). Fuera de su sentido, no había otros sentidos: sólo violencia nihilista. Según Domingo, la seguridad había empeorado²²⁶, prueba de lo cual eran los grupos de jóvenes fumadores –de “¿hachis?, ¿cómo se llama?”²²⁷– que usaban los bancos del parque sito frente a la parroquia y que, aunque nunca habían protagonizado ningún acto violento, “le constaba” que inhibían la práctica de bajar al parque de muchos otros vecinos. Estos jóvenes, “latinoamericanos”, “ocupaban” el parque, mientras que los vecinos, si pudieran, “bajarían [desde sus hogares]” al mismo.

Otro señor, Marcelino²²⁸, parecía anhelar las viejas prácticas disciplinarias, como las que son vehiculadas mediante el deporte. “Rellenar el vacío es lo que te lleva a no hacer tonterías”. Para él, “el vacío conduce al mal, a la droga, a la delincuencia”, por eso los jóvenes que él veía en los parques y en las plazas “sin hacer nada, o haciendo el mal” eran seres con muchos vacíos: “les faltan actividades, como el deporte”, como si la anomia durkheimiana hubiese sido adoptada como argumento entre personas alejadas de las subjetividades juveniles. La edad social adulta que parece condicionar este tipo de posicionamientos no entiende de fronteras de clase o de origen. Es así cómo varias mujeres de etnia gitana me comentaron, siendo trabajador social en el distrito, que no querían que sus hijas asistieran al instituto de secundaria el curso siguiente. El motivo que aducían era lo poco preparadas que estaban ante los peligros que acechaban en los institutos (“drogas”, “acoso escolar”, “litronas”): “lo dice todo el mundo, lo dice la tele”, “en la puerta del instituto te lo cuentan los padres”, “la calle está muy mal”.

Pero si hay un sujeto que encarna a la perfección los pánicos morales alrededor de la juventud, éste es el miembro de las “bandas latinas”. Sumando a la juventud otro rasgo inferiorizante, la extranjería, a partir de 2003 se convirtió en uno de los símbolos más inquietantes del barrio. Fuesen o no miembros de una “banda latina”²²⁹, los adolescentes de origen latinoamericano con una determinada estética y con presencia en el espacio público

²²⁶ Mantuve dos entrevistas con Domingo. En la primera, en otoño de 2005, aseveró que el barrio estaba en franca mejoría, incluida su seguridad, mientras que en la segunda, efectuada en invierno de 2009, el discurso era mucho más pesimista al respecto.

²²⁷ Para evidenciar su lejanía de estos jóvenes, exageró su ignorancia respecto a sus consumos, tratando de manifestar, según interpreto, su ausencia de sentido.

²²⁸ Hombre de 71 años de edad que en el momento de la entrevista vivía solo. Hasta los 18 años estuvo en un internado al haber perdido a sus padres en la guerra. Refería que “llenaba sus vacíos” escribiendo historias de equipos de fútbol.

²²⁹ Las segundas generaciones de inmigrantes latinoamericanos en España, que no participaban del proyecto migratorio de sus padres (más bien de sus madres) y que habían vivido la temporal separación de éstas hasta la reunificación familiar, veían ya adolescentes cómo su identidad del país de origen ya no era fuente de valoración por parte del sistema educativo y relacional en el lugar de destino. Un grupo minoritario de adolescentes respondió a esta crisis de identidad buscando reconocimiento en bandas fuertemente cohesionadas y cerradas que utilizaban referencias identitarias “latinas” y elementos de aglutinamiento nacionalista (panamericano) y machista. Este fenómeno, relativamente nuevo en España, fue abordado por los medios de comunicación de un modo carente de análisis contextual, relacionándolo con imágenes como las generadas en el cine norteamericano sobre las bandas de chicanos en los suburbios de Nueva York.

pasaron a constituir un sujeto temible. Los “Latin King” y los “Ñetas” saltaron a la palestra mediática a raíz de algunos acontecimientos violentos que se produjeron a principios de la década de 2000 y que les proporcionaron publicidad afirmativa en un contexto de asimetría²³⁰. El desafío a nivel cultural que planteaban estos jóvenes, excluidos de los beneficios de la sociedad de recepción, era interpretado a modo de colusión por parte de buena parte de la población autóctona, como un verdadero ataque a las normas y los valores de convivencia propios. Independientemente de la gravedad de algunos de los acontecimientos en los que se han visto implicados los miembros de estas bandas –y cuyas víctimas han sido, en su mayor parte justamente adolescentes y jóvenes latinoamericanos-, como la muerte de un chico de 17 años en la Plaza Elíptica (Distrito de Carabanchel) en Septiembre de 2005, el de las bandas se ha convertido en uno de los focos de preocupación preferentes en lo relacionado con la inseguridad. Tanto es así que se crearon programas policiales y de intervención social específicos para combatir este tipo de asociaciones²³¹, todo ello tras una fabricación mediática del problema a partir de varios sucesos violentos. Precisamente, como trabajador social de Carabanchel, estuve en contacto con la familia de un chico que había sido detenido como cómplice en los sucesos citados de la Plaza Elíptica. Su madre, que había visto cómo su proceso migratorio y de ascenso social había sufrido un revés importante con la detención de su hijo, vivió la situación de manera muy angustiosa. La imagen traumática de ver a su hijo de 16 años esposado “como en la tele”, la conectaba con el sentimiento de culpa y de vergüenza “por no haber sabido educar a mi hijo”. La culpabilización que cargaba a sus espaldas era coherente con una interpretación individualizada de las causas de la violencia. El mensaje que se dirige en la mayor parte de las ocasiones desde las instituciones y los medios es el de la responsabilidad individual y familiar, omitiendo las condiciones de asimetría que operan, por ejemplo, en el caso de una madre sola, en un país extraño, que debe sostener una economía familiar mediante un trabajo precario, sin redes sociales de apoyo y con un hijo en condiciones de desventaja cultural en la escuela. El autoconcepto negativo consigue la integración social de estas personas en condiciones

²³⁰ La literatura sociológica y antropológica sobre las segundas generaciones de inmigrantes (que se las sigue considerando inmigrantes, aún habiendo nacido en el país de destino de sus padres y estar desvinculados casi por completo del lugar de origen) es muy amplia. Mientras que sus padres aceptan con gratitud las condiciones de existencia que les brinda el país de recepción, estos jóvenes, con unas expectativas creadas plenamente en una sociedad de consumo opulento y unos cauces escolares y laborales muy estrechos para lograr satisfacer esas necesidades, tienen mayores dificultades para aceptar su exclusión. Los actos de autoafirmación, en algunos casos mediante la violencia física, son percibidos de manera doblemente ilegítima por las personas de origen autóctono con las que cohabitan: por un lado son violentos y, por otro, realizan actos de territorialización sin ser plenamente del territorio. Las posturas políticas de ultraderecha encuentran sobre la base de este argumento su difusión (Champagne, 1999b).

²³¹ Los conflictos sociales se amplifican cuando en ellos están implicados inmigrantes. Como resultado, crecen los encargos de intervención social en forma de nuevos proyectos de los que se espera que realicen una función de control simbólico (Palacín, 2003).

subalternas, bien de manera cooperativa –como en el caso de la madre, que interpretaba que debía adaptarse a los requerimientos del sistema de explotación laboral y de consumo-, o bien de manera conflictiva –como referente negativo, en caso de que el hijo iniciase una carrera institucional-delictiva-.

Los discursos de policías, periodistas, profesores o trabajadores sociales sobre los adolescentes “inmigrantes” que corren el riesgo de “caer” en una de esas bandas, tendían a aislar el problema y a abordarlo en términos de víctimas (los jóvenes captados) y verdugos (la propia banda). Así, durante una reunión de coordinación sobre algunos “casos” en la que participaba en calidad de trabajador social, una de las responsables de los servicios sociales del distrito afirmó: “Los utilizan porque son impunes”. Achacó el problema a la “negligencia de los padres”, que supuestamente eran incapaces de poner límites y de ocuparse de sus hijos. Como se puede observar, el origen se situaba en la familia, por lo que ahí es donde había que enfocar la solución (reconstitución de la autoridad familiar para hacer entrar a estos jóvenes en el seno de las normas y la convivencia)²³². La ausencia de estos adolescentes como sujetos en estos discursos (“los utilizan porque son impunes”) impide considerar sus acciones como actos de creación cultural, situándolos como objetivo preferente de las sospechas sobre el desasosiego que acecha.

Desde el punto de vista de la jefa de servicios sociales, las familias eran las responsables, pero para la madre autóctona de otra adolescente que se había fugado de casa y con la que tanto padre como madre mantenían un fuerte conflicto, “la sociedad, los medios de comunicación, pueden juzgar a los padres por hacerlo mal”, pero –sin afirmarlo pero sospechándolo- la culpa era de los adolescentes latinoamericanos con los que se iba su hija: “Yo no quiero decir nada, pero son sudamericanos”. Tanto para la profesional de servicios sociales como para la familia autóctona con una hija díscola, el problema era del otro: no era social en el discurso de la trabajadora social y no era de la propia familia en el de los padres enfrentados a su hija. Se puede afirmar que el adolescente inmigrante, en forma de miembro de “banda latina”, es el principal referente negativo –el caso extremo- sobre el cual se mira identitariamente el barrio y, por lo tanto, sobre el que se apoya la sensación de inseguridad.

Con el pretexto de combatir el supuesto avance de la criminalidad de los jóvenes inmigrantes, surgen una suerte de elementos parapoliciales: “los nazis”. Los *skin heads* de ultraderecha, que en los últimos años recurren al discurso anti-inmigración para hacerlo

²³² Cuando apelé a las constricciones sociolaborales externas a la familia que obligan a muchas mujeres inmigrantes a dejar solos a sus hijos durante casi todo el día, mis argumentos fueron rechazados con la frase “¡ya está bien del sistema!”.

funcionar en barrios como Carabanchel (donde la escasez de recursos entre miembros de la clase trabajadora puede encontrar en ese discurso un canal de expresión del malestar), son temidos por algunos grupos juveniles cuyas adscripciones ideológicas o estéticas puedan situarse en su punto de mira. Raquel lo expresaba así:

-E: Si te dicen a quién temes, y le tienes que poner una etiqueta, dirías...

-R: Un nazi. Pero no es que por la calle vaya yo mirando por sí me aparece un skin y me vaya a pegar, sino que ahora mismo, por la calle, quien más me puede hacer o a quien más le puedo provocar de mi pinta es a los nazis.

Los jóvenes que participan en espacios políticos de izquierda en el barrio temen la aparición de “los nazis”. En una asamblea de una asociación dos jóvenes alertaban al resto sobre dicha aparición en forma de pegatinas, carteles o pintadas con mensajes racistas. Tal y como se manifestó “no son del barrio”, expresando con seguridad identitaria que en Carabanchel no cabe dicha presencia. Tal y como se relataba, su *modus operandi* consistía en circular en coche “fichando” posibles víctimas. Por su parte, Dani, perteneciente al movimiento “antifa”²³³, sin manifestar que sentía miedo (puesto que actuaba una masculinidad sin fisuras), manifestaba su cautela ante los jóvenes ultraderechistas del Frente Atlético²³⁴ cuando había partido en el Estadio Vicente Calderón. Se trata de unos verdugos adaptados a la identidad de la potencial víctima:

-D: Y luego hay zonas más seguras que otras, y por ejemplo, cuando juega el Atleti no puedes bajar al Calderón, no puedes estar, están los del Frente Atleti.

-E: ¿Y hay movidas con los skin heads?

-D: Sí, el domingo pasado fuimos a por unos porque, porque le dieron a un amigo mío, fuimos a buscarles y no estaban (...), aunque fueran más grandes. ¡Es mi barrio! (...).

Una vez más, la presencia amenazante no puede ser del barrio. Para Dani, Carabanchel es obrero, el territorio natural de la izquierda, y por ello la presencia de los nazis tiene que ser a la fuerza ajena. De ahí el empeño del movimiento “antifa” por combatir la presencia esporádica de grupos de ultraderecha –en forma de propaganda o de alguna manifestación xenófoba- en barrios considerados de clase trabajadora. En cierto modo estamos ante un encadenamiento de reacciones identitarias para oponerlas a referentes negativos: las bandas latinas construyen un vínculo jerárquico y agresivo frente a una sociedad clasista y xenófoba que les excluye; los nazis inventan un nexo sanguíneo para oponerlo a los inmigrantes y especialmente a la “inseguridad que han traído”; los antifas rescatan en la memoria histórica el combate al fascismo europeo

²³³ Movimiento antifascista.

²³⁴ Hinchas del Atlético de Madrid relacionados con grupos de ultraderecha.

para oponerlo a los jóvenes de ultraderecha. Unas reacciones más excluyentes que otras, unas más politizadas que otras, unas más violentas y discriminatorias que otras, unas más machistas que otras, todas ellas constituyen reacciones masculinistas que reconstruyen identidades más o menos fuertes como oposición binaria a otro.

Gitanos, Pan Bendito, el CASI y Caño Roto

Pese a que la población inmigrante parecía que iba a sustituir a “los gitanos” como chivo expiatorio, el estigma anti-gitano se renueva continuamente. He decidido incluir en este epígrafe, dedicado a la construcción de los gitanos como sujetos culpables en Carabanchel, los comentarios dedicados a sus dos sub-barrios guetificados, Pan Bendito y el CASI²³⁵, y a otro de similares características sito en el distrito de Latina pero aledaño a Carabanchel, Caño Roto. Dichos comentarios sobre la peligrosidad de estos barrios se refieren de forma más o menos explícita a personas “gitanas”, pese a que sólo una parte de los habitantes de sus barrios sea “gitana”. Al referirse a Pan Bendito, únicamente Dani –adolescente de discurso antirracista– omitió referencias a la gitaneidad:

-M: ¡Hombre!, depende de la zona, y de los días, porque si vas a Pan Bendito no es seguro, o sea, tengo un amigo que vive ahí, ¿sabes?, y conozco todo lo que pasa.

-E: ¿Y qué pasa en Pan Bendito?

-M: Pues lo típico, Pan Bendito es Pan Bendito (...). Nada, yo movidas no he tenido, bueno, si que he tenido movidas, pero cuando eres más joven....

“Pan Bendito es Pan Bendito”, no es necesario explicar nada acerca de su peligrosidad, puesto que ésta es consustancial al barrio en el imaginario carabanchelero. Sin embargo, en el resto de comentarios sobre los barrios guetificados aparecía tarde o temprano la gitaneidad. Otra zona con menos nombre en el mapa imaginario de los peligros, pero que es señalada por los vecinos de zonas aledañas, es el CASI. Uno de los mitos barriales que se manejan en torno al CASI es que “no entran ni las ambulancias ni los del Telepizza”, dado que si lo hacen, los vehículos son desvalijados. Entre la realidad y la ficción, lo cierto es que la propia estructura de ambos barrios, Pan Bendito y el CASI²³⁶, está diferenciada y, por lo tanto, fuertemente semantizada. El aislamiento social de ambas zonas (escasa fluidez de comunicaciones dentro-fuera) hace de sus límites una frontera. Existen condiciones estructurales que favorecen esta

²³⁵ Camino Alto de San Isidro.

²³⁶ Mientras que Pan Bendito pertenece a la generación de barrios de realojos masivos de la década de 1980 junto con Entrevías, El Pozo, Orcasitas o Caño Roto, como nombres más significativos, el CASI es uno de los últimos barrios guetificados construidos por el IVIMA (Comunidad de Madrid) antes de pasar a otras políticas de dispersión de la población realojada y a la reducción drástica de los propios realojos.

segregación de los dos barrios guetificados de Carabanchel respecto a su entorno: una arquitectura homogénea y rotunda en su tamaño (bloques de hasta 14 pisos en Pan Bendito y largas hileras paralelas de viviendas en el CASI), el ladrillo rojo visto característico de las viviendas pobres de protección oficial de Madrid, las avenidas y muros que lo delimitan y separan del resto, etc. Estos elementos estructurales funcionan como separadores simbólicos que cuando además están fuertemente significados por los relatos sobre el barrio no dejan lugar a dudas de que se trata de un espacio al margen. Pero además, se trata de enclaves “sitiados” – fuertemente territorializados- donde los de dentro “se hacen fuertes”. Carmen, la arquitecta de posición social mucho más elevada que los habitantes de los barrios guetificados, me contaba cuál era su sensación al adentrarse en el CASI para acudir al piso de una asociación de personas con discapacidad en la que participaba como voluntaria. Sus sensaciones corporales ante una calle peatonal, cerrada, rodeada de casas de ladrillo visto, con adolescentes hipermasculinos “gitanos” en la calle que miraban y “vacilaban”, suponía una situación terrorífica para alguien jamás expuesto a estas situaciones y que habitaba en las burbujas de la clase media-alta. La *performance* de sus vecinos callejeros y el escenario que formaba el barrio sucio y roto, generaban inseguridad al mostrar la completa alteridad en una ciudad cada vez más estetizada e higienizada. El miedo no lo produce la violencia, sino sus símbolos (agujeros, mobiliario urbano roto, etc.)²³⁷:

Ayer estuve en el piso este y yo llegué a las ocho de la noche y salí a las diez y media y yo, vamos, procuro salir acompañada, no me hace ni pizca de gracia. También es que claro, los vecinos de esos pisos, pues hay mucha minoría étnica que, en fin, como diga gitano me vas a... [Mira a la grabadora], pero vamos, por ahí se pasa miedo. Mira, me acuerdo cuando estábamos haciendo la mudanza de este piso (...), recuerdo bajar con las bolsas de basura y caminar por la calle con las bolsas y un barrendero que nos dio las gracias, digo “¿Gracias por qué?”, “Por bajar la basura”, yo me quedé alucinada, y yo decía, “¿Pero por qué?”, y dice “Es que aquí, la gente de este barrio tira la basura por la ventana”. Y luego lo entendí, claro (...).

Otras posiciones más ambiguas en relación a la alteridad podemos encontrarlas entre un grupo de jóvenes universitarios²³⁸ que no sentían Carabanchel como especialmente inseguro y que al consultarles entonces de dónde podía proceder la mala fama del distrito, emitieron un discurso que problematizaba la gitaneidad (“un ápice de miedo, de violencia...”). La diversidad

²³⁷ A esta informante, el barrio le recordaba al “Bronx”, un mito televisivo que llegó a España en la década de 1980 a través de varias series de televisión y películas sobre bandas callejeras y policías frustrados que representaban, en plena “era Reagan”, la vida en los barrios negros empobrecidos de Nueva York. La impronta de esta representación sobre las personas que crecieron en esa década da lugar a esta designación. El barrio Bronx es el mito que funciona en los otros barrios para conseguir una suerte de disciplinamiento: “tu opulencia, tu mejora, está en riesgo, así que deposita toda tu confianza en las autoridades y nunca frecuentes esos sitios”.

²³⁸ Samuel, Bárbara, Leyre y Pilar, universitarios de la zona de “Fátima” (en Vista Alegre), designación *emic* que no se corresponde con la nomenclatura oficial de los barrios administrativos.

era identificada con el conflicto, pero todo ocurre como si la diversidad la aportase sólo el otro grupo (“gitanos” o “sudamericanos”)²³⁹. Para expiar la propia culpa centrada en Carabanchel, reenviaban el estigma a una parte de su población y a una de sus zonas:

-E: ¿Y de dónde creéis que viene esa fama? ¿Qué puede suscitar esa fama?

-S: Hombre, yo creo que son acontecimientos antiguos que hayan podido pasar, esto era antes totalmente, o bueno, totalmente no, pero parcialmente una gran zona de gitanos, luego está la zona de Pan Bendito, que sigue siendo del distrito de Carabanchel, que es todo gitanos y eso implica, no que sea malo ni bueno que haya gitanos, pero sí que implica un ápice de miedo o de violencia entre gitanos y los que denominamos payos, y yo creo que eso es lo que existe, incluso a lo mejor mucha diversidad étnica que existe ahora con los sudamericanos.

La peligrosidad de “los gitanos” es reafirmada entre algunos de ellos, que juegan con el capital intimidatorio que encarna su cuerpo, útil para negociar el poder en el barrio. Yonattan afirmaba que a “los payos les dices gitano y se echan pa’tras”, algo que reconocía que explotaba en algunas interacciones. Al mismo tiempo, algunos gitanos han encontrado en el mercado informal de la seguridad un nicho de empleo haciendo valer el poder intimidatorio de su gitaneidad (“Jitano cuidando obra”)²⁴⁰. En general, la vivencia de las relaciones con el grupo “mayoritario” y con las instituciones está atravesado por una etnicidad que articula la interacción y que refuerza la desconfianza. Saray²⁴¹, habitualmente afable, alegre y abierta, actuaba su gitaneidad más agresiva cuando tenía que enfrentarse a un conflicto con las instituciones, como cuando fue “la guardia civil” (se trataba de la policía nacional) a traerle la carta de desahucio del juzgado. El joven agente del CNP esgrimió argumentos personales, según Saray, para hacer pasar por válida su acción formal: “Tú no tienes derecho a estar aquí (....). Es que los gitanos lo queréis todo gratis, que os den un piso por la cara. Yo vivo con mi madre...”. Saray le contestó que no quería un piso, sino que no la echaran de esa casa que estaba vacía cuando llegó y que había limpiado y adecuado, pero fue más allá y jugó con el conflicto étnico y la acusación de racismo al policía: “¿Qué te crees, que soy como un perro? Eres un racista”. Entre el “Eres un racista” y el “Yo no soy racista, pero...” se juega una de las versiones de la actuación de posiciones del binario víctimas vs. culpables.

²³⁹ Tal y como encuentra Alvar Jones (2008) en su estudio de las percepciones sobre los gitanos en Toledo, la unidad simbólica del barrio se recupera al identificar a un otro relativamente externo, una exterioridad en el interior del barrio.

²⁴⁰ Cartel situado en la valla que delimitaba una finca en la que se construían nuevas viviendas en Carabanchel Alto.

²⁴¹ Saray tenía 20 años y vivía con su niño pequeño “de patada”, ocupando ilegalmente una casa baja abandonada. Estaba “dejada” por su pareja.

Yonquis y locos

La cárcel de Carabanchel fue entre las décadas de 1970 y 1990 una alternativa al desempleo que afectaba a la generación de jóvenes de barrios como Carabanchel. El yonqui que enlazaba el interior de la prisión y su exterior (el barrio) era la alteridad a la que no había que parecerse, y a medida que avanzaba la marginación alrededor de sus consumos, crecía el temor del barrio: el yonqui era aquel hijo de vecino que se había convertido en un “desgraciado” y ahora robaba bolsos en la esquina a punta de navaja. Su irrupción funcionó como desactivador de la confianza en el espacio público y de la fuerza barrial colectiva. Su presencia en la calle obligó a los “buenos vecinos” a ser más disciplinados que nunca (estudiando, trabajando y haciendo vida familiar doméstica) para no parecerse a él e, incluso, para oponerse al mismo como enemigo visible²⁴². Aunque inicialmente era del barrio, progresivamente se le fue extirpando simbólicamente del mismo, y con ello fue aumentando el temor alrededor de su figura. Tote²⁴³ rememoraba en una conversación informal “los ochenta, la época de los yonquis”, en la que era muy fácil ser atracado por uno de ellos. Estas palabras las afirmaba para negar que en la actualidad hubiese más inseguridad en las calles. Sin embargo, para los vecinos mayores de la pequeño-burguesa Colonia del Comercio, existía una continuidad entre la inseguridad actual y la de los ochenta, ya que tanto una época como otra representaban para ellos el “libertinaje” simbolizado por la droga:

-P: Aquí el que puso la guinda, fue Tierno Galván [Risas] (...). Sí, que si un porro se podía tomar perfectamente (...). Y si no lo sabéis enganchar, ¡engancha!, ¡engancha! Y animaba a la gente a la movida, les animaba a la gente a tomarse eso, su...

-A: Sus porros, pero de ahí pasaron a mayores (...).

-E: O sea que creéis que, según lo que he entendido, que el tema de la droga está detrás de la inseguridad...

-F: Eso no lo decimos nosotros ni lo dice el barrio de Carabanchel, eso lo dice toda España, a mi modo de ver.

-A: Es que en Carabanchel, también ha habido mucho gitano, ¿no?, y esos también...

-E: ¿Y los sigue habiendo?

-A: Y los seguirá habiendo, y eso tampoco se tiene que aguantar, porque hace poco que vi en la televisión que a una pareja y a un bebé les acuchillaron, luego resultó también, que era por la droga.

²⁴² Los supervivientes están invisibilizados, bien por la domesticación que supusieron las políticas de reducción de daños (suministro controlado de opiáceos) y su acceso a ciertas prestaciones económicas mínimas que les posibilitaban retirarse a una vida más tranquila, o bien por su expulsión de la ciudad a sus márgenes con el desplazamiento de los puntos de venta. Esta gestión de la población peligrosa, los yonquis, fue uno de los primeros ensayos neoliberales en las transformaciones que viviría el dispositivo securitario (en lugar de intentar la desintoxicación y la reinserción, objetivos de las primeras políticas antidroga, se pasó a gestionar la dependencia mediante la erección del Estado como mediador entre la sustancia y los recursos económicos mínimos y la persona toxicómana). El desplazamiento de los puntos de venta al exterior de la ciudad, donde la policía puede saber quién vende y puede incidir, a modo de gestión, en el mercado, fue el siguiente paso en el intento de invisibilizar en la ciudad el problema de cara al flujo de capitales.

²⁴³ Tote tenía 37 años y residía en el PAU.

Por otro lado, entre quienes vivieron de cerca la drogodependencia y la marginación ligada a la misma, la época de la heroína dejó sus huellas dolorosas en la memoria. Pérez, el policía de origen carabanchelero, recordaba cómo la heroína arrasó en su barrio llevándose por delante a muchos de sus amigos. Algunos de los descendientes de aquellos yonquis, criados por los abuelos en muchos casos, hablaban de la cárcel como un mito a recordar o a olvidar. En una entrevista con adolescentes cuyos padres o tíos habían pasado por la cárcel de Carabanchel, Yonattan, muy dado a establecer una comunicación paternal, nos aconsejaba al resto de los presentes: “¡Vamos a olvidar!”. Jenni, sin embargo, se recreaba en la reapropiación que había hecho de la prisión con sus amigos una vez cerrada, a donde acudían y “montaban fiestas”. Iban a una celda, “uno con una guitarra, el tambor, otro con una caja, cantando”, y en ese espacio fuertemente semantizado, recordaba y homenajeaba: “Allí estuvo mi padre y yo le hice una pintada”. La continuidad entre barrio y cárcel, del barrio-cárcel con la cárcel del barrio, es patente entre las familias más desposeídas por la desproletarización postfordista de la crisis económica y sus consecuencias en el aumento de los “yonquis”.

En los últimos años el yonqui se ha visto debilitado como sujeto peligroso, si bien con el advenimiento de la crisis económica a partir de 2008 ha vuelto a entrar tímidamente en el imaginario, no tanto por su mayor presencia como por lo que simboliza –fuertemente asociado con la degradación del cuerpo biológico y del cuerpo social al funcionar como metáfora del declive socio-económico-. Así es como Domingo, que en la primera entrevista situaba de manera optimista “la droga” en el pasado (en la década de 1980), en el segundo encuentro (en 2009) hablaba de las “lanzaderas”²⁴⁴ que llevaban a los “poblados de la droga”, lo cual estaba generando robos en esa zona.

Aunque el yonqui ya no sea el sujeto más temido, al haberse reducido en gran cantidad su número y sus necesidades económicas, pero sobre todo al haber emergido otros rostros temibles que encajan mejor con las ansiedades contemporáneas, “los que quedan” de aquella generación constituyen con sus prácticas de espacialización una buena muestra de sus tácticas corporales encaminadas a actuar el rol de “peligrosos” mediante el cual pueden acceder a recursos económicos básicos:

En el parquecito, una mujer hace los deberes en una mesa con su hijo, varios matrimonios mayores hablan, algunos hombres africanos dialogan y un grupo de hombres de origen autóctono de mediana

²⁴⁴ Vehículos empleados a modo de taxi para acercar a consumidores de heroína y cocaína a los puntos de venta de los poblados periféricos a cambio de dinero o de droga. En otras zonas de Madrid, como en el barrio de Embajadores, son conocidas como “cundas”.

edad, con estética yonqui, hablan con la voz elevada. Es curiosa la distribución en el espacio. Estos últimos, presumiblemente los menos aceptados y los que más conflictos pueden tener con el resto, eligen el fondo del parque para invisibilizarse. Además, entre ellos hay mayor distancia corporal, lo cual les hace comunicarse a voces. Ocupan buena parte del espacio sonoro del parque, intimidando la presencia de otras personas (lo que no ocupan físicamente lo hacen sonoramente), que se sienten interpeladas, probablemente, ante las voces elevadas y en tono de cierta agresividad: esto les aísla más. Territorializan, pero se marginan más. Sin embargo, los africanos se encuentran reunidos y apenas se les escucha. Saben que su discreción les salva de situaciones en las que pueden ser víctimas (mucho más que los yonquis). Es autoconstreñimiento, un bajo perfil en el espacio público. Hay otro grupo de hombres que parecen ser del Este de Europa que están bebiendo cerveza. Éstos están en una posición intermedia en esa ocupación ostentosa del espacio del parque. Curioso porque yo no soy capaz de permanecer junto al grupo de yonquis. Creo que no sería capaz siquiera de justificar mi presencia, pues si me quedase sospecharían de mí (policía secreta) y me vería expuesto a un riesgo (Cuaderno de campo: observación efectuada el 20/10/2008).

La ocupación ostentosa del espacio público es, quizás, una de las características de su dramatización intimidatoria. Sabiéndose excluidos de multitud de espacios, la calle es, al menos, su territorio. Su necesidad de supervivencia en situaciones de fuerte competitividad les hacía mostrarse muy desconfiados, algo que demostraban en su lejanía inter-corporal. En una plaza tres yonquis hablaban entre sí, pero en distintos bancos. Uno bebía un litro de cerveza mientras se liaba un porro, mientras que los otros dos, separados entre sí, permanecían a unos cinco metros del primero. Desde cualquier parte del parque podía escucharse su voz. En otra ocasión, en el metro, una pareja que llevaba su vestimenta visiblemente sucia, ocupaba, entre ambos cuerpos, cuatro asientos. Todo ocurre como si careciendo de espacio privado y siendo rechazados, identificados y aislados en el ámbito público, renunciaran a vincularse con el resto, reproduciendo su aislamiento y colonizando con sus cuerpos mucho más espacio de lo arquitectónico y culturalmente establecido. Una pareja caminaba rauda por la calle con la cabeza agachada, ella unos 3 metros detrás de él. La desconfianza sentida –que hace que necesiten distancia corporal para sentirse seguros-, sumada a su *performance* territorializadora –mediante la cual hacen suyo el espacio público ante la exclusión sufrida en otros-, delatan al yonqui en la calle, quien ya no asusta tanto como antes, pero sigue generando desasosiego.

El yonqui no es un toxicómano cualquiera, sino aquél que pertenece a una generación de jóvenes que entre 1980 y 1995 “cayó en la droga”. Por eso otros sujetos consumidores de drogas no son considerados yonquis. Pese a que las pautas de uso del espacio público sean similares, la nueva generación de grandes consumidores de drogas legales e ilegales no suscita la alarma como posibles atracadores, sino más bien como “violentos”, “locos” o “enzarpados”. No tienen la necesidad imperante de conseguir dinero para comprar “caballo” al tener más accesible el mundo asalariado. Estos jóvenes consumen preferentemente otras sustancias que están ligadas a una cultura del consumo, y por lo tanto, que no son fuente de exclusión social al adaptarse mejor a los valores hegemónicos. Sin embargo, los más jóvenes de esos grandes

consumidores reproducen algunas pautas espaciales del grupo de yonquis en el parque, actuando relaciones acentuadamente instrumentales y competitivas. Yonattan nos llevó²⁴⁵ a un parque y nos sentó en un banco a unos 30 metros de un grupo de “colegas” (con el que no demostró tener demasiado vínculo), la distancia suficiente como para no verse comprometido ante ellos dadas nuestras raras características en ese entorno:

-Y: Estos te sientas ahí con ellos y te ponen la cabeza, se ponen a hablar de drogas, drogas, drogas, como si toda la vida fuera la droga, tío (...). Estos son chavales de aquí, de toda la vida (...).

-A: Oye, tus amigos se están pegando.

-Y: Mira, ese que está ahí con el pelo rizado que parece gitano, ese es Juan, y ese es payo, pero está loco, dice que es primo hermano de Los (...), unos artistas que salen cantando, de gitanos, o sea, pa que veas, y es un hombre... [Hace una onomatopeya queriendo significar que es gruñón, basto]. Y a los dos lados, el de la gorra, uno es el del “Parque de los Locos”, que te estuvimos hablando, que están todos locos, drogadictos, que no se puede estar con ellos porque es que te roban en cualquier momento, como no tengas confianza con ellos, ¡buah!, y queréis ir allí, ¿no? con todos los locos.

Yonattan no dejaba de aprovechar la oportunidad de hacer alarde de lo “loco” de su barrio aprovechando la alarma causada por la pelea. Los personajes, tal y como los describía, eran “peligrosos” desde un parámetro general de valoración, pero para él pasaban como criaturas a las que tenía dominadas (en el discurso). El “Parque de los Locos” era una nominación en la cual no se incluía pero que señalaba las consecuencias del consumo exagerado de sustancias (“locura”). Reiniciaron la pelea y Yonattan se rió para luego aseverar:

Se están pegando de verdad (...). Comprendéis por qué digo eso, me gusta ir a mi rollo, no tengo miedo a nadie, me saludan, yo le saludo, me fumo mi porro y yo paso de todo. Porque aquí la gente son animales, por así decirlo, no se respetan el uno al otro, de verdad, y mira si estando ahí el Rafa, que el Rafa lo que está esperando es a que le den un porro para tranquilizarse, porque mira, ya está con las ansias, ya está con las ansias, y luego, lo peor de todo es que ese Rafa iba al colegio con mi hermano de chiquitito, y no es un hombre, porque si tenemos un problema y vienen a pegarnos entre tres hombres, ¿por qué sales corriendo? ¿Entiendes lo que te quiero decir? Aquí la gente... [Risas].

Yonattan descalificaba al ansioso, el más débil, al ser el más dependiente (de los porros ajenos). En su narración estaba animalizado, deshumanizado, y como buen animal “no es un hombre”, sino un cobarde. El valor en esta subcultura masculinista se demuestra en la capacidad para enfrentarse físicamente a otros “hombres”. Quien se pasa de la raya en su dependencia se hace débil: depende más de la voluntad ajena que de la droga y a partir de ahí comienza su ruina (su devaluación como “hombre”).

²⁴⁵ En aquella ocasión estuve acompañado de otra antropóloga, Ariadna Ayala.

No cabe extrañarse de que este tipo de prácticas generasen inseguridad entre ciertos vecinos, principalmente los más alejados de esta subcultura. Carlos²⁴⁶ tenía clara la relación entre los conflictos en el barrio y el consumo de drogas:

No, aquí en general acontece, lo que pasa acá pasa en todo Madrid, en cualquier barrio, cuestión de las drogas, de pelea por drogas, pelea por borrachera, es natural. En el día a día se ha agravado un poco más por la crisis, las personas no tienen curro, salen a robar a las personas, a hacer mal, que no hay opción.

En función de la perspectiva histórica que se posea del “problema” y del contexto barrial, el de la droga se concebirá como un asunto nuevo (Carlos) o como la continuidad del problema iniciado en los tiempos del libertinaje (Francisco). Pero Yonattan, parecía ver continuidad y ruptura al mismo tiempo:

Mira, si te pones a pensar, hace 20 años la droga era buena, ¿me entiendes? Te ponía un ciego a gusto, te ponía guay y ya está, pero no te dejaba loco del cerebro. ¿Tú por qué crees que pasan todas las cosas? Que se vuelve loco de la cabeza, esto es como los video juegos, que ya te crees, pues algo parecido [Risas].

Una vecina de Yonattan familiarizada con el mundo de la drogadicción, Marisol²⁴⁷, afirmó en una ocasión: “Antes había peleas y se resolvían de manera limpia, pero ahora en seguida tiran de navaja o de pistola”. El mito de la edad dorada de las drogas, en el que no había violencia o si la había era “limpia”, convierte el tiempo presente en otro más inseguro y al nuevo consumidor de drogas en un “loco”. Aún así, al no extrapolarse esa violencia fuera de ese mundo marginado, el nuevo drogodependiente no es un sujeto tan peligroso como el viejo yonqui.

De malos y malotes

La figura del “malo”, transformada en los últimos años en el “malote”, guarda relación muchas veces con las anteriores figuras –vinculadas con la juventud, la gitaneidad, la pertenencia a alguna banda y el asunto de las drogas–, pero he querido extraerla de esos apartados al presentarse en algunas entrevistas asociada con el mundo de la violencia nihilista – como fin en sí misma– y al estar encarnada en personas concretas, con nombre. Rodrigo, amigo de la adolescencia a quien aludí en la presentación de la presente tesis, nos enseñó a sus amigos de Aluche a temer en Carabanchel: el miedo había que tenérselo al “Zipi y al Zape”, una

²⁴⁶ Hombre de origen brasileño de 42 años, sin permiso de residencia en España. Vivía en una habitación compartida.

²⁴⁷ Marisol, de 45 años de edad, pertenecía a una subcultura *kinky*. La frase citada se produjo en una entrevista en el contexto de la relación profesional en servicios sociales.

pareja mítica con la cual jamás había tenido un encuentro y que, sin embargo, era mejor no cruzarse. Por eso una noche Rodrigo se puso a correr al divisar a lo lejos a unos chavales al grito de “¡Hostiás, el Zipi y el Zape!”, tras lo cual el resto, de manera irreflexiva y sin haber oído nunca hablar de los temidos personajes, le seguimos. Con esta anécdota extraída de mi propia memoria quiero ilustrar cómo existen determinadas figuras, siempre masculinas, temibles por parte de la cultura adolescente.

El malote, aunque no sea del barrio, ha llegado al mismo y forma parte del entorno. Samuel, Bárbara y Pilar recordaban a la banda del Moi²⁴⁸. En su adolescencia, el mayor impedimento para su expansión en el espacio público eran los “malos”, como el Moi, el Patata, el Rubio o el Chus, que funcionaban como leyenda barrial familiarizada para el autodisciplinamiento:

-P: Yo creo que lo que no conoces, te da más miedo, en cambio aquí pueden pasar las mismas cosas pero como lo conoces, conoces a unos, a otros, más o menos...

-S: Sabes incluso quién lo ha hecho, casi [Risas]. No, hace, hace unos años, cuando estaba en el instituto, la banda que más se movía era la banda de del Moi (...). Yo personalmente no lo conocía, pero [Risas], pero, y era eso, o sea, era, cosa que ocurría en la zona de la pradera o en la zona de Fátima, eran éstos.

-B: O el Patata. A mí me robaron una cartera y eran el Patata y el Moi, o sea.

Con los años, estos mitos se recuerdan como tales, como figuras que nunca conocieron o a las cuales sobredimensionaron atribuyéndolas cualidades mágicas. El paso del tiempo reintegra estas figuras temibles en la propia biografía, incluyéndolas entre los sujetos temidos, pero compartiendo pertenencia con ellas (del propio barrio, del propio entorno y de la propia biografía). Por eso, tal y como señalé al principio del presente apartado, existe una identificación mucho mayor con el “malote” del pasado que con el sujeto temido del presente, al cual no se conoce y no está integrado (y no se sabe si lo hará) en la propia memoria biográfica. El propio Samuel hablaba de otros malotes que acabaron formando parte de su biografía al obtener cierto reconocimiento de su parte, lo cual constituye una estrategia discursiva encaminada a mostrar la

²⁴⁸ La banda del Moi aparece también en las narraciones de otras personas de su edad en Aluche. Según me contó una amiga, el “Moi” era un “chico gitano” que estaba en un “centro de menores” que había cometido algún robo junto a “su banda”. Al parecer, “el verdaderamente peligroso era El Rata”, su primo, algo más mayor, y su precedente creando temor en el barrio. No le habían visto nunca o le vieron una única vez, pero el mito del Moi funcionaba generando desasosiego entre los adolescentes que empezaban a conquistar el espacio público (es un mito que funciona transmitiendo que si se exceden usando dicho espacio pueden aparecer figuras peligrosas). En las mismas narraciones, en el instituto al que existía el temor de que el Moi fuese a ser matriculado en el mismo (finalmente no fue así porque volvió a entrar en otro centro de menores). El Moi no era originalmente del barrio, pero acabó siendo parte del imaginario barrial adolescente. “Una vez salió en Telemadrid, en Madrid Directo” con el rostro tapado -por ser menor, pero alimentando el mito, con unas zapatillas Nike (“seguro que las ha robado” decían, al parecer, los adolescentes atemorizados que vieron el programa) y afirmando que no le querían en el instituto porque eran racistas.

identidad barrial y el propio mérito individual en un “colegio e instituto público” (asimilado con “difícil”):

Pero sí, eh, además, porque yo, como he ido a colegio e instituto público, digamos, he entablado conversación o incluso relación con ellos, o sea, el Rubencín el Rubio, no sé si le conocéis, o sea, ha ido a clase de mi hermana, a mi curso y, no amigos, pero relación, entonces, tu ibas y te venía su pandilla o no sé qué, o su hermano Chus o no sé qué, y te decían, te intentaban atracar o lo que sea, y tú “a ver, vamos a ver [Gesticulando con ambas manos, sonrisas alrededor del relato], mírame, ¿tu me ves bien?, mañana me vas a ver en clase, “¡hostias, si es verdad, que pasa tío!, es que queríamos unos cigarrillos, no sé qué [Cambiando el tono para imitar la voz del Rubio o el Chus]”.

Javi, que había sido un “pieza” y ahora trabajaba como escolta, me transmitía que me iba a presentar a otros piezas que, sin embargo, “hablas con ellos y son muy familiares”. “Ahora tienen sus propias empresas”, algo que no sorprende si tenemos en cuenta que las habilidades competitivas masculinistas son necesarias tanto en la calle como en los negocios²⁴⁹. Javi, ya en su madurez, hablaba desde su experiencia de la diferencia entre “el malo”, ligado a su adolescencia barrial, y “el malo de verdad”, ligado a su profesión actual (escolta y monitor de autodefensa):

Luego están los típicos que son tontos, que se creen graciosos, que se ponen a hacer putadas a la gente. Para mí esos no son malos, son tontos (...). Rompen un retrovisor, ese es un inconsciente, es un tonto que se cree gracioso con sus amigos, o que coge a un chavalito, le pega y se cree que es malo. Cuando otro le pone una pistola en la cabeza, le va a llorar, con la pistola en la cabeza le va a llorar. Un malo, un malo de verdad, no se sabe quién es, puede ser un tío que va por la calle con gafas... Porque la gente sobrevalora a la gente, a lo mejor le ve y dice “mira que tintín”, y coge el tintín una pistola y te hace “¡Pum!”. Por eso te digo, tienes que respetar a todo el mundo, nunca puedes ir siendo el más... Si eres malo, tú tranquilo que no vas presumir, puedes estar hablando conmigo sin saber que soy un asesino, y cobro por ello.

Javi hablaba de otro nivel de maldad, que no es la maldad de barrio, sino el mundo de la alta maldad²⁵⁰. En todo momento, Javi quiso manifestar que él conocía el mal, que él podría ser malo –delincuente– y no lo era (lo cual tiene mucho más mérito que ser bueno sin posibilidad de ser malo)²⁵¹:

²⁴⁹ La agresividad, competitividad, el individualismo o el respeto ganado mediante la fuerza, van ligados a las inquietudes por el éxito económico y la dominación. Son ahora jefes, agresivos, dominantes, enriquecidos: empezaron desde jóvenes, con negocios ilegales que se transforman rápidamente en legales. Javi refería que a él le gustaría montar su propia empresa.

²⁵⁰ Carabanchel no le parecía un barrio especialmente inseguro. De esos malos (los “de verdad”) hay en otras clases sociales, diferenciadas por el capital académico. Así como Javi sentía que “se dice” que los malos “no tienen estudios”, que tienen “familias problemáticas” y son de barrios como el suyo, él “conoce a gente que lo ha tenido todo” (estudiar en la Complutense sería un factor de diferenciación social, aunque menor que estudiar en Cambridge) “y se han metido a la delincuencia”, como si la delincuencia estuviese tras un umbral, al otro lado de la puerta, al margen de la normalidad.

²⁵¹ Este discurso es muy común entre las masculinidades agresivas de las clases populares. Desde quien pedía dinero en los ochenta en el metro emitiendo la frase “prefiero pedir que robar” al discurso de Javi. La dignidad de barrio, de ser de Carabanchel y “salir adelante” a pesar de las dificultades que se le presuponen al barrio (“padres

La Moraleja es igual de malo que Carabanchel (...). Se equipara a lo mejor el hecho de que una persona no tiene estudios a una persona que ha estudiado en Cambridge (...), o en la Complutense, me da lo mismo, se equipara (...) que tiene una familia problemática... ¡No tío! A lo mejor ese chaval, de ver toda esa problemática, a lo mejor ese tío quiere tirar para adelante más que otro tío que ha tenido todo y le da igual todo y se mete a la delincuencia. Yo he conocido gente, he conocido a un tío que su padre era no sé qué de Galerías y todo esto, y éste era un tío que cogía tres kilos de cocaína, y qué pasa, que tenía dinero para aburrir y ahora le están buscando para matarle, tío. Igual que te digo de gente de aquí que sus padres han sido yonquis y el chaval, chapó, veinticuatro años, trabajando... Eso de que hay gente más mala en Carabanchel, o en Vallecas (...). A mí me dan por culo los políticos y toda esta gente cuando dicen: "No, es que en los barrios de pobreza y eso se tiran más a la delincuencia". ¡Pero bueno, cacho cabrón! Si sabes tú mismo que los banqueros están traficando, y tú sabes que cuarenta mil policías, que el noventa por ciento de la policía son traficantes todos, y están más que comprados, qué me estás contando. Tú te vas a Algeciras y vas a pasar la aduana y ves a los guardias civiles con Rolex, ¿qué me estás contando?, es todo superrelativo (...). Tú vente conmigo y yo te voy a enseñar... Ahora, te digo una cosa, cuando no tienes nada, tú tiendes a robar cosas, mira ahora los bancos, sí tú tienes que pagar una hipoteca...

Javi conocía la delincuencia de abajo y de arriba. Si estaba vivo era porque "respetaba" y "se hacía respetar". Lo que le molestaba es el alarde, la falta de humildad, la violencia de pequeño rango, la cual parecía que él ya había superado. Al igual que el *skin* que conocía, Javi era maduro y no le gustaban los niñatos ni los que hablaban de matar gratuitamente sin tener ni idea de lo que es matar a alguien. El mismo argumento aplicaba al hecho de pegarse: él estaba en otro nivel y detestaba en su discurso (quizás rechazando su alteridad en forma de memoria de adolescencia) a aquellos que abusaban pegando a gente inofensiva ("chavales"):

¡Fascistas, buah!, yo he tenido muchas broncas con ellos (...), pues conozco a dos, y uno de ellos es un tío, o sea, chapó, y es un skin (...). Tú te pones a hablar con él, y dice: "No, por desgracia a nosotros nos han identificado con los putos niñatos y la gente mayor que se pone a dar palos porque este tal, y yo no". Yo le he presentado a gente negra, y se han saludado, "Hola qué tal", y no sabía que era el de... Es que es como todo, yo no veo bien un chaval, un panchito o lo que sea, que llegue aquí..., igual que un ario y te pongas a pegar a la gente. Tú no vas a llegar aquí y decir "¿Quién eres?", o llegar aquí y decir "Tú no mereces la pena vivir". ¿Tú quién eres? Es que se están equivocando tanto la gente, "Es que te mato, te mato". ¿Pero tú sabes lo que es matar a alguien? No tienes ni idea. Tú cuando quitas una vida, mírale a los ojos, a ver si aguantas esa presión, no tienes ni idea". La palabra matar es muy fácil decirla. ¡Hazlo, hazlo!, ¡quita la vida a alguien! Quitar la vida a alguien es de cobardes, apuñalar a alguien es de cobardes, pegarse es defenderse, y aún así, muchas veces es de cobardes porque pegas a alguien que... Si de verdad quieres pegarte, pégate con alguien que sepas que va a responder, no ten ensaños con alguien que le estás pegando y el chaval se queda así [En postura retraída, protegiéndose de los golpes], eso es de cobardes. Yo te puedo asegurar que he sido un pieza bastante, ahora, te puedo asegurar que nunca he pegado a un chaval..., me he pegado con gente muy chungu, pero muy chungu, pero nunca he pegado...

Finalmente, Javi me mostró su pasado "malote" en búsqueda de reconocimiento, como si estuviese superado al ejercer el mismo capital físico en el negocio de la seguridad y la

yonquis") es asimilable a la de ser de Vallecas, mientras que el referente negativo es La Moraleja. El orgullo de clase, de barrio, y la identificación de los malos en las élites de poder (políticos, policías y banqueros), forma parte de una cierta conciencia de clase dispersa.

autodefensa. Hablaba con cierto remordimiento y recurriendo a una ética del trabajo meritocrática recientemente interiorizada, como si de un delincuente retirado se tratase:

-J: Nosotros hacíamos eso para tener un nombre, tú te crees que por tener un nombre ya eres alguien, pero eso es absurdo, siempre va a haber alguien más que tú (...), pero el concepto es que te crees más que alguien, por eso la gente quiere tener un nombre, para decir, “¡Buah, este es malo, malo!”, ¿pero para qué quieres ser malo? Sí, para que te crees respeto, pero es que ese respeto es malo, ese respeto te trae problemas, siempre alguien va a querer ser más que tú. Sabes que un día te pueden coger por la espalda y hacer *pum*, ¿Quién te ha respetado? Nadie, primero porque de ese nombre, ¿quién se acuerda al cabo de un año? Para mí, respeto es el que trabaja 12 horas y mantiene a su familia (...). Yo me mato a trabajar, ahora, yo no quiero ser delincuente, ahora, de pequeño..., yo no he robado a nadie, tío.

-E: ¿Pero y qué tipo de cosas de las que hacías crees que eran chungas?

-J: ¿Chungas? No te lo voy a contar, pero me he juntado con gente muy mala (...). Sí, he hecho cosas malas, de pegar palizas y eso a gente, sí, pero me refiero, pegar a gente avisando de “no, estos han venido a robarnos, y tal, de coger yo y darle un escarmiento”. También te digo, y no porque estés escribiendo eso, porque me da igual, era un puto crío, era un puto crío que me creía que me estaba poniendo un nombre, y lo único que hacía era ponerme tropiezos en mi propia vida, porque a lo único que me estaba conduciendo eso era o a acabar en la cárcel, o a hacer daño a alguien que no se lo merecía o a equivocarme, era lo único que me estaba llevando. ¿Que ahora me respeta todo el mundo? Pero me respeta todo el mundo porque me he hecho respetar malamente, no porque me he hecho respetar como se ha hecho respetar mi madre, yo me he hecho respetar malamente, haciendo cosas. Pero también te digo, ahora cuando tenga un hijo, es contradictorio, pero es verdad, nunca le llevaré por ese camino, le diré lo que es lo malo y le diré lo que es lo bueno, pero también le dejaré que aprenda lo suyo, yo no puedo obligar a una persona a saberlo, la vida es así.

El tránsito del lado malo al lado bueno se había producido. Sin cambiar de lugar, su biografía había hecho el mismo tránsito que el barrio: de la culpa a la posición de víctima. Ahora son otros los culpables: los últimos en llegar.

Extranjeros

En 2005 aún estaban muy presentes las situaciones de inestabilidad residencial propias de las primeras etapas del proyecto migratorio. Es por ello que Lali, Marcelina, Paula y Luis, residentes en el barrio de Opañel, concebían las casas de los nuevos vecinos extranjeros como *no-lugares*, como hoteles donde la gente es transitoria y anónima. La sensación de extrañeza, tras décadas de construcción de la homogeneidad vecinal en sus bloques de viviendas obreras, se traducían en temor hacia “los extranjeros”. El hecho, además, de que un gran número de personas no controladas (no propietarias) tuvieran las llaves del portal, era fuente de ansiedad. Los “bichos que volaban” procedían junto con los extranjeros de un mundo sucio, de la propia naturaleza salvaje:

-P: Pues desde que se ha empezado a llenar los pisos, que se han ido quedando vacíos, aquí mismamente en mi piso mismo, se murió una señora, lo heredó un sobrino, y ese pues, ese tuvimos moros, y tuvimos...hasta bichos hemos tenido...

-E: Pero ¿Habéis tenido problemas de inseguridad con eso?

- M: Ahí tuvimos que llamar a...porque había por los pasillos...
- L: Nos lo pensamos...
- P: Ya se lo he dicho,...
- M: Bichos, bichos que volaban...
- P: Pero que volaban, las cucarachas. Y aquí en el piso de... aquí no hay ninguno, pero en mi piso sí, y abajo en este mismo lado, se murió otra señora, en seguida le empezaron a alquilar, y ahí, bueno...



Uso compartido de los parques más allá de los discursos sobre los problemas de convivencia.

El discurso sobre la peligrosidad ligada a los “extranjeros” es incorporado en muchas ocasiones y transformado en prácticas de actuación del miedo intensamente emocionales. El grupo de extranjeros “que está” en la calle –esto es, que no se limita a ir a algún sitio, sino que usa como fin en sí mismo el espacio del barrio-, era considerado ilegítimo y amenazante por Lali:

- L: Yo sí. Hay veces cuando veo en la calle, cuando veo el grupito así, me da...
- E: Un grupito por ejemplo de qué...
- L: De personas de gente así que está, para mí, que los veo que no, y sobre todo, no, no, de verdad, he cogido miedo a lo extranjero...

Cuatro años después repetí el encuentro en casa de Marcelina, esta vez sin Lali (que en la primera entrevista era la más locuaz y se mostraba como auténtica líder de opinión vecinal). En esta segunda ocasión, el discurso repetía los mismos argumentos sobre el pasado feliz en relación al presente deteriorado por la inmigración, traducido finalmente en inseguridad (el síntoma de que “algo pasa” lo conformaban las visitas de la policía a su portal), pero su mayor contacto con personas inmigrantes, tanto con alguna vecina como con sus auxiliares de ayuda a domicilio (en posiciones subordinadas respecto a ellas), así como las preguntas cuestionadoras que les formulaba, parecían abrir vías a la reflexividad y a plantearse si lo que emitían no eran sino generalizaciones (“lo mismo serán los españoles”):

- P: El barrio no es tranquilo ahora.
- L: Ha cambiado mucho.
- P: Antes no era peligroso, igual que esta casa, cuidado cuando entramos aquí, qué cosa, qué tranquilos estábamos. Lo mismo esta calle: desde que se han ido [Unos vecinos conflictivos] estamos más tranquilos...

- M: Ahí venden..., una piara de gente.
-P: Ahí han venido dos o tres veces la policía (...).
-P: Nada, es que lo tienen todo cerrado. Yo una temporada que digo: "Dios mío, algo pasa, algo pasa". Y me levanté y me senté en el borde de la cama con la persiana bajada, yo veía pero ellos no me veían, y fue cuando dijo una "¡cabrón, me cago en la madre que te ha parido!", y digo, "algo pasa". Y era la policía, que se conoce que venía la policía detrás de ellos y tiraron lo que fuera, y le dijeron la policía: "¿Por dónde la has tirado, a ver, por dónde la has tirado?". Y miraron por entre los coches. Se conoce que tiraron algo, y no lo encontraron, pero aquella noche lo menos tres coches.
-M: Venía una policía, venía el equipo de bomberos y venía una policía, que venía una mujer, ¿te acuerdas?
-P: Y antes, pues no lo teníamos eso en la calle. Lo mismo esta calle para dormir era tranquila tranquila, ¿verdad Marce? (...). Yo creo que la vida está de otra forma que antes (...). La gente que hay ahora en España no la había antes...
-E: ¿Pero eso qué tiene que ver?
-P: No sé, pero yo creo que tiene algo que ver.
-M: Es que de fuera viene gente buena, pero viene gente muy mala.
-P: Lo mismo serán los españoles.
-M: Lo mismo, porque cuando iban a Francia a la vendimia...

Por su parte, los vecinos del PAU han buscado en su nuevo barrio, entre otros síntomas de diferenciación social, separarse de la población inmigrante que ahora reside en los barrios obreros. María y Jaime, matrimonio joven, establecían una comunidad imaginada basada en la propiedad y en el origen nacional:

- M: Y en el garaje. En el garaje también roban...
-J: Sí, son unos inquilinos, de un piso que está alquilado en el edificio...
-M: Son sudamericanos.
-J: Son sudamericanos, y la gente sospecha de ellos porque, porque claro, tienen acceso directo al garaje, y han encontrado, pues de todo..., es más, tenemos que poner un antipánico porque hay mucha gente alquilada, entonces el garaje es comunitario, comunica, pues nos tememos que nos roben.

Entre jóvenes universitarias autóctonas del barrio, Puri veía más peligrosa la zona de Leyre –Fátima- que la suya –junto a la plaza de toros de Vista Alegre-: "Por donde yo vivo creo que es un barrio tranquilo, nunca me han robado... Me han robado por tu casa". Sin embargo, su zona la infundía temor, no por los robos, sino "por la cantidad de gente de todos los colores que hay": "Muchas veces te montas en el metro y parece que eres tú el extranjero". Refería que le daba miedo ver al "inmigrante borracho, aunque el españolito a lo mejor es peor, pero lo que oyes es que un inmigrante ha pegado...".

Agresores sexuales

Tal y como señalan algunas teóricas feministas (Serret, 2004), el peligro está encarnado en la feminidad, la categoría límite de la masculinidad que puede cuestionar su propia identidad. Sin embargo, si pasamos del plano simbólico al de las personas de carne y hueso en un barrio

como Carabanchel, prácticamente la totalidad de los sujetos de temor constituyen figuras masculinas. Aunque sean figuras masculinas fallidas, feminizadas en el sentido de que encarnan ciertas debilidades o taras que les impiden ser “hombres de verdad” (en un sentido moral), se teme casi siempre a “los tíos”. Salvo las adolescentes Jenni y Silvia, que hablaron de otras chicas de su edad como sujetos peligrosos –si bien actuando roles hipermasculinos-, el temor oralizado suele tener como protagonista a figuras viriles²⁵². Raquel, de 15 años de edad, afirmaba que independientemente de su edad, eran “hombres” a quienes había que temer:

- E: ¿Y tanto hombres como mujeres?
- R: Hombre, yo creo que le pasa a todo el mundo, da más miedo un hombre que una mujer.
- E: ¿Tanto si es mayor como si es joven?
- R: Pues sí, porque en mi barrio hay niños de 12 años que se dedican a robar y todo eso, entonces pues...
- E: ¿Temes más a alguien joven que a alguien mayor?
- R: No, yo creo que por igual, porque por ejemplo una persona mayor te puede meter un puñetazo y por ejemplo, un niño, aunque no tenga más fuerza que tú, o sí la tenga, pero vamos, un niño así se puede sacar una navaja, ¿sabes?, entonces es igual.

Algunos espacios públicos han sido tradicionalmente representados como peligrosos para las mujeres, principalmente en algunas franjas horarias. La tradicional presencia de grupos masculinos en las plazas, que caracterizaba a las zonas rurales ibéricas, ha ido abandonándose parcialmente por parte de buena parte de la población autóctona, lo cual convierte esta práctica –asociada ahora con grupos deslegitimados- en sospechosa. Viki²⁵³ reconocía que le inquietaba el hecho de “estar” por parte de un hombre magrebí o de un “repeinado” (poco antes citó a un atracador “chulito”), figuras que simbolizan masculinidades fuertes. “Estar” en el espacio público parece territorializarlo, algo ligado a la división sexual del espacio que Viki tenía incorporada desde pequeña y que fruto de su experiencia de apropiación del mismo había ido modificando:

Sobre todo me daba, ver a uno solo ahí... Sobre todo la gente, no sé si árabes, pero los que están ahí, “estoy aquí porque me estoy aburriendo”, que están ahí y no están haciendo nada, no sé, que a lo mejor está esperando a sus amigos, pero esa gente me inquieta. Y da la casualidad de que son así, no sé, como repeinados, “¿qué estarán haciendo estos?”. Cuando paso con el bolso... [Hace gesto de esconderlo y se ríe]. Al principio, ahora no.

Cada cual teme a quien constituye una amenaza a los capitales reales e imaginarios que se poseen. Luis, octogenario con una incipiente enfermedad de alzheimer, tenía fantasías relativas a la castración por parte de un grupo de hombres jóvenes, los cuales así le arrebatarían definitivamente lo que sentía que estaba perdiendo al envejecer, su masculinidad. Pero a pesar

²⁵² Esto se da tanto entre figuras femeninas como masculinas, tal y como ha hecho notar María Naredo (2010).

²⁵³ Viki, de 33 años de edad, vivía con su pareja en el PAU. Mientras que él procedía de Aluche, ella había vivido en EEUU y en un barrio de clase media-alta del norte de la ciudad. No emitía un discurso anti-inmigrante, sino más bien expresaba su temor reconociendo cómo era el rostro de sus temores.

del consenso entre todos los informantes, basado en que las figuras masculinas son las más peligrosas, existen relevantes diferencias de género en cuanto a las formas de significar y construir a los sujetos peligrosos relacionadas con lo que cada cuerpo arriesga material y simbólicamente. El temor a las agresiones sexuales es el mayor elemento diferencial entre las vivencias del miedo por parte de las mujeres. La construcción histórica del cuerpo de la mujer como territorio de imposición del poder masculino, por un lado, y los relatos mediáticos y populares sobre agresiones sexuales, por otro, han ido configurando una necesidad de protección adicional entre ellas. Precisamente, las situaciones de agresión sexual han encontrado mayores condiciones de posibilidad en las situaciones históricas en las que algunas mujeres han mostrado signos de creciente autonomía²⁵⁴. En el siguiente fragmento de entrevista, Julia rememoraba junto a su madre una época en la que el riesgo de ser agredida sexualmente era concebido como el más común. Precisamente, la informante que se sentía agredida en el metro formaba parte de una generación de mujeres jóvenes que practicó una ruptura cultural. Su entrada paulatina en espacios públicos, su incorporación al mundo laboral en condiciones de mayor visibilidad y, sobre todo, su ingreso en el mundo del consumo individualizado y de la ostentación de signos estilísticos (en la indumentaria, el peinado...), entraba en colisión directa con los patrones de género anteriores y generaba, por ello, frustraciones de las expectativas sexuales de muchos varones, que recurrían de manera desesperada a fórmulas de autoafirmación más agresivas²⁵⁵. Llama la atención que en el relato de la informante agredida, los espacios vividos como amenazantes son extremadamente públicos (como un vagón de metro a rebosar). Sin embargo, en la narración de nuestra informante podemos encontrar algo más que recuerdos de escenas de agresiones sufridas; también podemos hallar el sedimento de los discursos miserabilistas sobre unas víctimas vulnerables, como las mujeres, que han permitido históricamente ejercer un control sobre sus cuerpos y sus prácticas empleando como pretexto el riesgo que sufren²⁵⁶:

²⁵⁴ En un artículo incluido en un volumen acerca del feminicidio, Jane Caputi y Diana E. Russel (2006) llaman la atención sobre la diferencia entre los miedos de los hombres y de las mujeres. Mientras que ellos temen que se rían de ellos, esto es, ser humillados en su masculinidad, ellas temen que las maten. Estas autoras analizan la desproporción entre ambos miedos bajo la óptica de la reacción patriarcal a la creciente autonomía de las mujeres como resultado del avance feminista.

²⁵⁵ Manuel Delgado (2007) ha llamado la atención sobre los distintos significados del hombre de calle (experimentado héroe de la masculinidad liberal) y la mujer de calle (puta). La modernidad trajo consigo una generización del espacio urbano, aumentando las fronteras entre el espacio público y el privado. Estas fronteras eran las que se estaban resquebrajando en el episodio que narra Julia.

²⁵⁶ Tal y como muestra Judith R. Walkowitz en su estudio de las narraciones sobre el peligro sexual en el Londres victoriano, los relatos periodísticos y populares sobre los asesinatos de prostitutas atribuidos a figuras como la de Jack el Destripador, funcionaron como discursos aleccionadores para las mujeres que iniciaban, en ese preciso momento histórico, un ingreso en la vida pública y un aumento del control de la propia sexualidad. Traspasar los límites de la casa podía tener consecuencias terribles, muertes asociadas a actos sexuales, por lo que el mensaje

- L: Y ahora no, cuando empezó a trabajar la llevaba mi marido a la oficina.
- J: Ah, bueno, porque hubo un tiempo muy malo.
- E: ¿Cuándo, cuándo?
- J: Yo empecé en el 65 a trabajar.
- E: ¿Y en esa época era malo?
- J: Ibas en el metro y era asqueroso, de abusos de hombres.
- E: De meterte mano...
- J: ¡Bueno, bueno, bueno! Era horroroso, horroroso.
- E: ¿Era lo que más, era la amenaza principal?
- J: Sí, sí, sí, sí. Lo de los robos fue luego muchos años más tarde (...), yo cogía la línea de Banco, iban militares y mira, había de todo como en boticas, pero la empresa mía era una multinacional y éramos entonces como 500 chicas y la que no venía contando una cosa venía contando otra. Ha habido gente que ha llegado con el abrigo manchado, eh, de ellos, o sea, que era horroroso, horroroso.

Bea, activista vecinal de 33 años, también rememoraba su adolescencia –época inicial de conquista autónoma del espacio público- como aquella en la que, como mandato de género localizado en el barrio y encarnado en su cuerpo, no debía pasar por un callejón. Las noticias sobre una violación en el mismo se transformaban en autodisciplinamiento a partir del control familiar y el autocontrol²⁵⁷. Probablemente, los cuarteles del barrio (Carabanchel Alto), con muchos jóvenes soldados en régimen de reclutas, inspiraban un cierto temor a las agresiones sexuales:

Esta calle descubrí que no me daba miedo cuando trabajaba en Fuenlabrada y me dejaba el bus ahí (...). Antes era, “¿Te vas a ir por el callejón?” (...). Y a mí es ese el que me da muchísimo miedo, el de los cuarteles, y además ahí no paso porque intentaron violar a una chica, cuando yo iba a kárate intentaron violar a una compañera y por ahí no paso. Y entiendo que la gente que pasa por ahí pasa seguro, de día, y tal, yo veo a la gente pasar, pero impone mucho más porque es sólo muro de los cuarteles

En definitiva, los victimarios son masculinos: interpretados por mujeres o por hombres, sólo el poder violento masculino es capaz de asustar. Por otro lado, llevando al extremo la violencia masculina, la agresión sexual es el mayor riesgo sentido por mujeres jóvenes fruto de algunas experiencias reales y de la instrumentalización de las mismas en la reproducción cotidiana de los mandatos de género que se ejecutan mediante el clásico “no cruces por el parque” o “a las once en casa”.

sobre el peligro tuvo efectos sobre la conducta sexual de muchas mujeres, así como sobre su comportamiento fuera de la esfera privada (Walkowitz, 1995).

²⁵⁷ Algunas feministas estudiosas del feminicidio (Russel y Radford, 2006: 167-171) han mostrado cómo el espacio más inseguro para las mujeres es el ámbito doméstico. La violencia machista encuentra en el ámbito doméstico un espacio de mayor impunidad, aunque tradicionalmente sea presentada la casa como un lugar seguro y libre de amenazas.

11. Relaciones securitarias

Los sujetos referidos en el anterior capítulo (yonquis, gitanos, adolescentes, y en la actualidad, sobre todo, extranjeros) son temidos por los “ciudadanos de bien”, una ambigua y móvil categoría social cuya condición de pertenencia es el hecho de ser víctima material o imaginada de la “inseguridad ciudadana”. Ante este conflicto entre culpables y víctimas, la policía –y sus variantes privatizadas- constituye el tercer elemento de la relación social que implica el dispositivo securitario. Lejos de la opresión como explicación de sus efectos de poder, la policía funciona en Carabanchel bajo una enorme legitimidad –tanto por parte de los “buenos” como de los “malos”-. Sin embargo, a pesar del extendido reconocimiento de su autoridad, dependiendo principalmente del sujeto social implicado la policía mantendrá una relación u otra. Voy a tratar de desgranar las distintas variaciones en la *relación securitaria* partiendo del esquema moral generalizado en Carabanchel y de manera muy especial de la visión binaria disciplinaria que aplican los agentes en cada una de sus intervenciones: víctimas vs. culpables. Quiero especificar que el posicionamiento en uno de esos lados del binario –la subjetivación- es situacional y depende de la escala de práctica (Tambiah, 1990 en Díaz de Rada, 2008), si bien existen ciertos condicionantes estructurales que hacen que determinadas cualidades socio-corporales tengan más difícil el tránsito de un lado a otro del binario. En función de dónde se encuentre la persona en el continuo entre bondad y maldad socio-moral, partiré de las relaciones más cooperativas entre ciudadanía y policía y finalizaré con las más violentas.

La gente de bien está con la policía

Si de alguien es la “seguridad ciudadana” es de la víctima –real o potencial- de la pequeña delincuencia. La víctima es la condición de la ciudadanía –sujeto de derechos- en este tipo de políticas. La producción ideológica del valor de la seguridad se ha realizado al auspicio de la extensión del mensaje neodisciplinario acerca de un exceso de libertades alcanzado en nuestra sociedad, del cual se derivaría la indisciplina en las aulas, la ausencia de respeto vecinal o el exceso de violencia callejera. Entre amplios sectores sociales existe la creencia de que la forma de resolver la indefensión es aumentando los castigos y la presencia policial. Los informantes envejecidos de una zona de viviendas unifamiliares de características pequeño-burguesas, Paco, Francisca y Amparo, echaban de menos la presencia del “respeto” y de la figura del sereno, ya que hacían de la calle un lugar seguro. El sereno, último tentáculo del orden

durante el régimen franquista (aunque su origen es anterior), era representado como un personaje humanizado y con un vínculo personal con la comunidad (era siempre el mismo) que inspiraba confianza. Realizaba, incluso, funciones paternales como la de despertar a algunos vecinos a una hora convenida:

- P: Aquí lo que se echa en falta es lo que había antes, el sereno.
- F: Sí, es verdad.
- P: Por todo este barrio había un sereno, y estabas por la noche y tenías la tranquilidad de que...
- A: Que había alguien vigilando...
- P: Y eso de la desaparición del sereno ha sido un trastorno total, claro que ahora yo comprendo que ahora es muy difícil poner serenitos por todas las...
- F: Es que no se veían tampoco los serenitos...
- A: Tienen miedo, tienen miedo.
- F: ...Porque es que hoy son muy agresivos los jóvenes, y en fin, que a mi modo de ver, o sea, que hoy viene una panda de cuatro o cinco y el sereno...
- P: No, no, no hace nada.

Tal y como expresaban, descartando su anhelo inicial, el sereno sería insuficiente para los violentos tiempos actuales. El “libertinaje” de los años 80 supuso un exceso, una supuesta completa oposición al orden y la disciplina existentes durante el régimen político anterior (“aquí el que puso la guinda, fue Tierno Galván cuando dijo que un porro se podía tomar perfectamente”), y ahora haría falta “mano dura”. Los propios agentes de policía perciben continuamente este “sentir” vecinal y lo transforman en estrategias discursivas ante quienes cuestionan sus intervenciones. En una ocasión un policía municipal me dijo: “La gente nos ve y se siente más segura”. La sonrisa con la que acompañó el comentario denotaba superioridad en su argumento: sabía que tenía de su lado, en el lado bueno, al “pueblo”. El enunciado –aparentemente vacío de contenido– condensaba el régimen de visibilidad propio del panoptismo, en el que la policía, al mismo tiempo que vigila, se debe dejar “ver”, sólo que en este caso, no eran sólo los “malos” quienes debían verles, sino también los “buenos”. A este policía –pero sobre todo al *management* securitario– le interesa cómo se siente “la gente”: la policía no sólo reprime, sino que también cuida.

En otra ocasión, en el vestíbulo del metro de Oporto, donde dos agentes efectuaban un control de identidad con perfil fenotípico, una brigada vecinal les cuestionó la labor que realizaban. Su discurso pivotaba sobre los siguientes argumentos:

Vamos a ver (...), si tú tienes cinco millones de extranjeros que no están pagando impuestos y les tienes que pagar educación, sanidad (...). Además, ese es vuestro punto de vista, pero hay mucha gente que le gusta que estemos en el metro, porque mientras estamos a lo mejor pidiendo papeles, sabe que no le va a pasar nada.

Su mensaje se acompañaba de una seguridad corporal expresada en la postura firme, el tono de voz elevado, la mirada realzada con las manos apoyadas en su cinturón, una leve sonrisa que trataba de manifestar su seguridad y sus argumentos iniciados con frases denotativas de golpes de autoridad (“¡Vamos a ver!”). Varios metros más arriba, en la plaza de Oporto, una señora manifestaba ante la interpelación de otro brigadista vecinal y su intento de explicación sobre lo que suponían los controles de identidad: “¡Y más tenía que haber!”. Ante un espacio público dibujado como violento y caótico –falta de gobierno– los medios de comunicación, los políticos profesionales de todos los partidos con representación (incluidos los de izquierda) y muchas asociaciones civiles (de vecinos, comerciantes, etc.), demandan como un bien incuestionable el servicio de policía (igual que se demandan dotaciones sanitarias, infraestructuras, etc.). Como un símbolo de bienestar más, la policía en la calle debe transmitir un mensaje a los electores, contribuyentes y consumidores: las instituciones actúan, los impuestos tienen un sentido. La policía está continuamente presente en las calles y en las pantallas de los medios de comunicación²⁵⁸ como resultado de las quejas más habituales de los “ciudadanos de bien”: “la poca policía que hay cuando se la necesita” o “lo que tarda en llegar”²⁵⁹. Los anuncios del alcalde sobre el aumento de la plantilla de policía son el correlato de la *performance* protectora que juega la policía en el espacio público en la escalada simétrica de la inseguridad. Un militante vecinal, Joaquín²⁶⁰, que había mantenido una reunión con el representante de Policía Municipal del distrito, narraba lo que éste les había contado:

Un plan especial de la policía municipal que durante dos meses utilizan más la presencia policial en el barrio. Es una historia, pues como nos contó la propia policía, un numerito, o sea (...). La sensación de seguridad. O sea, nos hablaban de dos planos: el objetivo y el de las sensaciones. Y entonces en el mes de noviembre iban a estar aquí. Eso significaba que aumentaban: si antes le correspondía media patrulla al PAU, pues aumentaban a una entera y a motoristas y a una oficina de atención al ciudadano al lado del metro y luego en diciembre, en el Islazul, la oficina.

²⁵⁸ *Telemadrid* destacaba la siguiente noticia: “Gallardón promete reducir la tasa de delitos un 10% y ampliar la plantilla de la Policía Municipal con 1.500 agentes”. En otra nota de prensa del propio Ayuntamiento, se insistía en la idea de seguridad como sinónimo de “habitable”.

(<http://www.munimadrid.es/portal/site/munimadrid/menuitem.116d686253124a44c72f26e69fc08a0c/?vgnextoid=39bc36c948112210VgnVCM2000000c205a0aRCRD&vgnextchannel=6091317d3d2a7010VgnVCM100000dc0ca8c0RCRD&vgnextfmt=pda>) (20-9-2009).

²⁵⁹ En realidad, las demandas sociales son un saco sin fondo: cuando se generan determinadas necesidades de dependencia del Estado, éste es incapaz de satisfacer adecuadamente la demanda. Sin embargo, esa escasez de oferta en relación a la demanda se convierte en la pantalla que evita repensar el problema (¿Son las soluciones policiales la solución a la inseguridad?), lo cual permite a las distintas opciones del mercado electoral competir por el “quién da más”.

²⁶⁰ Joaquín era soltero, sin hijos y vivía solo. Ingeniero de telecomunicaciones, procedía de un barrio obrero que para él era más inseguro por “los yonquis”, San Blas. Comenzó a participar en la asociación de vecinos al poco de llegar a Carabanchel y a raíz de unas protestas contra la empresa constructora.

La institución policial municipal, basándose en los estudios sociológicos comunes en el campo criminológico que separan la seguridad objetiva de la subjetiva, considera que haciendo visible la presencia se consigue transmitir seguridad a los ciudadanos (y control a los no ciudadanos). El mismo responsable policial manifestó en una ocasión que habían ensayado una forma de proveer seguridad subjetiva vallando un descampado: el descampado, un agujero negro en la ciudad, generaba temor a los viandantes, por lo que al tapar la alteridad que albergaba conseguían reestablecer la seguridad subjetiva. Observamos cómo de repente la subjetividad de la ciudadanía pasa a ocupar un lugar relevante en la gestión, más allá del aumento o reducción del número “objetivo” de delitos: se “tranquiliza” a los vecinos “de bien” y se efectúa una *política del imaginario*. En la misma línea, otro responsable de la Policía Municipal presumía de la labor de la “Oficina de Atención al Ciudadano”, una unidad móvil donde se recepcionan las denuncias y que “se ubica en distintos puntos del distrito en base a una programación previamente establecida”. Ramón, trabajador del sector privado de la seguridad y reflexivo sobre el lenguaje del cuerpo, era consciente de la importancia de la presencia de la policía en el barrio, de su “cercanía” (material y simbólica) para aportar esa seguridad subjetiva:

-E: ¿Y en cuanto a la policía, crees que debería haber más?

-R: Yo pienso que no, lo que pasa es que yo pienso que debería estar mejor situada, haber más policía de calle, no que pasa cualquier cosa en la calle y no lo ves, no sé si me explico, la policía debería ser más..., estar más en la calle y ser más acorde con la gente de la calle. Como cuando intentaron hacer la policía de aproximación, eso lo veo muy bien para la sociedad, porque evitas que haya delitos y encima tienes la gente a tu lado, eres más cercano a la gente, no como cuando ves a un policía y dices, “Joder, este es un...”, entonces te alejas de la policía (...). La policía de aproximación yo me acuerdo cuando empezaron que iban hablando con una persona, con otra, era un trato diferente. Ese es el trato que yo pienso que hace falta.

Según Ramón, “la gente, si ve mucha policía en la calle, le da más sensación de seguridad”. Es frecuente en las plazas, parques y calles del barrio ver coches patrulla parados con sus agentes en el interior o rodando lentamente: su presencia está naturalizada. Los agentes conocen las sensibilidades de la calle, ya que están en continuo contacto con los conflictos sociales en ebullición, en emergencia. Como afirmó Pérez en una ocasión, “quien ha sido víctima sabe cómo trabajamos”. Marcelina, octogenaria de un bloque de viviendas obreras, fue en una ocasión víctima de los insultos de un hombre en estado de embriaguez que de madrugada llamaba a su puerta violentamente pensando, quizás, que estaba ante la vivienda de su maltratada amante –según la traducción que hicieron los policías-:

Me dijeron: “Está usted muy asustada”. “Hombre, si les parece” [Simula su contestación cambiando el tono de voz]. Cuando llegaron, se asomaron a la ventana: “Pues aquí no hay nadie”. “Usted nos va llamando. O

si ve que vuelve..., pero seguro que estaba borracho y se ha equivocado de calle y de portal (...). Mire, está muy tranquilo todo, usted no se preocupe". Estuvieron llamando cada media hora o así. Luego ya era de día, pero tenías un brbrbr [Gesticula una tiritona], un tiritar, que, que, que pa'qué. Y se conoce eso, que estaba borracho, pero vaya, ¡qué susto que me llevé!

Los agentes actuaron, no sólo sobre la inseguridad objetiva (apareciendo en escena), sino también sobre la inseguridad subjetiva de Marcelina, aportando una explicación tranquilizadora (ella no era el objetivo de ese hombre y, además, estaba borracho, lo cual suponía un atenuante que implicaba que su estado de "maldad" era transitorio, no esencial) y llamándola cada media hora. Su "tiritar", expresión corporal del miedo, encontró en estos agentes unas palabras de cuidado paternal. Según su relato podemos deducir que a pesar de su intenso miedo inventó algunas tácticas orales ingeniosas, como la de llamar a su difunto marido y a su emancipado hijo (con el fin de mostrar al agresor que estaba acompañada por figuras masculinas) y avisar a los vecinos con leves golpes en la pared. Cuando se lo contó al agente, ésta fue, al parecer, su respuesta: "Pues otra vez que la pase, usted no tiene que hacer nada, nada más que llamar a la policía, y venimos pero rápido...". Ella comprendió que no debía hacer sino recurrir al sistema experto: la respuesta que se espera del ciudadano es pasiva. Las víctimas, re-victimizadas y des-responsabilizadas para poder ingresar en la "ciudadanía", aportan sentido al trabajo de los policías: éstos no sólo reprimen, sino que también cuidan, lo cual proporciona sentido a su labor.

Pero la legitimidad policial no se apoya únicamente sobre las personas en situación de desresponsabilización social. También las personas sobrerresponsabilizadas suelen recurrir al sistema experto. Leyre, actuando como profesional principiante, recurrió –aparte de los apoyos informales, como su compañero de trabajo- a la policía en su Oficina de Información a los Extranjeros cuando en una entrevista se sintió amenazada. Es lo que se espera de una buena profesional, al igual que de una "buena" vecina. Sus amigas, Mamen y Sara, sostenían que estaban acostumbradas a ver policías, lo cual las hacía sentirse más seguras, mientras que Puri añadía:

Si les veo, seguro que ha pasado algo, o van a por alguien... Sobre todo, si los veo en el metro es que van a por alguna pelea o alguien se ha colado, pero a mí, miedo no me dan porque como yo no he hecho nada.

Al igual que otros vecinos, su presencia anuncia al mismo tiempo la existencia del mal –por un lado- y de la seguridad (de la mano de la figura protectora) –por otro-. Puri no temía a los agentes porque ya era ciudadana adulta ("yo no he hecho nada"), y si acaso, lo que quedaba por dirimir era cuál es el anuncio que más pesaba en el hecho de la presencia policial: ¿el del peligro

o el de la seguridad? En una de las entrevistas con el joven matrimonio del PAU, mientras que Jaime expresaba que la policía le inspiraba tranquilidad, a su mujer, María, le recordaba con mayor insistencia la presencia del mal:

- E: ¿La seguridad en el barrio está mejor?
- M: (...) Por ejemplo, aquí abajo raro el día que no están registrando coches, o vienen persiguiendo...
- J: No, pero sí hay más seguridad. Interviene más la policía.
- M: Lo que pasa es que en esa zona de allí [Pan Bendito] antes sí paseábamos más y veíamos detenciones.
- J: Cuando teníamos sólo a la niña íbamos a pasear por ahí, ahora con los dos...
- M: Nos movemos menos.
- J: Pero yo veo, vemos más actuación de la policía. Y también más policía.
- E: ¿Y eso os da más seguridad?
- M: Pero a mí no es eso lo que me da tranquilidad.
- J: Hombre, pero, pues digo yo que si hay más policía...



La presencia de coches patrulla en el espacio público se enmarca dentro de la ejecución de la técnica de la prevención situacional.

Podemos observar las diferentes referencias a la intervención de la policía en unas zonas y en otras, lo cual se relaciona también con la forma de percibirla. Cuanto mayor sea el estatus de un barrio, mayor vínculo con la presencia policial, o al menos así lo percibían Yonattan y Vane:

- E: ¿Y pensáis que [Carabanchel] es un barrio más peligroso que otros, como Aluche?
- A: No, porque es un barrio de ricos Aluche.
- V: En Aluche también hay más parques, más comercio y todo eso, y más gente, en Aluche hay mucha gente. Además, en Aluche hay más seguridad, ¿no ves que están pasando los “monos” cada dos por tres?

Estas “desigualdades” en el derecho a tener policía tienen su reflejo fractal en el propio distrito. Mientras que para algunos vecinos y profesionales de Pan Bendito “la policía no hace nada” y consideran que “mientras se siga traficando con droga, este barrio no va a poder cambiar, hasta que la policía no haga el trabajo policial real...”, para los vecinos del PAU la presencia preventiva es visible. Tanto unos como otros –sobrerresponsabilizados como padres, adultos, propietarios, etc.- tienen en común la necesidad de mayor presencia policial, pero unos

la obtienen sólo en su aspecto represivo y otros, en cambio, valoran el aspecto decorativo-preventivo con el que la policía adorna su barrio. Joaquín, vecino del PAU y militante vecinal, participaba de manera activa en el foro de Internet “Nuevos vecinos”. En dicho foro podían encontrarse habitualmente comentarios en los que se expresaba que la policía era bien recibida. Al igual que en el caso de Jaime y María, su presencia se percibía como indicativa de la cercanía de la maldad y, al mismo tiempo, de la protección:

Antesdeayer y ayer hay policia nacional en el barrio, en la calle, con la metralleta en la mano. Los dos dias han dejado los tres carriles de la Avda. de la Peseta en uno (camino Islazul) y la poli te miran dos, cada uno por una ventanilla.....¡algo está pasando!

Pues mira, que se queden por la zona que siempre viene bien para evitar delincuencia (pero sin cortar los carriles a poder ser jeje)

Las metralletas son las protagonistas de este espectáculo callejero que eleva los niveles de la escalada simétrica entre “maldad” y “protección” en el imaginario (“¡algo está pasando!”). Así mismo, las intervenciones con fuerza constituyen otra *performance* pública, como la ocasión en la que Joaquín fue testigo de una persecución y posterior detención desde su ventana: “¡Joder, si lo he visto! Les he visto trabajar, nunca lo había visto antes”. Pero Joaquín, al contrario que los otros internautas, comenzó a participar en la asociación de vecinos arraigada en la parte antigua del barrio, lo cual le proporcionaba más información que al resto de escribientes en el foro. Como miembro de la asociación, el jefe de la Policía Municipal le había proporcionado explicaciones técnicas sobre lo propicio del PAU para la comisión de delitos:

Es sabido que ha habido muchos robos en garajes, entre otras cosas porque estamos en una ubicación muy cómoda para huir, nos lo explicó la policía, y es cierto, es que sales a la M40, la M-45, la Radial 5, puedes ir hacia el centro de Madrid o a cualquier lado. Estamos demasiado bien comunicados en ese sentido. Entonces sí que ha habido robos de que entran en un garaje y se han llevado motos, han abierto coches, han subido a pisos (...). Entonces, robos, no muy violentos, sino robo..., que bueno, que si se te meten en casa ya te jode bastante, ¿no? De robos violentos, de atracos así persona a persona, yo no tengo referencia, pero puede que haya pasado. Yo no he hablado con gente.

Recogiendo el discurso y saber técnico del gestor policial, lograba explicar por qué se producían robos en el garaje –espacio construido bajo supuestos fines securitarios-. Al parecer, estos robos, “sin ser lo que más preocupa en los foros”, eran publicitados en los mismos: “Sí que la gente comenta que se ve poca policía, pero yo no sé por qué lo dicen porque yo veo mucha”. Desde su posicionamiento discursivo “de izquierdas” no suscribía la demanda generalizada de policía, pero al mismo tiempo sostenía: “El nuevo jefe de policía no me parece del todo mala gente para ser policía”. Al parecer les había reunido a la propia asociación, a los directores de los colegios y a la dirección de Islazul para el “Plan Especial del PAU”. Estaban haciendo en todo

el distrito una campaña de visibilización: “Lo han hecho en Pan Bendito, en San Isidro... y el PAU lo iban a considerar un barrio administrativo más por el tamaño y por el porte”. El porte lo dan el nivel de renta del PAU y el poder de interlocución del centro comercial. Para Joaquín, había dos tipos de presencias policiales, comulgando con la visión del jefe de policía municipal y el concepto extendido de prevención situacional:

Si son la típica pareja de paisano, los municipales no vestidos de campaña (...) paseando por las calles tranquilamente, pues es la imagen de tranquilidad, ¿no? (...). Otra cosa son ya patrullas, que pasen deprisa...

Observamos cómo la ciudadanía en su versión neoliberal –adquirida en este caso por la condición de varón de 35 años, propietario, profesional, motorizado, contribuyente y consumidor– no variaba su demanda de policía con respecto a los vecinos del foro a pesar de ser militante vecinal. Si acaso, su posicionamiento ideológico progresista le procuraba una visión más analítica del contexto (“medidas sociales”) y más centrada en la eficacia policial preventiva que en la ostentación como fuerza represora.

Existen situaciones, sin embargo, en las cuales los “ciudadanos (de bien)” transgreden las normas. Dada la proliferación reglamentadora del uso del espacio público, para algunos de estos ciudadanos cada vez resulta más difícil vivir en la completa normalidad. Viki y Lucas, otro joven matrimonio del PAU, eran conscientes de que vulneraban una norma municipal que obligaba a llevar al perro atado. La sensación de culpa les convertía en fugitivos cuando veían a la policía municipal (“que no me pillen”):

-V: Es que alguna vez se han paseado por el pinar a ver si llevábamos a los perros sueltos. O “habrá pasado algo, les habrá llamado alguien”, pero no he sentido inseguridad.

-L: Yo creo que es como la Guardia Civil de carretera, que no me pillen. O sea, no le ves como alguien que guarde de tu seguridad, sino que es “que no me pillen”. Creo que nos han inculcado que “No transgredas, que te estamos vigilando” (...). Creo que cada uno tiene que ser responsable de las cosas que haga. Si tú transgredes una norma, tienes que asumir las consecuencias. Aunque tú sepas que es injusto que te sancionen, tienes que saber que estás transgrediendo la norma, lo que pasa es que yo creo que hay gente que a pesar de que transgredir la norma, sabe que lo está haciendo, se siguen quejando. Yo sé que entre las siete de la mañana y la noche no puedo llevar suelto a mi perro, mi perro tiene que ir atado, yo sé que estoy transgrediendo una norma. Si me para un policía y me multa, yo sé que estoy transgrediendo una norma, no me gusta, porque la norma es equivocada, pero asumo la responsabilidad de eso.

Lucas aceptaba las reglas del juego: quebrantaba la norma pero asumiendo que le podían sancionar, por lo que su objetivo era “que no le pillasen”. Se trata de la asunción de ciertos valores liberales que propugnan la acción individual en pro de los propios intereses y una regulación estatal mínima salvaguardada por la policía que vela por el “interés común”. La forma de incidir en lo colectivo, según su discurso, consistiría en utilizar los cauces legales e

institucionales para cambiar la norma. Observamos cómo en este caso la policía es esa figura hobbesiana que impone miedo pero que resulta el mal menor necesario para la convivencia.

La identificación con los policías procede, en parte, de la enorme plantilla de los distintos cuerpos, que hace que un número no desdeñable de vecinos del barrio sean miembros, familiares o amigos de policías y vigilantes de seguridad. Cuando alguien cuestiona la labor policial es común escuchar de los agentes una frase que les coloca como trabajadores subordinados: “Estamos trabajando, si tiene cualquier problema acuda a la comisaría a quejarse”. Esta enunciación engarza con la frase emitida por una señora al paso de una manifestación por la calle de la Oca en la que se coreaban consignas a favor del empleo en contraposición a la policía: “¡Ellos también son trabajadores!”. Pero aparte de constituir un miembro prototípico de la clase trabajadora actual, el personal securitario es considerado un profesional con responsabilidades por parte de otras personas cuyas coordenadas identitarias se construyen más cercanas a su profesionalidad que a la clase social. Así, Domingo –el cura– entendía que los policías no le dijese la verdad en una ocasión cuando preguntó qué había pasado. Ellos tienen una (sobre)responsabilidad, como él, por lo que debían manejar la información de manera tal que los ciudadanos no sufrieran y no se contagiasen del mal:

Otro síntoma de lo mal que está el mundo y el barrio ajeno a la parroquia: la “enorme cantidad de suicidios que se producen”. Cuenta una anécdota en la que vio en el barrio a dos policías que fueron al ser avisados de que había un cuerpo de un hombre muerto. Vio que uno de los policías le hizo una señal al otro muy sutil llevándose el dedo índice a la sien. Él llegó y les dijo: “¿Saben cómo se ha suicidado?”, y su agudeza perceptiva les puso nerviosos a los policías (deduzco de su relato), que dijeron: “¡Cómo, cómo, y usted quién es, usted qué sabe!”. Refiere que comprende que la policía quiera ocultar esa información: el índice de suicidios ha crecido mucho pero si se publicita crecería más. Una vez más se siente responsable de la información y sus consecuencias, por lo que la dosifica (...). En su relato, los policías también se sienten responsables de la información y por eso mantienen un código corporal secreto entre ellos (el dedo índice sutilmente medio doblado llevado brevemente a la sien como si le picase la cabeza, como si de una seña de mus se tratase) (Diario de campo: segunda entrevista efectuada a Domingo sin grabadora, en Febrero de 2008 y en el barrio de Opañel).

La comprensión hacia la dificultad de su trabajo denota una generalizada alta valoración de su figura, probablemente nunca tan legitimada como en la actualidad. Llama la atención cómo la proliferación de los sistemas expertos estatales o privados van acumulando la energía procedente de la demanda social de su existencia –tan naturalizada que se considera sumamente arriesgado resolver los conflictos sin recurrir a ellos–, aunque sólo sea invocándolos:

En el parque una señora de unos 60 años está con su nieta. Un chico de estética *hip-hopera* va con su perro. Éste se mete a husmear en unas flores decorativas. La señora, a unos treinta metros, le grita: “¡Oye, oye, el perro, que se está comiendo las flores! Pero bueno, que las flores son mías”. Luego el perro se acerca a ella y le “insulta”: le llama “¡Chucho!” a todo un dalmata. El chico responde de una manera más agresiva aún, en escalada: “¡Anda, váyase a su casa! ¡Las flores también son mías! Ya la veo a usted bajando todos los días a barrer y a regar”. Ella sigue gritando, resultando su mensaje nada pedagógico, y

hace una malísima dramatización: “Ahora mismo llamo a la policía” [Coge el móvil e inmediatamente hace como si la contestasen]: “¿Policía? Sí, hay un perro, un dalmata, comiéndose las flores, un chico...”. Como es absurda su teatralización, el chico dice: “¡Anda, como que la policía no tiene otra cosa que hacer!”. (Diario de campo: observación efectuada en septiembre de 2010 en el Parque de las Cruces).

Podríamos pensar que ante la progresiva desaparición de instancias de mediación informales (como consecuencia del vaciamiento de los espacios públicos) y la creencia generalizada de que la propia gestión de los conflictos es peligrosa, se recurre a los expertos. Sin embargo, la desresponsabilización colectiva no implica la necesaria pasividad de los ciudadanos, sino la apropiación por parte de éstos de los expertos para ponerlos a jugar a su favor –material o simbólicamente- en sus micro-luchas de poder. Esta agencia se expresa en la estrategia dramatizada mediante la cual “la abuela” se apropió simbólicamente de la policía para demostrar al chico –estéticamente culpable y con un perro que estaba destrozando supuestamente la estetización urbana- que era ella quien estaba en el “lado bueno”, el de la ciudadana que trataba de conservar intactas las flores del parque. También Sonsoles y Antonio²⁶¹, los padres de una adolescente con la que mantenían un fuerte conflicto, Tamara, se apropiaron del sistema experto securitario y llamaron a la policía reproduciendo un discurso que asimilaba a su hija con una delincuente. Esperaban que la institución hiciese el trabajo moral para el que ellos ya se sentían incapacitados. Se trataba de que su hija “cogiera miedo”:

-A: Nosotros fuimos a la policía y le dijimos: “Mire, pueden encontrar a nuestra hija en tal sitio”. Entonces luego fueron los policías allí (...), nos llamó por teléfono y nos dijeron que la tenían allí, y le dijimos: “Nosotros no queremos saber nada de ella, hagan ustedes con ella lo que quieran”. Pero simplemente lo dijimos para ver si ella así...

-P: Cogía miedo..., que viera las orejas al lobo.

-A: Cogía miedo (...). Mi hija no es que sea una delincuente. No ha robado, bueno, no ha robado fuera, en casa sí. No ha matado a nadie, un poco rebelde, pero rebelde tal, ¿entiendes? Y entonces nos la devolvieron, y delante de la policía la dije: “Te digo una cosa, te dejo en casa porque no me queda más remedio, pero si para que tengas antecedentes tienes que hacer, yo te puedo denunciar que me has robado para que ya te puedan meter en un sitio...”.

La policialización de los espacios domésticos (“violencia domestica”) resulta funcional al control estatal, pero era instrumentalizada por Sonsoles y Antonio. En lugar de sentirse estigmatizados por la intervención de las instituciones en su dinámica familiar, ellos acudieron a las mismas y las emplearon para que les dieran la razón. Gracias al fetichismo de la figura policial, los agentes son relativamente eficaces haciendo incorporar la norma social dominante²⁶². Tamara, su hija, no se quedaba atrás en el juego. Sabiendo que la Ley y la

²⁶¹ Sonsoles y Antonio tenían tres hijas. Prototipo de familia nuclear “obrera”, residían en unas viviendas de realojo en una zona humilde del distrito.

²⁶² Padre y madre se desresponsabilizaron, de manera estratégica, en una actuación dramática de cara a la hija ante el agobio de hacerse cargo de un cuerpo que se fugaba de su control; los policías, por su parte, dramatizaban

moralidad mediática podían jugar de su parte por su minoría de edad, ella también llamó a la policía en una ocasión:

Nosotros hemos debido hacer algo mal para que la Tamara salga así, pero no sabemos el qué (...). Bueno, es que una chica que la última vez que tuvimos una pelea, vamos, una pelea, y su padre la dio así, enseguida llamó a la policía y vino la policía. Quería poner una denuncia a su padre porque la había dado un tortazo y la policía, "Niña, para estas cosas no nos llames", porque cuando vino, ella estaba en el ordenador, su padre en el salón y yo estaba haciendo la cena. Entonces claro, como con la "Ley del Menor" no la puedes tocar, y eso ha pasado ya tres veces, tres veces que hemos discutido, tres veces que ha venido la policía a la casa (...). La última vez no sé si habrá llamado un vecino. Pero vamos, eso te duele, como a un padre, que venga la policía aquí. La última vez, que me tocó a mí sola porque mi marido no estaba, vinieron seis policías, porque supuestamente la estaban pegando a una menor (...). Y enterarnos de que la niña decía de que la teníamos abandonada...

En esta situación sí resultaba estigmatizante la presencia de la policía para sus padres, ya que les situaba en el lado malo, pero fue la policía la que les legitimó. La vieja creencia en el disciplinamiento –en un mundo sociocultural impregnado de valores post-disciplinarios- convierte a trabajadores sociales, abogados y, sobre todo, policías, en instrumentos de las luchas de poder. Judith se vio envuelta en un problema legal al recurrir a la policía su madre, Gladys²⁶³, ante el agotamiento de las vías de interlocución:

Al parecer, Judith llegó a casa con la niña por la noche. Discutieron y la niña se puso a llorar. Nerviosa por la tensión, a la que sumó fuerza el llanto de la niña, la dio un manotazo en el brazo. Eso es lo que Gladys designa como "pegar". Hoy lo reconoce ante la defensa de su actuación por parte de Judith. Ésta, por su parte, se muestra al principio enrabiada con su madre por "exagerar" las cosas, por poner la denuncia, por decir que "pegó" a la niña. Me llamó a mí –su trabajador social-, pero sobre todo puso una denuncia en comisaría tratando de poner a la policía a su favor en la pelea familiar (Cuaderno de campo, observación realizada –con alto grado de participación como trabajador social- en marzo de 2007).

En esta ocasión, sin embargo, Gladys, mujer inferiorizada por su cualidad de trabajadora doméstica migrante, se topó con unos policías que, como en el caso de Tamara, no tuvieron en cuenta su denuncia. Su escaso grado de ciudadanía no la legitimaba lo suficiente como para instrumentalizar a los cuerpos de seguridad en su batalla familiar. Lo que al parecer la contestaron en comisaría –imitado con tono de voz desganado por Gladys- fue: "Señora, esto no es una panadería que usted puede llegar y...". La policía vela por la "seguridad ciudadana", pero quizás a ella le faltaba algo para ser completamente ciudadana y reclamar seguridad.

el papel de "padres sociales" con la chica, aunque luego transmitieron a los progenitores que ellos no serían quienes se responsabilizasen de su hija.

²⁶³ Gladys era de origen peruano y llevaba más de 10 años en Madrid. Su hija, Judith, tenía una niña pequeña, la cual era el motivo de los conflictos por la "irresponsabilidad" como madre de Judith y la "sobrerresponsabilidad" como madre y abuela de Gladys.

Poli bueno para gente mejorable

Dado que pocas profesiones como las securitarias están tan imbuidas en la cultura disciplinaria –que divide la realidad en una jerarquía de categorías sociales que cobran una forma binaria en las situaciones concretas (buenos vs. malos)-, los agentes suelen aplicar un trato diferencial a cada persona o grupo. Existe una jerarquía racializada y enclasada de los cuerpos mundiales que guarda continuidad con las construcciones identitarias coloniales, y la policía suele aplicar a cada cual lo que le corresponde en función de su grado de ciudadanía²⁶⁴. En el anterior epígrafe me he ocupado de la relación de los agentes con la “gente de bien”, personas des- o sobre-responsabilizadas, generalmente adultas, autóctonas, racializadas como europeas, propietarias, consumidoras, progenitoras... Pero el respeto de los agentes securitarios no se muestra sólo con sus afines identitarios, sino también con los cuerpos situados en el “lado malo” y que transitan hacia el “lado bueno” (pueden hacerse ciudadanos obteniendo la autorización de residencia y trabajo, trabajando duro, comportándose discretamente...). Mauro²⁶⁵ refería que la única vez que le habían parado en un control de identidad habían sido “super-educados” con él:

Conmigo nunca, nunca, yo no sé por qué, me dicen que tengo la cara de (...), más para mí nunca, aquí en España fue una vez (...) con un policía secreta, una femina, me trataron superbien, fueron supereducados, me preguntaron la documentación, me pidieron el pasaporte (...), “no pasa nada, tranquilo”.

Él esperaba un peor trato teniendo en cuenta el comportamiento de la policía brasileña y la criminalización que sufren muchos migrantes en España, pero además, en la interacción parecía dejar claro a los policías que ellos eran quienes mandaban. La policía trata en cada país a las personas según ese rango que no es nacional, sino global (y aquí la globalización se localiza y corporaliza: se encarna). A Mauro le aplicaron el grado de (mal)trato que merecería en

²⁶⁴ Así, en el sistema de correspondencias del capitalismo del sistema-mundo, existe una escala de más a menos en el valor de los cuerpos según la clase-nacionalidad-fenotipo-aspecto físico. Desde un alto empresario blanco, directivo o político estadounidense, europeo (a quien la policía respeta y protege, aunque veladamente pueda criticarle desde su obrerismo) se va bajando hasta llegar a los migrantes sin papeles procedentes de países relegados a la tercera división en la economía mundo, igualados, quizás, a personas sin hogar, yonquis y demás sujetos marginados de origen nacional. Revestidas estas categorizaciones de designaciones despectivas (“panchito”, “moro”, “mono”, etc.), se recurre a un conocimiento informal procedente de los barrios con fuerte competencia social por la escasez que se acaba filtrando en la institución. Los policías proceden de esos barrios y aplican las mismas categorías de conocimiento: su saber no es de origen experto (revestido de categorías científicas) pero al ser ejercido por un sistema experto, se legitima como conocimiento.

²⁶⁵ Migrante sin papeles de origen brasileño, 42 años.

su país por parte de la policía y por eso no se indignó²⁶⁶. Se produce entonces una negociación práctica en la relación securitaria en función del grado de ciudadanía de esa persona –que como he señalado en el capítulo anterior, no es legal sino moral en un sistema global de reconocimientos-. Fruto de esas intervenciones y de sus efectos, la policía sabe (un saber práctico inconsciente) “hasta donde puede llegar” con cada cuerpo²⁶⁷. Y viceversa: cada vecino del barrio sabe hasta dónde puede llegar la policía con su propio cuerpo. Por eso, un “mantero” con el que hablé en la Avenida de Oporto me dijo que le habían detenido recientemente y que se habían “portado bien” con él, pudiéndolo haber hecho de otro modo. Otra chica de origen boliviano que había pasado una noche en el calabozo, expresaba así la experiencia: “Me encantó, me la pasé dormida en los calabozos y las otras chicas que había detenidas eran muy majas”. Teniendo en cuenta que no recibió ninguna agresión, que no fue enviada al CIE o deportada –todos ellos, riesgos reales- y que sólo salió con una orden de expulsión (cuyo canje por la limpieza jurídica de su expediente cuesta 301 euros), la experiencia había sido positiva y el trato de los policías (se refería al agente de paisano que la detuvo como “bien guapo”) “muy bueno”.

No podemos dejar de pensar estas consideraciones como fruto de una suerte de “síndrome de Estocolmo” en el que el miedo que provoca una autoridad hace que todos sus actos no explícitamente violentos se consideren “buen trato”. Las valoraciones –bajo un esquema binario de estructuración del pensamiento- son relativas, y si se compara este tipo de trato con el que podría recibir dado el significado social de su cuerpo racializado, el resultado es positivo. Esta suerte de legitimación relativista la efectuaba también Daniel, un joven músico brasileño con fenotipo europeo y alto capital social y cultural:

Yo nunca he sido parado por la policía (...). A mí no me gustan estos prejuicios que la gente tiene de cara a muchas cosas, ¿no?, y una de las que hay es que la policía es un coñazo, los maderos, no sé qué y tal. Hombre, supongo que habrá mucho abuso, y eso, pero yo vengo de Brasil y lo que hay aquí no se compara, o sea, yo me río de las situaciones que se plantean aquí, o sea, en Brasil tú no miras a la policía, todos van armados y nunca te abordan sin apuntarte con un arma. Hombre, hay mucho descontrol y a lo mejor estos tíos nunca saben con qué se van a encontrar, igual encuentran a otro con una metralleta, entonces normal que te aborden siempre con el arma en la mano, y yo veo aquí en España que la gente se mete con los policías, se ríen y faltan al respeto, lo he visto muchas veces, y luego aún le llaman madero, se meten, entonces yo digo: “No tenéis ni idea de lo que es el trato de un policía chungo” (...). De hecho me parece que respetan bastante más a la gente que en otros países y nunca he sido parado, nunca he sido abordado por este tema.

²⁶⁶ Se indignaría, probablemente, si le aplicasen el trato que se aplica a una persona de Mali, al igual que un francés o un español se indignaría si le aplicasen el que le aplicaron a él.

²⁶⁷ En este caso, además, según su interpretación la presencia de una mujer policía en la intervención condicionó esa amabilidad, pero probablemente se trataba más bien de la necesaria discreción estratégica con la que deben actuar los “policías secretos”.

Petra también comparaba a la policía española con la rumana. En las actuaciones que había observado en el contexto carabanchelero le parecía que la policía era “no digo tonta, se dice buena”:

Estaba en la calle y había policía, en General Ricardos estaba el coche aparcado, y ellos casi no le dan importancia, y la policía le ha pedido los documentos y eso, y uno me parece que se ha ido, se escapó, y el que no pudo escaparse se quedó con la policía, en el coche, y ya se fueron, pero tú ves que esta alguien que te puede y te quedas como un tonto. Y además, estás gritando, bebiendo (...). Eso es porque veo que la policía es, no digo tonta, se dice buena, se sabe que quien es bueno es tonto. La policía es muy buena (...), es como si te acaricia (...). Como yo no hago nada malo pues a mí me conviene que sea mala la policía, pero normalmente, la diferencia de la policía como es mi país y como es aquí, es la corrupción, digamos, por eso tiene la cabeza muy arriba. Aquí la policía es como un trabajador normal, que no tiene autoridad (...) Debería ser más dura para, para tener un poco de respeto y miedo también, porque si tú haces algo que sepas que alguien te puede castigar, quiero decir que la policía casi no castiga, casi no castiga, te ve que haces mal y te deja.

Sin embargo, a la mayor parte de los agentes no les gusta tanto esa imagen de dureza que reclamaba Petra como rescatar la misión original de la policía: una misión moral. El buen trato de muchos agentes procede de su propia cultura disciplinaria, mediante la cual consideran que su labor es educativa. En una ocasión dos agentes dialogaban con un chico que, según pude deducir, acababa de robar en una tienda (situado en el “lado malo” por su conducta, pero con una autoctonía y un capital cultural que le hacían no ocuparlo plenamente). Éste les explicó que no tenía recursos económicos y en su diálogo emitió la frase: “¿Entonces esto quien lo arregla, el Rajoy?”. Uno de los agentes le contestó: “No, lo que pasa es que éstas no son maneras de solucionar los problemas”. Las cualidades sociales del chico le hacían alguien “mejorable”, de ahí la bondad paternal del agente. En otras ocasiones, el premio por haber mejorado se traduce en un buen trato. En una conversación profesional captada entre cuatro agentes del CNP, una de ellas reproducía el diálogo mantenido con un detenido “gitano” al tomarle declaración en la calle. Todo lo que éste le había dicho “era verdad”, al poder comprobarlo electrónicamente:

Me ha dicho que tenía antecedentes: “Pero son de hace 15 años [Cambiando el tono de voz para imitarle], “De qué, ¿de robar casas?”, “No, coches, coches, pero hace ya mucho tiempo, ya llevo seis años trabajando, te sale ahí, ¿no?”, “Sí, sí aquí me sale todo” [Risas].

En este relato, la agente parecía haberse mostrado comprensiva con este hombre al que representaba, no como alguien peligroso, sino como entrañable, algo que venía dado por su avanzada edad para ser delincuente, su reinserción y su incorporación al mundo laboral. En otra ocasión, Pérez me pidió que le ayudase (sabía que era trabajador social) a asesorar a una mujer cuyo marido estaba detenido y que se quedaba en una situación muy precaria. La mujer lloraba

en la puerta de la comisaría y Pérez trataba de consolarla como un padre: “Tienes que tirar adelante, ¿eh?, tienes un hijo...”. Pero la iniciativa de esta relación cooperativa no tiene por qué partir de un agente, sino que bien puede proceder de la “colaboración ciudadana”. Según me contó una mujer que se encontraba en un locutorio, la policía entró para hacer una redada y la dueña del locutorio facilitó el trabajo cerrando el local. Quizás, la dueña perseguía esconder la actuación policial para salvar su negocio de cara a los clientes que se encontrasen en la calle, pero la redada ya tenía un espacio acotado. Colaborar con la policía, o al menos mostrar que se es su “amigo”, puede “integrar” y Mauro, citado más arriba, lo expresaba así:

Bueno hay casos esporádicos, sabes, más no toda la policía porque tengo amigos policías, no es toda, toda la policía, toda fruta tiene su podrida. Entonces aquí a pesar yo que nunca fui parado, una sólo vez, a mí nunca. Yo tengo tres, cuatro, seis amigos españoles que son de la policía, son españoles, entonces hablo con ellos, de la secreta, en general vamos por un café, hablamos.

Ante la aparición de terceros elementos, en ocasiones los agentes reestructuran la relación securitaria y se alían con el enemigo inicial, pasando de un rol de control duro a actuar un papel “amable”. Así es como en una ocasión, una pareja de policías del CNP realizaba un control de identidad en una boca de metro y al aparecer varios brigadistas de observación de Derechos Humanos su actitud cambió, estableciendo una nueva propuesta comunicativa con la persona retenida, un joven de origen chileno. Además de actuar “cercanía” con el joven, comenzaron a bromear con él sobre los propios brigadistas. Se trata de una reestructuración de la relación securitaria en la que la misma se complejiza al aparecer terceros “malos” (peores) y comenzar un juego de alianzas en el que el binario disciplinario inicial (“buenos-malos”; “víctimas-culpables”) deja de encajar con la situación práctica.

La reestructuración de la relación securitaria también se produce cuando los agentes empatizan con algunas personas migrantes a las que paran. Cuando estas personas muestran que “aprenden” de la “cultura española”, se adaptan, esto es, se disciplinan y muestran al autóctono policía que respetan la escala de legitimidades, pueden obtener como recompensa un trato amable²⁶⁸. Un hombre o una mujer que regresa de su trabajo y que se va a su casa merece un buen trato, por lo que en los controles de identidad documentados, en ocasiones se establecían interacciones “amables” (“¿de qué equipo eres?”). Los identificados pertenecen al “lado malo” (presuntos “inmigrantes ilegales”), pero se esfuerzan por llegar al “lado bueno”: nuevamente posiciones liminares que convocan intervenciones blandas de los agentes.

²⁶⁸ “Son lentejas, las tomas o las dejas” decía un mail reenviado por Pérez sobre la obligatoria adaptación de los inmigrantes a las “costumbres españolas” o su expulsión como alternativa.

Observamos cómo el binario simple original de la relación securitaria presente en su imaginario se complejiza.

Al igual que el inmigrante que muestra sumisión, un personaje que habitualmente ocupa ante los agentes una posición liminal entre el “lado malo” y el “lado bueno”, es el adolescente. Éste puede ser “víctima” (“niño”) y “culpable” (“menor”) al mismo tiempo (como ya analizamos en la llamada de Tamara denunciando los “malos tratos” de sus padres), lo cual puede “des-colocar” a los policías de su rol vigilante. La figura del agente-tutor, un policía blando que no deja de vigilar pero que lo hace con formas más suaves, incide en esta ambigüedad²⁶⁹. Al encontrarse estos adolescentes en esa posición intermedia en la que hace falta poner toda la carne en el asador disciplinario con el fin de que no se tuerza definitivamente la trayectoria hacia el lado malo, el policía tutor es una suerte de combinación de roles duros y blandos²⁷⁰. En una ocasión, sin dejar de ejercer un rol paternal, un agente-tutor le transmitió a una chica de 15 años: “¿Y ésta es amiga tuya? Pues mejor que no te juntes (...). Tienes que obedecer a tu madre”. Viejas recetas disciplinarias: la cadena de mando familiar y la obediencia como fines. La estructura de la relación se complejiza nuevamente: hay un “lado bueno” (madre disciplinaria), un “lado malo” (malas amistades) y un personaje liminal (la adolescente en cuestión), por lo que el policía tuvo que jugar un papel también intermedio entre lo blando y lo duro, cercano al del “poli bueno”.

El “poli bueno” es aquél que con sus formas suaves recuerda que, aunque no lo sea, podría ser “poli malo” (su perfecto complemento material o simbólico que amenaza desde la retaguardia). En una situación en la que Paul²⁷¹ había sido detenido por no portar la documentación y en la que había sufrido una agresión en comisaría, recibió la visita de otro agente que trató de tranquilizarle del estado de nervios en el que se encontraba. El objetivo parecía ser evitar que Paul denunciase al compañero, algo que no tenía muchos visos de que obtuviese un reconocimiento judicial (al tener más valor la palabra de un policía y al tener como testigos a sus compañeros) pero que podía generar incomodidades (como tener que dar explicaciones a superiores, redactar informes, asistir a un juicio, etc.). El “poli bueno” desautorizó en cierto modo al “poli malo”, colocándose en una situación intermedia, como mediador:

²⁶⁹ No obstante, tal y como me contaba Carlos, profesor en un instituto de educación secundaria del distrito, habitualmente la policía uniformada se situaba en la puerta del centro a la hora de la salida de las clases con el fin de “prevenir conflictos”.

²⁷⁰ La figura del “agente-tutor” fue creada para combatir el absentismo escolar de los adolescentes actuando como una especie de policía secreta de las mañanas y los parques. Debido a que se trata de un policía blando en continuo contacto con los centros escolares y los servicios sociales, sus formas priman la intervención verbal y la derivación a otros recursos antes que la intervención física.

²⁷¹ Paul era un hombre de 35 años de origen camerunés que había obtenido “papeles” y vivía con su mujer y dos hijos.

El que me ha dado bofetada lo conozco muy bien, si veo cara, yo voy a saber, a decir ese policía, cuando me ha dado bofetada, sus amigos, sus compañeros que estaban allí le han dicho que “No, lo que tú acabas de hacer no está bien, vete”, así lo he oído, “¡Vete!”, se salió y se fue. Cuando yo empecé a chillar, porque como me ha dado la bofetada, me ha dolido mucho, yo he empezado a chillar, he dicho: “Mira, usted aquí no tiene derecho a levantar la mano a un detenido, y yo estoy aquí en una comisaría, no estoy en la calle que puedo escapar” (...). Bueno, cuando el compañero ha empezado, ha dicho que no ha visto cómo me ha dado la bofetada y luego, cuando yo me he tranquilizado, ha dicho: “Amigo, por favor, tranquilízate”, porque ya me había subido los nervios. Viene un policía y me dice: “Mira, habla conmigo, por favor, yo voy a mirar tu documento y te voy a dejar ir a tu casa, pero deja este problema que este policía te ha dado en la cara, yo le he visto, pero es mi compañero de trabajo, aunque tu hagas la denuncia, no va ir a ningún sitio (...). Le he visto, pero yo mismo le he dicho que lo que ha hecho no estaba bien, no tenía derecho a levantarte la mano encima (...). Se ha levantado, te ha pegado, yo lo he visto, por favor, cálmate, la denuncia no te va a llevar a ningún sitio, porque si vas al juzgado, nos vas a llamar a los que estuvimos en la comisaría, nos vamos a cubrir porque es nuestro compañero de trabajo”.

En las ocasiones en las que he podido acceder al espacio de visitas del CIE, el discurso de los agentes de cara a los visitantes ha destacado por su sobre-actuación de la bondad, conscientes de que lo que ocurre en el interior no responde precisamente a ese perfil:

Baja el policía, un chico joven atractivo, con su traje negro y ajustado del CNP. Con trato distante y masculino, duro, dialoga con la señora que recoge los números: se los dicta. Ella le pregunta si hoy van a poder abrir la ventana (es el momento en el que los cuerpos del “interno” y el “visitante” pueden tocarse, besarse). Responde que hoy no van a dejar: “No se puede ir de buenas (...). Es lo que hay (...). Después de lo que hicieron el viernes [motín] es lo que hay”. Luego, sigue hablando sin que le vuelvan a preguntar, como si tuviera ganas de salir de ese rol duro y distante, disciplinario y castigador a la vez: “Pagan justos por pecadores (...). No se pueden tomar las actitudes que se han tomado aquí”. En el motín del viernes, según cuenta luego una chica de origen español, al parecer se produjeron duras agresiones: “me ha dicho mi chico que les dieron bien” (...). Dos mujeres piden que el interno les entregue unos documentos, él dice que tiene órdenes de no hacerlo y que si deja a una, entonces tiene que dejar al resto (lógica igualitaria paternal). Finalmente accede y pregunta al resto: “¿A alguien le importa que la abramos la ventana?”. Todo el mundo dice que no de manera solidaria. Un chico de origen marroquí muy sonriente propone al policía que las deje a las dos (pues otra ha dicho que tenía el mismo problema) y el policía ha accedido: “Bueno, os dejamos, aunque tenemos órdenes de no hacerlo, pero no digáis nada luego a los demás visitantes que si no tenemos problemas nosotros (...). Entendedme, yo soy bueno, algunas me conocéis (...). El 90% de la gente que hay aquí es muy buena gente pero el otro 10% es malo y amenazan a los demás (...). Es por su seguridad. A veces se han dado besos y se han pasado cuchillas, o en el champú. Es por su seguridad. Nosotros no tenemos régimen disciplinario”. No hay régimen disciplinario porque no es un centro penitenciario regulado por la ley, lo cual significa que sin castigos o sanciones lo que queda es la violencia física y el castigo generalizado (“pagan justos por pecadores”). En todo momento su discurso es que ellos son buenos y que alguien ha abusado de su confianza (sólo el 10 %): “Son órdenes de nuestro jefe, los que me conocéis ya sabéis que yo soy bueno (...). Luego nos echan la culpa a nosotros y nosotros somos policías”. Se sale del uniforme para expresarse y encontrar reconocimiento por parte de cuasi-ciudadanos (autóctonos o extranjeros, pero visitantes de un trasgresor de la ley de extranjería). Otra vez el binario moral, pero ahora invertido: los malos son el director del CIE y los policías malos, que es la norma aquí. Una señora de origen español ratifica: “Sí, sí, si él es bueno, y sus compañeros del fin de semana también, pero el director...”. Esto se lo decía a otros visitantes, insistiendo en que el director reprime a los internos en función del propio comportamiento de sus visitantes. Ambiente de cooperación entre visitantes y el policía, que empieza duro para marcar el los límites y poco a poco se va mostrando como “poli bueno” (Cuaderno de campo: visita a un interno del CIE realizada el 11/09/2011).

En otra ocasión me sorprendió una interacción entre un policía municipal y un joven empleado de una frutería de origen caribeño, en la que forcejeaban con pleno contacto físico y emitían gritos (en uno de ellos, según pude captar, el agente decía “¡Vamos, que te mando para

Santo Domingo!”). Alertado por la situación, me acerqué a ver qué ocurría, al igual que hicieron el resto de viandantes. Una vez en la escena, pude comprobar que se trataba de una pelea en tono de broma entre el veterano policía municipal y el joven frutero. Esta extralimitación del policía, que podría ser sancionado por una conducta tan inapropiada para un cuerpo que se pretende técnico, aséptico –amable pero sin establecimiento de contacto físico–, daba muestras de su aceptación del otro. Este juego sólo era posible en cuanto que el joven era dócil, estaba “integrado” (conociendo incluso los códigos de las bromas), pero más reveladora aún fue la frase del agente sobre lo que le ocurriría al joven si dejaba de estar adaptado a la ideal “cultura española”, supuestamente basada en una estricta ética del trabajo: “Te mando a Santo Domingo”.

La misma actuación del “poli bueno” y amable he observado que hacía acto de presencia cuando, a pesar de existir un enorme diferencial de poder entre los agentes y las personas con las que intervenían, éstas estaban siendo objeto de un acto judicial en el que se reclamaba la presencia policial. En el desalojo de un edificio ocupado por un grupo de personas sin papeles que se dedicaban al “top manta”, los policías actuaban con suma suavidad en sus formas verbales y corporales. En estas ocasiones, los agentes se empeñan en “ayudar”, su verdadera vocación según su discurso. Como estaban ante “víctimas”, aparecía el discurso paternal. Un policía municipal trató de entablar una conversación conmigo para destacar que había una tercera persona que les realquilaba el edificio y que era el verdadero “verdugo” de este caso: “Les han sacado el dinero a estos...”. Intentó hablar conmigo suponiendo que era de una ONG que les ayudaba, lo cual no hacía sino mostrar que cuando hay “víctimas” hay que encontrar “culpables” visibles a los que responsabilizar individualmente del daño. Se produjo, como observamos, una recolocación de la estructura securitaria original al pasar de “culpables” a “víctimas” los habitantes desalojados y al encontrar el policía un tercero visible (el “aprovechado”) que les permitió desalojarles (rol “duro”) pero de buenas maneras (rol “blando”): como “polis buenos”. Los desahucios han aumentado desde que comenzó la crisis económica y otro policía municipal, al que le tocaba acudir a menudo a los mismos, refería: “Se te cae el alma a los pies (...). Cada vez ves más situaciones de pobreza, peleas familiares, desahucios a los que tengo que ir porque la gente no tiene para pagar”. En estas situaciones, en las que acababan informando sobre las supuestas ayudas de los servicios sociales, los agentes veían desactivada su posición original.

Pero además de las situaciones en las que intervienen con personas “mejorables” o con indiscutibles víctimas socioeconómicas, la empatía con un *a priori* “malo” también aparece a partir de una afinidad ideológico-profesional. Unos agentes dialogaron con William, un ex-

soldado del ejército colombiano que llegó a España huyendo de la guerrilla. Al ser objeto de un control de identidad de dos “policías secretas” apostados en los torniquetes de entrada del metro, William les contó su historia, explicándoles que si era deportado a Colombia sería asesinado por las FARC. Al parecer, los policías se mostraron comprensivos, le desearon suerte en su futuro y le transmitieron: “Si por nosotros fuera te dejábamos marchar”. Pero es sin duda en las situaciones en las que se pretende actuar una masculinidad tradicional seductora con mujeres preferentemente extranjeras (inferiorizadas no sólo por género, sino por colonialidad) en las que muchos agentes se “ablandan” –otorgan un trato “privilegiado”– y, más que salirse del uniforme, lo usan para ejercer el cortejo investidos de poder. Gabriela, de origen venezolano, fue despachada en la comisaría de extranjería por un agente de unos 50 años que, consciente de que le tocaba el turno a ella, aceleró la atención con una mujer de origen oriental para ser él quien la atendiera y romper la rutina burocrática de la mañana. Cuando llegó a la ventanilla, el funcionario la pidió que firmase, añadiendo en voz más baja: “Como te salgas de la línea te castigo”. Gabriela contaba que sonrió simulando ingenuidad femenina y que él añadió: “Y el castigo es un fin de semana conmigo en Canarias”.

Observamos cómo los agentes no siempre son “duros” y represivos, sino que a veces se dirigen con respeto, son amables, bromean, explican sus intervenciones, sienten pena, seducen, encantan y no sólo con sus ciudadanos, las víctimas, sino también con los que se encuentran en posiciones ambiguas. Todo este repertorio de situaciones de la relación securitaria muestra cómo la concepción binaria (“buenos-víctimas vs. malos-culpables”) tropieza con una realidad compleja en la que aparecen terceros elementos que convierten a los “culpables” en “víctimas” – y viceversa– y que obligan a los agentes a flexibilizar sus posiciones.

Presunción de afinidad y decepción policial ante ciudadanos que no les legitiman

La experiencia cotidiana confirma a los agentes lo que ya intuían –pero sin cuestionar la propia intuición ni los procesos de producción de la delincuencia y del delincuente en los que ellos participan activamente–. Incorporan las fronteras –nacionales, sociales, raciales– y las reproducen en sus prácticas. Pese a que pueda existir cierta distancia entre su discurso y sus prácticas, lo cierto es que su visión de la realidad está fuertemente penetrada por categorías morales encadenadas binariamente a categorías heredadas del discurso colonial euro-español. De otro modo, no habrían asaltado alarmados dos policías secretas a un joven “magrebi” que se introdujo en un coche todoterreno. Registraron el coche y comprobaron si la llave abría las

cerraduras –tal y como se confirmó-, un hecho que habría resultado insólito si el conductor hubiese sido fenotípica y estéticamente “español (de bien)”.

La presunción de afinidad con las víctimas “de bien” hace que actúen como si su visión fuese universal –entendiendo por universo su propio mundo identitario-. En una ocasión acompañé a una mujer a la que habían robado el bolso a poner una denuncia. Los policías insistieron mediante al menos cuatro preguntas si era “negro” o “moro” el que lo había hecho, pese a que ella repitió que lo desconocía porque no le había visto. Esta producción del delincuente con rostro de extranjero tiene efectos performativos en cuanto que los policías, más allá de su eficacia, son considerados como voces legítimas y expertas a la hora de opinar sobre la “inseguridad ciudadana”²⁷². En otra ocasión, presencié cómo dos agentes desde un coche patrulla preguntaban a un ciudadano –varón, español, blanco- si había visto “a un moro” por esa zona. Partiendo de que iban a encontrar complicidad por parte de ese ciudadano, emplearon un lenguaje pretendidamente universal. El imaginario postcolonial parece estar presente entre buena parte de los miembros de las fuerzas de seguridad, los cuales piensan que “los españoles” conforman una unidad de pensamiento que les hace ver el mundo como ellos. En la comisaría del CNP de Latina, sita en la ubicación del viejo hospital penitenciario (cárcel de Carabanchel), un agente de servicio encargado de controlar el acceso a la oficina de denuncias interpelló a un hombre de unos 35 años de edad que leía un libro de Salman Rusdhi: “Ten cuidado con eso, que al autor le están persiguiendo para matarlo”. El agente prosiguió señalando la bandera nacional de la manga de su uniforme: “¿Ves esto?, por defender esto ya te llaman facha”. El policía sentía la necesidad de justificar su identidad nacional ante un ciudadano cualquiera (pero con apariencia de “víctima-bueno”) que por su libro (de un autor perseguido por integristas musulmanes) dedujo que sería cómplice ideológico²⁷³. En otra ocasión, unos policías que estaban haciendo un control de identidad fueron cuestionados por un par de ciudadanos. Esto es lo que dijo uno de ellos:

Piensas que no estamos detrás de los políticos. Vosotros no tenéis ni puta idea de la cantidad de hijos de puta que hay sueltos. Tú, yo no se nada de tu vida, pero tú ahora te vas a casa y a dormir. Yo soy el que me estoy aquí. ¿Tú meterías en tu casa a tres musulmanes-negros-terroristas, que vienen de la selva? Aquí tienen que respetar las leyes. Cuando un español va a Marruecos le tratan mal y aquí los marroquíes viven de puta madre. Crees que eso es justo, que se jodan y se vayan a su puta país.²⁷⁴

²⁷² Tanto en sus comunicados de prensa como en su interlocución con la ciudadanía, utilizan categorías étnico-nacionales para definir los crímenes y las bandas (salvo cuando están formadas sólo por españoles).

²⁷³ Esta anécdota nos informa al mismo tiempo de las dudas del policía a la hora de afirmar su españolismo en público. Sus palabras se producían en una comisaría que se encuentra en las mismas instalaciones que la oficina de trámites de extranjería y que el CIE, denunciado por las agresiones racistas de los policías a los internos (como hacer levantarse a los mismos de madrugada para salir al patio y gritar “¡Viva España!”).

²⁷⁴ Reproducción aproximada del diálogo que mantuvieron.

Llama la atención cómo antes de emitir el discurso anterior justificaron su acción como la ejecución de órdenes que no dependían de ellos –esto es, tomando distancia con su labor- y cómo asignaron el rol de víctimas a los inmigrantes (“si sé que la culpa la tienen los españoles que les tienen trabajando sin papeles”), pero al continuar el diálogo pronto empezaron a justificar –apropiándose del discurso populista- su tarea (“el otro día me dijo una señora que dormía más tranquila gracias a lo que hacíamos”) y a hablar en primera persona –esto es, oralmente y ya no discursivamente- mostrando que había algo propio, personal, que les hacía poner toda la carne en el asador: “Entiéndeme, yo te puedo invitar a cenar a mi casa pero luego no te folles a mi mujer”.

Este tipo de afirmaciones parecen producirse, sobre todo, cuando los “ciudadanos de bien”, a quienes prejuzgan como aliados, cuestionan su labor. Los agentes se desnudan y se quitan el traje profesional, convocando su imaginario cotidiano en el trabajo. Así es como en una concentración frente al CIE, uno de los agentes que tenían el cometido de disolverla identificando a los presentes, “se quitó el uniforme” para entrar a debatir sobre la “buena educación” con un asistente al que estaba identificando:

-[Llaman por teléfono al manifestante al que le han pedido el DNI y contesta] Nada, aquí, dándoles el DNI a esta gente.
-¡A esta gente no! Yo creo que de momento les estamos tratando de usted.
-¿Eso tampoco está legalizado, la forma de hablar?
-La educación no está legalizada, pero yo cuando hablo con una persona que no conozco la trato de usted. Ya cuando tengo confianza....

“Yo cuando hablo con una persona....”. El agente estaba desvelando información sobre su vida sin uniforme para –desde una igualación con el “ciudadano”- tratar de dar lecciones de buena educación. Uno de sus compañeros replicó a una de las jóvenes que se manifestaba: “Sólo queréis derechos, pero nada de obligaciones”. Se trata de argumentos procedentes del mundo escolar y familiar traídos por fuera del uniforme a su ejercicio profesional y que expresan la misma decepción que muestra un padre o un profesor ante la desautorización que sufren de parte de los “protegidos”. Con el fin de combatir el capital cultural de estos ciudadanos de bien – pero cuestionadores- ha proliferado en los foros policiales su designación como “perroflautas”, lo cual remite a un lenguaje disciplinario-higienista²⁷⁵.

También los vigilantes de seguridad privada se defraudan ante el cuestionamiento de su legitimidad por parte de un ciudadano. Unos vigilantes de seguridad del metro esgrimieron el

²⁷⁵ El de “perroflauta” es un término que procede de la década de 1990 y que designaba a los jóvenes mochileros de aspecto “hippie-punk” que viajaban con sus perros tocando algún instrumento y pidiendo dinero en la calle.

siguiente razonamiento ante una mujer que les recriminaba su actitud ante unos adolescentes “latinos”:

- Señora: ¿Le puedo hacer una pregunta? ¿Está seguro de que ustedes pueden cachear a alguien?
- Vigilante: Según el reglamento (...). Señorita, debería usted estar agradecida siendo mujer.

El cuerpo de la mujer era considerado como un bienpreciado a proteger desde la perspectiva nacional-masculinista de este vigilante²⁷⁶. Esa mujer estaba siendo desagradecida al no valorar sus privilegios identitarios como es debido.

Actuaciones policiales severas con infraciudadanos

Los agentes de seguridad no sólo protegen a ciudadanos –aunque a veces éstos les decepcionen al no reconocer su trabajo- y ejercen un trato paternal con quienes son ciudadanizables, sino que también practican la violencia corporal sobre los estructural o situacionalmente *infraciudadanos*, tal y como se esperaría del monopolio de la violencia física que detentan en nombre del Estado. En el CIE y la oficina de extranjería adjunta (donde se realizan diversos trámites concernientes a permisos de residencia) he podido ir observando cómo se produce toda una maquinaria de distribución de los cuerpos devaluados de las personas migrantes que acuden a arreglar sus papeles:

El policía que hace el “recibimiento” a modo de primer filtro, distribuye a la gente en dos grandes grupos, que a su vez se subdividen en filas distintas de cuerpos custodiadas por vigilantes de seguridad privada y policías. Este primer policía, joven, no muy corpulento, con gesto serio, se comunica con monosílabos y con movimientos de cabeza y ojos que envían al visitante a un grupo o a otro. En un momento dado, cambia de actuación y recrimina a una señora de origen oriental que se ponga en la cola del primer grupo, tal y como le había indicado previamente. Predomina el silencio entre las personas que acuden a hacer sus trámites. Sólo destacan las voces de los policías que distribuyen a la gente: “Información aquí. Para trámites de residencia, ahí”. El orden de este espacio-tiempo no permitiría una inversión de la situación en la que la voz de cualquier cuerpo devaluado socialmente se alzase por encima de la suya. Las personas se mueven de un sitio para otro en función de las indicaciones y órdenes. El policía del primer filtro le dice a la chica de origen oriental “¡Joder, que te estoy diciendo cinco veces lo mismo!, ¡A la fila!”, como si de una situación escolar se tratase. (Cuaderno de campo: observación efectuada el 20/10/2008 en el exterior del CIE)

Observamos cómo existe un espacio predefinido en el que se van encajando cuerpos, pero también una temporalidad a la que deben adaptarse. En otra ocasión, en el primer filtro de

²⁷⁶ Al entrar dentro de la categoría “bueno/víctima” generalmente, no suele ser objeto de su agresividad. La disonancia aparece cuando el sujeto “culpable” en cuestión tiene una identidad de mujer: en ese caso sólo una policía tendrá posibilidad de actuar con cierta agresividad, ya que si lo hiciera el cuerpo masculino de un agente estaría violando algo más que la Ley: la ley patriarcal que considera los cuerpos femeninos como un objeto de posesión e inscripción del poder masculino.

entrada, un policía informaba serio y eficazmente a un señor, cuando apareció por su espalda una señora de origen latinoamericano que le hizo una pregunta. El policía cambió el tono, adoptando otro de enfado paternal, evidenciando a la señora públicamente en una posición de ansiosa: “¡Pero espérese, no ve que estoy atendiendo a otra persona!”. La señora se ruborizó ante este golpe oral de autoridad paternal que venía a sumarse a los golpes burocráticos que recibía en el recinto en una posición completamente inferiorizada. En ésta y otras situaciones de organización de espacios, el policía suele dramatizar la paternidad con esos cuerpos achicados, infantilizados, que son ansiosos y no esperan la fila, que interrumpen cuando “el padre” está hablando... En esta situación relacional, la mujer realizaba el trámite –cada vez más restringido– del permiso de residencia. Si tenía éxito, formaría parte de la escala más baja de ciudadanos, por lo que una pequeña lección de formalidad (disciplina) encontraba su justificación. Marisa²⁷⁷, una mujer de origen brasileño, afirmaba, respecto a los trámites en la oficina de extranjería (solicitando la doble nacionalidad): “Está muy bien organizado”. La experiencia de la racionalidad burocrática es la primera lección para quien quiere ser “ciudadano de pleno derecho”.

La técnica del control es otra técnica policial de dominio espacial que se ha ido extendiendo en los últimos años. De constituir parte prácticamente sólo de los controles antiterroristas, en los últimos años se han ido extendiendo a otros objetivos. Los controles de alcoholemia en la ciudad y en algunas zonas concretas de Carabanchel (como la Av. de los Poblados), constituyen una constante ya cotidiana que persigue a los conductores peligrosos por su consumo de alcohol, recauda una cantidad de dinero no desdeñable y promueve una sensación continua de control –culpa– que contribuye a prevenir interrupciones legales y cívicas. Pero una de las formas más llamativas del control policial es el *check point* móvil que los miembros del CNP colocan en puntos clave del barrio (salidas de metro, sobre todo) con el fin de efectuar controles de identidad y de “cazar” a personas “sin papeles”²⁷⁸. Los controles de identidad y redadas, completamente independientes de la comisión de delitos, tienen efectos sobre sus víctimas propicias (personas, con papeles o no, que fenotípica y estéticamente resultan sospechosas a los agentes)²⁷⁹. Su función social reside, precisamente, en corroborar la estructura de la relación securitaria tal y como se ha ido construyendo en los discursos de la

²⁷⁷ Marisa, de 45 años de edad, llegó procedente de Brasil para trabajar en el servicio doméstico y llevaba cinco años en España. Estaba casada con un hombre español, había logrado traer a su hijo y regentaba un bar en Carabanchel. Apenas tenía relación con brasileños: su círculo social era la familia de su esposo y la clientela del bar. Su ascenso social era resultado de la conjunción del aumento de capital económico, la obtención de los papeles y cierto capital social (relaciones sociales con españoles).

²⁷⁸ Estas fronteras en el espacio público abolen de una forma extraordinaria el derecho al anonimato que conforma uno de los requisitos de la vida urbana (Delgado, 2007a).

²⁷⁹ El contenido que en adelante se presenta en este epígrafe ha sido incluido, en una versión modificada y resumida, en el informe elaborado por las Brigadas Vecinales de Observación de Derechos Humanos (BVODH, 2011).

política profesional y los medios: la inmigración –“lado malo”- requiere de control por parte de las fuerzas de seguridad –figura protectora- de cara al bienestar del ciudadano –“de bien”, o del “lado bueno”-. Tal y como he podido comprobar, los controles pueden efectuarse en forma de redadas muy espectaculares (en una ocasión, seis agentes del cuerpo especial de los “Centaurus” tenían retenidas contra la pared a varias adolescentes de origen latinoamericano un sábado por la tarde) o pueden ser muy discretos (policías secretas que piden documentación en la calle). El miedo incorporado es el resultado de una política de control identitario que culpabiliza a una parte de la población y que instaura un toque de queda selectivo en la ciudad. Abdelkader afirmaba que ya no bajaba al parque (“es una locura”). Miguel contaba que volvía en taxi de la obra en la que trabajaba²⁸⁰. Manuel narra cómo un coche patrulla derrapó delante suyo una noche que venía de ver un partido de fútbol de casa de unos amigos: “¿Dónde vives? (...), ¿Qué haces por aquí? (...). Vete para casa que ya es tarde”. El “miedito” que decía sentir, muy ligado a la incorporación de la culpa, no le obsesionaba:

Si me agarran, ya, me han agarrado y ya está, no como unos amigos que tengo que siempre se asustan en cuanto ven a la policía [Hace gesto de actuación del miedo, mirando a todos los lados], y eso es peor, porque en cuanto la policía te ve así dice: “Ya han hecho algo malo”.

Los controles, al producir inhibición entre muchos vecinos, contribuyen a generar otras disrupciones legales, cívicas o morales, empujando a la clandestinidad a muchas personas. Así es como en una ocasión acudí como trabajador social a un domicilio en el que los policías municipales habían intervenido la noche de navidad por la llamada de una vecina, la cual se quejaba del ruido que atravesaba aquellas finas paredes de vieja vivienda obrera (en realidad, parecía haber un conflicto vecinal que iba más allá de esa queja). Al llegar, los agentes llamaron dando golpes a la pared, motivo por el cual el bebé de la familia se despertó y comenzó a llorar. Los policías se alarmaron al tardar tanto en abrir la puerta mientras el bebé lloraba (lo que motivó mi intervención unos días después, entrando la familia en el circuito de las instituciones vigilantes de los sectores más desposeídos). Tal y como me explicó la familia, la compañera de piso que se había quedado al cuidado no abrió la puerta al no tener papeles y ver que se trataba de policías. Podemos interpretar este tipo de comportamientos como el producto de una inseguridad interiorizada tras varios años de intensos controles selectivos sobre la población migrante – algunos de ellos con consecuencias personales muy negativas- que acaban por encuadrar en el lado del mal a ciertas personas, lo cual les impele a esconderse de la propia autoridad y, así,

²⁸⁰ El servicio de taxi en Madrid es prácticamente un lujo por sus altos precios pero este trabajador había optado por su uso como forma de autocuidado a pesar de que su salario sin contrato era de 800 euros mensuales.

retroalimentar su culpabilidad legal y simbólica. El resultado, aparte del miedo, es la suma autocorrección manifestada, en el caso recientemente expuesto, en las palabras que la directora del colegio que –sin conocer lo acaecido aquella noche- me informó sobre cómo veían a la hermana del bebé, de 3 años de edad. Al parecer, ésta estaba “más sensible” desde el nacimiento de su hermano, lo cual provocaba que llorase más a menudo, pero de una forma muy particular: llevándose la mano a la boca para reprimir un llanto sonoro, quizás para no despertar a su hermano, quizás para que ningún vecino llamase a la policía.

La clandestinidad que imprime la sobrevigilancia sobre una parte del vecindario también impide que pueda “normalizarse”, adecuarse, por ejemplo, a las normas jurídico-morales que obligan a velar por el bienestar de los “menores”. En otro caso, Gustavo refería que su hijo lloraba mucho y estaba muy nervioso (su vecina le había demandado porque “en esa casa pasa algo”): “No puedo bajarle al parque porque no tengo papeles”. La culpa no la produce el comportamiento propio, sino la sobre-vigilancia. Una joven boliviana me contaba la diferencia incorporada entre el primer control que sufrió a los pocos días de estar en Madrid (“les contesté que quiénes eran ellos para pedirme el pasaporte”) y el último (“me temblaban las piernas y me quedé callada”). Otro joven me contaba, emocionado, cómo pasó 24 horas en comisaría al estar con su novia en la calle y serle requerida la documentación. En otro parque, tres vecinos de origen dominicano tomaban una cerveza cuando aparecieron cuatro agentes solicitando la documentación sólo a las personas de “aspecto” extranjero: uno de ellos tuvo que “acompañar” a comisaría a los agentes para incoarle expediente de expulsión²⁸¹ y los otros dos se quedaron resignados, naturalizando la situación, con un amigo menos (“luego le soltarán”). Carlos, por su parte, decía que no podía echarse pareja. La “debilidad” que sentía era fruto de un proceso de culpabilización:

A mi no me gusta porque no tengo papeles y da la impresión a las personas que voy por los papeles, entonces tengo esa debilidad y yo soy una persona muy orgullosa. Ahora que me den los papeles, no tranquila, vamos a salir a discoteca. Pero yo no salgo a la calle por las redadas que están haciendo, yo no salgo, tengo miedo, de la casa al trabajo.

La inferiorización social que consiguen estos controles –correlato de la culpabilización generalizada del colectivo migrante- tiene su expresión también en el relato de Lidia. Para ella, la motivación para conseguir los papeles no venía dada por la consecución de mayores derechos de ciudadanía formales o laborales, sino la de evitar situaciones como la que vivió en una

²⁸¹ Se trata de una detención ilegal, ya que dicho expediente podrían abrirlo allí mismo al estar documentado con su pasaporte.

ocasión yendo a trabajar a la casa en la que servía (por 500 euros mensuales): estuvo 24 horas detenida y su bebé tuvo que quedarse con la persona que a su vez la cuidaba (por 200 euros mensuales). Lidia insistió a los agentes que era madre soltera de una niña pequeña y los agentes respondieron, según ella: “Eso no es verdad”. En el barrio, así como en buena parte de la ciudad, estar o circular por algunos sitios clave, como la estación de metro de Oporto²⁸², se ha convertido en una actividad de riesgo que puede acabar, en el peor de los casos, con la deportación en el primer avión a Bolivia y demás países con los que España mantiene un convenio para las expulsiones²⁸³. Pero además de la naturalización, también parecen ir ganando peso en las narraciones sobre controles las quejas y el tono de rabia. Un hombre contaba lo “abusivo” del trato y la vergüenza que tuvo que pasar ante su familia cuando ésta presenció, mediante videoconferencia desde Ecuador, cómo unos policías le pedían la documentación tras irrumpir en el locutorio para efectuar una redada. Ibrahim²⁸⁴, por su parte, desconfiaba de mí y sólo cuando desvelé ciertos miedos propios se desbloqueó la comunicación y confesó que a lo que más miedo tenía era a que viniese la policía y le quitase los CDs que vendía en la calle. Su temor no se basaba tanto en que le agrediesen o le detuviesen como en que le quitasen el género, su sustento. Ante esta posibilidad, afloró una oralidad mediante la que, más allá del contenido estratégico de autolegitimación, exteriorizaba la tensión y expresaba su ira: “Yo no hago nada malo pero ellos no gusta. Yo tengo que comer”.

¿Excesos? Relaciones securitarias violentas

Los controles de identidad constituyen la culminación de la biopolítica neoliberal de control estadístico y demográfico al servicio de intereses económicos y políticos. La ejecutan agentes imbuidos en los valores de una lógica más pretérita, la disciplinaria, que les ayuda a diferenciar a los buenos de los malos a partir del aspecto físico y de ciertos comportamientos (no necesariamente “ilegales”). Pero además, en algunas intervenciones policiales irrumpe otra lógica más antigua aún, la del poder soberano en forma de “abusos” y suplicios. El suplicio ejercido sobre los cuerpos –el poder de vida o muerte- presenta atisbos de reaparición en los

²⁸² La policía, además, acude en ocasiones a las salidas de los colegios, los centros de salud, espacios de sociabilidad, locutorios e incluso viviendas con el fin de requerir la documentación a los extranjeros.

²⁸³ Los acuerdos de expulsión, la disponibilidad de plazas de avión, etc., están detrás de las variaciones de los cupos (“40 bolivianos, 25 paraguayos, 32 ecuatorianos...”), lo cual puede llegar a situaciones como en la que unos agentes le decían a Ricardo: “¿Y seguro que eres boliviano? No lo pareces, pareces ecuatoriano. No me engañarás, ¿no?”.

²⁸⁴ Ibrahim tenía 23 años y había llegado procedente de Senegal, donde se dedicaba a la pesca, dos años atrás. Accedió a una entrevista a través de unos conocidos comunes, pero no permitió que grabase y no comprendía el fin de aquel encuentro: el desajuste entre mis necesidades (hacer una tesis doctoral) y las suyas (sobrevivir en España vendiendo CDs en la calle) se trasladó a la entrevista, un conglomerado de malos entendidos idiomáticos y sociales.

espacios de excepción, como el CIE, si bien la función espectacular del suplicio, consistente en exhibir el poder sobre el cuerpo del condenado, queda parcialmente bloqueada por la gestión biopolítica de la seguridad, que debe ocultar a la opinión pública los aspectos más “feos” –menos estetizados- del monopolio estatal de la violencia física. Planteo, sin embargo, que pese a que la “violencia excesiva” no sea ampliamente publicitada, su ejercicio no es una mera recreación sádica de puertas para adentro de los agentes que la realizan, sino que de alguna manera se presenta como una suerte de exhibición selectiva destinada a una parte de la población, la “poco” ciudadana o la que perteneciendo “plenamente” a la misma, se atreve a desafiar con su capital jurídico-moral la actuación del Estado y la policía. Esta violencia física es necesaria para mantener el orden cuando existe resistencia al mismo, por lo que podemos interpretarla como un recurso más del cual hace uso la gestión biopolítica de la seguridad (al igual que instrumentaliza la cultura disciplinaria de los agentes). Ante la desobediencia, ante la violación de las normas, el monopolio de la violencia corresponde a la autoridad. Así es como resulta un delito penado duramente el hecho de “tocar” a un agente (en la forma jurídica de “atentado”).

Algunos agentes exhiben su poder cuando “por las buenas” no obtienen lo que buscan, aunque no siempre lo hagan mediante la violencia física. En su saber táctico saben ejercer la violencia verbal en forma de amenazas o insultos. Una testigo que presencié una situación de violencia policial envió el siguiente mensaje de denuncia a las Brigadas Vecinales de Observación de DD.HH:

Ayer día 24 de marzo de 2011, a las 23:30h salía del metro de Oporto y me topé con dos hombres policías gritándoles a dos personas que habían detenido (una joven de unos 20 años y un hombre que aparentaba unos 40). Supuestamente no llevaban documentos de identidad consigo. Los policías empujaron al hombre en varias ocasiones, gritaron a ambos y se negaron a revelarles la dirección y el nombre de la comisaría o centro donde les conducían, a pesar de que la joven se lo preguntaba para informar a un conocido por teléfono. Insultaron también al hombre varias veces y luego le condujeron al coche de policía riéndose de él y llamándole de varias formas, como por ejemplo “chinatown de los cojones”.

En una ocasión, una mujer de origen ecuatoriano que vivía en condiciones precarias en una vivienda compartida me contaba cómo los agentes habían acudido seis veces a su domicilio preguntando por un inquilino que ya no residía allí. Ella les contestaba siempre lo mismo, pero la desconfianza de los agentes hacia sus palabras persistía. Aunque, según narraba, en una de las seis visitas los agentes se disculparon por su insistencia, el resto estaban protagonizadas por frases amenazantes: “Si me estás ocultando información (...). No te llevo al CIE porque estás embarazada (...). Me paso tu tarjeta por el arco del culo”. El CIE funciona como amenaza dada su excepcionalidad (suspensión del estado de derecho). Tras salir de visitar a su esposo, el cual llevaba 42 días interno, una mujer transmitía sollozando que le habían tirado el día anterior por

unas escaleras. Además de las palizas, parecen ser habituales las burlas de los agentes sobre los internos y sus “diferencias” fenotípicas, religiosas, culturales, etc. Lydia sostenía que cuando estuvo interna llevaba todo el día bridas en las muñecas. Cuando jugaban a la sopa de letras (único entretenimiento) ocasionalmente aparecía un policía y golpeaba la mesa con la porra bruscamente. Asimismo, en su relato los agentes “invitaban a las chicas a beber por la noche y las prometían que las iban a soltar”. Las agresiones físicas no se producían sólo con hombres, sino también con mujeres: “había mujeres policías muy bravas”²⁸⁵. Por su parte, Flavio, de origen brasileño, narraba que tras permanecer varios días le dejaron en libertad despidiéndole con la frase: “Y ándate con cuidado que puedes volver aquí”. Otro hombre de origen dominicano señalaba²⁸⁶:

Ah, a mí me detuvieron y estuve cuatro días sin que lo supiera mi mujer ni mis hijos (...). No me dejaron hacer ni una llamada. Se lo pedí y me decían: “Eso es en las películas”.

En el epígrafe anterior traté una violencia corporal sin contacto físico, basada en la sobre-vigilancia, pero ahora nos encontramos ante situaciones en las que los agentes tocan. Pérez aludía a referencias táctiles en su trabajo (“apretar”) al exponer situaciones profesionales:

A veces nos gritan “¡Asesinos!”, “pero señora, usted no sabe lo que ha hecho antes y por eso lo estamos apretando un poquito más de lo normal, porque ha atacado a una señora y le ha roto un brazo”.

Sin embargo, una vez más lo informal se cuela en lo profesional y los saberes y creencias de los distintos agentes son puestos en juego. Un agente le indicaba la bandera nacional de su traje a una persona que se encontraba en la sala de espera de la comisaría para interponer una denuncia: “¿Ves esto?, por defender esto ya te llaman facha (...). Y luego se quejan cuando les das una hostia”. En este tipo de alocuciones encontramos algo diferente de la cultura disciplinaria: estamos ante afirmaciones de la propia autoridad que no persiguen la docilidad del otro cuerpo, sino la exhibición ritual de su poder. Paul, antes de hablar con el “poli bueno” (situación aludida más arriba) narraba con rabia lo acontecido cuando salía de tomar unas copas de un bar con unos amigos un sábado por la noche y fueron detenidos por “no llevar encima” su documentación. Pese a que tenían “papeles”, fueron detenidos y recibieron un trato que difícilmente se aplicaría a población con más derechos de ciudadanía:

²⁸⁵ Relato publicado en <http://www.avaluche.com/spip.php?article488>

²⁸⁶ Conversación en la calle.

Llego a la comisaría y pregunto a un policía estaba por allí sentado: “Por favor, yo quiero hacer pis, estoy a punto de hacer pis”. Me dice que no hay baño, digo: “Jolín, estamos en una comisaría, quiero hacer pis, ¿quieres que yo haga pis aquí?”. Me dice que no hay baño (...). Ahí viene un policía detrás y me da una bofetada, digo: “Jolín, ¿qué he hecho yo que me vienes a dar, me levantas la mano?, ¿he robado, he matado, me has cogido con droga, me has cogido una pistola, o qué?, ¿por que me vienes a levantar la mano encima, es que tiene derecho a levantarme la mano?” (...). Viene otro policía y me vuelve a pedir mi nombre (...), mientras que él me está atendiendo, estaba pegando a mi amigo al lado, en el otro oficina, estaba pegando a mi amigo. Entonces, cuando este policía ha cogido el papel una segunda vez, ha visto que no, mi papel estaba en regla, me ha dicho que vale, que nos va a dejar ir. El policía joven que nos ha cogido, allí en Carabanchel, que ha llamado al refuerzo, viene tan nervioso: “¡Este negro de mierda que nos va a coger, te voy a quitar el papel! (...). Empieza a insultarnos: “¡Negro de mierda, qué se cree, que aquí estamos en España, que vamos a hacer lo que nos da la gana aquí!”.

Yonattan narraba cómo a “un gitano” amigo suyo del barrio le habían detenido y le habían puesto en libertad tras tres días con varios miembros rotos y habiéndole negado asistencia médica. Más allá de las fantasías presentes en estas narraciones y de las exageraciones y adornos discursivos a las que puedan verse sometidas, las historias de agresiones en comisaría se dan por hecho, están naturalizadas, para una parte de la población. Sin embargo, para los “ciudadanos de bien”, este tipo de actuaciones policiales resultan sorprendentes. A medida que fue avanzando el trabajo etnográfico fui dando un significado distinto al relato de Paul transcrito más arriba: mientras que aquél relato cargado emocionalmente me generó sorpresa e indignación en aquel momento (2005), creyendo que estaba ante una narración y un documento excepcionales, a medida que avanzaba el contacto con vecinos y asistía directamente a las intervenciones de la policía en el espacio público he podido comprobar cómo este trato arbitrario, sostenido sobre un diferencial de poder que convierte en impunes los abusos, es mucho más habitual de lo que pueda pensar un “ciudadano de bien” (el cual, dado el cierre informativo, suele creer que ese trato desapareció con la muerte de Franco). Parece que la sorpresa ante la agresividad de los agentes también se la llevó Trini cuando en una manifestación organizada por los vecinos del Tercio Terol contra la construcción de un nuevo tanatorio y por la salvación de unos viejos árboles comprobó lo exagerado del despliegue y las ganas de algunos agentes antidisturbios de “dar leña”:

Y fíjate, éramos veinte personas y la más jovencita era yo, no salió nadie más, o sea, imagínate, los de siempre, los señores mayores los que íbamos a protestar. ¡Y mandaron a quince furgones antidisturbios! ¿Tú te crees que se puede emplear un despliegue así ante veinte personas? ¡Quince furgones! Imagínate lo que era estar así y ellos diciendo: “Vamos a daros de hostias antes que vengan las cámaras” (...). Eran unos desgraciados, tres de ellos, el resto no hacía nada, pero tres de ellos era una agresividad que incitaban a..., tiraban a los viejitos al suelo con los bastones, estaban pegando...

Al parecer, Trini encontró una respuesta en la agresividad impune de los agentes en el hecho de que la empresa que quería construir el tanatorio era propiedad de un amigo del por aquél entonces Ministro del Interior, Ángel Acebes. Fantasía o realidad, Trini aludió al uso para el

beneficio privado de un político, un poderoso o un soberano, de la policía para hacer valer su voluntad y favorecer el negocio del amigo:

Sí, claro, es una empresa poderosa. Y super-amigo de Acebes, por eso mandaban 15 furgones, ¿tú te crees 15 furgones para 20 personas? Y que estén así, delante de ti y digan: “Vamos a darles de hostias antes que vengan las cámaras” [Tono de voz grave, masculino] (...). Te hablan así porque se creen que te da terror, pero...

Más que explicar los hechos en sí –que no son en absoluto improbables pero que no están demostrados²⁸⁷–, estos relatos sobre la implicación de la policía en actividades delictivas están señalando una estrategia discursiva por parte de sus emisores que consiste en situar al margen del derecho, en posiciones soberanas de arbitrariedad e impunidad, a los agentes. Estas teorías de la conspiración, basadas en hechos reales o no, nos señalan que el poder soberano mantiene su eficacia simbólica. Es precisamente en los lugares más agraviados donde más hacen acto de aparición este tipo de relatos conspirativos. En Pan Bendito, Kike, el propio dinamizador vecinal, se hacía eco de los mismos:

-E: ¿Cómo consideras que es la situación de seguridad ahora?

-K: Rara. Por un lado, los vecinos reclaman una especie de policía de barrio. Es la dicotomía de (...), que se reclama policía, pero luego se odia a la policía. Luego, la policía viene y los vecinos del barrio dicen que se hacen trapicheos a espaldas de ellos, incluso algunos dicen que vienen a pillar droga, o que hay un piso con lumis²⁸⁸, y el otro día, hace poco, curraron a un chaval de 15 años, que la gente dice que el chaval no estaba haciendo nada (...).

La impunidad no es exclusividad de los policías, sino que también los vigilantes (policías externalizados), en su parcela de autonomía pueden ejercer el poder de decisión sobre el cuerpo del otro cuando éste está deshumanizado, reducido a su biología, despojado de derechos y de reconocimiento social. Roberto, el vigilante de un centro de menores, sin ser “autoridad pública”, tenía que ejercer la violencia física en algunas “intervenciones” en el centro de menores en el que trabajaba, exponiéndose a recibir golpes por parte de los internos:

No es que me haya portado mal con los chavales, pero en alguna intervención fuerte se han hecho daño y mucha gente extranjera te tachan (...). Yo, la verdad, quitando alguna hostia, un puñetazo en el cuello, un cabezazo en alguna intervención, no he tenido ninguna movida de cuchillos (...). Luego no puedes utilizar ninguna defensa, a no ser que sea de fuerza mayor, que haya rehenes y tal, entonces sí está autorizado el uso de la fuerza proporcionalmente, pero bueno, ya sabes (...). También he visto a un chaval con dos vasos hacer así [Gesticula con una palmada], sangrar y decir: “Si yo sangro, aquí sangra todo el mundo”, y decir “¡Madre mía!” [Hace el ruido de la alarma], salir y venga “Tú por aquí, yo por allí” y digo “¡A por él!, a

²⁸⁷ De hecho, de la primera alusión a los antidisturbios a la segunda se produce una variación: en la persona del verbo de la primera referencia, “vamos a daros”, Trini transforma un diálogo interno de los agentes en un desafío directo hacia ella y los manifestantes, mientras que en la segunda forma verbal que emplea para referirse a la misma situación, “vamos a darles”, Trini da cuenta de manera probablemente más fiel de lo que ocurrió.

²⁸⁸ Trabajadoras sexuales.

por él y lo que sea”. Y claro, llama luego al SAMUR, llama a la policía: “Que el niño está sangrando”, “¿Como le engrilletáis?”, “Pues mira, para que no se hiciera más daño él y para que no hiciera daño a nadie”.

En los medios de comunicación se han documentado algunas agresiones de corte racista entre los vigilantes de metro²⁸⁹. Más allá de los casos mediáticos, he podido encontrar voces de personas extranjeras y en situación de extrema pobreza que por el simple hecho de no portar el billete han sido golpeadas. En otra ocasión, yo mismo pude presenciar una agresión por parte de los vigilantes. Un cuerpo de un hombre de origen extranjero yacía en el suelo mientras cuatro vigilantes acompañados de un perro (pastor alemán con bozal que no paraba de ladrar) le gritaban: “¡Que te levantes, que te levantes te he dicho, coño!”. El hombre afirmaba “¡me habéis pegado!”, dejando su cuerpo muerto en el suelo hasta que finalmente los vigilantes le zarandearon y le cogieron por la ropa para subirle por las escaleras en dirección a la calle. El vigilante con el perro, al percibir que yo me había quedado mirando la escena con gesto serio, sintió la necesidad de justificarse: “Estaba pegando a la gente. Ha pegado al perro, mira lo que le ha hecho, le ha dado una patada al perro, mira, tiene sangre”. Me enseñó la boca del perro, que efectivamente tenía sangre (aunque la sangre podía pertenecer perfectamente al hombre). La justificación fue cuando menos extraña.

“La gente juzga a todo el colectivo por uno o dos que lo han hecho mal”: Ramón sentía la necesidad de diferenciarse de los “zumbaos” al igual que Pérez necesitaba distinguirse de algunos “jóvenes prepotentes” del CNP. Parece que esta autodistinción de los casos abusivos, de quienes ejercen los “excesos”, permite naturalizar la el resto de actuaciones policiales que forman parte del dispositivo securitario.

²⁸⁹ Éstas eran grabadas por los mismos vigilantes, reactualizando el suplicio y la exhibición propia de los tiempos del poder soberano.
http://www.elpais.com/articulo/madrid/grabacion/capta/vigilante/metro/mientras/patea/viajero/elpepiespmad/20080422elpmad_6/Tes).

12. Aspectos pragmáticos de los discursos de la inseguridad

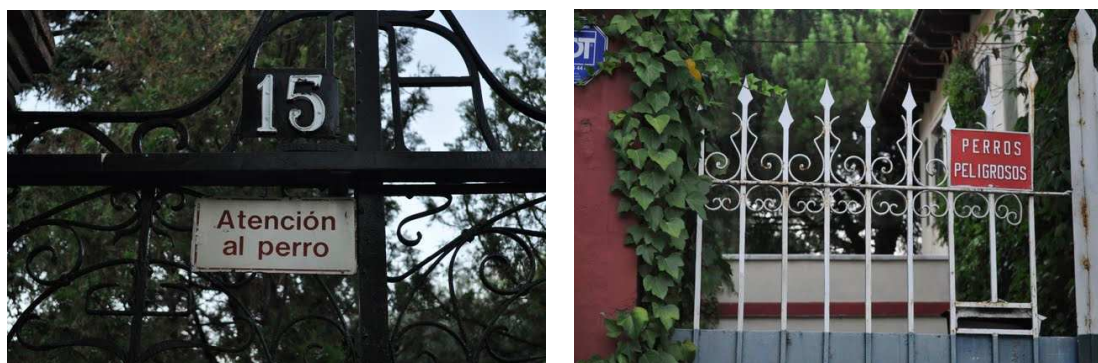
¿Qué hacen con el problema de la inseguridad los carabancheleros? Intentaré dar cuenta de la diversidad de estrategias discursivas del vecindario en relación a la inseguridad y el miedo y observaremos cómo dichas estrategias no pueden entenderse de manera desligada de las luchas de poder en las que se ven inmersos los habitantes del distrito a distintas escalas de práctica. Intentaré hacer un recorrido desde las estrategias más exclusivistas a las más favorecedoras de la construcción de espacios comunes. Es a través de las relaciones de competencia y de los juegos de posicionamientos que establecen los distintos grupos de Carabanchel para establecer quiénes son las víctimas y quiénes son los culpables cómo se construyen los colectivos “peligrosos”. Generalmente, ganar discursivamente la posición de víctima legítima a sus aspirantes de cara a una negociación invisible por el prestigio social y al reconocimiento de derechos de ciudadanía, del mismo modo que el reconocimiento como culpables es lo único que les queda a quienes tienen cerradas las vías del reconocimiento social como “buenos”. Podremos apreciar, sin embargo, cómo en Carabanchel existen otro tipo de discursos y de prácticas encaminadas a disolver la dicotomía entre víctimas y culpables con el fin de deconstruir los propios efectos de poder de los discursos de la inseguridad.

12.1. Ciudadanos plenos y discursos securitarios

La *sobrerresponsabilidad* supone una sensación de agobio resultante de haber logrado ciertas metas implícitas en el proyecto nuclear de vida. Ese “éxito”, que permite sentirse a su dueño dentro de la ciudadanía, tiene sin embargo un reverso: la inseguridad que resulta del miedo a perder lo logrado o a no saberlo mantener bajo el control y las expectativas del ambiente. En este apartado voy a ocuparme de las estrategias de distinción de aquellos carabancheleros que, habiendo triunfado, quieren mantenerse lejanos del resto del vecindario. La competitividad alrededor del consumo conlleva la búsqueda de la distinción a través de diversos bienes materiales y simbólicos, algunos de los cuales se vinculan con la seguridad. Los deseos de mantener los propios “privilegios” en un contexto competitivo generador de las insuficiencias personales (Bauman, 2003) se expresan en distintas elecciones: la del tipo de barrio, la de la vivienda y otros objetos materiales y la del colegio de los hijos. Aludiré a todas estas elecciones efectuadas tanto a nivel discursivo como práctico, así como a otros discursos exclusivistas de un marcado carácter ideológico conservador.

Discurso visual y lingüístico de la distinción

La auto-segregación espacial no es ni mucho menos novedosa en Carabanchel. En el mismo distrito encontramos uno de los primeros ensayos madrileños del S. XX en la construcción de espacios exclusivos para la pequeña burguesía, como es la Colonia de la Prensa. Aunque quedan en pie pocos “chalets” de la época, la colonia conserva el gusto por los símbolos de diferenciación.



Vallas de viviendas unifamiliares en la Colonia de la Prensa.

Todas las viviendas unifamiliares o plurifamiliares mantienen una separación física marcada mediante vallas metálicas y una separación visual de vegetación o planchas de otros materiales adheridos con

posterioridad a su construcción a las vallas. La colonia fue habitada en primera instancia por profesionales liberales del primer tercio de S. XX²⁹⁰. Eran fundamentalmente periodistas que eligieron esta zona periférica y apartada de Madrid como lugar tranquilo de residencia y vacaciones (antes de que la zona se convirtiera en un “barrio obrero”). Sus construcciones son diseños modernistas propios de la burguesía de la época, muchas de ladrillo visto. Hoy la vegetación es muy madura. Probablemente, algunas vallas y algunas planchas que impiden la visualización del interior, son de épocas posteriores, algo que “afea” las hermosas vallas originales (con diseños que también eufemizaban la separación física y social). Ya no se quería estar tan expuesto, ni a la admiración que propiciaba la distinción social, ni a la amenaza de que otras personas desearan lo que ellos poseían. Observo cómo las medidas de seguridad han ido evolucionando, apareciendo nuevos productos como el alambre circular de púas –mucho más robusto que los viejos alambres-. También algunas alarmas. Los carteles securitarios que más destacan son los referidos a la presencia de perros peligrosos en su interior: “Atención al perro” dice una; “Perros peligrosos” dice otra. Es como si los dueños de la propiedad privada “cuidasen” a los supuestos asaltantes. De esa manera se produce una distancia entre el propietario y la seguridad: una delegación en un sistema experto que ya no le hace figurar como “el malo” de la escena, sino como el elemento externo, ajeno, casi mediador.

La Colonia de la Prensa o la Colonia del Comercio, como rémoras pequeño-burguesas anteriores al “desastre” obrero de Carabanchel, conservan su halo de distinción y sus precios privativos para la media barrial. Sin embargo, el mercado y el Estado han desarrollado un nuevo modelo urbanístico que rescata los valores exclusivistas y securitarios de esos espacios y los adapta al poder adquisitivo de la clase trabajadora ascendente. Así es como las tendencias segregadoras y socialmente homogeneizadoras han alcanzado en las últimas décadas una dimensión hasta entonces desconocida. El PAU es sin duda el nuevo espacio de la *exclusividad* social en Carabanchel²⁹¹. La proliferación de marcas de diferenciación en los edificios (vallas, filtros de acceso, vigilantes de seguridad, cámaras de videovigilancia, etc.) tenía su correlato en el discurso de Jaime y María, que se sabían en “La Moraleja de Pan Bendito”:

-M: Hay de todo. Hay también mucha tontería.

-J: Hay gente que se cree... Yo noto cierta competitividad: “Tú tienes, pues yo tengo...”.

-M: Pues si tu hijo va a este colegio, si a ti te han valido 70 euros los libros a mí me han valido 120, esas historias que... Pues yo estoy más contenta de que me valga menos a que me valga más, qué quieres que te diga [Risas]. Pues sí, esas historias.

-J: O es que mi hijo va a un colegio privado y tiene piscina (...). La gente se intenta justificar como que lo que tienen no es por falta de dinero (...), que dices: “Joder, esto no, no es comprensible”. Y más ahora que viene supuestamente, época de crisis. Pues yo creo que a veces la gente intenta camuflar el que no pueda llegar a fin de mes.

Sus críticas al vecindario no procedían del cuestionamiento al sistema de valores imperante, sino de su insuficiencia para estar a la altura. El tipo de relaciones que describían consistía en la búsqueda de reconocimiento mediante los símbolos consumistas, pero sin

²⁹⁰ Tal y como versa en un blog dedicado al modernismo en Madrid:
<http://alejandromena.info/madridmodernista/colprensa.html>.

²⁹¹ Tal y como apuntara José Luis García, el *territorio* no es un simple espacio, sino que se define como espacio socializado y culturizado. Suele constituirse como tal a partir de su carácter defensivo o de dominio, por lo que las normas de uso suelen basarse en la *exclusividad* (García, 1976).

establecer relaciones de cierta confianza. María refería que no conocían las casas de los vecinos con los que diariamente hablaban en el parque de al lado de su casa: “No somos de entrar a casa [de los vecinos]. Hemos ido a cumpleaños e historias, pero son edificios que tienen locales para celebrar cumpleaños”²⁹². Sin embargo, a pesar de lo insatisfactorio de las relaciones vecinales, Jaime y María encontraban en su nuevo barrio un símbolo de mejora al que no querían renunciar. Su discurso hostil frente a los extranjeros y los gitanos, así como su escasa práctica del espacio público fuera de su zona y de los centros comerciales, les posibilitaba una identidad ciudadana²⁹³: el reconocimiento del Estado como víctimas potenciales de inseguridad y el reconocimiento del mercado y el vecindario como consumidores.



Cámaras de videovigilancia y anuncios de su presencia en el PAU.

Poner una alarma o unas rejas en las ventanas de la vivienda puede responder al temor a ser asaltado, pero al mismo tiempo constituye un acto performativo mediante el cual se comunica el propio estatus. En los últimos años, además, un buen número de comunidades de propietarios levantan vallas alrededor de sus fincas con pretextos securitarios pero consiguiendo, así, revalorizar económicamente las viviendas al ascender de estatus simbólico: ahora forman parte de una comunidad cerrada separada del espacio común, lo cual les permite diferenciarse positivamente.

La adquisición de la vivienda en propiedad, sumada al nacimiento de los hijos, conlleva una serie de consumos (como el coche nuevo) que convierte a los padres en ocasionales protectores estresados, no sólo del cuerpo de sus hijos, sino también de los múltiples objetos sobre los que están sobrerresponsabilizados como propietarios (así como de la casa que los alberga). Jaime, recién ingresado en este modelo de vida, hablaba de su casa como una

²⁹² La clausura de los espacios domésticos parece acentuarse según se asciende socialmente, recurriendo al mercado para celebrar los cumpleaños de los niños.

²⁹³ Tal y como apuntó Richard Sennett (2001), analizando la tendencia urbanística consistente en la homogeneización social de los espacios residenciales que iba imponiéndose en EEUU en la década de 1960, la causa y efecto de dicha tendencia era la evitación de conflicto con lo diferente (entre miembros que ocupan distintas posiciones de clase en la estructura social).

fortaleza a defender. Su barrio no posee un nivel socioeconómico necesariamente elevado, pero en él se imitan muchos de los símbolos de distinción de los edificios burgueses ("Residencial Parque Austria"). Precisamente, la distinción a través de las marcas espaciales genera una sensación ambivalente: se destaca el propio valor simbólico conquistado, pero a la vez se pasa a representarse como objeto del deseo de otros. Una vez cubierta la insuficiencia generada en el proceso de creación social de la necesidad de residir en un edificio de viviendas cerrado, con piscina, garaje, zona infantil privada, pádel, etc., esa insuficiencia basada en el "no tener" – escasez característica del barrio fondista- pasa a convertirse en un "no tener seguridad" – escasez defensiva del barrio víctima-, teniendo en cuenta que hay mucha gente que imaginariamente quiere aspirar a poseer lo propio (tan valorado simbólicamente en su propio proyecto). Pero no sólo la entrada en el mundo de la propiedad (y del apremio de la hipoteca) condiciona sensaciones de mayor inseguridad. Otro momento vital destacable es el de la adquisición de las responsabilidades parentales, principalmente ante el primogénito y cuando éste es bebé. Jaime reconoció que cuando iba con su hija por la calle creaba una "burbuja defensiva" a su alrededor:

O sea, yo antes iba andando por la calle y no me preocupaba de muchas cosas que pasaban, no me preocupaba de lo que me preocupa ahora, voy andando y bueno, –¡Cuidado, que están jugando al fútbol, no vaya a ser que le caiga un pelotazo a la niña!, ¡cuidado el coche, no vaya a ser que se salga de la calzada y se vaya al carro, no a mí, sino al carro!-, más defensivo con la cría, haces como más una burbuja defensiva, intentas crear eso hacia tu hija, y eso yo antes no, o sea, mi manera de conducir, antes era mucho más agresiva que ahora, ahora es mucho más tranquila, miras más por la hija, claro.

María, que confesó levantarse "ochenta veces" cada noche para ver si su hija estaba viva, destacaba que "cada edad requiere..., te va marcando unas pautas". Llama la atención cómo la elección de centro escolar, por ejemplo, estaba ampliamente mediada por el valor de la seguridad. Así lo expresaba Jaime:

-J: Miras mucho más las cosas, miras la seguridad, incluso ya estamos pensando a qué colegio llevarle, hay colegios públicos, donde vamos a votar, por ejemplo...

-M: No, pero a lo mejor tiene que ir.

-J: Y a lo mejor tiene que ir ahí, me he fijado donde hay un colegio privado, que van con uniforme, con la ropa de colegio, que vale, que a lo mejor el barrio no es lo más adecuado para la niña, pues intentar...

El centro escolar escogido constituye un marcador de estatus social y esta familia apelaba al discurso de la inseguridad en los colegios para justificar decisiones encaminadas a la diferenciación social. María transmitía que sus hijos, según crecieran, les irían planteando más problemas:

- M: Problemas más grandes que hay ahora en la sociedad, a no ser que se arregle un poco.
- E: ¿Qué tipo de problemas?
- M: Pues nos pueden dar, mira, ¡que no es problema!, que sea gay o lesbiana.
- J: No es un problema.
- M: No es un problema, pero bueno, sí de cara a la gente, ¿a ti te gustaría que tu hijo fuese maricón?
- J: No.
- M: Pues ya está. Pero que prefiero que sea eso antes que se meta en la droga. Ese es otro problema que hay, que está ahora toda la juventud, un noventa, metidos.
- J: Son muchísimos los chavales menores de dieciocho años que han probado la cocaína, entonces alucino, alucino totalmente. Fíjate, lo máximo que he probado ha sido un porro y lo probé con veintidós, y que un chaval pruebe la cocaína.
- M: Y drogas que no tenemos ni idea, no sé qué de un cristal líquido, esa historia que tú te pones ahí en la tele y alucinas: “¡Pero bueno, como viene ahora la juventud!” (...). Yo creo que dentro de unos años, el negocio no van a ser las residencias de ancianos, el negocio va a ser los sitios para esa gente, esa gente se quedan taradas. Para mí es un problema para mis hijos, a mí eso me agobia. Que tú no puedas tener..., bueno, que pruebe un porro, vale, todo el mundo hemos probado alguna vez un porro, pero que (...).
- J: Qué será de nuestros hijos, a qué edad empezarán.
- M: Que viene mucho más fuerte el tema, yo qué sé, que roban. Viene todo enlazado, el maltrato a la mujer, las palizas por qué matan, pues porque quieren dinero, porque todo viene enlazado, pues porque todo el mundo está metido en la droga. Todo esto da agresividad, las drogas dan agresividad, entonces yo pienso que todo va enlazado, el maltrato, el matar, las drogas, el robar, la delincuencia, la delincuencia la crea la droga, querer tener dinero para poder consumir.

En su discurso había temores, pero también estrategias dirigidas a que sus hijos formasen parte del “lado bueno” socio-moral. Antes de que les culpabilizase el resto, prevenían su desviación para evitarles sufrimientos. Por eso recurrieron a una pequeña trampa al empadronar a su hija con los abuelos con el fin de que fuese a un colegio concertado que ellos veían con buenos ojos. Esta violación de la normatividad estaba justificada para dos personas tan proclives al sostenimiento de las normas sociales imperantes:

- M: La única que consto [empadronada] soy yo. A mí no me importa que mi hija vaya, es más, yo apoyo la educación pública, pero es que va a haber 3 españoles y todo lo demás son moros, son rumanos, son tal, y yo no es que yo quiera que mi hija sea..., que sea lo que vaya a ser, si no quiere estudiar..., pero dicen que las clases van mucho mas atrasados, son niños que llevan problemas sociales de casa.
- J: Yo por ejemplo tengo conocidos que lo han llevado a un colegio público ahí en Abrantes, y de 30 niños (...). No es que no estén disciplinados, sino que atrasan el ritmo normal del aprendizaje de un niño. Por ejemplo, mi hija con cuatro años son todos españoles menos dos. Mi hija escribe (...).
- M: Sí, como que a tu hija es meterla ahí, en la boca del lobo.

Un colegio público es “la boca del lobo” (el mismo concepto que María empleó para referirse a cómo se sentía al principio en Carabanchel). Ser fagocitada por ese lobo es el resultado de relacionarse con “esa gente” cuyas casas son fábricas de problemas (“droga”) que contaminan al resto. Esos colegios están “marcados”, pero desde sus estrategias individualistas de inclusión no se sentían responsables del barrio y de los bienes públicos (haciendo por ejemplo que su hija fuera a una escuela pública para “subir el nivel”), sino sobrerresponsabilizados de su hija, reproduciendo la “marca” y tratando de salir airosos de manera competitiva. Antes de que se produjera el conflicto, lo evitaban preventivamente, como

hacen muchos padres “de clase media” del barrio. Otra mujer de un estilo diferente, Arancha²⁹⁴, esgrimía argumentos parecidos para llevar a su hija a un centro concertado y lejano del barrio: se trataba de una cooperativa de profesores “progres”. Sea religioso y conservador o laico y progresista, parece muy extendida la elección de un centro escolar que se aleje de lo público, equivalente a inmigración, problemas, violencia, drogas..., pero sobre todo, a inferioridad en términos de clase²⁹⁵.

Recomponer la autoridad moral

Pero el uso de los discursos de la inseguridad no se emplean únicamente de cara a estrategias individualistas, sino también de cara a proyectos ideológico-civilizatorios. La potencial victimización en el imaginario –más allá de la “objetividad” de su inseguridad en forma de robos-, es lo que proporcionaba a una asociación de comerciantes el privilegio de ser escuchados y legitimados en sus demandas de mayor vigilancia policial en el Consejo de Seguridad del Distrito. El flujo de consumo (y sólo del consumo legítimo, pues la venta ambulante era considerada objeto de intervención policial) no podía verse interrumpido, lo cual era el motivo de buena parte de los esfuerzos en seguridad. Uno de los responsables policiales del distrito informaba de lo siguiente:

(...) Joyerías, peleterías y perfumerías. Siendo conscientes de esta problemática especial, se ha establecido un plan especial (...) que pretende aportar una mayor seguridad objetiva y subjetiva a los propietarios y empleados de dichos establecimientos.

Su intervención encontró la aprobación del representante de la asociación de comerciantes, que manifestó que uno de sus mayores problemas –el de la venta ambulante- era

²⁹⁴ Arancha y su pareja, Santi, vivían en el Tercio Terol. Él era actor de teatro y ella abogada. De un estilo estético “progresista”, ambos procedían de barrios de mayor extracción social.

²⁹⁵ Mientras que en 1992 el 40% de la población escolar del distrito estaba matriculada en centros privados (concertados o no) frente a un 60% que estudiaba en centros públicos, en el año 2000 se podía observar una clara inversión de la proporción, matriculándose un 60% de la población escolar en centros privados frente a un 40% en los públicos. La fuerte reducción de la población escolar durante la década de 1990 (el número de alumnos en todo el distrito descendió a la mitad de 1992 a 2000) sólo afectó a los centros públicos, mientras que los privados mantuvieron el número de matriculaciones (Arrabal y Cabello, 2001: 44-47). Esta tendencia en el aumento de la proporción de alumnos en centros privados se ha visto ligeramente frenada durante la década de 2000: en la actualidad, el 55% de la población escolar carabanchelera estudia en centros privados. Sin embargo, este estancamiento de la tendencia debe ser asociado con un nuevo fenómeno de segregación escolar ligado a la inmigración. Tan solo el 33% de la población escolar extranjera acude a centros privados, habiendo contribuido a sostener dicha población el número de matriculaciones de los centros públicos en la última década (<http://www.madrid.es/portales/munimadrid/es/Inicio/Ayuntamiento/Estadistica/Areas-de-informacion-estadistica/Educacion/Ense%C3%B1anzas-de-Regimen-General?vgnextfmt=detNavegacion&vgnextoid=9fb43f5147959210VgnVCM1000000b205a0aRCRD&vgnnextchannel=cab07cc99a73a210VgnVCM1000000b205a0aRCRD>).

abordado de manera adecuada por Policía Municipal, a la que siempre que avisaban, acudía. Estos comerciantes –en el “lado bueno” de la economía- se servían de las fuerzas de seguridad para que éstas eliminasen a los competidores desleales (que “no pagan impuestos”). En función del grado de ciudadanía se recibe una respuesta policial u otra, algo de lo que era consciente el representante de otra asociación del barrio que –aparte de agradecer la detención de un ladrón de cobre- aprovechó para quejarse de los usuarios “latinoamericanos” de unas canchas de fútbol que bebían (culpables) y dejaban el entorno “lleno de cristales rotos” que podían producir cortes a los niños (víctimas). Pedía “más vigilancia” (protectores), ya que afortunadamente, pedir cubos de basura sería favorecer una práctica ilegal (ley anti-botellón). Otro representante de una asociación refería que en otro parque, junto a las canchas de fútbol, se ponían con furgonetas y vendían “comida con un aspecto deplorable”, había peleas y juegos con apuestas: “Sería muy importante que acudiese la policía”. Desde sus posiciones relativamente elevadas por la posesión de ciertos capitales hacían valer sus derechos de interlocución. Se trata de la *comunidad de los inseguros*: más que por la “inseguridad objetiva”, se sienten unidos por la atención que reciben del Estado en forma de servicio de policía.

Cuanto mayor proyección pública, mayor es la elaboración discursiva y mayores los sedimentos semánticos que se depositan sobre el tema de la (in)seguridad. Domingo (cura), como sobre-responsable de la información, pensaba estratégicamente en el discurso que debía transmitir. En la primera entrevista (2005) la inseguridad había mejorado y los sucesos de los que daba cuenta le servían para transmitir una idea positiva de su proyecto: la parroquia era protegida por el propio vecindario –más solidario desde su llegada-²⁹⁶. Citó, además, al Papa, para señalar que en la televisión sólo aparecía “lo negativo” y que esto producía un “efecto desmoralizador sobre la sociedad”. Sin embargo, en este primer encuentro afloró el problema de la inseguridad asociado a “los musulmanes”. Este sacerdote, representando con una mano la posición de inferioridad de la cultura musulmana en relación a la propia (debajo de su cabeza), afirmó que sus miembros son más agresivos. Domingo transmitió que “el verdadero problema

²⁹⁶ Transmitió que en una ocasión observó desde la iglesia (y sus propiedades panópticas, con cristalerías unidireccionales) un “tirón” que le produjeron a una señora y en la que la actuación de un matrimonio que pasaba en coche consiguió inhibir a los victimarios. Este relato sirvió a su emisor como escena representativa de la solidaridad existente en la zona antigua del barrio (en contraposición a la nueva), la que era fiel a su parroquia. Un segundo suceso que presencié fue un ataque dirigido a la propia iglesia. Dos jóvenes se taparon la cara y comenzaron a tirar piedras contra la puerta (ésta está enrejada, mientras que el resto de los ventanales no, por lo que el ataque perseguía, probablemente, una acción de enfrentamiento simbólico más que producir daños materiales o intentar asaltar el edificio). El cura llamó a la policía y se sintió desolado, según relató, cuando una voz no paraba de repetirle: “Todos nuestros agentes están ocupados”. Llamó a unos vecinos que vivían muy cerca “para avisarles por si me pasaba algo”, destacando su presencia como protectores.

llega cuando aparece un imán en un barrio”²⁹⁷. Hay que situar estas palabras en el contexto de la competencia en el mercado de fieles y el esfuerzo por mantener la hegemonía del discurso ideológico-moral propio en un barrio que ha visto florecer la diversidad religiosa en los últimos años. Cuatro años después (2009), sus estrategias discursivas se habían escorado hacia el pesimismo. Como observador de la realidad legitimado para opinar (lo hacía desde el púlpito todos los domingos), Domingo transmitía una visión más pesimista que tenía que ver con la fatiga de su sobrerresponsabilidad, pero también con el campo ideológico que debía proteger. Citó así al presidente francés, Sarkozy, para transmitir que “el sesentay ocho” había hecho mucho daño por la anomia y la pérdida de valores que había propiciado. La consecuencia más grave del 1968 parisino había sido, según Domingo, el cuestionamiento de la autoridad, de toda autoridad, incluida la familiar: “Por eso se necesita hoy tanta policía”. La policía sería una suerte de autoridad provisional hasta que las autoridades naturales –la familia, la Iglesia, la escuela y el empresariado- recobrasen la autoridad perdida.

Los mensajes sobre el papel de la familia en la “prevención” de conductas disruptivas por parte de los hijos en los últimos años parece haber reforzado el control sobre los “menores”. Los hijos se convierten en una especie de tesoro moral que debe mantenerse libre de impurezas (influencias extra-familiares, extra-escolares o extra-mediáticas)²⁹⁸. Además, la falta de protección sobre estos menores por parte de quienes han sido instituidos como (sobre)responsables es vigilada por las autoridades y está sometida al control social informal. Los espacios no regulados de manera completa por las instituciones legitimadas son peligrosos para los niños, por lo que la presencia y vigilancia de padres y madres se hará más intensa que nunca. En una ocasión puede comprobar los pánicos morales alrededor de los cronotopos de umbral: en la salida de un colegio concertado en el que efectuaba una observación, comencé a realizar de manera inocente fotos panorámicas. Al poco tiempo me percaté de que me estaban fotografiando al menos tres padres y madres con sus teléfonos móviles. Uno de ellos se acercó para situarse a unos dos metros frente a mí, en posición desafiante y retratándose. Comenzó un diálogo:

²⁹⁷ Interesado por este tema, consulté si conocía algún caso concreto, pero admitió no saber de la existencia de imanes en la zona ni de ninguna mezquita (aunque previamente había transmitido que “montan una mezquita en cualquier sitio, en una casa...”).

²⁹⁸ Si atendemos a algunos análisis, tal y como se ha ido construyendo la identidad materna y paterna en las sociedades post-industriales que han atravesado la transición demográfica, el compromiso social de protección sobre unos descendientes cada vez más desresponsabilizados ha ido creciendo. El hijo y la hija, constituidos como un valor seguro, un refugio afectivo en medio de un mundo lleno de provisionalidades, constituye el objeto de protección por excelencia. Esta idea es ampliamente desarrollada por Ulrich Beck y Elisabeth Beck-Gernsheim (1990), quienes se refieren a la soledad en las sociedades individualizadas de la modernización reflexiva y al anhelo de vínculos románticos, como el que supone el establecido con el hijo.

- Padre: ¿Tú tienes permiso para hacer fotos aquí?
- Etnógrafo: No, ni lo necesito, esto es la vía pública.
- P: Ah, pues que sepas que yo a ti también te he tirado unas cuantas fotos, y no sólo yo...
- E: ¿Cuál es el problema? [Yo estaba nervioso].
- P: Aquí han venido de ilegales... Han venido dando papeles ilegales...
- E: Mira, esto es un estudio para la universidad [Acompaño la aclaración con el gesto intuitivo de salirme de la posición corporal frontal con el fin de rebajar la tensión].
- P: ¡Ah, bueno!, todo lo que sea para conocer mejor el barrio y mejorarlo está bien, pero entiéndeme...
- E: ¿Pero qué problemas habíais tenido? ¿Quién ha venido?
- P: Pues unos nazis, que si público que si privado. Les dieron papeles a los chavales y eso no se puede, es ilegal.

Probablemente no se trataba de “nazis”, pero quedaba claro que habían ido personajes ilegítimos a la puerta de un colegio, jóvenes con algún mensaje político transmitido por una vía ilegítima –extrainstitucional y extramediática- que podían contaminar a sus hijos²⁹⁹. El mantenimiento de los infantes dentro de una burbuja de desconexión de los asuntos públicos se ha visto acentuado en los últimos años con las noticias sobre pornografía infantil en Internet y las redes de pederastia. Quizás se trate, además de la expresión de miedos proyectados hacia los hijos, del ejercicio de un control sobre los mismos en los espacio-tiempos liminares (entre la salida del colegio y la llegada a casa, dos instituciones) en los que “ocurren muchas cosas”. Una mujer “gitana” refirió que temía cuando su hija salía a la calle, ya que es “muy guapa, casi modelo, y con toda esta extranjería...”. Lo que parecía haber como preocupación de fondo era miedo a la pérdida de control social sobre los hijos en general –por la disruptividad asociada a la adolescencia y que podría poner en cuestión el propio orden socio-familiar- y específicamente sobre las hijas –por su carácter de capital para el intercambio- en un espacio de umbral³⁰⁰, “el instituto”. También una mujer de origen colombiano reprochaba a su hija que hubiese elegido a un chico –el “malo” del instituto- para “perder lo más valioso que tiene una mujer”, rebajando así su estatus³⁰¹. El daño físico y el daño simbólico sobre los “menores” deben evitarse a través de la sobreprotección y el control.

²⁹⁹ Tras haber relajado la tensión, concerté una cita al día siguiente para que me bajase el panfleto, pero no apareció. De hecho, al día siguiente, yo ya era alguien integrado en ese entorno tras haber corrido como la pólvora mi identidad a través de aquel padre.

³⁰⁰ Los pánicos morales se dan cita en el espacio escolar, principalmente a la salida de clase: en el espacio-tiempo de tránsito entre dos instituciones, la escolar y la familiar.

³⁰¹ Esta mujer sostenía un discurso ultra-conservador y un argumentario basado en la pérdida de autoridad en la casa desde que su marido no estaba. Éste había sido condenado con una orden de alejamiento por ejercer malos tratos sobre ella, pero con el fin de mantener bajo control a su díscola hija la madre estaba buscando la manera de que volviese el padre a casa.

Matizaciones al discurso securitario

Hemos podido apreciar cómo Domingo era catastrofista a la hora de hablar del momento espiritual, pero también cómo en 2005 (cuando era socialmente joven) matizaba el discurso mediático (“sucesos”) para sacar a relucir su intervención positiva sobre el barrio. Otros informantes, que se calificarían como “progresistas” en relación a Domingo, matizaban también el discurso securitario hegemónico. Sus posiciones ciudadanistas en pro de “la convivencia” partían del convencimiento de estar en el “lado bueno” sin querer excluir a nadie si no es por su mal comportamiento. Responsable sobre el entorno, el miembro de una asociación de vecinos empleaba en el Consejo de Seguridad el argumento de los brotes de xenofobia que potencialmente podían aparecer si no se controlaban las prácticas nocturnas de unos grupos de extranjeros (música en la calle por la noche): “Ha habido algunos pequeños escarceos de tipo racista porque es muy fácil decir palabras extrañas a ciertas personas”. Antes de que existiera racismo, debía intervenir la policía³⁰².

Arancha y Santi, de estilo estético progresista, participaban del discurso interculturalista (de hecho, Carabanchel ya era sinónimo de exotismo para ellos, que procedían del “norte” de Madrid), huyendo de postulados anti-otro. Sin embargo, cuando cerca de la burbuja de su colonia de viviendas sufrían la presencia amenazante del “gueto” del CASI (pero sin haber vivido ningún conflicto directo), se sumaban al discurso hegemónico. Los racistas son los otros, hasta que se siente cercano el peligro imaginario que puede poner en tela de juicio su proyecto de “vida tranquila”. El gueto, la “ciudad sin ley”, reclama la presencia de orden, personificada en la policía:

-S: Lo que no nos gusta nada es ese gueto que han hecho ahí, no porque tengamos..., pero que han metido a muchísima gente y ahí no baja ni Telepizza ni nadie, es un gueto. De tráfico de drogas, ahí la policía no hace nada, vamos, es como una ciudad sin ley.

-A: Bueno, policía si hay muchas veces en el parque. Nunca ha pasado nada ni hemos vivido nada así, pero hombre, lo ves.

-E: ¿Y os han contado algo la gente del barrio?

-A: Sí, entran en las casas.

-S: Sí, hombre, mi profesor, José Ramón, mi profesor de trompeta, vive ahí al lado, y dice que eso es un infierno y que allí cada dos por tres la policía entra, los robos, los coches, impunidad total, a mí me han hablado fatal.

³⁰² Rancière (2010) ha encuadrado este discurso “bienpensante” dentro de lo que designó como *racismo frío*. Mediante este racismo frío, los agentes intelectuales de “la izquierda” emplean como coartada la prevención del estallido de las pasiones populares de “los racistas de ultraderecha” para implantar medidas de control en pro de la convivencia entre individuos (entendiendo los principios de la “convivencia” como los propios).

Trini era su iniciadora local, su puerta de entrada al saber sobre el barrio, por lo que pude asistir al cambio de opinión en curso de Arancha respecto a los “extranjeros” que se reunían en el parque. Desde su visión progresista-interculturalista, le gustaba esa presencia que añadía cierto exotismo a su nueva vida en Carabanchel, pero en cuanto Trini comenzó a referirse de forma negativa a dicha presencia, su opinión fue variando. Trini consideraba competitivamente la presencia de extranjeros en el parque desde un discurso que podríamos designar como *convivencialista*³⁰³:

-A: Yo les veo que van por la mañana y juegan al volley ball, sacan el picnic...

-T: Claro, pues después del picnic, las botellas de cristal (...). Lo que no me parece justo es que el fin de semana, esto está lleno de los ecuatorianos, que a mí me parece muy bien que se reúnan, pero como se emborrachan tanto, rompen de todo. ¿Tú sabes las peleas que hay, entre ellos? Rompen, las deposiciones ahí, los niños, las madres... Yo entiendo que allí el concepto es diferente, pero vienen aquí sin saber las reglas, es que están rompiendo las plantas. ¿No comprendéis que esto se destruye el día de mañana no habrá nada para tus hijos?

Trini también criticaba la existencia del gueto de San Isidro (CASI), mostrando que tenía un discurso, un proyecto colectivo sobre cómo deberían ser las cosas:

-T: Lo que no se puede es llenar una colonia de gente que ya de por sí es agresiva (...). Antes no pasaba nada, pero ahora vas al parque y tienes miedo, sobre todo de que se te pueda escapar el perro, porque como ellos cogen..., sobre todo con los galgos, ¡pobrecitos! Llamamos a la policía cada dos por tres y la policía pasa. Te da miedo que te puedan robar al perro porque sabes que lo utilizan como carnaza.

-E: ¿Y cómo sabes que ocurre eso?

-T: No, a mí me ha contado gente que vive ahí que hacen peleas de perros, lo sabe la policía, saben lo que hay. Bueno, es que ahí no entra un taxista, de hecho, cuando viene una ambulancia, ya viene con la policía. Es más, vino una UVI, y cuando bajaron ya no estaba la UVI.

Resulta curiosa la coincidencia en el discurso de Trini, vecina del Tercio, y el de Carmen, arquitecta municipal residente en un barrio de clase media-alta, a pesar de la distancia social entre ambas. El problema estribaba en la concentración de “familias ya de por sí agresivas” y la solución debería ser reformista, una cuestión de educación. Para Carmen, por ejemplo, la dispersión por la ciudad de las familias problemáticas haría que el resto “tirase para arriba” de ellas. Ninguna empleó argumentos esencialistas, sino un discurso progresista etnocéntrico: los otros debían “integrarse”, entendida la integración como asimilación a la “normalidad”. Este discurso reformista y políticamente correcto funcionaba como pantalla de otros sentimientos más viscerales de rechazo e incompreensión que la propia Trini reconocía que poseía (“cuando me enciendo”):

³⁰³ Discurso que apela a la convivencia, pero entendida como adaptación del otro a la “normalidad” que implican las normas propias.

No lo conocen porque no han sido educados, una no puede juzgar o prejuizar como yo lo hago a veces, que me enciendo tanto y digo cualquier cosa, pero yo creo que es facilísimo usar el sistema: para que se integren no se pueden meter a veinte familias juntas, o seiscientos, como hay ahí, se pueden ir integrando como otras familias han sido integradas, porque eso lo he visto o aquí, han metido una familia en cada bloque y se han integrado. Claro, si metes a veinte familias que son delincuentes, que no conocen el concepto de respeto, pues no pueden integrarse (...). A mí me llegaron a decir que me iban a dar un tiro, llamé a la policía y no apareció, unos chavales de una familia, ¡jojo!, uno de ellos superconocido por robar coches y de todo.

A pesar de este discurso socio-céntrico, Trini diferenciaba lo que le afectaba de lo que no. El barrio no le parecía ni más seguro ni más inseguro que antes, justificándolo así: “Aquí somos independientes, aquí es una maravilla vivir”. Y prueba de esa independencia, de ese relativo aislamiento –mejor llamado diferenciación- del resto del barrio, era la presencia de “los actores”. Según ella, Nancho Novo y otros tantos actores de teatro y de series “estaban encantados”: “La colonia es tranquilísima, aquí en verano te despiertan los pajaritos”. Sin embargo, el resto de Carabanchel no era más inseguro, sino sólo lo que le afectaba (las trifulcas en el parque en las que ella participaba activamente respaldada por la protección material de su perra y simbólica de su hijo Javi, “escorta de un famosote”). Tenía una cartografía de los riesgos, lo cual la hacía no generalizar hacia “los inmigrantes” o “los gitanos”, sino focalizar la atención en sus conflictos concretos:

-T: Por lo que he oído, ocurre en todo Madrid, ese tipo de robos.

-A: La calle esa, donde rompen todos los días las lunas de los coches...

-T: Claro, ¿pero quiénes son? Es sólo ese poco. Es todo eso [Me señala la zona]. Es gente que han metido ahí. Lo mismo que te digo que han metido a gente majísima que han vivido toda la vida aquí, gente muy maja (...). Pero no llega aquí, me refiero, si hay líos, o lo que sea, aquí no te enteras.

Estos discursos progresistas sobre la inseguridad se caracterizan por huir de las generalizaciones racistas y xenófobas y por la incorporación de cierta reflexividad sobre los propios miedos subjetivos del vecindario. Lucas y Viki³⁰⁴ tenían en cuenta los riesgos reales de sus objetos materiales, pero también incluían en su discurso “las obsesiones” de sus vecinos de manzana:

-L: De hecho, la relación que tenemos con la gente del barrio, son todos de la zona antigua y pocos hay de la zona nueva (...), gente de Carabanchel antiguo. De nuestra comunidad no conocemos prácticamente a nadie, ni conversación de tres minutos (...).

-V: Es que cada bloque me da igual que viva a quinientos metros o que sea del propio bloque. Y en la piscina tampoco haces vida social.

-E: ¿Creéis que la gente de la comunidad tiene miedo?

-V: Es que entraron a pinchar ruedas, ¿no?

-L: Un par de veces.

-V: Un par de veces. Ya empezaron y de ahí empezaron a poner cámaras (...).

³⁰⁴ Con 33 años, sin hijos y recientemente llegados al PAU.

-L: La gente se ha vuelto estúpida (...). El hecho de que cierres el ese [finca], hace a la gente que se sienta como con un pequeño territorio que tiene que proteger. Que luego de puertas para afuera se siente muy tranquila y demás, pero no ese pequeño territorio que no puede entrar nadie, inexpugnable, pues lo protegen como un pequeño territorio, porque magnifican lo que es su edificio, lo que tú tienes ahí, tu piscina, tu gimnasio.

Al entrar en el garaje, además de pinchar las ruedas, al parecer robaron un par de motos. Los vecinos quisieron poner cámaras y un vigilante de seguridad, pero éste finalmente no llegó: “Lo denunciaron un par de vecinos porque costaban mucho dinero”. Su posicionamiento en el debate fue de oposición:

No, y eso que a mí me pincharon las ruedas, yo fui uno de los que en cierto modo atacaron y pincharon las ruedas, pero sigues los cauces normales, vas, pones tu denuncia, la historia a tu seguro y tu seguro responde, para eso tienes un seguro, o sea, no para pagarlo cada año, para eso están los seguros. La gente, en cuanto tiene un problema de eso, ya no sabe qué hacer, se blindo más todavía, pues venga, va, cámaras de seguridad, ¿qué hace una cámara de seguridad?, no ahuyenta al ladrón, si va con una máscara.

Teniendo los cauces individuales de cualquier consumidor a su disposición (seguro del coche), Lucas no veía sentido a la videovigilancia. La demanda de seguridad está cargada, además, de significados que *enclasan* a sus demandantes en estilos “de derechas”, y Lucas se posicionaba en la izquierda (actuando como un consumidor exigente). Desde ese mismo discurso progresista se considera la inseguridad en su dimensión subjetiva antes que en la objetiva: son las obsesiones de sus vecinos las que crean las medidas securitarias que finalmente confirman sus temores. Lucas hablaba de sus vecinos, pero probablemente exista una parte de él mismo proyectada sobre ellos: al fin y al cabo había elegido el mismo modelo residencial:

La gente se quiere meter en su bloque y estar tranquila (...), meterte en tu pequeño búnker y que no te pase nada. Luego la gente sale a la calle y no tiene tanto miedo. Te crean las paranoias de su casa, de su coche...

Viki refería que si la gente no conocía en bloques como el suyo ni a su propio vecino, no podía fiarse de nadie. “El otro día oí que estaban robando mucho en los áticos y en los bajos”. Lo oyó en la radio o lo leyó, no recordaba, pero se quedó con esa noticia grabada en su memoria: algo en común con sus vecinos se manifestaba en la resonancia de la noticia. Sin embargo, estos discursos matizan la inseguridad, la localizan y la explican, proporcionando herramientas para la acción práctica y actuando una doble distinción: pudiendo sentirse inseguros –por su ciudadanización- se sienten seguros, pero además ridiculizan los miedos de los vecinos. Kevin,

un protestante errante, encarnaba a la perfección el *tercer espíritu del capitalismo* al buscar un piso de alquiler en Carabanchel³⁰⁵:

Aquel dueño se dio cuenta de que me gustaba el apartamento, y le preguntaba si quería..., yo le dije iba a andar un poco por el barrio a ver como me parecía y que luego le llamaría, y dijo: "No, mejor te llevo yo". Inmediatamente me dije: "¿Y por qué?". Entonces, (...) me llevó con la mano evitando, hablándome así para que no me diera cuenta (...) me dio una vuelta muy larga para enseñarme, y eso me hizo también, me hizo sospechar un poco de lo que había detrás de la calle que no me quería enseñar (...). Yo por ejemplo, yo, soy de Belfast, y bueno, dejando aparte todo el tema católico-protestante, religión, pues yo tengo idea de lo que son los barrios malos de Belfast y cuáles son los buenos. Sin embargo, si tuviera que pasar por ahí en coche, lo haría con cierto miedo, pero de hecho, cuando luego te das cuenta ves que es más un mito urbano que la realidad, porque en los barrios ves lo mismo que ves en tu propio barrio, niños jugando fútbol en la calle y...

"Mitos urbanos" que se critican y se ponen en cuarentena para no precipitar un prejuicio o una elección securitaria, pero bajo la premisa de una seguridad personal encarnada que guarda relación con el propio poder social en ese contexto (Kevin gozaba de mayores capitales que la mayor parte del vecindario del barrio).

³⁰⁵ Kevin había vivido en diversas ciudades del mundo (posteriormente se fue a El Cairo). Su alta cualificación laboral como informático, su escaso apego por los lugares, su soledad errante —a pesar de que conociese en cada lugar a nuevas personas se acababa marchando— le hacían ver la realidad cotidiana de cada espacio con cierta distancia. Su autonomía, su flexibilidad y su crítica de las creencias populares ("mitos urbanos") podrían considerarse el resultado de la neoliberalización cultural en forma de "tercer espíritu del capitalismo" (Boltanski y Chiapello, 2002), la cual no está muy alejada de la gestión neoliberal securitaria que emplean las autoridades: prevención situacional (análisis material de las probabilidades de peligro) y diferenciación (de lo que es peligroso de lo que no, pero también diferenciación social de lo popular y de los que exhiben el miedo a lo popular).

12.2. Ciudadanizarse mediante el discurso de la inseguridad

En este apartado voy a recoger los usos discursivos de quienes gozando de ciertos derechos derivados principalmente de la autoctonía, encarnan sentimientos de inferiorización social por su relativa escasez en términos de capital económico, cultural y social. Estos vecinos están a caballo entre el *barrio culpable* y el *barrio víctima*: por un lado, dada su precariedad guardan cierta continuidad con los valores disciplinarios del viejo barrio de la escasez, pero por otro, manejan los argumentos victimistas para diferenciarse de otros sujetos más apegados a dicha escasez, como “los inmigrantes”. Una de las vías para legitimarse por parte de estos cuasi-ciudadanos es el discurso de la competencia por los recursos escasos. Carecen de los “privilegios” espaciales de algunos de los habitantes reflejados en el anterior apartado: no residen en el PAU o en viviendas unifamiliares, sino que ocupan el barrio fordista y conviven directamente con “los inmigrantes”, “los gitanos” y demás sujetos de la inseguridad... Además no pueden proveerse de recursos y servicios en el mercado privado, por lo que comparten con el resto de población en situación de escasez los recursos públicos, en muchas ocasiones minúsculos.

Apropiarse del discurso mediático

El declive de poder social suele derivar en una reducción de la experiencia fuera de los ámbitos considerados subjetivamente como seguros. Es así como a la hora de conocer la realidad los medios de comunicación tienen mayores posibilidades de ir ganando capacidad de influencia en la elaboración de interpretaciones sobre la misma. Una de las situaciones más rocambolescas en las que pude apreciar cómo se instrumentalizaba el discurso mediático de la inseguridad fue protagonizada por Teófila, una mujer mayor con un marido postrado en la cama al que fui a visitar para valorar un servicio de ayuda a domicilio:

Cuando entro salta una alarma que no tenían conectada a ninguna empresa de seguridad. Se trataba de una instalación más o menos rudimentaria realizada por su hijo para “darles más seguridad”. Teófila me habla de su creencia en la Biblia y en Dios: es Testigo de Jehová. Charlamos sobre su cosmovisión y los riesgos (en el anterior encuentro me entregó un folleto cuyo titular versaba: ¡Manténgase alerta!): cree que hay mucha violencia, que “la gente no tiene aguante”, ya que “salta por cualquier cosa”, que no nos han enseñado bien “las normas”, que “la biblia es un libro de normas” y que hay que aprender a respetar esas normas y las de los gobiernos (“ellos ya pagarán por ello en el juicio final si no son buenas normas”, pero nuestra obligación es respetarlas). El problema, pues, es un crecimiento de la violencia por la indisciplina ante las normas divinas y terrenales. Cuando la interrogo acerca de por qué sabe que hay más violencia, responde que “lo dice la televisión” y “lo veo en la calle” (Cuaderno de campo, observación efectuada el 15/12/2005).

Estamos ante tres fuentes de verdad: televisión, experiencia social propia y la Biblia (vehiculada por los miembros de su iglesia a través de sus encuentros grupales). Como en el caso del cura, Domingo, Teófila manejaba la inseguridad en su estrategia ideológica, pero lo hacía desde una posición muy rebajada de poder social en relación a Domingo. “Lo dice la tele”: el medio de comunicación es una fuente de información incuestionable para muchas personas. En una entrevista con Felisa³⁰⁶ contrasté su visión apocalíptica con su propia experiencia histórico-biográfica: ella vivió un periodo de la historia de España en el que murieron un millón de personas en tres años. Este recordatorio le llevó a mostrarme un folleto de la parroquia que acababa de leer en el que le había sorprendido una efemérides: hacía cien años del atentado contra Alfonso XIII (“ya existían esas cosas”). Las noticias descontextualizadas producen un efecto des-historizador y causan la sensación de que los fenómenos actuales de violencia son novedosos (por algo son noticia). Su hija le recomendaba que no viera noticias de sucesos, ya que luego sentía miedo: me relató una noticia en la que una mujer mayor, como ella, había sido atacada en su propio domicilio en Barcelona. La afinidad con la víctima, tal y como era presentada en la noticia, condicionó su temor a que le ocurriera lo mismo. Pero la información transmitida por el medio de comunicación en cuestión no es absorbida sin más por sus usuarios, sino que es seleccionada (Felisa elegía ver programas de “sucesos”) y reajustada a sus propias vivencias (en este caso el miedo derivado de su deterioro físico y social).

Sin embargo, para que un suceso se traiga a colación, la identificación con la víctima puede ser más imaginaria que material: un personaje famoso había sido víctima de un asalto violento en su casa –lo cual fue muy publicitado por los medios- y Paula y Marcelina parecían estremecidas con la noticia³⁰⁷. Pero aparte de este estremecimiento, la noticia encajaba perfectamente con sus prenociones del mundo y sus estrategias competitivas por lo escasamente público. Al mostrarles una foto con una casa con múltiples rejas, Paula contestó:

-P: Eso es una cárcel.

-E: Es una casa.

-P: ¡Una casa! O sea, por los robos. Ah, amigo, ¿y qué adelantan? Fíjate si hay cerraduras, pero cuando dicen que van, van. Ya ves el Moreno [José Luis Moreno] que decían que tenía cámaras y todo (...). Y fíjate lo que le hicieron. Que esos cuando dicen que van a por una persona, van.

³⁰⁶ Felisa había solicitado pedido cita en el centro de servicios sociales para informarse de las prestaciones para personas mayores.

³⁰⁷ Al tratarse de un personaje rico y famoso, José Luis Moreno, atacado por una “peligrosa banda de albanos-kosovares”, apareció en televisión durante un buen tiempo y se creó “alarma social”. Este personaje de La Moraleja (el no-barrio) era situado como víctima social (pudiendo así pasar por igual al resto).

Paula pensaba que el mundo estaba muy mal pero su afirmación no procedía del barrio, sino de la televisión: la experiencia barrial serviría para corroborar lo que había visto y escuchado en televisión previamente, y no al revés. De este modo, Paula tenía disponible el repertorio de sujetos del dispositivo securitario: víctimas como José Luis Moreno o como ella, culpables albanos-kosovares o como los extranjeros de su barrio y protectores en forma de policías o del Estado a la hora de asignar recursos. Los medios, más que informarlas, estaban proporcionando los argumentos deseados:

-P: Bueno, te voy a decir una cosa, todas las muertes estas que ha habido, que han matado a las mujeres, ¿quién ha sido? Los extranjeros, entre ellos, españoles han sido pocas, eh.

-M: Sí, pero también han muerto.

-P: Sí, pero no como extranjeras, habrá muerto alguna, pero muy pocas.

Cuatro años antes ya relacionaban los cambios en Carabanchel con la llegada masiva de extranjeros³⁰⁸. Ellas fueron inmigrantes en Carabanchel décadas atrás: las relaciones vecinales establecidas entre ellas al llegar al barrio eran dibujadas como cooperativas, una edad dorada, mientras que las relaciones con los nuevos inmigrantes eran representadas como extremadamente competitivas (“puede ser que a lo mejor sean mejores que yo, pero vamos, yo me creo mejor que ellos”):

-E: Y recordáis por ejemplo, cuando, pues eso, hace 30 o 40 años, que hubiese algún problema, algún conflicto entre vecinos, o con algún vecino en especial, o algo...

-AL UNISONO: No, no, no, no...

-P: Mi casa ha sido muy tranquila, siempre ha habido acuerdo, aquí nos hemos puesto de acuerdo siempre (...).

-L: Y además, si algún vecino estaba malo, siempre nos enterábamos, y te acuerdas, los tíos de mi cuñada, que vivían abajo, y los pobres he..., hasta los he amortajado, mi suegra decía “Lali, que se ha muerto M^a Luz, baja a amortajarla” (...).

-M: Antes, éramos unos vecinos que nos llevamos todos muy bien, yo misma donde la cuñada Leonor, “¿Vas a ir al mercado?”, “Sí”, “Bueno pues mira, me traes esto, me traes lo otro”, pero ahora ya no (...).

-L: Me pesa no haber puesto una reja, como ha puesto mi hijo, en la terraza. Porque pueden pasarse a los de al lado, se pueden pasar, perfectamente.

-E: Y tus vecinos, son extranjeros, los de al lado...

-L: Los de al lado, son rumanos. El portal de al lado de mí, el 34...

-E: Y ¿Les conoces directamente? ¿Has hablado con ellos?

-L: No, no, no, no, no.

-E: ¿Y temes algo de ellos?

-L: Sí. Sencillamente, puede ser que a lo mejor sean mejores que yo, pero vamos, yo me creo mejor que ellos... [Risas] (...).

-E: Lali, y cuando tú has dicho que sentías miedo, ¿en general sientes miedo?

-L: Se siente miedo... sí (...). Porque, es que vienen, en un plan de decir, “aquí estoy yo”...

-P: A hacerse los amos de todo.

-L: De los extranjeros (...). Carabanchel, Carabanchel... El otro día oí en la televisión, que Carabanchel es el barrio más, que más gente hay de ésta...

-E: ¿Más extranjeros?

³⁰⁸ Cuatro años antes también estaba Lali, quien monopolizó la conversación y proporcionó todos los temas de cara a que Paula y Marcelina opinasen sobre ellos corroborando sus propias palabras.

- P: Date cuenta lo que hay...
- E: También es el que tiene más españoles, Lali, porque es el más grande.
- M: Chinos tenemos aquí los que quieras, parece el barrio chino.
- L: Chinos, los que queráis, pero además, lo que no hay derecho es que si un señor, un español, va a poner una tienda, que ese señor desde el primer momento, pague todos los impuestos, habidos y por haber, y que vengan estos señores chinos, japoneses, o quien sea, y tienen 5 años, no pagan los impuestos.

La secundarización de las fuentes de información convierte en difusores del discurso de la inseguridad tanto a los medios como a los vecinos. Pero esa información se usa según convenga a la estrategia competitiva. Aludieron varias veces a las facilidades que tienen los inmigrantes para acceder a la vivienda o a los servicios sociales en contraste con las dificultades de sus hijos, víctimas de la segregación espacial y residentes en las periferias de las periferias:

- L: Entonces no teníamos dinero, y aquí se podía quedar mi madre, entonces donde más barato estaba (...). Cuestión de precio, tú me dirás, hoy día vienen de fuera y tienen millones para comprar los pisos, ya me contarás, a dónde vamos...
- E: ¿Los de fuera? ¿Quiénes?
- L: Los ecuatorianos y la gente esta viene y en seguida te compra un piso, la gente se compra un piso ahora por 29 millones de pesetas...
- E: ¿Pero que vienen con dinero de Ecuador?
- L: ¡Ah! Eso no lo sé, eso es lo que hace falta, saberlo, de dónde sacan...
- P: Y de dónde viene...
- L: No porque nos hacen la pascua a los demás...
- P: Nos están haciendo que nos vayamos de España...
- L: No es que, te voy a decir una cosa, España se gastó el dinero en mandar a Cristóbal Colón y a Magallanes y a todos esos, allá, se ha descubierto esta América y se ha descubierto el otro, pero es que ahora éstos vienen y dicen "como en Fuenteovejuna, todos a una", porque ahora han venido todos a una...
- P: ¡Y que los miran muy bien miraos!
- L: Mejor que a nosotros.
- E: ¿Tenéis vecinos ecuatorianos,...?
- P: ¡Ui! Hemos tenido moros, hemos tenido de todo...
- M: Abajo, hay un piso que según entras a la derecha, eso es un hotel, que hoy duermo hoy y mañana me voy...
- L: No es que los cogen y los pagan así, a base de eso, a base de pensión, porque yo lo he visto en mi casa (...). Y las cerraduras del portal, cada dos por tres, porque como todo el mundo tiene llaves...
- P: Aquí, aquí la han estropeado muchas veces...

La competitividad entre Lali y sus vecinos se traducía incluso en la comparación sobre la calidad de sus respectivas músicas. En ese escenario competitivo de la comunidad de vecinos en el que el espacio –incluido el sonoro– era objeto de disputa, se fortifican las fronteras materiales mediante rejas en las ventanas o puertas blindadas como correlato de las fronteras simbólicas³⁰⁹. Francisca, Paco y Amparo, que vivían en un unifamiliar en la Colonia del

³⁰⁹ Sin embargo, en esta misma entrevista también se establecieron categorizaciones entre nacionalidades de inmigrados ("Yo por los polacos metía las manos en la lumbre"). Expresaron simpatías nacionales según la interpretación de la propia experiencia. Los modelos de conducta discretos ("ni un ruido"), los modelos físicos valorados (altos y rubios), quizás, los modelos de "pueblo" trabajadores y disciplinados (imagen positiva que se tenía de los países comunistas bajo los valores de la ética del trabajo), funcionan como sistema de atribuciones a partir

Comercio, no tenían “el problema” pero sabían que en las comunidades de viviendas obreras se mantenían conflictos por la música. Estos informantes consideraban que antes había “rateros”, pero menos. No convivían tan de cerca con los sujetos peligrosos, pero sí compartían con “los inmigrantes” una fuente de recursos importantes para ellos (en plena vejez): la sanidad pública. Dado que gozaban de mayores capitales, se atrevían a rebatir la información procedente de una emisora de radio que desviaba hacia las personas mayores el problema de la “escasez” sanitaria. La competencia por recursos escasos parecía el contexto de conformación de las posiciones en el espacio barrial:

-F: No pues mira, yo en esas casas de ahí, de pisos, donde se meten, están muy a disgusto con ellos, porque creo que están todo el tiempo con esas músicas, que no hacen caso a los vecinos, y claro... No se integran, no se integran como se debieran integrar, ¿no? (...).

-A: No, no hemos tenido problemas...

-F: Claro que no, nosotros estamos de independientes, pero por lo visto en las casas donde se meten, están muy a disgusto, pero que muy a disgusto. Yo lo sé por Manuela, porque no descansan. Y luego también ten en cuenta una cosa, porque claro hay que comprender, que hoy está toda la cosa de la vivienda mal y donde a lo mejor podía vivir una familia, viven cuatro...porque creo que están...

-P: Con hacinamiento (...).

-E: Y en el mercado, en el médico, en algún sitio ¿habéis hablado alguna vez con extranjeros?

-F: Ahí, en el ambulatorio, hay una cantidad de hispanos, cuando vas, pero vamos, yo no le he...

-P: El problema que hay es ese, que donde había dos familias, que veían los médicos, ahora se meten 2.500, y claro es que la oleada de...

-A: Sudamericanos.

-P: Sudamericanos...

-F: Pero es que, Paco, hay más: yo oí decir un día en la radio que dicen, que claro que la seguridad social, que la encarece la tercera edad, porque se consume, porque claro con eso de que son pensionistas, decían hay que tener en cuenta. Tú fíjate los hispanos que vienen, que en su tierra los pobres, y yo creo que no toman ni una aspirina, y que aquí que van al médico y ¡ras!, al médico y ¡ras!...

El discurso mediático penetra en el argumentario vecinal. José³¹⁰ afirmaba: “Es que aquí vienen sin papeles”³¹¹. El *dispositivo securitario* no se manifiesta únicamente en el poder estatal y en la aplicación de leyes y de ejercicios de autoridad, sino que tiene el efecto de transferir el control a la ciudadanía, la cual pasa a “tener derecho” a preservar su espacio vital frente a los que violan el Derecho estatal y el derecho propio:

del cual establecer una jerarquía de las simpatías y ensalzar a las personas del Este de Europa (salvo a los rumanos).

³¹⁰ José y Mari habían sido “usuarios” en servicios sociales. Una vez finalizada la relación profesional, accedieron a que les entrevistase. Ambos sufrían una discapacidad y se encontraban en una situación muy delicada, con unos ingresos mínimos en relación a los gastos de vivienda, con problemas de salud (José falleció de cáncer un año después de la entrevista) y con relaciones familiares de apoyo insuficientes (el padre de él había muerto alcoholizado poco tiempo antes y estaban enfrentados a su familia por la herencia del piso). La familia de ella les apoyaba, pero al mismo tiempo les reprochaba su “holgazanería”.

³¹¹ Como el hecho de emigrar se puede justificar moralmente desde las situaciones de necesidad, en su alocución afloró el argumento de la “ilegalidad” de la emigración. La gente puede “buscarse la vida”, pero no “saltarse la ley”: el efecto ideológico de las “leyes de extranjería” es el de la deslegitimación de quienes pueden contar con cierta aprobación a la hora de intentar mejorar su situación.

- E: ¿Pero piensas que es más fácil entrar en España?
-J: Por supuesto, aquí las leyes no son tan duras.
-M: Eso decían ayer los policías, que tenía que haber una ley más dura para el caso de un marroquí 15 veces cogido...
-J: ¡Detenido!, ¿Tú te crees que es normal?

Las categorizaciones establecidas por el complejo mediático son reapropiadas para encontrar en estos argumentos una posibilidad de diferenciarse de las nuevas alteridades. Esta es una vía inaugural de ingreso en el mundo de la corrección, de “los buenos”:

- J: ¿La solución? Que cuando termine su eso [periodo de residencia legal en España], para su casita, porque si no viene aquí sino para matar y robar...
-E: ¿Y por qué creéis que vienen aquí los extranjeros?
-J: Porque no hay ley. Aquí vienen a robar porque no hay ley, tienen sus papeles, tú ten en cuenta que en Marruecos las cárceles son muy duras.
-E: (...) ¿Pero crees que todos los que vienen delinquen?
-J: ¿Todos los que vienen? No, no, no todos, pero un sesenta por ciento sí. Un sesenta por ciento viene a eso.
-M: Todos no, pero un sesenta por ciento sí.

El convencimiento sobre el dato estadístico que mostraba José era tal que su esposa, que le otorgaba la posición de la sabiduría en temas públicos, lo repitió. El lenguaje estadístico ha ido penetrando en su vida cotidiana en forma de “citas” que apoyan el propio argumento. En otra ocasión, un señor de unos 60 años de edad afirmó en la calle que “el noventa por ciento son delincuentes, han venido a robar, incluso a matar”³¹². Pese a estos “errores estadísticos”, podemos hablar de “aciertos discursivos” en cuanto que el dato mediático se emplea para enfatizar la propia ciudadanía en un contexto competitivo. A modo de *oportunidad*, la inmigración ha conseguido canalizar buena parte de las energías críticas que se generan en un contexto de creciente asimetría³¹³. Los miembros de las capas más desfavorecidas encuentran en la población inmigrante competidores por los recursos escasos en los distintos mercados donde se juegan los recursos materiales y simbólicos (desde el laboral al de consumo pasando por el sexual)³¹⁴, y por lo tanto, una víctima propicia de la hostilidad y la frustración que genera la

³¹² El contexto de la emisión de sus palabras fue la interpelación por parte de un miembro de las Brigadas Vecinales de Observación de Derechos Humanos que estaba informando sobre los controles de identidad a la salida del metro Oporto.

³¹³ Zygmunt Bauman (2003) repasa el capitalismo de la estética consumista. Es en ese contexto en el que se despliega una hostilidad hacia los más excluidos: desprovistos del capital simbólico del que les dotaba la posesión de la fuerza de trabajo, los nuevos pobres, entre ellos muchos inmigrantes, son personas más devaluadas en la sociedad de consumo. Según Delgado (2003) “inmigrante” no es una cualidad, sino un atributo que cumple una función simbólica como chivo expiatorio que reedita la imagen del bárbaro (amenaza). Las nociones inferiorizantes de *atraso cultural* (por procedencia del “tercer mundo”) o *exceso de inmigrantes*, no son sino atribuciones devaluantes que legitiman la situación de asimetría en el ejercicio de los derechos de ciudadanía.

³¹⁴ Amalia Signorelli hace notar cómo lo que despierta mayor hostilidad entre la población autóctona no es tanto la ocupación de puestos de trabajo por parte de los inmigrantes como lo que les hace similares a través del consumo (Signorelli, 1999).

incubación de expectativas en un contexto de profunda asimetría³¹⁵. Para encontrar la funcionalidad simbólica del inmigrante, es necesaria una noción del mismo que le trate como “exterior”, como insuficientemente “vecino”. A diferencia de los toxicómanos, que tal y como narré fueron progresivamente expulsados del universo social imaginario del barrio –lo cual facilitaba la aplicación de medidas represivas sobre otras más “sociales”–, el inmigrante, como sujeto peligroso, es –desde el origen– “de fuera”, lo cual le convierte en diana de las frustraciones generadas en el marco de la hipercompetitividad, en objeto de racismo social y xenofobia como correlatos de las políticas discriminatorias.

Competitividad vehiculada por el discurso de la inseguridad

María y Jaime, aunque habían prosperado a nivel económico con su vivienda en el PAU y el colegio privado para la niña, aún conservaban muchos elementos propios del *habitus* popular-competitivo y se quejaban de que tenían que compartir el espacio público con personas “extranjeras”, introduciendo experiencias cercanas de robos para cargarse de razón:

-J: Paso al lado de ellos, porque no teníamos otro sitio por donde pasar, y tiras para adelante...

-M: Es que te sientes extraña, y estás en tu país.

-J: E intimidado...

-M: Sí, pero llamas la atención, tú estás en tu país, pero pasas al lado de ellos y se nota que eres español (...). Sí, te sientes extraña y estás en tu país. Por ejemplo, los sudamericanos, yo no digo que sea gente ni buena ni mala, pero están ahí tirados en el parque, borrachos, dejando toda la basura por todos sitios, ¿por qué tienen que hacer esto? ¡Si lo queréis hacer, hacerlo en vuestro país, pero aquí no vengáis a hacer cosas que...!

-J: Que hacen en su país.

-M: Que hacen en su país, aquí te tienes que atener a las normas de este país, yo lo veo así, no sé tu forma de, ¡que no se meten, los sudamericanos no se suelen meter!, ahora, los rumanos y esa gente, colombianos, a mí esos me causan respeto (...). Yo he visto dando un paseo, a un latinoamericano robando un bolso, sí, aquí debajo además, en la calle ésta de aquí, en la esquina, una vez estaba pasando y según me fijo en el hombre que recibió el atraco, uno se mete con un móvil dentro de la oficina, mira a ver quien saca dinero, el otro está fuera, y cuando ya el cliente ha recorrido un trecho, pues llega el otro y le da un golpe por detrás, o le empuja y le quita el dinero. Y eso, estando delante, lo vi.

-M: A mi hermano le abrieron la furgoneta estando aquí abajo, estuvieron todo el día poniéndonos el aire acondicionado, que mi hermano es calefactor, entonces nos lo instalaron en el pasillo de aquí, y no le quitaron nada, o sea, estaba en el Sabeco, yo creo, que está aquí, en estas calles, tenían ahí en la parada del autobús aparcado el coche, la furgoneta, y le abrieron. Costó más arreglar el éste de la puerta que lo que le quitaron, así que delincuencia la hay, lo que pasa es que, claro. Tampoco me relaciono mucho con la gente como para saber que...

³¹⁵ Abdelmalek Sayad (1999) recoge el testimonio de una familia de origen argelino y de una mujer mayor de origen autóctono que cohabitan en una comuna obrera de la periferia parisina. En un tono comprensivo hacia la actitud de la mujer, los miembros de la familia inmigrada contextualizan el discurso de la mujer en su sentimiento de soledad y los consecuentes “celos” que sufre al ver que ellos son una familia numerosa y bien avenida (los ruidos de los que se queja son los de las cuantiosas visitas familiares que reciben), mientras que la mujer de origen francés expresa continuamente la decadencia que sufre el barrio y la comunidad de vecinos a causa del elevado número de personas magrebíes y, especialmente, de los jóvenes (“Da la impresión de que siempre tienen ganas de golpearte...; me dan pavora”). El declive del poder social de esta mujer en relación al empoderamiento que viven, sobre todo, los jóvenes hijos de inmigrantes de su entorno, explica su discurso nostálgico.

-J: Y tampoco conocemos a nadie, tampoco estamos en la calle...

Relacionaban su enclaustramiento en espacios privados (su casa) y pseudopúblicos (centros comerciales) con el hecho de sentirse “extraños en su propio país”. Los inmigrantes son más visibles y más audibles a la hora de interrogarse por los propios déficits: al observar que los símbolos de distinción de los inmigrantes eran superiores a los suyos –lo cual les convertía en sospechosos de haberlos conseguido de manera ilegal- parecían indignarse, lo cual les llevaba a vincular el éxito ajeno con la delincuencia³¹⁶:

-M: El otro día, por ejemplo, pasaban por ahí, sobre todo los sábados y domingos está todo lleno de sudamericanos en el parque de aquí, y estaban unos rumanos, todos con un coche a cual mejor, o sea, eso es imposible, están moviendo algo, o sea, con coches de catorce millones, con ¿qué era?

-J: Era un Mercedes Compressor.

-M: Con asientos de cuero, todos con unas pintas que no veas y todos con unos cochazos, pues eso no es normal, eso, no sé.

Las categorías nacionales atravesaban su mirada sobre el entorno, pero también las étnicas, las estéticas, etc. Respecto a “los gitanos” de Pan Bendito, sentían perplejidad ante sus signos de ostentación. Los coches, símbolos de distinción interna por excelencia entre los grupos de jóvenes de este barrio, eran el elemento preferente de la colusión interpretativa: unos lo usaban como simulacro de poder y otros –como María y Jaime- los percibían como poder real, con lo cual se disparaba su discurso acusatorio y de desengaño al confirmar que no era gente humilde:

-J: Sí, yo creo que hoy en día los gitanos no son como eran, yo no sé si a lo mejor por, yo creo que ahora la mayoría se mueven por la venta ambulante, es decir, los mercadillos, se pueden mantener, y hoy en día no delinquen tanto. De todas formas, también, solamente hay que verlo, hoy en día, con los coches que llevan: llevan Audi A4...

-M: Eso es todo por drogas y por...

-J: ¡Claro!, ¿pero y qué pasa? Como mueven tanto, ya no van a atracar al obrero para sacarle 10 euros.

Los parques y los locales nocturnos a los que acude población migrante son por excelencia los principales espacios que suscitan la sospecha de inseguros. Se trata de espacios en los que existe una fuerte densidad de interacciones –y quizás por ello mayor riesgo de

³¹⁶ María, a medida que iba avanzando la conversación y enlazaba el tema de “los gitanos” con el de “los inmigrantes” fue expresando progresivamente más hostilidad. En un momento en el que se exaltó, se percató de este hecho y trató de disculparse ante la posibilidad de que sus palabras -políticamente incorrectas según la perspectiva institucional con la que tuvo contacto en los años escolares (al contrario que las personas mayores de las otras entrevistas)- fueran interpretadas como racistas por una persona joven como ella y quizás sospechosa de no ser racista. Esta corrección sobrevenida no tuvo lugar en otros encuentros y, probablemente, la corrección ha ido perdiendo fuerza ante la legitimación de coletillas como “Sí, soy racista” que he podido escuchar en el espacio público carabanchelero en los últimos tiempos.

conflictos-, pero sobre todo simbolizan la ausencia de miseria entre “los inmigrantes”. Al ser espacios de disfrute, la población que los usa se muestra en una posición distinta de la de víctima, la única que despierta cierta identificación –en forma de compasión- por parte de buena parte del vecindario autóctono. Los conflictos en estos espacios resultan novedosos en el barrio, tal y como lo expresaba Julia³¹⁷:

Yo tengo enfrente de mi casa un bar latino, la chiquita que viene a mí a limpiarme es ecuatoriana, digo: “Beatriz, con lo encantadora que tú eres...”. Un día le di dos botellas de vino, porque como mi marido se las dan en Navidades: “Ay, no, no señora, no se las cojo que mi marido cuando bebe se pone tanto”. Digo: “Pues como todos sus paisanos” [Risas]. ¿Tú sabes las veces que tengo que llamar a la policía? ¡Uy, pero qué palizas!, entre ellos mismos, ¡eh, qué palizas, como sangran, se meten debajo de los coches! ¡Ay, qué horrible, qué horrible! Ya le dijo mi marido un día a la policía: “Mire usted, o hacen ustedes algo o vamos a tomar cartas los vecinos ya,”. Es de todos los fines de semana, todos, todos, todos, a las seis de la mañana empiezas a oír ya golpes, ya sabes que están todos liados.

Los vecinos del barrio fordista y las zonas guetificadas “tienen que aguantar” la presencia de extranjeros y gitanos de manera cotidiana. Como se podrá observar, las metonimias que recorrían el discurso de Julia cumplían la función de ponerle cara y nombre a los competidores espaciales (escasas plazas de aparcamiento, habitación de hospital compartida...) ³¹⁸:

Como tenemos que sobrevivir con ellos, porque eso es sobrevivir, es horroroso (...). Ellos siempre están con que tú eres racista, tú no tienes derecho a defenderte de nada, ellos te piden dinero y se lo tienes que dar, y si tú ves que el niño está haciendo algo no dices nada, y menos si es gitano. Les vio la vecina porque estaban faltando al respeto a otro y le dio así un coscorrón, bueno, mira, vinieron toda la tribu, a pedradas limpias con todas las terrazas del edificio, no te puedes hacer una idea. Los coches, ellos para qué van a aparcar, aparcan en doble fila y si tú quieres salir, ármate de paciencia que hasta que ellos no terminen lo que han hecho no te mueven el coche (...). Cuando me operaron en el 12 de Octubre, pues me dejaban ver a mi marido, como estuve en la UCI, por una ventanita, pues como ya sabes que van cuarenta y la madre, cogieron la ventanita suya y la de mi marido, pues que mi marido dijo “No, no, yo quiero ver a mi señora”. Si les oías (...), hablando de que es que somos muy racistas, que no les dejábamos ver: ¡pero leches, si tú tienes tu ventana, turnaros!, pues no. Y a mi hijo pedirle dinero, y decir a mi hijo: “A ver, payo” (...). Y a mi marido le han rayado el coche y han sido ellos, porque tienen un vado que no lo pagan (...). No pagan el alquiler del piso que tienen, las naves, o pagan dos meses y dejan otros dos, ya sabes, por lo que es la ley, de todo, de todo, de todo, yo no los quiero ni regalaos, de verdad, no les quiero mal, ojala les vaya a todos muy bien, pero no los quiero ni regalaos.

También tenía para los extranjeros. La persona inmigrante en su puesto de trabajo, cumplidora y dócil, era contrapuesta a la imagen de las personas extranjeras en un espacio-

³¹⁷ Mujer de 55 años residente en la zona de Carpetana, colindante con el distrito Latina, en la que existe una enorme proporción de viviendas de realojo.

³¹⁸ Descontextualizadas las relaciones competitivas entre grupos en espacios de escasez, se etnifica un conflicto social que tiene otros componentes aparte de los étnicos. Teresa San Román analiza la competencia por recursos escasos en las ciudades españolas y las estrategias alternativas entre actividades regladas y no regladas empleadas por la población gitana para su sostenimiento. Las situaciones de escasez provocadas por crisis económicas han sido las más propicias para producir conflictos interétnicos. (San Román, 1997).

tiempo distinto del laboral. Según el relato de Julia, la violencia callejera y el consumo de alcohol resultaban prácticamente novedosos en el barrio, como si hubieran llegado con los inmigrantes:

Ahora sí se ha degradado un poco también, porque aquí por ejemplo que han metido sudamericanos, y no tengo nada en contra de ellos [Eleva el tono de voz], quitando cuando se emborrachan, que los odio, se han metido en muchos pisos de estos y lo están degradando muchísimo. El asunto de limpieza, que eso es lo que yo digo: ¡jolínes, yo me iba al campo, o sea, al parque (...), que íbamos a montar en bicicleta muchas veces, y pisabas el césped y enseguida tenías un guarda que te ponía una multa, y ahora les ves, porque he ido yo, con las barbacoas y todo eso, y nadie se mete con ellos! (...). Digo: “¡Jolín!, si hacemos eso nosotros nos corren a gorrazos, y aquí ellos hacen lo que les da la gana”. Digo: “¡Es que también podían aprender un poco!, vamos, digo yo, no sé”.

En una ocasión observé algunas reacciones de viandantes de edad avanzada ante el discurso de una Brigada Vecinal que informaba sobre los controles de identidad:

En Oporto un señor ha dicho: “Ya, pero yo estoy a favor de la primera frase [del panfleto], que no debe haber discriminación, pero lo del control..., la inmigración hay que controlarla, entonces es normal que lo hagan en estos barrios, que es donde más inmigrantes hay”. Otro: “¿Sabes lo que dicen los negros? Que ellos vinieron en pantera³¹⁹ y nos van a echar, y dicen que no vamos a tener suficientes panteras para irnos...” (Cuaderno de campo: observación efectuada el 16/11/2011).

Observamos cómo el tono de las acusaciones va elevándose según nos vamos acercando a aquellos que se encuentran en posiciones sociales más expuestas a la fricción ante la escasez de recursos y la concurrencia competitiva a los mismos. El enunciado “han entrado demasiados” quiere significar la “invasión” totalitaria de los extranjeros, esto es, la agresión al propio espacio vital. Así reaccionó otra vecina ante las mismas Brigadas Vecinales:

El momento culminante llega cuando una mujer llega tras leer el panfleto y les empieza a gritar: “¡Antiespañoles! Cuando vienen tienen que respetar (...). El 80% son delincuentes, y encima ayudáis a esta gente (...). Que cada país se coma sus delincuentes con patatas (...). ¡Fomentáis la delincuencia, antiespañoles de mierda, asquerosos!”. En tono tenso, no sólo se ha parado, sino que ha vuelto a encararse (Cuaderno de campo: observación realizada en la salida del metro Oporto el 10/02/2010).

Un jubilado también afirmaba en la salida del metro Oporto que él era racista, “y cada vez más”: “¡Mi padre fue emigrante y estuvo en Francia, pero iba vacunado! (...). ¡España para los españoles!”. Cogió el panfleto que le entregaban los informadores sobre controles de identidad, lo arrugó y lo lanzó al aire. Resulta evidente que detrás de estas palabras, que retomaban viejos clichés biologicistas, había un factor ideológico consolidado, pero llama la atención cómo el discurso de la inseguridad relacionada con la inmigración aparece con mayor intensidad relativa entre las personas mayores o en profundo declive de su poder social, lo cual

³¹⁹ El señor se refería a las “pateras” pero nombro “panteras” para referirse a las embarcaciones precarias que trasladan inmigrantes a la costa española. En su lapsus, el significado oscuro, agresivo y salvaje de la pantera estaba asociado con la inmigración.

deriva en muchas ocasiones en temores relativos al campo de la salud y del cuerpo (“los inmigrantes vienen sin vacunar”). En otra ocasión en la Plaza Elíptica, una mujer señalaba: “Lo que deberían es cortar el pescuezo cada vez que uno hace algo. A mi cuñado le atropelló un hijo puta de rumano y se quedó inválido”. Otro señor señaló: “¡Claro! Si los inmigrantes no tienen la culpa, la culpa es del gobierno que ha dejado entrar a todo el mundo”. De víctima se pasa a verdugo y la categoría nacional importa: una verdadera *cárcel categorial* ligada a supuestas identidades nacionales. Para liberar a los “pobres inmigrantes” de la culpa, ésta se traspasa a un gobierno “desnortado” y “buenista”. Entre las personas que más usan estas categorías nacionales cargadas de moralidad, se oscila entre un extremo y otro con el fin de legitimar su propia posición en el espacio social de manera excluyente.

Como trabajador social del distrito que recibía demandas de servicios sociales pude entrever cómo la dificultad de acceso a determinados recursos que debía transmitir ante ciertas demandas, derivaba, muy habitualmente, en una queja devaluante del otro, presuponiendo que éste partía con ventaja: “Es que se lo dais todo a los inmigrantes”. Salud y Santiago³²⁰ solicitaron en 2005 una ayuda para unas plantillas podológicas: les transmití que no era posible, pues no había presupuesto. Comenzaron entonces a quejarse de su baja pensión en relación a lo trabajado (Santiago fue un obrero manual que emigró a Alemania y Suiza, donde decía que le trataron muy bien). Esos días se producía un incidente grave en la valla que separa territorio marroquí de la ciudad de Melilla, muriendo tiroteadas seis personas africanas a manos de los policías de la frontera. El suceso fue traducido por Salud: “Vienen y van a ser más que los españoles (...), luego nos matan a todos”. Este suceso, que habían presenciado en la televisión, les permitió hablar de un grave incidente en el barrio en el que dos latinoamericanos fueron asesinados a manos de otros extranjeros. Cuando cuestioné sus afirmaciones, oscilaron hacia una visión paternalista en la que los culpables se convirtieron de repente en víctimas: las imágenes de la verja de Melilla eran ahora fuente de misericordia (“la pasada noche han matado a seis, ¡pobrecitos!”). Continuamos hablando de “los inmigrantes” y la opinión que les merecían las mujeres latinoamericanas que limpiaban su casa como auxiliares de ayuda a domicilio era muy positiva:

Lo contentos que estamos con las chicas de fuera que nos mandan (...). Nos mandaron una vez una española y era una guarra, pero éstas son muy buenas y muy amables. La gente nos dice que no las dejemos en la casa que nos van a desvalijar, pero son muy buena gente, muy educadas.

³²⁰ Septuagenarios.

Todo apunta a que la posición de relativo poder con respecto a las imaginarias “chachas” les libraba a ellos de la necesidad de competir por un recurso escaso o en riesgo, lo cual se transformaba en discurso favorable. Mari y José, sin embargo, no disponían de ninguna escala de práctica en la que pudieran sentirse en situación de superioridad. Eran usuarios de las ayudas sociales en forma de migajas, pero suscribían con fuerza el discurso sobre el deterioro del espacio público: su legitimidad social se jugaba en todos los campos y la condición de víctima – de desempleo, de precariedad, pero también de delincuencia- era la única que les daba acceso a recursos mínimos:

- E: ¿Entonces por qué creéis que ahora hay más inseguridad?
- M: Porque hay más extranjeros...
- J: No hay trabajo y de algo hay que vivir, el hambre es muy mala...
- M: Y el hambre es muy mala.
- J: No, y vicio, vicio, vicio...
- E: ¿Y creéis que hoy en día los que roban es por hambre?
- J: No, no, no, es por vicio. (...) Es que trabajar cuesta menos [Se ríe].

Aunque inicialmente emitían un discurso que vinculaba delincuencia con “hambre”, posteriormente José pasó a una concepción moralista (de la que ellos mismos habían sido objeto)³²¹: “el vicio”. Finalmente pasaron a un tercer argumento que procedía del pasado y que ellos reactualizaban: el de “los vagos” (y las leyes que su presencia invocaba). Ellos mismos habían sido víctimas de las mismas etiquetas por parte de sus familiares, vecinos y profesionales: “pobres”, “viciosos” y “vagos”. Al depender de la escasa ayuda de la parroquia, relacionaban su propia escasez con “las mafias” especializadas en “pedir”, un fenómeno nuevo:

- J: Hay mafias para pedir en la puerta de las iglesias. Yo les he visto pegarse entre ellos.
- E: ¿Pero antes no pedían en las puertas de las iglesias?
- J: No, no, no, yo esto no lo veía antes. Es en los últimos 25 o 30 años, con Franco no pasaba, porque estaba la “Ley de Vagos y Maleantes”.
- E: ¿Y crees que estaba mejor?
- J: Sí, sí, sí, sí, porque tenías trabajo.

“Yo me hablo con todo el mundo, me da igual que sean gitanas o no, o de todas las razas que hay”. Pese a que todo indicaba que interactuaban de manera cotidiana con “gente muy diversa”, en su discurso debían defender lo propio. Dialogando con la pareja sobre la vida escolar de su hijo, manifestaron que no le habían cambiado a un colegio concertado, al contrario que otros padres y madres del barrio: “Se creen que no va a haber tanto extranjero y están equivocados porque van igual”. Pese a su profunda subalternidad, usaban un discurso muy

³²¹ Por los comentarios de sus familiares a los que tuve acceso, José era opinado como un holgazán que además no administraba bien el dinero y maltrataba a su esposa, mientras que Mari era inhabilitada como madre en esas mismas opiniones.

alejado de su propia experiencia, lo cual les delataba como malos actores (sociales), intentando diferenciarse pero de una manera muy descarada (mucho menos sutil que los habitantes de barrios como el PAU):

-E: ¿Y tú qué cambios has visto en el barrio?

-J: ¡Uf!, muchos, demasiados... En contra (...). No es igual que antes. La juventud, nada más que por beber litronas, beber (...). Antes me lo pasaba de puta madre con 5 céntimos. Y lo primero que yo nunca he bebido por ahí en un parque, ni he molestado a los vecinos como ahora hasta las cuatro de la mañana haciendo botellón.

-E: ¿Pero eso lo has sufrido tú directamente?

-J: ¡Buah!, el colegio ha tenido que llamar a la policía cuarenta mil veces, porque roba en el colegio, se roba, huele a quemado, han hecho virguerías, han venido los bomberos.

-M: Y detrás de donde vivíamos nosotros se ponían en el parque, ahí, con las botellas.

-E: ¿Y os molestaban?

-J: A todos los vecinos, y menos mal que hicieron un aparcamiento ahí, porque querían hacer un parque y dijimos que no. ¿Un parque aquí? No, porque tenemos que salir con una escopeta para que se vayan, no, de eso nada.

Su ciudadanía fallida, a pesar de su españolidad, se revelaba también en el hecho de mostrarse tan hostiles. Al contrario que los reflexivos “progres” con ciertos capitales, que diferenciaban la seguridad objetiva de la subjetiva, para ellos los indicios securitarios confirmaban la inseguridad: el miedo era explicativo del peligro, y no al revés:

-J: Las casas ahora con rejas hasta el primer piso, yo nunca, nunca... Iba a casa de un amigo mío y estaba la puerta abierta (...). En el primer piso les robaron y tuvieron que poner unas verjas, y los de arriba de nosotros, los de al lado..., hasta las terrazas están con verjas.

-M: Yo de pequeña iba a pedir el aguinaldo con mis amigas a las casas, ahora se creen que vas a robar.

-E: ¿Pero antes no había robos?

-J: Yo en el barrio nunca he escuchado robos... [Silencio] Porque siempre ha habido robos, pero esta exageración, no (...). Porque ha cambiado mucho la sociedad, somos más egoístas. Más materialistas. Los chavales hoy en día se meten con los video-juegos, no saben, no saben jugar.

La sobre-actuación de ciudadano “cabreado” de José (“un moro delinque y ya tenía 15 delitos”) parecía indicar un intento de producción de un “nosotros” que sentía que no tenía al haber sido excluido del mercado laboral, de las relaciones familiares y de buena parte de las barriales³²². Su necesidad de construir una causa común cristalizaba en el discurso nacional-securitario con el que aspiraba a ciudadanizarse. Habían sido tachados de viciosos y vagos por sus respectivas familias y vecinos y ellos recurrían a la misma estrategia de diferenciación con respecto a los nuevos “otros”. “Tú ve por aquí, por los establecimientos de Carabanchel y te lo pueden decir más claro”. La comunidad de los cabreados, la de las víctimas de la inseguridad

³²² Muerto “el abuelo”, habían tenido que abandonar la casa y comenzar a pagar un alquiler subvencionado por los servicios sociales y por Caritas al ser apremiados por los hermanos de él (con quienes ya “no se hablaban”). Estos conflictos familiares habían mellado su sentido de pertenencia al mundo social teniendo en cuenta, además, que la familia es el grupo de filiación más importante en su mundo cultural.

ciudadana, establece lazos entre sí y construye así performativamente la *comunidad de los inseguros*.

Son las personas en situaciones más precarias y vulnerables las que expresan miedos más intensos, pero, además, las que elaboran con mayor ímpetu discursos de la inseguridad. Precisamente, la frustración o decadencia de proyectos de vida en un marco competitivo parecían trasladar al resto del entorno la desesperanza y el pesimismo antropológico en forma de discurso anti-otro. Es lo que le ocurría a Isabel, perceptora de la Renta Mínima de Inserción y diagnosticada de una enfermedad mental, que en una entrevista afirmó: “A las seis de la mañana, cuando mi hija sale a trabajar, tienes que ver tú lo que hay por ahí”. Se refería a las personas de rasgos fenotípicos supuestamente extranjeros que salían a sus respectivos empleos a la misma hora que su hija: “Porque yo he visto las navajas así [Señala la longitud de su antebrazo]”. Trataba de poner en oposición frente a mí, un funcionario de despacho, su experiencia: “Porque vosotros, desde vuestros despachos no veis nada de eso, pero por la noche...”. Esta mujer emigró a Francia en la década de los 60 y vivió allí durante años trabajando como empleada doméstica. Su experiencia de subalternidad en París se correspondía con una posición socialmente devaluada que ahora proyectaba sobre quienes se situaban por debajo en la jerarquía social y que, además, constituían sus competidores por los recursos sociales escasos. Estaba diagnosticada de esquizofrenia, pero su discurso no escapaba del ámbito de realidad cultural en el que vivía: un entorno que la abordaba como “rara” pero que le dotaba de las estrategias discursivas para afirmarse como sujeto de derechos por el *capital nacional* del que gozaba (nacionalidad española como fuente de legitimidad) y para defender su porción de recursos ante la supuesta amenaza de una masa de extranjeros “que vienen a quitarnos todo”³²³. Las personas en declive tienen que reactualizar continuamente su posición victimista de cara al reconocimiento señalando a otros culpables que “se llevan todas las ayudas... y encima vienen y nos matan”.

Pero el objeto de este discurso competitivo que instrumentaliza la “inseguridad ciudadana” no es únicamente la población gitana o extranjera. Incluso en el espacio doméstico las luchas de poder buscan el reconocimiento estatal como víctima. Sonsoles y Antonio se apropiaban del discurso del populismo punitivo para aplicarlo al caso de su propia descendencia:

³²³ Al formular esta afirmación, esta informante también evocó la imagen de la valla que separa Melilla de Marruecos y que, en los días que precedieron a la entrevista era primera plana en los medios de comunicación por los “continuos asaltos” que sufría por parte de inmigrantes africanos deseosos de cruzarla, lo cual no fue un hecho aislado, ya que durante esa semana fueron varios los usuarios que atendí que emplearon la misma imagen como metáfora del advenimiento de tiempos de invasión. La respuesta del gobierno español, consistente en la elevación de la valla hasta los seis metros de altura, fue representativa de la lógica que impera en el abordaje de estos conflictos.

Yo quería un internado o algo para mi hija (...), pero en este país, como no sea que mates a alguien, o hagas algo, o robes en un banco o lo que sea, a los niños no les hacen nada, que los padres se “aventilen” con ellos”.

El discurso sobre la inseguridad más que expresar el miedo del emisor le convierte en actor demandante, pudiendo ser empleado incluso en las reivindicaciones laborales. Así es como en los distintos centros de servicios sociales en los que he trabajado, desde alguna limpiadora a algún trabajador social, he escuchado de miembros de prácticamente todos los cuerpos profesionales reivindicaciones de mejoras laborales esgrimiendo los riesgos de agresión que sufrían (en una ocasión, una limpiadora que exponía sus méritos manifestó: “¡Que una vez la lió un marroquí...!”).

Cruzar la última frontera para formar parte de la comunidad de los inseguros

Una estrategia de “integración” empleada por buena parte de la población migrada en Carabanchel consiste en asumir discursos en contra de otros inmigrantes. Clarisa³²⁴ sólo se relacionaba con población “española” y manejaba estereotipos y argumentos muy similares a los de buena parte de la población autóctona adulta y mayor. Parecía estar en proceso de ascenso en su proyecto integracionista y empresarial, lo cual destilaba una visión del barrio como “bueno” (*barrio víctima*), salvo los producidos por los inmigrantes que no se adaptan a los españoles (*culpables* dominicanos y ecuatorianos, competidores que podían afectar negativamente a su imagen como extranjera latina y a su estrategia empresarial):

Yo soy extranjera, pero si estoy aquí tengo que actuar como alguien de aquí. A mí particularmente, no me gustan los dominicanos, los ecuatorianos, les veo que se sienten muy superiores, se creen que están en su casa y se puede hacer todo lo que les venga en gana. Lo sé porque cerca de mi casa está (...) un bar de dominicanos y eso, es que no respetan, todo el fin de semana la policía ahí, es que no respetan, porque hay que respetar las normas, los horarios, la vida de los demás...

Si una de las maneras más factibles de ciudadanía es la adhesión al discurso de la inseguridad, no cabe extrañarse de que muchas personas migrantes lo incorporen en su

³²⁴ Entrevista realizada en marzo de 2009. De origen brasileño, Clarisa trabajaba todo el día en el bar que regentaba y se relacionaba con los españoles que acudían al mismo adaptándose a sus costumbres (comidas, “formas de ser”, decía ella). Su marido era de origen español y llevaba su hijo (nacido de una relación anterior en Brasil) a un colegio concertado. Todo esto configuraba, en su discurso, una sensación de mejora con respecto a Brasil. Según decía, la policía nunca la había “parado” y no parecía tener ninguna queja de las instituciones, ni siquiera de las dedicadas a los trámites de extranjería (“todo está muy ordenado”).

actuación de la “integración”. Fabiola³²⁵ valoraba, fundamentalmente, todo aquello que le permitía atesorar un capital social en España. Estaba integrándose, disciplinando su cuerpo. Además de bajar el volumen de la música, exhibía un discurso sobre el éxito de las “políticas de integración” que se complementaba con la guinda securitaria: la juventud latina, que pasaba mucho tiempo en la calle, ya empezaba a formar parte de las bandas como resultado de la despreocupación de los padres, que sólo quieren “sacar dinero”. La culpa era de las propias familias inmigrantes, que además de “sacar” la riqueza, generaban miembros de bandas latinas al perder los valores disciplinarios de la cultura de origen:

-F: Lo que más me importa..., relacionarme bien, a mí me gusta conocer personas de un nivel intelectual un poquito más alto el que tiene una, aprender a convivir bien con los españoles (...). El único problema que tengo yo es que soy muy ruidosa, que me gusta mucho la música, soy una persona que soy muy alegre o si suena un disco que me recuerda a mi país, le subo el volumen [Se ríe], y aquí en España lo que se lleva un poquito mal de los latinos es eso, que somos muy ruidosos (...). Ahora estoy como adaptándome a ser un poco silenciosa y a tener un poco de tranquilidad. Ahora se habla mucho de los latinos, la misma Comunidad de Madrid hace fiestas, como te digo yo, dejan sitios para que los latinos se queden, porque claro, antes invadíamos un parque y ahí se sentaban todos los colombianos, en otro lado todos los ecuatorianos, y se hacía muy mal, se hacían mal las cosas, y había mucho problema, pero ahora que han dejado cada sitio para unas personas y sus reglas, hay más organización y se ve que los latinos hemos aprendido un poco la organización juntos (...).

-E: ¿Y preocupaciones relacionadas con la ciudad, con Madrid?

-F: Un poco la juventud, porque ahora mismo veo que es demasiado violento (...). En mi país es que eso no se nota, no se ve mucho, tan solo en las partes más bajas (...). La libertad se la han tomado como libertinaje, a veces pasan de los padres, un poco eso sí me preocupa (...). Y ya empiezan con las cosas que hay ahora, por ejemplo, que hay muchos chicos por la noche, las bandas estas del Latín King que se formaron, pero es por eso, porque la mayoría, los padres están trabajando, no tienen tiempo de..., a veces dicen: “Hay que tener mucho tiempo”. No, a veces es la calidad de tiempo que se da, no la cantidad. Es un poco eso, que aquí los latinos nos encerramos en sacar dinero, sacar dinero, sacar dinero, y nos olvidamos que está el hijo ahí y que hay que tener tiempo para él.

Adoptando el discurso hegemónico se puede atravesar más fácilmente la barrera social entre autóctonos y extranjeros. Aunque no consideraba Madrid una ciudad peligrosa en relación a las ciudades colombianas, la inseguridad discursiva aparecía en forma de “exceso de libertades” de esos jóvenes latinos³²⁶. Las políticas de integración diferenciadoras de identidades que Fabiola aplaudía eran, sin embargo, consideradas por muchos “españoles” como políticas “a favor de los inmigrantes” que echan gasolina al fuego de la xenofobia. Teresa, de origen brasileño y “muy integrada”, estudiaba empresariales, tenía un novio español y suscribía el discurso xenófobo que la rodeaba apoyado en la creencia de la escasez como estrategia de

³²⁵ Fabiola con 30 años en el momento de la entrevista (2006), tenía dos hijas en Colombia a las que no veía desde que llegó a España (unos 6 años atrás) y otro hijo fruto de una relación en Madrid, pero cuyo padre no se hacía cargo.

³²⁶ Se trataba de una enunciación discursiva, sin que aflorase la oralidad (el habla en primera persona). Las estrategias discursivas servían para su realidad práctica y socio-material, pero el mundo de las emociones, las lágrimas, aparecieron al hablar de Colombia y de sus hijas.

legitimación individualista. Opinaba que debía haber más controles de identidad hablando en primera persona del plural de evitar la redistribución de la riqueza (“estamos repartiendo”):

Creo que debería ser más constante, porque si hay crisis mundial ahora mismo y España está en ella, hay que repartir la riqueza, ¡y estamos repartiendo entre gente que no está haciendo nada! Porque muchos inmigrantes están entre que no está trabajando, o sea, cómo vamos a dar sanidad a esta gente, cómo vamos, porque no tiene médico de cabecera pero va a urgencias y se le atiende, y me parece bien que se le atiende, pero lo que no me parece bien es que se permita tanto estar aquí, y más personas que roban, son ilegales, como roba y es inferior a 500 euros, le sueltan, ¡pero eso es ilegal!, y los que están aquí están, o sea, haciendo la vida a los españoles imposible, porque están robando porque no tienen trabajo porque son ilegales. O sea, al ser ilegal, roba, y no tiene trabajo porque es ilegal, pero aún así, roba y no pasa nada, o sea, me parece un poco..., ahí había que tener un control un poco mayor, aunque haya que tratarlo igual como un ser humano (...). Yo creo que sobreprotegen mucho en algunos aspectos, lo mismo que hace el gobierno, eso de que porque es inmigrante tiene que estar más cuidado, y eso yo creo que desfavorece al español, al español de la tierra, castizo [Golpea la mesa con el puño].

A la competencia desleal de los inmigrantes se sumaba nuevamente la delincuencia encarnada por las bandas latinas:

-T: No están acostumbrados a las pandillas, tipo Latin King y todo este rollo, yo he vivido mucho esto en Brasil, yo vengo de un barrio que era de matadores prácticamente, y eso yo creo que hay que tener mano dura, o sea, una delincuencia que aquí no existía no hay que tolerarla tanto. Que no se confunda con un grupo de amigos que se reúnen con un grupo de delincuentes, esa confusión que no la ocurra. Otro problema es el territorial que hay en Latinoamérica, que si esta cancha de fútbol vengo yo no puede venir nadie más, y eso tampoco hay que permitir, hay ecuatorianos que se toman unas canchas de fútbol y son suyas, y eso no, eso no.

-E: ¿Y eso lo has visto en tu barrio?

-T: Porque lo he visto en televisión, y en mi barrio hay un sitio donde van unos ecuatorianos a jugar pero no he escuchado y he visto españoles ahí jugando, luego no creo que tengan problemas con eso, y sé que son así porque soy latina, somos un poco difíciles, aunque yo me considero más española que sudamericana [Risas].

Las situaciones óptimas de integración se producen gracias a la exclusión discursiva de una parte del colectivo inmigrante, la cual podría perjudicar sus estrategias individuales de ascenso. Petra lo tenía claro:

-P: Mira, la policía yo no digo que es buena, qué puede hacer con la ley y con los extranjeros que molestan a por lo menos los ciudadanos de nuestro barrio, vamos. La problema es... [Piensa], una cosa es ser malo y otra cosa es ser justo. Si hacen algo malo, que, que, que cojan la medida que sea, que no me importa que es extranjero con papeles o sin papeles, sino lo único que yo voy a hacer es sacarle del país (...). [La policía] Que tenga que ver la parte mala de los extranjeros, no en general que tenga que identificarte o que tengas que llevar el pasaporte encima, no (...). Las personas que se ve a la distancia que son malas personas, tiene que...

-E: ¿Tú cómo lo ves?

-P: Pues es el modo de cómo te comportas, porque no tienes que ser policía para darte cuenta de una cosa que te va a hacer, además habla feo, además... Tú lo has visto en la tele en el metro que dan una paliza.

Poco antes de la entrevista, a Petra y a mí nos había parado el vigilante de un centro comercial para registrar mi mochila. Este hecho le había indignado, ya que el vigilante no había

atinado en su control selectivo. Este vigilante y la policía deberían detener a “los malos”, cuya maldad se evidencia en su cuerpo y en su mal-hablar. Las oralidades fallidas están indicando su carencia de ciudadanía, según se puede deducir de su discurso. Por ello, para Petra el control policial sobre algunos extranjeros quedaba justificado:

Así, que son buenos. Para mí, pero para la gente, para los madrileños, digo, pues no está bien... Yo entiendo muy bien cuando se queja la gente de los extranjeros (...) porque tienen razón, la gente dice porque tiene inseguridad de, no de los extranjeros, porque hay de todo, pero en general de los extranjeros (...). Pues por casualidad, siempre se oye que han sido extranjeros (...). Me agobia un poco de oír rumanos que han hecho no sé qué... Me duele, la verdad, pero luego digo: “¿Por qué me duele si no soy yo?”.

De la ofensa por pertenecer a un colectivo señalado como peligroso pasó a la conciencia de que ella era un individuo diferenciado del resto del colectivo de rumanos, del cual Petra se sentía muy decepcionada por el escaso apoyo que le había procurado. Su asociación con la ciudadanía, con los españoles, y su clara diferenciación de “los extranjeros”, conformaban un discurso estratégico orientado a diferenciarse:

Yo en España no he tenido problemas ni con los españoles que me pagaron mal, me pagaron poco. Sí, cualquiera quiere aprovecharse, pero si a ti no te conviene, te vas y al fin encuentras gente: yo encontré buenísima (...). Yo no creo que se hagan diferencias de extranjeros y españoles. Lo único que te puedo decir es la sanidad: ¡Yo creo que los españoles tienen menos derechos que los extranjeros!

Mor³²⁷ hablaba de la inmigración como “exceso”, lo cual le producía una suerte de autoinculpación. Pero para no verse asociado enteramente a ese exceso, desarrolló la estrategia de diferenciación señalando la peligrosidad de una parte del colectivo migrante, una vez más, las bandas latinas:

Los latinos tienen dos bandas rivales que son los Latin King y los Ñetas y que se pelean entre ellos. Eso es sólo lo que veo un poco difícil como resolver ese problema, pero, aparte de eso, yo no veo ningún problema, en la convivencia, sólo lo que les está pasando a los hermanos latinos, que tienen esos jóvenes que se comporten así, matándose entre ellos, eso es lo que me da pena.

Llama la atención cómo las “bandas latinas” han simbolizado durante la última década el conflicto social nacionalizado y vehiculado por discurso de la inseguridad. Todo apunta a que su relevancia ha sido incluso mayor para la población migrante que para la autóctona a la hora de detectar un posible foco de estigmatización y represión del hecho migratorio, por lo que buena

³²⁷ Mor tenía unos 40 años, llegó en la década de 1980 a Europa y participaba activamente en una asociación de senegaleses.

parte de las estrategias de ciudadanización discursiva van encaminadas a diferenciarse de esos “malos” inmigrantes.

Formar parte de un nuevo sujeto político representable, el de la *comunidad de los inseguros*³²⁸. Esta comunidad la forman quienes sintiéndose interpelados por los discursos identitarios de la inseguridad quieren formar parte del “lado bueno” moral que lleva implícito. “Sentirse” inseguro posibilita la entrada en el *nosotros* nacional, ya que sitúa al emisor en una posición de sujeto de derechos. La adhesión es activa: no puede interpretarse en términos de subordinación aquiescente a la ideología de “el poder”, sino que debe ser leída en términos de reapropiación y resignificación para ser aplicada a la propia realidad cotidiana mediante estrategias –excluyentes– de obtención de recursos y reconocimiento social.

Sí, somos chungos, ¿pasa algo?

Una última tipología discursiva que favorece el imaginario de la inseguridad es la que empleaban algunos niños y adolescentes para obtener reconocimiento social: no cuestionaban la “inseguridad” del barrio sino que la ponían en valor como estrategia de inclusión. Estaban en guerra, si bien no siempre tenían identificado al enemigo (se esconde en cualquier parte y hasta lo llevan dentro) ni sabían/podían combatirlo. Su *performance* era sencilla: “mejor ser malos que no ser”. Sabían que su mundo estaba jerarquizado por el distinto grado de reconocimiento social –ligado al “ser”– que se obtiene en forma de distintos capitales y ya tenían experiencia de cómo a ellos no les caían casi nunca esos reconocimientos. Ni la escuela, ni la familia, ni los vecinos del barrio, ni diversas autoridades con las que se topaban –cada vez más, policías, educadores, etc.– les trataban como valiosos. Su única forma de valorización era, sin embargo, horizontal: entre “sus iguales” actuaban roles hipermasculinos para, al menos, hacerse pasar como “diferentes” sobreactuando una identidad. El reconocimiento de los que estaban en la misma posición sólo vendría si demostrasen fortaleza, valentía, agresividad y masculinidad, esto es, si fueran capaces de dar miedo. Proclamando a los cuatro vientos “soy malo” podían evitar los riesgos reales del hecho de actuar como verdaderamente “malos”: lo que producía miedo eran sus amenazas, no sus prácticas. Por eso, cada cual en su escala (desde los que practicaban la violencia física a los que simplemente cometían “travesuras”), algunos niños del barrio hacían

³²⁸ Me apoyo en las nociones de Judith Butler (quien a su vez parte de los análisis foucaultianos y derridianos sobre el sujeto y la representación) acerca de la producción de figuras, comunidades y sujetos, tanto por parte del Estado como por quienes tratan de oponerse a él o de arrancarle derechos. Butler (1998, 2007) analiza desde una perspectiva de género la producción social de las nociones de “hombre” y “mujer” por parte de la estructura patriarcal, pero también de los primeros feminismos. No se trata de deconstruir el género únicamente, sino también el propio sexo: ambas tienen un carácter performativo, se teatralizan, no rellenan de contenido a un “yo” previo.

una dramatización para dar miedo –y así dominar verticalmente- y obtener reconocimiento –y así ejercer poder horizontalmente³²⁹. Esto no significa que fueran peligrosos delincuentes: de hecho apenas algunos de ellos eran pequeños “infractores”. En un encuentro con un grupo de niños procedentes de familias inmigrantes en situación de alta precariedad, los más desinhibidos buscaban en todo momento destacar con comentarios sobre violencia. Actuando la problematización obtenían de parte del resto de compañeros sus risas y su mirada. Eran “hijos de los problemas”: sus padres eran un problema –lo decían los noticieros continuamente al criminalizar al colectivo migrante- y además esto, tal y como lo percibían, se corroboraba en algunos casos en la vida cotidiana –el padre de uno de ellos había sido detenido por conducir borracho, de lo cual se avergonzaba-. Las monitoras de estos niños se quejaban de que en una ocasión hicieron una sesión sobre su visión del barrio y “sólo salieron cosas malas” (droga, peleas, etc.). Según ellas, “es lo que vende”, conscientes de que en sus actuaciones no estaban anunciando su ejercicio de la violencia sino protegiéndose de la misma mediante el reconocimiento.

Pero si hay una edad social en la que se dramatiza la maldad, ésta es la construida en el lenguaje psicológico como “adolescencia”. El contra-posicionamiento simétrico en el binario víctimas vs. culpables de algunos adolescentes y jóvenes consiste en ostentar una estética transgresora y una presencia grupal potente. De las palabras de Dani³³⁰ se podía deducir la búsqueda de afirmación mediante la explotación de los símbolos que generan temor y la exageración de ciertos rasgos superficiales con el fin de hacer explícito y visibilizar el conflicto social que vivía con los adultos, las autoridades o los “pijos” (jóvenes conformistas):

-E: ¿Y tú y tus amigos habéis tenido sensación, por ejemplo, de ir por la calle o estar en el parque, y dar miedo a otras personas?

-M: [Risas] Hombre, sí, pero es normal. Cincuenta personas que van juntas, andando por una calle todos con pintas, pues sí, algunas personas mayores sí que tienen (...), nos ven a todos con pintas y...

-E: Pintas como tú, por ejemplo.

-M: Sí o peña con cresta levantada, o peña rapada, con botas y asusta (...). Un día que íbamos a una mani en Usera, estaban, estábamos todos en el metro, ¿no?, y un vagón, ¿no?, un vagón lleno de nosotros, se abren las puertas y va a entrar la novia, entra la novia, se sienta el novio, nos miran, coge el chico a la novia y se piran [Risas], y no les habíamos dicho nada, estábamos ahí, y se fueron al otro vagón, nos

³²⁹ Me apoyo en las tesis de Rita Laura Segato (2007) sobre el mundo de los narcos en la peligrosa Ciudad Juárez (un contexto evidentemente diferente). La hipótesis que plantea esta autora para explicar el feminicidio de Ciudad Juárez es la existencia de dos ejes de relación: uno vertical, mediante el cual los narcos hipermasculinos necesitan ejercer su superioridad mediante la violencia sobre los cuerpos contruidos como inferiores (femeninos), y otro horizontal, basado en el reconocimiento de la *fratría* de iguales. Es este último eje al que Segato presta más atención para tratar de explicar la violencia sobre los cuerpos de las mujeres de Juárez como mensajes cifrados dirigidos a los demás miembros de la *fratría* esperando el reconocimiento social de los mismos. En absoluto estoy comparando sendas realidades pero me sirvo de este esquema interpretativo al considerar que arroja luz sobre el comportamiento de los “tipos más duros” de un barrio como Carabanchel.

³³⁰ Dani tenía 17 años en el momento de la entrevista.

empezamos a reír, no les dijimos nada y se fueron, íbamos cincuenta personas, todo el vagón lleno de nosotros, íbamos a una mani, habíamos quedado todos en Aluche.

Raquel³³¹, como Dani, también se adscribía a una estética “antifascista” que, según afirmaba, asustaba a “señoras mayores”, incluida su abuela. La estética innovadora era empleada como fuente de provocación que permite negociar su poder social, generando alguna dosis de inseguridad sobre algunas personas:

- R: Yo creo que miedo no, a lo mejor un poco de..., miedo no... Por ejemplo, las señoras mayores, muchas veces, vamos, la mayoría, cruzan de acera o se cogen el bolso, ¿sabes?, eso me ha pasado (...).
-E: ¿Y recuerdas alguna escena concreta, en el autobús?
-R: Sí [Se ríe] (...), pues por ejemplo una vez que bajé a por fruta, que me mandó mi madre un momento, y tampoco es que yo fuera vestida muy estrafalariamente, ¿sabes?, y estaba yo en la cola para pagar e iba una señora mayor con una chica que la cuidaría o algo así, y dijo “¡Ay, Nieves, cógete el bolso que mira que gente hay por aquí, no sé qué no sé cuántos!” pero yo paso, porque si me afectase todo eso.
-E: ¿Y crees que tus pintas dan miedo o...?
-R: [En un tono más animado] Miedo no, pero..., por ejemplo, mi abuela me dice “¡Ay, que pareces una delincuente!” pero yo no soy una delincuente, ¿sabes?, me da igual lo que la gente diga, a mi con tal de que no me peguen por la pinta que llevo, a mi me da igual.

Para Yonattan, Jenni y Silvia, tres adolescentes empeñados en transmitir que se encontraban en “el lado malo”, las batallas entre los “Latin”, los “Dominican don’t play”, los “Africorcón” o los “LMC” (“Los Más Cabrones”) eran narradas como auténticas guerras en las que ellos conocían de cerca de algunos de sus protagonistas. Jenni rememoraba los acontecimientos de 2007:

Como en Alcorcón cuando hubo eso de los Latin con eso. Pues con el que empezaron la movida ese era amigo mío. Le pegó un Latin un pedrazo a un Africorcón, a Toni el Negro, y claro, se montó dos bandos con todos los Africorcón, los *skin heads*, vinieron de todos los lados de Alcorcón.

Estos acontecimientos son sobredimensionados por los adolescentes en colusión con el *complejo mediático*. Disfrutaban hablando de su estigma: en pro de la visibilización, resignificaban lo que les inferiorizaba y lo transformaban en motivo de orgullo identitario generacional. Jenni y Silvia eran buenas, pero podrían ser malas: el grupo era su refugio y por una amiga estaban dispuestas a pelearse:

- V: alguna vez hemos tenido movidas. Yo soy muy buena con quien es bueno conmigo. Una vez alguien es malo conmigo, me faltan al respeto o algo, yo no me callo, ¿sabes?
-S: Pues yo nunca me he pegado, pero por una amiga, pues sí.
-V: Yo no me voy a quedar quieta.
-S: No, a lo mejor, que está así una amiga, viene una piba, viene así, “¡Eh tú!” pues que ya vienen a buscar la movida las pibas, pues te quedas así, “¡Tú qué!” Vienen aquí de flipadas, es que muchas veces

³³¹ Raquel tenía 15 años en el momento de la entrevista.

la gente te ven así, se creen las divas, yo qué sé, las divas, pendientes de oro (...). Me refiero a las pipas estas que van..., que luego son unas pipas, sabes, son todas unas pipas.

-E: ¿Qué es "pipas"?

-V: Pues que van de chulas cuando van juntas y luego las ves solas y es que se cagan.

-S: Que tienen que ir ocho para hacer algo. Eso no vale, si eres una persona que va pa'lante tienes que tirar pa'lante siempre.

Tanto chicos como chicas pueden emplear el discurso identitario masculinista reivindicativo de su potencial maldad en su "guerra fría" barrial particular. Podemos interpretar estos gestos como formas de ciudadanizarse, en el sentido de que emplean su "maldad" como forma de negociación política informal (Reguillo, 2000, citada en Urteaga y Feixa, 2005). Con estas actuaciones intimidatorias persiguen el reconocimiento mutuo y el de los adultos, los verdaderos "ciudadanos", jugando con su marginalidad simbólica como sujetos de "inseguridad ciudadana". Su aparente indisciplina debe encontrar respuestas institucionales (endurecimiento de la "Ley del Menor", consideración del profesor como "autoridad pública", asunción de los progenitores de las responsabilidades jurídicas a las que puedan dar lugar los actos de sus hijos...). En el caso de Silvia y Jenni, sus padres fueron eternos adolescentes: la ola de heroína que arrasó con el excedente de fuerza de trabajo de la crisis de los años ochenta del S. XX se llevó por delante si no biológica, al menos sí socialmente a sus padres³³². Jenni no cesaba de hablar de lo "chungo" de su barrio (memoria del discurso del *barrio culpable* de sus padres), pero al mismo tiempo quería dejar claro que conocía "a todo el mundo". El capital social en los "bajos fondos" barriales era algo por lo que podía ser reconocida por sus iguales. Por otro lado, su capital físico (Yonattan se dedicaba al boxeo y Jenni exhibía una imagen facial llena de *piercings*) y la ostentación de su pertenencia al "submundo" de las drogas, de los "locos", constituían una pantalla –débil, casi transparente– para ocultar su vulnerabilidad social³³³. No hay futuro: "dentro de veinte años me lo diréis". "Ayer vi una pelea que le habían rajado a uno (...), puede ser por la cocaína, o cosas peores", decía Silvia; "Ahora se pegan por un porro, antiguamente yo recuerdo que se sentaban y el porro iba rulando. Ahora no, ahora es: ¡pásamelo, pásamelo!", decía Yonattan: el advenimiento de la locura, de tiempos más violentos

³³² Los abuelos fueron quienes se encargaron de Silvia desde pequeña envueltos en el cúmulo de inseguridades que generaba el recuerdo del "fracaso" que tuvieron con sus hijos (un fracaso que en los ochenta era aún social pero que cada vez más se fue asumiendo como individual y familiar con el martilleo discursivo de las instituciones, los medios, los servicios sociales, etc.).

³³³ Yonattan, Jenni y Silvia eran amigos del barrio desde hace varios años. Los tres habían frecuentado los grupos de adolescentes coordinados por los educadores de servicios sociales. Yonattan procedía de una familia gitana y reside en una vivienda de realojo e intentaba relacionarse continuamente tanto con "payos" como con "gitanos". Jenni, por su parte, tenía apenas 17 años y había vivido en distintos centros de menores al haber sido tutelada por la Comunidad de Madrid por la toxicomanía e impedimento para hacerse cargo de ella por parte de sus padres. En el momento de la entrevista (noviembre de 2008) residía con sus abuelos en el barrio, aunque vivió una temporada "casada" con un vecino "gitano" de Yonattan. Su padre estuvo preso en la cárcel de Carabanchel. Por su parte, Silvia vivía con sus abuelos y sus padres también eran consumidores de heroína. De los tres adolescentes era la que menos actuaba su "maldad".

que en el pasado, estaba presente en sus narraciones sobre el barrio. Actuaban su heroicidad mientras asistían a la llegada del Apocalipsis. La ansiedad que se relataba en la escena de quien pide incesantemente el porro (“¡Pásamelo, pásamelo!”) forma parte de una leyenda urbana que lleva décadas pasando de boca en boca (proliferó en la época de la heroína) y que transmite que se ha perdido lo comunitario, las relaciones cooperativas. La patología, la ansiedad y la locura van a actuar como una suerte de fuerza autodestructiva que no necesitará cambios climáticos ni guerras nucleares: los habitantes del *barrio culpable* –en el que ellos aún vivían, a pesar de que la mayoría se había pasado al *barrio víctima*- serán culpables de su propia destrucción³³⁴.



Graffiti en un muro de la cárcel de Carabanchel que aprovecha una losa profanada en el vecino cementerio para componer una obra que ensalza el “lado malo” (un anticristo en los muros de la cárcel y con elementos de muerte “reales” procedentes del cementerio).

Yonattan no ocultaba el estigma, lo actuaba. Igual que reconocía que su “ser gitano acojona a la gente”, manifestaba que cuando le preguntaban respondía que era “de Carabanchel, de donde la cárcel”. Se habían reapropiado de la prisión en la que estuvieron los culpables del barrio culpable: Jenni jugaba con sus amigos en la celda en la que estuvo preso su padre una vez cerró el penal. Yonattan, además, hablaba de los familiares que había tenido presos, queriendo reproducir la vieja disolución entre cárcel y barrio y su pertenencia al barrio-cárcel. Al preguntarles por lo que creían que pensaba la gente ajena al barrio de Carabanchel contestaron:

³³⁴ En función del contexto de enunciación, estos jóvenes ponían en práctica unas estrategias u otras. Si la adolescencia es el ensayo de roles, los fallos en las dramatizaciones venían dados por la contradicción entre los mismos. Así, variando de escala de práctica, Yonattan emitió en otro encuentro un discurso “adulto” en el que actuaba el discurso de la inseguridad desde el lado del barrio víctima que es atacado por “los inmigrantes”.

-S: Que mola.

-J: Hay gente para todo, pero sí que hay gente que dice: ¡Menudo barrio!

-Y: La mitad de la gente viene aquí cagada, simplemente por eso, por la cárcel, o sea, Carabanchel siempre ha sido el lado malo de Madrid, yo qué sé.

-J: Carabanchel, Villaverde...

En definitiva, para estos adolescentes, que manifestaban que su barrio era considerado “basura”, “barrio bajo”, las opciones colectivas estaban sembradas de minas competitivas que hacían muy difícil ciertas alianzas, y las opciones individuales de ascenso social estaban saturadas por otros jóvenes del barrio con mayores capitales de origen. La forma de embudo que cobra este ascenso eliminaba sus posibilidades de “éxito”, si bien sólo aspiraban a tener lo que poseían los otros carabancheleros de éxito (curro, coche, piba o pibe). Ante este *no future*, la opción más factible se concretaba en la ostentación del “lado malo” de la vida, del “lado malo de la ciudad”. Se trata del reverso complementario del discurso de la inseguridad emitido por muchos de los adultos del *barrio víctima*.

12.3. Contrapesos al discurso de la inseguridad

El discurso de la inseguridad que parece legitimar tanto a las fuerzas de seguridad como a algunos vecinos del barrio, encuentra distintos grados de resistencia entre una parte no desdeñable del vecindario. Voy efectuar en este punto el recorrido inverso al realizado en los dos anteriores: de los menores grados de ciudadanía iré avanzando hacia los discursos a favor del espacio público de los más ciudadanizados a través de algún tipo de capital –primordialmente social y cultural-. Podremos observar cómo estos *discursos de la seguridad* también forman parte de estrategias, aunque éstas sean diferentes a las analizadas hasta el momento.

Discursos que favorecen el espacio común de quienes lo practican y son segregados

Hay vecinos que, aún viviendo la calle como un espacio difícil, destacan las relaciones cooperativas en sus enunciaciones. Ibrahim³³⁵, al que le costó hablar con cierta confianza en la entrevista, comenzó a emitir un discurso más positivo sobre el barrio del que había enunciado respecto de la policía: “Yo muy bien, ningún problema, muy bueno, yo a ellos y ellos a mí”. Sin embargo, su drástico cambio de tono de voz me hizo sospechar de la existencia de, más allá de la expresión de emociones positivas, una estrategia de autolegitimación en la que ponía a los vecinos de su parte ante un eventual rechazo e, incluso, expulsión del entorno (vivía ocupando ilegalmente un edificio abandonado junto con otros vendedores ambulantes). Una situación completamente diferente era la de Giselle³³⁶. Pese a que compartía con Ibrahim un fenotipo por el cual podía ser discriminada en Madrid, su tipo de migración estaba muy alejado de la del joven de origen senegalés. Giselle no necesitaba “integrarse” excluyendo al otro –pues además aspiraba a un mercado laboral relativamente elevado- y dejaba entrever cierta crítica al control policial de los inmigrantes y al tratamiento mediático:

Es un poco complicado porque ahora mismo con tanto inmigración con el problema que hay con mucha gente ilegal sin documentación entonces tiene que hacer su trabajo, pero a veces se nota mucha discriminación y la manera que tratan a la gente, para deportarla lo que uno oye hablar para eso, pero también es normal con la cantidad de gente ilegal que tengan control sobre los que comentan delitos (...). Cuando yo llegué aquí en el 2002 no notaba tanto hablando así en manera negativa del inmigrante, pero ya en los últimos cinco años sí que noto en la televisión principalmente cuando se habla casi siempre se habla de cosas malas, crímenes y dicen la nacionalidad tal y cual, como que relacionan la violencia la mayoría es por culpa de la inmigración y del extranjero, pero también creo que al sólo tratar estos

³³⁵ Ibrahim era de origen senegalés y sobrevivía con lo que ingresaba en el “top manta”.

³³⁶ Giselle tenía 32 años y era ingeniera (aunque en España ocupaba una categoría profesional inferior a su titulación). Estaba casada con un carabanchelero al que conoció en Brasil.

problemas como que fomentan un poco a la gente a pensar en que son delincuentes y que vienen a robar, es como una campaña negativa en general en todos los medios de comunicación.

Entre algunos adolescentes familiarizados con el discurso políticamente correcto que transmite la escuela, además de verse en situaciones de mayor mestizaje que los adultos, manejaban el discurso antirracista como forma de oponerse a su referente polémico, los adultos. Podemos observar cómo en estos pasajes, las mismas chicas que se sentían orgullosas de estar en el “lado malo” cambiaban de estrategia para reivindicarse ante su autoridad (sus abuelos) en cooperación con el entorno. Jenni expresaba un “discurso de la tolerancia” propio de la escuela – a pesar de su relación difícil con esta institución- para contrarrestar el discurso de sus abuelos, mientras que Silvia, al parecer, también buscaba argumentos frente a sus ascendentes, pero encontraba dificultades por la realidad de unos vecinos que hacían mucho ruido y por el condicionamiento de sus argumentos “en defensa de los inmigrantes” (y “sus costumbres”) a sus propios intereses en contra del control de sus abuelos:

- J: Mis abuelos, por ejemplo, son superracistas, siempre estoy discutiendo con ellos por eso.
- E: ¿Y tú qué les dices?
- J: Que no sean tan racistas, que aquí todo el mundo somos iguales. Que en este mundo hay payos buenos y payos malos, igual que hay gitanos buenos y gitanos malos (...). Hay que respetar a todo el mundo (...). No se puede ir así por la vida, yo eso lo odio.
- S: Mira mis abuelos en su casa, en la puerta de al lado, viven unos dominicanos de estos y a lo mejor están con la música, que no les gusta mucho la música, a las 3 de la mañana están “ja, ja, ja, ja”.
- J: Pero hay que respetarlos.
- S: Vale, sí, que son sus costumbres, pero a las 4 de la tarde igual, es lo que me jode, a ver si me entiendes.
- V: Encima de mi casa son sudamericanos, meten un ruido todos...
- S: Pero luego a la hora de trabajar, dices: “¡Joder, si es que trabajas más que nadie”. “Que te quitan el trabajo”: pero si ellos no quitan el trabajo, los trabajos estaban ahí, ellos han venido y los han cogido ellos, o no (...).
- J: [Mis abuelos] Me dicen: “¡A ver qué te puede pasar en la calle cuando salgas, que te puede venir un extranjero!”.
- E: ¿Y por qué creéis que dicen esto?
- S: Porque no los conocen, porque la gente se fía por las camorras...
- J: A lo mejor pasa una movida ya con extranjeros y ya piensan que todos son iguales.
- S: Mira, cuando pasó lo de los Latin, todo el mundo pensó que todos los extranjeros, todos los dominicanos, eran lo peor y a lo mejor de 100 hay 60 malos y 40 buenos, o al revés.
- J: Hay de todo.

También tenían críticas para los medios de comunicación, vividos como otra fuente de criminalización y control social sobre su colectivo adolescente:

- J: Y sobre todo, en los medios públicos a mí lo que me jode es que son muy racistas. Cuando sale una noticia y son gitanos los protagonistas...
- S: O un moro.
- J: En vez de decir “un chaval” dicen “de etnia gitana”, o sea, ¿no pueden decir “un chaval”? O sea, son superracistas, eso todo el mundo. ¿Porque un gitano sea mala gente, porque un gitano robe, lo van a hacer todos ya? Y yo te digo una cosa: para mí los gitanos son mis compadres. Yo he tenidos muchas

cosas y los primeros que han estado para dar la cara por mí han sido los gitanos, no un payo. A mí lo que me jode es que sea la gente tan racista (...). Yo tengo amigos de todo tipo. Dominicanos, marroquí, africanos y gitanos, todo, todo.

-S: Rumanos, colombianos..., menos chinos (...). Porque no hay chinos jóvenes, ¿eh!

La internacional juvenil. Ellas se enfrentaban a las generalizaciones de manera solidaria, pero sus argumentos eran poco sólidos al estar contruidos de manera muy evidente sobre sus intereses. Probablemente, ante un cambio de posición social dado por su inserción en el mundo que anhelaban (“curro, coche, pibe”), su discurso no se sostuviera.

Discursos de la seguridad

Una segunda posición reactiva es aquélla que combate la inferiorización social de Carabanchel –vía discurso de la inseguridad- destacando que “el barrio también tiene cosas buenas” o que la inseguridad forma más bien parte de la subjetividad del vecindario y no responde a hechos objetivos. Este posicionamiento, heredero del *barrio culpable*, se corresponde sin embargo con posiciones jóvenes en el campo barrial. Las visiones hipercríticas sobre el propio entorno empleadas por algunos de sus habitantes parecían tocar su orgullo barrial: se consideraban del “lado bueno” y pretendían que su barrio también ingresase en ese lado de la legitimidad. Es el caso de Samuel, para quien el valor positivo de Carabanchel venía representado por el esfuerzo individual ante las adversidades, es decir, por un orgullo de clase meritocrático: el “hacérselo uno mismo”, “que no te lo den hecho”. La ética del trabajo impregna este discurso relacionado con motivaciones vitales de ascenso social –de lucha individual en un contexto de clases-³³⁷:

Además, hasta cierto punto incluso, entre comillas, puede ser bueno, porque te hace más fuerte, o sea, yo creo que saber que te tienes que buscar tus propias ideas y tus propias mañas para hacer algunas cosas te refuerza el carácter y te hace más fuerte en ese sentido, o sea, claro, al típico niño que le han dado todo hecho, cuando ha levantado la mano le han dado todo, pues cuando va a algún sitio que se le han gastado las pelotas que se tiene que buscar las mañas, pues no tiene esa capacidad, una persona que siempre ha tenido necesidad, pues...

La afirmación individual de la propia valía en un contexto que no lo facilita (“ser” de “clase media” en un “barrio obrero”) iba acompañada del señalamiento de otros méritos aislados e individuales del barrio, como son sus actores, directores, músicos o escritores. Se trataba de

³³⁷ Samuel, de 25 años de edad en el momento de la entrevista (2005), acababa de finalizar sus estudios universitarios. Su padre había sido párroco, hasta que decidió salirse de la institución eclesíástica y formar una familia nuclear. De discurso “progresista”, Samuel insistía en las mejoras materiales del barrio en los últimos años como contrapunto a los estigmas que sufría por el pasado en forma de cárcel y de delincuencia.

denunciar la vieja sinécdoque que metía en el mismo saco a todo el distrito (barrio-cárcel) y de visibilizar otros aspectos más positivos. Por eso, para estos agentes interesados en la buena imagen del entorno (su propio capital simbólico iba en ello), el estigma del *barrio culpable* debía ser compensado. Samuel identificaba y criticaba el discurso mediático, únicamente preocupado por los sucesos del barrio:

En el Parque de las Cruces suele haber bastante, bastantes actividades, como la paella solidaria, suele haber *cross* y carreras, tampoco la música, pero por lo que decíamos antes, parece ser que a la prensa sólo le gusta los cuatro asesinatos y los cuatro sucesos que hay en Carabanchel.

Además de las estrategias individuales de ascenso social en un contexto de escasez – que no implican necesariamente abandonar el barrio-, también existía un esfuerzo por revalorizar el significado del propio entorno mediante una proyección colectiva. Samuel realizó un breve repaso de algunos grupos musicales de renombre internacional que habían actuado en la plaza de Vista Alegre. Se puede interpretar en ello un pequeño alarde de capital cultural propio –y de su barrio- para hacer ver al entrevistador –supuestamente culto y joven, y por lo tanto, conocedor de la escena musical del momento, y en cierto modo, imaginado como exterior al barrio- que tanto él como Carabanchel no estaban tan alejados de la cultura global dominante. Estos argumentos destinados a revalorizar culturalmente el barrio enraízan en el autoconcepto comunitario negativo que adolecen estos jóvenes carabancheleros.

Pasando del imaginario del *barrio culpable* al del *barrio víctima*, otros informantes ponían en juego una estrategia consistente en poner en valor la diferencia. Kevin³³⁸ ponía en práctica un discurso cosmopolita en el que el conflicto entre “los inmigrantes” y “los españoles” era observado desde fuera. Expresaba sentirse extranjero en Madrid, por lo que no se sentía “invadido” por la llegada masiva de inmigrantes. Sin embargo, sabía que el tema de la inmigración se había relacionado en los últimos años con el de la inseguridad, de ahí que comenzase a hablar espontáneamente de ambos fenómenos como algo relacionado:

-K: Yo siendo de otro país, yo tengo, no sé, una idea, una, una referencia muy buena con los inmigrantes, no sé si la misma impresión que tendría un español, nunca me he sentido amenazado por el hecho de la inmigración, porque todos sois extranjeros para mí [Risas], no es que yo esté en mi país, y como las culturas de cada persona son un poco ajena, eso no me cambia mucho la vida., Sin embargo, muchos de mis amigos se sienten amenazados cuando están muchas personas de fuera...

-E: ¿Españoles?

-K: Sí, españoles. Pues yo, yo lo veo como otra cosa diferente y no una cosa muy diferente, y andando por la calle, varias veces he andado subiendo por la calle, subiendo General Ricardos, y ahí tomo una línea de veinte personas con la música, escuchando música latina, y no, nunca me han dicho nada, nunca he

³³⁸ Recordemos que Kevin, de origen norirlandés, expresaba su asociación de desorden (calles estrechas, ruido saliendo de las casas, ropa tendida) con riesgo.

percibido ningún sentido de amenaza, nunca. Yo en esto tengo una experiencia bastante buena (...). Y hay pequeños roces, porque tienen muchas fiestas, música muy alta y, no sé si es una cosa de racismo o..., pero simplemente se trata de que tienen un horario diferente, tienen muchas fiestas y hablan, porque ellos llaman a sus familias o entran en el patio interior y hablan con los móviles por la noche.

El discurso de Kevin se acercaba al decálogo multicultural: cada grupo tiene sus costumbres y lo ideal es respetar las del grupo ajeno. Leyre³³⁹, que emitía un discurso positivo de los nuevos comercios del barrio que la permitían viajar por el mundo sin salir de Carabanchel, refería que ella no había notado cambios en cuanto a la seguridad. Recordaba que de pequeña también había violencia, asociada en ese momento con la droga:

Yo no he notado cambios en mi barrio de cuando era pequeña a ahora. Es verdad que en mi bloque no hay inmigrantes todavía, pero a lo mejor las peleas y eso, que yo las he visto en otros barrios, (...) pues a lo mejor ahora los distingues más porque ves que son de distinto color, te das cuenta que son de fuera y se están peleando, pero antes sí que recuerdo... No sé, de pequeña era la droga, los que estaban en la droga y había problemas por la droga... Pero no veo que ahora hay más, simplemente pues eso, que ahora hay más razas.

Leyre manifestaba que ahora “hay más paranoia” entre la gente y lo atribuía a la programación televisiva (películas y series sobre asesinatos...). Su énfasis en las percepciones de los vecinos venía propiciado por cierto contacto con las ciencias sociales. Un grupo de jóvenes³⁴⁰ sostuvo discursos como los que traté de reflejar en el cuaderno de campo:

Lidia refiere que eso lo ha escuchado un montón de veces: “Si el delito lo comete un extranjero se dice mucho, pero si lo hace un español no”. Otra chica refiere que las noticias son las causantes, “porque lo hacen mucho más dramático”. Otra: “Cambios muy rápidos que la sociedad no ha tenido tiempo de asimilarlos. El miedo a lo desconocido, me van a robar, entonces se estigmatiza a la inmigración y se piensa que me van a robar y no la conoces, no sabes a qué se dedica, si tiene una cultura, una formación”. Esta chica emite un discurso multicultural contra los prejuicios intentando reconocer los temores a los que se enfrenta la sociedad ante lo desconocido. Los extranjeros pueden ser de muchas clases, contraponiendo “robo” a “cultura”. Delincuencia es opuesto a formación o nivel cultural. Se trata del discurso más o menos oficial, políticamente correcto (como sus estudios y su futura profesión). Un chico refiere: “Son las personas mayores porque han vivido en una época en la que no había tanta inmigración, tanta libertad como la que hay ahora”. Asocia “inmigración” con “libertad”. Otra chica afirma que “las personas mayores no tienen posibilidad de entrar en contacto como nosotros con esa gente”. El desconocimiento por la falta de contacto es la causa de la desconfianza. Un discurso femenino, de la comprensión, la tolerancia (lo que hacen las madres) frente a la rigidez masculina. Se dedican a profesiones femeninas (Cuaderno de campo: sesión mantenida en un IES el 21/01/2008).

Estos jóvenes estaban “sensibilizados”: sus estudios eran el resultado de una elección y al mismo tiempo reforzaban su visión “social” del mundo. En proceso de empoderamiento, percibían cómo influían de manera creciente sobre el entorno y cómo a partir de su creciente

³³⁹ Leyre era trabajadora social y en el momento de la entrevista trabajaba en un recurso diferenciado de atención a inmigrantes de los que creó el Ayuntamiento de Madrid a partir de 2005.

³⁴⁰ Sesión de reflexión grupal sobre la seguridad con alumnos -la mayor parte de 20 años de edad- de un ciclo formativo sobre intervención social.

autonomía ganaban herramientas reflexivas que les permitían comparar su visión actual con la del pasado –así como su propia visión con la de los “viejos”-. Pero al mismo tiempo, en sus aseveraciones podemos encontrar una suerte de actuación estratégica de la “juventud”: si “lo viejo” es “conservador”, lo “joven” es “progresista”. El *discurso de la inseguridad* –un discurso propio “de viejos”- está sesgado políticamente hacia la derecha, tanto por el tipo de medidas que promueve (mayor control policial, mayor autoridad) como por los usos históricos que ha recibido de parte de la política profesional, todo lo cual ha ido sedimentando una serie de símbolos identitarios sobre el tema. Así, desde sectores progresistas tradicionalmente se ha apostado por las “medidas sociales y preventivas” como previas a las policiales. Sin cuestionar la existencia del propio Estado, de la propia policía o de la propia noción de “seguridad ciudadana”, sino tratando de ofrecer otras “alternativas” a la represión pura y dura, estos discursos están muy arraigados en ciertos sectores del barrio desde la época del movimiento vecinal de los años setenta y evitan reproducir la asociación entre delincuencia e inmigración a la que es proclive el discurso hegemónico sobre el que se sustenta el dispositivo securitario. La postura del movimiento vecinal combina los argumentos economicistas con los subjetivistas. En el encuentro “Carabanchel se mueve”³⁴¹, una de las voces cualificadas –un invitado reconocido por su trayectoria en el desarrollo comunitario- manejó un argumento materialista para referirse a la pérdida de puestos de trabajo y al descenso de la calidad del empleo y sus derivaciones en la inseguridad ciudadana. Según este orador, la falta de empleo había derivado en el crecimiento de las tasas de delincuencia, el consecuente crecimiento de la inseguridad y el consumo de elementos destinados a combatirla, como las rejas de las ventanas (“en mi barrio las rejas ya suben al tercer piso”).

Desde esta perspectiva, algunos vecinos expresan su extrañeza ante la “obsesión” securitaria que proliferaba a su alrededor. Tote³⁴² mostraba su perplejidad ante el comentario de un vecino al que conoció visitando la finca de su vivienda del PAU antes de ser habitada. Al parecer este vecino, en lugar de estar contento como él por la consecución de dicha vivienda, expresó preocupación ante lo que veía: “¿Y ésta es la valla? Aquí puede saltar cualquiera. Va a haber que hablarlo en la primera reunión de vecinos si queremos cambiar la valla”. Tote expresó: “Seguro que era policía municipal”³⁴³. Observamos cómo los argumentos progresistas sobre la inseguridad, centrados en sus aspectos subjetivos, no sólo proceden del contacto con las

³⁴¹ Foro de entidades sociales y públicas del barrio dedicado al diálogo sobre el desarrollo local, el empleo y la participación celebrado en 2005.

³⁴² Tote tenía 37 años e iba a estrenar su vivienda (una promoción especial para funcionarios del Ayuntamiento de Madrid en el PAU) para vivir solo.

³⁴³ Teniendo en cuenta que el mayor cuerpo profesional de la entidad local en la que trabajaba –Ayuntamiento de Madrid- es el de policía, no cabía extrañarse de que muchos de sus vecinos lo fueran.

ciencias sociales, sino también con el movimiento vecinal o simplemente con el argumentario de la izquierda política. En un acto que versaba sobre los espacios públicos³⁴⁴, los miembros de una familia (padre, madre e hija) reprodujeron los debates domésticos en aquel espacio público improvisado. La chica, que vivía en Berlín y se encontraba de visita, sostenía que discutía con su madre por su exagerada percepción de la inseguridad:

Hombre, a mí lo que me preocupa de esa cultura del miedo es que esté, que esté... Con ella tengo a veces alguna discusión, ¿no? [Señala a su madre]: "¡Es que vives atemorizada, estás siempre con el miedo en el cuerpo!". Me preocupan especialmente los que vienen, la gente pequeña.

La madre, con el rol de "vieja", actuaba una feminidad tradicional asustada, mientras que la hija representaba un papel de mujer moderna. Sin embargo, resultaba curiosa la posición del padre: mientras que su subjetividad parecía encontrarse en una plena sensación de declive –viejo– que le hacía vivir miedos parecidos a su mujer, su discurso estratégico pertenecía al de una persona auto-identificada con la izquierda sindical –heredero de las subjetividades obreras más politizadas del barrio fondista– y como tal se mostraba escéptico ante el discurso mediático de la inseguridad. En ese desfase entre lo que sentía y lo que quería sentir, efectuó varias preguntas al resto de asistentes para que le ayudasen en la reflexión:

-Padre: Pero además yo, una cosa que me está ocurriendo, yo soy de los mayores que hay aquí, y veo que, yo me acuerdo que en mis tiempos de niño, que en Madrid sólo había un periódico para dar las malas malas noticias, que se llamaba El Caso. Hoy en día, los informativos son periódicos de ese estilo todos. Entonces, hay una mediatización, sobre todo de los informativos, hacia que la gente tenga miedo de salir a la calle, porque es que, vamos, a mí me da esa impresión de que sólo echan: "Han matado a Fulanito, se ha muerto este que le han dado cuatro cuchilladas, han cogido a unos mafiosos...". No hay informativos de otra clase. Las demás duran escasamente diez segundos: "No podemos darle más sueldo a los obreros de la metalurgia, más que el IPC y si llega, y este año tampoco, por debajo, porque estamos en recesión". Entonces eso me parece que estamos llevando a todo ese miedo que tenemos a que nuestros hijos salgan a la calle, porque es que estamos ya mediatizados de antemano porque lo único que nos están contando es que en la calle están ocurriendo cosas muy malas (...). Antes, si ocurría algo, acudía en seguida alguien a socorrerle, o sea, ni tenía miedo a que le pincharan, que podía ocurrir también, yo no digo que no ocurriera.

-Madre: De que te peguen un puñetazo a que te den un navajazo o un tiro, va mucho, y yo por lo menos tengo miedo, yo lo reconozco, yo lo reconozco (...).

-Padre: ¿Acaso no creéis que la sociedad actual, que llamamos más avanzada, no es más violenta que antes? Pregunto (...). Yo te hablo de aquí de Carabanchel. De niño en el colegio nos pegábamos..., todos nos hemos pegado, no creo que haya ningún chaval que no se haya pegado con un compañero, pero yo no recuerdo que se haga lo que se hace ahora, que se salgan todos los chicos a verse pegar a dos darse golpes, yo eso no lo recuerdo, y ahora lo veo continuamente ahí, en el Machado (...). Yo creo que ahora hay más agresividad en las personas.

³⁴⁴ Durante el trabajo de campo participé en el colectivo Apoco, dedicado a la organización de debates y acciones encaminadas a re-pensar el uso de los espacios públicos y la apropiación de los mismos. El espacio donde se realizaban estos encuentros era la Casa del Barrio de Carabanchel.

El documental que dio pie al debate³⁴⁵ dedicaba una parte de su atención al análisis que sobre el PAU de Carabanchel hacían, entre otros, Joaquín³⁴⁶. La visión del PAU como un no-barrio sometido a la mercantilización predominaba entre los asistentes. Otra de las participantes se refería a ese tipo de barrio en términos de abolición de los espacios públicos, anhelando el viejo barrio fordista de la infancia y las relaciones comunitarias a las que –supuestamente– daba lugar:

La cultura del miedo (...). Yo jugaba en la calle y aún así se sigue viendo chavales (...). También depende de dónde vivas, si vives en un sitio como el PAU o así, pues ya no sales, pero la zona donde yo vivo son pisos viejos y la gente sigue saliendo al parque. La gente hace vida de parque y cuando hace calor igual, cuando llegan las 7 de la tarde todo el mundo está sentado en los bancos. Y un poco cada vez quitan más, quitan bancos, lo que decían de las fuentes, y tal, también lo que nos están vendiendo, ¿no? (...). La individualidad de la persona, todos vivimos en una urbe de forma individual. Antes, hace 40 años, la gente vivía con lo que podía abarcar, con la proximidad de sus vecinos, relaciones interpersonales... Ahora vivimos un poco un momento de comunicación e información, cada uno abarca hasta donde puede abrazar y has perdido lo individual tuyo, entonces cuando llega la inmigración, pues ellos vienen aquí como buscando un bienestar y cuando llegan se dan cuenta de que han perdido el vínculo que tenían con la comunidad de la que venían, ahí están acostumbrados a compartir espacios y a vivir, no sé, con gente, y aquí a llegar a ser unos, ¿no? (...). Y vamos perdiendo todo eso, ¿no? Entonces todo el mundo intenta encontrar su espacio donde se sienten seguros, y en el momento en el que hemos perdido esa capacidad de compartir el espacio y estar realmente aislados para estar seguros, ¿no? (...).

La cultura del miedo estaba, según ella, detrás de la sumisión ante las fuerzas de seguridad que tanto le sorprendía. Narró una anécdota en la que la policía municipal llegó a una plaza donde había diversos grupos de jóvenes y todos salieron huyendo:

Y no te creas que se quedó nadie en su sitio, todo el mundo se levantó y se acabó (...). Yo me quedé impactadísima, no me puedo creer que la gente, y a mí me han pegado palos, ¡eh!, pero joder, qué cultura tiene la gente, ¿no? sin que le digan nada. Y hubo silencio, o sea, simplemente la gente dio por hecho que se tenía que ir de esa plaza y se fue. Yo me quedé estupefacta, ¿qué es lo que la gente siente que está haciendo mal para que directamente se levanten y se vayan? Yo creo que cada vez nos dan menos espacio.

Esta creciente sofisticación de los discursos procedente de jóvenes con capital cultural y social –al día en pensamiento crítico– tuvo su colofón en la intervención de otro joven estudiante de bellas artes de origen carabanchelero. Éste confesaba que a él le sacaban la navaja de pequeño continuamente en el barrio, antes de que sus padres materializasen su ascenso social comprándose un “unifamiliar” en Pozuelo. Otra participante efectuaba un argumento propio del materialismo cultural para explicar la supuesta ausencia de gente en las calles del PAU:

³⁴⁵ *Queremos el cielo* (2008), realizado por el colectivo Mnemocine, analiza las transformaciones urbanísticas de Madrid en los últimos años (*gentrificación* en el centro; barrios consumistas en la periferia) de cara a los requerimientos del capitalismo de consumo.

³⁴⁶ Joaquín, aparte de aparecer en el documental, era informante en la presente etnografía.

Es lo que tiene que ver con la elección, es decir, cada vez compramos casas más grandes, necesitamos mucho espacio, pero cada vez las familias son más pequeñas (...). Entonces, cuanto más espacio familiar, por así decirlo, menos espacio de calle también, porque si tienes una casa pequeña, sales más a la calle.

Pese a que se partía de postulados estructurales y materialistas, progresivamente la reflexión conducía a la identificación de la cultura y de las elecciones individuales a la hora de comprender el nuevo modelo de vida urbana:

Estoy totalmente de acuerdo en que el modelo de urbanismo tiende a encerrarnos, pero la elección, o sea, no podemos quedarnos..., la elección es salir a la calle, salir a los parques y salir a las plazas aunque me toque las narices aunque lo hayan cimentado todo y pongan un banco aquí separado del otro, es igual. Es un punto positivo, no nos vamos a quedar en la desesperación (...). Yo, que llevo años viviendo en el extrarradio, llevo un año y medio viviendo en el centro, conozco a mis vecinos, a la de la frutería, al del cyber, ¿qué eso no es lo normal? Pues no será lo normal, pero yo, allí donde he ido he conocido al vecino de arriba...

El último de los discursos de corte progresista que quiero explicitar es el que empleaba Kike, dinamizador vecinal de Pan Bendito que, pese a que la realidad con la que trabajaba se empeñaba en dar la razón a los discursos de la inseguridad, trataba de matizar cuáles eran las fuentes, focos y causas de la violencia. Desde su perspectiva, el problema lo conformaban cuatro o cinco “malos” poderosos dedicados al narcotráfico. Kike hablaba de “los chavales” dedicados a la pequeña delincuencia como víctimas, rescatando el desfasado discurso del *(sub)barrio culpable* (el culpable es el entorno, no los chavales) frente al discurso mediático criminalizador:

Aquí vive uno que pillaron hace dos años con no sé cuantas armas, dos kilos, dos millones de euros o de pesetas en monedas y no sé cuantos kilos de coca y tal. Aquí viven cuatro o cinco grandes traficantes, aquí vive el que maneja todas las obras que cuidan los gitanos... Todo eso vive aquí (...). Son mafias (...). Luego no ejercen en el barrio, es decir, el tráfico de drogas que hay en el barrio es pequeño, es el menudeo, la casa que vende algo, el otro que vende hachis, pero eso es pequeño, lo gordo se está vendiendo en La Cañada, y gente de aquí (...). Al final es un círculo vicioso. Un niño ve que es más fácil sacarse el dinero de esa manera que currando en un trabajo de lo que sea (...). Yo cuando hablo con ellos, les digo: “Tío, que tú eres muy tonto y a ti te van a pillar”. Esto es lo mismo de siempre, está el listo, que no se le ve, y están los chavales tontos que están en la calle que al final son los que van a pasar algún día por la cárcel porque haciendo un pequeño menudeo les han pillado. Mientras otra gente del barrio se está quedando con el dinero y otra gente del barrio se está yendo del barrio.

La visión “social” del problema de la inseguridad incluye los aspectos subjetivos y urbanísticos frente al discurso hegemónico de la inseguridad. Las medidas sociales – preventivas- se prefieren a las policiales –represivas- desde la perspectiva integral de “seguridad” que manejaba Kike:

Que la gente viva a gusto en su entorno (...). Seguridad personal, que puedas salir a la calle tranquilamente, que los niños y las chavalas puedan estar en la calle, es decir, que no haya un peligro de ese tipo (...). Más que seguridad o inseguridad, creo que lo que hay es un problema de normas, de normas no compartidas, entonces, al no compartirse unas normas de convivencia comunes, ya sean las normas del Estado, ya sean las normas, si son gitanos, de la ley gitana, que cada vez respetan menos entre ellos mismos (...). Yo aquí no he visto que pase nada. Hay pocas luces, hay grietas en el suelo, es decir, que cuando hablamos de seguridad, hay gente que se ha caído en un agujero en el suelo, hace unos años se cayó un chaval en una alcantarilla y ha salido el juicio hace poco, me parece que no se lo dieron. En fin, que inseguridad es que haya agujeros en el suelo y alguien se pueda torcer el pie, inseguridad es que haya grietas en los pisos enormes, que lo mismo de aquí un mes vienen de la ITE y te tienes que ir del bloque, inseguridad es no saber si tienes para comer mañana, “Joder, si no sé si tengo para comer mañana, me busco la vida como pueda”, y genera la inseguridad sobre otros...

A pesar de la abstracción que suponía contextualizar la sensación de inseguridad, este dinamizador –como heredero del discurso del movimiento vecinal- trataba de conectar continuamente las reflexiones con los aspectos más concretos de la vida cotidiana. Desde su perspectiva, la policía debería hacer la “labor policial”, lo cual significa perseguir a los “grandes” delincuentes y no a los “tontos”:

Realmente, no sé si se hacen carreras en el barrio. Tampoco soy del barrio, yo me piro todos los días, por eso cuando me dicen “es que tú te vas de aquí todos los días” y yo les digo “claro, por eso los que tenéis que tirar del carro sois vosotros”. Entonces yo creo que hay mucha información que no me llega. “Que hay no sé qué”, pues sí (...), y que mientras se siga traficando con droga este barrio no va a poder cambiar, pues sí, hasta que la policía no haga el trabajo policial real... La gente no se tiene por qué enfrentar, por seguridad.

“Hay que desdramatizar, que lo que hay lo ha habido toda la vida”: podríamos calificar este discurso como un *discurso de la seguridad* construido por oposición al hegemónico *discurso de la inseguridad*. La introducción de la reflexividad para analizar la inseguridad, ya no desde “lo que ocurre” (los sucesos) sino desde “cómo se percibe”, se suma a la introducción de la variable temporal: los más “viejos” (en cuanto a posición discursivo-ideológica) piensan en cada época que el suyo es un tiempo más inseguro que el pasado, y de eso son conscientes los “jóvenes”, que relativizan el problema y suministran contexto al discurso de la inseguridad.

Discursos militantes sobre la (in)seguridad

El *discurso de la seguridad* que protagonizaba el anterior epígrafe encuentra parte de sus raíces en los discursos generados en los espacios de militancia política y vecinal del barrio. Vamos a observar enormes semejanzas entre los discursos de las personas progresistas tratados en el anterior apartado y los de los militantes de izquierdas que voy a reflejar en el presente. Se podría afirmar que el discurso de estos vecinos es también reactivo tanto con respecto al discurso de la inseguridad como con la inferiorización social de Carabanchel, pero al

mismo tiempo se puede apreciar cómo en su elaboración se ponen en marcha de manera más intensa creativas estrategias lingüísticas que son finalmente políticas. Estos discursos, observaremos, son el fruto de cierta reflexividad y por eso se acercarán más al mundo de las estrategias, si bien se trata de estrategias contra-discursivas (no tratan de ocupar *el lugar* de poder, sino de construir otros *lugares* alternativos para combatir el primero) que intentan, al mismo tiempo, poner en valor –politizándolas– las tácticas del barrio que conforman la materia prima de la sociabilidad y la solidaridad vecinal. Por eso, se puede considerar que estos discursos son los más innovadores en el sentido de que intentan romper las dinámicas reproductivas del discurso de los binarios bueno-malo, víctima-culpable. Pese a que en ocasiones participen de algunos esquemas culturales dominantes –como la fe en el desarrollo material como desarrollo social–, estos militantes vecinales han encontrado en el contacto y los espacios de relación creados en cooperación con miembros de movimientos sociales de corte más post-obrerista distintas herramientas discursivas y prácticas que subvierten los significados habituales del barrio.

Si las relaciones vecinales cooperativas son invisibilizadas en el discurso de los medios, de los políticos, de los profesionales y de la mayor parte de los vecinos, al mismo tiempo que los aspectos positivos y las mejoras referidas concernían únicamente a la escena urbana o a los méritos individuales –pero apenas se referían a las relaciones vecinales como algo positivo si no era para colocar dichas relaciones exclusivamente en el pasado–, precisamente, uno de los empeños de las personas que participaban en proyectos colectivos vecinales y demás movimientos sociales –como los que daba cabida la Casa del Barrio de Carabanchel³⁴⁷– era visibilizar la cooperación y la solidaridad vecinal. Una joven militante de una asociación de vecinos se sentía orgullosa del barrio entendido como sus relaciones: “A nivel vecinal, sí, sí, a nivel vecinal, [pero] el barrio es una mierda”.

En este grupo de discursos se produce más que en ningún otro la resignificación de Carabanchel. Las ideas de semi-ruralidad y de solidaridad comunitaria son recurrentes: el origen rural de las generaciones anteriores de carabancheleros, su obrerización y su funcionamiento solidario en tiempos de mayor escasez, funcionaban como imágenes estereotipadas del pasado y como referentes políticos de algunos jóvenes posicionados en movimientos de izquierdas. El músico Rosendo y la emblemática cárcel ejercían de iconos barriales, del mismo modo que las

³⁴⁷ Espacio social en el que confluían miembros de la Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto con otros del movimiento antimilitarista, de la Oficina de Derechos Sociales, etc.

citas a Vallecas servían para aclarar definitivamente la identidad obrera –popular- de Carabanchel. Así lo expresaba Dani³⁴⁸:

- D: Manolito Gafotas, Manolito Gafotas y Rosendo (...). De la cárcel.
- E: Claro, por eso te lo decía, porque otra gente a la que había preguntado dicen: la cárcel. Pero claro, a lo mejor gente que sois más jóvenes, como la cárcel lleva 5 o 6 años sin...
- D: No, y Rosendo, es mítico porque tiene 51 años. Por ejemplo, el directo de la cárcel...
- E: ¿Fuiste al concierto?
- D: No, porque era muy pequeño.
- E: ¿Y te hace sentir especial cuando escuchas ese disco?
- D: Es tu barrio, no porque sea tu barrio, porque es donde te mueves, porque, a lo mejor Carabanchel, ¿sabes?, no es lo mismo el PAU, por ejemplo que por donde me muevo todos los días, claro, pero... por aquí, por Oporto (...), por aquí, porque no es que le tengas un cariño, así, como si fuera tu patria, pero es donde te has criado, es como tu pueblo, es con la gente que tienes más afecto, no porque sea la patria... Es donde te has criado, con Vallecas, con Vallecas también tengo afinidad (...). Porque son barrios obreros, todo el sur de Madrid son barrios obreros.
- E: ¿Crees que es lo que más identifica a Carabanchel y a Vallecas, el tener gente obrera?
- D: Yo creo que sí, porque son barrios que se han criado, que son barrio obrero, que se han hecho para que la gente duerma y poder trabajar.

Las asociaciones entre Carabanchel y Vallecas, su identificación con el híbrido que se forma en la transición que va de lo rural a lo urbano –de la comunidad a la ciudad-, estaba indicando la relevancia del arraigo, del concepto de “barrio” para estas personas. El barrio es por definición “obrero” (no se aplicaría el concepto barrio para hablar del “Barrio de Salamanca”). Bea explicaba que en su barrio existía un fuerte sentimiento de pertenencia a partir del estigma de la prisión:

Por la cárcel (...), o sea, tú cuando salías de aquí y te ibas a algún sitio: “¿De dónde eres?”, “De Madrid”, “¿Y de qué parte?”, “De Carabanchel”, “Ah, donde la cárcel”.

La cárcel es un elemento aglutinador de identidad y es una de las principales batallas de su asociación en los últimos años³⁴⁹. Se trata de una resignificación de la prisión, que pasa de ser el mayor centro de represión franquista a ser considerado como conformador de la propia identidad para las personas involucradas en algunos de los movimientos vecinales. Observamos cómo a partir de los discursos de los movimientos vecinales y sociales del distrito, Carabanchel cuenta con una cierta tradición identitaria que compensa los efectos estigmatizantes de su imagen negativa. “Ser de Carabanchel” –que implica “ser” y “de Carabanchel”- expresa una riqueza semántica que pocos barrios en Madrid poseen. Carabanchel es “barrio”, sinónimo de

³⁴⁸ Dani tenía en el momento de la entrevista de la cual se extrae el fragmento 17 años de edad. Realizada en su habitación, ésta presentaba una decoración al más puro estilo “punk” mezclado con otros símbolos contraculturales de izquierda. En años posteriores, Dani ha participado activamente del “movimiento antifascista” y en un “centro social okupado” del barrio.

³⁴⁹ La entrevista en la que Bea emitió este discurso se realizó en plena semana de acontecimientos por su derribo y las protestas vecinales por el respeto a una parte del edificio para mantenerlo como “Centro de la paz y la memoria histórica”.

“obrero”, “macarra”, “auténtico”, todas ellas nociones que denotan cierta estrategia de resistencia frente a la corrección social de otras zonas habitadas por clases sociales más favorecidas (“los barrios pijos”) y un *capital comunitario* que sitúa imaginariamente a los barrios del distrito en espacios intermedios entre lo urbano y lo rural (teniendo en cuenta la visión negativa de lo urbano entre ciertos imaginarios sociales de la modernidad).

Los miembros de la asociación de vecinos más crítica, sin cuestionar la presencia del Estado o de la propia policía, sino demandando un uso redistributivo y una apuesta por lo público, eran la nota discordante en el consenso generalizado que existía en el Consejo de Seguridad del distrito. Dado que confiaban en el Estado, eran defensores de la “prevención” en forma de mayores recursos para servicios sociales o educación frente a otras asociaciones de vecinos y de comerciantes que “sólo pedían más policía”. Sin embargo, al centrarse buena parte de sus reivindicaciones en un discurso victimista sobre el maltrato institucional que recibe Carabanchel en general, y su barrio –Carabanchel Alto– en particular, ocasionalmente también empleaban la “inseguridad” como estrategia discursiva. Ambiguamente, Bea³⁵⁰ manifestaba en una entrevista que había problemas de inseguridad: “Pero los mismos que en el resto de Madrid”. Sin embargo, debatiéndose entre contribuir al estigma de Carabanchel y denunciar la infradotación del barrio, refirió que al haber un fuerte desequilibrio dentro de la ciudad, Carabanchel era más propicio para el surgimiento de la delincuencia y por ello necesitaba más “prevención” en forma de inversión en servicios públicos. El doble discurso de Bea era el resultado de, sintiéndose discursivamente responsable, tener que efectuar a la vez dos estrategias: de cara a la ciudadanía externa Carabanchel era igual a los demás, pero de cara a la Administración su barrio era inseguro por la falta de prevención. La policía, además, no hacía bien su labor: contó la anécdota de cómo robaron a una mujer delante de un coche patrulla sin que los agentes lo evitasen, lo cual la llevaba a pensar que su presencia estaba destinada más a reprimir al movimiento vecinal que a prevenir el delito. Bea pensaba que la gente mayor tenía más miedo en el barrio debido a la absorción acrítica del discurso de los medios de comunicación, pero al mismo tiempo emitía soluciones concretas centradas en la “prevención” o “la organización de la comisaría con efectivos disponibles”. Este discurso combinaba la incidencia sobre la inseguridad subjetiva y sobre la objetiva, variando en función de la escala de práctica que asumiese en sus enunciaciones.

Sin embargo, en la conversación que mantuve con Joaquín, pude apreciar cómo sus enunciaciones respondían más a estrategias individuales que a las de la propia asociación, por

³⁵⁰ Bea tenía 32 años en el momento de la entrevista y participaba activamente en la Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto.

lo que no aprovechó la entrevista para reivindicar nada apelando al *discurso de la inseguridad*, sino que más bien se centró en el *discurso de la seguridad*. Refiriéndose a una ocupación de un solar por parte de unos “gitanos rumanos” o a los vecinos “gitanos” de algún bloque de realojo del PAU, especificaba en todo momento que “no daban ningún tipo de problema”. Desde su posición discursiva, sin embargo, los vecinos del PAU que “reniegan de la parte antigua” y que “les molesta que les hayan metido gitanos en frente” eran el objeto preferente de sus críticas. Joaquín, era aficionado a debatir en los foros de “Nuevos Vecinos” del PAU o simplemente a entrar para “pulsar” el estado de opinión del barrio: “La gente comenta que se ve poca policía, pero yo no sé por qué lo dicen porque yo veo mucha”. En el debate anteriormente comentado dedicado a re-pensar los espacios públicos³⁵¹, Joaquín manifestaba lo siguiente en relación al discurso dominante sobre la “invasión de los inmigrantes” de dichos espacios:

En realidad toman los espacios que hemos abandonado. En realidad nos hemos ido a vivir a las parcelas cuarteleras esas del PAU, donde tenemos nuestras zonas comunes, hemos abandonado los parques y las zonas donde ellos han ido a vivir, que tienen casas mucho más pequeñitas donde están más apretujados compartiendo habitación, pues cuando tienen un momento de descanso ocupan el espacio que mis padres ocuparon cuando eran jóvenes (...). Lo que más les interesa es que nosotros nos enfrentemos con los inmigrantes.

El argumentario materialista para explicar la sobre-presencia de migrantes en el espacio público afloraba junto con el del enfrentamiento entre miembros de las clases populares para provecho de las elites. Joao, militante en una organización de trabajadores inmigrantes³⁵², percibía en el barrio racismo y segregación. En su discurso, la inseguridad la generan las instituciones y las clases privilegiadas, aunque encontraban su caldo de cultivo en el racismo cultural existente:

Para que tenga una idea, a mi me han parado tres veces acá en el barrio, en el metro, entonces. Yo creo que es un poco el reflejo del momento que estamos pasando. Si miramos por ejemplo lo que pasó después de la Segunda Guerra Mundial, pues era más o menos igual, o la crisis de los años 30 o esas cosas son factores que entran a reproducir la discriminación, el prejuicio social y eso pasó después de la crisis de los años 30 y ahora pues es de esperar que exista un crecimiento de la xenofobia, claro, esa es digamos que es la excusa más fácil de los problemas (...). Los medios de comunicación son como todos, hacen parte del sistema y reflejan la posición oficial y la posición de las clases dominantes (...). No existe una integración, existe una segregación, existen guetos, ¿no? (...). Pero es solamente salir, por ejemplo, ir a un parque aquí y se ven los ecuatorianos de un lado, los marroquíes de otro, hay guetos, sí, entonces, ésa es la propia forma de relación que se encuentra acá, no existe una integración efectiva (...). Yo creo que la mentalidad de la gente acá es el principal elemento dificultador y es una cosa complicada de trabajar porque es ya una manera de ver que viene de la propia formación cultural de la gente, es una cosa muy complicada, digamos que la integración en ese sentido es complicadísima, yo no te sabría decir,

³⁵¹ Celebrado el 17-06-2009 en la Casa del Barrio de Carabanchel.

³⁵² Joao tenía 37 años en el momento de la entrevista (Mayo de 2009). Su proyecto inicial en España vino dado por sus estudios de postgrado en Historia pero derivaron en otro proyecto propio de la migración económica. En la entrevista que mantuvimos emitió un discurso de corte obrerista en el que señalaba que la policía le había parado tres veces últimamente y que la situación iba “a peor” con la crisis, aumentando el racismo.

porque son procesos distintos. Por ejemplo, en Brasil teóricamente se puede decir que hay más integración, sí, pero por otro lado también es un país donde no había gente, o por lo menos la gente que había que era de ahí mismo, fue totalmente destruida, las colectividades indígenas, entonces el europeo que llega ahí también es otro inmigrante, la integración se da de una forma distinta (...). Las instituciones sirven para defender intereses económicos y se mueven mucho en función de eso y a intereses políticos del momento, pero no creo en la efectividad de las acciones políticas y no creo siquiera que sea una intención de ahora.

La atención a las variables de clase –y no a las étnicas o nacionales- como contestación al *discurso de la inseguridad*, hacía que adolescentes como Dani cuestionasen las propias fuentes de dicho discurso, los medios de comunicación:

Los medios de comunicación, yo que sé, cuando hablan de los Latin King estos, de Carabanchel, los Latin King, claro, lo pintan así como si fueran cuatro millones, como si no pudieras ir por el barrio sin que te apuñalen, pero eso no es cierto, eso lo exageran y lo manipulan para, porque si no, no hay noticias, si no, no pueden hacer cuatro telediarios de eso.

Desde este posicionamiento se asume que se está en una posición minoritaria ante una sociedad “aborregada” a la que se destina el imaginario del miedo como mecanismo de control. Tal y como definí para el *discurso de la seguridad* de los progresistas, las alocuciones de los informantes militantes desdramatizaban la emergencia del presente y relativizaban el asunto aplicando la memoria histórica. Paqui trataba de desmitificar el discurso catastrofista –el cual parecería perder valor si no va acompañado de una temporalidad de la emergencia, del advenimiento inmediato-, apelando a la memoria de su juventud en el barrio de San Blas:

Mira, yo de joven era bailona, de ir a las discotecas, entonces yo recuerdo las peleas de las discotecas, con navajas siempre. Además, había gente que estaba, los legionarios de la moto que iban por los barrios. Yo iba siempre con mis hermanos. Éramos cinco hermanos y dos primas y nos íbamos siempre a bailar a todos los sitios, incluso llegábamos a venir a Usera, y la gente, en las discotecas, por encima de las mesas a pegarse, iban saltando. Tú, si eras la hermana de no sé qué, no te hacían nada, no te tocaban, pero como no fueras hermana de alguien de los de las peleas... ¡Eso era todos los días en los bailes, era una cosa...! Y luego las bandas: “Pues moraleja no pases por la calle Amposta que te cortan las orejas”, porque le cortaron una oreja en la calle Amposta a uno en San Blas, de la banda de los Ojitos Negros, de la banda de los no sé qué de oro (...). Cuando veníamos de Vicálvaro, por el descampado, ahí te podían atracar, lo que pasa es que éramos quinientos, éramos muchos, pero había muchos robos, era terrible. Es la gestión del miedo.

No serían los sucesos, sino la gestión del miedo lo que habría variado: “Los vecinos están llamando enseguida, en cuanto ven a unos chavales jóvenes..., hay un grupo de gente no sé qué..., ¡a la policía!”. El recurso al sistema experto –policía- era identificado por Paqui con un deterioro de la vida social del barrio, cuyo cuerpo comunitario ya no era capaz de resolver los conflictos por sí mismo y de manera solidaria. En la misma línea, Fernando³⁵³ anhelaba en su

³⁵³ Fernando y Paqui, de unos 50 años de edad, eran dos personas visibles desde hacía décadas del movimiento vecinal del barrio.

reflexión las relaciones vecinales del barrio fordista y del movimiento vecinal de la década de 1970, las cuales se contraponían al individualismo de las “comunidades de propietarios” –en las que el vecino se convertiría en un enemigo al causar humedades al del piso de abajo-. Según este informante, ante un robo o una pelea, el vecindario “de antes” intervenía mientras que el “de ahora” delegaba en la policía:

Antes salías y sabías que había un grupo de gente que te iba a apoyar. Ahora sales y te vas a quedar más solo que la una, entonces dices: “O llamo a la policía o me voy corriendo”, ¿no? Es que además no es que me vaya a partir la cara a esa persona, que considero que no lo debo hacer, sino es que a lo mejor miro a todos los de mi alrededor... Entonces lo que falta es esa solidaridad que existía antes, ese conocimiento de barrio, o sea, un poco los barrios son, o deberían ser, como los pueblos, en el buen sentido de la palabra de conocimiento, de saber quiénes son cada uno, y eso se ha perdido porque somos extraños hasta para los vecinos de arriba o de abajo... ¡Amigos no, somos enemigos! Somos enemigos porque nos moja la casa [Risas].

“Eso lo ha habido toda la vida”: Fernando acudió a la memoria barrial, matizando que la única diferencia era que en el presente había “bandas más organizadas” ³⁵⁴:

En las fiestas de hace 30 años no había fiesta que no terminase a navajazo limpio. En Vallecas, en Palomeras, había cada día uno... Era, vamos, iban los de Vallecas, los de Carabanchel a Vallecas, pero vamos, es que era..., era conocido, eran bandas juveniles, sin organizar, eran cosas informales. Eso pasaba, en los setenta, eso lo hemos vivido nosotros. En concreto, aquí en Carabanchel Alto, en el año setenta y ocho setenta y nueve, porque uno tocara a una chica, a una hija, vamos, de alguien que estaba en la asociación de vecinos, parece ser que alguien se metió con ella, pues el padre, que era de la asociación de vecinos, fue a su casa a por una escopeta. O sea, que pasó, eso, le tuvimos que agarrar entre todos y decirle: “¡Pero dónde vas, estás loco!”. Eso pasó en el año setenta y ocho en este barrio. No pasó nada porque no hubo disparos, pero salió de casa con una escopeta de caza. Es decir, que también se mitifica mucho lo de ahora. Eso lo ha habido toda la vida, lo que pasa es que igual ahora las bandas son más organizadas que antes. Antes yo creo que las bandas eran más espontáneas entre comillas, ¿no? A lo mejor ahora hay otro tipo de bandas organizadas o bien para robar, o por ejemplo los nazis son otro tipo de bandas muy peligrosas que lo que van es a joder la marrana al que pillan enfrente, eso sí.

En la misma línea reflexiva de la temporalidad, otro militante del espacio autogestionado en el que se efectuaba el acto, Jorge, rememoraba su niñez feliz en entre jeringuillas para relativizar, una vez más, la emergencia:

Yo de pequeño no vivía aquí, vivía en Alcorcón, y sí que recuerdo de jugar en la calle constantemente. Ver Barrio Sésamo y a las seis en la calle, y eso sí que se echa en falta. Y luego, siempre el tema de la inseguridad, yo creo que no estábamos tan preocupados, nuestros padres no estaban tan preocupados por eso. Yo recuerdo en mi barrio jeringuillas, sobre todo en los ochenta era un problema tremendo, y había jeringuillas y nosotros jugando. Y decían a lo mejor las madres: “No juguéis ahí”. Pero era algo que

³⁵⁴ Fernando aplicó la memoria, una vez más, para referirse al discurso de la inseguridad de la segunda mitad de la década de 1970: “Hubo una película, no sé si os acordáis, de José Sacristán que se llamaba *Miedo a salir por la noche...*”. *Miedo a salir de noche* (1980) fue dirigida por Eloy de la Iglesia, autor de otros títulos del cine social de los ochenta, como *El Pico* o *La estanquera de Vallecas*. En la época en la que se rodó se ensayó el primer intento de discurso de la inseguridad como consecuencia, no sólo de las “altas tasas de delincuencia” de la época, sino de la “apertura” cultural que se producía en plena Transición con el arribo a España de los valores de 1968.

sí, estaba ahí, pero no se le tenía tanto miedo. Hoy en día se le tiene miedo a cosas que no son para tanto. Estamos siempre con el tema de la inseguridad, sobre todo con los niños, ¿no?

También Ricardo apelaba a la memoria barrial para asimilarla al presente de los inmigrantes, una anterioridad que para estos informantes que luchaban por revalorizar la memoria histórica –se consideraban republicanos y habían estado detrás de las luchas por el “Centro para la Memoria Histórica de la Cárcel de Carabanchel”-, aportaba lo que los autóctonos habían olvidado:

Yo recuerdo también que cuando era pequeño yo iba al Parque Sur y llevábamos la cena hasta las tantas de la noche, las tres de la mañana y no pasaba nada. Yo creo que es algo que se sigue haciendo, pero el problema es que los que lo hacen ahora son los inmigrantes. Entonces nosotros no somos conscientes de eso: pensamos que no se hace y sí se hace (...). Yo lo que creo es que el ciudadano medio, español, digamos que ha buscado un acomodo que le hace estar, o creer que está, por encima de esas nuevas generaciones que llegan a España a trabajar (...), y yo creo, en ese sentido, que los que hemos cambiado realmente las pautas hemos sido nosotros. Gran parte de la ciudadanía del Estado ha pensado que era necesario subir un escalón, escalones que a veces consisten en aislarse del resto, ¿no? Ya no existe esa necesidad que existía en los años sesenta o setenta por hacer barrio, por hacer vecindad (...). Había casas en los años sesenta y setenta que había fuentes que había que bajar, yo me acuerdo que había que bajar a por agua, la gente bajaba con el cubo para lavar..., y se hacía mucha más calle, evidentemente. Entonces, el modelo al que vamos es francamente deprimente. Yo cuando subo por la calle General Ricardos y veo la cantidad de comercios que han cerrado. ¡A qué modelo nos encaminamos!, ¿no? General Ricardos, que ha tenido siempre una vida tremenda, pues se está convirtiendo en una calle de paso, se supone que lo divertido está en Islazul, en esos sitios que te sientes protegido.

Pero además de cuestionar los discursos de la inseguridad de sus vecinos, apelaban al análisis de las condiciones subjetivas –más que de las objetivas- de la inseguridad. Algunos participantes, como el propio Ricardo, empleaban explicaciones conspirativas de la nueva realidad urbana como el resultado de una suerte de “americanización”. La ciudad fantasma diseñada para el coche y el centro comercial promovería un individualismo desaforado y el aislamiento para la dominación:

A mí me sorprendió mucho la primera vez que estuve, estuve en una ciudad que se llama Búfalo. Es una ciudad que puede tener cuatrocientos o quinientos mil habitantes, y una cosa que me sorprendió muchísimo y es que no había aceras, la gente no anda por la calle, todo el mundo coge el coche, lo demás son jardines, jardines y propiedades privadas. La poca gente que va andando por la calle, pues imaginaros quiénes son, la gente menos favorecida: los negros, los latinoamericanos... Y había otra cosa que me llamaba la atención: en las paradas de los autobuses había una plaquita pequeñita que había que buscarla con lupa. Es decir, es el modelo que realmente nos están metiendo aquí desde hace años, el modelo de ir al mall, que lo llaman, al centro comercial, todo aséptico, tu parking, tus servicios... Lo que llevamos años viendo pero que allí lleva (...). Es un poco el modelo que se trata de que cada vez estemos más aislados, y tiene relación con otro tema del que se está hablando y es del miedo.

Fernando, intentando evitar la abstracción sociológica desmovilizadora, explicitaba que había culpables y víctimas en las políticas urbanas. Rebatendo a otra persona que había hablado de “falta de planificación”, atribuía a los empresarios del sector de la construcción la

responsabilidad directa del nuevo modelo urbano. Señalar (sobre)responsables y víctimas forma parte de este discurso que bebía de los análisis marxistas que empaparon al movimiento vecinal. Sin embargo, en su propio discurso se apelaba a la responsabilidad colectiva del vecindario para resistir. Al expresarle a Fernando mis dudas sobre la agencialidad, éste y Paqui respondieron desde su conocimiento experto-vecinal:

-F: Todo eso está estudiadísimo, o sea, los colores en las oficinas, esos estudios tienen decenas de años, o sea, los colores que son más productivos y menos productivos, de cara a la clientela, la musiquilla que oyes cuando entras en Cajamadrid, eso está más que estudiado, música anodina que es insoportable (...), está hecho para que se te quede la mente en blanco, si estás en la cola una hora, te adormece (...). Está todo estudiado, Sergio.

-P: En el Ayuntamiento de Madrid hay una planificación norte, sur, este y oeste. Vamos, es que lo encontramos un día por casualidad, y está planificado el sur cómo hay que hacerlo y para quienes..., y así es como está planificado.

-F: En el PAU no hay tiendas, hay que ir a comprar al Islazul (...). Está todo hecho para que vayas... En los barrios hay mercados, pero en los nuevos... Pero vamos, una puntualización, el PAU está construido en tres unidades (...). Pero es que en el Plan General de Urbanismo, cada unidad debe tener tantos metros cuadrados de dotaciones, comercio, etc. Entonces, todos los metros cuadrados de eso se lo dieron al Caprabo, entonces, de esa manera los bloques no tienen ninguno local comercial, o sea, no es una casualidad, no es que el arquitecto de un bloque dijera "No", y el de enfrente dijera "Yo tampoco". No, no, no, es que en el Plan General estaba diseñado así, por lo tanto no tienes una triste panadería donde poder comprar el pan, no sé, a cinco minutos de tu casa, no hay, te tienes que ir al Caprabo y coger el coche.

La *crítica materialista* se combinaba en este debate con la *crítica artista* (Boltanski y Chiapello, 2002) de otros participantes. Desde esta perspectiva más libertaria, el *discurso de la inseguridad* emergente empleado por la supuesta *comunidad de los inseguros* –conservador- compartiría con el *discurso de la seguridad* que apela a la memoria –progresista- una ausencia de crítica de la representación política en forma de Estado y de la gestión policial del conflicto. Se desecha a las instituciones como apropiables y se apela a la autogestión de los conflictos y a la autonomía colectiva. Para Álvaro, la intermediación de un sistema experto –policía- en la resolución de los conflictos, hacía que la vida cotidiana estuviese cada vez más alienada. Él, que era más joven, rebatía a los progresistas del acto, que distinguían entre una policía mejor y peor:

-A: Antes había algún tipo de problema, algún conflicto, se solucionaba a través de redes sociales, ¿no? O sea, puede resultar un poco más arcaico el tirar de colegas para ir a pegar a los otros... Pero ahora lo que se hace es llamar a la policía, estás en tu burbuja y cuando alguien toca tu burbuja, realmente, como no tienes redes sociales y lazos sociales, llamas a la policía. Yo supongo que antes la policía era la última de las opciones.

-P: Es que la policía daba miedo [Risas]. Los grises eran terribles.

-A: Ahora no es que sean angelitos (...). Es que han conseguido lo contrario, como que la policía era el elemento extraño y ahora estamos demandando que haya más policía.

Álvaro quizás idealizaba un pasado en el que no se recurría a la policía, e Ismael apelaba a la responsabilidad colectiva en el modelo, huyendo de teorías conspirativas. Según los

discursos de estos jóvenes, existían multitud de posibilidades abiertas para subvertir y revertir el orden existente. Reconociendo la existencia de relaciones de cooperación y de contratendencias que no hay que inventar, sino re-descubrir (en la alteridad o en la anterioridad), Jorge afirmaba: “La calle está llena de gente (...). La gente no está resignada a lo que le dan”. Posteriormente podremos apreciar la traducción en prácticas colectivas de estos discursos.

En este capítulo he tratado de exhibir la variedad de discursos sobre la “(in)seguridad ciudadana”. De los más proclives al control policial a los más libertarios, todos ellos forman parte de estrategias performativas encaminadas a afirmar las propias posiciones en las luchas de poder locales, tanto las que se juegan a nivel individual –más competitivas o más cooperativas– como las que se actúan a nivel colectivo –proyectos ideológicos mas conservadores, más progresistas o más libertarios–.

13. Prácticas en torno a la inseguridad y el miedo

¿Qué hacen los carabancheros y carabancheras con el miedo? En el anterior capítulo hemos podido apreciar un uso posible de la (in)seguridad profundizando en el carácter pragmático de los discursos. En el presente, centrado en las prácticas, vamos a observar la existencia tanto de continuidades como de desajustes entre lo que se dice y lo que se hace. Comenzaré analizando las prácticas del miedo que más contribuyen a la atomización e iré avanzando hacia su afrontamiento colectivo³⁵⁵, aquel que sin negar el temor –pues no impugna el conflicto– persigue construir lo común: *sin miedo al miedo*.

³⁵⁵ No he encontrado o accedido a respuestas vecinales organizadas en relación a la (in)seguridad de signo derechista o ultraderechista en Carabanchel, si bien en otros distritos de Madrid han proliferado en los últimos años. Por ello sólo daré cuenta de las respuestas organizadas de signo izquierdista y libertario.

13.1. Prácticas de aislamiento e inhibición de la experiencia

Una escena cotidiana:

Susana, una chica gitana con un niño de 1 año que desea descubrir y explorar el despacho, aprovecha el ruido de mi impresora, en la otra punta de la estancia para decirle: "¿Lo ves? ¡No puedes ir ahí, que es una cosa que se lleva a los niños!" (Cuaderno de campo: observación efectuada mientras ejercía como trabajador social el 20/01/2010).

El tradicional recurso a figuras mágicas como mecanismo de contención de la conducta infantil no es sino un repertorio de metáforas encaminadas al control social formal e informal. La magia de la impresora para esta mujer gitana –poco familiarizada con la tecnología escrituraria– se seculariza en el caso de las familias payas de clase media:

En uno de los chalecitos unas niñas salen por la puerta en bañador. Tienen unos 6 o 7 años. Una sale y regaña a otra: "Pero cierra la puerta, ¿no ves que van a entrar a robar?". En sus juegos, los niños aprenden a dramatizar la vida de los adultos (Cuaderno de campo: observación efectuada el 14/07/2009).

Todo ocurre como si el miedo se aprendiese, se actuase, se incorporase... como el género³⁵⁶. La niña, además de un ensayo de roles sociales generizados, estaba efectuando mediante el juego una práctica de *territorialización*³⁵⁷. La tendencia dominante en Carabanchel parece ser la creciente cualificación espacial mediante la construcción de barreras y la instrumentalización táctica de las técnicas de vigilancia. La directora de un centro de servicios sociales decidió que los despachos de atención de los escasos trabajadores sociales del turno de tarde debían estar juntos:

³⁵⁶ La actuación de roles masculinos tradicionales tiene implícita la ocultación del miedo, mientras que la actuación de roles femeninos puede implicar exhibir el temor. En un encuentro con niños de familias migrantes que asistían a una parroquia, el grupo reaccionó de manera distinta ante un hermano y una hermana que se mostraron temerosos. Sabrina, una niña muy tímida, dibujó una casa hermética -espacio doméstico- con unas rejas en la puerta y con una apariencia externa aséptica, como ocultando lo que albergaba el interior de la vivienda (de su propia vida), afirmando que lo que más le gustaba era jugar dentro de su casa, y su hermano, Piotr, que también mostraba problemas para hablar en público, dibujó una calle monótona, llena de coches y personas alineadas y aisladas entre sí. Piotr recalcó, como su hermana, que le gustaba más estar en casa y cuando una de las monitoras le cuestionó por qué no me miraba al hablar, respondió: "Me da miedo". Aunque ambos tenían especial preferencia por el espacio doméstico y sufrían en la exposición pública, el resto del grupo sólo sancionó el dibujo y las palabras de Piotr, como indicando que la suya era una masculinidad fallida por miedosa, por femenina.

³⁵⁷ Tal y como afirmó José Luis García (1976), de la misma manera que las celebraciones festivas indican una serie de marcas en el calendario referidas a ciclos de acción, el espacio y sus componentes (viviendas, calles, plazas...) están cualificados socialmente de acuerdo a unos códigos sociales inteligibles por todos los miembros de una sociedad. La fragmentación del espacio está destinada a comunicar el significado social de cada lugar (actividades a realizar, forma de interacción verbal y no verbal, etc.), lo cual indica ya la restricción del acceso a determinados individuos (multitud de espacios en los que no pueden penetrar niños, por ejemplo). La clase social, la edad, el sexo o los rasgos fenotípicos son criterios de estructuración social que operan en la cualificación de los espacios, creando diferencias sociales entre los mismos.

Refiere que los despachos de tarde son los de una hilera. El tema es concentrarlos para que sean mejor vigilados por la vigilante de seguridad (ha dicho: "A mí no me gustaría estar sola en el otro extremo del centro") (Cuaderno de campo: observación efectuada el 20/07/2009).

Esta decisión mediante la cual la directora del centro protegía a sus subordinados – intentando legitimarse con un estilo "maternal"- no formaba parte de una estrategia profesional y discursiva, sino más bien de la aplicación táctica de su propio "saber" a la gestión. Los saberes tácticos informan de multitud de medidas informales de seguridad que persiguen la separación y el control espacial. Un letrero en un portal de la calle Mercedes Arteaga se extendía en las justificaciones: "Cierre bien la puerta por su seguridad y la de sus vecinos. Así evitará robos, asaltos... que son tan frecuentes en estos tiempos". La intervención artesanal sobre el espacio con fines securitarios abarata costes (de obras, licencias, etc.):



Valla artesanal fabricada con somieres con el fin de separar física y simbólicamente la propia finca (edificio en primer plano a la izquierda) de Pan Bendito (bloques en segundo plano).

Según observo en un edificio colindante con Pan Bendito, junto a la valla que separa el propio jardín de los bloques de protección oficial que forman dicho barrio, se erige una barricada formada por viejos somieres que persigue la finalidad de elevar la barrera física entre ambas zonas (...). Este bloque está habitado por familias de origen muy humilde que guardaban algún vínculo con altos cargos del franquismo (como chóferes o sirvientas), lo cual les hace añorar aquellos tiempos en los que consiguieron unas viviendas de relativa alta calidad por sus vínculos clientelares. Al mismo tiempo, la aparición en los ochenta de los bloques de realojo de Pan Bendito a escasos metros de sus viviendas, sumado a las numerosas situaciones de toxicomanía, violencia doméstica y diagnósticos psiquiátricos que pude comprobar en el seno de estas familias cuando era trabajador social de la zona, conforman un panorama de profunda

inseguridad en sus discursos y de búsqueda de chivos expiatorios de sus problemas en el vecino Pan Bendito. El aspecto de espontaneidad que proporciona la imagen de la valla sugiere el carácter de urgencia con el que se levantó y la vivencia intensa de un conflicto (Cuaderno de campo: observación efectuada el 09/02/2005).

Seis años después acudo al mismo sitio para comprobar si continúa la valla artesanal y fotografiarla de nuevo. La valla hecha con somieres está disimulada y eufemizada bajo la hiedra que la envuelve. Un vecino que sale del portal con una bandera de España en su llavero pasa a mi lado y se da la vuelta. En tono agresivo pregunta “Oye, ¿tú qué haces?”, a lo que contesto “Son unas fotos para una investigación sobre el barrio. Me llamaba la atención la valla, hecha con somieres...”. En tono más tranquilo [el capital cultural esgrimido en la palabra “investigación” parece neutralizar su inseguridad], refiere: “Sí, eso lo hizo un vecino hace unos años porque se pasaban los yonquis [de un lado a otro, desde Pan Bendito a su jardín]” (Cuaderno de campo: observación efectuada el 07/08/2011).

La puerta y la llave, como figuras materiales cargadas de un enorme simbolismo en cuanto a los procesos de significación y territorialización, siguen cumpliendo una función primordial en el control social informal del espacio. El baño de algunos bares tiene una cerradura cuya llave es proporcionada por el personal del bar, que cuenta así con el derecho de admisión y de uso. Jaime, el vecino del PAU, recurría también al saber táctico informal para aplicar la prevención situacional a nivel individual y para proponer medidas en su comunidad de propietarios:

Queríamos también poner una verja, como no todos los vecinos, cuando entran por el garaje, no todos esperan a que cierre la puerta (yo sí lo hago), eh, pues lo que sucede es que claro, cualquiera se puede colar, y lo que vamos a hacer es, al iniciar la rampa, poner otra puerta ¿para qué?, para seleccionar un poco, ¿no?, es decir, para que tenga que traspasar dos puertas, no una, el presunto ladrón.



En la primera imagen una garita de vigilancia en la puerta de acceso a una comunidad de propietarios del PAU. En la segunda, una cesta dispuesta en la entrada para que se deposite la publicidad y evitar la entrada de personas ajenas al bloque. En la tercera un cartel recomienda esperar a que se cierre la puerta del garaje, divisándola por el retrovisor, apelando a la responsabilidad vecinal en pro de la seguridad.

La acumulación de puertas para acceder a las viviendas como fruto de decisiones individuales o vecinales –y ya no de los arquitectos- llega en ocasiones a anteponer el valor de la seguridad por encima del de la comodidad (objeto de los avances electrónicos en las décadas del trabajo duro fordista):

Durante una visita a un domicilio he podido experimentar el proceso relativamente lento de acceso a la vivienda. Tras abrirme la puerta del portal mediante el telefonillo, me comunicó que en seguida bajaba a

abrirme. Tenía que abrir una puerta de rejas situada en el interior del portal, infranqueable sin llaves, que venía a complementar al dispositivo de portero automático, anulando las posibles ventajas de dicho dispositivo (referidas al valor de la comodidad, ya que permite abrir la puerta del portal sin salir del propio domicilio) (Cuaderno de campo: observación efectuada el 17/06/2005 en el barrio de Opañel).

Paco y Francisca, residentes en unas viviendas unifamiliares, también habían recurrido a las rejas:

-P: Hay que poner rejas.

-F: Hay que poner las rejas, yo puse rejas. Que no tenía, pero como me entraban, puse rejas.



Interposición de rejas entre el espacio doméstico y la calle.

La agencialidad a la hora de reordenar arquitectónicamente el espacio con fines segregadores puede apreciarse en multitud de medidas. La necesidad de marcar distancia entre un dentro y un afuera (familiar o vecinal) deriva en situaciones muy peculiares que pervierten los usos originales de las estructuras arquitectónicas y desplazan de manera creativa las fronteras entre lo privado y lo público:

Acudo con mi alumna de prácticas a un domicilio con el fin de valorar el servicio de ayuda a domicilio. Se trata de un matrimonio de edad avanzada, él con deterioro cognitivo y ella en tratamiento con quimioterapia. El portal nos llama la atención: tras una primera puerta de acceso y después de avanzar unos metros nos encontramos con una segunda puerta con unas rejas muy gruesas y concentradas que a ella la generan una sensación de “agobio”. Tras atravesar esta segunda barrera, subimos al primer piso: en el rellano de la escalera encontramos elementos ornamentales (mesa con espejo y planta) más propios del recibidor de una casa que de la escalera. Es como si el hogar comenzase tras las rejas, construido y compartido por el vecindario (Cuaderno de campo: observación efectuada el 15/12/2005 en el barrio de Opañel).

El aislamiento físico tiene su correlato en la inhibición relacional. Así es como María temía más allá del umbral de la puerta de su hogar que la golpeasen y la violasen, al mismo tiempo que fantaseaba con que traficasen con los órganos de su hija. Su respuesta era inhibitoria:

Yo, yo no, yo cuando por ejemplo, antes de ayer me tocó el timbre sin tocar el este, el portero ¿no?, estoy aquí con la niña y me toca el timbre, me callo y no contesto, pero vamos a ver, era un señor que me traía un paquete, pero yo creo que lo menos que puede hacer es avisar que me trae este paquete, o llamar al portero, no que se coló dos puertas. Pues a mí eso, que se cuele dos puertas sin llamar no me inspira confianza. O muchas veces, “¿Quién es?”, si llaman al timbre directamente sin pasar por el portero, “¿Quién es?”, “Soy del teléfono, no sé que no sé cuantas”, “No quiero nada”, o sea, no abro ni la puerta, porque yo creo que voy a abrir la puerta, me van a dar un empujón, yo sí tengo miedo a eso (...). Yo para mí esto es una inseguridad, yo no veo a nadie, es más, me da hasta miedo abrir la mirilla y ver quien está ahí, me da miedo, no sé (...).

Determinados cronotopos son evitados en los itinerarios peatonales. Bea expresaba: “Ya no cruzo de noche el parque”. También el miedo a la policía, muy persistente entre los colectivos que son el objeto preferido de su intervención, produce la evitación de determinados recorridos y prácticas. Una mujer joven refería que ya no se atrevía a practicar la venta ambulante al temer la aparición de la policía (que al parecer era más persistente desde que estaban los “manteros”): “Desde que se ponen los chicos con los CDs, no nos dejan en paz (...). Siento miedo, mirando para todos los lados”. La presencia de cuerpos más ilegítimos que el propio (un cuerpo de “mujer gitana”) junto a ella, ponía en peligro la obtención de recursos y la propia integridad. Paula, por su parte, prefería evitar el encuentro con los “extranjeros” de la esquina de su casa. Para ello huía cruzándose de acera o caminando más deprisa:

Que hay mucha gente extranjera. Nos dan miedo: cuando se reúnen tantos ahí en la esquina. Son chicos jóvenes, y yo la verdad con el botellón y esas cosas (...). Yo sí, cuando veo tantos ahí, de verdad (...). Sí, o cruzo o me doy un poquito más de prisa.

Paco, Francisca y Amparo, con unas “envidiables” viviendas con jardín, habían renunciado a la práctica de sociabilizarse las noches de verano al aire libre:

Pero es que claro, esto ya no se puede comparar, yo creo, yo creo, hombre nosotros las puertas como las teníamos y no nos preocupábamos de seguridad y te quedabas por las noches en el jardín, y ahora ya no lo haces, eran otros (...). Ahora ya no lo haces, y cierras todo...

Las personas desresponsabilizadas, las que más se victimizan, son al mismo tiempo las que emplean de manera activa su clausura. Marcelina y Lali recalcaban su encierro en el interior de la vivienda (“y que sea lo que Dios quiera”):

-E: Para el miedo que decís que sentís, ¿qué es lo que hacéis, para atajar el miedo?

-L: Cerrar la puerta con llave y acostarnos y que sea lo que Dios quiera...

-E: Cerráis la puerta con llave y...

-L: Yo mis hijos, se han casado aquí los dos, el pequeño lleva 23 años casado, y el mayor 22, y yo he tenido siempre, he empujado la puerta y se acabó, y ahora no, la cerramos con llave, y no pongo una silla detrás, por si acaso me pasa algo...

-E: ¿Qué más cosas hacéis para, para atajar ese miedo? (...).

-M: Yo por ejemplo, si que me da miedo (...), pues cerrar la puerta con las siete llaves.

El encierro de Marcelina por las noches estaba probablemente relacionado con el cambio sufrido en su vida en el último año al fallecer su esposo: su hogar se encontraba en un proceso de resignificación condicionado por el duelo, esto es, por la ausencia de un soporte simbólico presente durante décadas en su biografía y que había dejado un hueco en forma de inseguridad. Otra mujer mayor, Victoria, que refería estar saliendo de una depresión (“ya tomo sólo una pastilla”) y que había enviudado hacía 5 meses, reconoció que los meses anteriores se había “encerrado”, sintiéndose “como si estuviera en una cárcel”. Las pérdidas asociadas a la desresponsabilización de la vejez empujan al recogimiento, pero también las adquisiciones de sobrerresponsabilidades. Jesús refería que desde que María quedó embarazada, habían cambiado buena parte de sus actitudes y hábitos, afirmando, por ejemplo, que conducía más precavido y que “miraban más esas cosas”: “Con la cría me he vuelto más defensivo”.

La inhibición de la propia experiencia, restringiendo las interacciones en el exterior del domicilio, se traduce en un aumento del desconocimiento del entorno y un consecuente aumento de la desconfianza. Pero esta suerte de “individualismo negativo” (Castel, 1997) adquirido de manera voluntaria –a modo de *autocontrol*- es anhelado como signo de ascenso social por población más empobrecida. Petra refería que renunciaba a la sociabilidad horizontal y a frecuentar el espacio público más de lo estrictamente necesario. La frontera marcada “a la española” entre el ámbito público y el privado evitaba visitas incómodas, pero sobre todo formaba parte de su programa de desvinculación de prácticas de sociabilidad más espontáneas y su inserción en el modelo de creciente segregación entre el espacio público y el privado:

Antes sí me gustaba, porque estaba en casa de mi madre y no me enteraba yo de cómo es tener tu casa y... ¿Pues por qué no me gusta la amistad? Porque por la costumbre que tenemos de nuestro país, te presentas cuando te da la gana, no avisas ni nada (...) y a mí no me gusta que me toquen la puerta cuando estoy fregando... Yo cuando me voy a la compra paso por un parque y este parque está llenísimo de gente conocida y sobre todo de primas que tienen niños, y también de tías, y cuando quiero ir de compras y es el tiempo que salen del cole o de la guardería los niños, pues siempre quiero dar la vuelta para no cruzármelos y no estar cara a cara con ellas porque preguntan: “¿Qué tal?, ¿Qué eso?”, “Vamos a subir a tu casa a...”. Y digo: “Uh, lo que me faltaba”. Entonces, y molestan, ¿me entiendes? Una vez a la semana me gusta, pero no todos los días. Es desorden, porque ya te digo, no es como aquí, te vas de visita, hablas un poco y te vas, no molestas, nada más que te sientas en la silla.

Aunque en esta alocución Petra no barajase los aspectos securitarios para efectuar este autoaislamiento, su protección del control social informal (y de la competitividad en torno a los símbolos de éxito del proyecto migratorio de los miembros de la comunidad rumana de origen), la estaba alejando al mismo tiempo de la posibilidad de reducir la sensación de soledad que la aquejaba y que acentuaba su desconfianza hacia el entorno. Sus mejores “amigos”, según

expresó, éramos su trabajador social y su psicóloga, ambas figuras expertas de carácter institucional y, tal y como ocurrió, efímeras. Su escasa exposición a situaciones más públicas retroalimentaba sus temores. “Los nervios” y la dermatitis respondían a lo que Sayad designa como cuerpo vergonzoso³⁵⁸, un cuerpo inhibido que se ajusta al modelo de integración que “los inmigrantes” deben seguir. Así es como al escuchar en mi casa la audición de una observación que efectué en los alrededores del CIE –comisaría y oficinas de extranjería- me percaté del relativo silencio que reinaba en ese espacio que, sin embargo, recordaba visualmente lleno de cuerpos. Según iba caminando con la grabadora encendida hacia el exterior, fueron aumentando los decibelios con los gritos de unos niños y las conversaciones entre adultos. La hiperdisciplina que exige ese espacio para ascender en la escala de ciudadanía se manifestaba en un régimen de silencio.

³⁵⁸ “Visto y nombrado por otros, el cuerpo dominado es un cuerpo vergonzoso, un tímido, torpe cuerpo con poca auto-seguridad, un cuerpo que es experimentado con intranquilidad. Es un cuerpo que se traiciona a sí mismo” (Sayad, 2004: 260).

13.2. Autogestión individual y comunitaria del miedo

Huir, inhibirse y autocontenerse –esa especie de “cuidado de sí” basado en el sucedáneo alejamiento del conflicto- no es sinónimo de pasividad. La agencialidad está presente en cada una de las opciones que acompañan al miedo. Pero otras posibilidades más activas implican una mayor creatividad. Las tácticas preventivas informales tienen un reflejo llamativo entre los colectivos que menos recursos tienen para acceder a los sistemas formales de seguridad (encierro, policía...), o que precisamente están más expuestos –por su mínimo grado de ciudadanía- a multitud de agresiones, como los vendedores ambulantes sin papeles. Uno de ellos, de origen africano, portaba una bandera de España en su cazadora militar esperando con ello repeler agresiones. Disponía, como todos sus compañeros vendedores, del mecanismo de cuerdas que recoge la mercancía con sólo tirar de ellas a la hora de salir corriendo ante la visita de la policía. Por su parte, del mismo modo que las cadenas de distribución comercial, algunos comerciantes de origen chino han introducido la videovigilancia informal en sus tiendas – sustituyendo los viejos sistemas de espejos- con el fin de mantener una vigilancia panóptica del establecimiento.

Pero además de tácticas defensivas, existen otras más ofensivas. Dani empleaba su indumentaria como autoprotección: “Yo llevo las botas estas de punta de acero, llevo cadenas, y al llevarlas, la gente no se acerca mucho”. La amenaza que simbolizaba su estética era preventiva. Sin embargo, esta forma tradicionalmente masculina de afrontar el miedo, es también muy común entre chicas y mujeres. Jenni y Silvia se autoprotegían con su discurso “vacilón”. No temían a figuras masculinas, sino a otras chicas con actitudes masculinas agresivas. La competencia por el espacio y por el reconocimiento barrial impregna las relaciones entre iguales de conflictividad, pero más que en la violencia física, el poder parece jugarse en estas ostentaciones simbólicas. Entre el grupo de amigas el reconocimiento mutuo las convertía en aliadas que harían que “no se cagasen” en caso de pelearse con otras. Las ostentaciones simbólicas de la propia peligrosidad resultan fundamentales en una pelea:

Viajo en el bus 55 y se monta un grupo de jóvenes con gran revuelo. Las chicas gritan a los chicos: “¡Javier, no! ¡Que no vayas! ¡Déjalo!”. Los chicos, por su parte, miran al exterior e insultan y gesticulan frente a otro grupo de chicos que está a unos 25 metros del bus. Cuando el conductor cierra las puertas, se intensifican sus gritos e insultos y comienzan a dar golpes contra las ventanas del vehículo, como una demostración de fuerza: ahora que están protegidos se ponen más “gallitos” pero en realidad están huyendo. Una de las chicas grita: “¡Que no des al autobús, que esto lo pagamos todos!”. El resto de viajeros, la mayor parte de origen latino, como los chicos envueltos en la pelea, hacen gestos de indignación por su comportamiento violento (quizás conscientes de que la salida de la hipercorrección que deben seguir perjudica a nivel global a su “integración”). En la siguiente parada, jaleados entre sí, deciden

bajarse aunque las chicas tratan de impedirse: “¡Vamos, vamos a por ellos, hijueputas!”. Uno se quita la camiseta, mostrando así que va “a pecho descubierto” (Cuaderno de campo: observación realizada el 15/04/2011).

Por su lado, Kike narraba cómo a su llegada al barrio como dinamizador había sido amenazado al aparecer sobre un territorio polarizado que obligaba a posicionarse. Sufrió amenazas de una de las partes y la otra le protegió, algo que le infundió seguridad a pesar de esconderse en uno de los polos:

Yo he estado amenazado y han estado a punto de pegarme, y me han defendido y han estado a punto de pegarles [Risa nerviosa]. Claro, este es un barrio como todos, y hay que saber con quién sí y con quién no. Yo soy muy respetado desde que me he hecho colega de gente del barrio, digamos que tengo guardaespaldas, es decir, gente del barrio que apuesta por mí, pero no guardaespaldas por nada, sino porque estás haciendo cosas con gente del barrio, les apoyas en proyectos y demás y si alguien se mete conmigo, no soy Kike “el dinamizador vecinal”, soy Kike “el tipo que nos ha ayudado a hacer asta movida”, con lo cual “si te estás metiendo con él te estás metiendo con un tipo bueno que nos está ayudando a hacer movidas y al fin y al cabo te estás metiendo con nosotros”.

Kike rememoró una situación de fuerte miedo en la cual primero desapareció (huída) y luego no tuvo más remedio que afrontar la situación al encontrarse con la persona que le amenazaba. Su afrontamiento era el resultado de meses de angustia pero en los que se gestó una respuesta “valiente”. Suponía un ejercicio de cierta reflexividad: su “¡vámonos!” se lo dijo en primera persona del plural, lo cual implicaba una auto-observación que le permitía conectarse y aliarse consigo mismo y con su miedo:

Yo tuve un problema aquí al principio, sobre un vídeo que grabamos que pensaba un tipo que hablábamos sobre tráfico de drogas grande, un vídeo que pusimos un día en la asociación, y supuestamente me tenía amenazado [La respiración parece variar: necesita más aire]. Yo desaparecí de por aquí por un tiempito, cuatro meses, y bueno, me lo encontré un día por la calle y me dijo: “Yo quería hablar contigo”. Y le digo: “Yo también quiero hablar contigo”. Es decir, pa’ chulo yo. Dije “¡Vámonos para adelante con todo!”. Y se solucionó todo, me terminó dando una carta para ver si le podía ayudar y dos semanas después me estaba ayudando a plantar un árbol.

Sin embargo, la escenificación de la agresividad puede salvar el propio pellejo al constituir una manifestación del conocimiento del código masculinista de la violencia. Kike contaba cómo en alguna ocasión tuvo que actuar una masculinidad agresiva, empleando su fuerza física y “vacilando” en la escalada de amenazas (“a lo mejor te sorprende si salimos fuera”), para luego, después de haber demostrado que no se doblegaba, bajar el perfil (“para qué nos vamos a pegar, tío”):

En otros momentos si que ha habido con los chavales aquí bastante dificultad, pero más por la cuestión de estar solo... Es decir, en el momento en que aquí hay alguien del barrio, les marcan los límites, pero nosotros somos agentes externos para marcar límites (...). Es decir, yo he tenido algún momento en el que

he tenido que coger a un chaval de las manos mientras me tiraba cabezazos, y mientras me decía: “Vamos a salir fuera”. Decirle: “Lo mismo te sorprende si salimos fuera”. Y al final decirle: “Para qué nos vamos a currar, tío”.

Las formas de afrontar el miedo están generizadas, tal y como mostraron María y Jaime. Una de las estrategias de las vecinas, en la que participaba María, era salir a la misma hora por las mañanas para dirigirse juntas al metro (Pan Bendito), mientras que Jaime “dormía con un cuchillo al lado de la mesilla”. Pero el enfrentamiento físico –o la amenaza del mismo–, siendo una actitud tradicionalmente masculina, no es patrimonio exclusivo de hombres o de adolescentes. Luisa reconocía que había hecho una “locura” –aún estando con su hijo pequeño– enfrentándose a dos ladrones. El sentimiento de indignación ante un robo que significaba la imposición del poder de dos chicos que no habían hecho los méritos socialmente establecidos para ganar el dinero (a diferencia de ella, que estaba en el “lado bueno”) era superior al “instinto” de protección:

Fue en Vía Carpetana, eso fue con mi hijo chiquitín, que luego lo pensé, digo: “¡Madre mía de mi vida, que locura he hecho!”. Que me pidió el tío la cartera, en una pastelería, y fui y se la doy, y ya cuando me quise dar cuenta: “¡Pero cacho desgraciado, con lo que me cuesta a mí ganarlo te lo vas a llevar tú!”. Dice: “Señora, tome, tome”. El pobre no debía ser tampoco muy ducho, me devolvió el monedero [Risas].

Su madre, Luisa³⁵⁹, también afrontaba los conflictos, pero con un estilo menos agresivo. Tras cuestionar las generalizaciones sobre “los gitanos” de Julia, narró cómo había actuado en un conflicto:

-J: ¡De todo, mira, de todo, de todo, yo no los quiero ni regalaos, de verdad, no les quiero mal, ojala les vaya a todos muy bien, pero no los quiero ni regalaos!
-L: Pero eso no son sólo los gitanos, ahí tenemos un vecino...
-J: Bueno, mamá, pero eso es una excepción (...).
-L: La Comunidad se lo cedió a unos gitanos que viven ahí, y a lo primero, claro, hubo una de abajo (...), que les cantó las cuarenta. Dijo que eso no era para este barrio, lo que estaban acostumbrados ellos. No se ha vuelto a oír nada porque son... Un día me pusieron el coche ahí y metieron un chico en la ventana, y digo: “Por favor, no podemos pasar el carro de la compra”, “Pues perdóneme usted que ahora mismo lo quito”. Y la mujer me dice buenos días, buenas tardes, y los vecinos...

Como podemos observar en estos casos, la exposición a acontecimientos violentos no tiene por qué dar como resultado la inhibición, la huida o el ataque –tal y como postularían los enfoques psicologistas– sino que un universo de posibilidades relacionales y reflexivas –que no dejan de ser tácticas– se abre en cada situación y a pesar de las experiencias “traumáticas”. Las tácticas securitarias tradicionales continúan operando en un barrio como Carabanchel a pesar de la extensión del sistema experto securitario (denuncia, policialización del conflicto...). Incluso

³⁵⁹ Octogenaria del barrio de Opañel.

Carmen, la arquitecta que trabajaba en Carabanchel (pero que procedía de un barrio y una familia de un extracto social relativamente alto), tenía que poner en juego sus tácticas corporales en el espacio del barrio guetificado en el que era voluntaria. Sus capitales, encarnados en su segregación espacial mediante su vivienda unifamiliar en el extrarradio y sus alarmas, rejas, etc., no servían de nada en esta situación, así que optó por el “desodorante social”³⁶⁰ para que no se oliese su miedo:

Pues mira, iba con mi compañera muerta de miedo, disimulando, las dos charlando como si, o sea, ni ella decía nada ni yo tampoco, pero la sensación más clara que te puedo decir quizás era la de sentirme observada (...). *A posteriori* comentamos: “¡Vaya miedo hemos pasado!”. Pero las dos disimulando, pues eso. Y te digo, aquella vez es la que recuerdo pasar más miedo, pero todavía me pasa que (...) ahora, cuando voy, procuro aparcar cerca, no me hace mucha gracia pulular por ahí, bueno, si es de día me da igual, pero cuando me marcho a la vuelta, procuro, si somos varios, bajar con alguien, si tengo que bajar sola bajo sola, vamos, no es un miedo que me paralice, pero no me hace ni pizca de gracia, vamos.

Los sistemas expertos securitarios eran insuficientes para los vecinos de las viviendas unifamiliares de la Colonia del Comercio: Amparo había desarrollado una estrategia³⁶¹ consistente en colocar un cebo de “diez mil pesetas” en el salón de su casa para evitar males mayores, mientras que Paco dejaba una luz encendida:

-P: Yo tengo, yo dejo una lámpara siempre encendida, y parece que eso indica...
-F: Sí, igual que Amparo, que siempre deja la de fuera [Risas].
-P: Pues se evita algo...

La capacidad para crear tácticas no desaparece con los capitales, asimilándose esa táctica de Paco –que apelaba a la existencia de vida social- a la de Marcelina (vivienda obrera), que viviendo sola simuló ante un hombre con síntomas de alcoholismo que golpeaba su puerta por la noche que su hogar estaba lleno de figuras masculinas:

A mi casa, una vez llegó uno (...). Abrí el de abajo y dije: “¿Quién es?”, “Chuchuchuchu” [Simula el habla incomprensible del hombre]. Y no abrí, pero alguien, llamó a otro sitio y abrieron, y vino a mi puerta. Lo más bonito que me gritaba era: “¡Hija puta, abre! Que en cuanto te pille te voy a matar, tengo la navaja, no sé qué, no sé cuantos”. Y era en el verano: ¡Madre mía qué miedo! Puse una silla en la puerta, y dije “No le abro”, ¿pero no os acordáis, que luego os lo dije?, y yo decía: “Paco, Antonio ven, mi hijo, que llaman a la puerta”, para que no creyera que estaba sola.

Marcelina, que no tenía a quién recurrir, invocó a figuras imaginarias (su difunto esposo y su hijo residente en Barcelona). Además de llamar a “los hombres de la casa”, tenía establecido un código implícito con las vecinas consistente en dar golpes leves a la pared si

³⁶⁰ Debo la metáfora a la compañera antropóloga Virtudes Téllez.

³⁶¹ Empleo aquí el término estrategia y no el de táctica al considerar que su acción no era resultado de la acción corporal espontánea, sino de una elaboración destinada a proteger su *lugar*.

pasaba algo, sistema de comunicación muy común entre las personas mayores de las viviendas obreras del barrio fordista. Ante un peligro sobrevenido (no necesariamente relacionado con una tercera persona, sino también vinculado con las emergencias derivadas de problemas de salud), los saberes tácticos ayudan a comunicarse para combatir la soledad³⁶². Una mujer mayor, Tere, también avisaba a su vecina de abajo con el palo de la escoba. Estas solidaridades mediadas por el miedo parten casi siempre del polo femenino del binario de sexo/género, no porque las mujeres tengan más miedos, sino más bien porque tienen menos miedo a manifestarlo (menor miedo al miedo). En ocasiones, la actuación tradicionalmente femenina ante el miedo apela a figuras masculinas menos familiares, como Luisa, que confiaba su cuidado en los taxistas que la llevaban a su casa:

Yo, como no salgo por la noche sola, pero si tengo que salir por la noche, desde luego, si cojo un taxi que me deje en la puerta y le doy buena propina para que me deje el portal abierto, o sea, que me deje dentro.

En otras ocasiones las alianzas se buscan con “cualquiera” que solo por el hecho de haber compartido un espacio-tiempo respetando los códigos de la situación, se convierte en alguien más confiable:

Una señora mayor saca dinero en un cajero de la calle de la Oca. Parece tranquila, aunque al retrasarse la operación y tener que repetirla empieza a mirar al lado izquierdo (...). Curiosa la cortesía que se establece alrededor de los cajeros automáticos. Siendo una de las situaciones de robo más temidas (...), quien espera detrás para sacar dinero toma una distancia prudente para no resultar sospechoso, tal y como hace un chico que se coloca tras ella respetando la distancia. La mujer deja de mirar a los lados, confiando su cuidado a la vigilancia del siguiente (Cuaderno de campo: observación realizada en el barro de Vista Alegre el 20/10/2008).

Llego al cajero y hay una señora sacando dinero. Intuitivamente he hecho algún ruido para anunciar mi presencia a cierta distancia con el fin de que no se asustase. La señora ha tenido que detectar que alguien estaba detrás respetando el código, pero no ha mirado en ningún momento. Como no se apaña con la pantalla me pide ayuda. Me sorprende esta confianza buscada en “el siguiente”, por el mero hecho de haberme comportado tal y como se espera de alguien en un cajero (Cuaderno de campo: observación realizada en el barro de Vista Alegre el 24/03/2011).

Estas alianzas securitarias parten del sustrato cultural de la vida cotidiana, trascendiendo identidades y apoyándose sobre el mero hecho de compartir un espacio-tiempo común. Sin

³⁶² El servicio de teleasistencia que proporcionan los servicios sociales municipales es altamente valorado por sus usuarios, que pueden confiar en un sistema experto a pesar de estar solos en casa, pero en más de una ocasión he escuchado cómo este sistema se complementa con los mecanismos de aviso de una emergencia informales, incluso llegando a rechazar algunas personas el servicio público por la preexistencia de ese mecanismo comunicativo vecinal. En realidad, todo ocurre como si la seguridad que proveyesen los sistemas expertos (Estado, empresas y profesionales) se apropiase de los saberes tácticos para tecnificarlos. Los agentes de policía, que en ocasiones manifiestan trabajar con “un sexto sentido”, se apropian de esos saberes y los profesionalizan. Un correo reenviado por el agente del CNP Pérez a todos sus contactos aconsejaba mediante un didáctico *power point* gritar “¡Fuego!” ante la presencia de un violador (ya que si se grita “¡Socorro!” no acude nadie por el miedo que infunde el llamamiento).

embargo, otras formas de autogestionar la seguridad a nivel colectivo sin recurrir a sistemas expertos siguen estando muy presentes en la vida de Carabanchel. Desde el aprendizaje de técnicas de autodefensa –en las que cada vez más participan mujeres- a las medidas de autoprotección por afinidades identitarias (entre grupos politizados o simples colaboradores en negocios), la seguridad sigue siendo un asunto que se gestiona –con violencia física, o no- al margen de la intervención policial. Entre la población gitana persisten las prácticas de resolución de conflictos sin la intervención de sistemas expertos. En rara ocasión una persona gitana acude a la comisaría a interponer una denuncia, entre otras razones porque se encuentra *a priori* en el “lado malo” del binario moral/securitario, lo cual le aleja de la credibilidad del buen ciudadano denunciante³⁶³. Tal y como he podido comprobar en los últimos años, buena parte de los conflictos familiares y matrimoniales se continúan gestionando mediante la intervención de los mayores y, habitualmente, mediante las medidas de segregación territorial. Una de las situaciones que más me llamó la atención al comenzar a ejercer como trabajador social en Carabanchel fue la diferente cartografía de la ciudad que manejaban algunas personas gitanas que, como resultado del conflicto de algún miembro de su familia extensa con otro de otro grupo familiar, veían limitados sus movimientos. Una partición habitual la dibujaba el río Manzanares: una división que era muy fácil dejar de respetar pero que implicaba una territorialidad con sus legitimidades bien demarcadas (aunque no se dejaba de pisar el territorio ajeno, hacerlo era una actividad de riesgo)³⁶⁴. Por otro lado, entre las familias con menos recursos son las mujeres quienes canalizan los conflictos posibles entre familias y ponen su cuerpo como escudo que sufre la violencia antes de que “se maten” los varones (padre y hermanos con el marido, por ejemplo):

Sara sufre, según dice, todo tipo de humillaciones por parte de su marido (palizas, insultos, menosprecios, etc.) pero no se atreve a contárselo a sus hermanos “para que no ocurra una desgracia”. Además de vivir con presión y miedo continuo, lo hace en soledad (las mujeres gitanas del barrio apenas se solidarizan con ella) y tiene la sobrecarga de velar para que los varones “no se maten” (Cuaderno de campo: observación realizada el 14/04/2005).

³⁶³ En una ocasión pude presenciar en la televisión de un bar cómo una familia gitana usaba un medio de comunicación sensacionalista como altavoz ante las amenazas que habían sufrido en su fachada (“Gitanos de mierda, iros”). Esta instrumentalización del medio como vía de denuncia, común entre clases populares, no lo es tanto entre población gitana. Tanto es así que los comentarios de tres hombres que se encontraban en el bar fueron: “Les dan casa gratis (...), ¡y encima piden seguridad! ¡Vamos, esto es el colmo!”.

³⁶⁴ Autoras como Sophie Body-Gendrot (2000) han señalado cómo la existencia de una comunidad no garantiza el control de la violencia, sino que puede propiciar, precisamente, todo lo contrario. No es mi propósito en esta investigación evaluar si la autogestión reduce o aumenta la violencia en el seno de las comunidades adscritas a la gitaneidad.

No sólo los conflictos familiares se autogestionan – pese a que entre buena parte de la población, cada vez se recurra más a la denuncia y a los sistemas expertos en la resolución (y capitalización) de los conflictos-, sino que los que se producen entre grupos identitarios demarcados también pueden entrar dentro de la órbita de la negociación informal. Kike, el dinamizador de Pan Bendito, se extendió en una anécdota que daba cuenta de esa negociación. El conflicto etnificado presente en el imaginario del barrio puede derivar en un polvorín a punto de estallar:

Con los negros, los negros miran a la cara, no bajan la mirada, entonces al principio, los gitanos se sentían agredidos. Le pegaron el toque un par de veces y al final ya se llevan (...). Yo no he visto jamás enfrentamientos violentos en el barrio. Para que te hagas una idea, te voy a contar una cosa que es muy divertida a nivel de violencia y de conflictos. Les dejamos la asociación a una gente subsahariana, “los negros del barrio”, para ser exactos, porque se dejaba la asociación para hacer cumpleaños... Entonces se les dejó para hacer una puesta de nombre, que es una especie de bautizo no sé si en rito vudú..., entonces, el día que estaban haciendo aquí la fiesta, resulta que les robaron la casa aquí atrás a los negros. En ese momento subieron y bajaron diciendo: “¡Ay que nos han robado, que han sido los gitanos, que han sido los gitanos!” [Pone voz de escándalo, de gritos]. Los gitanos que empiezan a llegar y que dicen: “¡Tú qué estás diciendo, tú qué estás diciendo!”, y empiezan a llegar más gitanos. Esto fue el mismo día, exactamente, que ocurrió la movida de Roquetas de Mar. “¡Tú qué dices! ¡Nos vamos a cagar en todos tus muertos!”, “¡Os vamos a hacer vudú!”. La movida se para ahí, no sabemos por qué no salta la chispa. Bueno sí, porque al final hay mediadores naturales, el uno que conoce a otro: “¡Tío, que te estás calentando, que al final la vamos a liar!”, “¡Como la liéis!”. Porque los negros son muy grandes, también [Risas]. Total, al final, continúa la fiesta. Los negros empiezan a mear en la calle y tal, con lo cual se anula la posibilidad de que hagan otra fiesta, se dialoga con ellos: “Es que nos han robado, y tal”, “Vale, pero eso no tiene nada que ver con que hayáis hecho un mal uso del espacio”. Y la solución se soluciona de la siguiente manera, almodovariana: resulta que los negros iban a hacer vudú en las canchas del parque. Hay un chaval que está metido en la asociación, que es gitano, y que se lleva bien, y tal, “pero como te metas con los gitanos y con los míos, te curro”, entonces, dialoga con ellos y les dice: “No lo hagáis encima de la pista de fútbol que se puede liar una gorda, si queréis hacerlo en vuestra casa”. Con lo cual, los negros hacen un rito vudú para encontrar al culpable, y dentro de encontrar al culpable, tendría mala suerte el culpable, más toda su familia más todos aquellos que están encubriendo al culpable, y eso funciona de puta madre, es decir, que si yo me meto un fajo de billetes aquí, no lo voy a hacer porque luego me hacen un rito vudú y me van a pasar cosas malas. Y por el otro lado, en el culto, el pastor clamaba a Dios, a Jesús, para que les ayudara contra las magias negras. Entonces, el conflicto que digamos que podría haber habido, se quedó peleándose en el cielo o en el infierno entre los ritos vudús y las defensas de los evangélicos.

El rito vudú en la cancha de fútbol era un desafío que indicaba el valor simbólico de este espacio público en disputa entre las distintas masculinidades. Entre los habitantes de origen africano se trataba de encontrar a alguien sobre el cual cargar la culpa para que el orden simbólico fuera repuesto, pero esa culpabilidad simbólica afectaba a otro grupo del barrio, ya que la responsabilidad individual del robo se convertía en responsabilidad de todo el grupo por no ejercer el control sobre ese sujeto. El castigo mágico evitaría la violencia física pero el otro grupo tenía sus propias armas mágico-simbólicas para defenderse. Estas formas tradicionales de superación de los problemas colectivos sirven para salvar al propio barrio del desastre. La guerra civil barrial etnificada no tuvo lugar gracias a los “mediadores naturales” (y “sobrenaturales”).

Probablemente, eran conscientes de que en el conflicto violento, ganase quien ganase, perderían todos: se trata de dos colectivos estigmatizados que rápidamente iban a ser objeto de represión policial.

13.3. El habla, la reflexividad y la resignificación de la inseguridad

Las operaciones tácticas del apartado anterior se producían de forma prácticamente espontánea, pero en ocasiones el paso del tiempo social –aquel que está pautado por la oralidad- permite resignificar los propios sucesos y el propio miedo. Las narraciones del miedo pueden ser definidas por aquello que se dice en relación al temor y a la confianza en el entorno. En primera o segunda persona, estas enunciaciones parecen traicionar menos las propias emociones corporales que los discursos: son más consecuentes con la propia experiencia. Parecen emitirse desde el polo femenino del binario de sexo/género, ya que es desde éste –y no desde la actuación de la masculinidad-, desde donde se exhibe la propia vulnerabilidad. Pero sobre todo, estos relatos informan de las propias prácticas, de lo que –a pesar del miedo- la gente hace. Hablar de los propios miedos, asumiendo la propia vulnerabilidad, es reconocer que existen temores *incorporados* que quizás no tengan tanta relación con la supuesta peligrosidad del entorno que los discursos hegemónicos transmiten: supone prestar más atención a la seguridad subjetiva que a la objetiva. Lali, Marcelina y Paula, mujeres mayores que expresaban su desresponsabilización con la pérdida de roles valiosos socialmente, tras reproducir acríticamente el discurso de la inseguridad pasaron a un plano más íntimo, en primera persona. Es en esa primera persona –enunciada, o expresada elípticamente mediante la segunda y tercera persona para no exhibir tanta debilidad- la que habla del miedo en relación a la propia subjetividad. Así como Lali reconoció que tenía más miedo porque no tenía “las piernas tan bien para correr”, sus vecinas argumentaron su fragilidad corporal:

-M: Menos defensas, porque cuando era joven: “Que te meto una “patá”, que te muerdo”. Y ahora dices: “Como venga a mí, a ver qué hago”.

-P: Hay que ponerse a pensar. A mí mismamente, con un poquito que me empujen ya me han tirado.

Reflexionaban sobre la seguridad objetiva –la correlación de fuerzas- pero sobre todo sobre la subjetiva –la percepción-. También entre personas sobrerresponsabilizadas se da la reflexividad sobre las propias condiciones de existencia como explicaciones de su apreciación. Esta reflexividad se produce en ocasiones después de no haber tenido más remedio que afrontar una situación *a priori* angustiosa. Arancha se sorprendía del cambio de percepción producido tras experimentar una situación complicada (acudir a denunciar un robo con su bebé de dos meses) y agravada por sus prejuicios hacia su nuevo barrio (procedía de un entorno social más elevado):

Yo lo que es Carabanchel, fíjate que cuando nos abrieron el coche para ir a poner la denuncia, fui para allá, y fui sola, andando, con Mario, con dos meses, colgado [Risas] a la comisaría, y yo no pensaba que eso fuera..., de: "Jo, me va a dar miedo, ahí, al lado de la comisaría". Y no sentí en ningún momento inseguridad.

María, que en 2005 manifestó una sensación de pánico hacia el barrio y se mostró muy vulnerable ante los mensajes televisivos de sucesos, reconoció casi cuatro años después que en su propia percepción afectaba su relación con el entorno y su inseguridad vital al ser entonces madre primeriza. Ahora que tenía alguna relación con otras personas de su zona, que había hablado sobre sus miedos y que los había enfrentado tras recibir algún consejo de Jaime – basado en el disimulo del miedo–, tenía una experiencia social directa, sin tantas mediaciones. Jaime afirmaba que había más seguridad que cuando llegaron al barrio apelando a la seguridad objetiva (más policía) pero María, desde la actuación de su feminidad, prestaba más atención a los aspectos subjetivos (el momento vital como condicionante de la “manera de ver”):

-M: Ya sí me va gustando. No tengo miedo a salir a la calle, paso por... nada (...). Sí, sí, porque yo no estaba acostumbrada... Allí [en el pueblo] pasa ambulancia o policía y todo el mundo: “¡Qué pasa, qué pasa!”. Aquí esto es así, es más, ya me he habituado a todo eso. Para mí la calle era, ¡uf! Y pasar por ahí que estaban fumando porros y tal, o se estaban poniendo de lo que sea (...). Pasaba entre ellos y a mí nunca, a lo mejor pedirme un cigarro, pero yo se lo daba y nada.

-J: Sí, los gitanos...

-M: Pero no son gitanos solamente lo que hay ahí. Él siempre me decía: “Tú nunca te cambies de acera”. A mí lo que me daba miedo es cuando venía de trabajar de sábado a domingo por la mañana (...).

-E: ¿La seguridad en el barrio está mejor?

-M: Yo es que como tengo menos miedo, entonces yo salgo con más seguridad. Hombre, cosas pasan (...).

-J: No, pero sí hay más seguridad. Interviene más la policía (...). Yo veo, vemos más actuación de la policía. Y también más policía.

-E: ¿Y eso os da más seguridad?

-M: Pero a mí no es eso lo que me da tranquilidad.

-J: Hombre, pero, pues digo yo que si hay más policía...

-M: Ya, pero que a mí es lo que tú has dicho, que ha cambiado mi..., la manera de ver (...). No, no. Mi impresión desde hace cuatro años a ahora, sí cambia (...). Aparte que yo venía de Toledo, entonces yo estaba aquí como perdida y esto era para mí como un submundo. Meterme aquí, entonces sí ha cambiado. Yo también me he habituado, con el paso del tiempo me he tenido que ir sacando las castañas del fuego. Él se tenía que ir a trabajar y yo he tenido que ir saliendo de aquí, de casa.

La propia entrevista se convirtió en un momento de descubrimiento autorreflexivo, al menos para María, que la permitía abrir el horizonte y salir del “submundo” subjetivo que era el barrio al que llegó. No podemos desligar la reflexividad de la sociabilidad: todo ocurre como si la interacción fuese un prerrequisito necesario para la resignificación. Hablando se elaboran duelos y se van integrando espacialmente el cuerpo individual y el social³⁶⁵. Se rescata lo negado –de fuera y de dentro– y se legitima: el discurso deja paso al relato personal. Si reflexionar consiste en salirse del propio contexto para someterse a observación, María encontraba en su propia

³⁶⁵ Para Mari Luz Esteban, todo empoderamiento social es empoderamiento corporal (Esteban, 2004: 250).

biografía la causa de la mayor intensidad de sus miedos en ciertos momentos. La reflexividad conduce en ocasiones a –a tras abordar el temor mediante la inhibición de la experiencia y el auto-encierro- anhelar la propia libertad:

Teresa me cuenta que ha sido en tres ocasiones víctima de violencia o de robos en la calle en los últimos años. Dado que vive sola y que tiene 81 años ha incorporado una sensación de miedo en el espacio público que la está impidiendo salir a la calle y relacionarse en confianza (...). En una ocasión, un chico alto "con una camisa muy bonita, bien vestido", la tiró del colgante ("debía ser drogodependiente porque no tenía dientes"); la segunda vez, vio que uno con chándal la seguía y ella pidió a un señor con un carro de niño juntarse con él (y entraron en Hipercor); la tercera fue un puñetazo que la dio un chico joven "también bien vestido" en su portal sin robarla. Ha cogido mucho miedo, dice. Se ha quedado más tranquila cuando la he dicho que "por estadísticas ya no la podían tocar más".

[Varios meses después] viene diciendo que con el GPS de la teleasistencia está mucho más tranquila y que seguía saliendo a la calle: "Me siento mucho más segura. Yo creo que era la cosa psíquica, le cogí mucho miedo" (...). Una solución material-simbólica (el GPS) la ha ayudado a sentirse protegida inicialmente; una reflexión prolongada en el tiempo la ha ayudado a interpretar sus miedos como "cosa psíquica", como exageración, como una suerte de locura transitoria en la que ya no se posiciona (Observación efectuada el 23/02/2010).

Algo similar parecía ocurrirle a Anastasia, la cual salía más en los últimos tiempos tras sufrir la muerte (por causas naturales) de tres de sus hijos y de su marido en pocos años, así como varios robos en su casa. El levantamiento de un muro de 6 metros de altura alrededor de su vivienda por parte de su único hijo superviviente no parecía ir con ella y aprovechaba la salida "a la compra" para quedarse en el parque hablando con varias conocidas, algunas de ellas "extranjeras". Por su parte, Conchita³⁶⁶ comentó su resistencia al nuevo modelo de vivienda en manzana cerrada a partir de una reflexión:

Mis hijos querían que viviese con ellos en su casa, pero me asomaba a la ventana y solo veía la piscina a un lado y un parquecillo para los niños al otro. Yo prefiero mirar a la calle, ya conozco a la gente que pasa, "ahí va fulanito".

Haber sentido miedo ante una situación le producía a Viki "rabia". Esta rabia surgía de la sensación de bloqueo que le había producido su miedo en un atraco, lo cual le había puesto en bandeja al ladrón salir victorioso de la situación sin que ella hubiese podido llevar a cabo alguna táctica espontánea ingeniosa:

Luego lo piensas y te da rabia: "¡Joder, qué capulla soy, que no me hago las desmayada!". Al final, había gente pasando ahí: "Soy tu pareja" [Imita la voz de "niñato" que la cogió y simuló ser su pareja ante la gente que pasaba]. Me dio miedo y rabia. Miedo porque al final el tío iba sacando, metía la tarjeta, iba sacando y al final llegó un momento en el que no le daba más dinero.

³⁶⁶ Anastasia y Conchita eran mujeres mayores a las que conocí como trabajador social. Las observaciones recogidas se produjeron mientras las visitaba en sus domicilios, donde la comunicación se relaja en relación al despacho y se produce una explosión de oralidad.

La rabia era el resultado de haber sido doblegada en la relación violenta propuesta por su atracador: el miedo se transforma en rabia al reflexionar sobre las posibilidades que podía haber llevado a cabo y que en ese momento su subjetividad anulada no había sido capaz de inventar. La rabia ante su miedo –una suerte de miedo al miedo- era el germen de futuras respuestas alternativas ante la misma situación. Su pareja, Lucas, actuaba su masculinidad de manera tal que sus miedos permaneciesen ocultos. De ahí que cuando le pregunté, Viki dijese: “Eso me interesa a mí”. Aunque no manifestase sus temores, podíamos intuir que Lucas había hecho sus propias reflexiones, aunque llevándolas al campo de la racionalidad que caracterizaba su discurso: “Procuro que cuando llegue el momento no me pille sin haberlo pensado (...). Esto es tests y pruebas, ir probando e ir viendo cuáles son las soluciones”. Estaba incómodo hablando de este tema, por lo que empleaba la segunda persona para tratar de universalizar su propia sensación de vulnerabilidad (una táctica oral común cuando se expresan los propios miedos y debilidades). Esta reflexividad, más precaria que la efectuada por mujeres, como Viki, que pueden actuar su vulnerabilidad con menor miedo al miedo (siendo menos sancionadas al expresar debilidad), ya sugería que, aunque en silencio, esta figura masculina había ensayado imaginariamente las situaciones para tener menos miedo al miedo. De manera espontánea, Viki atribuyó valor al habla: “Yo creo que ahora la gente habla más (...). Por un lado se ha perdido el sacrificarse por el otro, pero combinándolo... O sea, antes era mucho más mecánico (...). El miedo existe igual, pero hay distintas formas de afrontarlo”.

La reflexividad, al cuestionar los propios prejuicios, sitúa el foco sobre la percepción y ya no sobre “lo que ocurre”. Carmen, la arquitecta, procedía de una familia de clase media-alta y estaba familiarizada con la reflexividad psicologizada. Esta psicología individualista y despolitizada supone un primer paso para acercarse a la subjetividad y no caer en las redes paralizantes del *discurso* –pretenciosamente objetivo- *de la inseguridad*. La reflexión la remitió a la adolescencia: una etapa con miedo al fracaso en la que se sintió sola (“no querida”). Comenzó explicándose, igual que Lucas, huyendo de la primera persona para compensar la sobrecarga que supone exhibir la vulnerabilidad en una conversación:

Seguramente lo que a una más miedo le da no es lo de fuera, le da miedo la soledad, o miedo al fracaso... Son otro tipo de miedos que supongo que no son de los que hablas. Esos son los más terribles (...). Pues pienso que la soledad es una fuente tremenda de miedos e inseguridad [Habla más pausada, reflexiva, pensando en su experiencia emocional]. Cuando digo soledad no es estar solo físicamente, sino la soledad del no sentirse querido, ¿no? Cuando alguien no se siente querido, pues pone en cuarentena todo lo demás, miedo a todo lo que te pueda suceder, miedo al fracaso..., ese es el miedo de la adolescencia. Si me preguntas por etapas de mi vida pues pienso que es la adolescencia, que es cuando una tiene más miedo a lo que piensen los compañeros, a que tal, el chico que te gusta no sé qué, o sea, el miedo al

fracaso social. Ese es muy dañino, es muy peligroso, es pero que el miedo que uno puede pasar por que le ataquen porque es algo externo y se combate como algo externo, ¿no?

“El novio” es el espejo que demuestra el propio valor, un espejo que devuelve una imagen positiva para que aparezca la auténtica identidad: el ser. Una esencia que sólo aparece en situaciones de seguridad personal afloró al ser reconocida de manera narcisista en el amor. El discurso de la “autoestima” propio de la *sociedad terapéutica* (Espai en Blanc, 2007) recrea el amor romántico como medicina a tanto individualismo y competitividad:

Si yo pienso en qué momento de mi vida me desapareció el miedo, pues cuando encontré novio, por ejemplo, o sea, el equilibrio sentimental. Yo nunca he sido muy así, nunca he sido muy noviera, era introvertida, (...), entonces cuando uno tiene miedo, en la adolescencia y tal, pues en el fondo una no se relaciona como es, sino que estás permanentemente fingiendo. Cuando encuentras una pareja y descubres que tú con lo que tienes puedes ser querido y que además puedes querer a alguien y hacer feliz a alguien, pues el miedo desaparece, se relativiza y todo pasa a ocupar una importancia completamente secundaria.

Pero esa seguridad juvenil, basada en el reconocimiento y explicada en su caso por la llegada del amor romántico, se vio socavada por la maternidad y la sobrerresponsabilidad que lleva implícito ese proyecto vital. Mientras que el miedo por desresponsabilización paraliza e inhibe, el miedo por sobrerresponsabilización moviliza la energía. No está permitido mostrar debilidad: se trata de actuar la propia fortaleza (“no te puedes deprimir”). Aparte de representarse como el referente total (“entera”) para sus hijos, aparece el sustento material que representa. La escena temida consistía en no poder mantener el nivel de vida elevado que llevaba (colegio privado). La maternidad es un mandato social vigilado por el sistema de sexo/género en forma de autodisciplina y de vigilancia moral que “hace crecer”, que obliga a esforzarse:

Un miedo distinto, porque es un miedo a los que dependen de mí, o sea, hasta que tienes hijos, pues todo lo que te pasa en la vida, digamos que te repercute sólo a ti (...) y cuando te das cuenta de lo que tus hijos esperan de ti, cómo te ven, que te necesitan, pues eso es un motor tremendo y genera miedo, miedo. Casi más que un miedo que paraliza es un miedo que te mueve. Al revés, no te puedes dormir porque tus hijos te necesitan y, pues eso, no te puedes deprimir porque te necesitan contenta (...). Mis hijos me necesitan entera, bien, dependen de mí, para todo, me preguntan, necesitan saber las verdades de la vida y que se las cuente yo, genera mucho... ¡Eso sí que da miedo! [Risas]. Y luego las cosas económicas, si yo dejo de ganar dinero o a mi marido le echan del trabajo, y tal, con los colegios y no sé qué, la economía familiar (...). Es un miedo que al final te hace crecer.

La sobrerresponsabilidad da miedo, pero puede promover una “energía” invisible que constituye la materia para afrontar los conflictos. Mamen relató una escena como enfermera en la que un paciente llevaba un cuchillo en la manga. Se sintió “superrelajada” tras haber sentido que controlaba la situación y que había actuado correctamente (llamando a “seguridad”). No era el hecho de que acudiese “seguridad” a salvarla lo que la hacía sentirse satisfecha, sino haber

actuado como si no tuviera miedo³⁶⁷. Por su parte, Trini, además de enfrentarse a las personas que en el espacio público efectuaban prácticas que a ella le parecían recriminables, llevaba a cabo posteriormente un ejercicio de reflexividad que no tenía reparos en exteriorizar. En una ocasión fue amenazada de muerte por unos chicos en el parque de San Isidro, pero ella no se amedrentó: “Yo es que soy tan espontánea que cojo y digo las cosas y luego a lo mejor cuando me vengo sola, empiezo a pensar y me muero de miedo”. Si Trini transgredía los mandatos de género sin renunciar a la reflexividad en la soledad, un paso más en la resignificación del miedo mediante la transgresión de roles de género se produce cuando una figura masculina, y además *servoproletario* de la seguridad, reflexiona sobre sus propios miedos. Exponiéndose –sin miedo al miedo–, Ramón emitió el siguiente enunciado (nótese como también tuvo necesidad de salir del relato en primera persona ante tanto desvelamiento)³⁶⁸ reivindicando el miedo en lugar de negarlo:

¡Joé, si yo veo a la gente pegándose en la calle y hasta me da miedo!: “¡Joder, si se están pegando!”. Lo que pasa es que te metes, como ciudadano coherente te metes para que no le peguen una paliza, ¿entiendes? Pero eso no quiere decir que no te dé miedo, cualquier ser humano reacciona por miedos, ¿sabes?, no existe el superhombre, vamos, yo pienso eso, entonces el miedo te hace actuar de una forma o te hace actuar de otra. Hay gente que el miedo le hace actuar para adelante para que no le pase precisamente nada y otros les dan por huir, pero el miedo yo creo que es constante en todas las personas, no existe el superhombre y el que no tenga miedo...

Ramón universalizaba la experiencia propia y con ello transmitía un mensaje: el miedo está en cada cual. Resulta más extraño –y por ello trasgresor– escuchar a hombres realizar este tipo de comentarios. Sin embargo, es desde la legitimación de su propia feminidad desde donde podía hablar libremente de su miedo. Un chaval que habló abiertamente de su parálisis cerebral en una sesión grupal entre alumnos de un instituto de secundaria sostuvo que su abuela le sobreprotegía, algo que había re-pensado:

“Chico, ten cuidado que te puedes caer, ten cuidado que te puede pasar eso...”. Yo creo que es una forma de poder a la hora de querer controlar a la persona lo que hace, cómo lo hace, por qué lo hace (...). Muchas veces esa sobreprotección ejerce un control, y ese control genera dependencia.

Se trataba de una intervención en primera persona en la que había reflexionado sobre el sentido del miedo en su propia vida: una vida feminizada y hecha “otra” por la “dependencia”

³⁶⁷ El progresivo aprendizaje de actuaciones corporales que manejan el conflicto a través de la gestualidad, de la palabra, de la simulación de la alianza con el otro, constituye parte del bagaje profesional oculto entre el personal socio-sanitario.

³⁶⁸ Ramón habló conmigo en un ambiente de relativa confianza y ante un hombre “femenino” que no le iba a juzgar por su vulnerabilidad (para él, ante todo era un trabajador social, lo cual era asociado con la ayuda y el cuidado). Acabó la entrevista reconociendo que había contado demasiadas cosas porque se sentía “muy a gusto para hablar”.

impuesta desde fuera. Pero además, a través del habla actuaba su vulnerabilidad sin por ello dejar de legitimarse, tratando de desactivar el silencio que rodea al miedo.

El habla entre dos o más cuerpos –o entre dos o más cuerpos imaginarios en forma de pensamiento dialógico- procura, como ya he expuesto, reflexividad. Pero además, el habla más “irreflexivo” sobre la inseguridad también tiene un efecto inesperado: el vínculo. Es un lugar común la idea de que uno de los usos sociopolíticos más frecuentes del miedo es la atomización social. Sin embargo, en ocasiones la insistencia en esta temática puede ser usada en la generación de sociabilidades y solidaridades. Una historia de miedo o una llamada a la precaución, más allá de su contenido paralizante, pueden servir para vincularse. Una señora mayor dijo en la calle de la Laguna a una madre que se encontraba con su hija: “¡Uh, qué niña más bonita! Hay que tener cuidado con todo lo que pasa hoy”. ¿Qué sentido puede tener esta enunciación? Había discurso (“lo que pasa hoy” es lo que transmite la televisión que pasa hoy), había apropiación del discurso que se llevaba a la oralidad (no se emite desde ninguna posición de poder estratégica), pero además había una actuación del encuentro cuerpo a cuerpo (táctica) que rompía la atomización. Se instrumentaliza el discurso dominante para efectuar una interacción en el barrio que de otro modo no encontraría excusa. Lo mismo ocurría entre las trabajadoras de más bajo rango de un centro público (limpiadora, ordenanzas y auxiliar administrativo), que de manera recurrente conversaban sobre robos, intentos de robo, las sospechas de intentos de robo... En alguna otra ocasión, ante un suceso real de robo he podido comprobar cómo la posición de víctima (en este caso ligada a la de trabajadora) despierta la solidaridad vecinal –atravesando fronteras etno-nacionales- y generando una situación femenina de habla:

Situación curiosa en una tienda regentada por Ana, una mujer “china”. Una mujer “española” habla con ella como vecina. La tendera le cuenta que le han robado ayer unos chavales (la pusieron blanca con el extintor). La vecina ha dicho: “No te deberían robar, tú te pasas trabajando todo el día aquí”. Luego llega una mujer “latina” y Ana le pregunta si su marido vio ayer a los chavales que la robaron. Ella dice que no, que preguntará a su marido. Por lo visto llamó a la policía y ahora pide colaboración a sus vecinas para identificar a los ladrones.

Y no sólo comprensión y solidaridad de clase. También las situaciones ligadas a la inseguridad ciudadana pueden convertirse en una fuente de anécdotas que alimentan la oralidad distendida:

En el bar capto la siguiente conversación. La hija de los dueños les cuenta entre carcajadas las anécdotas que ha experimentado por la mañana al ir a poner una denuncia. Parece que un hecho en principio negativo se ha convertido en una oportunidad de reflexión y en material de humor. Se ha desternillado contando que una mujer decía al policía que no dormía por las noches al quedarse en vela asomada para

que no le hiciesen nada a la moto de su novio (por lo visto dos o tres veces la habían intentado robar). El policía le preguntaba: “¿Y cuándo duerme?”. Y ella respondía: “Cuando se va a trabajar”. La chica del bar retorciéndose de risa. Luego ha contado cómo la de la moto ha pedido a los policías “una orden de alejamiento de la moto” y aquí ha explotado en sus carcajadas, saltándose algunas lágrimas que brillaban sobre su rostro enrojecido (Cuaderno de campo: observación efectuada el 25/08/2010).

En este chascarrillo los policías quedaban reflejados como graciosos, perplejos ante el discurso delirante de la denunciante, pero entre las personas más críticas con su labor, las bromas pueden representarles como torpes o inútiles, dando lugar igualmente a bromas que resignifican los acontecimientos violentos o propios de la “inseguridad ciudadana”. Así narraba Trini su conversación en pleno incidente con los jóvenes que la amenazaron de muerte:

Y entonces llamé a la policía, “¿Pero están ahí?, ¿la están amenazando?, ¿tiene la pistola que la están amenazando? [Imita al telefonista de la policía con tono de burla, señalando su descontento con su “ineficacia”]. Bueno, ya llegué a tal estado que fijate lo que le dije: “Como me maten, me presento allí ante ustedes” [Risas].

Otra situación surgida de la inseguridad y la necesidad de control y que funciona como pretexto para relacionarse, la constituye el cronotopo de la salida del colegio. Éste se llena de padres y madres que practican su temor a perder el control físico y moral sobre sus hijos en el espacio público (no institucional) y se acaba convirtiendo en un momento de sociabilidad que se trata de alargar:

Vuelvo al Nazaret, esta vez a las 17 h., y me encuentro la salida del colegio. Cambia el público esta vez: ya no se trata de tanto de los abuelos, madres amas de casa y padres desempleados o prejubilados que me encontré abundantemente el otro día, sino de padres y madres que muestran mayores capitales y que proceden de sus empleos. Pienso cada vez más la práctica de ir a buscar a los niños al colegio como una práctica securitaria. Se trata de mantener el control al máximo, de reducir los espacios extrainstitucionales (“Tienes fútbol, coge el bocadillo”). Escucho el tono de broma de unos padres que dicen sobre las bajas notas de su hija: “¡Papá, he sacado un cinco!”. Responde el padre, en tono de broma sabiendo que tiene como público a los otros padres: “María, para eso pago yo 70..., me sale a (...). Pues sí que me va a salir cara... [Risas]”. Es un colegio concertado, con mayores costes que uno público, y se asume por parte de muchos padres que se trata de una inversión económica en capital escolar para que dé sus frutos en otra serie de capitales. Se trata de un momento de jolgorio, barullo, copresencia de cuerpos. Se puede gritar, reír, tocar, llorar... Hay intensidad comunicativa. Hay niños de todas las edades, adultos y mayores (salvo jóvenes). Comparten espacio miembros de distintas fracciones de las clases trabajadoras, de los géneros masculino y femenino, de distintos orígenes nacionales. Es un espacio de habla donde aprovechan para contarse cosas, interactuar, reconocerse padres y adultos. Es por tanto un espacio ambiguo. Van a buscar al colegio a sus hijos por seguridad, pero se convierte en otra cosa. Hay explosión tras haber estado los cuerpos en sus respectivas instituciones (escolares y laborales). Hay ruido, hay alegría, hay distensión. Es un carnaval que dura unos 20 minutos (Cuaderno de campo: observación efectuada en la puerta de colegio Nazaret el 14/10/2008).

Observamos cómo los usos prácticos toman distancia con respecto a las ideas originarias. Los usuarios se apropian con su propio estilo de los discursos y las situaciones, tal y como vienen dadas, imprimiendo nuevos significados. Si la labor del etnógrafo es una

interpretación de las interpretaciones que, en este caso, hacen los vecinos de Carabanchel y los agentes de seguridad, éstos últimos pueden desandar el camino y retorcer semánticamente lo que quieren decir los propios antropólogos. Así es como Felipe tomó un libro prestado de la biblioteca de un tal Manuel Delgado e hizo su propia lectura:

Yo es que le he escuchado en la radio, en las tertulias... A mí me gusta mucho leer de la sociedad, he leído a Manuel Castells, "La era global" (...). Es verdad que es un poco complicado de leer esto, muy enrevesado: ¡Hay que ver cómo escriben estos catedráticos, estos profesores, sociólogos, antropólogos..., qué enrevesado! Te dicen una cosa y luego te dicen lo contrario (...). ¿Has visto lo que dice el libro? "La calle es una institución social". Y es verdad, en la calle pasa todo, uno piensa... Lo que no me ha gustado es que se mete con los vigilantes de seguridad, que si piden papeles... Pues claro, es como el médico, como el policía, hace su trabajo, está bien, para que no ocurran. [La inmigración] es muy complicado, se ha dejado entrar a cuatro millones y todos quieren un trabajo como el tuyo, y claro, no puede ser (Reproducción aproximada de la conversación sobre el libro *Sociedades movédizas* (2007) de Manuel Delgado).

Michel de Certeau y Manuel Delgado, teóricos de las apropiaciones activas del consumidor, verían en la lectura libre de Felipe la confirmación de sus pesquisas. La reflexividad hasta el infinito produce deformaciones y transformaciones inesperadas.

13.4. Prácticas de subversión del régimen securitario

Si el dispositivo securitario conforma una serie de estructuras espaciales y temporales en las que se ven encuadrados los individuos a través de sus identidades, una suerte de resistencia a lo prescrito lo constituyen las prácticas de espacialización y sociabilidad llevadas a cabo incluso por personas que se sienten vulnerables, con miedo. El barrio atomizado, que diferencia identitariamente los cuerpos y que los separa en urbanizaciones cerradas como las del PAU, se desatomiza cuando sus vecinos buscan espacios de sociabilidad no mediada por el mercado o las instituciones en los parques externos a las fincas. Aunque esta sociabilidad está planificada en el diseño urbanístico (de hecho, los parques se construyen con criterios segregadores y enfocados a “las familias” y “los mayores”), el vecindario realiza continuamente operaciones de apropiación. En los espacios públicos –de anonimato- y en aquellos más barriales –donde se producen relaciones de mayor conocimiento mutuo- he podido observar multitud de prácticas de subversión del orden atomizador mediante la reestructuración del mobiliario urbano, el surgimiento táctico de la interacción en situaciones inesperadas o la cooperación en situaciones conflictivas.



Espacio “duro” en el que dos bancos han sido movidos de su sitio original y colocados para dar lugar a la estructura física de un grupo.

He optado, sin embargo, por no incluir el material centrado en las resistencias al orden urbanístico por cuestiones de extensión y con el fin de centrarme específicamente en las resistencias directas al control policial.

Microrresistencias al dispositivo securitario

“Los delincuentes” de las prácticas y del lenguaje, desde los *no lugares* (en movimiento, indescifrables) son precisamente la inspiración del *miedo* de las agencias de control y de los *rumores* totalizadores que emiten (De Certeau, 1996: 120). El padre, desde el faro que todo lo ilumina se pierde una vez más en el horizonte, mientras que al lado suyo, los delincuentes sobreviven, existen y a veces resisten. Todo sujeto minoritario está en tránsito, en “estado de emergencia”: es peligroso (Masiello, 2008). El anonimato sirve para fugarse y camuflarse en los espacios públicos, pero el barrio esconde, además, multitud de impugnaciones invisibles al control social: contra-fuerzas que nacen al mismo tiempo que la fuerza³⁶⁹. Cuando no hay un sujeto que se afirma como tal y resiste, es el cuerpo el que ejerce una contra-fuerza táctica a la dominación y el control que se ejerce por parte de las fuerzas de seguridad. En el control de acceso a las oficinas de extranjería sitas junto al CIE, una mujer de origen latinoamericano recibió una contestación agresiva por parte de un agente del CNP. La vergüenza tomó cuerpo en forma de rubor (enrojecimiento del rostro) y de lágrimas que afloraron a pesar de que intentase disimular con una leve sonrisa la humillación. El cuerpo de esta mujer expresó rabia y con ello comunicó un mensaje hostil al agente sin necesidad de recurrir al lenguaje verbal. El llanto y sonrojo fueron suficientes para desactivar la agresividad del agente, quien quedaba en evidencia ante el público por su mal trato. En otras ocasiones, la resistencia no se expresa en forma de rabia, sino de “escaqueo”. Una mujer que hacía venta ambulante estaba acostumbrada a burlarse de los agentes de policía municipal:

Veo a los policías municipales que llegan en moto: “¡Como no te vayas te retiramos todo, eh! Dentro de cinco minutos vamos a volver a pasar”. El policía, joven y arrogante, ha adaptado su orden a las reglas del patriarcado popular para ser eficaz y ser reconocido como “padre” (que da otra oportunidad, la última). Ella, mientras, jugando al escaqueo, haciendo que recogía la fruta. Se la ve estresada porque puede perder el género, su inversión, por lo que me pide que me vaya. Sin embargo, permanece al rato allí sin haber recogido nada: ha complacido al padre pero desobedece cuando éste desaparece (Cuaderno de campo: observación realizada el 20/04/2009).

³⁶⁹ Judith Butler afirma que la Ley constituye su propia oposición y su subversión: “lo impensable está completamente presente en la cultura, pero completamente excluido de la cultura *dominante*” (Butler, 2007: 170). Butler critica los planteamientos de otras pensadoras feministas, como Rubin, que abogaban por la existencia de un yo interior y anterior a la ley, a lo social, y que sería el objeto de la emancipación de las mujeres y de la “liberación sexual”. Para Butler, como para Foucault, el deseo de lo prohibido vendría constituido precisamente por la prohibición. La supuesta naturaleza anterior a la que recurrirían algunos pensamientos liberadores, como ciertos anarquismos, coincidiría con la que sirve de justificación a teorías como la hobbesiana: un estado humano anterior, interpretado como un yo auténtico en libertad, como matriarcado, o simplemente como caos, que habría sido sustituido (afortunadamente para los hobbesianos, desafortunadamente para un pensamiento esencialista de izquierda) por el orden social, por un contrato. Ya en *Vigilar y castigar*, según Butler, Foucault ponía en duda esa interioridad. Más que ante una interiorización, estaríamos ante una *incorporación* de la disciplina: se crean así, cuerpos que significan y que conforman una unidad con su “alma”, pero además surgen resistencias que producirán efectos inesperados.

La situación anterior resulta muy cotidiana entre los vendedores ambulantes. El “escaqueo” se intensifica proporcionalmente al aumento de la presión policial en el espacio público, principalmente a través de los controles de identidad:

Una mujer paraguaya que acude a gestionar “la inserción social” (informe de arraigo social), refiere que no la han interceptado nunca en una redada. Manifiesta que vuelve en bus para poder ver (se apropia de la vigilancia óptica para no ser víctima de la que hace la policía) o va al metro sólo si hay mucha gente (y puede camuflarse más fácilmente en el anonimato) (Cuaderno de campo: observación efectuada el 24/07/2009 como trabajador social).

Lo que esta mujer narró es más que habitual hoy en día, pero resulta más excepcional lo que sigue. Se trata de las tácticas que espontáneamente había inventado una mujer de origen boliviano para fugarse de los controles de identidad a pesar del miedo que sentía en cuanto veía a los policías:

Una mujer locuaz de Cochabamba que trabaja como interna me habla espontáneamente de las tres redadas que ha sufrido (me lo cuenta riéndose y al ver que lo valoro, se siente orgullosa de sus habilidades). En la primera dijo al policía que no llevaba el pasaporte encima por miedo a que se lo estropearan, se lo rayasen (“hay policías que lo hacen, estropean el documento”). El policía dijo: “Pero no tengas miedo, mujer”, en tono paternal. Imita muy bien el tono autoritario de los agentes, pone el dedo índice como énfasis corporal que ha visto que utilizan. En la segunda, saliendo del metro, vio que estaban haciendo redada y que tenían el furgón con varios detenidos en fila. Se feminizó al máximo diciendo que tenía frío porque estaba mala, “con el periodo”, y que estaba “mojada”. El policía, masculino, se vio en un aprieto y la dijo en secreto: “¡Bueno, váyase, no mire hacia atrás, eh, no mire para atrás!” (“ayudándola” con el fin de no verse en el apuro de tener detenida a una mujer “mojada” con sangre). Ella se fue y dice que “los compatriotas, que somos así, en lugar de ayudarnos, empezaron a gritar, eh, esa, ¿por qué se va?”. Vinieron entonces tres coches de policía, la volvieron a parar y en esa ocasión les engañó diciéndoles que “ya he hablado con su compañero, le he dicho que ahora volvía”, a lo que el agente le respondió, enfatizando con el dedo índice: “¡Pero vuelva, eh, vuelva!”. “Y no volví [Se ríe]”. En la tercera salía del metro y vio la redada. Dio un paso para atrás [Lo actúa] pero la vieron: “Eh, venga para acá [imita nuevamente la voz hipermasculina]”. Una mujer que estaba vendiendo pan a su lado se fue corriendo, y ella lo que hizo es quedarse con el pan para montarse una coartada. Les dijo a los policías: “¿Pero usted cree que yo voy a estar vendiendo pan si no tuviera papeles? No los traje porque se dañan”. La creyeran o no, su seguridad actuada desactivó el dispositivo policial y no la llevaron detenida. Son ardidres bajo el autoritarismo del estado de sitio selectivo. Habla del miedo que tienen sus compatriotas (cree que muchos son “borregos, mucha televisión, están manipulados”). No es que no tenga miedo, sino que lo utiliza de otra forma: actuando papeles para escaparse: “Si vas con miedo es peor, hay que disimularlo” (Cuaderno de campo: observación efectuada el 21/02/2010 como trabajador social).

La invención de estos ardidres se produce en condiciones profundamente asimétricas, desde un *no lugar*. Pero resulta llamativo cómo a través del invento de situaciones comunicativas se pueden torcer las estructuras arquitectónicas. En una ocasión pasaba junto al CIE cuando una escena me sorprendió: un interno y sus familiares entablaban una conversación en árabe que se colaba entre las rejas (probablemente hubieran podido hablar en castellano pero de este

modo se camuflaban más eficazmente), rompiendo con la segregación de los cuerpos y el aislamiento del reo. Su acción subversiva no era sino la continuidad de las conversaciones a voces que establecían los presos del penal de Carabanchel con sus amigos y familiares.

Romper el aislamiento es una forma de trasgresión. Establecer puentes entre ambos lados de una frontera supone inutilizar el dispositivo segregador, como hacían algunas chicas de Carabanchel Alto y los chicos de origen senegalés que residían en un viejo Palacete abandonado. El día del desalojo, actuaron de manera tal que los desplazamientos que ellos tuvieran que realizar por delante de los policías los hacían de la mano de una de ellas, simulando un feliz noviazgo con una “española” que les liberaría de la sospecha de una negritud acrecentada en el aislamiento. Esta transferencia de capital (desde un cuerpo blanco y con DNI español a un cuerpo negro e “ilegal”) era un don que implicaba ciertas expectativas de relación sexual en ellas, pero al mismo tiempo comunicaba subterráneamente a los cuerpos, disolviendo las categorías subjetivas de las que eran portadores tanto unos como otras.

La impugnación del dispositivo securitario era llevada a cabo de distintas formas por Natalia, una mujer blanca con un hijo negro (fruto de una relación con un chico de origen senegalés). Imbuida en el imaginario del feminismo de la diferencia, llevaba al límite sus prácticas de resistencia a través de actos no militantes, pero sí políticos:

Dice que alguna vez se ha sentado en el suelo a darle de mamar y la gente la ha echado monedas. “Ya no hay bancos en los que sentarse: hay terrazas en las que pagas”. Me habla de un amigo senegalés que se quejaba de que aquí no se podía hacer nada en la calle. “Ellos quedan en un árbol para hablar (...). El té en la calle...”. Ella creció en Carabanchel (calles de La Laguna y Tucán, menciona) y refiere que todo lo hizo en la calle de pequeña. Señala que el vínculo con su bebé a través de la mama es esencial para el afecto, algo que la biomedicina trataría de eliminar continuamente. En ese paisaje que ella ve en el espacio público, me cuenta que ayer dos policías vieron que dos chicos españoles y un africano salían de una tienda. Les dijeron a los españoles que se fueran y empezaron a cachear contra la pared al africano. Cuando llamaron a comisaría y les respondieron, dijeron: “¡Bingo!”. Tenía orden de expulsión. Como Natalia se quedó mirando la actuación, se acercó uno de los policías, “rapado”, y le dijo que se fuera, amenazando con llevarla al juez: “Mira, si yo quiero te meto ahora una multa por obstrucción a la autoridad”. Natalia dijo que no estaba haciendo nada y que además ella podía mirar si quería, que él era un funcionario público y ella una “ciudadana” (Cuaderno de campo: conversación mantenida el 28/01/2010).

La práctica de Natalia, consistente en colocar su cuerpo cerca de la actuación policial en los controles de identidad con el fin de observar y cuestionar a los agentes, se ha ido extendiendo en la medida en que los controles se han naturalizado en el barrio como rutina a la que algunos vecinos “no quieren acostumbrarse”. La jerarquía entre cuerpos viene estructurada por la intervención institucional, pero la resistencia se ejercía en este caso cortando la corriente de reproducción de las relaciones jerárquicas. Esta suerte de transferencia de capitales, aún

siendo limitada o pudiendo quedarse en un gesto paternalista, logra en ocasiones que algunas personas inferiorizadas se crezcan al percibir un cierto apoyo social:

Tienen retenido a un chico de fenotipo “latino”. Los policías miran a los ojos, como mostrando seguridad en su discurso. Acompañaban su postura corporal con frases como: “¡Vamos a ver!”. En un momento dado, antes de hablar con ellos, uno le había dicho al otro: “Ahí viene un chino”. Ante la interpelación de los dos brigadistas, se inicia una conversación y hablan de “la cantidad de extranjeros”, “el enorme gasto sanitario y en educación”... Cuando el policía argumenta sobre los impuestos que no pagan y los servicios que reciben, el chico que estaba retenido rompe su silencio: “¡Perdona, yo llevo aquí años y he estado legal, pagando mis impuestos, y por un error administrativo ahora estoy sin papeles”. El policía se queda callado (Cuaderno de campo: observación realizada mientras intervenía una Brigada Vecinal en un control de identidad en el metro Oporto el 10/01/2011).

La legitimación externa le animó a resistir erigiéndose en sujeto legítimo, en “ciudadano”. Había encontrado la situación y las palabras (al contrario que la mujer que se había ruborizado en las puertas de la oficina de extranjería). Algunas personas, al conseguir los papeles –esto es, al ciudadanizarse de manera relativa y encontrarse con un capital que les legitima como sujetos de habla- se rebelan ante el control:

Una mujer, probablemente de origen dominicano, me ha contado que algunos policías “son inhumanos”. A ella la persiguieron desde el metro hasta el parque sólo para pedirla los papeles. Al alcanzarla e interpellarla, ella les dio un papel cualquiera del bolsillo y cuando los policías la preguntaron que qué era eso, respondió que eso era “un papel”, que a lo mejor lo que le estaban pidiendo eran los documentos (Cuaderno de campo: observación efectuada el 22/01/2010).

En este acto de microrresistencia orientado por la rabia ella trató de invertir la relación burlándose de ellos. Para otros cuerpos, la ciudadanía viene dada por la apariencia, así que tal y como me contó Andrés³⁷⁰, cuando encontraba un control de identidad mostraba su DNI español para sorpresa de los agentes, que en una ocasión le dijeron: “¡No, no, usted no!”. Andrés dejó así en evidencia a los agentes, que estaban reconociendo que su control de identidad se regía por criterios racistas. El racismo institucional puede estar generando contra-fuerzas de consecuencias imprevisibles. Paul expresaba así la rabia que sentía tras haber sufrido una agresión racista bajo custodia en la comisaría:

Era un joven, si lo ponen conmigo, yo..., yo te lo juro que si me ponen un contenedor de policías como ese, yo lo voy y a pegar, ¡yo lo pego, con la mano lo pego!, yo he dicho que “es la ropa de la policía que te paga mucho, yo respeto esta ropa, porque si no fuera por está ropa, conmigo cara a cara, tú no me puedes”. Yo le cojo una mano, “pongo una mano aquí detrás y yo te pego”, le he dicho eso [En tono que denota rabia].

³⁷⁰ Andrés era de origen argentino y estaba fuertemente implicado en las luchas contra el CIE.

La rabia de Paul se expresaba en la viveza emocional con la que hablaba, si bien en una situación práctica es muy probable que se contuviera ante lo nefasto de las consecuencias (penalmente considerado como “atentado a la autoridad”). Esta misma violencia, reactiva a la violencia institucional, se larvaba entre algunos niños y adolescentes hijos de migrantes:

Pongo una foto con 6 antidisturbios. Uno de ellos dice “seguridad” y otro dice “inmigrantes españoles”. “Inmigrante” es un estigma que significa conflicto. La relación seguridad-inmigrante es destacada por ellos con sus palabras espontáneas: la seguridad (policía) existe por “los inmigrantes”, pero como a ellos les genera rechazo esa policía por la que se sienten amenazadas sus familias, les insultan llamándoles “inmigrantes españoles”. Les pregunto: “¿Si veis esto en la calle qué pensáis?”. Uno de ellos responde muy explícitamente: “Que no podemos seguir”. Ha identificado un control de fronteras y esto es un obstáculo para el libre tránsito. De repente se revolucionan y gritan, actuando su identidad rebelde de malos: “Mi peor enemigo, les odio, son inmigrantes”; “Le quiero meter una hostia”. Pregunto: “¿Os asustan u os dan seguridad?”. Uno responde: “Seguro, pero con un poco de miedo porque no me van a dejar entrar”. Otro refiere “Claro, inmigrantes. Es que ellos, ellos sólo buscan a los inmigrantes, no buscan a las personas malas”. Otro: “Había una pelea de inmigrantes contra gitanos y la policía detiene a los inmigrantes, no a los gitanos”. Otro ha dicho “papeles” cuando ha visto la foto. Las redadas y paradas son muy familiares para todos ellos (Cuaderno de campo: sesión realizada el 20/04/2009 con los chicos que asistían a un grupo de educación no formal en una parroquia del barrio de Comillas).

No es extraño observar algunos *graffitis* en el barrio referidos a la policía que retoman viejos lemas antirepresivos y afirmativos de la propia rebeldía (“Fuck the police”, “Policía asesina; asesina a un policía”) o inventan otros *ad hoc* (“Peligro, policía”, “Hermano inmigrante, mata a la policía que nos jode”). Los adolescentes figuran entre los objetos de intervención preferidos por los agentes al mismo tiempo que su “adolescencia” se construye y se refuerza por oposiciones identitarias a las figuras de autoridad. Su resistencia, generada por la propia presión, puede derivar en una enorme variedad de prácticas futuras, desde las más reproductivas a las más militantemente subversivas. Son éstas de las que me voy a ocupar para finalizar.

Prácticas militantes frente al dispositivo securitario

Finalizaré el análisis etnográfico dando cuenta de algunas prácticas militantes que intentan impugnar de manera colectiva el dispositivo securitario. Si en el anterior apartado, protagonizado por las tácticas, aparecían tímidamente algunas estrategias individuales de resistencia, en el presente voy a abordar respuestas relativamente elaboradas. Comenzaré describiendo las estrategias herederas del barrio fordista (barrio culpable), útiles para una visión disciplinaria de la realidad, para pasar a centrarme en aquellas que se adaptan a la realidad post-fordista y neoliberal del barrio segregado (“barrio víctima” con “sujetos culpables”).

La primera práctica militante es en realidad una intervención profesional y experta³⁷¹ que, bebiendo de las estrategias del movimiento vecinal, intentaba resignificar “Pan Bendito”. Kike, el dinamizador vecinal, trataba de aplicar aquello que en su formación (Investigación Acción Participativa) consiste en pasar del estigma al emblema a través de la toma de la palabra por parte del vecindario opinado negativamente (Villasante, 2002). Según Kike, el objetivo era generar la idea “Pan Bendito mola”, infundiendo “autoestima comunitaria”. Si el tejido militante vecinal había “huido” del barrio, el objetivo era crear simplemente “un espacio de encuentro”, algo previo al surgimiento de lo colectivo (“barrio”). Un ejemplo de este tipo de intervenciones era un concurso de *hip-hop*, aprovechando la influencia del grupo “La Excepción” (surgido del propio Pan Bendito):

A nivel interno, creo que estamos en un momento de posibilidad de cambio. Yo creo que se están recuperando valores, se está tejiendo una nueva red, muy flojita todavía, muy flojita, pero a base de proyectos entre gente del barrio de entre veinte y veintitantos años, actividades deportivas, música, fútbol (...). El *hip-hop*, aparte de manejarlo La Excepción, lo manejan pocos más. Bueno, aquí en la asociación hay un estudio de grabación que lo han montado los chavales del barrio (...). Yo cuando he hablado de barrio deprimido, lo que hemos intentado crear es vías de escape, o sea, no grandes salidas ni grandes cambios, sino salidas donde la gente en un momento dado pueda salir hacia delante. Y confiar en el propio barrio.

La confianza en el barrio era ligada a la oportunidad de ascenso social individual. Desde este paradigma progresista, Kike afirmaba que era un momento de oportunidades, pero quizás se trataba más de la percepción del entorno derivada de su creciente empoderamiento individual (“joven”), el cual proyectaba sobre “los chavales” del barrio. Sin embargo, era consciente de que su proyecto no era el primero. En términos ideales, lo que necesitaba Pan Bendito, además de “confianza” (más en términos meritocráticos), era una cierta feminización que permitiese mayor “confianza” (en términos securitarios) y una alternativa a la resolución masculinista de los conflictos:

Y entonces ahora se está empezando a abrir ese nuevo espectro, que se cree confianza en el propio barrio y que sea el propio barrio el que se mueva. Porque aquí estamos demasiados técnicos opinando cómo se debe solucionar el barrio y poco barrio opinando sobre cómo se debe solucionar a sí mismo (...). En el momento que consigamos que las mujeres del barrio tiren para adelante, es decir, que sean ellas con su red social, su influencia real sobre las familias, es decir, no tienen el poder, pero tienen influencia en las familias, están encargadas del cuidado de los mayores, del cuidado de los niños, tiene una red social con otras mujeres, es decir, esa red social que supuestamente existe..., en el momento en que esas mujeres se impliquen, este barrio cambia. Además son las que van a cambiar desde el desarrollo de otros roles, van a ser las que van a eliminar el enfrentamiento directo, el intento de comprensión de unas formas y otras... Y que van a luchar, además, por el espacio público. Porque las que tienen más miedo siempre

³⁷¹ Los dinamizadores vecinales son el resultado de un acuerdo entre la Federación Regional de Asociaciones de Vecinos de Madrid (FRAVM) y el Ayuntamiento de Madrid. Una subvención municipal financia a estos técnicos para que intenten dinamizar de nuevo el tejido vecinal perdido, lo cual convierte los proyectos de los barrios en una “intervención social” más dirigida desde lugares ajenos a los propios barrios.

en este barrio, en el espacio público, son las mujeres. Porque por mucho que se sienten protegidas, a quienes las prohíben estar a unas horas determinadas, es a las mujeres (...). Hay cosas mínimas, es decir, yo sé que en el culto el grupo de chicas se está moviendo, pero son cosas mínimas. Hay un grupo de teatro que se llama "Teatro y compromiso", que están aquí en la asociación, que trabajan temas de autoestima, de empoderamiento... y lo que he hablado con ellos es de enfocarlo hacia las mujeres (...). El feminismo aquí es muy raro, es decir, vamos a entender aquí las cosas sin sus progresías y entendiendo los espacios. En muchos espacios alternativos entienden ahora a "Madres contra la droga" de: "¡Joé, qué cañeras estas mujeres!", por unas luchas que fueron comprendiendo mientras estaban militando. Aquí va a ser igual, pero su origen parte de la lógica de ser madre. Es decir, va a ser desde la maternidad, desde mis hijos, desde el futuro que les espera a ellos, desde mi responsabilidad como madre en el barrio y en la casa donde la mujer empezará a luchar por el propio barrio.

La experiencia de enfrentamiento a los grandes narcos por parte de las madres de los toxicómanos en los años ochenta constituyó una experiencia de autogestión securitaria cuya eficacia se servía de la reproducción de roles tradicionales de género: "Aquí ha habido manifestaciones en los años ochenta de Madres contra la Droga, es decir, que todo lo ha habido, pero todo se ha quedado en nada"³⁷². El pesimismo final no era sino un reconocimiento del declive de esas formas de lucha encuadradas dentro del paradigma disciplinario.

Dentro del mismo orden disciplinario del barrio fordista, perviven viejas prácticas militantes que escenifican en el espacio público la confrontación al "Poder". Carabanchel fue en décadas anteriores uno de los barrios más proclives al surgimiento de militantes del movimiento por la *insumisión* o por la *okupación*. La presencia de los antimilitaristas sigue contando con cierto arraigo y la cárcel de Carabanchel, donde se encerró a muchos insumisos durante las décadas de 1980 y 1990, fue objeto simbólico de las "luchas antirepresivas". Así es como el tradicional "Fin de año anticarcelario", una manifestación que finalizaba el 31 de diciembre a las puertas de la prisión, trató de actualizarse en 2008 con una marcha por el barrio y junto al CIE:

Mucha policía nacional antidisturbio y municipal llegando al metro de Eugenia de Montijo (...). Apenas hay gente por la calle. Al pasar por los bares de Fátima sale gente de los bares. Un miembro de la manifestación increpa a lo lejos a uno de un bar que está tirando fotos con el móvil (fantasma del "secreta"). Confluye gente de este perfil hipermasculino (los colectivos que convocan son de gente muy joven de este barrio y alrededores), pero llega otra de otro perfil completamente distinto (mujeres de otros movimientos sociales que ostentan menos capital corporal en forma de fuerza física) por contactos personales. De hecho, creo que si apareciese alguien que no tuviera contactos personales, simplemente porque estuviese de acuerdo con la reivindicación, pasaría más fácilmente por policía secreta. No deja de ser una manifestación de carácter identitario en la que la criminalización que hace la policía en forma de hiper-presencia, la paranoia hacia los policías infiltrados entre algunos asistentes y el excesivo peso de los símbolos autoafirmativos subculturales dificultan la comunicación con el vecindario.

Viejas consignas: "¡Abajo los muros de las prisiones!". Los cohetes navideños son incautados por los policías nacionales en cuanto se lanza el primero. El encargado de negociar con la policía es Dani (informante). A la hora de hablarse mutuamente, existe cautela, respeto entre masculinidades fuertes, una teatralización del pacto entre caballeros que suspende simbólicamente el enfrentamiento. Una vez se para de negociar, vuelve el ritual de confrontación. El imaginario recíproco es de sumo desprecio, pero se negocian acuerdos: ninguno quiere violencia física (y menos el 31 de diciembre, que es un día en el que

³⁷² La actuación de la feminidad tradicional como estrategia de lucha frente al poder violento y masculinista encuentra referentes muy exitosos en la historia contemporánea. Ana María Martínez de la Escalera (2007) ha analizado "las rondas" de las Madres de la Plaza de Mayo desde esta óptica.

se trasgreden los roles y cuyo significado es compartido con un enorme consenso, incluyendo a manifestantes y policías). En esta continuidad, en esta coetaneidad compartida, se rebajan las diferencias y se produce la comunicación suave. Todo es así hasta que “se rompe el pacto”: “¡Policía asesina!” es una consigna que sorprendentemente les molesta mucho a los antidisturbios. Se ponen muy tensos al final de la manifestación, se mueven rápidamente, ocupan posiciones, amenazan con cargar si no avanza la marcha hacia su final... Además, parece que han recibido algún aviso desde dentro del CIE al producirse un conato de motín. Se tensa la situación.

Al finalizar la manifestación y leerse el comunicado, el portavoz de la policía se aproxima y refiere: “A ver, hay una persona a la que vamos a identificar. Que salga o sino identificamos a todos. Esa persona sabe por qué es”. Todos en silencio, expectantes, sin saber por qué. Finalmente sale un chico al que se llevan para identificar. Se producen momentos de tensión, de cuerpo a cuerpo, frente a frente, entre policías y manifestantes, pero conservando la distancia justa para que no salte la chispa. Finalmente, parece que la multa se ha producido por gritar con el megáfono: “Policía asesina”. Este grito, proferido justo en el momento en el que había más gente (puestos navideños), enturbia su imagen en un contexto, el del CIE, que persigue la máxima invisibilización de la represión.

Ciento cincuenta personas muy identitarias y homogéneas no generan mayor problema a la policía si no es exhibiendo su carácter represivo ante otros vecinos. Por lo demás, los propios agentes, que “son el pueblo”, saben que están más legitimados que un grupo de “antisistema”. Se permite el derecho de manifestación y se tutela, pero sin que se sepa muy bien por qué se manifiestan: un trámite, que se trata de que termine cuanto antes y cada cual a su casa a comer las uvas (Cuaderno de campo: observación realizada el 31/12/2008).

El cerco mediático inducido desde la institución de policía convierte a los jóvenes manifestantes en “anti-” (sistema, sociales, etc.). Esa posición en un lado oscuro, negativo, no propositivo, bebe del viejo binario víctimas vs. culpables que el imaginario disciplinario emplea en la ordenación de la realidad. Pese a que los manifestantes tratan de situarse en el lado de las víctimas –sin combatir el propio binario o sin hacerlo eficazmente–, la policía maneja la situación y la convierte en previsible. Estigmatizando a los presentes con un elevado número –además intimidatorio– de antidisturbios, el vecindario que no se encuentre cercano identitariamente observará la situación como un espectáculo entre “buenos y malos” con efectos invertidos para los manifestantes. La batalla simbólica estaba perdida: eran colocados como “anti-” y ellos confirmaban el estigma. Si atendemos a las palabras de Dani tres años antes de esta manifestación, y por lo tanto en una posición “adolescente”, la policía, como enemigo visible, juega el papel que confirma su propia identidad. La ilusión de estar protagonizando la transformación social se jugaba en estos rituales de confrontación:

-E: ¿Y habéis tenido movidas con la policía aquí en Carabanchel?

-D: Sí [Se ríe]. Sí, la mani que hubo el otro día. Estamos en el parque y nos vienen dos secretas, así, de buenos, pero, seguimos discutiendo con ellos, porque claro, los secretas vienen y, ¡estás tan normal y plas!, la secreta, y yo llevaba una sudadera de un “Policía trabajando”, pegando a uno, y yo discutiendo con el policía. Me apuntaron en una lista con todos los que estábamos ahí, y digo: “¿Por qué me apuntáis?”; “No, es una lista...”. Para tenerte controlado (...). No habíamos hecho nada, estábamos ahí. Yo acababa de llegar de la mani, y a un amigo mío que fue el otro día a la mani, le dijeron: “A ti te conozco de la otra mani”. Y mi amigo tuvo movidas con la policía, la policía hacía fotos a la gente, si es pa’ tenerte controlado.

-E: ¿Y os buscaron porros o alguna excusa para...?

-D: No, porque les llamaron, no nos buscaron nada, decían que estábamos haciendo botellón, y no había nada [Sonríe]. Y les llamaron luego y se fueron corriendo (...).

-E: ¿Y algún incidente más que hayas tenido con la policía, en el parque?

-D: En la mani de Eugenia tuvimos un incidente con la policía, en la primera, pero que ese casi (...), porque es que estábamos allí reunidos 30 personas, 30 chavales o así, y (...) nos vio un policía, y viene un policía, de buenas: "Tirad los litros que no se puede beber". Y de repente sale uno, coge los litros y los tira, y claro, mi amigo saltó, porque claro, si vienes de buenas, vienes de buenas, y todos rodeados, nos venían a provocar, porque estaba todo el mundo y nosotros rodeaos, y se metió gente de la manifestación ahí por medio: "Que no sé qué, qué no sé cuantos". Pero si no acabamos allí todos detenidos, porque estábamos rodeados, y había mazo de secretas en esa mani, porque estaban llegando los coches de policía y aparcaba el secreta al lado del coche de policía, y nosotros claro, nos quedamos con sus caras (...).

-E: Y, por ejemplo, fines de semana, cuando paráis en los parques, y eso, ¿ha llegado la policía alguna vez? (...).

-D: No, no, no. Nunca nos vamos, porque como ya están acostumbrados, a ver, estamos nosotros a un lado y luego están los grupos de pijos y eso, pero se van todos corriendo, y nosotros, como ya nos conocemos todos, nos quedamos sentados, y los policías se paran (...).

-E: ¿No les tienes miedo?

-D: Hombre, sí, porque sé lo que hacen, han dado palizas, ¿sabes?, pero es que yo veo que no tiene nada de malo (...) en la calle, porque luego ellos te vienen diciendo: "Es que yo cumplo ley". Pero puedes verlo o no verlo, lo que quieras ver.

"Frente" a la policía y a "los pijos" (en un sentido amplio), estos jóvenes adoptaban una posición asociada con la "clase obrera" que invertía los discursos oficiales sobre los sujetos de la inseguridad y las posiciones entre víctimas y verdugos, pero que se veía atrapada en la cárcel semántica del binario del dispositivo securitario³⁷³.

También como continuación con las viejas luchas del barrio fordista, otros vecinos más "adultos" se mostraban activos, si bien manejando más a su favor el binario securitario y ganando la posición de "víctimas" frente a los poderes públicos. Probablemente, al no ser el objeto de sus luchas "la represión" o la propia policía, la institución securitaria no había trabajado tan intensamente para construir una imagen "anti-" de ellos (incluso contaban con la simpatía de algunos medios de comunicación). En los últimos años han proliferado las reivindicaciones defensivas frente al avance de las privatizaciones económicas y simbólicas de "lo público". La destrucción del Parque Eugenia de Montijo en 2005 por parte del Ayuntamiento consiguió reunir centenares de vecinos socialmente heterogéneos y políticamente "desmovilizados". La construcción de una carretera que lo atravesaría por una de sus zonas arboladas y por la enorme pradera que identificaba a dicho enclave (espacio de sociabilidad juvenil intensa y no planificada simbolizada por "losorros"), consiguió movilizar a varios centenares de vecinos que reaccionaron intentando paralizar las obras, creando permanencias informativas junto a las mismas y manifestándose por las calles del barrio una vez por semana. Esta movilización tuvo una organización rápida y relativamente eficaz, teniendo en cuenta que las obras se iniciaron en

³⁷³ Maritza Urteaga y Carles Feixas (2005) repasan en un interesante artículo los estudios etnográficos sobre las subculturas juveniles musicales. Fue la Escuela de Birmingham la que más ahondó sobre el componente de clase como más importante que la de edad a la hora de entender ciertos movimientos subculturales, como el punk. La "resistencia ritual" es la que permitía oponerse a la cultura hegemónica burguesa ante la pasividad mayoritaria y adulta.

pleno mes de agosto con el doble propósito de generar las menores molestias y las menores protestas³⁷⁴. La reacción de los vecinos ante la pérdida de uno de los espacios públicos verdes del barrio en favor del tráfico rodado, consistió, precisamente, en la ocupación de la vía pública con el fin de dar visibilidad y publicidad a la reivindicación y de retomar, de manera simbólica, el espacio público del tráfico rodado (que iba a arrebatar el lugar considerado como propio). La autoadscripción de los manifestantes y de su barrio a la clase obrera (“¡Carabanchel en lucha obrera!”, “¡Qué casualidad, qué casualidad, que el parque del obrero lo van a quitar!”) denotaba la reactualización de la identidad del barrio fordista como herramienta semántica aglutinadora, si bien es probable que muchos de los asistentes –de una zona que se consideraba de “clase media”- no se identificasen con este discurso. Aún así, entre los más jóvenes, lo popular era esgrimido como elemento de identificación y de legitimación (“¡Lo llaman democracia y no lo es!”, “¡Políticos de mierda, el parque es popular!”)³⁷⁵.



Movilizaciones contra la destrucción del Parque Eugenia de Montijo en 2005. El carácter intergeneracional de la movilización queda de manifiesto en el contenido y forma de los mensajes escritos y en el público asistente, aglutinado alrededor de la reactualización de la inferiorización del “barrio obrero” por parte del poder central municipal.

Este apoderamiento simbólico de la vía pública fue vigilado por una relativamente fuerte presencia policial que, además, realizó durante meses una vigilancia continua alrededor de la valla que encerraba la obra. Pude observar cómo dos niños de unos 10 años de edad se acercaron a un agente municipal y le preguntaron: “¿Van a tirar este árbol también?”. El policía

³⁷⁴ El Parque de Eugenia de Montijo corre paralelo, en forma de pasillo, a la vía del metro semi-soterrada que separa los distritos de Carabanchel y de Latina. La cárcel y un cementerio sustituyen a la vía en su límite: el parque, pues, puede ser considerado como un espacio compensatorio para una zona de edificios, la denominada por los vecinos como “Fátima”, construida entre los años 70 y 80 con capital privado y con unas características sociales propias de las nuevas clases medias periféricas que estaban naciendo en ese periodo histórico.

³⁷⁵ Esta acción puede enmarcarse en las luchas sociales urbanas que afloran en las últimas décadas del S.XX y que persiguen, siguiendo a Manuel Castells, un triple objetivo: consumo colectivo (el valor de uso de la ciudad frente al valor de cambio), cultura comunitaria (búsqueda de identidad frente al poder homogeneizador) y autogestión política (búsqueda de fórmulas más democráticas de gestión con base local) (Castells, 1986 en Cucó, 2004:192-194).

dio a entender que él no era del barrio y que todo esto ni le iba ni le venía, sino que solamente hacía su trabajo. Los niños, a continuación, le pidieron que firmase contra la carretera. Su acción comunicativo-subversiva puede considerarse una acción política que venía impulsada por la implicación directa y personal en el problema (un parque es un espacio altamente valorado por niños y jóvenes, es el contenedor de buena parte de las experiencias sociales de este colectivo y como tal, es objeto de defensa y participación política), pero también por su puesta en escena de la *performance* de vecinos combativos. La manifestación en el barrio era una buena oportunidad para poner en práctica estrategias de empoderamiento³⁷⁶.

La asociación de vecinos a la que pertenecían Bea y Joaquín era probablemente la más combativa del distrito. Con un discurso progresista centrado en la lucha de clases y heredero del movimiento vecinal de los años setenta, este colectivo había recurrido a fórmulas imaginativas de apropiación del espacio público que habían logrado tener repercusión mediática. La más sonada de sus actuaciones en los últimos años fue la llamada “guerra de los parquímetros”³⁷⁷: lo que se consideraba como tradicional trato desfavorable a nivel territorial, esto es, la perpetuación de la *escasez* y la *perifericidad* por parte de la Administración, se acabó transformando en agrupamiento identitario como herramienta de lucha. También desde la perspectiva del colectivo de estos informantes, el PAU se reivindicaba –esperando con ello efectos performativos– como una parte de Carabanchel Alto (pese a que no les gustase su modelo urbanístico). El Parque Manolito Gafotas, situado en el mismo PAU, llevaba ese nombre extra-oficial como fruto de sus reivindicaciones y de su inauguración simbólica sin que pasase aún de ser un descampado. Se sentían identificados con la representación de “Manolito Gafotas” y con la resignificación de su barrio que hacía el propio Manolito al considerar Carabanchel Alto como “uno de los barrios más importantes del mundo”³⁷⁸. La identificación con la película era una estrategia para evitar que ese parque fuese destruido para ampliar una autopista. Eran conscientes de que un parque con “nombre propio”, con árboles plantados por los vecinos y con una placa descubierta por una famosa (la autora de “Manolito Gafotas”, Elvira Lindo) supondría una barricada más difícil de franquear para los intereses urbanísticos. En su imaginario, el vecindario era un cuerpo social que sólo unido podía luchar contra los tratos desfavorables y las imposiciones de la

³⁷⁶ Además se trataba, siguiendo a John Gledhill (2000), de un proceso micropolítico local que se alimentaba de otros procesos políticos más globales y que contribuía, a la par, a su reactualización.

³⁷⁷ La lucha vecinal contra la instalación de zonas de aparcamiento restringido en el distrito, que conlleva la imputación económica directa para todos los miembros de la ciudad con coche (independientemente de sus ingresos), fue fuertemente combatida y logró un cierto éxito al paralizar las intenciones del Ayuntamiento.

³⁷⁸ Si precisamente algo no es un barrio es “importante”: el barrio, entendido como espacio de la vida cotidiana –de lo intrascendente– es lo que se opone a lo que es relevante –lo que aparece en los medios–. En todo caso, el barrio sólo es noticia por sus sucesos, pero eso no lo hace “importante”, de ahí el valor de esta consideración paradójica de Carabanchel Alto como “el barrio más importante del mundo”.

Administración y otros poderes. La memoria de las propias luchas constituye la forma de ponerlas en valor frente al olvido de la historia oficial que las invisibiliza. Así es como Bea narraba el día de la inauguración de la estación de metro de Carabanchel Alto tras años de reivindicaciones:

La inauguración, la verdad, es que fue superbonito. Se petó, y además la plaza... Se hicieron como unos paneles de las manifestaciones, de todas las cosas que se habían hecho y que aparte de que había mucha gente... Porque uno de los bulos más cachondos que había era que no se hacía metro porque como el barrio está lleno de coles de curas y de monjas, por debajo teníamos muchos subterráneos y entonces no podían hacernos el metro.

En este fragmento observamos cómo la confrontación de clases a nivel local se jugaba en el campo de lo político, y hasta de lo mágico: Carabanchel Alto se había quedado sin metro de manera inexplicable para muchos vecinos, que veían cómo la mayor parte de los barrios del Madrid ya disponían de estación. Se recurrió entonces a una explicación cuasi-mágica proyectada sobre el misterio de lo oculto (¿y qué más oculto que la institución eclesiástica para gentes de izquierdas?). La presencia de la Iglesia en el barrio, controlando su desarrollo en lo terrenal mediante sus múltiples colegios (educando a los niños), y la especulación urbanística que practicaba (la Iglesia es propietaria de muchos edificios y de buena parte del suelo del barrio), había desencadenado la emergencia de un imaginario sobre poderes oscuros que estaban impidiendo el desarrollo del barrio. “Sí, sí, que yo lo de los pasadizos me lo creo, ¿sabes? Están”: los misterios ocultos del poder fueron combatidos y vencidos finalmente con el misterio del poder colectivo –sinergias que generan cambios en el entorno y sobre todo cambios en los propios participantes-. Al poner sobre la mesa el conflicto, al visibilizarlo, estos vecinos estaban forzando al barrio a posicionarse. Repolitizaban la pertenencia empleando elementos de la historia pasada que se convertían en historia por hacer (Cassigoli 2006: 147), y de paso procuraban ejemplos prácticos para todo el barrio mediante su actuación performativa de la sociabilidad. Estas experiencias propician la reconstrucción de la identidad barrial, si no como obrera, al menos asociando la propia existencia y resistencia a un conflicto de clases más amplio³⁷⁹. Esta conciencia de clase vecinal traslada la lucha de posiciones global a los espacios

³⁷⁹ Se puede afirmar que existía una relación de reciprocidad entre la sensación de pertenencia al barrio y la incidencia en el mismo. En la medida en que estos vecinos tenían experiencias de éxito en sus luchas colectivas (éxito no medido únicamente por el resultado final de la reivindicación, sino también por el poder de convocatoria o la repercusión mediática), se retroalimentaban sus discursos identitarios “barrionalistas”. En el caso de la lucha vecinal para salvar el Parque Eugenia de Montijo en 2005 de su destrucción por una nueva carretera, así como en las acciones llevadas a cabo contra la instalación de parquímetros en el barrio, la Administración municipal tuvo que paralizar, al menos temporalmente, sus proyectos. Pero además, estos acontecimientos marcaron un cierto punto de inflexión que dio paso a una dinámica de cierta revitalización del movimiento vecinal con la construcción de ciertas alianzas y la entrada de nuevos jóvenes, lo que daba lugar a pensar en un cierto relevo generacional. El

locales de la vida cotidiana y de la reproducción social. Más que efectos directos en sus reivindicaciones, se “hace barrio” y se invierte el significado del control social:

[Voy con Bea] y nos encontramos con dos vecinos mayores del barrio con los que se detiene a hablar. El tema es algo relacionado con la lucha vecinal: se la identifica con eso en el barrio. Como ella es un altavoz, un nodo de comunicación, le dice que ha visto una furgoneta del ayuntamiento junto al metro, que estaban tirando fotos y que es posible que venga Gallardón a inaugurar algo, por lo que sería bueno estar pendientes para organizarse y convertirlo en un acto reivindicativo. “He preguntado, digo, ¿vais a arreglar el barrio?”, y dice, “ojala”. Bea dice: “Pues yo he mirado en Internet y no he visto nada. Como no vengán inaugurar el callejón [Se ríe porque se refiere a un espacio “abandonado”]. “Hacían fotos, llevaban una libreta e iban apuntando”: la presencia de los gestores, de la Administración, se vive con recelo, desconfianza, y por eso se vigila lo que hacen. Un empleado, parece que se ha aliado con él: “¿Vais a arreglar el barrio?”, y dice, “Ojalá”. “Si se dan una vuelta... barrio más abandonado que este no hay, macho, ni Villaverde está como Carabanchel Alto”. Uno de los señores dice: “Esto es de pena, la verdad”. El otro, el más activo en la conversación, aprovecha entonces para ejercer cierto control social informal militante: “Pero la culpa la tenemos nosotros, porque yo a ti no te veo en los sitios que tendrías que estar, así que cállate [Nos reímos Bea y yo ante el rapapolvo que le echa uno al otro]. A esta joven sí, y a este joven también (...). “No se entera”, dice, dando a entender que “no se quiere enterar” de la regañina. Bea se despide: “Bueno, aquí os dejamos vigilando por si ocurre algo”. El control social es inverso, se resignifica, es apropiado por los vecinos empoderados en colectivo: se controla a la Administración.

La reivindicación de lo público (sanidad, educación y espacio) –no siempre sinónimo de estatal- frente al avance neoliberal de lo privado, constituye un discurso cercano a la propia vida cotidiana, al mundo de la reproducción social. La identificación con lo público tiene especial sentido cuando se considera que es el fruto de la propia acción: lo público no es concebido como un escenario, unos bienes, unos objetos o unos servicios que los poderes instalan en el barrio, sino como un conjunto de relaciones que se derivan de la propia construcción del espacio común por parte de sus vecinos (sus luchas y las relaciones que se dieron en las mismas):

El Parque de las Cruces, emblema de Carabanchel Alto, también tiene una parte autoconstruida por los vecinos: fue fruto de las reivindicaciones vecinales. Bea resalta como hecho histórico las carreras delante de la policía: “Eso marca un antes y un después”. Aquella lucha vecinal y la represión policial están marcadas en su memoria de la infancia, aunque no lo haya vivido: “Yo eso no lo he vivido, vaya, a mí me lo han contado padres de amigos míos, eso marcó..., y fíjate que fue un logro porque todavía, las cosas cuando te marcan para mal es que ha sido un fracaso, hubo un antes y un después, las carreras por el Parque de las Cruces fueron las últimas. Pues es como ahora, el perfil de gente embarazada de aquella época, como ahora pero hace 30 años”. Joaquín también lo rememora, aunque tampoco lo vivió: “Un día muy bonito debió ser cuando amaneció el parque lleno de columpios. Además era un día de Reyes, creo, como un regalo de Reyes...”. Las luchas para conseguir aquel parque y las acciones de los vecinos, combinando las combativas con las creativas (construir columpios), forman parte de la memoria de estos vecinos. Las luchas por los espacios públicos de los parques tienen una historia que se ha reactualizado con el de Eugenia y el de Pza. Elíptica (Cuaderno de campo: conversación mantenida con Bea y Joaquín mientras paseábamos por el PAU el 18/11/2008).

“barrionalismo” se construye como herramienta de lucha acudiendo al paralelismo con los nacionalismos periféricos de izquierda en el estado español. Así es como Elisabetz Lorenzi (2007) constata en sus entrevistas a las personas protagonistas de los movimientos sociales del barrio de las décadas de 1970 y 1980 el empleo de la “K” y la gramática del euskera (Vallekas, Karabantxel) como símbolos transgresores.

Así es como se reivindicaba “lo barrial” en el discurso, pero acompañándolo con la práctica performativa de la ocupación del espacio público con los propios cuerpos (manifestaciones, festivales de rock y *hip-hop*, fiestas de carnavales, etc.) o mediante la redecoración de la escena urbana para explicitar lo político en sus paredes (carteles, *graffitis*, etc.)³⁸⁰.



En la primera imagen, acción consistente en transformar los parquímetros colocados por el Ayuntamiento en vacas como las que por esos días llenaban el centro de la ciudad marca (“Cow Parade”) con el objeto de boicotear las operaciones de estetización urbana características del alcalde. En la segunda, un grupo de mujeres en el carnaval ilegalizado de Carabanchel Alto apropiándose de la vía pública bajo la vigilancia de los policías antidisturbios.

Una lucha muy significativa llevada a cabo en los últimos años por esta asociación de vecinos y por otras organizaciones ha sido la que ha ligado la tradicional demanda de un hospital público en los terrenos de la cárcel con la construcción de un espacio cultural para la memoria histórica en su viejo panóptico. Esta resignificación del espacio estigmatizador del barrio culpable representaba, además, una lucha por la apropiación de aquello que había servido al control político y securitario del país, la ciudad y el propio barrio. Hacer propia la cárcel se convirtió en un símbolo de resistencia que iba mucho más allá de la disposición de los terrenos para usos públicos: suponía dar la vuelta a su semántica represiva efectuando una pequeña inversión de la Historia. La unión a las reivindicaciones de académicos y estudiosos, así como su transformación por unos meses en el símbolo estatal de la lucha por el reconocimiento

³⁸⁰ Lo público, tanto entre colectivos de corte más libertario como entre otros de ideario republicano, simboliza lo común frente al individualismo, renovando los nuevos recortes sociales que el movimiento vecinal de la década de 1970 produjo al sacar de la fábrica y llevar las luchas de clase a los espacios de la vida cotidiana. Sin embargo, la “lucha de clases” se acompaña de una “lucha de enclasmientos” (Bourdieu, 2006) que convierte, en ocasiones, a estos discursos y estas prácticas que reivindican el valor de lo público en Carabanchel en generador de espacios de exclusividad con los cuales no se encuentran identificados muchos vecinos. El intento de generar lo común y de aglutinar al vecindario a partir del orgullo barrial encuentra sus limitaciones en la homogeneidad subcultural de sus integrantes (si bien la conciencia de este hecho genera debates, reflexiones e intentos por “salir del gueto” militante en un nuevo centro social del barrio muy heterogéneo).

institucional de la “memoria histórica”, hizo que en otoño de 2008 –justo antes de su derribo, o quizás como precipitación del mismo (con el fin de borrar todo signo de resistencia incipiente)- se sucediesen los actos dedicados –paradójicamente- a “defender la cárcel”:

Jornadas de puertas abiertas en la cárcel. Organiza una visita guiada el Foro por la Memoria Histórica. Algún profesor de la universidad da una charla. La gente se dispersa para apropiarse de las galerías, celdas.... Visitantes formados por expresos que estuvieron aquí a finales del franquismo, estudiantes de historia y en general gente con capital cultural y social... Uno comenta: “He ido a ver mi dormitorio”, asimilando la celda a un hogar. En la charla y en las conversaciones de corrillo está muy presente la “escuela de libertad” que supuso para muchos presos políticos esta cárcel, donde leían, se sociabilizaban e incluso trazaban estrategias políticas, todo ello a pesar de la opresión. Un joven militante conocido me saluda: “¡Qué, de turismo!”. Su calificación no es inocente: hay algo en este tipo de actos que no acaba de convencer a algunos. Esta persona ha venido a colocar una pancarta hacia el exterior, invirtiendo el tradicional uso de la cárcel como transmisora de mensajes políticos hacia el barrio. Precisamente hay un *graffiti* con el Guernica pintado en uno de los muros con el mensaje “Por un mundo sin barrotes” del cual su colectivo va a realizar una camiseta. Otra pintada, grande, no muy embellecida, versa: “Una cárcel menos”. Unos años atrás, incluso se valoró la posibilidad de “okupar” la cárcel por parte de algunos colectivos, pero se desestimó por su cercanía al CIE y lo difícil de mantener y defender ese espacio enorme. En fin, se trata de resignificar al máximo el mayor símbolo de la represión fascista en España (Cuaderno de campo: observación realizada el 12/10/2008).



La apropiación de la cárcel por parte de los derrotados llenó el espacio penitenciario de símbolos políticos. En esta imagen podemos observar un graffiti con una recreación del Gernika. La imagen ha sido enmarcada y subida a Internet para su libre uso.

Por las mismas fechas, los miembros de algunas asociaciones de vecinos –que ya habían asumido como propia la reivindicación de un grupo de investigadores de convertir la cárcel en “Centro para la Memoria histórica”, sumándola a la del hospital público- protagonizaron una acampada en un parque aledaño en el que colocaron, además, una exposición fotográfica sobre la prisión. Esta apropiación temporal de un espacio público pervertía los usos del parque al mismo tiempo que procuraba un espacio de encuentro y re-encuentro.



En la primera imagen observamos una de las múltiples manifestaciones por la construcción de un “Centro para la Memoria Histórica” justo antes de ser derribada la cárcel en otoño de 2008. En la segunda, los miembros del movimiento vecinal construyeron una serie de paneles con los nombres de los presos políticos que habían pasado por sus celdas.

En esos días, en los que se mascaba el derribo, se realizaron varias manifestaciones e invasiones de los terrenos. Cuando las máquinas de derribo entraron por sorpresa un viernes por la noche, comenzaron a demoler la parte más simbólica: el centro circular del panóptico con una de las cúpulas más grandes de la ciudad (y que el propio Colegio de Arquitectos de Madrid había solicitado conservar) (Ortiz, 2011)³⁸¹. Se efectuó, entonces, una convocatoria mediante mensajes de móvil y se realizó una manifestación dos días después con la cárcel a medio demoler.

Finalmente la cárcel cayó, pero la lucha por su supervivencia supuso un nuevo impulso al movimiento vecinal que, además de lo material, comenzó a incluir lo simbólico entre las reivindicaciones de “lo público”. Meses después los vecinos y expresos políticos construyeron un “Memorial” con fotografías y con los nombres de los presos políticos que habían pasado por la prisión, pudiendo inscribirse sobre la marcha aquellos que no estuvieran recogidos desde el principio. La condensación de significados que guardan estos terrenos en lo que al control y la seguridad se refiere, encontraba su respuesta en las reivindicaciones por su uso público y en las múltiples apropiaciones que vivía el espacio. Tanto es así que, a la lucha por el “Hospital 100 x 100 público” (dado que la Comunidad de Madrid, a la que se cedían los terrenos, había anunciado la construcción de un hospital de gestión privada) y a la del Centro por la Memoria Histórica³⁸², se unió la lucha contra el CIE, la cual estaba protagonizada por organizaciones de otro perfil muy distinto: el de los nuevos movimientos sociales que combatían el dispositivo securitario y de fronteras propio de la sociedad postfordista:

³⁸¹ De hecho, este derribo apresurado causó un accidente a los trabajadores que se silenció.

³⁸² <http://salvemoscabanchel.blogspot.com/>

Todos los edificios históricos de la antigua cárcel de Carabanchel han sido reducidos a polvo.

Permanece todavía en pie el pabellón del antiguo Hospital Penitenciario, actualmente destinado a Centro de Internamiento de Extranjeros (C.I.E.), en el que se priva de libertad, de nuevo hoy, a inocentes que no han cometido delito alguno: los inmigrantes sin papeles.

Por ello, nuestra Plataforma, en coherencia con su planteamiento y tras la desaparición del resto de los edificios, exige al Gobierno que destine esta dependencia para el Centro de la Memoria que solicitamos.³⁸³

Sin embargo, la lucha común partía de análisis y perfiles sociales diferentes. Frente a la lucha por la resignificación de la cárcel y la construcción de un hospital, cuyos participantes y organizaciones partían de la realidad del barrio fordista y reivindicaban con añoranza las sociabilidades políticas del movimiento obrero, la lucha contra el CIE siguió su propia trayectoria en forma de acciones que tenían como punto de partida un análisis social que ya no pivotaba sobre las dicotomías de clase:

Manifestación en el CIE. A pesar de que hay unas 1.000 personas, son poco visibles (por el sitio –Av. de los Poblados- el día y la hora –pleno mes de junio a las 18 horas-). Desde dentro, los internos manifiestan que se sienten apoyados: lo muestran con sus gritos, con el papel higiénico desenrollado que lanzan, con sus ropas ondeadas al viento como forma de dar visibilidad a su alegría... Desconozco, eso sí, si después de esta alegría reciben la violencia de los policías (en varias ocasiones ha ocurrido que suben ambulancias del SAMUR tras este tipo de actos) (Cuaderno de campo: observación realizada el 21/06/2009).



Manifestación contra el CIE.

La escasa presencia de personas migrantes en esta manifestación, así como en las luchas de los movimientos sociales, se trataba de combatir mediante prácticas que buscaban “el mestizaje” y que partían de los análisis postcoloniales. Uno de esos espacios de confluencia, en busca de “lo común”, lo conformaba la “Oficina de Derechos Sociales”. Compartiendo cronotopos lúdicos (partidos de fútbol), poniendo en valor “la diferencia” para neutralizar el dispositivo que la

³⁸³ <http://salvemoscabanchel.blogspot.com/2009/06/ante-los-destrozos-ocasionados-en-el.html>

jerarquiza (comida cocinada por los propios senegaleses que formaban parte de la red de apoyo), creando cultura y discurso común (*hip-hop*) y organizando estratégicamente algunas de las tácticas de resistencia de las que he dado cuenta en el epígrafe anterior (referidas a los “escaqueos” ante los controles de identidad, a los acompañamientos en el espacio público con el fin de pasar desapercibidos por la policía, etc.), se buscaba derribar las “fronteras incorporadas”. Así lo expresaba Andrés³⁸⁴:

A uno de los muchachos del Palacete lo habían arrestado el martes por la tarde (...), aunque como era su primera detención le han iniciado un expediente de expulsión y lo liberaron ayer por la mañana. Apenas sus compañeros nos avisaron fuimos a “negociar” con la policía tres compas (...), una tarea que se enmarca dentro de un dispositivo que estamos creando con gente de distintos barrios (...), tendente a dar cobertura de apoyo a un amplio número de personas.

Sin embargo, eso no queda allí, esa orden de expulsión tiene validez durante seis meses y de ser detenido nuevamente en ese lapso, terminaría ingresando en el CIE –comisaría de Avda de los Poblados-, donde en el último mes gente que ha estado detenida nos habla de una mujer que perdió su embarazo, otros que fueron golpeados salvajemente, una chica que se vio obligada a “concentir” relaciones con algunos de los policías, etc.

Ese dispositivo de auxilio o interlocución, claro, no es fácil. Primero porque no tenemos capacidad operativa de asistir a todo aquel que está siendo detenido, y segundo porque implica en cada caso ir a la comisaría, intentar convertirnos en interlocutores ante la policía y, fundamentalmente, demostrar que esa gente nos importa, que no están solos, que no vamos a permitir que por nuestras calles la policía campe por sus anchas persiguiendo por el color de piel o la forma de hablar.

Este tipo de intervención supone una suerte de autogestión de la seguridad consistente en el préstamo de capitales (por raza, DNI y capital cultural) a través del vínculo entre personas separadas por un enorme diferencial de poder. Bien como escudos humanos, bien como interlocutores legitimados por la policía, los “blanquitos” tenían que aceptar algunas condiciones del código comunicativo de las instituciones para, en lugar de capitalizarlo, tratar de transferir poder a los “compas” que menos tenían (“empoderamiento”). Una de las estrategias que la organización intentaba desarrollar en los últimos años consistía en la extensión de las solidaridades más allá del “gueto militante”, intentando romper las barreras entre los profesionales más “sensibilizados” (de la salud, la educación, los servicios sociales...). La búsqueda de “espacios sin fronteras” en el barrio (Centro de Salud Sin Fronteras, Colegio Sin Fronteras...), aunque no estuviese aún desarrollada, suponía una nueva vía de experimentación en el debilitamiento del dispositivo securitario. Sin embargo, en el abismo de las diferencias de poder entre los militantes “blanquitos” y “los compas” sin papeles afluían contradicciones, tal y como pude apreciar en la entrevista con Ibrahim:

³⁸⁴ Andrés, de 35 años, llevaba varios años en Madrid y militaba en ese espacio que pretendía hacerse mestizo. Era de las escasas personas que había ingresado en el CIE en múltiples ocasiones para visitar a algunas personas internas, de quienes recogía testimonios que operarían como denuncia.

Quedo con Ibrahim, un joven senegalés de 23 años de edad que lleva en España dos. Vivió en Valencia. En su lugar de origen era pescador. Actualmente acude a las clases de español de la ODS. Todos los miembros del Palacete son senegaleses: parece ser que tenían vínculos previos. No es una ocupación al uso: no se trata de un proyecto político, aunque sí de una práctica política. Lleva 6 meses en el Palacete (...). Me habla indignado de la persecución policial que sufren los manteros y justifica su práctica económica apelando a las necesidades básicas: “¡Tengo que comer!” (Rol de víctima como posición legitimadora). Valora la ayuda de la ODS. Se refiere a ellos como “una asociación que les ayuda”, en términos asistenciales. Agradece el trabajo a sus miembros, pero en cuanto dadores de ayuda material-instrumental, sin explicitar el apoyo político-simbólico. Esto es clave para entender la interacción que se ha dado: Ibrahim ha quedado conmigo únicamente como acto de reciprocidad instrumental con las personas de la ODS que él siente que le “están ayudando”. No tenía ningún interés en quedar conmigo, de materializar una práctica colectiva en forma de visibilización de un discurso. De hecho ha dejado de salir a vender esta tarde sólo por hablar conmigo y como don a la persona de contacto de la ODS. Parece que estamos ante relaciones de poder que son el resultado perverso (no buscado por los miembros de la ODS, que esperan que este apoyo sólo sea el comienzo de un proceso de “empoderamiento” que lleve los propios perjudicados a auto-organizarse sin representantes) de “la ayuda”. Se puede decir que el intento es el de hacer trabajo social comunitario extraprofesional con un fin político. Sin embargo, si esa es la idea, estamos en un momento muy inicial (Cuaderno de campo: entrevista y observación realizada el 23/04/2009).

El desajuste de expectativas en esa construcción de relaciones transfronterizas se hacía muy evidente en este encuentro. No obstante, el objetivo de las prácticas de mestizaje no era otro que la construcción de esas mismas expectativas compartidas, sin dar por hecho que estas existiesen sin previo contacto. Las prácticas de la Oficina de Derechos Sociales, al contrario que las detalladas al comienzo del presente epígrafe, trataban de neutralizar las técnicas policiales y mecanismos sociales de diferenciación, que como recordaremos, fundamentan la gestión neoliberal del dispositivo securitario. Otra iniciativa surgida de algunos movimientos sociales y organizaciones de barrio también trabajaba sobre el terreno de la diferenciación, pero además incidía sobre la otra técnica policial descrita para el dispositivo securitario, la “prevención situacional”, intentando inhibir los controles de identidad de la propia policía. Las Brigadas Vecinales de Observación de Derechos Humanos hicieron su primera actuación en el metro Oporto el 10/12/2009, antes de que esta práctica de cuestionamiento directo del dispositivo de frontera se extendiese a otros barrios de Madrid. Las Brigadas buscaban la eficacia política jugando en el terreno de lo simbólico y tratando de confrontar a la propia policía, al mismo tiempo que evitaban ser criminalizados (como los “anti-”). El precedente de estas Brigadas lo constituyen algunas concentraciones espontáneas ante las redadas más espectaculares en el barrio de Lavapiés y otras acciones aisladas en contra de los controles de identidad que, si bien no tenían prácticamente repercusión, permitían ensayar formas imaginativas de enfrentarse a la política securitaria:

Acción contra las redadas en el metro. Hay policía pero no están haciendo un control de identidad sino deteniendo a unos chicos que según los vigilantes de seguridad han interceptado robando. Se reparten panfletos informando de las redadas y ayudando a prevenir a sus víctimas mientras otras hacen una *performance* con la gente que pasa por la calle disfrazadas de autoridades con narices verdes, poniendo

una frontera hecha con una caja de cartón y pidiendo los papeles a los viandantes. Es una frontera móvil, como las aduanas de las redadas en los barrios, y la mueven para ponerla delante de las personas a pesar de que caminen (...). En un momento dado, una de las participantes en la acción, que se ha venido con su bebé ha intervenido abriendo el coche de policía para hablar con los detenidos. Al parecer, su acción ha creado polémica entre algunas personas presentes en la acción al poder haber puesto en peligro a los detenidos. Sin embargo, su táctica, realizada con un cuerpo de mujer (más feminizado aún al presentarse como madre) y el cuerpo vulnerable del propio bebé, ha conseguido desactivar la agresividad de los policías. Ha hablado con ellos y ha cuestionado la detención ante la perplejidad del resto... Una mujer con un bebé no puede desatar la violencia del policía, ya que esto supondría sobrepasar los límites por su parte (Cuaderno de campo: observación efectuada el 17/02/2009).

La feminización de la confrontación tuerce los roles del binario de sexo/género al mismo tiempo que trasgrede la estructura de la relación securitaria (culpables vs. víctimas, y éstas apoyadas por la figura protectora). Se trata de una confrontación “no violenta” que usaba los significados del cuerpo de la mujer (esta madre afirmaba su corporalidad materna portando a su bebé y dándole de mamar en el espacio público o en una acción política) para empoderarse frente a la autoridad masculina mediante una suerte de “narcisismo corporal” (Esteban, 2004: 241-251).

Más que hacer desaparecer el miedo, las prácticas colectivas más innovadoras buscan el conflicto –no evitarlo– sin dejar de reconocer el propio temor (“yo me cago ante la policía”). Una joven que militaba en las Brigadas Vecinales lo expresó así: “En el miedo está la llave”. En los talleres de “puesta en situación” y en los debates de la propia organización, en ocasiones se abordaba el asunto del miedo. Una brigadista afirmó en uno de estos talleres que había que actuar “yendo legitimadas, no a la defensiva”, otra que había que “interactuar con la policía desnudándoles, hablando con el no-poli que llevan dentro” y otra que “el miedo se combate reduciendo riesgos, previendo las situaciones posibles (...) y, sobre todo, con la sensación de respaldo colectivo”. En este mismo taller, en el que dos carabancheleros procedentes del movimiento antimilitarista (con muchos años de experiencia en la “acción directa no violenta”) compartían sus saberes, los conocimientos tácticos del cuerpo se reflexionaban para convertirlos en estrategia de resistencia en las relaciones securitarias:

Las personas de Brigadas Vecinales les han hablado de su “protocolo” de actuación y Alberto y Mamen – antimilitaristas– han adaptado el contenido del taller. Lo más destacable es el asunto del “bajo perfil” como estrategia, esto es, feminizarse ante la hipermasculinidad violenta y así poner en evidencia su autoritarismo. A pesar de la rabia o la indignación, se trata de mantener la serenidad y “rebajar tensión”. En cuanto a las estrategias corporales dan algunas claves: “si me van a pegar me cubro”, “si me están echando cambio de tema”, “si la tensión sube la rebajo con las manos”, “si me persiguen me escondo”... Estas reacciones corporales tan espontáneas y automáticas se escenifican, se reflexionan y se ponen en valor como una suerte de contra-anatomopolítica que se trata de poner en práctica preparándola colectivamente.

Entre las estrategias corporales de resistencia física: “sentarse en el suelo si van a usar la violencia física por no obedecer la orden” (“¡Márchese de aquí!”). En lugar de huir, en lugar de pelear, en lugar de quedarse bloqueado (las tres reacciones que sólo comprende la psicología, ciencia de la individualidad), una cuarta opción consiste en “enlazar los cuerpos” para hacer una unidad corporal. Otra estrategia, ante

la posibilidad de que la policía trate de llevar el cuerpo, es, en lugar de tensarlo, “dejarlo relajado para no hacerse daño”: el objetivo no es evitar la detención sino no hacerse daño (conciencia de autocuidado) y tratar de que la intervención policial tenga un daño simbólico para ellos (evidenciando públicamente en la sociedad mediática y en el espacio público su violencia). Además, en la misma línea de bajada de perfil, de hacer evidente su violencia, dicen que se puede manifestar el propio dolor físico: “Me estás haciendo daño”. Seguimos ensayando posturas físicas de autocuidado individual ante una agresión y otras de autocuidado físico colectivo que tienen efectos materiales (minimizar los daños) y simbólicos. Según Alberto, esta solidaridad intercorporal “les rompe su estructura de pensamiento” (...). Se trata de experiencias corporales reflexionadas tras años de acciones frente a las fuerzas de seguridad. Por último, hablamos de apelar a la persona, no al policía: se trata de disolver identidades. El policía se inviste y busca personas investidas, con identidades (negros, inmigrantes, antisistemas...), pero “yo no soy nada”, juego al despiste, no tengo líderes, no hay una persona (sobre)responsable (lógica jurídica liberal), sino varias. “Somos simples vecinas” (Cuaderno de campo: observación realizada en un taller de las Brigadas Vecinales el 31/10/2009).

Ya en la calle, el *modus operandi* de estas brigadas consistía en situarse en grupo en los lugares donde la policía realizaba controles o redadas observando y documentando la actuación policial³⁸⁵. Al mismo tiempo, si no se topaban con un control de identidad, los brigadistas establecían conversaciones con los vecinos sobre los propios controles de identidad. Con su acción, las Brigadas intentaban invertir la lógica del control social para neutralizar sus consecuencias en la reproducción de desigualdades sociales. “Vigilando a los vigilantes”, buscaban detener las actuaciones discriminatorias por parte de las autoridades y sus efectos de criminalización y estigmatización sobre la población migrante. Su visible “uniforme” con chalecos naranjas intentaba dar la vuelta al *emergencialismo* al mismo tiempo que jugaba con los símbolos asociados al “uniforme”. Al investirse con un traje identificativo, conseguían que en la calle se les otorgase la legitimidad que sólo se atribuye a “los uniformados”. El uniforme, por su poder de naturalización de la jerarquía social, consigue hacer pasar a sus portadores como neutrales, algo que los brigadistas, como “observadores de Derechos Humanos”, ponían en juego aún renunciando a la falsa neutralidad (pues estaban tomando posición en el conflicto e invitaban al vecindario a hacerlo). La propia policía se vio “descolocada” ante estos grupos de “uniformados” que mediante la palabra y la presencia corporal observaban y documentaban su labor. Se trataba de una respuesta colectiva que cuestionaba mediante la acción directa no violenta la proliferación de las políticas de control naturalizadas.

³⁸⁵ Esta forma de acción política se inspira en la experiencia de las brigadas de observación y acompañamiento a comunidades amenazadas en países como México, Guatemala o Colombia, en las que resulta clave el aval de algunas organizaciones de Derechos Humanos (generalmente más reconocidas por los Estados). Además, en ciudades de Estados Unidos como Los Angeles o Berkeley, funcionan las *Cop Watch*, con veinte años de experiencia en la denuncia pública de la violencia policial. La aplicación de estas experiencias a los propios barrios trataba de romper con la idea de que la violencia estatal y la violación de los Derechos Humanos siempre está en otro sitio.



Brigadistas vecinales aproximándose a las inmediaciones del CIE con el fin de dialogar con los familiares de los internos, de difundir la ilegitimidad e ilegalidad de los controles y de visibilizarse en un espacio muy marcado simbólicamente³⁸⁶.

En su experiencia práctica a lo largo de 2010 y 2011, estas Brigadas estaban produciendo un cierto efecto inhibitor sobre los miembros de las fuerzas de seguridad y la impunidad con la que se realizaban los controles de identidad:

Llegan a la plaza de Oporto a las 20:50 en total 7 brigadistas. Nada más hacer acto de presencia (todavía desorganizados y sin los chalecos) aparece un coche de policía que aparca en la plaza y se dirige inmediatamente hacia el interior de la boca de metro. Un testigo informa de que han realizado siete identificaciones por criterios raciales en menos de 5 minutos. Llegan los brigadistas con sus chalecos. En el momento en el que se presentan en la escena la policía está procediendo a una nueva identificación: un joven con rasgos fenotípicos “latinos” e identificado con NIE es retenido alrededor de 10 minutos. Mientras los policías comprueban su situación administrativa, los brigadistas permanecen a un par de metros de la pareja de agentes sin entablar, en esta ocasión, conversación alguna. Durante esos minutos la gente del barrio ve cómo actúan las brigadas, así como la policía (visibilización de la situación). Un vigilante de seguridad de Metro pide a los brigadistas que se retiren un poco, ya que entorpecen el paso. Lo hacen y se juntan más aún a la policía. El joven identificado deja de ser retenido, le devuelven su documentación y tras mirar a los brigadistas deciden llamar a sus superiores para recibir órdenes antes de seguir haciendo identificaciones. Nadie les coge el teléfono y deciden marcharse después de 15 minutos (Cuaderno de campo: observación realizada el 04/04/2011).

Las Brigadas Vecinales lograron inquietar a las autoridades, que se vieron obligadas a imponer unas sanciones administrativas ante la repercusión de sus prácticas³⁸⁷. Pese a que en ocasiones la policía se inhibía de realizar controles de identidad ante las Brigadas, en otras continuaban haciéndolos o directamente adoptaban una actitud intimidatoria. En estas ocasiones

³⁸⁶ Foto extraída de <http://fotograccion.org/wp/2010/10/brigadas-vecinales-de-ddhh/>

³⁸⁷ El motivo que alegó Delegación de Gobierno para imponer estas sanciones fue que los brigadistas “ponen al público en contra de la policía”, algo que no demostraron en su denuncia y que posteriormente llevó a la propia Delegación de Gobierno a “inventar” nuevos argumentos, como que un brigadista no uniformado se encargaba de jalear a la gente en su contra. Esta alegación hablaba más del propio *modus operandi* de las fuerzas de seguridad y respondía a una estrategia política de intento de criminalización más que a un intento por reflejar lo ocurrido en sendas situaciones que dieron pie a las denuncias en Lavapiés y en Oporto.

afloraba el imaginario que orientaba su labor, “perlas” que los brigadistas anotaban para su informe de denuncia. Quedaba en entredicho la neutralidad de las fuerzas de seguridad:

Observamos cómo a las 22:55, junto a las taquillas de entrada del metro Oporto, un hombre y una mujer del CNP tienen retenidas a cuatro personas, todas ellas con perfil fenotípico “no español”, y siguen pidiendo la documentación a todas las personas del mismo perfil físico que pasaban. Al cabo de un rato, observamos cómo obligan a salir de la estación a las cuatro personas retenidas para meterlas en un coche de policía en dirección a una comisaría. Como apenas caben en la parte trasera del vehículo, destinada a albergar a tres personas, uno de los agentes presiona con la puerta hasta que se cierra, diciendo a una de las personas de su interior: “Tiene que caber”. Los detenidos, todos con perfil fenotípico latinoamericano, eran tres hombres y una mujer (...).

A las 23:55, dos agentes vuelven a la plaza e identifican a cuatro hombres, todos de fenotipo “no europeo”. Cuando hemos entrado hemos podido escuchar: “Los de los derechos humanos” [En tono despectivo, entreabriendo una sonrisa]. Uno de los dos se ha ido entonces a la cabina del metro y ha preguntado si están grabando. Ha llamado a su jefe. El otro se ha puesto a hacer identificaciones: ha llegado un grupo de chicos de origen latino y caribeño y les ha pedido los papeles a todos. Le han mostrado sus documentos y luego ha entrado el otro al otro lado de los torniquetes. Al meterme me ha pedido el abono en tono agresivo: se lo he mostrado. Al recibir respuesta de comisaría han tratado de irse despacio hacia el andén e ir al otro extremo de la estación. Hemos caminado a unos 50 metros de distancia y cuando llegaba el metro nos hemos acercado, ya que creíamos que iban a hacer identificaciones. Más bien parecía una “trampa”: “Ustedes nos estaban siguiendo (...), ha pasado un metro y no han subido (...). Esta es una zona para transitar”. Nos han pedido DNI: “Si tienes algún problema con cómo hago mi trabajo me acompañáis y se lo decís a mi jefe”. Nos hacen preguntas para que digamos lo que no decimos: “¿Me estás diciendo que estoy violando los Derechos Humanos?”. Respondemos: “No, le estamos diciendo que estamos observando si existe, o no, violación de Derechos Humanos”. Nos pregunta de qué colectivo u organización somos y le respondemos que somos vecinos. Uno afirma que los controles son legales por una sentencia del Tribunal Constitucional. Nos ha dicho, respecto al perfil racial de los controles: “A ver cómo lo demuestras”. Les señalamos para rebajar tensión que no estamos contra ellos, sino contra una política, a lo cual el de trato más agresivo responde: “¡Hombre, te crees tú que voy a perder el sueño por vosotros!”. Les pedimos el número de placa y nos dan el número de carné profesional. En todo momento se les nota nerviosos, con la mano temblorosa apuntando, con color rojo en su cara, elevando el tono fruto de tensión más que de estrategia (el cuerpo aflorando, como ha aflorado entre nosotros mismos).

Llega el jefe y otro agente muy joven. Los otros dos bajan el tono ante su superior y le cuentan lo acontecido con un tono más suave. El jefe trata de rebajar tensión, diciendo que “no pasa nada”, que pedirnos el DNI era parte de su labor... Actúa como “poli bueno” y no nos amenaza, como los otros, con que nos la veríamos ante un juez. Comienza un debate sobre los propios controles. Uno de ellos los justifica como “control preventivo de la delincuencia” mientras que el menos experimentado comienza a soltar “perlas”: “El ochenta por ciento de los delitos los cometen extranjeros”; “Estamos previniendo el delito e identificamos a todo tipo de personas”; “La mayoría de los que hacen carterismo en el metro son rumanos”; “Estamos aquí porque en las zonas de marcha hay mucho jaleo”; “Los del botellón pueden llevar la bebida dentro de las mochilas” (Cuaderno de campo: observación efectuada como brigadista el 25/02/2010).

Estas justificaciones espontáneas efectuadas por los agentes informaban sobre la propia mirada policial sobre el espacio público más que sobre hechos constatados (aparte de la falsedad de sus datos estadísticos, resultaba evidente que no se encontraban en situaciones propias de “botellón” o “zonas de marcha”, sino que se trataba de un jueves por la noche en el momento de regreso de trabajadores y estudiantes a sus casas). Uno de los objetivos de estas brigadas consistía en ir acumulando información sobre el perfil racial de los controles con el fin de realizar una denuncia pública mediante la elaboración de un informe con amplia repercusión mediática. Mediante este objetivo se efectuaba una cierta inversión de la lógica de gestión

securitaria neoliberal. En primer lugar, al emplear los datos cuantitativos para demostrar que “el Ministerio del Interior miente cuando dice que no hay controles”, estaba jugando en el terreno de la (contra)estadística como control de la realidad. En segundo lugar, al denunciar con el lenguaje escriturario, y dentro del campo institucional y jurídico (Oficina del Defensor del Pueblo, apelación a la Declaración Universal de los DD.HH., a la Constitución Española, a la Ley de Seguridad Ciudadana, etc.) la actuación policial –pese a que la mayor parte de sus miembros no se identificase con el régimen legal, sino que se guiase por razones de “ilegitimidad ética” de los controles-, estas brigadas estaban explotando los resquicios del propio régimen jurídico-escriturario representativo para ponerlo en contra de la propia política de Estado. En tercer y último lugar, al apropiarse del espacio mediático³⁸⁸ –tratando, eso sí, de no incurrir en las lógicas espectacularistas que trataban de imponerles algunos periodistas, y de controlar, en la medida de lo posible, el circuito de producción de la información³⁸⁹-, intentaban efectuar una contra-publicidad institucional mediante su denuncia.

Sin embargo, el carácter más subversivo de las Brigadas Vecinales en el espacio de observación de la presente etnografía (ya que lo anterior excedía el espacio carabanchelero), consistía en la visibilización de la violencia policial en el cronotopo en el que hacía acto de presencia: estas brigadas intentaban evidenciar dicha violencia en el espacio público desnaturalizando las paradas por identificación. Al mismo tiempo, los encuentros en las salidas de metro y en las calles permitían entablar multitud de diálogos con los vecinos y vecinas, rehabilitando el espacio común como foro público. En estas conversaciones se daba cita la diversidad de posiciones y discursos de las que he dado cuenta en esta etnografía, desde las que más justificaban las políticas de control a las más indignadas con las mismas:

Las brigadistas reparten el panfleto a la salida del metro e intentan entablar algunas conversaciones para explicar su contenido. En general la gente agradece la información. Hay otra gente que se para pero sin girar el cuerpo, denotando que no quiere escuchar, que se quiere ir. Otro chico de acento caribeño, con estética arreglada y una maleta, ha cogido el panfleto, se ha parado, ha sonreído se ha vuelto, y ha dicho: “Muy buena idea, señores, estoy con ustedes”. Otro chico se ha vuelto y ha gritado algo parecido. Otros han pedido panfletos para llevarse y dar a sus amigos. Otra mujer latina al leerlo ha dicho: “Por supuesto, ninguna [persona] es ilegal”, sintiéndose legitimada (Cuaderno de campo: observación realizada el 18/02/2010 en la Plaza de Oporto).

³⁸⁸ Medios como *RNE*, *Cadena SER*, *Público*, *Telemadrid*, *Antena 3* o *Le Monde* se hicieron eco entre 2010 y 2011 de esta iniciativa y de su discurso de denuncia del dispositivo securitario (<http://brigadasvecinales-ddhh.blogspot.com/>). La amplia repercusión mediática sin ser catalogados como “anti-” tenía que ver, en algunos casos, con los juegos de poder en el complejo mediático entre los partidos mayoritarios. Sin entrar en dichos juegos, las Brigadas Vecinales aprovechaban el espacio de visibilización para “colar” su mensaje.

³⁸⁹ Algunas televisiones, como *Cuatro*, *la Sexta*, *BBC* o *Telecinco* les habían propuesto acompañar a las Brigadas en sus salidas pero la asamblea del colectivo había decidido negarse ante el riesgo de uso espectacular del asunto al transmitir un discurso paternalista que estigmatizaría aún más a la población más afectada por los controles.

Uno de los efectos performativos de dichas brigadas consistía en la actuación del apoyo mutuo vecinal atravesando fronteras nacionales. Aparte de información sobre los controles, muchos vecinos encontraban una vía para expresar, en el mismo espacio público, su malestar:

Un hombre de origen venezolano afirma: “En 30 años que llevo viniendo a España he ido viendo cambiar a la policía. Ahora esto sí que es un país bananero”. Otro de origen español casado con una mujer de origen ecuatoriano manifiesta: “Cuando voy con ella y le piden los papeles yo saco mi DNI y les digo “Yo también soy ilegal” (...). “Todos hacemos el barrio”. Una mujer joven que al final se declara líder de una iglesia evangelista, lee el panfleto, se vuelve para hablar con nosotros y dice: “Ahí abajo [en el andén] se ponen y maltratan a la gente (...), no dejan hablar (...). Yo diferencio a los que están en prácticas de los otros. Los que están en prácticas hablan con miedo, pero los otros son violentos y les dicen, yo les he escuchado decirles: “¡Venga, coger, coger!” (Cuaderno de campo: observación efectuada el 08/04/2010).

Su actuación conseguía romper con la estructura de la relación securitaria, tal y como está construida en la actualidad, al basarse en solidaridades por debajo de las identidades nacionales. Aún con sus enormes limitaciones (derivadas de lo minoritario de sus componentes y del capital cultural de los mismos, que les distanciaba del cuerpo social), las Brigadas Vecinales de Observación de Derechos Humanos constituían una respuesta al dispositivo securitario a partir de la perversión y reapropiación de las técnicas securitarias (prevención situacional y diferenciación), de la inversión de los métodos de gestión securitaria neoliberales (control de la información, publicidad de la labor institucional, producción de la “inseguridad ciudadana” en el imaginario, etc.) y de la subversión del orden político (renuncia a la sobre- y a la des-responsabilización vecinal en pro de la responsabilización colectiva y en igualdad). Esta respuesta suponía una experiencia pionera de resistencia al dispositivo securitario que operaba, no ya en el territorio del “barrio culpable”, sino en del “barrio víctima” amenazado por “sujetos culpables”.

Una última respuesta organizada de resistencia al dispositivo securitario de la que quiero dar cuenta se centraba más en la creación de espacios alternativos. Se trata del surgimiento de la Casa del Barrio³⁹⁰, un centro social que en Carabanchel Alto trataba de dar cabida tanto a movimientos vecinales y sociales como a vecinos heterogéneos que encontrasen en un centro cultural la posibilidad, no sólo de consumir actividades o de ser espectadores de las mismas, sino también de crearlas y gestionarlas ellos mismos³⁹¹. No se trataba de la primera experiencia de un centro social en Carabanchel, pero sí de uno de características más heterogéneas y menos identitarias. La construcción de este espacio público pretendía proyectarse sobre el resto

³⁹⁰ <http://www.casadelbarriocarabanchel.es/>

³⁹¹ Abrió sus puertas en febrero de 2009. Las actividades culturales (teatro, música, *tai-chi*, cinefórum, clases de español, presentación de libros, etc.) son únicamente organizadas por vecinos y vecinas del barrio y de otras zonas de Madrid y la financiación depende de las aportaciones de los socios y las que acuden a las actividades.

del barrio. Así es como algunas de las actividades buscaban cuestionar la propia segregación social y los efectos de Islazul sobre el barrio, como una *performance* de apropiación del centro comercial para realizar actividades corporales, antiestéticas y colectivas en el espacio atomizador, estético e individualizador por excelencia. Así mismo, la llegada de 700 ciclistas una noche de invierno (“Bicicrítica”) u otro tipo de acciones de apropiación del espacio público (“mercadillo de trueque”, “Festi-K”...) constituían formas –muy limitadas e iniciales- de derribar los muros del dispositivo securitario. Si el cuerpo, considerado como lo “sucio”, “lo feo” – históricamente asociado a las clases populares- es lo que trata de negarse en buena parte de los símbolos de distinción, estableciendo distancias espacio-temporales entre masas corpóreas y primando lo visual por encima del tacto, buena parte de las tácticas y estrategias de resistencia al dispositivo securitario parecían consistir en la exhibición del cuerpo en el espacio público y, sobre todo, en la copresencia corporal como desafío al orden atomizador. A pesar de elaborar un discurso, o mejor dicho, un contra-discurso que venía desde abajo, más allá de sus contenidos, podemos ver en ello la sociabilidad en acción que trata de construir lo “común”. Un común que combate el aislamiento –sin negar el miedo- e intenta no reproducir la cadena de sacrificios de la violencia.

Este tipo de experiencias de búsqueda de lo común en Madrid cristalizaron en el Movimiento 15-M y en su extensión a los barrios. Finalizando la escritura de la presente tesis doctoral, el sorprendente “Mayo Madrileño” dio lugar a un hecho insólito: la apropiación material y simbólica del espacio público para el ejercicio de la democracia directa asamblearia sumó a multitud de personas que hasta ese momento no participaban en movimiento sociales –por miedo o por un sentimiento de exclusión- o lo hacían de manera dispersa. Una de las asambleas de barrio que surgió con mayor fuerza en Madrid fue la de Carabanchel. La Plaza de Oporto se convirtió en un ágora en cuyas primeras asambleas se debatió intensamente acerca de las manifestaciones más elocuentes del dispositivo securitario diferencial: el CIE y los controles de identidad. Fue precisamente concluyendo la segunda asamblea popular de Carabanchel cuando se produjo lo siguiente:

Sábado 4 de junio, son las 22.30 aproximadamente, la asamblea del barrio de Carabanchel acaba de terminar entre aplausos y vítores. La gente se empieza a levantar y a conversar en pequeños grupos sobre lo bien que ha salido todo. Algunos amigos estamos hablando de ir a tomar unas cañas, de repente varias personas comentan que la policía está realizando un redada contra migrantes en la estación de Oporto, a tan sólo 50 metros cruzando la calle desde la plaza donde estamos.

Comenzamos a caminar despacio y confiados hacia el metro, “ningún ser humano es ilegal” coreamos con fuerza. Hay un coche de la policía nacional aparcado en la boca de metro, parece que la redada es dentro de la estación. Unas doscientas personas comenzamos a bajar las escaleras al grito cada vez más alto de “ningún ser humano es ilegal”. Dos agentes están pidiendo documentación a personas de piel morena. Tienen a un chico retenido cuando los policías se dan cuenta de lo que está pasando.

Están rodeados por una multitud que corea una verdad que tanto necesita ser gritada. Los dos policías comienzan a caminar hacia la salida del metro, el chico retenido duda si seguirles, se hace el despistado y comienza a quedarse rezagado para escapar. Un pasillo se abre entre la gente por el que los policías caminan con la mirada en el suelo y la mano en la funda de la pistola.

Impresionante, los gritos son cada vez más fuerte, la emoción aumenta, pero la calma se mantiene al paso de la policía, nadie les increpa, no hace falta, hemos ganado, estamos felices, rebosantes de alegría. Cuando por fin el coche de policía abandona la plaza, el cántico cambia: “el pueblo unido jamás será vencido”. Una sensación maravillosa, nos abrazamos, caras con sonrisas enormes³⁹².

Quizás, estos vecinos buscaban rescatar en las tácticas de la vida cotidiana lo que resistía a la gestión de la población efectuada desde los *lugares* de poder: los saberes del pueblo. Foucault observaba en el curso impartido en 1978 en el Collège de France respecto a las gentes que se revelaban frente a los primeros ensayos de gestión económica centrados en la creación artificial de la escasez:

¿Qué son? El pueblo. Es pueblo es el que, con respecto a ese manejo de la población, en el nivel mismo de ésta, se comporta como si no formara parte de ese sujeto-objeto colectivo que es la población, como si se situara al margen de ella y, por lo tanto, está compuesto por aquellos que, en cuanto pueblo que se niega a ser población, van a provocar el desarreglo del sistema (Foucault, 2008: 55).

Un pueblo que, en la medida en que busca recuperar o construir desde cero la responsabilidad, persigue hacerse cargo de sus miedos –no negarlos- y así encontrar la salida autogestionada a los mismos. *Con miedo y sin embargo...*

³⁹² Testimonio obtenido de <http://madrilonia.org/?p=2633>

Conclusiones

El dispositivo securitario atraviesa las relaciones y los cuerpos en un entorno barrial como Carabanchel. No se trata únicamente de una serie de políticas del miedo (“inseguridad ciudadana”) construidas desde arriba, sino de un juego de reflejos entre los lugares de poder y la población mediante el cual se produce una serie de imaginarios, de discursos, de prácticas y de arquitecturas que producen como efecto la segregación del cuerpo social. En la II Parte de la presente tesis doctoral he tratado de transmitir cómo Carabanchel es un espacio que resulta de especial interés en el estudio de dicho dispositivo: por un lado, arrastra un cierto estigma como “peligroso” desde hace algunas décadas y encarna en sus políticas securitarias y sus arquitecturas de encierro la evolución de las lógicas y técnicas de control social, y por otro, se trata de un escenario en el que han tenido lugar en las últimas décadas experiencias de resistencia a su inferiorización y a dichas políticas de control.

Las dinámicas de centralización y periferización han funcionado tradicionalmente en el Estado español en distintas escalas territoriales. Como reflejo fractal de lo que ocurría a nivel estatal, la ciudad de Madrid creció de forma radiocéntrica y dio lugar durante el desarrollismo franco-fordista a los barrios obreros que recogieron a la población migrante y empobrecida que expulsaba el campo y absorbía la ciudad. En el caso de Carabanchel, ésta llegaba a un barrio aún de barro que crecía junto a un peculiar y terrorífico edificio: la cárcel de Carabanchel, símbolo de la dominación del nuevo régimen surgido tras la Guerra Civil y con una arquitectura panóptica y rotunda que cumplía sus funciones dentro y fuera del recinto. La continuidad arquitectónica entre la prisión y el barrio no era sino el correlato de la continuidad simbólica hetero- y auto-construida mediante la cual Carabanchel estaba en el lado malo de la ciudad, el de la culpabilidad. El *barrio culpable* funcionaba como causa explicativa del mal: un mal entorno era considerado –bajo los preceptos disciplinarios del fordismo– el origen del mal comportamiento, el que había llevado en un primer momento a los presos políticos al interior de la prisión, pero sobre todo el que la había sobrepoblado de yonquis y rateros durante las décadas de 1970 y 1980. Esa población joven, cuya absorción por parte del mercado de trabajo fue impedida por la crisis del fordismo, pasó a hacer el mal (en forma de comportamientos disruptivos, pero también de prácticas contraculturales) y, sobre todo, a aliviar identitariamente al resto del vecindario que, procediendo de un mal barrio, había sido capaz –a diferencia de los malos– de pasar al lado bueno a base de trabajo y disciplina.

Progresivamente, las explicaciones ambientales sobre el mal fueron perdiendo potencia ante el crecimiento de la competencia por recursos escasos. El yonqui fue siendo expulsado del imaginario de lo común –de la pertenencia barrial- mientras se iba construyendo un relato deshistorizado de Carabanchel que lo incluía en el lado bueno del binario moral. Así es como a finales de la década de 1990 y principios de la de 2000 un nuevo sujeto peligroso, el extranjero, irrumpió con fuerza en el escenario para convertir al vecindario en víctima. El *barrio víctima* constituye una construcción identitaria que bebe tanto del racismo institucional instrumental como del racismo social de imaginario postcolonial para complejizar las viejas dicotomías de clase fordistas y transformarlas en escalas jerarquizadas de ciudadanía matizadas por la situación administrativa en España, por el valor global del país de origen y por los rasgos físicos de la persona en cuestión. La competencia por recursos escasos situaba a muchos de los nuevos inmigrantes por debajo incluso de la siempre extranjeroizada población gitana, lo cual tenía su correlato en la nueva estructura arquitectónica de encierro del barrio: el CIE, “Ikea por fuera” y “Guantánamo por dentro”. La estetización penitenciaria logra liberar al barrio de su culpabilidad haciendo pasar desapercibido el edificio a buena parte de la población autóctona, pero continúa produciendo efectos neodisciplinarios y de control sobre aquella parte del vecindario que carece de papeles y se siente aún inmigrante. La asociación entre inseguridad e inmigración –encarnada por el complejo que forman el CIE, las oficinas de extranjería y la comisaría- continúa en los espacios públicos del distrito mediante las paradas e identificaciones policiales por apariencia supuestamente extranjera.

Los nuevos sujetos culpables han llegado a un *barrio víctima* imaginado ahora como esencialmente tranquilo. Las transformaciones de Madrid en los últimos tres lustros han tenido su reflejo en la refuncionalización de algunos espacios de Carabanchel y en la construcción de un nuevo barrio bajo una concepción radicalmente distinta a la del barrio fordista. El PAU de Carabanchel, un *hiperbarrio* estructuralmente consumista para un vecindario que se imagina como “ciudadano” y “de clase media”, tiene como uno de los rasgos que mejor lo caracterizan el cerramiento de buena parte de sus fincas (*autogueto*). La creación de espacios intermedios entre el espacio público y el privado, más que tender puentes establece puertas entre ambos, consiguiendo alejar ambos extremos y combatir las identidades comunes del viejo barrio fordista. El vecindario del PAU no se identifica con Carabanchel, pues su concepto representa inferioridad social de clase asociada, hoy en día, con “inmigración”. La gran superficie comercial se erigirá en un sucedáneo de espacio público mercantilizado, vigilado y despolitizado que, sin embargo, no logrará culminar el proceso de diferenciación al colarse por sus puertas una población *otra* seducida por su potencia simbólica.

En estrecha relación con el recorrido identitario y urbanístico que ha hecho Carabanchel está la evolución de las representaciones expertas sobre el barrio. Antiguo y castizo –como sinónimo de autenticidad popular-, así como humilde pero con gente luchadora que individualmente es capaz de dar el salto del lado malo al lado bueno –bajo una concepción disciplinaria y meritocrática-, Carabanchel ha sido opinado de manera locuaz como un lugar de “sucesos”. Esos mismos sucesos eran asociados a su cárcel, aunque la culpabilidad de los presos, recordemos, estaba vinculada con la culpabilidad del barrio que daba origen a muchos delincuentes. Sin embargo, en los últimos años se ha buscado, producido y encontrado al definitivo culpable: ahora ya sabemos que no es del barrio (no vecino) y no es español (no ciudadano). Los efectos performativos de este relato del *complejo mediático* –no sólo producido por las empresas y profesionales de los medios, sino también por las elecciones y contribuciones discursivas de las audiencias- se complementa con el tratamiento que recibe por parte de los políticos profesionales como un mero objeto pasivo de las políticas de embellecimiento visual y discursivo. El *barrio víctima* lo es en función de su pasividad, la cual requiere de la intervención experta: las fuerzas de seguridad del Estado (y las externalizadas) que tratarán de gestionar el orden público.

Sin embargo, en la intervención experta securitaria podemos apreciar dos lógicas distintas pertenecientes a dos proyectos civilizatorios: por un lado la de la gestión neoliberal de la seguridad, que a partir del control estadístico y del énfasis en las técnicas de la prevención situacional y la diferenciación efectúa una redistribución de los riesgos tendente a acentuar las desigualdades sociales, produce el problema de la “inseguridad ciudadana” en el imaginario y rentabiliza su existencia a partir de las respuestas policiales publicitarias, y por otro la lógica disciplinaria presente entre buena parte de los agentes de seguridad, que partiendo de un binarismo moral imbuido en los valores meritocráticos del fordismo, interviene en un barrio decadente y des-esencializado nacionalmente, así como falto de orden y autoridad. Esta visión disciplinaria policial no desentona, sin embargo, con respecto a la de buena parte de los profesionales expertos que aterrizan en el barrio a modo de emisarios coloniales en tierra salvaje e indómita.

Por su parte, el vecindario carabanchelero parece apropiarse de distintos modos de lo que le viene dado, construyendo imágenes tanto simétricas como alternativas de sí mismo. Los viejos carabancheleros “son de Carabanchel” por lo que representa en cuanto a autenticidad popular, pero también hay vecinos que rehusan el topónimo para diferenciarse, bien profundizándolo (“Carabanchel Alto: Carabanchel más alto que nunca”) o bien negándolo (“a veces digo que soy de Aluche”). La construcción identitaria barrial puede leerse como una suerte

de resistencia a las imágenes estigmatizadoras del barrio culpable, lo cual sitúa a Vallecas en un espacio afín y a La Moraleja en las antípodas (o como no barrio) según parámetros de clase fordistas. No obstante, en los últimos años la diferenciación social interna ha roto la homogeneidad identitaria carabanchelera y ha producido algunas “Moralejas” internas con respecto al barrio obrero, como el PAU. Además, la llegada de población migrante de la periferia del planeta ha contribuido a resignificar el espacio barrial y ha centralizado el lugar de Carabanchel, indiferenciándolo con respecto a la ciudad global central que es Madrid y produciendo nuevas fronteras y topónimos que guardan una relación de discontinuidad con respecto a las del barrio obrero. Estas *reterritorializaciones* han proliferado de manera paralela a las citadas transformaciones de la culpabilidad moral del barrio y su reenvío hacia nuevos sujetos negativos: Pan Bendito en la decadencia del barrio obrero y extranjeros en el nuevo barrio.

En la III Parte comencé recopilando una serie de sujetos peligrosos –tanto los procedentes del *barrio culpable* como del *barrio víctima*- que acumulan sobre sus cuerpos una serie de cualidades terribles para una parte del vecindario. Los miedos situacionales más espontáneos se van revistiendo de sedimentos semánticos a partir de la desidentificación con los sujetos contruidos como culpables. La cuestión de la identidad vuelve a aparecer para producir al otro como peligroso: no es tanto la propia experimentación de la violencia como el significado cuestionador de la propia posición y de la propia identidad lo que caracteriza a los “culpables” de la inseguridad. De ahí que la familiaridad con un sujeto, independientemente de la violencia que encarne, lo proteja del estigma de la peligrosidad.

La adolescencia representa un desafío para los adultos, ya que en sus cuerpos está en juego la reproducción del orden socio-moral vigente. Los adolescentes son representados como parte del lado malo, al mismo tiempo que juegan con su maldad con el fin de obtener el reconocimiento que no van a alcanzar por otras vías en su conquista del espacio público. Estas luchas de poder generacionales tienen su expresión más elocuente en el cuerpo del joven que, además, está marcado por otro estigma: la extranjería. La producción social de las “bandas latinas” a nivel mediático y popular trata de acotar el mal en una parte de la población, la migrante, que trae “de fuera” la violencia o que la produce por las “pautas educativas inadecuadas” de sus familias –y ya no a causa del “mal” entorno-. Los propios adolescentes contribuyen a producir el discurso de la inseguridad sobre otros grupos de adolescentes y es en ese juego de construcción de identidades cerradas y puras en el que surgen los supuestos radicales opuestos: los “nazis” para combatir a los extranjeros delincuentes y a los jóvenes asociados con la izquierda, y los “antifas” para combatir a los propios nazis. Aunque los valores

de unos y otros difieran considerablemente –imbuidos los primeros en valores autoritarios y racialistas-, todos ellos comparten la creencia en identidades más o menos esenciales (unos por razones biológicas y culturalistas y otros por razones que tienen que ver con la clase social como origen de una determinada ideología).

Por su parte, la tradicional presencia de población gitana en Carabanchel encuentra sus figuras más temidas en los barrios *guetificados* del distrito. Esos pequeños barrios culpables sirvieron al vecindario del barrio culpable para reproducir el juego de diferenciaciones que necesitaban para integrarse identitariamente en Madrid. Al mismo tiempo, la exhibición de la gitaneidad es empleada por algunos jóvenes como estrategia de reconocimiento social intimidatorio sabedores del estigma que cargan sus cuerpos. Yonquis, locos, malos y malotes conforman figuras marginales “del barrio” que en la medida en que ha ido mutando el imaginario securitario hasta la conformación del *barrio víctima*, se han ido extrayendo de la pertenencia barrial. Entre la locura de necesidad (yonqui) y la violencia nihilista (loco), estas figuras masculinas constituyen, uno el producto fallido del tesón educativo disciplinario (propio del barrio obrero), y otro el efecto no deseado del posterior exceso consumista.

Pero si un sujeto ha ido cobrando en los últimos años fuerza, éste es el “extranjero”. Este extraño parece haber des-esencializado el barrio con su alteridad, trayendo a un lugar apacible la violencia. Su presencia en el espacio público en ocasiones se considera una sobre-presencia, un abuso de confianza que le convierte en sospechoso y que le agrupa –tanto si es inmigrante como si es un delincuente internacional- en la misma categoría infamante. La mayor parte de estas figuras peligrosas son masculinas, y esta masculinidad se expresa en su versión más amenazante en la figura del agresor sexual. Dado que este sujeto es difuso (no está asociado con otras categorías sociales relacionadas con la clase o el origen, sino que siempre es un ser anónimo), podemos afirmar que los temores a los agresores sexuales no constituyen una estrategia discursiva de diferenciación, sino la expresión de un temor fundamentado en la propia experiencia por parte de muchas mujeres y en la construcción de la feminidad como vulnerable (y, por tanto, susceptible de ser excluida del espacio público “por su seguridad”).

En función de las distintas categorías de ciudadanía, las relaciones con las fuerzas de seguridad varían. Las situaciones en las que los policías y vigilantes encuentran sentido a su trabajo suelen coincidir con aquellas experiencias más legitimantes (en las que los agentes protegen efectivamente al ciudadano bueno del no-ciudadano malo), pero también con la atribución a su figura del valor que otorga el fetichismo del Estado y de la Ley. De ahí que muchos vecinos, conscientes del plus de legitimidad que aporta tener la ley de su parte, instrumentalicen a las fuerzas de seguridad en sus propios conflictos comunitarios o familiares.

El sistema experto logra así naturalizar una relación jerárquica co-producida “arriba” y “abajo”. Esa misma relación también se co-produce cuando la policía se relaciona con quienes están camino de ciudadanizarse. Extranjeros en vías de regularización o de nacionalización (“integración”) y menores y adolescentes definiéndose entre el mal y el bien, son objeto de actuaciones benévolas –educativas– por parte de los agentes. De este modo, los policías muestran que no es la represión lo que les legitima, sino una serie de acciones disciplinarias en las que emplean su acervo cultural popular para ejercer profesionalmente a modo de policías morales de las prácticas. Sin embargo, en ocasiones surgen voces que cuestionan su labor entre quienes, por sus condiciones de clase y origen, son *a priori* considerados ciudadanos plenos por parte de los agentes. Esto genera decepción entre esos agentes, que no se sienten así refrendados cuando su construcción identitaria se basa en su servicio al pueblo. Si en estas interacciones los agentes se expresan por fuera del uniforme –extraprofesionalmente–, en las actuaciones dirigidas a los cuerpos más descuidados se manifiestan sus formas más severas. Los controles de identidad en el espacio público constituyen la situación más elocuente de las relaciones securitarias diferenciales: en función de la apariencia de un cuerpo, éste tendrá que esconderse –o no– en su vida cotidiana. La criminalización de una parte del vecindario y el miedo incorporado por el hostigamiento continuo de los agentes de policía construye una suerte de toque de queda diferencial y consigue prevenir, así, no tanto delitos como las posibles alianzas vecinales que podrían poner en cuestión el orden escalonadamente jerárquico. La impunidad que proporciona el diferencial de poder entre la autoridad pública y una persona sin papeles y con apariencia extranjera y pobre, dispara en ocasiones actuaciones más cercanas al suplicio que al poder disciplinario –puesto que esos cuerpos devaluados no son ni siquiera ciudadanizables en un contexto de embudo en el acceso a la tarjeta de residencia–, si bien convenientemente insertadas en la estrategia neoliberal de gestión de poblaciones mediante su encubrimiento e invisibilización.

Esas relaciones securitarias diferenciales no serían posibles sin la existencia de un *discurso de la inseguridad* que se produce en lugares de poder (política profesional, medios de comunicación, etc.), pero cuya eficacia reside en las apropiaciones vecinales del mismo, que lo resignifican para ponerlo a jugar en las luchas de poder locales. Entre quienes ostentan más capitales, además de expresar los temores derivados de la *sobrerresponsabilización* sobre los objetos adquiridos y los cuerpos custodiados (principalmente los de los niños), el discurso de la inseguridad es empleado para re-producir la diferencia social que les coloca en espacios geográficos y sociales privilegiados en relación al resto de Carabanchel. Estos discursos –entendidos como una pragmática visual y lingüística– permiten justificar la renuncia a los

espacios comunes del barrio y la pretensión de insertarse en los espacios privatizados (como es el caso de las elecciones escolares). Pero entre otros agentes, más que la distinción social ligada a la potencial víctima de inseguridad ciudadana, lo que opera es un impulso civilizatorio que concibe la realidad barrial como decadente en función de su no adecuación al proyecto cultural propio. Bajo esta óptica, determinados espacios, como los institutos de educación secundaria, son vividos como *no lugares* en los que los pánicos morales pueden torcer la inserción en la normalidad adulta de los adolescentes. Sin embargo, también desde posiciones relativamente privilegiadas, pero sin contribuir con la misma fuerza a construir las fortalezas identitarias de la *comunidad de los inseguros*, algunos vecinos del barrio adscritos a posiciones progresistas relativizan los “mitos urbanos” sobre la inseguridad ciudadana.

Otro tipo de apropiaciones del discurso de la inseguridad procede de posiciones sociales inferiorizadas. Desde dichas posiciones algunas personas aspiran a ciudadanizarse reproduciendo elementos del discurso con el fin de ponerlo a jugar en su competencia por recursos escasos. En espacios más difíciles que los vecinos “privilegiados” del PAU, buena parte de los viejos habitantes del barrio fordista de origen autóctono comparten espacio social con población migrante más joven (parques, centros públicos, etc.). Dada la escasez crónica vinculada a dicho espacio, la apropiación del discurso mediático de la inseguridad se emplea para desprestigiar al vecino competidor. Pero estas estrategias discursivas no son patrimonio exclusivo de personas biológicamente mayores, sino que se convierten en una vía factible para otros vecinos envejecidos socialmente o en situación de *des-empoderamiento*. Mediante la actuación del victimismo ante, por ejemplo, los servicios sociales, estas personas esperan asentar así un puesto “privilegiado” en las listas de espera, enarbolando, por ejemplo, la propia nacionalidad española como fuente de derechos. Sin embargo, quienes se ven excluidos de ese privilegio encarnado en un documento nacional de identidad, también tratan de rentabilizar sus escasos capitales –basados en la nacionalidad o en el tiempo de permanencia en España- a través del establecimiento de diferenciaciones internas en la categoría devaluante “extranjero”. Así, entrar a formar parte del *barrio víctima* se convierte en una de las cuestiones fundamentales en las que se juega la “integración”. Un último tipo de apropiación del discurso de la inseguridad procede de aquellos que exaltan su propia peligrosidad y la del barrio con el fin de obtener el reconocimiento negado por otras vías de ascenso social. No niegan ni se defienden del estigma, sino que hacen de la necesidad virtud.

Frente a estos discursos de la inseguridad, una parte del vecindario que en sus prácticas se apropia del espacio público de manera intensa –aún en situaciones de escasez-, insiste en defender la idea de la cooperación reinante en el entorno frente a los discursos y prácticas

segregadoras, xenófobas y racistas. Pero además surge una especie de contra-discurso, el *discurso de la seguridad* que, desde posiciones jóvenes y a partir de la reflexividad, centra su atención sobre la inseguridad subjetiva –más que sobre la objetiva- de una parte de sus vecinos y ensalza los valores de la convivencia, la interculturalidad y la cooperación entre diferentes. Estos discursos encuentran su raíz en ciertos enunciados militantes de izquierda y libertarios que también enfatizan la inseguridad subjetiva imperante, pero que buscan causalidades socio-políticas –bien materialistas o bien centradas en valores culturales reproductivistas- para explicar el surgimiento de dicha inseguridad subjetiva.

En los discursos no se agotan los significados de la inseguridad para el vecindario de Carabanchel. Éste también incorpora y pone en práctica dichos significados, mostrando un enorme repertorio de acciones alrededor de la inseguridad y el miedo: desde las que más contribuyen a la atomización social a las que fortalecen los vínculos cooperativos. Entre las primeras, la apropiación de las técnicas de la prevención situacional (aislamiento físico, producción de espacios luminosos y duros, etc.) tiene su correlato en la inhibición de ciertas experiencias sociales con el fin de evitar los conflictos (pero al mismo tiempo reproduciéndolos). Esta suerte de autocontrol cuenta con la complementariedad material y simbólica del sistema experto securitario. Sin embargo, muchos vecinos ponen en marcha tácticas y estrategias securitarias al margen de la policía. Algunos jóvenes de forma más o menos violenta, mujeres mayores recurriendo a ingeniosas tácticas de despiste (“cebos”), vecinas que recurren a la exhibición de respaldo social –real o creándolo en el imaginario del posible asaltante-, grupos que acuerdan mediante métodos tradicionales particiones territoriales para evitar males mayores u otros que resuelven el conflicto en el plano mágico: todas estas son maneras de autogestión de la seguridad que cubren las insuficiencias del sistema experto o que tratan de evitar su intervención para no perder autonomía.

Pero además de estas acciones dirigidas a la inseguridad objetiva, algunos –y sobre todo algunas- informantes han dado muestras de reflexividad acerca de sus propias condiciones subjetivas en relación al miedo. Esta práctica de la reflexividad compartida les permite atenuar su ansiedad y reconocer-se cierta agencialidad al concluir que en su forma de percibir el entorno se producen cambios y que pueden incidir en dichos cambios. Además, mediante la oralidad y la co-presencia pueden compartirse situaciones de relativa inquietud o temor, pasando a socializar parte de la sobrecarga emocional individualizada. Situaciones relativas a sucesos pueden constituir el pretexto perfecto para establecer un habla en el espacio público cuyo sentido, además de reproducir boca a boca el imaginario de la inseguridad, paradójicamente contribuye a reactualizar los vínculos vecinales que refuerzan el cuerpo colectivo.

Así es como surgen nuevos significados a partir de la temática de la inseguridad que pueden derivar, incluso, en la producción de prácticas que subvierten el orden securitario. Entre las personas más descuidadas, y por tanto objeto preferente de las intervenciones policiales, se produce un repertorio de tácticas corporales espontáneas con el fin de ponerse a salvo de la vigilancia o la represión. Precisamente, esas tácticas espontáneas son el alimento imaginario de la elaboración de estrategias militantes resistentes a los efectos de dominación del dispositivo securitario. Desde la autoexaltación estratégica de los estigmas o la autoafirmación identitaria contracultural, en la etnografía he podido constatar la producción de nuevas estrategias centradas en la recuperación de la memoria histórica con el fin de reconstruir un relato común a partir de determinados símbolos (la cárcel), en la visibilización del nuevo e invisibilizado dispositivo de encierro del barrio (el CIE), en la construcción de vínculos sociales que fragmentan las fronteras internas incorporadas o, por último, en la “vigilancia a los vigilantes” por parte de unas brigadas vecinales con el fin de invertir la lógica de control.

Bibliografía

- AGAMBEN, G.
2010 (2004) *Estado de excepción. Homo sacer II 1*. Valencia: Pre-Textos.
- AGUILAR, M. A.
2007 "México DF imaginado", en Silva, A., 2007: *Imaginaris urbanos en América Latina: urbanismos ciudadanos*. Barcelona: Fundació Antoni Tapies, 138-139.
- AGUILAR, M. A. y WINOCUR, R.
2005 "Ciudad y medios de comunicación: un recorrido desde la antropología", en García Canclini, N. (coordinador), 2005: *La antropología urbana en México*. México DF: CNCA, UAM, FCE, 196-220.
- ARRABAL, Á., CABELLO, C.
2001 *De Mafalda a Los Simpson. Evolución en los adolescentes de Carabanchel*. Madrid: Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid.
- AUGÉ, M.
2004 (1992) *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.
- ÁVILA, D. y MALO, M.
2007 "¿Quién puede habitar la ciudad? Fronteras, gobierno y transnacionalidad en los barrios de Lavapiés y San Cristóbal", en Observatorio Metropolitano: Madrid ¿La suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad. Madrid: Traficantes de Sueños, 505-632.
- ÁVILA, D. y MALO, M.
2008 "Diferencias gobernadas, nuevos racismos", en <http://diagonalperiodico.net/Diferencias-gobernadas-nuevos.html>
- ÁVILA, D. y MALO, M.
2009 "Manos invisibles. De la lógica neoliberal en lo social", en http://www.universidadnomada.net/IMG/pdf/manos_invisibles.pdf
- BALIBAR, E. y WALLERSTEIN, I.
1991 (1988) "La forma nación: historia e ideología", en Balibar, E. y Wallerstein, I.: *Raza, nación y clase*. Madrid: IEPALA.
- BARAÑANO CID, M., RIESCO SANZ, A., ROMERO BACHILLER, C. Y GARCÍA LÓPEZ, J.
2006 *Globalización, inmigración transnacional y reestructuración de la región metropolitana de Madrid. Estudio del barrio de Embajadores*. Madrid: Fundación Sindical de Estudios.
- BARATTA, A.
2001 "Seguridad", en Capítulo Criminológico. Vol. 29 No. 2. Instituto de Criminología, Universidad del Zulia, 1-24, traducción del italiano por Leticia Quiroz Ignacio.
- BAUDRILLARD, J.
1998 (1978) *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairos.
- BAUMAN, Z.
2003 (1998) *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- BAUMAN, Z.
2006 (1998) *La globalización. Consecuencias humanas*. México DF: FCE.

- BECK, U. y BECK-GERNSHEIM, E.
2001 (1990) *El normal caos del amor*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- BELAUSTEGUIGOITIA, M. y LEÑERO, M. (coord.)
2005 *Fronteras y cruces: cartografía de escenarios culturales latinoamericanos*. México DF: PUEG-UNAM.
- BELMONTE, T.
2005 (1979) *The Broken Fountain*. New York: Columbia University Press.
- BLAIR, E.
2005 *Muertes violentas. La teatralización del exceso*. Medellín: INER/Univ. De Antioquia.
- BOLTANSKI, L. y CHIAPELLO, E.
2002 (1999) *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- BODY-GENDROT, S.
2000 *The Social Control of Cities? A Comparative Perspective*. Oxford: Blackwell Publishers.
- BOURDIEU, P.
1985 (1975-1982) *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal.
- BOURDIEU, P.
1997 (1994) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- BOURDIEU, P. (Director)
1999 (1993) *La miseria del mundo*. Madrid: Akal.
- BOURDIEU, P.
2000 (1998) *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- BOURDIEU, P.
2003 (1984) *Cuestiones de sociología*. Madrid: Istmo.
- BOURDIEU, P.
2006 (1979) *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid, Taurus.
- BOURDIEU, P.
2008 (1980) *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- BRIGADAS VECINALES DE OBSERVACIÓN DE DERECHOS HUMANOS (BVODH)
2011 "Controles de identidad racistas en Madrid. Informe de las Brigadas Vecinales de Observación de los Derechos Humanos (2010/2011)", en http://www.gugms.net/brigadasddhh/INFORME_BRIGADAS_2011.pdf
- BUTLER, J.
1998 "Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista", en *Debate feminista*, vol.18.
- BUTLER, J.
2007 (1990) *El género en disputa*. Barcelona: Paidós.
- CALDEIRA, T.
2000 *City of walls. Crime, Segregation, and Citizenship in Sao Paulo*. Berkeley: University of California Press.

CAPUTI, J. y RUSSEL, D. E.

2006 (1992) "Feminicidio: Sexismo terrorista contra las mujeres", en Russel, D. E. y Radford, J.: *Feminicidio. La política del asesinato de mujeres*. México DF: CEIICH-UNAM, 53-69.

CARMONA PASCUAL, P. y RODRÍGUEZ LÓPEZ, E.

2007 "Barrios: planificación, inmigración y movimiento vecinal (1939-1986)", en Observatorio Metropolitano: Madrid ¿La suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad. Madrid: Traficantes de Sueños, 333-390.

CAÑEDO, M.

2005 *Lavapiés, área de rehabilitación preferente. Políticas culturales y construcción del lugar*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.

CASSIGOLI, R.

2005 "Prácticas culturales y politización de la pertenencia", en Líder: revista labor interdisciplinaria de desarrollo regional N°. 14, 21-40.

CASSIGOLI, R.

2006 "Usos de la memoria: prácticas culturales y patrimonios mudos", en Cuicuilco 38, México DF: ENAH.

CASSIGOLI, R.

2007 "Memoria y relato en la obra de Michel de Certeau", en Maya Aguiluz y Gilda Waldman (Coordinadoras): *Memorias in-cógnitas. Contindas en la historia*. México DF: UNAM.

CASTEL, R.

1997 (1995) *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós SAICF.

CÁTEDRA, M.

1997 *Un santo para una ciudad*. Barcelona: Ariel.

CENTRO DE DEFENSA Y ESTUDIO DE LOS DERECHOS HUMANOS (CEDEHU)

2008 "Racismo institucional y racismo social", en <http://centrodefensaestudiorechoshumanos.blogspot.com/2008/08/racismo-institucional-y-racismo-social.html> (19-9-2009).

CHAMPAGNE, P

1999a "La visión mediática", en Bourdieu, P. (Director), 1999 (1993): *La miseria del mundo*. Madrid, Akal, 51-63.

CHAMPAGNE, P.

1999b "La última diferencia", en Bourdieu, P. (Director), 1999 (1993): *La miseria del mundo*. Madrid, Akal, 105-118.

CUCÓ GINER, J.

2004 *Antropología urbana*. Barcelona: Ariel.

DAVIS, M.

1992 (1990) *City of Quartz. Excavating the future in Los Angeles*. New York: Vintage.

DE CERTEAU, M.

1993 (1978) *La escritura de la historia*. México DF: UIA.

- DE CERTEAU, M.
1996 (1980) *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*. México DF: Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios superiores de Occidente/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- DE CERTEAU, M.
1999 (1974) *La cultura en plural*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- DE CERTEAU, M.
2006 (1978) *La escritura de la historia*. México DF: UIA-ITESO.
- DE CERTEAU, M.
2007 (1980) *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*. México DF: Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios superiores de Occidente.
- DE CERTEAU, M., GIARD, L., MAYOL, P.
2006 (1980) *La invención de lo cotidiano. 2 Habitar, cocinar*. México DF: Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios superiores de Occidente.
- DE GIORGI, A.
2006 (2002) *El gobierno de la excedencia. Postfordismo y control de la multitud*. Madrid: Traficantes de sueños.
- DEL OLMO, R.
2000 "Ciudades duras y violencia urbana", en Nueva Sociedad N° 167 (Inseguridad, violencia y miedo en América Latina).
- DEL RÍO, Á.
2008 *Carabanchel, sesenta años Madrid*. Madrid: Ayto. de Madrid (JMD de Carabanchel).
- DEL RÍO, Á.
2009 *Cárcel de Carabanchel: Condena cumplida*. Madrid: Acción Getafense.
- DEL VALLE, T.
1997 *Andamios para una nueva ciudad. Lecturas desde la antropología*. Madrid: Cátedra.
- DELGADO, M.
1999 *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- DELGADO, M.
2003 "¿Quién puede ser "inmigrante" en la ciudad?", en Delgado, M., Martucelli, D. y otros, 2003: Exclusión social y diversidad cultural. Donosita, Gakoa, 9-24.
- DELGADO, M.
2007 *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama.
- DÍAZ DE RADA, A.
2008 "¿Dónde está la frontera? Prejuicios de campo y problemas de escala en la estructuración étnica Sápmi", en Revista de Dialectología y Tradiciones Populares, vol. LXIII, N° 1. Madrid: CSIC, 187-235.
- DOUGLAS, M.
2002 (1966) *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Buenos Aires: Nueva Visión.

ESEBERRI, C.

2006 "En los límites de la ciudad de Madrid. El barrio de San Cristóbal de los Ángeles y la situación de la juventud de origen inmigrante", actas del V Congreso Nacional de Inmigración (Valencia).

ESPAI EN BLANC

2007 "El malestar social en una sociedad terapéutica", en "Revista de Espai en Blanc nº 3-4: La sociedad terapéutica", Barcelona.

ESTEBAN, M. L.

2004 *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Barcelona: Bellaterra.

FERROCARRIL CLANDESTINO, MÉDICOS DEL MUNDO MADRID y SOS RACISMO MADRID

2009 *Voces desde y contra los Centros de Internamiento de Extranjeros (CIE). Para quien quiera oír*. Madrid: Ferrocarril Clandestino, Médicos Mundo Madrid y SOS Racismo Madrid.

FOUCAULT, M.

2002 (1975) *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.

FOUCAULT, M.

2003 (1976) *Hay que defender la sociedad*. Madrid: Akal.

FOUCAULT, M.

2007 (1974) *El poder psiquiátrico*. México DF: FCE.

FOUCAULT, M.

2008 (1978) *Seguridad, territorio, población*. Madrid: Akal.

FRANZÉ, A.

2002 *Lo que Sabía no Valía. Escuela, Diversidad e Inmigración*. Madrid: Consejo Económico y Social (CM).

GALVÁN, V.

2010 *De vagos y maleantes. Michel Foucault en España*. Bilbao: Virus.

GARCÍA CANCLINI, N.

2001 *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Paidós SAICF.

GARCÍA GARCÍA, J.L.

1976 *Antropología del territorio*. Madrid: Taller de Ediciones Josefina Betancor.

GARNIER, J. P.

2006 *Contra los territorios del poder. Por un espacio público de debates y... de combates*. Barcelona: Virus.

GIGLIA, A.

2003 "Espacio público y espacios cerrados en la ciudad de México", en Ramírez Kuri, P. (coord.), 2003: *Espacio público y reconstrucción de la ciudadanía*. México DF: FLACSO-Porrúa.

GLEDHILL, J.

2000 (1999) *El poder y sus disfraces*. Barcelona: Bellaterra.

GRAMSCI, A.

1980 (1910-1937) *Antología*. México DF: Siglo XXI.

GRAVANO, A.

2003 *Antropología de lo barrial. Estudios sobre producción simbólica de la vida urbana*. Buenos Aires: Espacio.

GRIGNON, C. y PASSERON, J-C.

1992 *Lo culto y lo popular*. Madrid: De la Piqueta.

GRUPO DE TRABAJO SOBRE INMIGRACIÓN Y RACISMO DE LA IAP DE LAVAPIÉS

2002 "Inmigración, emergencia, seguridad", en *ContraPoder* n° 6 (verano de 2002); *Flujos migratorios: éxodo y ciudadanía global*.

GRUPO DE VIOLENCIAS Y CONFLICTOS (INER)

2007 *Dinámicas de Guerra y Construcción de Paz. El caso de la comuna 13*. Medellín: INER (Universidad de Antioquia).

HAMMERSLEY, M. y ATKINSON, P.

1994 (1983) *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona : Paidós.

HARVEY, D.

1992 (1973) *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: S. XXI.

HARDT, M. y NEGRI, A.

2005 (2000) *Imperio*. Barcelona: Paidós.

HEBBERECHT, P. et DUPREZ, D.

2001 "Sur les politiques de prévention et de sécurité en Europe: réflexions introductives sur un tournant", en Duprez, D. et Hebberecht, P (ed.), 2001: *Deviance et société. Les politiques de sécurité et de prévention en Europe*. Geneva: Centre National de la Recherche Scientifique et du Centre National du Livre, 371-376.

HERNÁNDEZ, T.

2007 "Caracas imaginada", en Silva, A., 2007: *Imaginarios urbanos en América Latina: urbanismos ciudadanos*. Barcelona: Fundació Antoni Tapies, 124-125.

HUESCA, A. y ORTEGA, E.

2007 *La percepción de la inseguridad en Madrid*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.

IBÁÑEZ, J.

1985 *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*. Madrid: Siglo XXI.

JOCILES, M. I.

1999 "Las técnicas de investigación en antropología.

Mirada antropológica y proceso etnográfico", en *Gazeta de Antropología* n°15, http://www.ugr.es/~pwlac/G15_01Marialsabel_Jociles_Rubio.html

JONES, A.

2008 "Representaciones enraizadas y vivencias cotidianas: las dos vertientes del miedo al gitano en Toledo", en Fernández Juárez, G. y Pedrosa, J.M.: *Antropologías del miedo. Vampiros, sacamantecas, locos, enterrados vivos y otras pesadillas de la razón*. Madrid: Calambur, 197-219.

KATZ, E.

1957 "The Two-Step Flow of Communication: an Up-to-Date Report on an Hypothesis", en Bourdieu, P., Chamboredon, J.C. y Passeron, J.C., 2003 (1975): *El oficio del sociólogo*. Madrid: Siglo XXI, 224-231.

KLAHN, N.

2005 “(Re)mapeos literarios: desplazamientos”, en Belausteguigoitia, M. y Leñero, M. (coord.): Fronteras y cruces: cartografía de escenarios culturales latinoamericanos. México DF, PUEG-UNAM, 177-211.

LABORATORIO URBANO

2007 “La explosión urbana de la conurbación madrileña”, en Observatorio Metropolitano: Madrid ¿La suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad. Madrid: Traficantes de Sueños, 223-317.

LENOIR, R.

1999 “Desorden entre los agentes del orden”, en Bourdieu, P. (Director), 1999 (1993): La miseria del mundo. Madrid: Akal, 195-199.

LINDÓN, A.

2008 “Violencia/miedo, espacialidades y ciudad”, en Casa del Tiempo n° 4. México DF: UAM.

LÓPEZ COIRA, M.

1991 “La influencia de la ecuación personal en la investigación antropológica o la mirada interior”, en Cátedra, M. (ed.): Los españoles vistos por los antropólogos. Madrid: Júcar, pp. 187-222.

LORENZI, E.

2007 *Vallekas Puerto de Mar. Fiesta, identidad de barrio y movimientos sociales*. Madrid: Traficantes de sueños.

LOW, S.

2004 *Behind the Gates: Life, Security, and the Pursuit of Happiness in Fortress America*. New York: Routledge.

LYNCH, K.

2004 (1960) *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.

MAC CANNELL, D.

2007 “La imaginación frente al Imageeening”, en Silva, A., 2007: Imaginarios urbanos en América Latina. Barcelona: Fundació Antoni Tapies, 169-178.

MARTÍNEZ DE LA ESCALERA, A. M.

2007 “Las rondas de las Madres de Plaza de Mayo: una estrategia de resistencia”, en Martínez de la Escalera, A. M., 2007: Estrategias de resistencia. México DF, UNAM-PUEG, 83-89.

MARX, K.

2001 (1867) *El Capital I*. México DF: Fondo de Cultura Económica.

MASIELLO, F.

2008 “Plazas y aulas”, conferencia impartida el 21-05-2008, México DF: Proyecto PAPIME.

MEZZADRA, S.

2009 (2001) *Derecho de fuga. Migraciones, ciudadanía y globalización*. Madrid: Traficantes de Sueños.

MIRZOEFF, N.

2003 (1999) *Una introducción a la cultura visual*. Barcelona: Paidós.

NAREDO, M.

2010 “Si la ciudadanía se reapropia de las aceras y las calles, la seguridad vendrá por añadidura”, entrevista publicada por el diario Público (23-01-2010), <http://blogs.publico.es/fueradelugar/122/si-la-ciudadania-se-reapropia-de-las-aceras-y-las-calles>

NIETO, R.

2005 “La ciudad industrial y la cultura obrera”, en García Canclini, N. (coordinador), 2005: La antropología urbana en México. México DF: CNCA, UAM, FCE, 96-139.

NIETZSCHE, F.

2006 (1972) *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza.

NIVÓN, E.

2005 “Hacia una antropología de las periferias urbanas”, en García Canclini, N. (coordinador), 2005: La antropología urbana en México. México DF: CNCA, UAM, FCE, 140-167.

ORTIZ, C.

2011 “El complejo penitenciario de Carabanchel. Un caso de patrimonio incómodo”, en http://digital.csic.es/bitstream/10261/34288/1/Carabanchel_Actas_Congreso_2011.pdf

OSPDH (OBSERVATORIO DEL SISTEMA PENAL Y LOS DERECHOS HUMANOS DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA)

2005 “El populismo punitivo. Análisis de las reformas y contra-reformas del Sistema Penal en España (1995-2005)”, en Quaderns de Barcelona. Ajuntament de Barcelona. Regidoria de Dona i Drets Civils, Barcelona.

PALACIOS, D.

2003 “Confraternizar con la policía”, en García López, J. y Palacios, D. (coords): Nuestro futuro es tan brillante que tenemos que llevar gafas de sol. Una introducción al pensamiento crítico-alternativo. Manuscrito inédito.

PALACIOS, D.

2007 “Botes de humo. Por un análisis histórico-político de la adopción de técnicas antidisturbios no letales”, comunicación presentada en el Congreso de la FES 2007, Barcelona.

PALACÍN, I.

2003 “Exclusión social en contextos multiculturales: reflexiones desde el trabajo social”, en Delgado, M., Martucelli, D. y otros, 2003: Exclusión social y diversidad cultural. Donosita: Gakoa, 68-80.

PEDRAZZINI, Y. y SÁNCHEZ, M.

2001 (1992) *Malandros-bandas y niños de la calle. Cultura de urgencia en la metrópoli latinoamericana*. Caracas: Vadell.

PORTAL, A. M.

2004 “Estrategias simbólicas para enfrentar lo urbano. El miedo como organizador cultural”. Ponencia presentada en el XI International summer school on religions en la comunidad de San Gimignano, Siena. http://uam-antropologia.info/web/articulos/estrategias_simbolicas.pdf

PORTAL, A. M. y SAFA BARRAZA, P.

2005 “De la fragmentación urbana al estudio de la diversidad en las grandes ciudades”, en García Canclini, N. (coordinador), 2005: La antropología urbana en México. México DF: CNCA, UAM, FCE, 30-59.

RAMOS GARCÍA, J. M.

2005 “Seguridad pública local: hacia nuevos enfoques de gestión”, en V.V.A.A., 2005: Inseguridad, riesgo y vulnerabilidad, 3º Congreso Internacional de la RNU, 223-242. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla y Red Nacional de Investigación Urbana.

RANCIÈRE, J.

2010 “El racismo, una pasión que viene de arriba”, intervención en el simposio Los romaníes, ¿y quién más?, celebrado en París el 11-09-2010.

RECASENS I BRUNET, A.

2001 “Politiques de sécurité et prévention dans l’Espagne des années 1990”, en Duprez, D et Hebberecht, P (ed.), 2001: Deviance et société. Les politiques de sécurité et de prévention en Europe. Geneva : Centre National de la Recherche Scientifique et du Centre National du Livre, pp.479-497.

REGUILLO, R.

1998 “Imaginarios globales, miedos locales. La construcción social del miedo en la ciudad”, ponencia presentada en el IV Encuentro de la ALAIC “Ciencias de la Comunicación: Identidades y Fronteras” en Recife, Brasil.

REGUILLO, R.

2002 “Violencias y después culturas en reconfiguración”, en <http://lanic.utexas.edu/project/etext/llilas/cpa/spring03/culturaypaz/reguillo.pdf>. Austin: Universidad de Texas.

REGUILLO, R.

2005 “Ciudad, riesgos y malestares. Hacia una antropología del acontecimiento”, en García Canclini, N. (coordinador), 2005: La antropología urbana en México. México DF: CNCA, UAM, FCE, 307-340.

RIAÑO, P.

2002 “Las rutas narrativas de los miedos: Sujetos, cuerpos y memorias”, en Delumeau, J. Uribe, M. T., Giraldo, J., Riaño, P. y otros, 2002: El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural. Medellín: Corporación Región, 85-106.

RITZER, G.

1999 (1993) Teoría sociológica contemporánea. Madrid: Mc Graw Hill.

RODRÍGUEZ LÓPEZ, E.

2007a “La ciudad global o la nueva centralidad de Madrid”, en Observatorio Metropolitano: Madrid ¿La suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad. Madrid: Traficantes de Sueños, 41-93.

RODRÍGUEZ LÓPEZ, E.

2007b “Nuevos diagramas sociales. Renta, explotación y segregación en el Madrid global”, en Observatorio Metropolitano: Madrid ¿La suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad. Madrid: Traficantes de Sueños, 95-169.

ROSA, A., BELLELLI, G. y BAKHURST, D.

2000 *Memoria colectiva e identidad nacional*. Madrid: Ed. Biblioteca Nueva.

SÁNCHEZ MEDINA, L. A., VILLA, M. I. y JARAMILLO, A. M.

2002 “Caras y contracaras del miedo en Medellín”, en Delumeau, J. Uribe, M. T., Giraldo, J., Riaño, P. y otros, 2002: El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural. Medellín: Corporación Región, 223-246.

SÁNCHEZ MEDINA, L. A., VILLA, M. I. y JARAMILLO, A. M.

2003 *Rostros del miedo. Una investigación sobre los miedos sociales urbanos*. Medellín: Corporación Región.

SÁNCHEZ MOLLEDO, J. M.

1998 *Carabanchel. Un distrito con historia*. Madrid: Junta Municipal de Carabanchel y Ediciones La Librería.

SAN ROMÁN, T.

1997 *La diferencia inquietante. Viejas y nuevas estrategias culturales de los gitanos*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.

SAYAD, A.

1999 "Una familia desplazada", en Bourdieu, P. (Director), 1999 (1993): *La miseria del mundo*. Madrid: Akal, 27-39.

SAYAD, A.

2004 *The Suffering of the Immigrant*. Cambridge: Polity Press.

SCHEPER-HUGHES, N.

1997 (1992) *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*. Barcelona: Ariel.

SEGATO, R. L.

2006 *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez: territorio, soberanía y crímenes de segundo estado*. México DF: Universidad del Claustro de Sor Juana.

SENNETT, R.

2001 (1970) *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona: Edicions 62.

SERRET, E.

2004 "Mujeres y hombres en el imaginario social. La impronta del género en las identidades", en García Gossio, I. (coord.), *Mujeres y sociedad en el México contemporáneo. Nombrar lo innombrable*. México DF: TEC de Monterrey, Cámara de Diputados, Miguel Ángel Porrúa.

SIGNORELLI, A.

1999 (1996) *Antropología urbana*. Barcelona: Anthopos.

SILVA, A.

2007a "Imaginaros urbanos", seminario impartido en la Facultad de Arquitectura de la UNAM en octubre de 2007. México DF: Programa de Actualización y Superación Docente para Profesores de Licenciatura (UNAM).

SILVA, A.

2007b *Imaginaros urbanos en América Latina: urbanismos ciudadanos*. Barcelona: Fundació Antoni Tapies.

SLEPOY, N.

2008 "Niñas y niños en privación de libertad. Centros de menores: una aproximación desde la perspectiva de género". Tesina presentada en la VIII Edición del Magíster en Género y Desarrollo, UCM.

SOJA, E.

2008 *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficantes de sueños.

TAUSSIG, M.

1995 (1992) *Un gigante en convulsiones. El mundo humano como sistema nervioso en emergencia permanente*. Barcelona: Gedisa.

TORRENTE, D., BOSCH, J. L. y VALENCIA, V.

2005 "Organizando la seguridad: análisis organizativo de los servicios privados de seguridad en España", en *Política y Sociedad* Vol. 42 N°3, 185-208.

URTEAGA, M. Y FEIXA, C.

2005 "De jóvenes, músicas y las dificultades de integrarse", en García Canclini, N. (coordinador), 2005: *La antropología urbana en México*. México DF: CNCA, UAM, FCE, 265-306.

VALENZUELA AGUILERA, A.

2005 "Inseguridad urbana y control social del espacio en México", en V.V. A.A., 2005: *Inseguridad, riesgo y vulnerabilidad*, 3° Congreso Internacional de la RNU, 73-91. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla y Red Nacional de Investigación Urbana.

VAN DIJK, T. A.

2005 (1978) *Estructuras y funciones del discurso*. México DF: S. XXI.

VERDÚ, V.

2003 "Madrid se sale", en *El País*, 26-10-2003, suplemento Domingo, 1-3.

VILLASANTE, T. R.

2002 "Síntomas/paradigmas y estilos éticos/creativos", en Villasante, T. R., Montañés, M. y Martí, J., 2002 (2000): *La investigación social participativa. Construyendo ciudadanía 1*. Madrid: El viejo topo.

WACQUANT, L.

2001 *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.

WAGMAN, D.

2002 "Estadística, Delito e Inmigrantes", en *Boletín CF+S* 21, Septiembre 2002, Instituto Juan de Herrera (<http://habitat.aq.upm.es/boletin/n21/lista.html>).

WAGMAN, D.

2006 "Perfil racial en España: Investigaciones y recomendaciones", informe encargado por Open Society-Justice Initiative.

WALKOWITZ, J. R.

1995 (1992) *La ciudad de las pasiones terribles. Narraciones sobre el peligro sexual en el Londres victoriano*. Madrid: Cátedra.

WEBER, M.

2002 (1922) *Economía y Sociedad*. Madrid: FCE-España.